

























**Misión de la Compañía de Jesús de Filipinas en el siglo XIX**

**TOMO I**

Nihil obstat.

El Censor,

*Ignacio Casanovas, S. J.*

**Imprimi potest**

**RAIMUNDUS LLOBEROLA, S. J.**

*Praep. Prov. Aragoniae*

IMPRÍMASE

Barcelona, 20 de Octubre de 1916.

El Vicario General

**JUSTINO GUITART**

Por mandado de Su Sría.,

**Lic. Salvador Carreras, Pbro.**

*Serio. Canc.*



# MISIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DE FILIPINAS EN EL SIGLO XIX

RELACIÓN HISTÓRICA

DEDUCIDA DE LOS DOCUMENTOS AUTÓGRAFOS, ORIGINALES E IMPRESOS

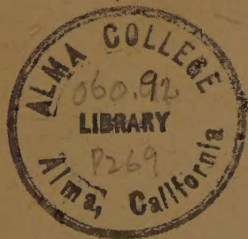
RELATIVOS A LA MISMA

POR EL

P. PABLO PASTELLS, S. J.

MISIONERO QUE FUE DURANTE 18 AÑOS EN AQUEL ARCHIPIÉLAGO

TOMO I



BARCELONA

TIP. Y LIB. EDITORIAL BARCELONESA, S. A.

Calle de Cortes, 596

1916

27175





AL · MVY · REVERENDO · PADRE  
WLODIMIRO · LEDOCHOWSKI  
PREPOSITO · GENERAL  
DE · LA  
COMPAÑIA · DE · JESVS  
TESTIMONIO · DE · AMOR · FILIAL  
DEL · AUTOR

# INDICE DE LOS GRABADOS

	<u>Págs.</u>
Isla de Mindanao . . . . .	1
San Francisco Javier con su Crucifijo. . . . .	2
Tiruray . . . . .	33
Tiruray . . . . .	34
Ruinas de la iglesia antigua de la Compañía de Jesús en Manila . . . . .	51
Rdo. P. José Fernández Cuevas, S. J. . . . .	62
Profesores del Ateneo Municipal de Manila en 1866.— HH. EE. Jaime Nonell; José Canudas; Federico Faura; Pablo Ramón; Juan Quintana; José Filella; Juan Ricart. . . . .	117
El P. Federico Faura, primer director del Observatorio Meteorológico de Manila. . . . .	173
Moro joloano juramentado. . . . .	207
Infiel mandaya reducido . . . . .	221
Guerrero mandaya. . . . .	237
Mujeres mandayas . . . . .	238-239
Iglesia y Casa-Convento del pueblo de Caraga. . . . .	245
Guerrero bagobo de las faldas del monte Apo. . . . .	293
Alumnos de la Escuela Normal de San Francisco Javier de Manila. . . . .	331
P. José Ignacio Guerrico, S. I. . . . .	416
Iglesia y Casa-Misión del pueblo de Tamontaca. — Mercado de moros y tirurayes en Tamontaca. . . . .	458
El P. Gisbert mostrando el Crucifijo a los bagobos exhortándoles a que cesen en sus sacrificios humanos, porque Jesucristo se sacrificó por todos. . . . .	504











## PARTE PRIMERA

---

Desde el restablecimiento de la Compañía de  
Jesús hasta el Conflicto de Carolinas

1814-1884





---

---

## CARTA-PRÓLOGO

---

RDO. P. PABLO PASTELLS.

*Pax Christi.*

¡Que me place, amado Padre mío! De mil amores voy a escribir mi prólogo para ese nuevo libro de V. R., y, si no le parece mal, a manera de *Carta abierta*. Mis razones para cortésmente excusarme califica V. R. de modestas nimiedades. *Tu dixisti*: yo me rindo a su juicio, y acepto, movido por otras dos razones.

La una es subjetiva, a saber, que yo me hallo muy bien, a gusto y con honra, asociado a V. R., benemérito como es de la Compañía por muchos títulos, ya que son tan pobres los méritos míos. Este será un nuevo lazo de nuestro antiguo compañerismo, ir yo públicamente, como solemos decir entre nosotros, de *Fray Juan* literario de V. R.; que, si yo no alcanzo a ser también autor, no sin santiguarme, me atrevo ya a ser su prologuista, y esta vez a firmar mi lucubración, pues recordará V. R. que, a sus ruegos, en otra ocasión, ya encabezé con un prólogo anónimo un libro dado a la publicidad por nuestra Misión Filipina.

La otra razón es objetiva y de más fuste, y es, sencillamente, que ese libro, tal como va, reclama el prólogo. Me explicaré. V. R. anda años ha empeñado en la ciclópea tarea de hurtar a los archivos, copiar, resumir, coleccionar y, andando el tiempo, ir publicando esos grandes rimeros de documentos, relativos a la historia de las siete Provincias, que formaron la antigua Asistencia de España de la Compañía de Jesús en las Indias Occidentales. Aunque muy bastante ese trabajo para agotar su tiempo y sus fuerzas, V. R., como a ratos perdidos, o como entretenimiento de vacaciones, se ha dado maña para coordinar en ese otro libro los sucesos principales de la Misión de nuestros amores, desde el restablecimiento de la Compañía en el Archipiélago hasta que fué arriada allí la bandera española,

o sea, al terminar el siglo XIX, y próximo también a terminar el primer siglo de la restaurada universal Compañía. Pedíalo, en efecto, la ocasión, y no menos los deseos de cuantos ansiamos sea conocida, y tenida en la estima que se merece la obra, que allí se ha llevado a cabo en menos de cincuenta años. Pero V. R., escaso y avaro de tiempo, y moldeado en ese género literario de compilación, si bien acomodándose esta vez al narrativo, se ha limitado estrictamente a consignar los hechos, no pocos de los cuales merecerían ciertamente, y más el conjunto de ellos, ser puestos de relieve, considerados, ponderados, celebrados, por su interés y trascendencia. Atendido el sencillo objeto que V. R. se propuso, de reunir y conservar la memoria de estos hechos, que más tarde sería imposible o muy difícil recoger y salvar del abismo del olvido, no puede tenerse por deficiente ese proceder, que tampoco es deficiencia en los sagrados libros históricos, verbigracia; pero ello es que a éstos y al de V. R. les viene bien el comentario, o como quiera llamarse.

Escribirlo, entiendo yo, habría de ser el trabajo de este prologoísta; y esto es lo que voy a intentar en algunas notas y consideraciones de entre lo que buenamente se me ocurra, sin ningún ánimo de agotar la materia, ni de definir en puntos particulares; y, además, sin limitarme del todo, como V. R., al tiempo de la dominación española en las Islas, porque la relación y comparación de los hechos que V. R. narra con estos posteriores, harto recientes y notorios, sugiere asimismo oportunas observaciones y provechosas enseñanzas. Mi ánimo sería poner aquí un sencillo esbozo encomiástico de las obras de nuestra Misión, no indigno de la atención de nuestros Misioneros, de la de nuestros Superiores y de la de todos los Nuestros en general; no vacío de interés para los extraños, que gustan saber de las misiones católicas, muy particularmente para los devotos y bienhechores de las nuestras de Filipinas; y tampoco indiferente para cuantos anhelan por la prosperidad del País, en cuyo cultivo espiritual sigue trabajando nuestra Provincia de Aragón. Aunque por ventura menos propio del estilo epistolar, procederé con algún método.

### I.—La empresa en general

Ya universalmente restaurada después de su extinción la Compañía de Jesús, y de hecho restablecida en España, vivos aún en la memoria del pueblo los felices resultados de los trabajos de los misioneros jesuitas en otras regiones y en el mismo Archipiélago Filipino, solicitólos luego el Gobierno de la Nación, para evangelizar la grande isla de Mindanao. Bendiga V. R. a Dios conmigo por este otro público reconocimiento de nuestros buenos servicios, e implí-

cita nueva retractación borbónica de tanta maquinación pasada contra nuestra Compañía.

Fuimos, pues, otra vez a Filipinas, y, apenas llegada a Manila nuestra primera expedición, los que allí habían sido enviados tan sólo a la apostólica conquista de infieles, fueron también invitados con las mayores instancias a abrir en la capital un centro de enseñanza. No es de extrañar. Estaba atrasadísima y era por demás escasa la instrucción primaria, y no menos la general secundaria en el Archipiélago; y tampoco había quedado allí extinto, con la supresión de la Compañía, el buen nombre de aquellos antiguos Padres nuestros, que fundaron y sostuvieron con tanto lustre y provecho las primeras entre todas las instituciones de enseñanza del Archipiélago, honradas luego con las atribuciones y prerrogativas de Universidad Real y Pontificia, a saber, los Colegios de San Ignacio y de San José. El Gobierno de Madrid asintió a las instancias del de Manila, y nosotros tomamos con gusto esta otra honrosa encomienda, ávidos de proporcionar con abundancia al País el conocimiento de las letras y las ciencias, y por este medio colaborar en la educación cristiana de la mejor porción de la juventud filipina. Fué, pues, nuestra empresa, esta vez como la primera, juntamente evangélica y pedagógica, como doctrinal y educativa; y en este doble concepto ha ido desenvolviéndose hasta la fecha, con no menores crecimientos y provechos en el uno que en el otro.

Llevamos en esta empresa cincuenta y siete años: los cuatro primeros, como Misioneros de la Provincia de España antes de su división; y los restantes, dividida ya ésta en dos, como miembros de la de Aragón, a la cual esta Misión fué adjudicada. Son ya dieciocho los años que van corriendo de dominación de los Estados Unidos de Norte América en el territorio. La católica Metrópoli, que lo conquistó gloriosamente para Cristo, había empleado unos tres siglos y cuarto en civilizarlo; y nuestra antigua Compañía, por espacio de unos ciento ochenta y siete años, había puesto en evangelizarla su celo, sudores y sangre.

El número total de sujetos de la Misión (Padres, Hermanos Escolares y Hermanos Coadjutores) ha sido muy vario, casi en constante aumento, desde el de diez, que formaron la primera expedición venida de España, hasta el de ciento sesenta y siete, cuando en 1899 ocurrió el desamparo de las Misiones de Mindanao. Entonces bajó hasta menos de cien; pero luego, al ir reco-brándolas, y a medida que hubo que extender más nuestros ministerios, volvió a subir hasta el actual de ciento setenta y cuatro. Por término medio los que venían de nuevo todos los años, eran nueve. Hasta 1899, Mindanao se llevaba casi las dos terceras partes de los misioneros, pero después, la proporción ha ido cambiando, y hoy



son poco más de un tercio del total, los que evangelizan la Isla. Nunca ha estado la Misión sobrante, sino generalmente escasa de personal.

Han trabajado en la nueva Misión Filipina, desde su establecimiento hasta ahora, un total de cuatrocientos cuarenta y seis jesuitas, sin descontar los relativamente muy pocos auxiliares procedentes de otras distintas Provincias. Cuento rigurosamente los sujetos, no las llegadas al País de los que una o más veces, salidos de él por ventura, volvieron a la Misión después; y prescindo del tiempo mayor o menor de permanencia de cada sujeto en ella.

Algunos, muy pocos, cumplieron ya sus cincuenta años de gloriosa campaña. Ciento veintiséis la remataron ya, no pocos prematuramente, a juzgar como hombres, aunque a buen seguro también ricos de méritos: todos lejos de su patria terrena, pero más cerquita, como solemos decir, de aquella otra permanente, a que aspiramos. Los restos mortales de un puñado de ellos, están decorosamente guardados en la cripta de nuestra iglesia de San Ignacio de Manila; otros quedan aún en los cementerios de los puntos donde ocurrió la muerte de cada uno; varios más yacen en el fondo de los mares del Archipiélago, o de los grandes océanos, o en alguno de los puntos de escala de la travesía para España, a donde volvían, perdidas no, generosamente sacrificadas a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, la salud o las fuerzas. ¡Ciento veintiséis héroes apostólicos, dignos de la santa envidia de V. R. y mía, de contado, y de todos cuantos, como nosotros, hayan tenido que volver y quedar, probablemente hasta cerrar los ojos, en los cuarteles, o, cuando menos, en el cuerpo de retaguardia! Esperemos, con todo, que también a nosotros nos tomará a buena cuenta el justo Juez y magnífico Remunerador, la plena voluntad con que a nuestra vez le hicimos un día el sacrificio de misioneros filipinos de por vida, aunque no haya tenido por bien aceptárnoslo efectivo. Por fin, a aquellos pocos pobres (¡también los hubo!), que no tuvieron perseverancia, ni presuntuosos nosotros, ni desconfiados, encomendémoslos a Dios.

Vendría al caso poner aquí un elogio de la pléyade; pero para conmemorar virtudes y méritos comunes a toda ella, incluso los sobrevivientes, de algún modo ya lo estamos haciendo, V. R. en el libro, y yo mismo en este prólogo, *ipso facto* de escribirlos. Y el elogio individual de los difuntos, aparte de lo que de ellos dice V. R., tenemoslo ya, lacónico sí y modesto, en nuestro libro de los *Vita functi*. Dárselo cumplido a todos por separado, fuera demasiada tarea; y limitarlo a los más beneméritos, ¿quién los clasifica? Pero V. R. sabe bien, y tampoco ignoro yo, de conocimiento y trato, o de oídas, que hemos tenido en nuestra Misión modernamente unos Padres y Hermanos, hombres eminentes y aun extraordinarios, no indignos sucesores de los de la antigua Misión y

Provincia: en dotes de gobierno, en conocimientos, en aptitudes especiales, por sus bríos de emprendedor, por su ardor apostólico, por su abnegación, por su paciencia y tesón invencibles, por el conjunto y alto grado de sus virtudes religiosas, misioneros ejemplares, amantísimos y amados y venerados de los pueblos, mártires también de su celo, bienhechores del País insignes.... V. R. al leer esto, como yo al escribirlo, estamos recordando con amor sus nombres. Ya estarán gozando de Dios y del galardón de sus trabajos.

El número de Casas de la Misión ha variado, según han variado sus trabajos. Entendiendo por *Casa* la que está bajo el gobierno de su propio Superior local, hoy son once: tres Colegios y nueve Residencias; pero, como algunas Residencias de Mindanao están formadas por varias Misiones, aunque esparcidas, cada cual con su Ministro, y cada grupo de ellas bajo su respectivo Superior de Residencia; el número actual de domicilios mayores y menores, contada todavía la estación de Baguio, dependiente del Observatorio de Manila, es en total, de treinta; los diecisiete, Misiones subordinadas.

El Gobierno de toda la Misión reside en Manila, compuesto del Superior, el Procurador, el Secretario y alguno que otro Coadjutor; y en Mindanao, los Superiores de las Residencias de Cagayán (antes, de Surigao) y de Zamboanga son Vice-Superiores del de Manila en sus respectivas regiones Norte o Sur.

Esto, cuanto al personal, gobierno y domicilios de la Misión. Anotemos algo sobre bienes materiales.

Tenialos no escasos, a su expulsión, la suprimida Provincia, en casas, haciendas, censos; pero no se estableció la nueva Misión, sino aceptada la condición exigida por el Gobierno de Madrid, de no reclamar nada de aquellos antiguos bienes.

Nada, pues, hemos recobrado de ellos, y aun lo que pudimos conservar de nuestra antigua biblioteca, archivo y mobiliario, apenas es otra cosa que muy contados, mas para nosotros preciosos, recuerdos. Subsiste en pie, todavía, algún edificio como el Seminario de Cebú, con su propio destino, por entero a disposición del Diocesano, no menos que las iglesias y casas parroquiales, generalmente muy sólidas, en las islas de Luzón, Sámar, Leyte, Bohol, construidas por aquellos Padres nuestros, que ya se entiende son propiedad de la Iglesia. En Manila mismo, V. R. pudo contemplar muchas veces, como también yo, los últimos restos de la hermosa iglesia y colegios de San José y San Ignacio, hechos ya sus muros, libre campo a la yedra y a menguados arbustos; pero aun esto, después que V. R. salió del Archipiélago, desapareció del todo, para dar lugar a nuevas edificaciones del Gobierno. Era aquello la manzana más amplia y hermosa de todo Intramuros.

Quedan también en pie, en terreno ajeno de propiedad particular, en San Pedro Macati, junto a Manila, las ruinas, todavía bellas, de nuestro antiguo Noviciado.

Fué, pues, necesario que la nueva familia jesuítica se procurase nuevo domicilio y hogar, y V. R. ya cuenta cómo se hizo.

El Gobierno, naturalmente, hubo de acudir y acudió al establecimiento y sucesivas necesidades económicas de la Misión, con sus consignaciones y dotaciones pecuniarias. Dejando minuciosidades, muchas particularidades y las variaciones ocurridas en el decurso de los años, por razón del progresivo crecimiento de la Misión y por otras causas, el Gobierno subvenía a todo, ya de fondos generales, ya de fondos locales, según la terminología de los presupuestos, menos al Ateneo, que, por ser Municipal, era sostenido por el Ayuntamiento de Manila, cuanto a personal, local y material. Lo más ordinario y constante en tiempo de España fué lo siguiente:

El Gobierno abonaba el pasaje y el equipo de los misioneros enviados de España:

Dió para la compra de la casa central de Manila y mobiliario 24,000 pesos.

Asignaba anualmente para el personal y material de ella unos 5,000 pesos.

A cada uno de los Padres Misioneros de Mindanao, de los de plantilla o presupuesto (porque siempre los hubo excedentes en más o menos número, para el mejor desempeño de los ministerios), 800 pesos; y a cada uno de los Hermanos Coadjutores, 400.

Para el culto de cada Misión, por término medio, 400 pesos.

Al Superior de la Misión, para gastos de atracción de infieles, 4,000, que bajaron hasta 2,000.

Al Observatorio con sus estaciones secundarias, por todos conceptos, cerca de 20,000 en los últimos tiempos.

A la Escuela Normal, igualmente por todos conceptos, unos nueve mil.

El Ayuntamiento, por su parte, abonaba al Ateneo para personal, local y material, en los tiempos de mayor asignación, que se le retiró del todo hacia el fin de la dominación española, de 8 a 9,000 pesos. Retirada la pensión, se cobraron las matrículas, módicamente tasadas.

Todo esto cesó por completo con la dominación española, salvo para el Observatorio, que, ya casi en los principios mismos del Gobierno Americano fué reconocido como institución oficial, y tuvo después consignada su dotación en los presupuestos. Y, como los servicios de esta Oficina se fueron aumentando considerablemente, subieron a mucho más las asignaciones, y varían aún, según el progresivo mejoramiento o ampliación de dichos servicios. La Ley de 1901 destinó, para los gastos del Observatorio central con todas sus dependencias, algo más de 40,000 pesos, sin contar el



importe de los viajes de los empleados, los transportes de material, compras de aparatos, nuevas instalaciones, etc.

La Leprosiería de Culión, fué establecida y es sostenida por el Gobierno Americano del Archipiélago, y, en consecuencia, nuestros dos Padres con el Hermano, que la atienden en lo espiritual, también reciben su pensión, a manera de empleados del Servicio Civil.

Todo lo restante sostiene ahora la Misión a sus propias expensas en esta forma, sin bajar a pormenores:

La Casa Central, o Curia, como la solemos llamar entre nosotros, vive de sus pocas antiguas economías y de las también pocas limosnas adventicias; y, de algunos años acá, recibe de la asociación de la *Propagation de la Foi* alguna modesta subvención variable.

Cada una de las Misiones de Mindanao vive de sus propios recursos, que, aparte las voluntarias oblaciones de los feligreses, muy módicas en general donde las hay, consisten en los estipendios de misas y los derechos adventicios de arancel, incluso los de párroco, en cuanto se cobran, porque a menudo la gente es pobre, y no los puede abonar. A donde no llegan para su subsistencia las Misiones pobres, acude la caja central de la Misión. Es de notar que, antes de la dominación americana, nunca nuestros Misioneros, cobraban de los fieles los derechos de párroco en sus ministerios, sino sólo la parte restante señalada en los aranceles, pues se consideraban suficientemente retribuidos con la asignación del Gobierno.

El Ateneo se sostiene holgadamente con las pensiones de los alumnos internos y medio internos y las matrículas de los demás.

El Colegio de San José (antes sucesivamente, Escuela Normal, Colegio, Seminario y otra vez Colegio de San Javier; y ahora residuo del Colegio que va extinguiéndose, Noviciado nuestro y Escuela Apostólica) vive de las pensiones de los colegiales que aun quedan; de las becas o partes de beca, que pagan algunos apostólicos, y de la renta de los bienes del antiguo Colegio de San José, de pocos años acá restituidos por orden de Su Santidad a nuestra Misión.

El Colegio-Seminario de Vigan (diócesis de Nueva Segovia) cubre sus gastos con las pensiones y matrículas de sus alumnos internos y externos; y en edificio propio de la Diócesis tiene local para todo.

Fincas de su propiedad, tiene ahora la Misión las siguientes:

El Ateneo, su edificio en Intramuros y la aneja iglesia de San Ignacio; la casa de campo de Santa Ana, en el arrabal de este nombre; y, también en arrabales, dos terrenos, para edificar en uno de ellos el proyectado nuevo Ateneo.

El Colegio de San José tiene la propiedad de su edificio, incluso la parte de él ocupada por el Observatorio, con todo el solar

cercado, en el arrabal de Ermita. Tres extensas haciendas sitas en la provincia de Cavite, y una casa en Intramuros, que constituyen actualmente todos los bienes inmuebles procedentes del antiguo Colegio de San José, no son en rigor propiedad nuestra, sino que el Superior de la Misión, o en su nombre el Rector de San José, los administra e invierte sus rentas, como patrono de esta Obra pía, instituido por el Fundador. Precisamente por ser esta fundación verdadera Obra pía, y para que en lo sucesivo se cumpliese, como de antiguo, la voluntad del Fundador y los fines de la institución, de facilitar los estudios a los que se sintiesen con vocación al estado eclesiástico, dispuso el Sumo Pontífice Pío X que por los Padres Dominicos, que, muchos años había, administraban dichos bienes en provecho de su Universidad, los restituyesen a nuestra Compañía (1), como en efecto lo cumplieron.

El Observatorio tiene, en el pueblo de Antipolo, la propiedad de aquella estación magnética y del terreno en que está enclavada.

La Misión es dueña, en Ilocos Sur, del llamado monte Mirador, y de la casa de salud, con la capilla pública y departamento del Observatorio allí establecido; y, en la Pampanga, de un terreno y casa de materiales ligeros, para utilidad del Noviciado y de la Escuela Apostólica.

Finalmente, en alguna que otra de nuestras Misiones de Mindanao tenemos propia alguna finca de pocos rendimientos, para ayuda de manutención de los respectivos Misioneros. La finca de más valor y extensión, que, a uno y otro lado del Río Grande, teníamos en Tamontaca, adquirida por la nueva Misión, fué vendida pocos años ha, por haber dejado de existir, a consecuencia de los grandes cambios políticos, el Orfanotrofio, que allí habíamos fundado, y con aquellos provechos sosteníamos.

Al terminar este párrafo, conviene consignar (aunque ya lo entenderán los Nuestros que esto lean) que, cuanto, en todo el tiempo de su existencia, la nueva Misión Filipina ha percibido por cualquier concepto de rendimientos, asignaciones, estipendios y limosnas o donativos, todo ello, de donde y comoquiera proveniente, después de atender a la necesaria sustentación de los Misioneros, no ha tenido otra inversión que la que la Misión ha considerado más útil, en lo espiritual y material, para sus misionados filipinos: todo, sin excepción, en bien del País.

Mucho más que bajo el punto de vista económico, bajo otros aspectos han sido adversas para nuestra Misión las consecuencias de los sucesos políticos de fin de siglo. Todo este daño sobrevenido se reduce, a mi juicio, a haber muy considerablemente menguado la

---

(1) Carta al Delegado Apostólico de Filipinas, Mons. Agius, de 3 de Mayo de 1910.

eficacia de la acción de la Compañía en Filipinas. A lo cual, sin embargo, quiero añadir desde luego, para que nadie saque de lo dicho erradas deducciones, que ahora, tanto como nunca y más que nunca, entiendo que conviene la prosecución de la obra por nuestra Misión emprendida, como provechosa todavía sin duda alguna, y aún más que antes necesaria, para el bien espiritual de las Islas.

Por lo demás, ¿cómo no había de amenguar la eficacia de nuestros trabajos aquel trastorno de cosas, que trajo consigo la masónica e impía revolución filipina, la subsiguiente guerra con España, la intervención armada de los Estados Unidos de América, el vencimiento de nuestra Nación y el definitivo establecimiento del nuevo Gobierno, en religión indiferente y ordinariamente desempeñado por funcionarios, a las veces fanáticos, de sectas disidentes? No es del caso escribir aquí la historia de todo lo ocurrido; pero ello es que en el pueblo filipino vino a obrarse un cambio, de que, por lo general, lo radical y lo súbito, apenas quepa hallar muy contados ejemplos en otros pueblos. El espíritu religioso popular se pronunció luego en decidida baja: llegaron a creer los catecúmenos y neófitos de las Misiones vivas que, desapareciendo España, concluía en el País la Religión que ella trajo; y aun las cristiandades ya formadas la tuvieron en mucho menos, por no ver ya a su lado a la Nación soberana acompañándola, sosteniéndola y haciéndola los honores, como antes. En cambio, deslumbróse el pueblo con el brillo de la poderosísima y riquísima nueva Metrópoli, que había de traer al País el máximo, nada menos, de civilización y prosperidad; casi enloqueció de pujos de independencia (1); apenas hubo filipino que no se hiciese político, las mujeres más, si cabe, que los hombres; y hacerse político ha significado hasta ahora, por lo común o frecuentísimamente, olvidarse de la Religión, o posponer su causa e intereses a cuanto, bueno o malo, sea o pueda parecer filipino, cuando no pasarse resueltamente a los enemigos de la Iglesia de Dios. Baste decir que, gracias a ese mal entendido filipinismo, a ese extravismo del sentimiento patriótico, pudo surgir e ir prolongando su existencia, no menos ridícula que funesta, el inverosímil cisma de Aglipay; y que a esto mismo se deben, verbigracia, indignas apoteosis de personajes, y torpes apologías de hechos, gran deshonra de la revolución filipina, que, no obstante, pasaron sin protesta, y tal vez con aplauso exterior o cooperación de muchos tenidos por sensatos.

En el decurso de lo que va de siglo el estado del País cierta-

---

(1) Tengo por muy noble la aspiración de un pueblo a la independencia; pero en procurarla les ha faltado a muchos filipinos la sinceridad, la moderación y la subordinación, que han de regular toda aspiración humana. La sinceridad, digo, porque bajo aquellas apariencias se escondía a menudo el egoísmo y las ansias de medrar. La moderación, porque aun para lo más noble y santo no son lícitos todos los medios, y no lo fueron todos los que se emplearon en Filipinas. La subordinación, pues por mucho que merezca la patria terrena, y valga su independencia, Dios, la Religión y el Reino de los cielos, que es la Patria eterna y verdadera, merecen sin comparación mayor estima, y, cuando pareciese surgir conflicto entre uno y otro, lo segundo ha de ser antepuesto.



mente se ha ido normalizando. Restablecióse la paz, sucedió al militar el régimen civil, se ha legislado mucho, quedan organizados y funcionando ordenadamente todos los departamentos, vase obrando la transformación del País en colonia norteamericana, si bien dando sucesivamente mayor participación en el gobierno al elemento filipino, hasta llegar a una amplia autonomía. Pero esta normalidad, favorable, no lo negaré, al bienestar material y al mejoramiento de muchos servicios públicos, bien se ve qué puede dar de sí en cuanto a lo moral y religioso, tratándose de un Gobierno que no hace profesión de religión; de criterio, por bien que vaya, meramente naturalista; que da la más amplia libertad de cultos y de enseñanza, neutra, por tanto, cuando no otra cosa peor, toda la oficial, en todos los grados, para entrambos sexos y todas clases y edades; en un país apenas adulto, criado, sí, y civilizado en la única Religión verdadera, con exclusión de toda otra, pero de creencias y convicciones todavía menos firmes, superficial y novelero. ¡Bien que han sabido aprovechar la favorable nueva legalidad las sectas enemigas del Catolicismo! La protestante, estableciéndose y arraigando rápidamente en las Islas, aun en poblaciones muy secundarias, levantando templos, capillas, escuelas, seminarios, casas de beneficencia, centros de lectura y de recreo, fundando variedad de asociaciones, esparciendo impresos..., todo como la secta suele hacerlo, con profusión, con esplendor, con lujo. Tampoco la Masonería ha quedado atrás, antes ha tomado grande incremento entre dominadores y dominados, alardeando en públicas exhibiciones, y hecha necesaria, según dicen, su protección, para cuantos aspiran a puestos públicos, encaramados ya en los más subidos ilustres *Hermanos tres puntos*. También el Espiritismo hace multitud de prosélitos.

Ciertamente ha aumentado estos últimos años, en tales condiciones y bajo tales influencias, una cierta cultura exterior, la vida y trato social, la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos, las comodidades, la pulcritud en el vestir y en los modales; se van modernizando las costumbres y la educación; los espectáculos y diversiones públicas y privadas de toda clase, altamente inmorales algunas, se multiplican y generalizan; la prensa periódica y ligera, a menudo hostil a la Religión, sensual y pornográfica, es cada día más leída; se ha apoderado de la juventud de ambos sexos un afán increíble de ilustración, que no suele pasar de muy superficial, dado que no sea más dañosa que para hacer casquivanos... Parte de lo dicho toleraría, y aun fomentaría, un sistema de civilización sana y cristiana; mas nadie de buen juicio puede menos de reprobar otras cosas, y de lamentar ciertos síntomas, aspiraciones y tendencias, que van notándose en la sociedad filipina, en las familias, en la generación que sube, indicios de la despreocupación, indiferentismo religioso y sensualismo que cunde; como nadie puede negar que, desde este cambio de cosas, las uniones ilícitas, los di-

vorcios, los homicidios y suicidios, los llamados crímenes pasionales, toda clase de fraudes y atropellos, la criminalidad en todas sus formas, las ejecuciones por justicia, han tomado un incremento sumamente desproporcionado, hecha comparación con lo que daba de sí Filipinas bajo un Gobierno católico.

La Iglesia Católica, por su parte, acudió tan pronto como pudo al remedio de las necesidades espirituales de aquellas tierras, hecha su composición de lugar y tratando de acomodarse, en cuanto pudiese, al impuesto cambio de situación. Procuró desde luego y ha guardado siempre las mejores relaciones, ya que no oficiales, oficiosas y amistosas, con los Gobiernos y gobernantes; reparó buenamente los daños materiales sufridos por las iglesias; procuró atajar los avances del cisma, asegurar el espíritu y la disciplina y mejorar las condiciones del clero nativo, y estrechar la cordialidad entre éste y el regular europeo, tan difamado y perseguido por la revolución; aumentó la Jerarquía episcopal, implantando una Delegación Apostólica y varias nuevas diócesis, administradas las antiguas y las nuevas por Prelados americanos o filipinos; legisló sabiamente sobre todos los puntos de disciplina que eran del caso, en un Concilio Provincial, primero, y en los Sínodos diocesanos luego; trajo al País religiosos de varias Congregaciones modernas, para proveer vacantes de curatos, activar misiones y atender a otros ministerios; y también nuevas religiosas, para enseñanza y beneficencia; manda abrir y sostiene escuelas parroquiales y recomienda toda instrucción católica privada...; y si, por fin, la Iglesia Católica en Filipinas no disfruta de toda prosperidad, goza, a lo menos, normalidad y paz. Sean dadas gracias a Dios por todo ello; pero, digan lo que bien les parezca sobre la situación y porvenir de la Religión en Filipinas optimistas, pesimistas y clarividentes, yo no sé ver sino que la lucha en que están empeñados allí los católicos es muy desigual, y que hoy por hoy, y salva una mediación muy extraordinaria de la misericordia y poder de Dios, va el País caminando a un estado semejante al para nosotros nada envidiable, aun reconocidas algunas materiales ventajas, de esas colonias inglesas u holandesas de su vecindad, tan distintas hasta ahora, a primera y a segunda faz, de esa que fué nuestra, única en su género en todo el Oriente, en la cual dejaron tan hermosamente impresas su religiosidad y su generosidad la Madre santa y la Madre hidalga, la Iglesia y España. Ello será con más o menos rapidez o lentitud, y más o menos por entero; pero las corrientes de apostasía universal no son ciertamente favorables a nuestros deseos, y allí los primeros pasos ya se han dado y se van dando, y no se ve cómo haya de hacerse parada en el curso emprendido.

Claro está que de esas generales malas influencias y efectivos daños no habían de eximirse en alguna parte nuestros ministerios.

Así, nuestros Colegios, aunque reconocidos por el Gobierno,

y aun por esta misma razón del reconocimiento (que es necesario para gozar plena aceptación del público), no pueden desentenderse del plan oficial de estudios, ni dejar de tener en cuenta la multiplicidad, variedad, orden de preferencia de conocimientos, la anchura de disciplina, el brillo exterior y el espíritu propio de la superficial educación e instrucción moderna y norteamericana, que se da en las escuelas oficiales y en muchas de las privadas de que aquéllos se ven rodeados; y salta a la vista cuánta dificultad han de hallar en conciliar la seriedad y solidez de nuestros métodos, con la adopción, aunque no sea total, de esos otros, sin detrimento de la buena formación de los alumnos, o sin desestima de nuestros mismos centros de enseñanza, por atrasados o anticuados.

Con obstáculos acaso mayores todavía no pueden menos detropezar nuestros Operarios en sus ministerios más propiamente espirituales; que al fin y al cabo, la instrucción literaria y científica y la educación esmerada fácilmente son bien recibidas hasta de los menos afectos a la Religión; pero el Ministro evangélico, fuera del *pusillus grex* adicto, frecuentemente no ve al rededor de sí más que total indiferencia, o resuelta hostilidad disimulada o manifiesta. Los Misioneros de Mindanao particularmente han experimentado el consiguiente engorro y molestias de semejante situación, en el cumplimiento de sus deberes de la cura de almas, por vivir lejos de las autoridades superiores, que siempre suelen ofrecer más garantía de buen sentido; sujetos, no rara vez a las arbitrariedades de la autoridad local ignorante y atrevida; donde no faltan acaso feligreses discolos, partidarios del cisma, o algún protestante fanático; muy expuestos, por lo mismo, a disgustos, conflictos y escándalos.

El asunto de las escuelas católicas suele ser para aquellos Misioneros otro motivo de preocupación. Interesa sumamente al bien de la localidad tenerlas, y que acudan a ellas todos los niños y niñas, a ser posible; pero faltan medios para sostenerlas decorosamente; las oficiales los tienen en abundancia; y sus directores, por lo mismo de ser oficiales, y americanos además, no pueden tolerar en paciencia que la mísera escuela parroquial o católica supere, iguale o siquiera vaya a mermar la matrícula o la pública estimación de la que ellos regentan; y ¡qué difícil es que, estallando el conflicto entre el Misionero y el Maestro oficial, se resuelva en la Cabecera o en Manila sinceramente con toda justicia! Entiéndase otro tanto en cuestiones de cementerios, de matrimonio, de propiedades de la Iglesia y otras.

En la conquista de infieles y en la cultura espiritual de catecúmenos y neófitos se puede hacer mucho menos que antes, aun reconocido que de parte del Gobierno se facilita al Misionero la comunicación con ellos, abriendo buenas calzadas, y procurando que se vayan formando pueblos, porque, aparte la penuria de recursos para los gastos a que obligan las excursiones, es traba-



joso ir reuniendo otra vez a los que se remontaron y volvieron a sus costumbres cuando la revolución y forzada deserción de las misiones. Aunque fué ésta por breve tiempo, sufrieron aquella temporada nocivas influencias; respiran hoy los infieles otra atmósfera; parece notarse entre algunos de ellos menos sencillez y docilidad, y, sobre todo, los Padres no tienen, como en tiempo anterior, la incumbencia única de formar los pueblos, darles organización, nombrar sus capitanes, maestros y principalía; ni son ahora reconocidos como sus natos patronos y mediadores en las oficinas del Gobierno; y ya se entiende que cabe mucha diversidad de criterio y de conveniencias entre los mismos Padres y los que, autorizados o intrusos, menean ese tinglado.

Todo esto digo, sin más extenderme, en comprobación de lo indicado arriba, de ser hoy menos eficaz que antes la acción de nuestros misioneros en Filipinas. Pero tampoco hay que olvidar la salvedad, que aquí repito, de que es todavía muy útil y necesaria, y, si no vigorosa para vencer el mal existente o contenerlo, espere-mos en Dios, que será al menos bastante poderosa para retardarlo y aminorarlo. La eficacia principal tráela consigo la verdad y santidad de la empresa misma, que, evangélica como es, bien merece las bendiciones del Cielo, si no las desmerecen los Operarios, quienes no demuestran estar desprovistos de virtudes y celo. Hay además, en ayuda del éxito, la buena estimación popular, que no la han perdido aún nuestros Padres, y consérvanla muy benévola de la porción más sana de la población en ideas y costumbres. Y, cuanto a las autoridades laicas en general, parece tenerles ganada la Compañía cierta consideración particular, ya que no sea sincera simpatía, si no por su actividad apostólica, ciertamente por su respetuosa y deferente conducta para con ellas en todas partes, y no menos por la obra altamente civilizadora y benéfica, que llevan adelante a vista de ojos nuestro Observatorio, nuestros Centros de enseñanza, y, de pocos años acá también, la fundación americana de la Leprosería de Culión, en la parte que en su servicio toman nuestros Padres.

Utilicemos con fe y celo y sin desfallecer todos estos medios valiosos que aún nos quedan; y, aunque en menos propicias condiciones que antes, dejemos a Dios concedernos el feliz resultado de nuestros trabajos, pidiéndoselo de corazón, y mereciéndolo con la santidad que nuestra vocación nos exige.

## II.—Resultados y mérito de la empresa

La empresa de la Compañía restaurada en Filipinas, tanto en la intención como en los resultados, ha sido ciertamente apostólica, patriótica y civilizadora.

En primer lugar, y en la intención principal, apostólica. Ya se ha dicho arriba que fuimos a Filipinas precisamente para evangelizar la isla de Mindanao. Los demás trabajos del mismo y de otro género, que luego y más tarde abrazamos en Luzón, asimismo en la intención y en la efectividad, se enderezan a la ampliación y fomento del fin espiritual primero. ¿Qué se proponen, en efecto, nuestros Colegios seglares de Manila y Vigan, sino la mejor formación cristiana de la juventud masculina indígena, por medio de una sana y sólida instrucción y educación esmerada? Bien lo atestiguan, aparte la perfecta ortodoxia de la doctrina, las prácticas piadosas que frecuentan los alumnos, las florecientes congregaciones entre ellos establecidas, y hasta los actos solemnes a que es invitado el público. Los mismos buenos oficios del Observatorio, si bien directamente encaminados a salvar vidas e intereses humanos, no dejan de constituir una obra permanente de beneficencia, llevada a cabo por una corporación religiosa, que sabe hermanar, con la defensa de aquellos intereses, la mayor solicitud por los intereses espirituales, ganándose, por ambos lados, la pública estimación y benevolencia.

Todos los demás trabajos que dondequiera la Misión lleva a cabo, son en sí mismos propiamente evangélicos. Se ocupan exclusivamente en ellos todos nuestros Padres Operarios, y en parte también no pocos de los dedicados a estudios científicos o a la enseñanza, hasta los mismos Profesores todavía Hermanos Escolares.

En Manila tenemos abierta al público una hermosa iglesia muy concurrida. Se dan en ella durante el año muchas, devotas y lucidas funciones, se oyen muchas confesiones y se distribuyen numerosísimas comuniones. En ella y en las otras iglesias de Intramuros y arrabales predicán mucho nuestros Padres, dan frecuentes tandas de Ejercicios, y en la mayor parte de aquellas, como en la misma nuestra, tienen bien organizados hermosos catecismos. En nuestra casa de Santa Ana se dan cada año una porción de tandas de Ejercicios al clero, a obreros y a otros seglares en completo retiro. Hay Padres dedicados a visitar los hospitales y las cárceles, que reparten con gran asiduidad abundante pasto espiritual a acogidos y reclusos. Se acude al auxilio de los ajusticiados, cuando ocurre el caso. A la juventud de ambos sexos, que se está instruyendo en centros oficiales, como son universitarios, normalistas, enfermeros, etc., tampoco se les olvida, y, en sus propios establecimientos o en nuestras casas, se les atrae, reúne, instruye, platica, se les dan Ejercicios, se les facilita la práctica de la vida y piedad cristianas. Es obra apostólica hasta en el nombre la Escuela, con becas entera y parcialmente gratuitas, que para fomento de vocaciones eclesiásticas se ha abierto recientemente, adjunta a nuestro Noviciado, donde se reciben también jóvenes filipinos, si son llamados por Dios a nuestra Compañía.

En Vigan, capital de la diócesis de Nueva Segovia y de la provincia de Ilocos, tiene la Misión a su cargo, formando un cuerpo con su Colegio de segunda enseñanza, el Seminario diocesano, muy a satisfacción del propio Prelado, y con muy plausible aprovechamiento de aquellos aspirantes al sacerdocio. Se ocupan, además, los Padres en los mismos ministerios, a proporción, que los de Manila, y en particular ayudan al culto y administración de sacramentos en la Catedral; procuran el esmerado cultivo de la juventud masculina y femenina de las escuelas oficiales, que reúnen en congregaciones; y en la ciudad y suburbios, ayudando los seminaristas, tienen montados una porción de catecismos dominicales, donde es cristianamente instruída casi toda la niñez de aquellos vecindarios.

Así los Padres de Manila como los de Vigan hacen a las veces excursiones a provincias, para predicación o Ejercicios; y en la segunda de las dos diócesis se ha ganado mucho con su celo, en descrédito del protestantismo y del cisma aglipayano.

Hasta en nuestro Observatorio de Mirador (Baguio), donde durante el año no viven más que un Padre y un Hermano, no dejan de practicarse algunos ministerios espirituales en la capilla pública, como enseñar catecismo; son visitados los enfermos del hospital, y se ayuda a los Padres Misioneros belgas, que administran aquellos pueblos. En la temporada de vacaciones, la presencia de mayor número de Padres y Hermanos permite emprender algunos ministerios extraordinarios.

Cabría aún hacer mención aquí de ciertos trabajos u obras de celo permanentes, o más o menos duraderas, iniciadas, sostenidas o dirigidas por nuestros Padres, por otra parte siempre dispuestos a secundar en todo lo posible los deseos de los Superiores eclesiásticos en orden a conseguir algún bien espiritual. Podríamos decir que las conferencias de San Vicente de Paúl fueron introducidas en Filipinas por nuestros Padres, y que ellos dirigen espiritualmente todas las de caballeros y señoras de Manila, sus Consejos, y varias obras o secciones especiales de las mismas; que es sumamente consolador el incremento que, en los postreros tiempos, han tomado en todo el País la devoción y esplendente culto al Sagrado Corazón de Jesús, y el Apostolado de la Oración, que dirige en las Islas el Padre Superior de la Misión, gracias, aparte los amorosos designios de Dios y la cooperación fervorosa de los señores Párrocos y Misioneros, al celo y actividad de nuestro Centro de Manila; que no paran allí los Jesuitas de difundir por el País variedad de lecturas, libros, revistas, folletos, hojas volantes, de propaganda, redactadas allí mismo o traídas de fuera; que atienden los Padres al consejo y dirección espiritual de las llamadas hoy Beatas de la Virgen María, congregación de Religiosas filipinas, que se fundó bajo la dirección de uno de nuestros antiguos Padres, las

cuales en Manila y en varias poblaciones de Luzón, Bisayas y Mindanao prestan excelentes servicios en la enseñanza de niñas; que durante una serie de años, tuvieron los Nuestros todo el cargo del Seminario archidiocesano de Manila, de donde salió una lucida pléyade de jóvenes sacerdotes y seminaristas, que dejaron bien acreditada la formación allí recibida en virtud y letras; y, por fin, por no alargarme más, que en estos tiempos de acción social y de manifestaciones públicas, en el numeroso contingente de nuestras escuelas, catecismos y asociaciones piadosas, oportunamente avisado o convocado, tienen nuestros Padres un auxillar de valía, siempre dispuesto a dar testimonio de su religiosidad y cooperar a la ejecución de ciertos planes en favor de los intereses de Dios y de su Iglesia.

La obra más propiamente apostólica de la nueva Compañía en Filipinas es la de las Misiones vivas de Mindanao e islas adyacentes. Las llamamos vivas, porque hay allí mucha población infiel de varias razas y tribus, esparcidas por aquellos montes y selvas, o vecinas y en trato con pueblos ya cristianos. Los moros son la raza no cristiana más numerosa, que ocupa aún grandes extensiones de aquellas islas.

Nuestros Padres fueron recibiendo en el espacio de algunos años las cristiandades, que administraban los Padres Recoletos, según lo dispuesto por el Gobierno Español, excepto algunas pocas del Norte de Mindanao. Más tarde, para poder dedicar mayor número de sujetos a la conquista de infieles, pues nuestro personal no bastaba para todo, con las debidas aprobaciones, entregaron a los Padres Benedictinos todo lo que formaba la Residencia de Surigao, por no haber ya en toda ella población infiel. Y, finalmente, ya después del cambio de soberanía, a instancias del Diocesano, hubo de aceptarse la administración de casi todo lo que en el Norte quedaba todavía en la de los Padres Recoletos.

Esto supuesto, y prescindiendo de las naturales oscilaciones de padrones y censos, parece que podría señalarse a toda aquella población cristiana, en los mejores años de nuestra administración, el número total redondo, muy aproximado, de doscientas mil almas; fijar el número de pueblos, visitas y reducciones de cristianos viejos, neófitos o catecúmenos, en doscientos noventa; y calcular el de infieles bautizados en todo nuestro tiempo bastante por encima de ciento cincuenta mil. La conversión de éstos y el pasto y cultivo espiritual de todos, es toda la obra apostólica de nuestros Misioneros de Mindanao en esta segunda época.

Ahora, con una estadística muy extensa y minuciosa, y mejor aún, visitando los lugares, podría cualquiera formarse del fruto de esta obra algún concepto, atendiendo a la instrucción religiosa, culto, piedad, costumbres, virtudes y vicios de aquellas gentes. Pero ¿quién podría imaginar, ni aun así, lo que a los Padres les ha



debido costar ponerlas y sostenerlas en el estado de cristiandad en que están, o impedir entre ellas mayor estrago del inevitable que han traído malos tiempos? ¡Qué de sacrificios, privaciones, molestias y peligros de viaje por mar y tierra; qué penuria de medios; cuántas contradicciones de unos y de otros; pérdidas de la salud y de vidas; detrimento en intereses propios; temporadas aflictivas por razón de hambres, epidemias, inundaciones, insurrecciones, guerrillas entre salvajes; la cortedad, la flojera, la resistencia pasiva y demás vicios de los infieles...! Todo ello no llega a expresar la realidad de las dificultades.

Mas la verdad es que, nada de ello ha sido para acobardar nunca a aquellos valientes Operarios, antes todo parecía darles mayores alientos aún... ¡Qué digo! Ni todo el vendaval de la última revolución filipina, en Mindanao muy arbitraria, con todas sus consecuencias; ni la deserción forzada de aquel amado campo de acción; ni la prisión, por muchos meses, de buen número de Misioneros, de orden de jefes intrusos; ni la vuelta de muchos de los neófitos al monte y a la idolatría...; nada bastó a apagar el celo, de aquéllos, y recobrada apenas la libertad, y en cuanto ofreció un claro aquella borrasca, volvieron a su puesto de honor, a contener la ruína, a reparar males, a hacer el bien que un nuevo orden de cosas tan distinto del anterior había de permitir. Y nadie pensó en desistir del empeño, sino en redoblar el esfuerzo, para, en lo posible, suplir la falta de protección y de medios. Es mérito de todos, Misioneros antiguos y nuevos; pero lo es especialmente heroico de aquellos (¡quedan de ellos todavía, pero van falleciendo ya muchos!), que habían trabajado años largos en condiciones sin comparación más favorables que las presentes, y habían visto por sus ojos el brillante estado de toda la Misión, y cosechado por sí mismos, con tanto consuelo, abundantísima mies entre los infieles de todas aquellas tribus, sobre todo en las dos últimas décadas del siglo pasado. Hubo año en que se bautizaron sobre ocho mil doscientos infieles; y el P. Urios, a quien acabamos de perder, bautizó él solo en medio año unos cinco mil de ellos. Hasta de la obstinada y erradamente tenida por inconvertible raza mora, puede calcularse que no bajarán de cinco mil los bautizados, no todos, entre los que campan por Dávao y costa del Pacífico, ciertamente más mezclados y menos tenaces, sino, en su mayor parte, de la bahía Illana, Río Grande, Basilan y Joló, más fieros y levantiscos. La cuenca del Agusan, el monte de Tagoloan, la costa de Caraga, el seno de Dávao y otros sitios empezaban a semejar cada cual un jardín florido de hermosas reducciones, nuevos pueblos cristianos en esperanza. No había centro de población grande o pequeño, donde no se levantase iglesia y escuela. El Orfanotrofio de Tamontaca era un reclamo de atracción de los moros del Río Grande; y con sus hijos y libertos de ambos sexos, se había formado ya un pueblo de esta raza, feliz y de bue-

nas costumbres, en torno de una iglesia de las más sólidas y bonitas de Mindanao. Teníamos en muchos pueblos buenos grupos de gente ejemplar y fervorosa, cofradías, buenos maestros, enseñanza de Religiosas indígenas. En Zamboanga, cabecera de la Isla, no obstante la proximidad y aun vecindad de los mismos moros, mucho antes de ser capital de Diócesis, ya llamaba la atención el esplendor del culto, y florecían hermosísimos el Apostolado de la Oración, las Hijas de María, la Conferencia de San Vicente de Paúl; y un día de gran fiesta, presencié toda la comarca el acontecimiento, singular de todo punto, que sepamos, de la Consagración del Distrito o Provincia al Sagrado Corazón de Jesús, hecha por el Gobernador Político Militar en persona, con asistencia de todos los elementos de la población, eclesiástico, civil, militar y popular, con extensión de acta notarial y con públicas demostraciones de regocijo...

Ahora, ya queda indicado arriba, se trabaja tal vez más, pero sin el consuelo de antes; se trabaja más y se cosecha mucho menos. Pero ¿habrá quien pueda decir que nuestros Padres no han llenado cumplidamente su misión apostólica en Filipinas, después de la restauración de la Compañía?

Pues bien, ahora digo que, si la nueva Compañía ha dado en Filipinas fiel cumplimiento a su misión apostólica, por esto solo ha hecho también allí, muy a su placer, obra patriótica.

Bien sabido es que la conquista, cristianización y civilización de Filipinas fué obra mancomunada de la Iglesia y de España, y que el gran Felipe II todo lo subordinó, en esta empresa, al fin de implantar en las Islas el reino de Jesucristo; y, en efecto, la ley evangélica con las leyes de Indias, los Religiosos y Prelados con los guerreros y gobernantes, la Cruz con la Espada, como suele decirse, obraron de consuno esta maravilla, única en su género, en el Extremo Oriente. Y, si bien en el decurso de los tiempos ocurrieron muy varios sucesos en la Península y en las Islas; disidencias parciales, discrepancias de criterio, intereses particulares encontrados, extralimitaciones de autoridades, invasiones de jurisdicción, cambios políticos; aún más, en los tiempos ya cercanos a la caída de España, ocultos trabajos de zapa, a la vez contra la integridad del territorio nacional y contra la Iglesia, a ciencia y paciencia y por ventura instigación, de malos gobiernos; si bien fueron menester manifestaciones, protestas, gestiones, en defensa de tan sagrados intereses...; no obstante, nunca jamás se interrumpió por parte de los Religiosos españoles esa mancomunidad, nunca hicieron ellos defección ni claudicaron en el patriotismo. Y ¿quién como ellos daba garantías de tener siempre enhiesto en Filipinas el pabellón español, habiéndolo renunciado todo para pasarse allí de por vida?; que no es comparable con ésa la abnegación de otros servidores de

la Patria por durante una campaña o unos cuantos años de servicio. Casi estoy por decir que les hubiera sido imposible a los Regulares de Filipinas disonar en este general concierto, puestos como estaban en la necesidad de toda protección del Gobierno; en Filipinas, donde, mientras no medraron los masones, todos éramos españoles sin más apelativos, ni queríamos saber de los partidos políticos de la Península; cuando los liberales gobiernos de la Nación, que no querían a los Religiosos, o los vejaban en la Metrópoli, los sostenían a sus expensas en las Islas, creyéndolos medio imprescindible, insustituible, como apoyo de la soberanía de España. Nadie mejor que los mismos filipinos conocía ese espíritu patriótico de sus Misioneros, y ser allí de hecho la misma la causa de España y de la Iglesia. Hasta los infieles, al bautizarse, entendían bien, como se les daba a entender, que una vez hechos cristianos, eran ya súbditos españoles. Y los revolucionarios y filibusteros, contra España era contra quien de rechazo maquinaban, al excitar la aversión y procurar el descrédito de los Religiosos. Siempre inculcaron éstos a los indígenas el amor a España; nunca dejaron de prestar toda su cooperación al Gobierno para cuanto fuese justo y decoroso. La historia de Filipinas está llena de semejantes testimonios, algunos muy brillantes.

Pues, es evidente que los Jesuítas no habíamos de ser, no podíamos ser, en Filipinas una excepción.

Supuestas las generalidades indicadas, me limitaré para mi propósito a anotar aquí algunas particularidades nuestras de esta segunda época.

Y en primer lugar, hasta por estímulos de agradecimiento, quiero consignar la especial estimación en que siempre fué tenida la Compañía; la benévola aceptación que obtuvieron nuestros ministerios y nuestra enseñanza; el aplauso prodigado a la conducta pública de los Nuestros, tanto de parte de los naturales en general, como de parte de la demás población. No sería fácil enumerar las importantes muestras de deferencia y favor, que en ocasiones determinadas merecieron nuestros Padres y sus nobles proyectos.

Por nuestra parte, nunca dejamos de acudir al remedio de todo género de males que suelen afligir al País, con mayor diligencia y más estrecha obligación en nuestras Misiones de Mindanao; ni a los llamamientos del Gobierno, siempre que pudieron nuestros servicios o nuestras cosas ser de alguna utilidad a la Región o a la Nación. Podría mencionar el concurso personal de nuestros Padres a expediciones militares; la asistencia a enfermos en tiempos de epidemia; la cesión de edificios propios, o de local en ellos, para albergue de enfermos, heridos, tropa y pueblo; las suscripciones pecuniarias para obras o alivio de calamidades públicas; trabajos técnicos en obsequio de nuestras Autoridades u oficinas del Gobierno; la participación correspondiente en las ocurrencias faus-

tas o infaustas, regionales o nacionales; la entusiasta contribución a exposiciones filipinas, tanto en las Islas como en la Península y otros países. No parece que todo esto arguya omisión o indiferencia en el cumplimiento de los deberes de la Compañía para con la Patria española, a quien de algún modo representábamos también nosotros en Filipinas. Pero allí están, y no hablan menos elocuentemente en favor de nuestro españolismo, algunas empresas o instituciones permanentes exclusivas nuestras, fomento de la cultura del País, en cuanto con ellas hayamos podido contribuir, al prestigio de España en las Islas, y al buen concepto que sus actuales dominadores hayan podido formar de sus antecesores los españoles. Ya he nombrado antes estas principales obras nuestras, de que voy a dar en el siguiente párrafo unas brevísimas notas, por hacer allí más al caso: a ello me remito por ahora.

Pero me falta todavía decir algo más sobre nuestro patriotismo en Filipinas; porque ocurrieron allí, en los últimos días de nuestra dominación y principios de la ocupación americana, circunstancias difíciles, ocasiones de perturbación y de algún apasionamiento, aun tal vez entre entidades por demás beneméritas y de nobilísimas miras; y, en determinados círculos, o miembros de ellos, pareció suscitarse alguna duda o sospecha sobre la sinceridad de los Misioneros Jesuitas en su conducta como españoles. Ello es que por aquellos días, en que muchos peninsulares, por patriotismo exagerado, (que, sin embargo, tiene su explicación, ya que no pueda tener justificación), llegaban al exceso de sospechar traición o connivencia en todo mestizo acomodado y español radicado en el País, sólo por ser tales; a nosotros no se nos dejó de tizar por algunos con el feo calificativo de filibusteros, o se nos tuvo al menos por encubridores o sospechosos; causa de muy graves amarguras nuestras. No creo que a estas fechas, depurados ya en parte aquellos sucesos, y calmados los ánimos, sea necesario esforzar mucho nuestra defensa; pero, pues viene al caso, quiero decir aquí dos o tres cosas a mayor abundamiento. Una es que, sean las que fueren las razones por las cuales pudo parecer que los Jesuitas éramos menos odiados de la revolución que otros Religiosos, o por algún lado simpáticos a la misma, lo cierto es que, en cuanto vieron los revolucionarios que podían contar con la masa popular, bien supieron prescindir del todo de aquellas semisimpatías, y comprendernos también a nosotros en la común aversión. Digo, en segundo lugar, que nunca fuimos los Jesuitas sospechosos en el Gobierno general ni en sus dependencias, que eran precisamente la auténtica representación de España, y a quienes más incumbía inquirir y vigilar las complicidades que pudiese tener la revolución. Tercero, que precisamente en aquellos últimos tristes días de la soberanía española recibimos los Jesuitas más señaladas pruebas que nunca de la mayor confianza de parte del Gobierno general, del Arzobispado y de todos los



miembros de la Junta de Autoridades; y los que habíamos sido tenidos por desafectos o menos afectos a España, fuimos precisamente los únicos solicitados para comisiones delicadísimas, en orden a salvar la Patria de aquella crisis extrema, por las Autoridades superiores. Y, por fin, que, si alguno reputa deservicio de la Patria que nosotros, ministros de Dios y españoles, sin dejar de reprobar como el que más en los filipinos cuanto merece reprobación, les mostrásemos amor, procurásemos su bien, tratásemos de volver al buen camino a los extraviados; que nuestros Padres se dedicasen, llamados o no, a visitar en las cárceles a los presos políticos por conspiración, consolarlos, confesarlos, lograr de todos antes de morir su pública abjuración de errores o de las sectas, en cuanto se tuvo por necesario; que en parejas recorriésemos las provincias próximas a Manila, más inficionadas del espíritu revolucionario, para inculcar en los levantiscos cristiana sumisión, invocando paz y anunciando saludables reformas, aun a costa de la propia libertad; que se prestase el Superior de la Misión a ser mediador entre el Gobernador de las Islas y el Jefe supremo de la revolución, para proposiciones de paz; que fuésemos nosotros llamados e instados por Rizal, el ídolo de la revolución, puesto en capilla, para acabar consiguiendo para él, de la divina Misericordia, la más consoladora conversión y una muerte cristianísima; y todo esto a invitación, con especial complacencia y correspondiendo a la confianza de la Autoridad secular, y con la bendición de la Eclesiástica; si alguien, digo, tiene por deservicio de la Patria, haber procedido nosotros así..., allá se las haya con su patriotismo, y hasta con su celo de las almas: ante el tribunal de Dios seremos mejor juzgados. Ni nos argüirá la conciencia de no haber hecho de nuestra parte por que no se perpetuasen los odios entre dos naciones, que, en relación de madre e hija, hicieron común su suerte por espacio de más de tres siglos, a la sombra del árbol santo de la Cruz.

Dije asimismo que nuestra empresa, en la intención y en los resultados, fué empresa civilizadora. Y había, en efecto, de ser así: cristianizar es civilizar, y nada menos que el único modo de civilizar con toda verdad; que, si hay pueblos paganos o heterodoxos más o menos civilizados, no es sino por lo que recibieron del cristianismo o han aspirado de su sano ambiente.

Empero, esto aparte, fijémonos desde luego un poco en la labor instructiva y educativa de la nueva Compañía en Filipinas, como cultura humana que es, individual y social.

Acontecimiento de importancia para la ilustración de la niñez y juventud de Manila primero, y de todo Filipinas después, a juicio del Municipio de la capital, Consejo de Administración, Autoridades y gente entendida, fué la instalación del Centro de enseñanza que abrió a su llegada nuestra Misión, en un principio Escuela Mu-

nicipal, muy luego Ateneo Municipal y finalmente Ateneo de Manila. Ganóse del público la mejor aceptación, hizo los más rápidos crecimientos en número de alumnos, acreditó bien su instrucción por lo completa, sólida y brillante, y su esmerada educación; y, si no le fué concedido erigirse en Instituto propiamente dicho, obtuvo, no sin vencer serias dificultades, ser reconocido como Colegio privado de segunda enseñanza, de primera clase, agregado a la Universidad de Santo Tomás, teniendo aneja la primaria elemental y superior y estudios de aplicación y adorno, todo conforme a lo legislado por el Gobierno de Madrid. Colegio completo en su género, de alumnos internos y externos, acreditado como el que más, al cual afluye lo mejor de la juventud masculina de las Islas; que no menguó en lo más mínimo en importancia con el cambio de gobierno, y hecho totalmente independiente; antes, procurando asegurar toda la integridad de los estudios clásicos, amplió los especiales, puso en la mejor posible consonancia nuestro método con las condiciones exigidas por el Gobierno americano para el reconocimiento oficial, que obtuvo, el primero entre todas las instituciones privadas que lo han solicitado. Hace ya muchos años tiene lleno completo, ni puede menos que desatender muchas peticiones de admisión, con ser sus alumnos hasta 1,300, los 400 de ellos internos y medio-internos; y expide anualmente un total de sobre 150 títulos de Bachiller en Artes, Perito Mercantil, Agrónomo, Mecánico, Taquígrafo y Perito e Ingeniero electricista, todos ellos tenidos en particular estima. Es muy visitado de las personas ilustradas su magnífico Museo, que lo es principalmente de Historia Natural; y siempre han merecido grande aplauso de los concurrentes los solemnes actos académicos y exhibiciones a que tiene acceso el público.

Ha sido, pues, como decía, nuestro Ateneo, una institución de gran cultura para el País; y deseo que esto se entienda no sólo por lo que hizo la Institución por sí misma, y por haber puesto mucho más levantada que estaba la enseñanza secundaria, sino muy especialmente como general estímulo, por la emulación que despertó en la juventud, principalmente acomodada, para instruirse, y en las poquísimas instituciones de enseñanza entonces existentes, para organizar, ampliar y mejorar la suya; y para que así, a este tenor, se multiplicasen y facilitasen en la Capital y en provincias los medios de instruirse en todos los ramos y educarse todas las clases convenientemente. Entonces fué cuando la Universidad de los PP. Dominicos y su Colegio de Letrán, con nuestro Ateneo, emulándose mutuamente, acomodaron sus programas a los oficiales según la legislación española, pudieron expedir títulos hábiles para aspirar a estudios superiores en España o en el Extranjero, y hasta, introducidas luego en dicha Universidad nuevas facultades, hacer accesibles en Manila mismo carreras, que no se podían antes seguir sino expatriándose del Archipiélago. El solo proyecto, por tanto, y

más la efectiva subsiguiente apertura de nuestro Ateneo, determinó en todo Filipinas un manifiesto progreso, con la generalización y perfeccionamiento, que ya después fué siguiendo, de todo género de instrucción literaria, antes sumamente escasa. Y apelo a la conciencia de la porción de la generación actual indígena ya un tanto entrada en años, para que atestigüe si no ha sido uno de los principales motivos de la especial simpatía con que fué mirada siempre la Compañía en Filipinas, la espontánea iniciativa, la generosidad, el desinterés y la esplendidez con que se esmeró en difundir cuanto pudo, con la virtud, las letras y ciencias.

Otra obra, también de cultura literaria, de suma trascendencia para la instrucción de la masa popular, iniciaron y realizaron nuestros Padres, sin otra intervención alguna, a invitación y vivas instancias de la Autoridad gubernativa: la reglamentación y régimen efectivo de la Escuela Normal de Maestros española, todo el tiempo de su existencia desde su fundación: establecimiento oficial exclusivo, sostenido con fondos insulares, para proveer de maestros aptos a todas las escuelas públicas de instrucción primaria elemental, y, hacia los últimos años, erigida en superior, para habilitar asimismo a los maestros superiores. Esmeradamente montada, con su internado, con todos los estudios convenientes, y práctica del magisterio en la escuela inferior allí mismo abierta al público, con su Academia Pedagógica y Boletín del Magisterio, dió hermosísimos resultados, y produjo maestros generalmente capaces, bien educados, hábiles en el uso del lenguaje castellano, a cuya difusión en el País hubieron de contribuir poderosamente (1). Muy cerca de 2.000 Maestros Superiores, Elementales y Ayudantes, produjo esta Institución, que se esparcieron por todo el Archipiélago. Con todo lo cual, este es el día, no tan infausto para España en Filipinas, en que nos consolamos viendo que muchos señores americanos, por necesidad, conveniencia o gusto, aprenden diligentemente nuestra lengua, la hablan con más o menos perfección, y contribuyen a retardar más aún la fecha, sin duda muy lejana, de su total desuso en el País.

Finalmente, ya queda siquiera indicado arriba, aunque a otro propósito, que también ha puesto y pone la Misión su esmero en ayudar a la mejor posible formación literaria y científica del clero. Hízolo en Manila con éxito durante los años que tuvo a su cargo el Seminario arzobispal; y lo hace aún en su reciente Noviciado y Escuela de vocaciones eclesiásticas; como sigue haciéndolo en Vigan,

---

(1) Nótese esto último de paso, a propósito de nuestro patriotismo, tanto más, cuanto por personas de mucha reputación había sido seria y tenazmente impugnada la conveniencia de propagar así entre los naturales el idioma nacional. Y véase juntamente el buen efecto producido por esta medida, y la perfecta unanimidad de opinión, que se ha seguido después entre todo el elemento filipino y el español existente aún en las Islas, en reclamar del Gobierno americano conserve indefinidamente todavía el uso oficial de nuestra lengua al igual que el de la inglesa, como se ha conseguido en efecto.

en aquel otro Seminario diocesano. Y excuso pormenores, pára abreviar.

Además de los centros de enseñanza, tenemos los Jesuitas en el Observatorio de Manila otro de cultura científica, de la mayor utilidad para todo el extremo Oriente, por los grandes males que evita e importantísimos intereses que defiende, y de celebridad universal, tanto más gloriosamente ganada, cuanto fué su origen más humilde, de privada iniciativa, y sus triunfos mayores. Su historia se ha escrito y publicado poco ha, al cumplir los 50 años de existencia, y a ella me remito; no empero sin consignar aquí que es hijo de las aficiones científicas de los primeros Profesores del Ateneo; acreditado muy pronto con las acertadísimas predicciones de su director el P. Faura; objeto sin cesar de creciente estimación y favor público; declarado oficial y dotado por el Gobierno español; victoriosamente vindicado de calumniosas e innobles imputaciones de un émulo extranjero; oficialmente rehabilitado, sostenido, ampliamente acrecentado, esmeradamente atendido y favorecido por el actual Gobierno de los Estados Unidos (1); la única de todas las instituciones técnicas, que ha quedado subsistente del tiempo de España, como glorioso recuerdo suyo (2), bajo la dirección y manejo de la misma Corporación religiosa que lo fundó; todavía, a medida del transcurso del tiempo, en aumento de estimación y nombradía.

Y hay que entender, a propósito de nuestros centros científicos y de enseñanza, el Observatorio y los Colegios, que su influencia civilizadora no se limita a su funcionamiento ordinario, sino que se manifiesta en multitud de hechos y obras extraordinarias y aisladas, fruto, si no me engaño, de la exuberancia de su vida y espontánea actividad, o también de especiales aptitudes personales. Son variedad de trabajos literarios o científicos, a las veces también artísticos o de industria, o acontecimientos de intento preparados, que no dejan de traer al País sus ventajas locales o generales, la vulgarización de conocimientos o adelantos, la noble emulación entre profesionales, la notoriedad de las cosas de las Islas, aumento o frecuencia de trato útil con otros pueblos. Ni faltan otros Padres nuestros, no dedicados por profesión a trabajos técnicos, sino Operarios espirituales o Misioneros en Mindanao, o alguno que otro de nuestros Hermanos Coadjutores, cuyos nombres hallarían merecidamente un puesto en la lista, que podría escribirse, de autores o promovedores de tales obras. Podrían figurar en este catálogo multitud de libros y folletos (aparte los de piedad) de varias clases, verbigracia de texto, literatura y materias científicas, de religión, de

---

(1) A su actual Director, P. Aigué, tuvo la Universidad del Gobierno la deferencia de honrarle con uno de los primeros y contados títulos de doctor (en Ciencias, éste), *ad honorem*, que suele conceder, uno cada año, el día de inauguración de curso.

(2) En este concepto insinué arriba que el Observatorio de Manila ha hecho excelente obra patriótica española.



lenguas, historia u otros asuntos pertenecientes a Filipinas (1) los aparatos de invención y uso de los Padres del Observatorio o modificados por ellos (2); los concursos a congresos científicos y a exposiciones regionales o universales en las Islas, España, Estados Unidos y otras naciones, con las distinciones en ellas obtenidas; labor de contribución a estudios internacionales; viajes de exploración por Mindanao; trabajos de cartografía filipina; exhibiciones y actos públicos interesantes de nuestros colegios; la obra arquitectónica de nuestra iglesia de Manila; algunas de las construcciones de iglesias, conventos y escuelas de nuestras misiones, y otras mejoras introducidas en aquellos pueblos (3).

Voy a terminar este asunto, diciendo algo particular de Mindanao. Allí han puesto en evidencia nuestros Misioneros lo que yo decía poco ha, de que cristianizar es civilizar. Allí, como suele en todas partes, los infieles son de hecho los bárbaros, y los cristianos los civilizados. ¿Qué mejor puede, pues, hacerse, para civilizar aquella anchurosa y en gran parte desierta Isla, que aumentar la población cristiana a costa de la infiel? Porque ésta ni aprovecha, ni apenas se multiplica, por razón del género de vida de aquellas gentes, y por las muchas muertes que en ellas causan continuamente la miseria, el hambre, las epidemias, las guerrillas entre ellos frecuentes. Si, pues, por cálculo aproximado, suponíamos que nuestros Misioneros han bautizado sobre ciento cincuenta mil infieles, ese adelanto en la población y civilización de la Isla ¿a quién se debe sino a ellos? ¡Tanto como se ha discurrido y debatido en Filipinas, sin resultado alguno positivo, para promover el aumento de población de Mindanao y otras islas, por medio de inmigraciones y colonizaciones, puramente fantásticas o utópicas casi siempre! (4).

Y en materia de enseñanza, ¿qué más podemos hacer allí, que lo que hacemos? Es decir, tener en todas las Misiones, y según es posible, en todas las estaciones y pequeños poblados, escuelas primarias, a menudo rudimentarias, muchas de ellas bien modestas,

(1) Es lástima que no tenga nuestra actual Misión un catálogo completo de su bibliografía. Lo tiene el Observatorio de la suya, que publicó por apéndice en el libro de sus *Bodas de oro*, a donde remito al lector.

(2) Los principales aparatos a que me refiero son el *Barómetro Faura-Saderra* y el *Barociclónómetro Algué*, de tanta aplicación y utilidad entre la marina mercante y de guerra por aquellos mares, y adoptado oficialmente el segundo, de orden del Gobierno, por las escuadras de los Estados Unidos del Pacífico y del Atlántico.

(3) Uno de nuestros Hermanos Coadjutores tuvo muy gran parte y mostró grande habilidad en la construcción de nuestra iglesia de San Ignacio en Manila, tenida y visitada como joya de arquitectura; y él ha sido el arquitecto que ha dirigido la construcción de buena parte de los edificios de materiales fuertes de nuestro Mindanao. Otro Hermano, también coadjutor, llevó a cabo, en dos pueblos distintos, la conducción de aguas potables. Al mismo se debe la fabricación de ladrillos para nuestra iglesia y doble residencia de Tamontaca y aceras de Cotabato, de la tubería para aquella canalización y de objetos de cerámica. Los dos viven aún. Otros ha habido y hay, tal vez de no menores méritos en distintos ramos.

(4) Pueden leerse a este propósito las muy atinadas observaciones del P. Juan Ricart en la nota (2), que pone a su Memoria de 17 de enero de 1883, inserta por apéndice en el tomo X de nuestras Cartas de Mindanao.

humildes y pobres; algunas, bastante bien montadas; una, en elegante obra arquitectónica de cemento armado, obra del propio Misionero; entre las cuales las hay que, no obstante nuestras desventajosas condiciones, soportan dignamente y hasta superan la difícil competencia de las escuelas oficiales, o tal vez logran atraer la totalidad o casi totalidad de los niños o niñas del pueblo. Mucho hacemos, digo, teniendo en cuenta, además, que el cargo de Maestro, ni aún el de director de escuela, va esencialmente incluido en el de Misionero; y es menos obligatorio todavía, cuando éste tiene bastante o sobradísima ocupación en la cura de almas estrictamente dicha, y en atender a todo lo espiritual de una población muy esparcida, que ha de recorrer casi continuamente, como sucede las más de las veces (1).

Bastan ya, Padre mío, estas sencillas indicaciones, para poner de manifiesto que la actual Misión Filipina, al pretender principalmente el bien espiritual de los naturales y moradores de las Islas, tampoco ha dejado de hacer cuanto ha sabido en pro de su civilización.

\* \*

Y ahora pongamos ya fin a esta harto extensa Carta-Prólogo, dando a Dios gracias, porque con su ayuda pudo nuestra Misión tomar a su cargo, y adelantar hasta el estado en que la vemos, semejante empresa, en sus resultados apostólica, patriótica y civilizadora; y pidiéndoselas para continuarla con igual intención, no menos bríos y éxito completo, para todo bienestar de aquel privilegiado País, que nuestros antiguos Misioneros regaron con sus sudores y con su sangre, y por el cual también sentimos intenso amor los nuevos, mayormente los que hemos tomado alguna parte en los trabajos y los consuelos de aquel ministerio. Nuestro anhelo sería llegar a verlo totalmente cristiano, sin resto alguno de paganismo ni mahometismo; firme en la profesión de la fe católica la masa entera de su población; y, como nacido a la civilización en esta Religión santa, pueblo feliz entre los pueblos más cultos del mundo católico, admiración y envidia de tanta vecina gentilidad. Y si, en nuestra ulterior labor para conseguirlo, lográsemos no enajenarnos la

---

(1) Los Superiores eclesiásticos han tratado varias veces de inducir al Gobierno a conceder, en condiciones aceptables, el carácter oficial y una modesta consignación, a las escuelas primarias parroquiales, que ofreciesen garantías de buena enseñanza, en número suficiente. Pudiera hacer por este medio no poca economía y evitar disensiones y rivalidades en los pueblos. Pareció en alguna ocasión verse en el Gobierno disposición favorable a esta determinación, a lo menos en misiones; pero nada se ha hecho, ni parece deba esperarse: no entra en los planes del Gobierno americano autorizar escuelas confesionales, cuales se dice son las católicas, aunque sea en país católico, al cual sin más ni más se arrebató la unidad religiosa.

benevolencia de los naturales y moradores, que los gobernantes viesen con agrado nuestra conducta, y ser hasta el fin un vivo y digno recuerdo de España en su antigua Colonia, todos nuestros deseos quedarían colmados.

De V. R. afectísimo en Cristo hermano y comisionero en Filipinas,

*Pío Pi, S. J.*

Barcelona, día de San Francisco Javier, 3 de Diciembre de 1916.







---

## CAPITULO PRIMERO

**Antecedentes.—La primera Misión a Manila.—Su instalación.—La Casa-Misión Central.—Agradecimiento a los RR. PP. de San Agustín.—Primeros ministerios de la Compañía de Jesús en Manila.**

EL día 7 de agosto de 1814 se publicó en Roma la Constitución de Pío VII «*Sollicitudo omnium Ecclesiarum*», por la cual Su Santidad restablecía en todo el orbe católico la Religión de la Compañía de Jesús, suprimida por el Breve «*Dominus ac Redemptor*» de Clemente XIV, expedido en 28 de julio de 1773.

Por Real decreto de 29 de mayo de 1815 el Rey Don Fernando VII la restableció en todas las ciudades y pueblos de España que la habían pedido, anulando la Pragmática-Sanción de Carlos III de 2 de abril de 1767; y por Real orden de 10 de septiembre se hizo extensivo el restablecimiento a las Indias e Islas adyacentes y Filipinas, ordenando que, luego que se presentasen en aquellos dominios los individuos de la Compañía de Jesús, fuesen admitidos y hospedados en sus antiguas Casas y Colegios por los Virreyes, Gobernadores y Capitanes Generales de acuerdo con los Arzobispos y Obispos y voto consultivo de las Reales Audiencias, con la mayor brevedad, para los fines indicados por Pío VII en la referida Constitución Apostólica.

De conformidad con el Consejo de Estado, expidió S. M., además, una Real cédula, en 3 de mayo de 1816, ordenando que se devolviesen a la Compañía las casas, bienes y rentas que se le ocuparon al tiempo de la expulsión, existentes en la actualidad; exceptuando de la restitución los bienes enajenados a título oneroso y los aplicados a establecimientos públicos, que no pudiesen separarse de ellos sin menoscabo de la pública utilidad.

En virtud del primer Real decreto, salió de Roma a 18 de septiembre de 1815 el P. Manuel de Zúñiga, nombrado Comisario General de España el 9 del mismo mes, acompañado de los PP. Juan de Osuna, José Fernández de Silva

y del H.<sup>o</sup> Ramón López. ¡Caso providencial! Al llegar a Barcelona, cual si hubiese salido del fondo del mar, le fue entregado al P. Zúñiga por Fr. Ambrosio de Barcelona el prodigioso *Crucifijo del Cangrejo*, recuperado en otro tiempo por San Francisco Javier después de recia tormenta en la Isla de Baranola. Recibiólo con su auténtica, ratificada por el Nuncio de España Pedro Gravina, e hizo luego en nombre de la Compañía de Jesús donación de esta valiosísima alhaja a S. M., el día 12 de enero de 1816 (1). Fernando VII la mandó colocar entre las reliquias de la Capilla Real de su Palacio.

(1) Sabido es como en la ciudad de Cebú fue donde a instancias del V. P. Alonso de Humanes el Vicario General del Obispo, D. Juan de Roca y Herrera instruyó la información sobre el hecho del milagro del Cangrejo para los efectos de la Beatificación y Canonización de San Francisco Xavier, y que en ella declaró como testigo jurado el artillero Fausto Rodríguez, portugués desterrado por los Holandeses, luego que ocuparon la Isla de Amboino. Las palabras textuales de esta declaración las publica el Padre Daniel Bártoli en su *Historia della Compagnia di Gesu. L'Asia*. Libro II, pág. 81. Editione terza. Roma MDC.LXVII, tal como se hallan en la jurídica testificación del Proceso que sirvió para que se insertasen en la *Bula Rationi Congruit* de Urbano VIII (5 de agosto de 1623) de la canonización del Santo estas palabras relativas al referido milagro del Cangrejo: «Uterius cum inter easdem insulas (Moluci) Franciscus navigaret ac saevissima orta esset maris tempestas; ad eam sedandam, Crucifixi imaginem, quam collo appositam gestare solebat, undis immerserat: quae vi procellae é manibus excussa, in profundum maris non sine magno elus moerore delapsa erat; sed laetificaverat Dominus animam servi sui: nam cum ad terram applicuisset, ac secus littus iter faceret, marinus cancer ex undis subito prosiluerat, atque ante pedes ipsius steterat, eamdem crucem morsibus elevatam gerens; et Franciscus in genua provolutus eam devote susceperat, ac diuturna oratione ob tam egregium munus Deo gratias egerat.»

Este crucifijo después de la muerte del Santo fue a parar al Colegio de Coimbra, de donde fue extraído del Sagrario del templo por el H.<sup>o</sup> Teólogo escolar José Cayetano antes de salir para el destierro, y lo entregó en Roma al M. R. P. General Lorenzo Ricci que lo tuvo consigo hasta la hora de su muerte y lo retuvo luego el Cardenal Zelada, quien al fin de su vida mandó que fuese trasladado a la Catedral de Compostela; en cumplimiento de lo cual un familiar del Cardenal lo llevó consigo hasta Barcelona, donde lo entregó a Fray Ambrosio de Barcelona, Capuchino, y por providencia de Dios lo guardó hasta que, pasando por dicha ciudad el referido Padre Comisario Manuel de Zúñiga, lo devolvió en su persona a la Compañía, y este Padre, en agradecimiento por el restablecimiento de ella — en España — (además de haber ordenado por carta circular fecha en Madrid el día 8 de diciembre de 1815, que todos los Padres españoles celebrasen diez misas cada uno por S. M.), lo regaló a Fernando VII el día 12 de enero de 1816, después de haber demostrado ser auténtico, según todo consta por los documentos siguientes, debidamente autorizados:

«Sg. Iosephus Cajetanus, Scholasticus, Theologus Societatis IESU, per praesentes manu mea subscriptas fidem facio, tactis SS. Evangeliiis, sub juramento affirmo; me, ante-



SAN FRANCISCO JAVIER CON SU CRUCIFIJO





Conformándose S. M. con lo propuesto en consulta de 21 de diciembre de 1818 por la Real Junta creada para el restablecimiento de la Compañía, ordenó que, a semejanza de la subalterna de México, se estableciesen otras dos en los demás Virreynatos y Gobiernos independientes de América, bajo las reglas y prevenciones contenidas en la Instrucción formada al efecto y aprobada por S. M., la cual, remitida de Real orden por el Consejo de Indias

quam in exilium proficisceretur, atque egrederetur a Collegio Conimbricensi, manibus meis extraxisse ex sacrario templi ejusdem Collegii Sacram Crucifixi Imaginem ligneam, in Cruce pariter ligneae rotundae figurae affixam, quae diu ibi asservabatur atque scriptum a tergo legebatur in cruce argentea hanc Imaginem esse illam eandem celeberrimam, quam in mare, casu lapsam, insigni prodigio Cancer ad littus attulit Magno Indiarum Apostolo Sancto Francisco Xaverio. Testor pariter et sub eadem juramenti fide affirmo; me, praedictam Imaginem mecum attulisse, atque Romae tradidisse R. Adm. P. Laurentio Ricci Societatis IESU Praeposito Generali. Tibure vero, ubi modo dego quamplurimos meorum sociorum rogavi, ut praesentes mecum subscriberent, atque juramento suo confirmarent praedictam Imaginem esse eandem quam ipsi noverant miraculosam, quae é manibus S. Francisci Xaverii in mare deciderat, atque a Cancro illi ad littus ablatam fuisse, quod tamquam indubium et perenne Collegii Conimbricensis monumentum omnes mecum affirmant, praestitoque confirmant juramento. Tibure, 28 Februarii anno Domini 1760. = Iosephus Cajetanus. = Franciscus de Lucena, Soc. IESU. = Ioannes Mendez, Soc. IESU. = P. Antonius Garcia, Soc. IESU. = Iosephus Pessoa, Soc. IESU. = Domingos Martins Sachristão de Igr.<sup>a</sup> de Coimbra. = Bernardus de Seixas, Soc. IESU. = Joachimus Leonardus, Soc. IESU.

Petrus Gravina ex Ducibus S. Michaelis de Principibus Montisvagi, ex Magnatibus Hispaniarum primae Clasis, Eques Magna Cruce insignis praecelarique Ordinis Caroli III insignitus Sanctae Inquisitionis in omnibus Hispaniarum Dominiis Defensor, Dei et Apostolicae Sedis gratia Archiepiscopus Nicaenus, Abbas Commendatarius Sanctae Mariae de Roccamadore Messinen. Dioecesis in Siciliae Regno, Archidiaconus de Carmona Hispaniensis Dioecesis, Praelatus domesticus Pontificio Solio Assistens, Smi. Dni. Nostri Pii Divina Providentia Papae VII. ejusdem Sanctae Sedis in his Hispaniarum Regnis cum potestate Legati de Latere Nuntius. etc.

Universis ac singulis praesentes Ntras. Litteras inspecturis fidem facimus et testamur. SS. D. N. J. C. Crucifixi effigiem Ligno insculptam, in Ligneae Capsella aere ornata, sigilloque Ven. Societatis Iesu munita repositam, eandem esse quae in Ecclesia Collegii Conimbricensis magna cum fidelium veneratione asservabatur, prout ex authenticis Documentis Nobis exhibitis nec non ex indubiis optimaefidei testibus accepimus, qui etiam cum juramento asserunt, ex antiqua firmissima traditione, eam ipsam esse, quam Divus Franciscus Xaverius Societatis Iesu. Magnus Indiarum Apostolus ante pectus jugiter pendentem gestabat, quamque illi ad Insulam Amboynam transfretanti, casu in aquis lapsam cum mare benediceret et occasione vehementis tempestatis, quae illico sedata est, Cancer insigni prodigio ad littus attulit, prout legitur in vita ejusdem Indiarum Apostoli.

Testamur etiam eosdem testes cum juramento affirmare, se praedictam Crucifixi

en 19 de enero de 1819, prescribía, además, para Filipinas, que prosiguiese por entonces la Real Audiencia tratando en Acuerdos extraordinarios, y más frecuentes, los negocios de temporalidades según las Reales cédulas comunicadas; sin más novedad que la de entenderse con la Real Junta de Madrid, y cumplir en lo adaptable dicha Instrucción, dando, en primera ocasión, cuenta de lo ejecutado; la cual Instrucción, por Real cédula de Palacio y 11 de marzo de 1819, mandó S. M. cumplir sin dilación alguna.

En 1820 fue suprimida de nuevo la Compañía de Jesús por decreto de las Cortes, sancionado por el Rey en 6 de septiembre del mismo año. Derribado empero el Gobierno Constitucional en 1823, preso todavía en Cádiz S. M., la Regencia despachó nuevo decreto restableciéndola en 11 de junio del mismo año; y en 26 de septiembre del siguiente se le mandó entregar el resto de las temporalidades, el Archivo y cuanto a él pertenecía. Igual Real orden se circuló en América y Filipinas, facultando para este último punto al Reverendo P. Provincial Pedro Cordón, para nombrar apoderado que se hiciese cargo de ellas, como en efecto fue nombrado en 14 de diciembre de 1824 D. José de Azcárraga; empero, el Capitán General y Presidente, Ricafort, en Real acuerdo del mes de noviembre de 1825 se negó a ello, manifestando que, cuando fuesen allá los Padres, la Audiencia les pondría en posesión de sus casas y haciendas jurídicamente.

En octubre de 1832 el Ilmo. Sr. D. Fray Santos, Obispo de Cebú, al dar cuenta a Su Majestad de haber concluido la visita diocesana de cuanto

---

*Effigiem secum attulisse e Collegio Conimbricensi ac Romae tradidisse Rmo. P. Laurentio Ricci Praeposito Generali Societatis Iesu, habitam deinde ab Emo. ac Rmo. D. Francisco Xaverio Cardinal de Zelada qui eam religiosissimae quoad vixit veneratus est, ac morti proximus, ut eadem ad Ecclesiam Compostellanam transferretur injunxit.*

*Testamur denique quod ad hujus mandati adimplementum, praefata Crucifixi Effigies per familiarem dicti Emi. Cardinalis fuit Barcinonem perducta, ac R. P. Fr. Ambrosio a Barcinone Ordinis Capuccinorum tradita, qui, Deo sic disponente, eam devotissime asser-vavit ad haec usque tempora, ipsamque lubens dono dedit Rmo. Emmanueli de Zuñiga ejusdem Societatis Iesu in his Hispaniarum Regnis Commisario Generali, ad suum Barci-nonam adventum. In quorum fidem, necnon ad perpetuam et singularem rei memoriam, eamdem capsellam funiculo serico coloris rubri colligari, sigilloque nostro signari ac praesentes litteras testimoniales nostra manu suscriptas, Nostroque sigillo munitas per infrascriptum Nostrum Secretarium expediri mandavimus. Datum Matriti hac die 6 Janua-rii 1816.*

*P. Arps. Niceae Nuns. Apts.*

*Aloisius Testa a Secretis.*

Loco signi (Al dorso) 1915.=Documenti Appartenenti al SS. Crocifisso che si regalò a S. M. nel 12 Gennaio.

pudo visitar en su dilatadísimo Obispado, hizo constar que después de su ida a Surigao, a instancia suya, habían entrado los PP. Recoletos en la administración espiritual de aquella provincia y la de Misamis, esmerándose con sumo celo en restablecer las iglesias parroquiales y la civilización e instrucción cristiana «en aquellos infelices pueblos abandonados absolutamente por los clérigos indios que servían de curas interinos en el intervalo de la escasez de religiosos» y más abajo añade: «Clamo a V. M. y le suplico encarecidamente que mande venir muchos Regulares, y, si puede ser, Jesuitas, a Filipinas, y verán que dentro de pocos años cuenta el Estado con seis millones a lo menos de vasallos pacíficos, fieles y cristianos en estas feracísimas Islas.»

Convencido S. M. de la necesidad de enviar a dicho archipiélago religiosos europeos, de acuerdo con el Consejo de Indias, se había ya dirigido al P. Provincial de la Compañía de Jesús de la Provincia de España, en 28 de julio de 1824 y 22 de mayo de 1827, para que concurriese con este especial servicio de las Misiones, tan propio de su Instituto, en obsequio de la Religión y del Estado; y en 26 del mismo mes y año se vio obligado a responder que no podía la Compañía atender por entonces al reemplazo de aquellas Misiones, por ser sus religiosos jóvenes y no formados aún, de resultas de medio siglo de supresión y de un trienio de revolución desoladora; y que, tan luego estuviesen en disposición para ello, cumpliría con las piadosas intenciones de S. M. Con motivo, pues, de la representación hecha por el citado Prelado de la Diócesis de Cebú, y a propuesta del referido Supremo Tribunal, de 15 de octubre de 1832, se invitó por Real orden de 25 de febrero al R. P. Provincial Antonio Morey a que enviase Misión a Filipinas; el cual respondió en 2 de marzo del mismo año al Sr. Secretario del Consejo de Indias D. Mateo de Agüero Marcos que, cuando fuese del agrado de S. M., estaba dispuesto a enviar algunos Padres y Hermanos a restablecer siquiera una de las antiguas casas en dichas Islas, de donde saliesen los que fuesen requeridos, a trabajar, conforme a su Instituto, en el remedio espiritual de las urgentes necesidades que allá ocurriesen; pero que le parecía oportuno que el Consejo evacuase antes la consulta que por el Ministerio de Hacienda se dignó S. M. pasarle a fines de 1626. Dos días después el Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, D. Francisco Fernández del Pino, comunicaba al mismo Padre la Real orden dirigida por el de Hacienda, de 4 de febrero: que debiendo salir de Cádiz para Cavite en la próxima primavera el navío *Santa Ana* de la Real Compañía de Filipinas, lo puso en noticia de S. E. de orden de S. M., por si había que enviar por este Ministerio algún Misionero, y en atención a las solicitudes de aquellas Islas pidiendo Misioneros más bien

que tropa, y a que el Obispo de Cebú señalaba particularmente a los Padres de la Compañía. La respuesta del P. Morey fue la misma anteriormente dada al Sr. Secretario del Despacho de Hacienda. Difirióse por entonces el embarque de la Misión, para la cual estaba ya señalado como Superior el P. Mariano Verdugo.

Sobrevino luego el degüello de nuestros Padres en Madrid, el 17 de julio de 1834, y el decreto de 4 del mismo mes de 1835, firmado por la Reina Gobernadora, Doña María Cristina, en virtud del cual se suprimía de nuevo la Compañía de Jesús en toda la Monarquía. Por hallarse entonces Loyola dominado por los carlistas, subsistió aquella casa hasta diciembre de 1840, en que se cerró por Decreto de Madrid. Durante este tiempo de dispersión se abrieron nuevamente las misiones de Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, Brasil, Chile, Nueva Granada, Ecuador y Guatemala.

En 16 de marzo de 1851 firmó el Gobierno español un Concordato con la Santa Sede, y en su artículo 29 se declaraba que el primero se proponía mejorar oportunamente los colegios de Misiones para Ultramar. En su consecuencia Doña Isabel II expidió Real circular en 19 de octubre de 1852; y en el artículo 2.º decía refiriéndose a Filipinas: «Deseando por todos los medios que están a mi alcance promover la pronta reducción de los infieles que aun hay en esas Islas, y, no siendo posible, a lo menos en muchos años, que el escaso número de misioneros de las cuatro órdenes religiosas actualmente existentes, pueda proveer a todas las necesidades, y menos todavía a las nuevas misiones que deberían establecerse en las islas de Mindanao y Joló, y teniendo presentes los importantes servicios que, así en las Islas como en los antiguos dominios españoles de América, ha prestado la Compañía de Jesús en la reducción y catequismo de sus naturales: He dispuesto, que se restablezca dicha orden en esos dominios, a cuyo efecto, y accediendo a las repetidas instancias que me han hecho las Diputaciones forales de Guipúzcoa y Vizcaya, para que se convierta el edificio en colegio de Misiones, caso que para este objeto se restableciera la Compañía de Jesús: He venido en destinar el edificio de Loyola para Casa matriz y Colegio de la expresada Compañía, declarando, como desde ahora declaro, que por este restablecimiento no se le concede derecho alguno a ser reintegrada en los curatos y doctrinas, ni en las temporalidades que poseía en esas Islas, quedando a mi cuidado, en cuanto fuere necesario, proveer a su decorosa subsistencia, y señalarle los puntos donde haya de ejercer su sagrado ministerio.» El original de esta Real circular se remitió de oficio al Vicerreal Patrono de Filipinas por el Excmo. Sr. Bravo Murillo, Presidente del Consejo de Ministros, y con igual fecha, de orden de S. M., le



encarga: «Vea V. E. qué edificio podría destinarse para colegio de los Padres de la Compañía.»

Otra Real circular se expidió en 26 de noviembre de 1852, refrendada por el mismo Presidente, la cual en su punto 3.º dice: «Restablecida para las Islas Filipinas la Compañía de Jesús, que tantos y tan señalados servicios ha prestado a la Religión y al Estado, y considerando que puede prestarlos todavía de grande importancia, así en las parroquias y doctrinas que se erijan en los puntos más despoblados de las islas, como también en la enseñanza secundaria superior, que con el mejor éxito para los alumnos y satisfacción de los padres ha desempeñado siempre y desempeña aún hoy en muchos países; deseando Yo por otra parte satisfacer la falta, generalmente sentida por esos leales habitantes, de establecimientos en que puedan educar a sus hijos, viéndose por esta causa en la dolorosa necesidad de desprenderse de ellos para enviarlos a colegios extranjeros y con preferencia a los de los mismos Jesuitas: He determinado que se establezca, por ahora, y a reserva de hacerlo más adelante en otras poblaciones, un colegio de la Compañía de Jesús, en alguno de los suprimidos conventos de esa ciudad, que pareciere a propósito, con obligación de encargarse de la educación secundaria superior, con arreglo al plan que yo aprobare, y sin perjuicio de que se empleen asimismo sus individuos, en cuanto lo permita su número, en el servicio de las nuevas doctrinas y parroquias que, como Patronato, tuviere Yo por conveniente confiarles, conforme las Bulas y Breves Pontificios, que sobre la materia rigen en América.»

Por Real orden de 24 de octubre de 1854 fue trasladada la Comunidad de Loyola, sin disolverse, a la isla de Mallorca, y devuelta, por otra Real orden de 19 de octubre de 1856, a su primitivo punto.

Pretendían algunos que para los efectos del cumplimiento del Real decreto de 19 de octubre de 1852, fuesen los de la Compañía destinados directamente a Mindanao sin detenerse en Manila. En orden a lo cual escribió de Roma el P. Asistente Manuel Gil al P. Antonio Zarandona, con fecha 20 de agosto de 1857, previniéndole contra cualquier sorpresa en este punto, toda vez que para hacer el bien y extender la fe en todas aquellas islas, parecía necesario tener una casa en Manila por los motivos siguientes: 1.º, porque, estando allí el Capitán General, se pueden combinar mejor las cosas y obtener auxilios y defensa en las excursiones apostólicas según las necesidades; 2.º, porque los misioneros que se cansen en el cuerpo o en el alma, o enfermen, etc., podrán volver a Manila a reponerse; 3.º, porque es imposible que en Manila no sea necesario dar algo de educación a la juventud, sea para estimular con la con-

currencia a los otros que enseñan; sea para fomentar el espíritu religioso y español, como en la Habana; sea para preparar los ánimos a la vocación eclesiástica y formar buenos curas, etc., etc. Esto no podría hacerse desde luego, pero, de todos modos, una casa pequeña o grande en Manila parece de toda necesidad, si se ha de hacer algo de provecho...»

A consecuencia de esta instrucción el P. Zarandona pasó a la Dirección de Ultramar una nota firmada por él en Madrid, a 11 de enero de 1858, en la que consignaba, que la Compañía de Jesús aceptaba la Misión de Mindanao, y estaba dispuesta a dar principio a ella cuando el Gobierno de S. M. lo determinase. Que, por de pronto, se podrían enviar seis u ocho misioneros, cuyo número se aumentaría a medida que hubiese sujetos disponibles. Que ocurrieran dos observaciones para el buen éxito de la empresa: 1.<sup>a</sup>, la necesidad de tener una casa en Manila para el buen establecimiento y progreso de la Misión; 2.<sup>a</sup>, la cuestión de recursos, porque la Real circular no concedía derecho alguno a la Compañía a ser reintegrada en las temporalidades que poseía en las islas, quedando al cuidado de S. M. proveer lo que fuese necesario a la decorosa subsistencia de los misioneros. Propuso, pues, que el Gobierno podría sufragar los gastos del viaje de los misioneros y de los efectos que llevasen para la Misión; que se señalase en Manila una pensión a los misioneros para su subsistencia, hasta que pudiesen vivir de sus propios recursos, y que se suministrasen fondos indispensables al establecimiento de la Misión, estando para ello autorizado el Gobernador Capitán General de Manila. Consiguientemente a lo expresado por el P. Zarandona, S. M. se dignó de Real orden, fechada en Madrid a 10 de marzo de 1858, dictar las disposiciones siguientes: «1.<sup>o</sup> Se destinarán a las islas Filipinas diez religiosos de la Compañía de Jesús con especial encargo de dedicarse a la conversión al catolicismo de los habitantes infieles de Mindanao, a cuyo fin procederán con toda libertad de acción dentro de las leyes eclesiásticas y civiles, que una obra tan grave, delicada y llena de dificultades exige como condición indispensable de buen éxito. Este número de religiosos aumentará en lo sucesivo, a medida que el progreso de la Misión lo requiera y las circunstancias de la casa de Loyola lo permitan; 2.<sup>o</sup> El Gobernador de Filipinas elegirá y destinará una Casa de Misión en Manila, donde puedan alojarse convenientemente los Misioneros que lleguen de la Península y donde radique el centro directivo de las Misiones de la Compañía; 3.<sup>o</sup> En consecuencia de lo dispuesto en el artículo 2.<sup>o</sup> de la Real circular de 19 de octubre de 1852, serán de cuenta del Estado los gastos de viaje de los religiosos, los de transporte de sus efectos, los de su instalación y sostenimiento en las islas y todos los demás que promueva y origine la obra evangélica que

se les confía; 4.<sup>a</sup> Para sufragar los gastos expresados se abrirá un crédito de 25,000 pesos por ahora en el presupuesto de Filipinas; 5.<sup>a</sup> El Gobernador del Archipiélago libraré sobre este crédito las cantidades necesarias a favor de la Misión y el prelado de ésta dará cuenta cada semestre de su inversión; 6.<sup>a</sup> El mismo prelado de la Misión y encargado de dirigirla, conforme los estatutos y fueros de la Orden, informará cada seis meses al Gobierno Supremo del estado y adelantos de aquélla por conducto del Gobernador general vicepatrono, pudiendo verificarlo directamente en las ocasiones en que lo estimare necesario o conveniente.»

En cumplimiento de esta Real orden, fueron designados, por el R. P. Provincial Domingo Olascuaga, para la primera Misión de Filipinas, los Padres José Fernández Cuevas, Superior; José Ignacio Guerrico, Juan Bautista Vidal, Ignacio Serra, Pascual Barrado, Ramón Barúa, y los HH. CC. Pedro Inunciaga, Joaquín Coma, Venancio Belzunce y José Ignacio Larrañaga, y, a presentación del P. Procurador, fueron aprobados por Real orden de 28 de marzo de 1858 y destinados a abrir la Casa Misión en Manila con especial encargo de dedicarse a la conversión al catolicismo de los infieles de Mindanao, otorgándoles S. M. el permiso de embarque en la fragata *Guadalupe*.

Mas, en las efemérides que de este viaje escribió el P. Pascual Barrado, consta que salieron de Cádiz, a las siete de la mañana del 4 de febrero de 1859, en la fragata *Luisita*, de 235 pies de largo y 40 de ancho, habiendo sido nombrado Capellán de ella el P. Vidal. Dióseles camareta en la popa con diez literas; pudiendo de esta suerte guardar vida de Comunidad durante el viaje. A los dos meses justos se hallaban en el meridiano del Cabo de Buena Esperanza y, a las diez y veinte minutos de la noche del 13 de junio, dieron fondo en la bahía de Manila, después de feliz navegación exenta de enfermedades y sin más tempestad que la que arrostraron durante el día y la noche del 13 de abril. En esta travesía fue cuando tradujo el P. Cuevas al castellano la parte histórica de su *Filosofía* latina, y el P. Guerrico los *Ejercicios*, publicados en flamenco por el P. Smith de nuestra Compañía.

Sobre el recibimiento de los Padres en la capital, aunque habían celebrado consulta las Religiones y el Cabildo, nada se había resuelto; fue, por lo tanto, inspiración de Dios la del R. P. Hernández, Provincial de Agustinos, porque, hallándose ausente en santa visita, escribió al P. Prior de San Agustín de Manila, Fr. Felipe Bravo, que preparase el Convento de Guadalupe y lo pudiese a disposición de los Jesuitas, caso de que llegasen antes que él; pero que, si prefiriesen estar en Manila, les tuviese en el Convento como si fuesen de la Comunidad y les ayudase en todo lo posible hasta que adquiriesen casa.

El día 14 por la mañana se presentó a bordo en busca de los Nuestros el señor Mon, hermano del que estaba en Salamanca, quien les notificó lo que respecto de ellos se había dispuesto. A las ocho y media salieron a recibirlos el primero y el segundo Alcaldes, el Secretario, un Ayudante del señor Capitán General, don Fernando de Norzagaray y otros señores; y, acompañados de ellos, se dirigieron al río Pásig, donde desembarcaron y encontraron a los RR. PP. Prior y Procurador de San Agustín, que salían a recibirlos, y en los carruajes que les tenían preparados se dirigieron al Convento donde les esperaba la Comunidad con cruz alzada, a la puerta de su magnífica iglesia, engalanada exprofeso para este acto; dentro de la cual entonaron un solemne *Te Deum* en acción de gracias por la feliz llegada de los Nuestros, y acto continuo, con los señores Alcaldes, fueron a visitar al Capitán General y al Arzobispo y luego al Intendente, Regente y Oidores, Comunidades religiosas, etc.

Al día siguiente los Padres y Hermanos recién llegados fueron a Guadalupe, para albergarse en la casa que allí tenían los PP. Agustinos, quedando los PP. Cuevas y Vidal alojados en el Convento de San Agustín, hasta que pudieron trasladarse a casa propia, costeadas por el Gobierno Superior de las Islas (1).

A 8 de julio de 1859, mandó librar el Vicerreal Patrono 6,000 pesos para el menaje y enseres de la casa recién adquirida, su renovación y la construcción de una capilla interior, para uso de la Comunidad, conforme a las soberanas disposiciones de la Real orden de 10 de marzo de 1858. Comenzóse a construir la capilla a mediados de agosto, y se inauguró celebrándose en ella la primera Misa, el 28 de diciembre de 1859, con asistencia del Capitán General Norzagaray y su familia.

El día 31 de julio de 1859, se celebró la fiesta del Santo Patriarca de la Compañía en la iglesia y convento de San Agustín, y allí comieron las dos Comunidades en un mismo refectorio, gozándose santamente el M. R. P. Provincial P. Hernández, de que en sus días «volviese el 5.º Regimiento de la Iglesia a Filipinas», despidiéndose después nuestros Padres y Hermanos, edifi-

---

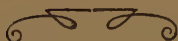
(1) «En vista del oficio que se sirvió V. R. dirigirme con esta fecha, referente a la compra de la casa de don Bernardo Ruiz de Lanzarote, sita en la calle del Arzobispo, número 6, para dedicarla a alojar a los PP. Misioneros que lleguen de Europa y fijar en ella el centro directivo de las Misiones; he ordenado, por Decreto también de esta fecha, a la Intendencia general de Ejército y Hacienda, que disponga el libramiento de los once mil quinientos pesos, cantidad en que, según V. R. se sirve manifestarme, ha sido contratada la compra de la referida finca.» (Comunicación del señor Vicerreal Patrono al P. Superior de la Misión, de 6 de julio de 1859.)



cados de aquella venerable Comunidad, para vivir definitivamente en la Casa-Misión Central situada en la Capital del Archipiélago Filipino.

Esta Misión quedará eternamente reconocida a la Religión de los Padres Agustinos por la exquisita y acendrada caridad prodigada a nuestros primeros misioneros, durante el período de su instalación en Manila.

En el ínterin que llegase el momento oportuno para realizar el plan que les había conducido al Archipiélago, se dedicaron los Nuestros a ejercitar en la capital los ministerios propios de su Instituto: confesar, predicar, dar ejercicios espirituales, enseñar la doctrina cristiana, visitar los hospitales, la cárcel y el presidio y asistir a los enfermos y moribundos, con notable fruto para la salvación de las almas y edificación de la ciudad.



---

## CAPÍTULO II

**Instrucción del Provincial al P. Cuevas. Toma éste a su cargo la Escuela municipal, que luego se convierte en Colegio privado de primera y segunda enseñanza y estudios de aplicación, con el nombre de Ateneo Municipal de Manila.**

AJUSTÓSE el P. Cuevas en el gobierno de la Misión a la regla de conducta contenida en la Instrucción que le había dado el R. P. Provincial de España al partir de ella, concebida en estos términos: «1.º Ante todas cosas establézcase la observancia regular bajo un pie firme, teniendo presente las circunstancias de tiempos, lugares y personas, como varias veces lo prescribe N. S. P. en las Constituciones. 2.º Hágase conocer a las Autoridades, que el único móvil de la Compañía, al aceptar la Misión de Filipinas, ha sido el de promover la mayor gloria de Dios, procurando según nuestro Instituto la salvación de las almas en la parte del Archipiélago que se nos confiase y ejerciendo los ministerios a que se nos destinase. 3.º Muestren los Nuestros mucho respeto y deferencia en obras y palabras a las demás Ordenes regulares allí existentes, conservando a toda costa por nuestra parte la paz y armonía, que deben reinar entre los que pelean por la misma causa, es a saber: la conservación y propagación de la Fe Católica. 4.º Si el Gobernador Capitán General pretendiere, que desde luego la Compañía abriese un colegio de educación, represéntele respetuosamente el Superior, que estando restablecida principalmente para las Misiones de Mindanao y Joló, como consta de la Real Cédula de S. M. y de la Real orden de ejecución, parece más natural sea éste el objeto preferente de nuestros trabajos; pues no hay número suficiente de sujetos para atender simultáneamente a ambas cosas, ni se podrán formar tan pronto, como es de desear por el mucho tiempo que exige la educación de nuestros jóvenes. 5.º Si esto no obstante persistiese el Capitán General, en que dejando por ahora el proyecto de Misiones se abriese un colegio de educación, hágasele entender que los Nuestros están

prontos a obedecer, siempre que S. E. sea responsable de esta medida con el Supremo Gobierno, y comunique sus órdenes al P. Superior por escrito. 6.º En el caso inevitable de aceptar desde luego la dirección de un Colegio, no se abran sino dos y a lo sumo tres clases inferiores, para ir aumentando cada año otra clase.»

Tan pronto como se dieron cuenta los vecinos de Manila de que se habían instalado los PP. de la Compañía de Jesús intramuros de la ciudad, solicitaron, en 5 de agosto de 1859, del Gobernador General, que se les permitiese a los Nuestros dedicarse a la enseñanza para la instrucción y educación de sus hijos en la capital y extramuros. El General trasladó la petición al P. Cuevas en 22 de agosto, pidiéndole su parecer y remitiéndole los antecedentes oficiales sobre la materia. Informó éste a 9 de septiembre en sentido negativo, toda vez que en la Real orden de instalación de nuestras misiones en dichas islas no se hacía expresa mención de esta clase de ministerios de la Compañía; instó de nuevo el vecindario, por medio del Ayuntamiento y las más principales familias de la capital; replicó el P. Cuevas que no le era dable acceder a ello, a no ser que se lo mandase por escrito el Gobernador General, asumiendo toda la responsabilidad en este asunto ante el Gobierno. Expidió entonces el Gobernador General un decreto (1.º de octubre de 1859) ordenando que se entregase a la Compañía de Jesús la dirección de la Escuela Municipal, denominada Escuela Pía, la única de instrucción primaria existente a la sazón en Manila, y preliminar para los estudios superiores de la Universidad de Santo Tomás, Colegio de San Juan de Letrán y escuelas de latinidad, desempeñadas por profesores religiosos y seglares. Esta resolución fue desaprobada por Real orden de 19 de enero de 1860 (1). Empero, mejor informado el Gobierno y satisfecho del celo con que el General velaba por el bien de la juventud estudiosa de Manila, allanó los obstáculos que se opusieron a la realización de tan laudables intentos. Compróse por noviembre a los PP. Agustinos otra casa, separada por la calle de Anda de la Casa-Misión, firmando el P. Cuevas la escritura la víspera de la Inmaculada, otorgando el Ayuntamiento el singular privilegio de unir las dos por un puente a la altura del piso principal. De esta suerte los padres de familia filipinos ya no se verían en la precisión de enviar sus hijos para los primeros estudios a países heterodoxos, con reconocido peligro de perderse.

El 13 de diciembre tomó, pues, la Compañía a su cargo la dirección de la Escuela Municipal, siendo su primer prefecto de estudios el P. Guerrico, y sus primeros maestros los PP. Barrado y Barúa, cesando en consecuencia el

---

(1) *Legislación ultramarina*, por Rodríguez San Pedro; tomo VII, pág. 748.

Maestro de ella D. Lorenzo Moreno Conde y trasladándose sus alumnos a nuestro edificio. En lista eran éstos 33, y 23 los que asistían.

El 15 se aprobó por decreto del Gobierno Superior de las Islas, con parecer de Asesor, el Reglamento propuesto por el Ayuntamiento de acuerdo con el P. Cuevas, que comprendía seis Capítulos: El 1.º trataba del doble objeto de la educación e instrucción de la Escuela y sus materias: unas obligatorias, que eran: además de la Religión, Moral y Urbanidad; la Ortología, Caligrafía, Gramática castellana, Historia, Geografía, elementos de Matemáticas, de Química, Física e Historia natural; y otras libres, a saber: Lengua francesa, Música y Dibujo. El Capítulo 2.º se refería a los alumnos; el 3.º a las clases y asignaturas; el 4.º a la distribución del tiempo en ellas; el 5.º a asuetos y vacaciones y el 6.º a los premios y castigos.

A los nueve días de inauguradas las clases, contaban 75 alumnos; el 2 de enero de 1860 ascendían a 120; y el mes de marzo a 170. A fin de junio, el Corregidor suspendió las clases hasta 1.º de agosto, en que se abrieron de nuevo con asistencia de 210 alumnos.

Con el refuerzo de la nueva misión llegada a Manila el 29 de junio de 1861, se dio mayor amplitud a la enseñanza, dividiéndola en cuatro clases: Infima, Inferior, Media y Superior.

Este curso terminó a fines de mayo de 1862 con públicos exámenes presididos por el Ayuntamiento que, precedido de sus maceros y conserjes, salía en corporación de las casas consistoriales y se dirigía a pie a la Escuela Municipal en cuya entrada era recibido y acompañado al salón por los Padres. La distribución de premios tuvo lugar el día 31, tomó la palabra en ella el teniente general Lemery, dando gracias a los Padres por su afán y solicitud en promover el adelanto de los jóvenes escolares y dijo, que próximo a partir para España haría presente a S. M. el grandioso resultado obtenido por ellos en la instrucción de la juventud filipina.

Con la llegada de la tercera misión, el 21 de junio de 1862, ya se pudo completar la enseñanza que según Reglamento debía darse en la Escuela Municipal; y, satisfecho el Ayuntamiento del éxito experimentado en los alumnos, invitó por conducto del Sr. Corregidor al P. Cuevas, a que propusiese un plan sobre creación de un establecimiento de segunda enseñanza en Manila, realizable con el menor gravamen de los fondos municipales posible.

A esta comunicación respondió el P. Cuevas, el 13 de febrero de 1864, que para llevar a cabo tan loable empresa era preciso sentar como fundamento, que la segunda enseñanza se había de regir por el plan de estudios aprobado para la isla de Cuba, y comprender cinco cursos escolares, durante los



cuales estudiarían los alumnos según el orden consignado en el referido plan, las asignaturas siguientes: Gramática latina y castellana, Doctrina cristiana e Historia sagrada, Aritmética, Geografía, Geometría, Rudimentos de Lengua griega, Historia general y particular de España, Álgebra, Trigonometría, nociones de Historia natural, elementos de Física y Química, Psicología, Lógica y Filosofía moral: para lo cual bastaban cinco profesores; y como todas estas asignaturas se enseñaban en la Escuela Municipal, excepto la Gramática latina, rudimentos de la Lengua griega, Psicología, Lógica y Filosofía moral, se podían suprimir tres profesores en la Escuela, quedando dos únicamente para la primera enseñanza elemental.

De esta suerte los alumnos, al salir de ella, se podrían dividir en dos secciones: una, de los que hubiesen de seguir la primera enseñanza superior; y otra, de los que se hubiesen de dedicar a los estudios de segunda enseñanza; cursando unos y otros en las mismas aulas y bajo los mismos maestros, y completando los de segunda enseñanza su carrera con el estudio de las asignaturas que le eran propias. De todo lo cual deducía dicho Padre que Manila podía tener un establecimiento modelo de enseñanza primaria elemental, superior y secundaria, sin más que siete profesores y dos conserjes; invirtiendo en el personal anualmente 5,900 pesos y 1,300 en el material.

El plan del Ateneo se podía, pues, formular con las siguientes bases:

Primera: Habrá en Manila un Ateneo Municipal sostenido por los fondos del Ayuntamiento y regentado por los PP. de la Compañía de Jesús.

Segunda: El Ateneo comprenderá tres secciones de estudios, los de primera enseñanza elemental, superior y segunda enseñanza.

Tercera: Siete profesores desempeñarán el cargo de la enseñanza; dos la primera elemental, y cinco la superior y segunda enseñanza.

Cuarta: Todos los estudios se regirán por el plan aprobado para la Isla de Cuba.

Quinta: Habrá dos conserjes encargados del orden y limpieza de las aulas.

En sesión ordinaria habida la noche del mismo día, acordó el Ayuntamiento elevar dicho proyecto en consulta al Capitán General. Despachada ésta en 29 de febrero de 1864, decía, entre otras consideraciones: que la mejora iniciada ocasionaría tan sólo en el personal un aumento de 2,400 pesos anuales sobre el gasto que irrogaba la Escuela Municipal, y de 1,300 en el material, para cubrir sus más precisas atenciones, y añadía: «Satisfactorio sería, a la Corporación Municipal, Excmo. Señor, que el nombre de V. E. quedara asociado a la realización de un pensamiento que, moral y políticamente considerado, envuelve propósito de la más levantada conveniencia social.»

El Gobernador General pasó la consulta a informe del Consejo de Administración; éste pidió que el Ayuntamiento precisase los fondos con que contaba para instalar dicho Instituto; y mientras se estaba tramitando en Manila, Fr. José Fernández Checa, del Sagrado Orden de Predicadores, Procurador-Comisario general de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, presentó instancia a S. M. en Madrid, 18 de agosto de 1864, suplicando que la segunda enseñanza que se daba en la Universidad de Manila, se uniformase a la de la Península en sus cinco años de estudios previos al grado de bachiller en Artes, que se establecieron en el último plan vigente, con la única variación de que en dicha Universidad hubiese dos años más de ampliación de Filosofía, para los que quisiesen estudiar Derecho Canónico o Teología; y salvo, en lo relativo a grados académicos, el Plan vigente según los Estatutos de aquella Universidad, mientras S. M. no dispusiese otra cosa.

En vista de ello, considerando luego el nuevo Superior de la Misión, P. Juan Bautista Vidal, que el plan presentado por el difunto P. Cuevas para la segunda enseñanza irrogaría daños a los alumnos, si tuviesen que ampliar sus estudios en otro establecimiento literario, para poder ingresar en las Escuelas superiores; a 31 de agosto de 1864 propuso al Excmo. Ayuntamiento la necesidad de modificarlo, añadiendo un profesor para otro curso académico de ampliación de segunda enseñanza y preparación a la superior; a fin de que los alumnos del Ateneo no se vieses obligados a repasar bajo diversos métodos lo que hubieran ya aprendido, ni puestos en ocasión de confundirse con doctrinas diversas; sino que saliesen de su Instituto completamente preparados para matricularse en Manila o en la Península en cualesquiera facultades y Enseñanzas superiores y profesionales.

Esta adición fue aceptada por el Ayuntamiento en Cabildo ordinario de 9 de septiembre; y, dada cuenta al Gobernador Superior Civil, y pasada por éste a informe del Consejo de Administración Civil; su sección de Gobierno dictaminó, a 26 de octubre del mismo año, muy favorablemente, de modo que el Ateneo viniese a ser erigido en Instituto de segunda enseñanza.

El General Echagüe, por su parte, pasó al Ministerio de Ultramar el plan del P. Cuevas con la ampliación del P. Vidal, solicitando la instalación en Manila del Instituto de segunda enseñanza con el nombre de Ateneo Municipal a cargo de los PP. de la Compañía de Jesús, sostenido por fondos municipales e incorporado a la Universidad según el plan de instrucción pública de Cuba (1).

---

(1) Véanse a continuación los párrafos principales del informe del Consejo de Admi-

La respuesta del Ministerio de Ultramar se comunicó en la siguiente Real orden:

«Excmo. Sr.:—Dada cuenta a la Reina (q. D. g.) del expediente remitido por V. E. en carta número 1024 fecha 4 de noviembre del año próximo pasado, en que el Ayuntamiento de Manila solicita que en la Escuela Municipal a cargo de los PP. Jesuitas se dé la segunda enseñanza en el mismo establecimiento, que podrá llamarse «Ateneo Municipal», pero con el carácter de Colegio privado de primera clase incorporado a la Universidad y sujeto a las prescripcio-

---

nistración, y el texto íntegro de la carta-informe de remisión del Gobernador General Echagüe:

»Calcado el proyecto en el plan de estudios aprobado para la isla de Cuba, comprende cinco años de enseñanza con las asignaturas que en el mismo se señalan.

»Con posterioridad se introduce una variación al proyecto y es aumentar un profesor para otro año o curso académico de ampliación de segunda enseñanza y preparación a la Superior, a fin de que los alumnos que asisten a la clase no se vean obligados a empapar en heterogéneas doctrinas sus tiernos entendimientos o al menos a repasar bajo diversos métodos y maestros lo que hubiesen aprendido ya en el mencionado Ateneo. Son las palabras mismas de la comunicación del M. R. P. Superior de la Compañía. En el proyecto a que la Sección va refiriéndose, se demuestra lo fácil que es establecer la segunda enseñanza cambiándola por la primera que está a cargo de los PP. Jesuitas, y en efecto no se presenta obstáculo alguno para que se realice esta mejora propuesta por el Padre Vidal.

»El Ayuntamiento no ha vacilado en hacer los sacrificios necesarios para conseguir tan importante objeto, teniendo en cuenta que ante un interés tan general y de tan reconocida autoridad cualesquiera sacrificios que se hagan son compensados con usura con los beneficios que hace.

»El Ayuntamiento califica la creación del Instituto como una verdad de primer orden, y la Sección está muy conforme en esta calificación. El presupuesto municipal por otra parte no habría de recargarse con un gasto superior a sus recursos y bajo este aspecto la cuestión no ofrece dificultad de ningún género, contándose además con que una parte del gasto no sería sino un adelanto reintegrable con el derecho de matrículas propuesto para las asignaturas. Ya ha pasado por fortuna el tiempo en que Filipinas estaba lejos de la Europa; hoy cada día se aproxima más y más y a medida que va progresando en intereses materiales, los morales reclaman ensanche y la protección que siempre han encontrado en las autoridades y en el Gobierno de S. M. Hoy en esta población, la capital del Archipiélago, no existen establecimientos de segunda enseñanza según los adelantos que la civilización exige... y de aquí resulta un gran mal y es, que muchos padres, o tienen que enviar sus hijos al extranjero para que reciban instrucción extranjera en vez de española, o se ven privados de darles los conocimientos necesarios y que en el proyecto se contienen.

»La Sección, lejos de dificultar mejoras cuyos buenos resultados son palpables, contribuirá con todas sus fuerzas a que se realicen y en ello cree prestar un servicio a este

nes que determine el plan de estudios de la Isla de Cuba para los colegios privados; limitándose además a dar provisionalmente los expresados en el modo y forma que se determina por Real orden de esta fecha para la Universidad y Colegios dependientes de la misma, y a reserva de lo que se acuerde definitivamente respecto del asunto de que se trata en el plan general de instrucción pública, que ha de darse para esas Islas.—De Real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid 20 de mayo de 1865.—*Seijas*.—Sr. Gobernador Superior Civil de las Islas Filipinas.—Es copia.»

país tan leal y tan digno de ocupar el puesto a que está llamado. Por estas consideraciones opina la Sección pueda servirse V. E. aprobar el proyecto de que se trata, con la adición hecha por el R. P. Superior de la Compañía de Jesús en la forma que el Ayuntamiento la propone; debiendo llamarse el establecimiento que se cree, Instituto de segunda enseñanza.

»Gobierno Superior Civil de las Islas Filipinas.—Excmo. Sr.—Tengo el honor de incluir a V. E. para resolución de S. M. el expediente original, quedando copia en esta oficina, promovido por el Ayuntamiento de esta Capital con el objeto de que la escuela de Instrucción 1.<sup>a</sup> Superior a cargo de los PP. de la Compañía de Jesús sostenida por fondos municipales; reciba la ampliación necesaria para que, sin perder aquel carácter en sus primeras clases, pueda darse en ella la segunda enseñanza por el plan de instrucción pública de Cuba.

»Para la realización de este pensamiento no se necesita más que un aumento de dos profesores y el gasto correspondiente para sus asignaciones, si bien éste tiene alguna compensación inmediata en el producto de las matrículas que ingresará en los fondos que costean esta atención, como la de los existentes en las clases primarias. El resultado que está dando aquella escuela en su actual organización, el orden y método que en ella se sigue y los varios exámenes públicos que han sufrido los alumnos de cuyos actos solemnes da idea el adjunto programa del último, han sugerido este proyecto de ampliar en el mismo establecimiento la enseñanza, y por mi parte no veo inconveniente en ello, antes bien, conceptúo la medida propuesta tan fácil y económica en proporción a su carácter, una transición oportuna del antiguo plan de instrucción pública en segunda enseñanza y facultades que hoy rige en Filipinas, al de Cuba; que regirá dentro de poco tiempo con las modificaciones que se conceptúan necesarias, de escaso interés, en cuanto a dicha segunda enseñanza.

»Si V. E. lo considera así como este Gobierno y el Consejo de Administración; creo que es propio el nombre de Ateneo Municipal, señalado por el entendido Superior de Jesuitas, el finado P. Cuevas, a ese establecimiento, por la razón de que abarcará los tres grados de la Instrucción pública elemental, superior y secundaria, si bien en cuanto a esta última debe tener el carácter de Instituto incorporado a la Universidad.

»V. E. se servirá proponer a S. M. y comunicarme lo que estime acertado.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Manila, 4 de noviembre de 1864.—Excmo. Sr. Rafael Echagüe.—Excmo. Sr. Ministro de Ultramar.»



Con igual fecha se expidió asimismo la Real orden siguiente:

«Ministerio de Ultramar.—Número 177.—Excmo. Sr.:—En vista de la carta documentada de V. E. número 1106, fecha 9 de enero próximo pasado, relativa a la reforma de los estudios generales de la segunda enseñanza de esas Islas, la Reina (q. D. g.) de conformidad con lo informado por el Real Consejo de Instrucción pública, se ha servido determinar se adopten con el carácter de interinas las medidas siguientes:

Primera: Los estudios generales de segunda enseñanza en la Universidad de Manila y Colegios dependientes de ella, se sujetarán a las bases propuestas por ese Gobierno Superior Civil en su proyecto de reforma, y deberán hacerse en cinco años, comprendiendo las asignaturas que en cada uno de ellos detalla el referido proyecto, y además todas las que se echan en él de menos y están determinadas respecto a este punto en el plan de Instrucción pública de la Isla de Cuba aprobado por Real decreto de 15 de julio de 1863.

Segunda: El estudio de las materias que abraza el sexto año del proyecto, será objeto de resolución cuando se establezca un plan general de estudios en las facultades, y los de las materias preparatorias para el ingreso en las mismas, que deben ser meramente universitarios.

Madrid, 20 de mayo de 1865.—*Seijas*.—Sr. Gobernador Superior Civil de Filipinas.»

A continuación publicó el mismo número de la *Gaceta* el Programa de Segunda Enseñanza, según se había propuesto al Ministerio de Ultramar por el R. P. Fr. Francisco Rivas, Rector de la Universidad de Santo Tomás, y el Gobierno Superior Civil de Manila en 9 de enero de 1865; el Título 2.º de la Sección primera del Real decreto orgánico de 15 de julio de 1863 sobre nuevo plan de estudios para la Isla de Cuba, que trata de la Segunda Enseñanza, y el Título 2.º de la Sección segunda del mismo Real decreto, que trata de los establecimientos privados. (Art. 214-219).

Como se esperaban las dichas dos Reales órdenes de 20 de mayo de 1865 para inaugurar la segunda enseñanza, se había abierto en el Ateneo Municipal el nuevo curso de 1865 a 1866, disponiendo previamente las clases y previniéndose los alumnos, de suerte que pudiesen algunos ganar el primer año; pero si bien llegaron por julio a Manila dichas Reales órdenes, no se les dio el «Cúmplase» hasta el 29 de agosto, ni se comunicaron ni publicaron en la *Gaceta* hasta el 1.º de septiembre; y en el entretanto se pudo redactar un Reglamento interino poco favorable al Ateneo Municipal y muy a gusto de la Universidad de Santo Tomás, aprobado el 15, y publicado en la *Gaceta* de Manila el 22 de diciembre de 1865. Fue preciso, por lo tanto, agenciar la validez legal

del primer año de segunda enseñanza a favor de los alumnos que lo estaban cursando; mas como en la Universidad se habían cerrado las matrículas el día 1.º de julio, solicitóse del Ayuntamiento que hiciese publicar la apertura de la matrícula para los alumnos que estuviesen cursando el primer año; y, previo acuerdo del Cabildo habido en 12 de septiembre, elevó el Sr. Corregidor, el 15, una instancia al Superior Gobierno, solicitando, para que se tuviesen por matriculados en aquel curso los niños que habían empezado estudios superiores en el Ateneo Municipal y se diese un breve plazo como de ocho días, para que se matriculasen los que desearan cursar el presente año. El Capitán General, Sr. Lara, quiso consultar primero al Consejo de Administración, el cual fue de parecer, que para la validez del curso debía acudirse a Madrid, y al Rector de la Universidad, quien asimismo opinó no ser posible dar validez académica a un curso, que carecía a su juicio de todas las formalidades de la ley.

Sin embargo, el Secretario del Gobierno General a quien se enteró de la situación de los alumnos, y de la sinrazón con que se había detenido la Real orden en aquella oficina, tomó partido más favorable, proponiendo al Gobernador Superior Civil, que aprobase el curso escolar del Ateneo Municipal; y el 5 de febrero se comunicó al Ayuntamiento el decreto del General, fechado el 3, en que, visto la moción del Ayuntamiento, las Reales órdenes de 20 de mayo, mandadas cumplir por decreto de 20 de agosto, el informe del R. P. Rector de la Universidad; el de la Sección de Gobierno del Consejo de Administración; el Reglamento aprobado por el Gobierno Superior Civil en 15 de diciembre de 1865: que en el Ateneo estaba todo preparado para darse y que se daba la segunda enseñanza con arreglo al nuevo plan de estudios desde 1.º de septiembre del mismo año en todo lo que concernía al primer año, según manifestación del Rector del Ateneo; que la matrícula en la Universidad se había cerrado en 22 de julio del dicho año; que el ánimo del Gobierno General al aplazar el planteamiento del nuevo programa de estudios para el curso de 1866 a 1867 no había sido otro que el de dar a los colegios incorporados a la Universidad el tiempo suficiente para la consiguiente preparación y de ningún modo perjudicar la juventud que estudiaba en ellos el presente curso con el nuevo programa; teniendo en cuenta que en el Ateneo se estaba cursando el primer año de la segunda enseñanza con sujeción a aquél, desde principios del citado mes de septiembre, y conviniendo legalizar estos estudios: el Gobernador General D. Juan de Lara dispuso==Que la matrícula para el primer año de la segunda enseñanza en el Ateneo Municipal, se entendiese prorrogada y extendida a todos los que hubiesen empezado sus estudios antes del 15 de septiembre último; pero con la circunstancia de que el año escolar había de seguir hasta el 1.º

de mayo venidero en el Ateneo, por aquel año, verificándose desde dicho día los exámenes en lugar de ser el 15 de marzo, como previene el citado reglamento, para los años sucesivos. También se declaró constituido el Ateneo para todos los demás efectos legales, desde el 1.º de septiembre de 1865, que se publicó en la *Gaceta* la Real orden de su creación y la que prescribe los estudios de la segunda enseñanza en el mismo con sujeción al plan que determina.



---

---

### CAPÍTULO III

**Reales decretos en que se encarga el cultivo espiritual de Mindanao y Joló a la Compañía de Jesús.—Primer viaje del P. Cuevas al Sur de Mindanao.—Es obligado a inaugurar la Misión de la Isla por este lado.**

**C**ON fecha de 30 de julio de 1860, expidió S. M. la Reina dos Reales decretos orgánicos, que fueron publicados en la *Gaceta* de Madrid en 5 de agosto del mismo año: el primero, sobre el arreglo de las Islas Visayas, creando en conformidad con lo expuesto por el Ministro de la Guerra y Ultramar, D. Leopoldo O'Donnell, y de parecer del Consejo de Ministros, un Gobierno Político Militar en las Islas Visayas, que comprendía las Islas de Cebú, Panay, Negros, Bohol, Leyte y Sámar con sus adyacentes; formando cada una de estas islas con sus dependencias un distrito, a excepción de la de Panay en que se conservaron los tres de Iloilo, Antique y Cápiz, y de la isla de Bohol que constituyó parte integrante del distrito de Cebú, estableciéndose en la ciudad de este nombre la capital de la provincia de Visayas. El segundo Real decreto fue sobre la creación de un Gobierno político-militar para la isla de Mindanao y sus adyacentes. El Gobierno de Mindanao se dividió en seis distritos: 1.º de Zamboanga, 2.º del Norte, 3.º Oriental, 4.º de Davao, 5.º del Centro y 6.º de Basilan. En el 5.º, o del Centro, se había de fijar la Capital del Gobierno en el punto que se debería reconocer de antemano, como el más conveniente, en la desembocadura del Río Grande.

En este Real decreto, compuesto de 27 artículos, se leen los dos siguientes relativos a la Misión de la Compañía de Jesús:

«Artículo 13. La Misión de la Compañía de Jesús enviada ya a Mindanao, se encargará del pasto espiritual de la Isla, reemplazándose con individuos de ella a los curas existentes, a medida que vaya habiendo el personal necesario y en la forma que estime conveniente.»

«Artículo 14. La Misión se ocupará principalmente y desde luego en la



conversión de las razas no reducidas, y aun después de cubiertos los curatos de la Isla, mantendrá el número suficiente de misioneros que se dediquen a aquel mismo objeto: los misioneros serán socorridos por la Real Hacienda con ochocientos pesos anuales cada uno.»

El sentido del artículo 13 de este Real decreto lo declaró S. M. en otra Real orden expedida en San Ildefonso a 10 de septiembre de 1861 con estas palabras: «Con el objeto de evitar cualquiera duda que pudiera ocurrir acerca del cumplimiento del artículo 13 del Real decreto de 30 de junio de 1860, relativo al establecimiento del Gobierno en la Isla de Mindanao, y en el cual se dispone que los actuales párrocos sean reemplazados por los misioneros de la Compañía de Jesús; ha tenido a bien declarar la Reina, que a estos misioneros corresponde exclusivamente el planteamiento y desarrollo sucesivo de las misiones vivas en dicha Isla y que los mismos deben encargarse de la administración de los curatos y doctrinas ya reducidas por los religiosos Agustinos recoletos, a medida que éstas vayan vacando por muerte o traslación de los que hoy las desempeñan con colación canónica o a título de economato. Y deseando al propio tiempo S. M. conceder una indemnización y dar una prueba del aprecio con que mira los distinguidos servicios prestados a la Iglesia y al Estado por los referidos religiosos Agustinos, se ha servido facultar a esta Religión para ocupar los curatos vacantes que hubiere en la provincia de Cavite u otros que hubiese, servidos por el clero indígena, al paso que vayan vacando de la manera expresada, respecto a los que en Mindanao desempeñan los misioneros recoletos mencionados.»

Otra Real orden aclaratoria de la de 10 de septiembre de 1861 expidió Su Majestad en Madrid a 20 de junio de 1862, que dice así:

«Excmo. Sr.: Enterada la Reina de la comunicación del antecesor de Vuestra Excelencia fecha 6 de febrero último, en la que manifestó haber dispuesto el cumplimiento de la Real orden de 10 de septiembre del año último, relativa a la administración de los curatos de la Isla de Mindanao por los religiosos de la Compañía de Jesús; y con el objeto de resolver las dudas ocurridas respecto a la inteligencia de dicha Real orden, ha tenido a bien declarar S. M. que si al vacar los referidos curatos en los términos que la misma Real orden previene, no existieren Jesuitas que se encargaren de ellos, continúe proveyéndose como hasta aquí en Religiosos Agustinos recoletos; y que solamente llegado el caso de la vacante y de la entrega a la Compañía de Jesús, sea cuando se indemnice a la provincia de San Nicolás de Tolentino con otro de los curatos de la de Cavite o de la diócesis de Manila, que estuviese servido por el clero indígena y vacase de la manera dispuesta en la mencionada Real orden.»

Había, pues, llegado la hora para los religiosos de la Compañía de Jesús de atraer a la luz de la fe y de la civilización cristianas las numerosas tribus idólatras y mahometanas, que yacían aletargadas en la sombra de la muerte a lo largo de las costas, en las márgenes de los ríos y lagunas, en la espesura de las selvas vírgenes y en las más empinadas cumbres de los ásperos montes de Mindanao.

Antes, empero, de inaugurar la Misión, era preciso formarse una verdadera composición de lugar del futuro teatro de operaciones de nuestros misioneros, y por tanto se hacía de todo punto indispensable un viaje previo de exploración por el R. P. Superior de la Misión a dicha Isla.

A este efecto se embarcó el R. P. José Fernández Cuevas para Mindanao el día 7 de febrero de 1860 en el vapor de guerra *Elcano*, que iba a recorrer las Islas bajo el mando del Teniente de Navío de la Real Armada, D. Severo López de Roda. Llegó a Zamboanga el 11 del mismo mes a media noche, y, desembarcando inmediatamente con el Gobernador D. José Pascual Navarro, antiguo alumno del Seminario de Nobles de Valencia, fue a aposentarse en su casa, donde recibió, cuantas veces permaneció el vapor fondeado en aquella rada, la más cordial y esmerada hospitalidad.

Era Zamboanga capital de la provincia de este nombre y residencia del Gobernador y Comandante general de Mindanao. La iglesia parroquial espaciosa, de tres naves con tres altares: sus paredes de tabique pampango, y el frontis con dos torres del mismo material bastante elevadas. También tenía la villa un espacioso hospital militar, pero no civil. Visitólo todo el Padre, y recorrió a caballo los barrios y alrededores, por la parte de Santa María, Balignasan, Malama, Río Hondo, encantado de aquellos arrozales de regadío, extensas sabanas y frondosidades, como no menos de la histórica Fuerza del Pilar; ni dejó de ofrecérsele el espectáculo de un casamiento de moros en Magay y su típico acompañamiento de *águnes* (tambores metálicos) y *culitangan*. Carecía la población de escuela de niñas, y el maestro de la de niños gozaba sólo de dotación cuatro pesos mensuales.

El 24, a las once de la mañana, se embarcó de nuevo en el vapor *Elcano* para Basilan; llegó por la tarde a La Isabela; visitó al Sr. Gobernador D. Cayetano Angulo, y vivió en el convento en compañía del Padre Cura recoleto Fr. Manuel Alonso durante los días que allí permaneció. Constaba La Isabela de 338 almas. La guarnición y división de Marina se componían de unos 200 hombres, de los cuales era también dicho Padre el Capellán; quien, en seis meses que llevaba en el pueblo, no había bautizado todavía una sola criatura nacida de legítimo matrimonio.

Visitó el pueblo de moros de Pagsanhán, donde vivían 33 cristianos cautivos; el fuerte de Isabel II, el pantalán y el hospital de la marina. La iglesia era un camarín de nipa mal techado, pequeño y húmedo, hasta el punto de no poder arrodillarse la gente, sin puertas y sin Santísimo en el Sagrario. No había escuela ni maestro.

Vuelto el vapor a Zamboanga el 27 de febrero, zarpó de su rada el 1.º de marzo, y el 2 a mediodía fondeaba en Polloc. Encima de una colina cónica, por nombre Panaran, ondeaba la bandera española: al pie de ella, en medio del agua, estaba el pantalán de Marina, y a su sombra ancladas cinco falúas de guerra. Contaba a la sazón Polloc 268 paisanos, 50 o 60 chinos, 113 soldados de infantería, 25 artilleros y la dotación correspondiente de tropa y marinería para cinco falúas. Por cierto que la Estación saludaba con salva de cinco cañonazos al Sultán de Mindanao, Escandar, cuantas veces asomaba por Polloc, pues según los tratados le reconocía España honores de Teniente General en actual servicio, y el tratamiento de Muy Excelente y de Rey feudatario de Tamontaca. Los primeros elementos de esta población habían sido mujeres de mala vida, deportadas de otras provincias; mas con el celo y vigilancia del P. Misionero, eficazmente apoyado por el Gobernador D. José Vilela, se reprimieron muchos excesos, y ya entonces no había persona de algún viso, que no observase conducta decorosa.

La iglesia era de caña y nipa, algo más capaz que la de La Isabela; el convento, del mismo material, tenía una hermosa huerta. Los moros importaban arroz, carne y cacao, y comerciaban con esclavos. Con razón observó el P. Cuevas al presenciar este ominoso tráfico: «Sería muy conforme con el espíritu de piedad y caridad cristiana el que por un precio módico se rescatasen de manos de los moros las inocentes víctimas de su tiranía, para que pudiesen vivir libres en territorio español y ser doctrinadas en las verdades de nuestra santa fe. Este rescate sería una obra en que se podrían invertir provechosamente los recursos de la Santa Infancia, asociación religiosa, admitida en España y patrocinada por nuestra Soberana, que emplea cuantiosas sumas en rescatar niños chinos de manos de los paganos, que los arrojan a la calle para librarse de la carga de mantenerlos. En general debería declararse libre todo esclavo que pusiese el pie en territorio español del Archipiélago, y dar seguridad a estos infelices de que no serían devueltos a sus amos, por más que lo reclamasen. De esta manera se iría quebrantando el poder de los Datos y Sultanes, que se funda en el número de esclavos que tienen a su devoción.» Esta idea germinó más tarde con la fundación de los dos orfanotrofios de Tamontaca.

El día 4 de marzo al amanecer celebró el P. Cuevas el santo sacrificio de la Misa con asistencia del Comandante general de Mindanao, Gobernador de Polloc, Comandante de la división de Marina, oficialidad del *Elcano*, tropa de la guarnición y de la Marina; y después del Evangelio les dirigió una corta alocución, recordándoles las antiguas proezas de las armas españolas en Mindanao, y manifestándoles sus esperanzas de que pronto resurgirían las pasadas glorias, sometidas al yugo de nuestros reyes y al jugo de la fe las tribus semi-bárbaras que les rodeaban.

A las siete de la mañana salía el Padre de la ensenada de Polloc, y a la una de la noche del 6, fondeaba el vapor que le conducía frente a Dávao, que halló sin Misionero por haber fallecido dos meses antes el Padre Recoleta, de calenturas malignas y sin los auxilios de la Religión, por estar incomunicado con los demás Padres que trabajaban en otras provincias.

El 10, se hallaba de nuevo el P. Cuevas en Polloc, y al rayar el alba del 12, embarcado con el Comandante de la división de Marina y oficiales del *Elcano*, todos en dos falúas, dirigiéronse hacia la boca Norte del Río Grande, seguidos de un bote artillado de dicho vapor y a las siete de la mañana llegaban a Paiuan, residencia del Dato Amirol, donde hallaron dos pancos joloanos cuyo arráez, el después célebre Uto, presentó pasaporte español, expedido por el Sultán de Joló y sellado con sus armas. Subiendo, con marea favorable, el río, descubrieron a la izquierda el pueblo de Supanga, residencia del Rajamuda o príncipe heredero de Mindanao y hacia mediodía llegaron a Cotabato.


Anclaron frente a la casa del Sultán; enviáronle a llamar por el intérprete, a quien acompañaron los oficiales del *Elcano* y el ayudante del Gobernador de Zamboanga, todos bien armados. Presentóse escoltado por cinco moros: uno con el *tabás*, que iba delante; otro con el *quitasol*; el tercero llevaba en el hombro la petaquía del buyo y tabaco para mascar y los últimos eran dos ancianos del consejo del Sultán armados de lanza. Terminada la *bichara* o conferencia, se le devolvió la visita, a la que bajó también el P. Cuevas; y, desistiendo de subir hasta Tumbao, regresaron a Polloc, de donde salieron el 13 de marzo, llegando a Zamboanga a las diez y media de la mañana del siguiente día.

El 20, a las cuatro de la tarde, se embarcó para Cebú, donde desembarcó el 22 de marzo, y habiendo ido a buscarle a bordo el Rdo. P. Fr. Pedro Payo, compañero del señor Obispo Fr. Romualdo Gimeno, de la Sagrada Orden de Predicadores, se alojó en su Palacio Episcopal. El 23, visitó el antiguo colegio de la Compañía, actual Seminario Conciliar de San Carlos, y el 24 celebró los sagrados misterios en el altar de San Ignacio de aquella iglesia. «Hacía 92 años, dice, que no subía un Jesuita a aquel altar, ni pisaba los umbrales de



aquella casa, que era cabeza de la viceprovincia de Pintados donde había muerto el P. Antonio Sedeño, primer Superior y Viceprovincial de Filipinas.» El 30, fiesta de la Virgen de los Dolores, hubo en la catedral misa cantada y sermón, que predicó en castellano el P. Cuevas con asistencia del señor Obispo, clero, seminario, españoles residentes en Cebú, la tripulación y oficiales del *Elcano* y un gentío inmenso del pueblo; y el 31 zarpó el vapor del puerto restituyéndole a Manila el 3 de abril, después de dos meses menos cuatro días de haberse ausentado de ella.

El fin que se propuso el P. Cuevas al emprender este viaje fue el de indagar por sí el estado actual y habitual de las regiones australes de Mindanao; determinar los puntos adonde sería mejor enviar los misioneros, para cultivar con mayor gloria de Dios y fruto de las almas la viña que el Señor se dignaba confiarles; y el modo cómo se debería atender material y espiritualmente a los que se hubiesen de internar para atraer suave y eficazmente a los infieles al yugo de la ley evangélica y a la práctica de la vida civil y social. Poco satisfecho quedó el Padre de esta inspección, razón por la cual quería, además, visitar el Norte de Mindanao y, de acuerdo con el señor Obispo de Cebú, dar por allí principio a nuestras Misiones por considerar aquella región más apta para la reducción y conversión de los infieles. Mas, al ir a proponérselo al Vicerreal Patrono, llegaron a Manila los Reales decretos de 30 de julio de 1860, y el general Lemery, urgido por las apremiantes instrucciones que había recibido del Gobierno de Madrid, le ordenó que empezase a trabajar la Misión por el Sur, y que se estableciesen los misioneros en el Río Grande con las tropas que debían ir a tomar posesión de aquellas fértiles y encantadoras riberas. Contrariedad fue ésta grandísima para el P. Cuevas; porque presentía las especiales dificultades de aquella empresa, ya por estar los moros tan aferrados a sus errores y vicios, ya por carecer el Gobierno de un plan fijo y eficaz para llegar a la completa sumisión de esos infieles a la dominación española, ya por la necesidad de que quedase en la región un contingente de tropas para defensa de los misioneros: todo lo cual auguraba al celoso Padre muy lentos los efectos de la predicación del Santo Evangelio en las márgenes del bajo y medio Pulangui y en las costas australes de Mindanao; si bien por otro lado le alentaba la suma importancia de tener a raya a los moros para la tranquilidad del resto del Archipiélago.



---

## CAPÍTULO IV

**El asalto de Pagalungan y la ocupación de Tumbao.—El destacamento de Tamontaca.—La primera Misión y los primeros Misioneros; su primera habitación y su primer peligro.**

LA primera Misión de la moderna Compañía que inauguró sus trabajos apostólicos en las Isla de Mindanao la componían los PP. Juan Bautista Vidal y José Ignacio Guerrico con los HH. CC. Venancio Belzunce y José María Zumeta. Salieron definitivamente de Cavite a la caída de la tarde del 7 de septiembre de 1861 a bordo de la fragata *Bella gallega* remolcada por el vapor *D. Jorge Juan*, y, a pesar de haberse detenido casi un día entero en componer la máquina, en cuatro días y medio llegaron a Isabela de Basilan, de donde salieron a las cinco y media de la tarde del 14. Celebraron en Zamboanga la fiesta del Dulcísimo Nombre de María, y este mismo día 15 a las cinco y media de la tarde zarparon de la rada, llegando a Polloc el siguiente a la una y media después de mediodía.

Dos meses más tarde el Coronel Jefe de Estado Mayor D. José Ferrater y el Capitán de Fragata D. Casto Méndez Núñez, puestos al frente de sus tropas de mar y tierra, fueron a castigar la insolencia del Sultán de Tumbao, que se había fortificado en Pagalungan. El 17 de noviembre, después de reiterados e inútiles ataques por tierra, a causa de los fangales y espesos carrizales, que imposibilitaban el avance, embarrancó Méndez Núñez su goleta, embistiendo con ella el fuerte enemigo, y se apoderó de él saltando el primero por el beau-prés, y en pos de él todos los suyos. Ante tan rudo e inesperado asalto desampararon la cota los defensores de ella que pudieron escapar con vida, dejando allí tendidos 117 cadáveres, huyendo los demás despavoridos y esparciendo el terror por toda la comarca. No bajaron de 200 los moros muertos, ignorándose el número de heridos que lograron escapar. Los nuestros tuvieron 30 muertos y 50 heridos. Ante su denonado arrojo abandonaron los moros el fuerte Tumbao

y muchas y buenas casas edificadas dentro del delta en que vivían, cabe las orillas de entrambos brazos, como dueños absolutos del Río Grande. Resolvióse entonces establecer un destacamento en Taviran, junto a la confluencia del estero de Talayan con el Río Grande, a legua y media poco más o menos de Tumbao, donde se halla situado el vértice del delta; y otro en Tamontaca, a distancia poco más de una legua del mar; ambos para proteger la izquierda del brazo Sur del Río Grande llamado Simapaloi.

Se había ocupado además para campamento de nuestros soldados el lugar de Cotabato, residencia ordinaria del Sultán, sometido a España en mayo del mismo año. Hallábase situado dicho campamento a la izquierda del brazo Norte del Río, dos leguas distante del mar, a la falda de una colina en que, según fama, se hallaba fortificado Corralat cuando huyó del general Corcuera y se retiró a Bohayen; desde cuya cima se divisan las llanuras de la cuenca del Río Grande, las entradas y salidas de los buques del Río al mar y puerto de Polloc y viceversa.

Bendecido el lugar en que fueron enterrados los que perecieron en el asalto, se levantó una cruz en lo que fue cota de Pagalungan; fortificóse Tumbao, dejando en él buena guarnición y cuatro piezas de artillería, y se colocó destacamento en Libungan, punto intermedio entre Tumbao y Cotabato.

Después de haber celebrado nuestros primeros misioneros solemnes exequias en Polloc en sufragio de las almas de los oficiales y soldados que perecieron en la acción de Pagalungan, y de haber practicado un ensayo de misión en dicho pueblo, que produjo sus frutos; determinaron inaugurar sus tareas apostólicas en Río Grande, escogiendo el sitio que por su vecindad con los moros e infieles tedurayes ofreciese más probables esperanzas de feliz éxito para su conquista y reducción; y así, de acuerdo con el Sr. Gobernador Comandante General de Mindanao y el Jefe del 5.º Distrito, designaron para teatro de sus apostólicos ministerios el sitio de Tamontaca. En una de sus colinas levantó sus tiendas de campaña la víspera de Navidad una compañía de soldados en la margen izquierda del río: separada de los montes y bosques vecinos por un extenso territorio, que se decía feudatario del Sultán de Cotabato, y en que no se divisaban más que dos o tres casuchos de nipa, abandonados por los moros, donde sólo mantenían algunos cocoteros y plantas de maíz; siendo todo lo demás una inmensa explanada de cogon.

Con grande anhelo deseaban los misioneros ver llegada la hora de poder trasladarse al nuevo campo de operaciones. Amaneció por fin el suspirado día, que fue el 3 de enero de 1862, en que despidiéndose del excelente y caritativo religioso Fr. Santiago Benito, de la Orden descalza de San Agustín, salieron

de Polloc con dirección al Río Grande. La embarcación en que iban era una pequeña y pesada goleta de las fletadas para proveer a los destacamentos; mas el ardiente deseo que les animaba de padecer por Cristo, al comenzar su misión, les impedía sentir las molestias inherentes a este primer viaje. Tocarón en Cotabato y Tumbao, saludaron a los señores jefes y oficiales de los destacamentos; adquirieron datos de la disposición de ánimo en que se hallaban los moros y, durante una semana que duró el viaje, tuvieron tiempo de admirar despacio la belleza, fertilidad y exuberante vegetación de las riberas del Pulangui, que así se llama el Río Grande.

El 10 de enero a las cuatro de la tarde llegaron al sitio designado de Tamontaca. El repique de la campana que a bordo llevaban fue la expresión sensible de la alegría que en los rostros de los misioneros se dibujaba. Al saltar en tierra, se arrodilló el P. Guerrico y, sin poderse contener, besó delante de todos con efusión de su alma aquel suelo santificado por los apostólicos afanes de tantos varones ilustres de nuestra antigua Compañía, cuyas tareas iban ellos a reanudar después de noventa y cuatro años de llorada ausencia.

Como no había allí pueblo ni casa donde alojarse y vivían los soldados, mientras construían el fuerte y su cuartel, en tiendas de campaña; no podían los misioneros pretender para sí mejor habitación; así que después de haber saludado cortésmente al Capitán, regresaron a bordo de la goleta, donde permanecieron aquel día y parte del siguiente, en que les instalaron en otras tres tiendas de campaña junto al fuerte.

El día 11 tomaron posesión de aquellas vastas soledades, celebrando la primera misa al abrigo de un *tapanco* (a modo de estera), en forma de Capilla, y asistieron a ella siete tedurayes infieles, que habían bajado del monte para ver a los españoles. De los tres pequeños y pobrísimos tabernáculos que se construyeron; uno sirvió de templo para Nuestro Señor Jesucristo, otro para los Padres, y el tercero para los dos Hermanos. La cocina se improvisó debajo de un árbol con el aditamento de un *tapanco*.

Como se deja entender, las privaciones no escasearon; porque, a causa de las lluvias, del relente de las noches y de la proximidad del río, la humedad era excesiva, y de ella no resguardaban las tiendas, porque calaba bien la lona, de que estaban formadas, hasta las ocho o nueve de la mañana, y todo el santo día, si llovía, sucediendo después a la humedad un sol tan penetrante y ardiente, que hasta las tres de la tarde se hacía imposible vivir a su abrigo por la sofocación y calor inaguantable que dentro se experimentaba.

En la sultanía de Cotabato, residía un Dato moro, sagaz, astuto y valeroso llamado Vansil, el cual, por haberse enemistado con el Sultán, se había esta-



blecido con un centenar de súbditos y esclavos suyos en la ribera del Simapaloi, algo más abajo de Tamontaca. El Comandante General de Mindanao, que se hallaba a la sazón en este último punto, le mandó llamar, y después de larga conferencia, en que tomaron parte los PP. misioneros y algunos señores oficiales, se sujetó con su gente al Gobierno español, formalizando el acto con escritura, firmada por él, los misioneros y demás señores indicados. Al día siguiente le devolvió la visita el Comandante General, acompañado del Gobernador del Distrito y del P. Vidal; y, ufano por la cortesía, se mostró el Dato en adelante muy agradecido y amigo de españoles y misioneros.

Procuraban éstos por otro lado atraer a los infieles tedurayes, ganándoles la confianza, de suerte que hubo días en que bajaron más de cincuenta a visitarlos.

Con el auxilio de cuatro presidiarios concedidos por el Gobernador a los misioneros y de algunos moros de Vansil, que trabajaban a jornal, levantó el H. Zumeta un pequeño camarín de caña y nipa, entarimando el suelo con tablas de madera para defenderlo de la humedad. Puso en él tres departamentos, y sirvió de iglesia y casa a la vez. No ofrecía sin embargo las garantías de seguridad de las tiendas, por hallarse algo separado del fuerte, donde vivían los soldados.

Trasladados pues los nuestros el 14 de marzo al nuevo camarín, colocaron los tedurayes cerca de él un resguardo donde se guarecían y quedaban de noche. Mas, pronto se advirtió que se resistían a dormir allí, y en el mismo camarín, porque afirmaban que habían visto moros de noche. Comprobóse ser así durante la del 27 al 28 del mismo mes, en que iban aquéllos a robarles lo que quedaba allí fuera, no sin tantear las ventanas, para averiguar si sería fácil abrirlas y penetrar dentro del edificio. Advirtiéronlo los Nuestros, y tocaron la campana en señal de alarma; pero al acudir los soldados, ya los moros habían desaparecido, dejando el suelo sembrado de púas de caña para dificultar la persecución. Ofrecióse el oficial a velar aquella noche con sus soldados el camarín, y rehusáronlo con agradecimiento los Padres, creyendo que, descubierta la intentona, no se repetiría; mas, apenas se habían retirado los soldados al fuerte, observaron los dos presidiarios puestos de guardia, que se acercaban dos moros, uno trayendo fuego escondido entre dos cortezas de árbol, y otro con machete al hombro. Dos veces le faltó el fusil al presidiario al querer dispararlo, y ya se hallaba el incendiario a media vara de la pared de paja, que iba a incendiar, cuando uno de los Padres gritó para contenerle, y en el mismo instante sonó un tiro sin hacer blanco; esto fue suficiente para que se ausentasen los criminales y se frustrase el crimen. Volvieron los soldados y practicaron

nuevo reconocimiento sin resultado. Desde entonces durante las noches rondaban la casa un Hermano y un presidiario con un buen perro, hasta que, a 20 de abril, por orden del Comandante General, se facilitó todas las noches un cabo y seis soldados a la Casa-Misión durante el tiempo que se juzgó podía subsistir aquel peligro.





TIRURAY





---

## CAPÍTULO V

Usos, costumbres, organización política, creencias y supersticiones de los tirurayes.—Cómo se hizo el primer vocabulario y catecismo.—Primeras excursiones de los misioneros por las rancherías; salubridad de la Misión.—Convertibilidad de los moros.

LA tribu de los *Teduray* o *Tiruray*, constaría a la sazón, cuando fueron los Nuestros a evangelizarla, de unas diez mil almas, desparramadas por las vertientes de la izquierda del bajo Pulañgui desde Tamontaca, los montes de Taviran y Talayan hasta los Dulanganes, y desde la boca del brazo Sur del mismo Pulañgui hasta el pequeño Tran, cerca de Lebak.

Viven aislados, o a lo más en grupos de cinco a diez casas, para la construcción de las cuales se ayudan mutuamente. Cortan cuatro palitroques, los empotran un palmo en el suelo; para soleras emplean maderas flojas y tiernas, que cubren con cortezas de árbol o cañas aplastadas con que forman el piso; se sirven del cogon y ramas de palasan para techos y tabiques; su escalera es un palo con hendiduras hechas a propósito; la cocina la ponen junto a la entrada.

Se alimentan de arroz, camote, gave, maíz, plátanos, legumbres, frutas, caza y pesca. Los enseres de cocina se reducen a una olla con su tapadera; su cucharón es una cáscara de coco; su cuchara y tenedor, los dedos de la mano, y sus platos hojas de plátano u otros árboles.

Visten y se adornan según la región en que residen. Los del monte (*Eteu rootor*) usan calzón corto hasta la rodilla, camisa hasta la cintura y pañuelo en la cabeza a modo de turbante. Van armados de crís, lanza y aljaba con flechas ordinariamente envenenadas. La gente de río (*eteu daua*) llevan calzón largo, camisa hasta la cintura y pañuelo como los primeros; cabello largo, la cintura ceñida con el *angcul*, tela de varios colores, pañuelo extendido sobre el hombro, y con otro, finalmente, sujetan el turbante por encima de la cabeza,

atándose por debajo de la barba. Ciñen el cris, empuñan la lanza y una ancha rodela, o van con el campilán al hombro y el puñal en la cintura.

Suelen limarse los dientes y a veces cortan la mitad de los de la mandíbula inferior, y, agujereándolos por el centro de la base, les clavan, en lugar de los verdaderos, dientes postizos de madera, cuerno de carabao o alambre, teñidos con el jugo de la cáscara del coco quemado. Hombres y mujeres se recortan los cabellos inmediatos a la frente, las cejas y las pestañas; se untan los labios y las cejas con cera derretida mezclada con aceite, y se pellizcan la frente para que se les cuaje la sangre. La gente de mar (*Eten dogot*) llevan taparrabos, camisa vuelta al revés, turbante y moño; se pellizcan asimismo la frente; adórnanse las piernas con aros ajustados a los tobillos y junto a las rodillas; llevan siempre la mascada en su cestilla; usan campilán más corto, lanza y aljaba con flechas, que envenenan con la resina del árbol que llaman *Quemendag*.

Las mujeres visten el *Emut*, saya o tela de abacá unida por los extremos y ajustada a la cintura, que les llega hasta cerca del tobillo. Suelen llevar envueltas en ella hierbas olorosas. Sus camisas, si las abrochan desde el cuello hasta la cintura, se llaman *cudiarat*; y si no son tan completas, se denominan *quegaal*. Adornan los brazos y piernas con aros de alambre o de otra clase; cubren los dedos de anillos; la cintura con ceñidores de alambre o cadenilla donde ensartan grandes cascabeles; otros más pequeños se los colocan en las muñecas; del cuello penden sartas de abalorios y el *quemagui*, que es de oro; los bordes de sus orejas están llenos de agujeros con anillitos de alambre, de los cuales cuelga el *becucu*, sarta de abalorios diminutos; tienen en el pulpejo de cada oreja un grande agujero, donde ajustan un hueso circular, que afecta la forma de una ficha de damas y de éste pende el *banguet*, que pasa por debajo de la barba como una orla que se agita, al andar, en todas direcciones. Límpiense los cabellos con aceite de coco; adornan el moño con peineta de caña llena de dibujos; llevan sombrero tejido de palma de burí, y no dejan jamás el cuchillo ni la cestita durante los viajes.

A sus debidos tiempos rozan la parte del bosque que desean sembrar, y, cortados los arbustos, árboles menores y ramas, lo dejan secar todo, y le prenden fuego; y hacinando después en un montón lo que se libró de las llamas, vuelven a encenderlo para reducirlo a cenizas. Los árboles mayores suelen cortarlos a determinada altura mediante pequeños andamios levantados al efecto.

Para sembrar, se colocan los hombres unos al lado de otros; abren con palos aguzados, pequeños hoyos en la tierra; siguen las mujeres en pos, llevan-





TIRURAY



do pendientes del cuello cestitas llenas de palay, y siembran de dos en dos.

Quitan las hierbas de la sementera al crecer el palay; antes de cosecharlo, queman incienso en sus rincones; atan unas cuantas matas y de una de ellas forman una trompetilla que llaman *cauau*, y concluida esta operación, comienza la siega: cortan una a una las espigas con un cuchillito, y, dejando la paja para que se pudra en el campo, llenan sus cestitas de ellas, desgranándolas luego con los pies. Si quieren comer arroz nuevo, deben solearlo, y aún tostarlo, antes de descascarillarlo en el pilón.

El pilar, preparar la comida, encender el fuego, ir por agua, sacar la morisqueta de la olla y cuidar del aseo y arreglo de la casa es propio de la mujer, y, cuando sale con su marido, lleva la carga durante el viaje. Suelen mascar buyo por entretenimiento; comen dos veces al día; antes y después de comer se lavan las manos; en el mismo plato come toda la familia, sin que otro participe de él; al huésped se le sirve en plato aparte. Invitan unos y aceptan o rehusan otros, sin mediar cumplimiento alguno. Mientras hay comida en el plato nadie se levanta. Cada familia duerme en el mismo cuarto, dentro del mosquito sobre un gran petate que extienden en el piso.

Creen en sueños y piden su interpretación a los que más saben. Antes de dormir cantan las mujeres el *Fegueluques*, o consejas sobre los héroes o sabios de los primitivos tiempos, por ejemplo: de *Laguey*, *Leugueos* y *Metiatil*, *Videc* y *Bongo*, y primitivos animales de aquellas tierras.

Cogen los pájaros en lazos y con savias viscosas de árboles; los ratones, cerdos, carabaos y caimanes, con trampas; pescan con las manos en los ríos, y en la baja mar con anzuelos, tridentes, corrales y redes y envenenan los peces con el *tebelé* machacado, con el *gasi*, *sedan* y *rembuaya*.

El asesinato, *lemifut*, es raro; y casi siempre lo perpetran a traición por odio de tribu, codicia o venganza, traspasando el matador a su víctima con la lanza, por la espalda, o cortándole la cabeza de un campilanazo, o alanceándole o asaetándole mientras duerme.

El suicidio es rarísimo, y acontece tal vez entre solteros o solteras, por no poder sufrir una murmuración o calumnia, o por haberse divulgado algún proyectado casamiento, que luego se frustró. El matrimonio entre los infieles Tirurayes no es indisoluble. Los padres del novio suelen comprar la novia a sus padres y parientes, sin que ellos se den cuenta, o muestren al menos estar enterados del caso, y al llegar el tiempo convenido les obligan a casarse aún contra su voluntad. Si, después de casados, alguno de los consortes se empeña de veras en no querer proseguir en tal estado, se permuta entonces con algún hermano o hermana, y, no siendo esto posible, si la negativa proviene del

varón, pierde éste las prendas entregadas; y si de la mujer, los parientes de ésta las devuelven al marido.

Notifícase el casamiento de noche en casa de un principal de la ranchería, adonde asiste el joven que pretenden casar, y lo mismo sucede respecto de la mujer; y a la mañana siguiente los solteros de la ranchería visten y adornan al novio, acompañándole con sus parientes hacia la casa de la novia, andando aquél cubierto con su *emut* o manta, en medio de la comitiva, al son del agun, hasta llegar frente a la casa señalada, procurando estar en ella hacia la mitad de la tarde. Cerca del patio han colocado los de dentro una estacada de bejuco y dan gritos a los de fuera para que no pasen adelante. Entonces éstos se paran y al cabo de un rato, uno de ellos sacando el cris, rompe la estacada entregando luego el arma en señal de que pagarán las prendas que les exijan los de arriba, quienes ofrecen la mascada de buyo a los de abajo, y el dueño de la casa empieza el baile del *luilaguan* o *moro-moro*; a éste siguen sucesivamente los parientes de la mujer armados de lanza o cris y rodela. Concluido el baile de arriba empiezan a danzar los de abajo, y, terminado, piden licencia para subir, los de arriba se la otorgan y suben todos, incluso el pretendiente, que no descubre su rostro y permanece incomunicado hasta el día siguiente, en que se verifica la ceremonia del casamiento. La futura esposa queda asimismo vigilada por su familia en aposento separado. Una vez ha consentido ésta en casarse, construyen sus parientes a toda prisa un gran camarín; matan un número de gallinas igual al de familias que han de tomar parte en el convite; las cuecen, reservando el caldo en bombones de caña y hacen la morisqueta la noche antes, envolviéndola en hojas de plátano y colocándolas en cestas. Para cada familia ha de haber sus respectivas cesta, gallina y bombón. La gallina debe presentarse entera; si le faltase algún ala o el cuello, los parientes de la mujer tendrían que satisfacer una lanza o cris. Todas las familias que participan de la comida han de pagar las prendas que se dan por la mujer al siguiente día: platos, pañuelos, camisas, pantalones, fajas, arcos de alambre, petaquías, mantas, lanzas, crises, águnes, caballos, carabaos, etc., según el valor en que haya sido justipreciada la mujer. El casamiento, *Setefungor*, consiste en dar a mascar un buyo la madre de la esposa a su hija y entregarle otro para que lo ofrezca a su esposo. Mascado por ambos consortes el buyo, los padres de los contrayentes hacen que éstos entre sí se toquen con sus cabezas, y queda realizado el matrimonio. Los restos de la mascada los guardan los interesados hasta la muerte. Celebran los aniversarios de sus casamientos y el nacimiento de sus hijos con convites, que llaman *feinem*.

Cuando acontece algún raptó, el raptor deposita la mujer robada en casa

del *bandarra* o principal de la ranchería, y éste arregla pacíficamente el asunto con las familias de entrambos. Otras veces, cuando los padres de la joven, requeridos varias veces, se niegan a entregar su hija en matrimonio, los parientes del joven la arrebatan por sorpresa. Salen entonces los padres y parientes en persecución de la secuestrada con intento de matarla, por la vergüenza que les produce el ilegal secuestro; mas previendo los raptos este caso, esparcen prendas al paso del camino que han de recorrer los perseguidores: aquí una lanza clavada en el suelo, allí un cris atravesado en el camino; allá cien prendas; acullá una tinaja, y a este tenor de trecho en trecho un agun con su mazo, una petaquia, un caballo y un carabao. Al llegar a este último, los que antes no se habían dignado mirar siquiera los demás efectos por su grande enojo; calmados ya, se vuelven a sus casas y consienten en el casamiento; pues de lo contrario se verían obligados a pagar doble número de prendas para rescatar la mujer, o concluiría el asunto en sangrienta tragedia.

Otras veces sube el joven acompañado de algún amigo o pariente a pedir por propia iniciativa el casamiento a los padres de aquella con quien pretende casarse, ofreciendo 200 platos, y aumentando las piezas de cuatro en cuatro, conforme las exigencias del padre de la pretendida. Al oír su demanda, los de la familia, se levantan y destruyen cuanto alcanza el cris alrededor del pretendiente, hasta que el principal de la casa dice basta. Entran luego en conversación, y, si convienen, se casan; si no, suele quedar alguno muerto en la refriega, y los de la casa no se vengan por ello, porque creen que no existe suficiente motivo. A veces la fuerza de la pasión ciega a la mujer y pide marido a los padres del que pretende, si éstos se niegan o no dan un hijo por otro, ni satisfacen prendas, se suicida la mujer con el *tebelf*.

Al morir la mujer, si tiene hermana, el viudo se casa con ella, y, si no la tiene, los padres de la difunta han de devolver la mitad de las prendas que se le entregaron por el casamiento; mas si es el varón quien muere, la viuda ha de casar con un hermano del difunto.

La poligamia apenas se conoce entre los tirurayes. El adulterio se castiga con multa de prendas o con la vida, sepultando en el mismo hoyo los cadáveres de ambos adúlteros. Cuando el marido coge *in flagranti delicto* a su esposa, la mata impunemente. Esta, en cambio, tiene derecho de separarse de su marido adúltero, si no vuelve a pagar las prendas del casamiento. La mujer que da cuenta a su marido de la violencia que le han hecho, obliga al violador a pagar las prendas que le costó su casamiento; de lo contrario, lo paga con la vida. Y al soltero que se permite bromear o cometer algún acto indigno con alguna soltera, se le obliga a casarse con ella.

Bañan la criatura al nacer, y al séptimo día la rapan, dejándole algunos mechoncitos de pelo: uno encima de la parte anterior del cráneo, llamado *ucuy*, otro sobre la coronilla, *serundum*, y otro en ambos lados cerca de las sienes, *sunfing*, para que sirvan de cobertizo al alma que se cobija debajo de ellos. Las madres bañan a sus tiernos vástagos cuatro veces al día. Al recién nacido no le dan nombre, y hasta que sea mayor de edad se contentan con llamarle hombre nuevo o mujer nueva, *mantu libun* o *mantu lagüey*; cuando son mayores, toman sus nombres de los objetos visibles, verbigracia, *Sigayan*, que quiere decir *brillo del sol*. Para que los niños duerman, los mecen en el *emut*, colgado en forma de hamaca, y procuran que duerma cuando ellos comen; no sea que el *Saitañ* los haga enfermar y robe sus almas.

Cuando alguien de la familia enferma, rodean su casa con bejuco, *Uara*, a fin de alejar al duende, *bolbol*; porque creen que, transfigurado en culebra, come el hígado de los enfermos, y, para que no entre, está un tiruray con el cris desenvainado guardando la casa, dispuesto a luchar con él y matarlo; y en el entretanto, curan al enfermo con hierbas y buyo mascado y rezan por su salud.

Al morir, le lavan la cara o le bañan; colocan en su cabeza un espejo abierto y un cris al lado para que se persuada el *Bolbol* que el cadáver tiene dos cabezas y un solo tronco y está dispuesto a defenderse de cualquiera agresión. Junto al cadáver ponen sus armas, ropas, petaquías y cajitas con ingredientes para confeccionar sus mascadas; velan de noche el muerto, sin faltar el guardia con su cris desenvainado, por si se presentase el *bolbol* para comerse el difunto. Al día siguiente, envuelto en un petate y metido en un tancal, lo conducen a hombros en dos pingas dos hombres al lugar de la sepultura, lo depositan en un profundo hoyo abierto de antemano, que cubren de tierra los circunstantes; describen con la punta del bolo un círculo alrededor de la tumba, rodeándola, según dicen, de tinieblas, para que no le descubra el duende, y colocan algunas trampas, para que queden cogidos en caso de que discurran por aquel lugar. Al volver del entierro a casa, comen los que han velado el muerto, sin invitar a los demás, por temor de que el difunto les invite también a morir. Durante siete días colocan fuego antes de anochecer hacia el punto donde está enterrado el muerto, para que su alma conozca su casa, al divagar cerca del lugar donde residen, y cada vez que comen envuelven en una hoja un poco de morisqueta, y la suspenden del tabique de la casa, para que le sirva de alimento. Pasados los siete días, emigra el alma al lugar de su destino. Entonces celebra la familia el *tii*, con abundante comida, de la que participan todos los que acompañaron el cadáver, a fin de darle el último adiós, y a este



mismo efecto se dirigen dos hombres con un gallo cocido y una olla de morisqueta al lugar de la sepultura, y sobre ella comen sin sal ni agua, dejando parte, como última ración al finado. Si éste es un niño con dentadura, le ofrecen un cuchillito para que haga incisiones en el balete, al pie del cual son enterrados sus muertos, y con su savia, parecida a la leche, se sustente; mas si el niño carece de dentadura, se le pone un anillo, para que le sirva de incisivo y cuelgan de una de las ramas del balete un cañuto de leche de los pechos de su propia madre para que con ella se alimente.

En orden a su organización civil y política, los tirurayes reconocen la autoridad de sus *Quefeduanes*, tales son: el *Amirefe*, el *Bandarra* y el *Masalicanfu*. Cuando se prolongan los litigios, los resuelven éstos sumarísimamente y sin apelación; a no ser que los agraviados los decidan con las puntas de sus lanzas. Estos tres *Quefeduanes* son ayudados en sus trabajos ordinarios de casa y sementera por los demás tirurayes.

Tienen también otros principales subalternos llamados: *Capitá uata*, *Datu uata*, *Datu uata nagalín*, *Olubalang*, *Urangcaya*, *Cajatan se falau*, etc.

Crean los tirurayes en Dios; pero desconocen su inmensidad, y para comunicarse con él, están los Belianes. No existe en su tribu libro sagrado ni profano alguno. Cuando recorre el Belián su jurisdicción, edifica capillas, donde se mete él solo, como si estuviera en su *Sancta Sanctorum*, y de donde sale, para comunicar las revelaciones, que dice le ha hecho su dios. Antes, empero, ha de bailar el moro-moro, teniendo atados cascabeles en sus piernas, blandiendo con la diestra el campilán, adornado asimismo de cascabeles en su empuñadura, y embrazando con la siniestra la rodela, empenachada en sus bordes. Hace luego bailar a sus expectadores, hombres y mujeres, y les comunica lo que le parece de parte de su dios. Depositán inmediatamente después morisqueta y buyo en el *Renangá*, caña partida, y en estas funciones el Belián toca el tambor y el agun, a que creen corresponde su dios desde el cielo con la misma sonata.

Esperan los tirurayes ir al cielo, como su futuro e infalible destino; creen que los demonios fueron antes hombres y que por esto tientan a los buenos y les atribuyen las enfermedades que contraen; y que el gran *Belian Laguey Leugueos* iba y venía antiguamente de la tierra al cielo y del cielo a la tierra, conforme le parecía; y que su mujer, siendo virgen, sin obra de varón tuvo un hijo llamado *Matelegui Ferrendam*. Otros dicen que Matelegui Ferrendam salió de un collar o alhaja que los antepasados habían alquilado por cien prendas, y que, al levantarlo, lloró el recién nacido llamando a su Madre.

Aseguran los Belianes que Laguey Leugueos no es verdadero Dios, sino

un hombre muy sabio al estilo de Buda, y que otros Belianes hombres y mujeres de menor categoría, se aparecen y conferencian con los actuales belianes.

Atribuyen sus hechizos a los *lambus*, que pretenden extraer de los árboles, resinas, hierbas, palay, arroyos, piedras, etc.

Creen que el baño, *quebel*, les hace invulnerables; la hoja del *ferrigut*, invisibles; el *feliog* desvía el golpe y disparos del enemigo; el *fequimoy* suspende el movimiento de la mano del que intenta matarles o herirles; y el *quimoyen* paraliza el del cuerpo y el de la lengua del que intente perjudicarles: que con el *felungeang* desaparecen los odios, aunque sean mortales, convirtiéndolos en amor; que con el *ylemu* se conquista el aprecio; con el *falulud tamuc* se obtiene lo que se desea; con la resina aromática del *Uneuit Yitú* quemada y dada a oler a un perro, éste coje los venados: que con el *Vengat* muere el ladrón que les come las hortalizas; y que envolviendo el *Lambus* en bolsitas de tierra, hierbas, huesos o piedras, les sirve de *Ramut* o maleficio para matar o hacer enfermar al que les pareciera.

Mitigados ya los temores que infundieran las repetidas visitas de los moros, los tirurayes, y su *Bandarra*, manifestaron deseo de establecerse de nuevo cerca de la Casa-Misión de Tamontaca.

La principal dificultad con que se tropezó al instalar la Misión fue la de la lengua; ya por falta de intérprete, ya porque al salir de Manila ignoraban los Padres el tagalo y el visaya: quedando reducidos a aprender estas lenguas por señas, ora mostrando objetos materiales, que tenían a la vista, ora remedando las acciones, etc., para saber los nombres que les daban, haciendo traducir al tiruray palabras y frases moras. Así formaron un diccionario y tradujeron la doctrina cristiana.

Dos excursiones hicieron estos misioneros a los tirurayes durante el primer año de su instalación: la primera por agosto de 1862, al monte Camanga, donde había cuatro o cinco casas con varias familias en cada una; la segunda, por noviembre, a otro grupo de ocho casas y más de cien personas.

Las rancherías más próximas eran por su orden: Tamontaca, Vitu, Fitof, Tanuir, Magabelayan, Matalinfun, Marrajues, Tabangan y Taviran.

Tocante al punto escogido para residencia de la Misión y del destacamento de Tamontaca, escribía el P. Guerrico al P. Cuevas en 22 de octubre de 1862: «El punto es muy bueno y agradable a la vista en todas direcciones, domina el río, no tiene el inconveniente de las inundaciones; es fácil de ser defendido, y con poco trabajo será casi inaccesible a todo enemigo, a excepción de algún punto de entrada, que puede dejarse más o menos estrecho; hallándose elevado sobre la planicie que da al río, como 50 metros.»

Presupuesta la convertibilidad de los moros, proponía dicho Padre los siguientes medios para reducirlos: 1.º Confiar en su conversión; porque la esperanza del fruto anima al trabajo y aumenta el celo, al paso que la desconfianza lo amortigua. 2.º Desear trabajar en bien de ellos con la mira de que tarde o temprano desaparezca el mahometismo y triunfe en todos la Religión Católica. 3.º Hablarles con afecto y hacerles algún regalillo. 4.º Procurar ganar a sus principales, para que con su influencia prevengan a sus súbditos en favor de los Padres. 5.º Hablar de ellos con espíritu evangélico de paz y caridad, que a nadie excluye. 6.º Que véan los sometidos que se les estima y quiere, para que se alegren por haber mejorado de condición, y si se puede conseguir instruirlos en algo o preparar el terreno para ello, se haga. 7.º Aprender su lengua, por ser el resorte humano más poderoso para ganarlos. «Yo, decía este Padre, no les veo tan feroces y temibles como algunos los imaginan y suponen.» Y el comandante de un cañonero que mandaba una falúa en el reconocimiento que la Comisión hidrográfica hizo del Río Grande de Mindanao en 1855, y cuya carta sacó el Sr. Montero, le refirió: que desde Bohayen arriba fueron recibidos en todas partes con banderas blancas, gallardetes encarnados y salvas de cañón y lantaca. Y como no pudiesen pasar las falúas de Cacal a reconocer las lagunas de Ligaguasan y Tucunnabaga, a donde nunca habían llegado los españoles; entró sola la comisión en bote, acompañándoles los principales de Cacal y sus mujeres en dos barotos; y declararon que en Tucunnabaga la gente era muy buena, y traían carabaos a los marineros; dormían entre ellos, y había muchas casas alrededor de la laguna.

»Verdad es, añadía el mismo Padre, que el mahometismo es una de las sectas que más obstáculos presenta a la reducción y conversión; sin embargo, creo que en los moros de aquí, lo indio ha modificado mucho lo moro, y he oído decir que son poco más o menos como los indios» (1).

Creía además el P. Guerrico que el procurar la conversión de los moros, lejos de ser obstáculo, facilitaría la conversión de los tirurayes; pues ellos tratan con los moros, les venden y compran, hablan corrientemente su lengua; viven a corta distancia unos de otros emparentados entre sí, están sin reparo con ellos, cuando se encuentran; viajan juntos en bancas y juntos acuden a los *tianguis* o mercados.

---

(1) Carta del P. Guerrico al P. Cuevas, su fecha en Cotabato, 28 de noviembre de 1862.

---

## CAPÍTULO VI

**Toma de posesión de las misiones de Tetuán e Isabela de Basilan.—Segundo viaje del P. Cuevas al Sur de Mindanao; visita nuestras misiones; vuelve a Manila y describe los efectos del terremoto de 3 de junio de 1863.**

A mediados de noviembre de 1862, salieron de Manila los PP. Ramón Barúa, Francisco Ceballos y el H. Coadjutor Francisco Aristain; destinados al pueblo que acababa de crearse con el nombre de Tetuán, y jurisdicción independiente, en lo civil y eclesiástico, del de Zamboanga, distante media legua de él, reconociendo por barrios anejos los de Lamalama, Boalan, Manicaán, Bólong y Curúan, que juntos ascendían a más de 3,000 almas. Hospedáronse en Zamboanga en casa del P. Recoleta Fr. José Lafós, Cura y Vicario foráneo del partido.

El 25 del mismo mes se encargó el P. Barúa de la administración de la parroquia-misión, sin recibir colación canónica; y este procedimiento se adoptó con aprobación del Gobierno de S. M. en los demás pueblos de Mindanao que se fueron tomando, a fin de ejercer los ministerios sin detrimento de nuestro Instituto. El P. Ceballos, en calidad de auxiliar, debía recorrer las visitas más distantes de Manicaán, Bólong y Curúan.

D. Balbino Natividad cedió gratuitamente al P. Barúa, mientras no se le edificase la rectoral, el usufructo de su casa, curiosa y aseada, de tabla y tabique pampango, con balcón corrido en la fachada del piso principal; el interior estaba pintado de marga o yeso de China; cerrábanse las habitaciones con puertas de narra, y aunque pequeña y reducida, le había parecido al P. Cuevas la más hermosa del Sur de Mindanao. Levantó el P. Barúa la iglesia provisional, con el trabajo personal de los vecinos, en 33 días. Era ésta un camarín de caña y nipa de 20 brazas de largo y 7 de ancho; tenía un solo altar con un cuadro de San Ignacio bajo dosel encarnado, púlpito, confesonario y sacristía en cada lado del presbiterio. Bendíjose el 1.º de enero de 1863, y se



inauguró con misa cantada a toda orquesta y asistencia del gobernador, alcalde mayor, cura de la cabecera y del P. Alonso, recoleto, misionero de La Isabela. Al Evangelio leyó el P. Barúa su título de misionero, explicó a continuación sus deberes de buen pastor y los de sus ovejas, y al Gloria, Sanctus y último Evangelio, resonó el estampido del cañón, según costumbre de aquellos países en sus grandes solemnidades cívicas y religiosas.

El P. Misionero de Tetuán predicaba todos los domingos y días festivos en la Misa de las ocho, y por la tarde, rezado el santo Rosario, explanaba la doctrina cristiana al pueblo concluyendo la función con los actos de fe, esperanza y caridad. No pocas personas asistían los días de labor al santo sacrificio de la Misa y muchas más al Rosario, que rezaba el H. Aristain en la iglesia todas las tardes, al anochecer. Los domingos, lunes, miércoles y viernes de Cuaresma, había sermón o plática doctrinal; celebrábase el Septenario de Dolores; y en la Semana Santa, además de los oficios y el monumento, había lavatorio de pies, procesión por las calles del pueblo el Jueves Santo, y el Viernes, ejercicio de las tres horas de agonía. El lunes de la Dominica in Albis se administraba la comunión a los enfermos de la parroquia en casas adornadas con luces, flores y colgaduras.

Presentada por los PP. Recoletos la renuncia de la misión de Isabela de Basilan, vióse el P. Cuevas en la precisión de nombrar al P. Ceballos, para ocupar la vacante.

La Isla de Basilan se extenderá como doce leguas de E. a O. y ocho de N. a S. Cuenta, como adyacentes, el grupo de Pilas, del cual tenemos una excelente carta, levantada por la Comisión Hidrográfica bajo la dirección del Capitán de fragata D. Simón de Manzanos, en 1879, publicada en Madrid en 1881 y las Islas de Bubuán, Lanauan, Tapiantana y Bucutúa, situadas doce o catorce millas al Sur de Basilan, de las cuales levantó asimismo carta la Comisión Hidrográfica, bajo el mando del Capitán de fragata D. Fabián Montojo y Salcedo, en 1884, publicada en 1886.

Tiene la Isabela magnífica silanga formada por esta isla y la de Malamaui, y uno de los mejores puertos conocidos por su posición geográfica ya sea con respecto al Archipiélago Filipino, ya con respecto a Europa, Australia y algunos puntos de América, pues dicha silanga está en el derrotero del Pacífico y de la vuelta a Europa contra monzón.

A fines de 1844 el gobernador de Zamboanga y el Brigadier Bocalan comandante de la goleta de guerra española *Esperanza*, lograron la sumisión de la Isla de Basilan a S. M. con derogación de cualquier promesa que pudieran haber hecho a los extranjeros y mandaron construir el fuerte de Pagsanján, al

Norte de dicha Isla, y en 10 de julio del año siguiente, le visitaron el Jefe de Marina de Zamboanga D. Ramón Lobo, y el Gobernador del distrito D. Cayetano Figueroa y dieron a la Isla el nombre de Isabela, en obsequio de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel II, izando en aquel sitio el pabellón español.

Tiene la silanga de Basilan dos y media millas de largo con una de ancho, que varía entre un cuarto y un tercio de milla; todas las flotas del mundo pueden fondear allí al abrigo de vientos y mares; su doble boca al E. y al O. facilita la entrada y salida en cualquier monzón, y utilizando las mareas pueden levar anclas fácilmente los buques de mayor calado.

Encargóse el P. Ceballos de esta Misión el 1.<sup>o</sup> de diciembre, retirándose el P. Recoleta que la administraba a Zamboanga.

Vióse claramente desde un principio que una de las mayores dificultades, que se habían de ofrecer en aquellas misiones, sería la conciliación de dos deberes a cada cual más sagrado y al parecer incompatibles: el de residir el Padre como sacerdote misionero en el pueblo que administra y el que le corre, como religioso de la Compañía, de confesarse con frecuencia. El Padre de La Isabela estaba enteramente solo, sin un Hermano siquiera, que le acompañase y le ayudase. Aunque se procuró remediar prontamente esta falta, no se pudo tan fácilmente subsanar la otra, por falta de personal. Por donde se experimentó que en tales residencias, a más de los precisos sacerdotes encargados de la administración, era necesario que hubiese otro supernumerario, que pudiese hacer excursiones a una y otra parte, ya fuese para confesar a los nuestros, ya para sustituirlos en tiempos de triduos, ejercicios, enfermedades, etc.; con la seguridad de que no le había de faltar jamás ocupación entre fieles e infieles. Y aunque no se pudiesen observar todas las reglas, atendidas las circunstancias especiales de dichas misiones, se observarían, sin embargo, las más esenciales, verbigracia, de que viviesen dos juntos; de que se guardase en casa rigurosa clausura, y en todo y por todo estuviesen los Padres y Hermanos siempre sujetos al Superior de la Residencia, aunque viviesen distantes entre sí, viéndose de vez en cuando; teniendo a debidos tiempos sus pláticas, renovaciones de votos, ejercicios anuales y confesiones, y guardando lo demás del mejor modo que les fuese posible.

El deseo de visitar a los Padres, recientemente establecidos en las misiones de Tetuán y de La Isabela, y de informarse por sí mismo de las necesidades y recursos de aquellas cristiandades, hizo surcar de nuevo el océano al P. Cuevas.

Embarcóse, pues, en el bergantín *Paquita*, la tarde del 3 de mayo de 1863, y el 11 fondeó en la rada de Zamboanga. Fue a recibirle el P. Barúa, y

mientras se disponían para comer en casa del Cura Párroco, Fr. José Lafós; dióle a éste un ataque de hemiplegia, que le trabó la lengua y paralizó el lado derecho.

A las cuatro y media de la tarde salió el P. Cuevas a pie para Tetuán, en donde le visitó el día siguiente su amigo D. Vicente Carlos Roca, comandante de la *Santa Filomena*, y le dio noticia de su crucero por los mares de Joló, Tawitawi y costas de Borneo, donde había estudiado detenidamente el territorio de Sandakan, levantado el plano de su dilatada y segura bahía, y recibido un acta firmada por los datos del país, en que pedían el uso de la bandera española como súbditos de la Corona de España, por estar enclavado su territorio en los dominios del Sultán de Joló, vasallo nuestro.

El 14, fiesta de la Ascensión del Señor, predicó dicho R. Padre en la Misa mayor, que celebró el P. Barúa con numeroso auditorio, leyendo desde el púlpito el H. Aristain las oraciones de la Misa y explicación de sus ceremonias, según se contienen en el «Ancora de Salvación» del P. Mach. Terminada que fue, el Gobernadorcillo y Principales subieron al Convento, saludaron y se despidieron de los Padres aceptando cada uno una medalla, como recuerdo, de mano del Rdo. P. Superior.

El 16, a las ocho de la mañana, fondeaba éste en la *Santa Filomena*, en el puerto de Polloc. Dirigióse a su acostumbrado hospedaje, que era la casa del Padre Recoletos, el cual le dio noticias frescas de la reciente expedición al Río Grande. Componían las fuerzas 600 hombres de infantería, sin incluir la tropa de marina y grumetes, que tripulaban la goleta de hélice *Valiente*, la chalana *Santa Isabel*, dos pailebotes, cuatro cañoneros y cinco falúas. Sin disparar un tiro subieron treinta leguas río arriba; y en Pindiaman, más allá de Bohayen, destruyeron cinco cotas o fortalezas moras, establecidas en ambas riberas del río; y en Matingcauanan se apoderaron de cuatro cañones de hierro, algunas lantacas, 600 balas de cañón de bronce recién fundidas, y otras municiones de guerra.

El 17 se embarcó el P. Cuevas para Cotabato en un cañonero, llegando allá entre dos y tres de la tarde, y media hora después salía para Tamontaca en el bote del Comandante General; entró por el hermoso estero del Sultán, para ir a dar en otro más estrecho, que le une con el de Cacal, y de allí desembocó en el brazo Sur, llegando poco antes de oscurecer a la nueva casa de los Padres, asaz espaciosa, de piso alto, situada en lugar muy ventilado y fabricada con ímprobo trabajo por el H. Zumeta que estuvo a punto de perder la vista por el continuo resol. Al desembarcar salieron a su encuentro los Padres Vidal y Guerrico, los HH. Belzunce y Zumeta y el capitán Pagasartun-

dúa al frente de sus oficiales. «Muchos son los favores, observa agradecido el P. Cuevas, que nuestros Padres deben al celo y actividad de este joven militar, el cual por su parte vive tan bien hallado con ellos, que, tocándole ser relevado de este puesto solitario, ha logrado que le dejen en la misma guarnición». Apenas había puesto el pie el Superior de la Misión en la nueva morada de los Padres, cuando el P. Guerrico le armó un concierto de música vocal, cantando a dúo él y cuatro niños tirurayes con tanto gusto y afinación, que le dejaron agradablemente sorprendido. Vivían estos niños en nuestra casa, donde se les instruía con esmero, para que, andando el tiempo, fuesen los catequistas de su nación; el más aplicado de ellos, José, era hijo de Pedro Tum-baga, el primero de los tirurayes regenerado con las aguas del santo bautismo con su mujer y cuatro hijos, y el primero asimismo, según se puede piadosamente creer, que recibió el premio de su fe, muriendo cristianamente. Su ejemplo fue imitado por los del pueblo, que se formó en las cercanías de Tamontaca, de los cuales se bautizaron veinte, y otros se dispusieron para recibir las aguas de la regeneración el sábado de Pentecostés.

El 18, a las cinco de la mañana, salía de Tamontaca el P. Cuevas con el P. Vidal; a las diez, de Cotabato, y a las doce, fondeaba en Polloc; y transbordado en la *Santa Filomena*, a las siete de la noche del diez y nueve se hallaba de nuevo en la rada de Zamboanga. A las cuatro de la tarde del 20 se embarcó con el P. Ceballos en la falúa de resguardo, y a media noche estaban en La Isabela. A las ocho se celebró la Misa mayor, predicando el P. Cuevas con asistencia del gobernador, jefes militares, tropa de infantería y marina, presidarios y vecinos de la población; después de la cual, el Sr. Gobernador con su secretario, los militares y españoles acompañaron al P. Superior a casa del Misionero.

Era ésta de tabla, espaciosa, situada en el manglar, en frente del canal que forman, aproximándose, las dos islas de Basilan y Malamaui. Uno de los lados de la iglesia amenazaba ruina, y su câmpana era de la antigua iglesia de nuestros Padres de Zamboanga.

Ancho espacio tenía el P. Ceballos en el corto recinto del pueblo para explayar su celo, pues las costumbres de aquellos habitantes se resentían de los malos elementos que concurrieron a su fundación, muy parecidos a los de las colonias penitenciarias de Australia. Fruto de sus sudores fueron algunos concubinatos convertidos en legítimos matrimonios *in facie Ecclesiae* y las muchas almas que al morir se reconciliaron con Dios por el sacramento de la penitencia; porque sólo en los seis primeros meses que el Padre llevó en La Isabela, había prestado los últimos auxilios de la religión a treinta presidarios



fallecidos de calenturas; a varios vecinos del pueblo e individuos de tropa y marina, y experimentado el consuelo de hacer entrar en el gremio de la Iglesia a un marinero dinamarqués, cuyos restos mortales fueron depositados en el sagrado cementerio. Púsose en la tumba una cruz de madera, la cual, como si quisiera dar a entender la eterna vida de que está gozando su alma en el cielo, reverdeció, cubriéndose toda de hermoso follaje.

Ni fue de menor edificación la comunión solemnemente administrada por el P. Ceballos a siete marineros el día de Resurrección, a bordo de la goleta *Santa Filomena*, porque después de misa se puso en marcha una procesión compuesta de más 300 personas con velas encendidas, soldados de marina, marineros y paisanos, llevando el P. Ceballos al Señor debajo de palio, alumbrándole a los lados el Gobernador de La Isabela y el Comandante de la goleta con una guardia de honor de tropa de marina. Llegados en botes y falúas hasta la *Santa Filomena*, colocóse el Santísimo en un lindo altar dispuesto en la popa debajo de un toldo de banderas españolas, alfombrada la cubierta del buque con diversos pabellones e iluminada en toda su circunferencia. En la dominica *in Albis* se dio el Señor a los enfermos de la división de marina, con la misma pompa del domingo anterior y salvas de artillería. Durante los tres primeros días de Semana Santa, había confesado el P. Misionero más de ochenta marinos de la tripulación de la *Santa Filomena*, y un centenar de individuos del pueblo hicieron confesión general.

Los moros de Basilan eran, por lo general, pobres y holgazanes, y su ciego fanatismo inducía a algunos a juramentarse, ensangrentando con harta frecuencia el suelo de La Isabela; como aconteció aquel mismo año el 19 de marzo a las seis de la mañana, en que acometieron cuatro moros, en la aguada, a dos marineros cristianos, dejando al uno muerto en el acto, y al otro tan mal herido, que no tardó en expirar. Esta inseguridad alejaba a los colonos del cultivo productivo de aquella Isla.

A las once de la noche del 24 de mayo estaba ya el P. Cuevas de vuelta en Tetuán; y el 26 emprendía otra excursión acompañado del P. Barúa y del ingeniero Sr. Vita a las visitas de Boalan, Manicaán, Bólong y Curúan. Embarcáronse en el estero de Tubungan; y, en la playa de Manicaán, dicho señor ingeniero escogió el sitio más a propósito para levantar iglesia, pues carecía el pueblo de ella. Examinados los niños de doctrina cristiana, salieron los expedicionarios el 27, y a eso del mediodía llegaron a Bólong y oraron un momento en la capilla del pueblo levantada por el P. Gaspar Ibáñez, Recoleta, que murió en el asalto de Joló. Tenía un retablitto con la imagen de talla de Santa Filomena, su patrona. Había en Bólong 49 hombres de armas llevar; era de

amenos contornos, y pastaba en sus prados mucho ganado. Salidos de allí a las dos y media de la tarde, principiaron a navegar dentro de hermosas silangas formadas por la costa de Mindanao y algunas isletas, destacándose hermosas ensenadas y en la de Panubigan, donde hay buena aguada, vieron una barrida de moros, que con permiso del Gobierno se habían instalado allí, huyendo de sus datos. A las cuatro embocaron el río, y, bien entrada la noche, desembarcaron en Curúan y se acostaron en un camarín de planta baja, que hacía veces de Tribunal.

Allí estaba el fundador del pueblecito, D. Eustaquio Paragas, «viejo de mucho temple, acostumbrado a pelear con los moros, que se honraba con dos condecoraciones, ganadas mercedamente en las sangrientas jornadas de Balanguingui y Sipac, lidiando al frente de una compañía de voluntarios zamboanguenos». Esta pequeña colonia sólo contaba seis meses; las casas no llegaban a una docena; vivían en ellas 73 personas procedentes de Tetuán, 28 de armas llevar, a quienes el Gobierno había entregado ocho fusiles para su defensa; la posición era ventajosa por la cercanía de subanos infieles; el terreno fertilísimo; y hasta se hablaba de una mina de oro que existía en las inmediaciones, de la cual eran llevados los granos entre las arenas del río. Visitaron el día siguiente en una rastra tirada por un carabao la hermosa sabana situada entre el monte y dicho río; y entrada la noche se alojaron en el tribunal de Busay, harto molestados de numerosos enjambres de mosquitos.

Era Busay visita de Zamboanga, compuesta casi toda de moros; la mayoría de ellos vivía en Tetuán, dedicada a las faenas del campo; mas al establecerse el estanco del tabaco, pidieron permiso al Gobierno para trasladarse a la isla de Sácol, donde se juntaron unos 200, entre los cuales había 10 cristianos, algunos recién bautizados; para éstos, pues, se erigió en frente del tribunal una ermita, donde de vez en cuando se les decía misa.

A las siete de la mañana del 29 salieron de Sácol; a mediodía fondearon en Masinlog, en la isla de Recreo, para comer; de donde partieron a las dos; a las cuatro desembarcaron en Tubigan, y en veinte minutos regresaron a Tetuán.

El 30, a las cuatro y media de la tarde, sintió el P. Cuevas el más violento temblor de tierra que había experimentado en Filipinas; primero de trepidación, que levantaba como en vilo la casa, y luego de oscilación, que parecía querer inclinar las paredes hasta el suelo.

El 8 de junio se dio a la vela en el pontón *Aurora*, de 36 toneladas, que zarpó de la rada de Zamboanga con el palo mayor roto, cuyo defecto remediaron trincándole fuertemente, y el 13, a la altura de la punta Naso, les acometió a las cuatro de la tarde un terrible chubasco con rachas huracanadas

del Norte. Aguantaron la borrasca puesta la proa al Norte y aferradas todas las velas menos la trinquetilla, para que no careciese de todo gobierno el buque. Amainó el viento, y, recobrados del sobresalto, sentáronse a comer cuando, sin darles tiempo de concluir, les acometió de nuevo el aquilón por la proa y siguió atormentando al buque y pasajeros casi toda la noche. Tranquilizóse, por fin, el tiempo a las tres de la mañana; mas viendo que según entraba el día, iba refrescando el viento, hizo presente el P. Cuevas al capitán la conveniencia de abrigarse detrás de dicha punta, y así lo hizo; echando el ancla delante de Anini, pueblo de la provincia de Antique, desde donde el Padre se fue por tierra a Iloilo, adquiriendo en la casa real, el 19, las primeras noticias relativas al terremoto ocurrido el 3 a las siete y veinte y cinco minutos de la tarde en Manila. Llegando, por fin, a la capital el 23 en el vapor *Esperanza*.

Al entrar por la boca del Corregidor, principiaron a ver con ayuda de anteojos y gemelos señales evidentes de la horrenda catástrofe. La cúpula y cimborio de la Catedral habían desaparecido; las esbeltas torres de Santo Domingo cubiertas de azulejos blancos no eran más que dos informes mogotes, que apenas sobresalían de los tejados; la fachada de la iglesia de Binondo aparecía mocha, y truncada su torre, y, aunque el resto de los edificios visto a tal distancia presentaba un aspecto regular, Manila no era más que un sepulcro blanqueado por defuera, y lleno por dentro de ruina y desolación.

Anclado el vapor en el Pásig, le avisó un caballero que el P. Bertrán le estaba esperando en la Capitanía del Puerto y que no había novedad entre los Nuestros ni en las personas ni en las casas. «Con esto, escribe el P. Cuevas, se me dilató el corazón y respiré libremente. Al instante me embarqué en la falúa del puerto, que estaba a mi disposición, y me dirigí a la Capitanía, donde abracé al P. Bertrán y saludé al Capitán del Puerto, mi amigo D. Agustín Pintado; comenzando la conversación obligada del terremoto.»

Sus efectos los estaba tocando con la mano: la antigua alcaicería de San Fernando tenía parte de la fachada y de los costados desplomados; la torre de la iglesia de Binondo se estaba derribando; en las calles que recorrían, hallaban a derecha e izquierda casas derruidas, apuntaladas o desniveladas, que amagaban ruina; la que hacía esquina al puente grande, desmoronada hasta el primer piso; el puente de España resentidos sus arcos y pilares, estaba intransitable, y fue preciso dirigirse por la Escolta al puente colgante, y entrar por los jardines de arroceros, viendo al paso la cúpula y fachada de la iglesia de San Juan de Dios arruinadas.

Al llegar a casa, supo como en la Catedral, por ser vispera de Corpus,

estando los Canónigos en solemnes maitines, expuesta Su Divina Majestad e iluminado el templo, al entonar el Sochantre el tercer salmo del primer nocturno, *Conserva me Domine*, sintieron el primer estremecimiento; se apagaron de repente todas las luces, y fueron desplomándose sucesivamente las bóvedas y media naranja de la iglesia, sobre cuyos destrozos se derrumbaron columnas, pilastras, cornisas y lienzos de paredes. «Los Canónigos del lado del Evangelio, refiere el mismo Padre, corrieron a guarecerse dentro de una pequeña puerta, abierta en la pared del coro, para dar paso desde éste a la nave lateral; allí se apiñaron en tan estrecho espacio diez y seis personas, y apenas habían entrado, cuando detrás de ellos se desplomó la bóveda del coro, tapiando por aquel lado con los escombros la puerta. El racionero Martínez Laviaron se hallaba delante de los demás; como éstos le empujasen hacia la nave, él con serenidad admirable se asió con las manos en las paredes y resistió el empuje hasta que se desplomó por aquella parte la bóveda lateral, que los hubiera sepultado bajo su peso, si los hubiera cogido fuera de la puerta.

»Durante algunos momentos creyeron haber quedado tapiados por todas partes; una nube densísima de polvo les ocultaba la luz, y aquellos momentos fueron de verdadera agonía, hasta que exclamando uno de ellos *«Se ven las estrellas»*, renació la esperanza en sus corazones, y fueron trepando por las ruinas arriba, no sin dejar entre las piedras la mayor parte de sus vestidos. El Provisor, que era el último, salió con la sobrepelliz manchada de sangre.

»Los Canónigos del lado de la Epístola no fueron tan felices como sus compañeros; allí quedaron sepultados bajo las ruinas los señores Peláez, Valenzuela, Ponce, Revilla, Antonio y Dísola, y además los dos Sochantres Dannén y Prado, tres músicos y cuatro niños de coro,... el capellán de coro D. Miguel Lasa, hallándose en él con los demás, al sentir el primer movimiento echó a correr hacia el altar mayor, y al entrar en la sacristía, tropezó y cayó al suelo, desplomándose mientras tanto la bóveda que iba a atravesar y dejándole expedito el camino para la fuga.»

El palacio del Capitán General quedó arruinado; el hospital militar en estado por extremo lastimoso. «Sus paredes y techumbre, prosigue el mismo Padre, habían cogido al caer a muchos enfermos, y para sacarlos de las ruinas acudió el batallón de artillería europeo y varios jefes y empleados de la administración militar. Allí se veían en confuso tropel Sacerdotes administrando los últimos Sacramentos a los moribundos; médicos entablillando miembros rotos y curando heridas; y hermanas de la caridad llevando medicinas y alimentos.»

La fachada y torres de Santo Domingo demolieron al caer la iglesia y el convento, librándose providencialmente los religiosos de la muerte; porque,





RUINAS DE LA IGLESIA ANTIGUA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN MANILA



siendo a las siete y media la hora de oración, en que debían acudir al coro, se descuidó el lego encargado de tocar la campana, y así sólo cogió el terremoto en el coro al P. Romaguera, que murió de las heridas. Cayeron también al suelo las iglesias de Santa Isabel y San Juan de Dios; los cuarteles del Fortín, de Arroceros y de Meisic; los mercados de la Divisoria y parte del de la Quinta; la Aduana, Colecciones, parte de la fachada de la casa Ayuntamiento, y tan malparado quedó el Consulado, que hubo que derribarlo. Sufrieron también quebrantos las iglesias de San Francisco y Recoletos, y fue preciso cerrarlas; quedaron destrozados en su mayor parte el colegio de Letrán y el beaterio de Santa Catalina, y amenazando ruina el de Santa Rosa; y sólo permanecieron en pie la iglesia de San Agustín y las ruinas de la Compañía con la parte del Colegio que era Universidad.

El *Diario de Manila* de 24 de junio resumió los estragos del terremoto, diciendo: «Cuéntanse 46 edificios públicos arruinados, y 28 que amenazan ruina; 57 edificios particulares arruinados, y próximos a arruinarse 528. Las víctimas se calculan en 300 muertos y 188 heridos; guarismo inferior a la realidad.

Al principio nada tuvo este terremoto de extraordinario; mas luego arreció con violentas sacudidas de trepidación, seguidas de grandes oscilaciones, concluyendo con un movimiento giratorio, que retorció los edificios y los lanzaba de sus cimientos.



## CAPITULO VII

**Creación de la Junta Superior de Instrucción Primaria y fin de ella.—Proyecto de reglamento para la fundación de una Escuela Normal.—Voto del P. Gaínza; respuesta del P. Cuevas; su plan de Instrucción Primaria es aprobado por Real decreto y se encarga a la Compañía la realización.—Su ejecución y funcionamiento durante el primer año de existencia de dicha Escuela.—División de la Provincia de España en las de Castilla y Aragón.—Necrología del P. Cuevas.**

CON ocasión de cierta solicitud elevada al Superior Gobierno Civil de Manila por dos maestros de primeras letras de la provincia de Ilocos, pidiendo aumento de sueldo, el Teniente General D. Manuel Crespo había creado una Junta Superior de Instrucción Primaria, con el fin de organizar dicha instrucción bajo la base de la enseñanza del castellano en las escuelas del Archipiélago, y de estudiar el modo de formar buenos maestros; proponiendo a la vez un proyecto de reglamento para la creación de una Escuela Normal de Maestros. Desarrolló la Junta el plan, encomendado por el Gobernador Superior Civil de las Islas en una bien meditada memoria, y propuso a su aprobación los reglamentos orgánicos por los que deberían regirse los alumnos de las escuelas normales de indígenas y sus maestros. A estos lentos trabajos de la Junta, prolongados durante un quinquenio, opuso el P. Fr. Francisco Gaínza, dominico, un voto particular en contra de la base prefijada de la enseñanza del castellano, exponiendo los peligros que ofrecía su difusión en Filipinas.

El General D. José de Lemery transmitió estos papeles al P. Cuevas con todos los antecedentes sobre la materia, pidiéndole su parecer. Contestó dicho Padre con un plan de Instrucción Primaria, fechado en Manila a 20 de abril de 1861, que comprendía los puntos principales que encerraba la cuestión de la Escuela Normal; una breve exposición de sus bases, y el plan constitutivo de la misma en Manila. Hizo resaltar en él, la conveniencia de establecer in-



tramuros de la capital o en sus inmediaciones una Escuela Normal de Maestros; poniendo ante los ojos la urgente necesidad de reformar la instrucción primaria; para lo cual era indispensable formar previamente maestros idóneos, animados del espíritu que había de presidir a dicha reforma, y plantearla suavemente por medio de sus lecciones y método de enseñanza. Calificó de diminuta la instrucción primaria que se daba a los indígenas en cuanto a la parte literaria; porque no eran pocas las escuelas del Archipiélago en que no se aprendía a escribir; muchas más las escuelas en que no se enseñaban las nociones más elementales de la Aritmética; y raras las en que se les comunicaban los conocimientos geográficos e históricos, sin los cuales los pueblos serían víctimas de la más completa ignorancia respecto de sus antepasados y del modo cómo se había efectuado gradualmente la conquista y civilización durante el período de nuestra soberanía.

Pecaba además de diminuta en cuanto al ejercicio intelectual, parte esencial de la pedagogía, que acostumbra a los niños a pasar del conocimiento directo al reflejo por medio del cotejo y comparación de objetos diferentes, notando sus cualidades semejantes o desemejantes e inquiriendo sus causas.

Adolecía asimismo de poco sólida la instrucción en la parte religiosa, por estar reducida a decorar el catecismo, sin entender el sentido ni aclarar los puntos oscuros con símiles y comparaciones, ni explicar los pormenores de los preceptos divinos, eclesiásticos y demás obligaciones del cristiano.

La educación propiamente dicha o cultura moral del niño debía ser también objeto de preferente atención para el maestro; imprimiéndole amor a la verdad, horror a la ociosidad, elevados conceptos del pudor y del propio decoro, respeto a la propiedad ajena y obediencia a las legítimas autoridades; cualidades indispensables para constituir un pueblo moral, sincero y laborioso, completando de esta suerte la obra del Criador y de la predicación evangélica.

Pues si tal debía ser la enseñanza que habían de dar los maestros, era preciso formarlos, y el plantel donde se cultivarían, sería la Escuela Normal. Esta podía ser de internos, de externos o mixta. En el expediente formado en el Gobierno se consignaba que había de ser mixta de internos y externos; en el plan elaborado por la Junta de Instrucción primaria, de externos; mas el P. Cuevas fue de parecer que debía ser de internos; porque de lo contrario, ¿qué vigilancia podrían ejercer el director y los maestros sobre la conducta de sus discípulos diseminados en una ciudad populosa donde tanto abundan los elementos de corrupción?

Podríase, no obstante, añadir, admitir algunas excepciones en favor de los

alumnos pertenecientes a familias conocidas por su honradez y religiosidad, aunque ejerciendo siempre la más solícita vigilancia sobre ellos.

Tocante al edificio observó que, en región tan calurosa como Manila, tenía que ser espacioso, bien ventilado y sin pasar del piso principal.

Trató de las cualidades que debían adornar al director y a los maestros y del número de éstos, y luego resueltamente aseveraba: «La lengua castellana sin ningún género de duda es la única que se debe emplear en la enseñanza de la Escuela Normal, y el conocimiento teórico y práctico de este idioma ha de formar uno de los principales ramos de los estudios. A jóvenes reunidos de las diferentes provincias del Archipiélago, tagalos, pampangos, ilocanos, pangasinanes, cagayanes, camarines, y bisayas, hablando diversos idiomas, no les puede hablar el maestro en su lengua patria. Hay, pues, que adoptar una lengua común para comunicarse los maestros con los alumnos y éstos entre sí. ¿Cuál ha de merecer la preferencia sino la castellana, que es la que hablan los maestros, en la que están escritos los libros de texto, y la que más utilidades ha de acarrear a los mismos alumnos?»

A las asignaturas especificadas en el plan formado en el Gobierno, a saber: 1.<sup>a</sup> Religión, Moral e Historia Sagrada; 2.<sup>a</sup> Urbanidad; 3.<sup>a</sup> Ortología; 4.<sup>a</sup> Caligrafía; 5.<sup>a</sup> Gramática castellana; 6.<sup>a</sup> Aritmética; 7.<sup>a</sup> Sistema métrico-decimal con el equivalente de las pesas y medidas locales; 8.<sup>a</sup> Nociones elementales de Geometría y Dibujo lineal; 9.<sup>a</sup> Id. de Geografía e Historia profana; 10.<sup>a</sup> Id. de Historia natural; 11.<sup>a</sup> Id. de Agricultura práctica con relación del cultivo de frutos del país, procedimiento del beneficio y economía rural; el P. Cuevas agregaba la 12.<sup>a</sup> de Música vocal y órgano.

A dos años reducían los citados planes los estudios de la Escuela Normal; el P. Cuevas los alargó a tres, permitiendo a los alumnos la entrada desde los diez y seis, con lo cual se disminuía el inconveniente de que tuviesen que aguardar uno, dos o más, hasta cumplir el tiempo de tomar posesión de la escuela; evitando que viviesen en la ociosidad y contrajesen hábitos que los incapacitasen para la enseñanza.

Trató luego el Padre del Reglamento interior, y en último lugar de los libros de texto.

Declarados los puntos principales que encierra la cuestión de la Escuela Normal y expuestas sus bases, formulaba el plan constitutivo de la de Manila, que dividía en nueve artículos: 1.<sup>o</sup> Fin y objeto de ella. 2.<sup>o</sup> Asignaturas y duración de los estudios. 3.<sup>o</sup> Alumnos. 4.<sup>o</sup> Director, maestros y dependientes. 5.<sup>o</sup> Exámenes públicos y privados. 6.<sup>o</sup> Asuetos y vacaciones. 7.<sup>o</sup> Premios y castigos. 8.<sup>o</sup> Reglamento interior. 9.<sup>o</sup> Libros de texto.

En otra Memoria abogó el P. Cuevas por la introducción de la lengua castellana en las escuelas de Instrucción Primaria, con argumentos de autoridad y de razón. Entre los primeros sacó a relucir las Reales Cédulas de 20 de junio de 1682 y 16 de febrero de 1688; el Concilio 3.º de Lima de 1583, acción 2, Cap. 43; el 3.º de México de 1585, lib. 1.º, tít. 1, párr. 5, y el de Manila de 1771, ac. 4, d. 5. Entre los segundos, tomaba en cuenta las dificultades en que se ven los misioneros y el tiempo que pierden hasta dominar la lengua de los naturales, y que experimentan los obispos cuando giran las visitas diocesanas, y el fruto que se pierde cuando no pueden entenderse directamente con los naturales; y lo mismo acontece en los seminarios si los seminaristas ignoran el castellano; y lo que se ha dicho del estado eclesiástico se debe aplicar correlativamente al civil, jurídico, administrativo, judicial y militar.

Respondía luego a las objeciones presentadas por el P. Gáñza, para concluir aseverando que no hay obstáculo serio que se oponga a la introducción de la lengua castellana como materia muy principal de la enseñanza; y terminaba su luminoso trabajo con la siguiente salvedad: «Sin embargo, en caso de creer prudente el Gobierno que se respeten hasta cierto punto los recelos y temores de los que se alarman sólo de oír hablar de esta medida, en su mano está ir planteando paulatinamente la reforma, principiando por las cabeceras de provincia y otros pueblos notables, y procurando que se exija el conocimiento teórico y práctico de la lengua castellana a los que quieran emprender el estudio del latín y cursar carrera literaria.»

Propuso además en su primera Memoria, que se confiase la dirección de la futura Escuela Normal a los RR. PP. Escolapios, contra el parecer de otros, que se inclinaban a que se encargasen de ella los seglares. El Gobierno de Madrid se resistió a secularizarla, y quiso desde un principio confiarla a la Compañía de Jesús, y así en efecto se propuso al P. Procurador General de nuestras Misiones, Antonio Zarandona, quien trasladó la comunicación de oferta al R. P. Fermín Costa, Provincial de Aragón, el día 23 de septiembre de 1863, el cual, en cuanto de él dependía, aceptó la propuesta en principio; pero creyó que, tratándose de Instrucción Primaria, debía contar antes con la aquiescencia del M. R. P. General (1).

---

(1) Así se lo participó al P. Cuevas en 50 de septiembre de 1863, diciéndole: «El Padre Zarandona me escribe que el Gobierno de Madrid ha aprobado su plan de V. R. de Escuela Normal; pero que no aprueba las tendencias secularizadoras de ahí, y quiere que de ella se encargue una corporación religiosa; y se dirige de preferencia a nosotros.

Comprendiendo el P. Zarandona la escasez de personal en que se hallaba la incipiente Provincia de Aragón, logró que se difiriese la expedición hasta cerca de fin de curso, y así pudo con tiempo el P. Costa notificar al P. Cuevas la solución satisfactoria que tuvo este asunto, como lo hizo en 28 de diciembre en estos términos: «Nuestro Padre General ya ha admitido, que nos encarguemos de la Escuela Normal, que nos ha ofrecido el Gobierno bajo el plan propuesto por V. R. Me haría un gran favor si pudiera enviarme copia de él para regularme en la elección de sujetos, que hayan de formar la expedición que preparo.»

Los Reglamentos presentados por el P. Cuevas fueron aprobados con pequeñas variantes por el Gobierno de S. M. en el Real decreto de erección de la Escuela Normal de 20 de diciembre de 1863, publicado en la *Gaceta de Madrid* del 24 del mismo mes, siendo Ministro de Ultramar D. José de la Concha.

Este Real decreto comprende veinte artículos. De éstos los más notables son los siguientes:

«1.º Se establece en Manila una Escuela Normal de Maestros de Instrucción Primaria a cargo y bajo la dirección de los PP. de la Compañía de Jesús, con la organización que fije su reglamento; y los gastos que cause, se sufragarán por la Caja central de Propios y Arbitrios.

»2.º Se admitirán en dicha Escuela con las condiciones que señale el Reglamento alumnos de españoles naturales del Archipiélago o europeos; los cuales, terminados los estudios, que el mismo Reglamento determine, obtendrán el título de Maestro.

»Los alumnos de la Escuela Normal, hasta el número y en la clase que aquél designe, recibirán educación gratuita, quedando los que en tal caso se hallen, obligados a ejercer el Magisterio en las Escuelas de indígenas del Archipiélago durante los diez años siguientes a su salida del establecimiento.

»5.º Las Escuelas de varones serán de tres clases, a saber: de entrada, de ascenso y de término de segunda y de primera clase; su provisión se efectuará en Maestros procedentes de la Escuela Normal, con arreglo a la calificación que obtuvieren al concluir sus estudios y los ascensos por orden combinado de antigüedad y mérito.

Las Escuelas de término de primera clase, que serán las de Manila y su

---

Por de pronto pide un director y cuatro maestros. Como la cosa urgía, he contestado que por mi parte admitía el principio; pero que no podía aceptar sin consultar antes con Nuestro Padre.»



distrito, se proveerán por oposición entre los Maestros con título de la Escuela Normal en ejercicio.

»6.º La clasificación de las Escuelas con arreglo al artículo anterior, se efectuará por el Gobernador Superior Civil, oída la comisión superior de Instrucción primaria, y previo informe del Jefe de la Provincia. Una vez fijada la categoría respectiva, no podrá variarse sino en la misma forma.

»9.º Los Maestros procedentes de la Escuela Normal no podrán ser separados sino por causa legítima y resolución del Gobernador Superior Civil, previo expediente gubernativo instruído con las formalidades expresadas en el artículo 6.º y audiencia del interesado.

»10.º Se celebrarán en la Escuela Normal exámenes en épocas periódicas y en la forma que determine el Reglamento para optar al título de ayudante de maestro. Los que lo obtengan, regentarán las Escuelas de indígenas a falta de maestros, y desempeñarán en todo caso las funciones propias de su clase en las escuelas en que debe haber estos auxiliares según el Reglamento. Dichos ayudantes tendrán la asignación y ventajas que aquél señale, siendo la primera carga obligatorio del presupuesto local.

»20.º Reglamentos especiales detallarán la organización de la Escuela Normal y de las Escuelas de Instrucción primaria de indígenas.»

Con igual fecha y aprobación se publicaron en la *Gaceta de Madrid* dos Reglamentos: uno de la Escuela Normal de Maestros de Instrucción primaria de indígenas de Filipinas y otro de las Escuelas y maestros de Instrucción primaria de indígenas del mismo Archipiélago.

El primero, o sea el de la Escuela Normal, consta de 28 artículos. Los tres primeros tratan del objeto de la Escuela Normal, los cinco siguientes de las asignaturas y duración de los estudios; del 9.º al 14, de los alumnos; el 15, 16 y 17, del Director, Maestros y dependientes de la misma; el 18, de los exámenes; el 19, de los asuetos y vacaciones; el 20, 21 y 22, de los premios y castigos; el 23, del reglamento interior de la Escuela; el 24, de los libros de texto; el 25 y 26, de los exámenes para el título de ayudante, y el 27 y 28, de la expedición de títulos de Maestro y Ayudante.

El otro Reglamento, para las Escuelas y Maestros de Instrucción primaria de indígenas, comprende 35 artículos: el 1.º señala las materias de enseñanza para niños y niñas; el 2.º fija los tiempos en que es obligatoria y facultativa; el 3.º prescribe el uso del castellano durante el tiempo de escuela; el 4.º, para quién debe ser gratuita y para quién de pago; el 5.º ordena la intervención de los Curas Párrocos; el 6.º trata de las vacaciones; el 7.º, de los libros de texto; desde el 8.º al 25, se ocupá de las escuelas; del 26 al 28, de las maestras; el 29,

de las Escuelas dominicales; los cinco siguientes versan sobre la inspección de la instrucción primaria de los indígenas, y el 35 dispone que se forme e imprima una instrucción pedagógica y se reparta a cada maestro y maestra un ejemplar, con encargo de que la aprendan y se sujeten a ella.

El día 11 de febrero de 1864 se remitieron de Real orden seis ejemplares del referido Real decreto, de 20 de diciembre de 1863, al R. P. Procurador general de las Misiones, y en su virtud ofició el P. Zarandona en 31 de mayo de 1864 al Sr. Ministro de Ultramar D. Diego López Ballesteros, que estaban dispuestos a embarcarse para Filipinas y tomar a su cargo la dirección y enseñanza de la Escuela Normal de Maestros de Instrucción primaria en Manila, cinco Padres y tres Hermanos Coadjutores; y a instancia del mismo Padre, S. M. tuvo a bien mandar, por Real orden de 31 de agosto del mismo año, que por la Tesorería central de Hacienda se les entregasen 7,000 reales en calidad de reintegro por las cajas de Filipinas, para la adquisición de objetos de escuela que convenía comprar en España, como por ejemplo modelos de escritura, pizarras, mapas, globo, instrumentos de agrimensura, etc.

Otra Real orden se había expedido en 22 de julio de aquel año al Gobernador Superior Civil D. Rafael Echagüe, mandándole que dispusiese lo necesario, a fin de que a la llegada de dichos Padres y Hermanos se hallase fijada la asignación del personal y la de gastos de material, a que se refiere el artículo 17 del Real decreto orgánico de dicha Escuela; y, como complemento de los altos fines que tuvo el Gobierno al crear el expresado establecimiento, de acuerdo con el Superior de la Compañía de Jesús en aquellas Islas, activase la designación del local en que hubiese de instalarse; para que, planteándose desde luego, pudiese responder a los objetos indicados. La Real orden de licencia de embarque se notificó en 4 de junio al Procurador, a favor de los PP. Francisco Baranera, Jacinto Juanmartí, Domingo Bové, Pedro Llausas, Baudilio Soler y los HH. Segismundo Berengueras, Santiago Torrens y Francisco Viñolas. Llegó la expedición a Manila el día 11 de enero de 1865.

Instalóse la nueva Escuela Normal en el edificio n.º 1 de la calle de Palacio, intramuros de la ciudad, y en 23 de enero de 1865, festividad de San Ildefonso y días del Serenísimo Príncipe de Asturias, se inauguró el primer curso, presidiendo el acto el Capitán General con asistencia de los Vocales de la Comisión Superior de Instrucción primaria y gran número de personas de distinción; y el día siguiente se abrieron las clases, admitiéndose en ellas los alumnos que se habían reunido, quedando nombrado Director de la Escuela el P. Francisco Javier Baranera; Profesores, los PP. Juanmartí y Llausás; encargándose de los oficios domésticos los HH. Pujol y Berengueras.

El objeto de esta institución, según se ha dicho, era servir de plantel de maestros aptos para regentar las escuelas de Instrucción primaria de indígenas en el Archipiélago, llenando así el gran vacío, que desde la conquista se experimentara en aquellas regiones del Extremo Oriente. Con la adopción de un sistema combinado de instrucción y educación pedagógicas, a la par que difundió este centro, hasta donde fue posible, el uso de la lengua castellana, el conocimiento de las verdades evangélicas y la práctica de la moral cristiana; propagó el germen de la verdadera civilización material e intelectual en dicho Archipiélago, robusteciendo la vida civil y el organismo social de sus pueblos, estrechando y consolidando los vínculos de unión que los unía con la madre patria. Frutos consiguientes a la institución de la Escuela Normal fueron, por de pronto, la mayor facilidad de comunicación de los indígenas con las autoridades civiles, militares, eclesiásticas, gubernativas, judiciales y administrativas; el mayor desarrollo y cultura en las artes e industria, agricultura y comercio; y una grande y provechosa facilidad para las carreras de letras y ciencias, y para el ejercicio de los cargos y empleos de la república y oficinas del Estado.

Empero antes de que se experimentasen tales resultados, fue necesario un período inicial de formación menos conforme al fin de la institución; porque, debido a la carencia casi absoluta de maestros en actual ejercicio, fue menester que durante los primeros años se acortasen los estudios, a fin de atender más pronto a las apremiantes necesidades y exigencias de los pueblos; satisfechas las cuales, se exigieron ya a los alumnos los tres cursos completos, requeridos por el artículo 4.º del Reglamento de dicha Escuela para la adjudicación del título de maestro de Instrucción primaria elemental. Y aun, más tarde, habiéndose observado que la mayor parte de los alumnos internos y externos procedentes de las diversas provincias del Archipiélago solían dejar de asistir a las escuelas de sus pueblos, cumplida la edad de 12 años; y que por esta causa, al ingresar en la Normal a la de diez y seis, tenían olvidados los escasos conocimientos adquiridos en su niñez, y en particular los de gramática y el uso del habla castellana; se creyó indispensable, para que estudiasen con fruto las asignaturas propias del Magisterio, con inteligencia de los autores de texto y de las explicaciones de los profesores, exigirles un curso de clase preparatoria, a fin de colocarlos en condiciones legales de aptitud para emprender esta carrera. Los libros de texto debieron escogerse al principio de entre los más compendiados, atendido el poco desarrollo de las facultades intelectuales de los alumnos por falta de cultivo. Este procedimiento produjo a su vez la ventaja, de que explicando los nuevos maestros a sus discípulos los

mismos autores en que ellos se habían formado, estuviesen luego sus alumnos mejor preparados al frecuentar las clases de la Escuela Normal.

Para la debida observancia del orden en este establecimiento, y en conformidad de lo prevenido en el artículo 23 del Reglamento aprobado por S. M. en 20 de diciembre de 1863, el P. Director, Francisco Xavier Baranera, redactó un reglamento interior que comprendía diez y seis artículos, y se puso en práctica con feliz resultado.

El 3 de diciembre fue declarado Patrón del nuevo Colegio el Gran Apóstol de las Indias San Francisco Javier, teniendo lugar el acto en la Capilla Doméstica con asistencia de profesores y alumnos.

La solemne distribución de premios tuvo lugar, terminados los exámenes, el día 12 de enero de 1866, siendo presidido el acto por el Excmo. Sr. Gobernador Superior Civil, D. Juan de Lara e Irigoyen, el cual fue recibido a la puerta del edificio por el P. Director del establecimiento y los Sres. Vocales de la Comisión Superior de Instrucción primaria, y acompañado a una sala presidida por el retrato de S. M. D.<sup>a</sup> Isabel II. Al principiar, cantaron los alumnos un himno con acompañamiento de armonio, e inmediatamente después uno de los alumnos leyó un discurso, que atrajo sobre los alumnos de la Normal generales simpatías; pues interpretó perfectamente ideas y sentimientos que correspondían al noble impulso de creación de dicha Escuela, recordando con agradecimiento el beneficio concedido por S. M. al pueblo filipino en la erección de la Normal.

A continuación el Gobernador Superior Civil distribuyó los premios, que consistían en mapas, atlas, muestras y libros; y con frases afectuosas dijo a los alumnos: «que le era altamente satisfactorio el saber que aprovechaban las lecciones de sus celosos profesores, y que esperaba continuarían aplicándose con ardor al conocimiento de los deberes que estaban llamados a cumplir algún día, pues no de otro modo podían corresponder, en primer lugar, a lo que su conciencia les imponía; en segundo, al mandato de su Reina y Señora que, a cambio de esa aplicación, les daba la segunda vida de la educación y una carrera; en tercero, a los esfuerzos y sacrificios de todos los que contribuían a ello, principiando por sus familias; y por último y principalmente, a lo que su mismo país de ellos esperaba».

*El Diario de Manila* del día siguiente, después de la descripción del acto referido, añadía: «Teniendo en cuenta los pocos meses que llevan los alumnos en el establecimiento, así como que su mayoría proceden de las provincias más distantes, y ni aún conocían el idioma castellano; son admirables, en conjunto, sus adelantos. El más patente parece el de su educación. Su postura es



digna; se advierte pulcritud en sus trajes y personas; contestan bien y en castellano a cualquiera pregunta, y a primera vista no se nota educación descuidada ni en palabras ni en maneras. Se conoce que ha habido el mayor esmero sobre este particular, por parte de los Reverendos Profesores.

»En cuanto a instrucción, no puede ser más lisonjero el estado en que se hallan respecto a caligrafía y nociones elementales de gramática, moral y religión, aritmética y geografía. Hay un grupo menos adelantado. Debemos suponer que el mayor obstáculo con que han tenido que luchar los profesores ha sido la ignorancia del idioma castellano, en el cual expresan ya sus ideas todos los alumnos.

»Entre éstos, los hay hijos de españoles, algún mestizo sangley e indios puros. Han ganado también este curso algunos sargentos y cabos del ejército como externos, dos de los cuales han hecho sus estudios con notable aprovechamiento.»

El total de los alumnos examinados en este primer año ascendió a 68, de los cuales 54 eran internos y 14 externos. De los internos hubo 27 Sobresalientes, 24 Buenos y 3 Regulares. De los externos, 5 Sobresalientes, 5 Buenos, 3 Regulares y 1 Suspenso.

Por decreto del M. R. P. General, Pedro Becks, y en virtud de sus facultades otorgadas por las Congregaciones Generales, I.<sup>a</sup>, d. 108; II.<sup>a</sup>, d. 36; III.<sup>a</sup>, d. 6; se promulgó en Loyola a 7 de agosto de 1863 por el P. Provincial José Manuel Jáuregui la división de la Provincia de España, después de cuarenta y ocho años de su fundación, en dos provincias denominadas de Castilla y de Aragón (1). En su consecuencia quedó aplicada la Misión de Filipinas a la Pro-

---

(1) He aquí el texto de este notable documento: «Petrus Becks. Praep. Gralis Soc. Iesu.—Quum divinae voluntati placuerit Hispaniae Provinciam tot licet adversis casibus et vicennario ferme dispersa iactatam, incolumem tamen servare per annos octo super quadraginta, imo vero sociorum etiam et domiciliorum numero in tantum augere ut jam ab uno Praeposito perlustrari ac regi commode vix possit; visum est nobis, considerato ultimae Congregationis provincialis postulato, et adhibito Patrum Assistantium consilio; atque omnibus accurate perpensis, eam in duas provincias partiri; quarum altera Aragoniae, altera Castellae nomine in nostris annalibus usitato, distinguatur.

Pro potestate igitur quam nobis defert Institutum nostrae Societatis (Congr. I, d. 108; Congr. II, d. 36; Congr. IV, d. 6), statuimus atque decernimus Hispaniae Provinciam, in eas quas modo memoravimus, dividendam esse, prout eam per praesens decretum dividimus, et novae Aragoniae Provinciae domos et missiones, quas hic recensemus attribuimus; videlicet; Seminarium nostrorum et domum exercitiorum Balagariensem, Domum Exercitiorum ac tertiae probationis Manresanam, Domum probationis ad Silvam Constantinianam, Residentiam et Seminarium Barcinonense, Residentiam et Seminarium Sanctae Colum-

vincia de Aragón, para cuyo gobierno fue elegido Provincial el P. Fermín Costa; el cual, atendido el mal estado de salud del P. Cuevas, resolvió llamarle a España a fin de que le informase personalmente del estado de la Misión, y que en el ínterin le sustituyera en su cargo el P. Juan Vidal, a quien debería dar las instrucciones más convenientes para la prosecución de los planes proyectados especialmente en la organización de la Escuela Normal, dado caso de que no le fuese posible realizarlos por sí mismo antes de su partida.

Orilladas las dificultades, se disponía a emprender su viaje de regreso a la Península, cuando fue atacado súbitamente, la víspera del día de embarque, 30 de abril de 1864, del cólera morbo asiático, falleciendo a las pocas horas en la Casa Central de la Misión en Manila.

Había nacido el P. Cuevas en la ciudad de Oviedo el 26 de abril de 1816. Fue recibido en la Compañía de Jesús el 2 de octubre de 1833. Perseguida ésta en España, prosiguió sus estudios en Bélgica; defendió públicamente en Lovaina un acto general de filosofía y teología con mucho brillo; enseñó filosofía en Alost; física en Namur; fue ministro en Nivelles, allí hizo su profesión de cuatro votos en 2 de febrero de 1851, que le recibió el P. Costa; y vuelto después a su patria, sirvió de operario y misionero en la Residencia de Valladolid; y, siendo superior de ella, se vio obligado a ausentarse en 1854 y trasladarse a Salamanca, para enseñar teología moral y dogmática (1).

En 1856 fue preso en Santander, y en la misma cárcel quiso hacer y comenzó sus ejercicios espirituales, que no terminó, porque le sacaron de ella las autoridades, dándole toda clase de satisfacciones.

---

bae, Residentiam Caesaraugustanam, Residentiam Valentini, Residentiam Palmensem in Balearibus, Seminarium Canariense, Missionem ad Insulas Philippinas, Chilensem, Paraquariensem, et donec aliter statuatur Brasiliensem; insuper omnia domicilia quae posthac intra fines veteris Provinciae Aragoniae, Deo juvante aperientur. — Statuimus item atque decernimus ut Castellae Provinciae (donec ita creverit, ut in plures dividi possit, quod vehementer optamus), reliqua complectatur domicilia, quae extra praefatae Aragoniae Provinciae fines, in caeteris Hispaniae regionibus erecta sunt, vel deinceps erigentur, sibi que tributas habeat, novasque Aragoniae et Castellae Provincias gratia sua sic tueatur et foveat, ut populus isthic Deo serviens, et merito et numero angeatur, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amen.—Datum Romae in ipsius S. P. N. Ignatii solemnis ejusque ope ardentem implorata, anno Domini 1863.—Petrus Becks.

(1) Allí terminó la obra de Filosofía, que había empezado a escribir en Valladolid, como de texto, para la juventud escolar, dividida en tres tomos que se publicaron en Madrid: el primero de lógica, cosmología y ontología, en 1850; el segundo de psicología y teodicea, en 1856; y el tercero de ética, en 1859. Publicó además una Historia de la Filosofía, a la cual dio su última mano durante el viaje que hizo por el Cabo de Buena Esperanza a Manila.



RDO. P. JOSÉ FERNÁNDEZ CUEVAS, S. J.





En 1858 fue nombrado Superior de la primera Misión que debía salir para Filipinas. Durante el tiempo que estuvieron aguardando en Sevilla, dio con sus compañeros varias misiones en dicha ciudad y fuera de ella con fruto copiosísimo. En Manila escribió dos relaciones sobre sus viajes a Mindanao de 1860 y 1863; una oración fúnebre, que pronunció en la iglesia de San Agustín en 12 de diciembre de 1860, en honra del Excmo. Sr. D. Fernando de Norzagaray, fallecido en Madrid el 12 de septiembre del mismo año, y el sermón del Perdón o sobre la victoria alcanzada por los españoles contra el pirata sangley Limahong, cuando atacó a Manila, que fue predicado el día de San Andrés del año 1862 en la iglesia de Santa Isabel, donde accidentalmente se hallaba constituido el cabildo catedral. Dejó además inédita y por terminar su hermosa obra intitulada: «España y el Catolicismo en el Extremo Oriente, Conquista y Civilización de las Islas Filipinas por las armas de España, y celo de sus operarios evangélicos, históricamente narrados a la luz de la sana Filosofía», que se conserva actualmente autógrafa en el colegio de San Ignacio de Sarriá, y varios otros manuscritos inéditos.

Fue el P. Cuevas miembro de la Junta de censura, y Censor durante algún tiempo del *Diario de Manila*, vocal de la Junta de Beneficencia, del Hospicio de San José, Examinador Sinodal, cargo que renunció después; formó parte de las dos Juntas de Instrucción superior y primaria de las Islas, y en todas sus reuniones era escuchado con respeto su parecer por la solidez de las razones con que le apoyaba, y la modestia e imparcialidad con que las exponía.

Con motivo de ciertas cuestiones suscitadas en el último año de su vida, entre los Obispos y Regulares, habló en sus Juntas con tal medida y copia de razones, que todos se vieron obligados a confesar su profunda instrucción en el Derecho Canónico General y Bulas de Indias, y reconocer el especial estudio que había hecho de las materias controvertidas.

Murió con la tranquilidad del justo, dejando inconsolables a cuantos le habían tratado. Su entierro fue el más solemne y concurrido que jamás se había visto en la Capital del Archipiélago. Todas las clases de la sociedad se hallaban allí confundidas, incluso la de los niños, a quienes tantas pruebas de afecto había prodigado en vida. Los PP. Agustinos le hicieron las exequias como a Hermano de la Orden en su misma iglesia, sin escasear nada. ¡Así honra Dios a los que se emplean de veras en su servicio!

---

---

## CAPÍTULO VIII

Constrúyese casa de misión en Tamontaca. — Primera familia bautizada y sus resultados. — Excursiones. — El ingeniero Vita. — Fiesta patronal. — Expedición a Talayan. — El P. Vidal sale para Manila. — Celo del P. Guerrico. — Visita del P. Vidal y memorial de la misma. — Padrones. — Jornada del Duque de Alenzón. — Elecciones entre los tirurayes. — Instalación en la nueva casa y sus efectos. — Polloc.

**P**OR enero de 1863 empezó a construirse en Tamontaca bajo la dirección del Hermano carpintero José María Zumeta una casita algo regular de tabla cuyos bajos sirvieron de capilla pública, toda vez que no se pudo recabar del Comandante General que mandara construir una pequeña iglesia, siquiera provisional. No es extraño que en Tamontaca se dejara preterida esta atención, cuando en Cotabato, donde se hallaban disponibles para el trabajo más de 300 hombres entre soldados y presidarios, había pasado también desapercibida; permitiendo que se celebrara durante más de cuatro años el santo sacrificio de la Misa dentro de una mala choza situada en medio de un lodazal.

A 28 del mismo mes bajó a vivir en Tamontaca la primera familia de tirurayes compuesta de marido, mujer y cuatro hijos con ánimo de radicarse en la misión y de recibir el santo Bautismo, cuya solemne ceremonia tuvo lugar la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. Estas fueron las primicias de la nueva cristiandad que después de cerca de un siglo de ausencia volvía a recoger en Mindanao la Compañía de Jesús.

Al amanecer, pues, de aquel dichoso día, se dejaron oír los armoniosos acordes de la música que el señor Jefe del Regimiento n.º 6 mandaba desde Cotabato para amenizar el acto. Fueron padrinos de los bautizando un capitán y varios señores oficiales de dicho Regimiento, presenciando la augusta ceremonia gran número de infieles monteses, que habían bajado expresamente para asistir a tan extraordinario espectáculo.

No tardaron los misioneros en experimentar los buenos resultados de estos primeros bautismos. El día 11 de febrero bajaron para establecerse en Siaguang, distante un cuarto de legua del fuerte, más de 50 infieles monteses entre párvulos y adultos. Se les ayudó con palay hasta que lo tuvieron de su cosecha y se les distribuyeron bolos, para desmontar en el mismo sitio los terrenos que hubiesen de cultivar y el solar donde debían construir sus casitas. Esta fue la primera ranchería de tirurayes que se instaló en el sitio más próximo a la misión. Iban los Padres a catequizarlos varias veces por semana y los niños acudían mañana y tarde a la escuela de la misión, donde aprendieron el rezo en castellano y tiruray y varios cánticos que con grande afición y caridad les enseñaba el P. Guerrico; así es que pronto dispusieron los Padres de un nutrido coro de monteses para cantar el «Oh María...», «Corazón Santo...», algunas Salves y hasta la marcha de San Ignacio.

Uno de los misioneros acompañó por octubre de dicho año a un capitán y 40 soldados, para visitar los pueblos moros de Lineg y Casing, situados en la playa del mar, debajo de un gran monte llamado «Pico Cogonal» a más de seis leguas de Tamontaca, y de regreso se internaron en la ranchería de Berrurón, donde vivían 60 tirurayes capitaneados por su Masalicampo.

En el mes de noviembre inmediato llegó a Tamontaca el ingeniero Sr. Don Antonio Vita y Soto, facultado del Capitán General para residir en la misión: levantó los planos de las futuras iglesias de Cotabato y Tamontaca, e instado por los Padres a que emprendiera la obra del camino por tierra entre ambos puntos, la condujo a feliz término, pudiendo en adelante dirigirse de un punto a otro en menos de una hora.

La fiesta de la Inmaculada Concepción, patronal de la misión, coincidió con la inauguración de la capilla pública dedicada a este misterio, en la cual hubo Misa cantada a toda orquesta por los músicos del Regimiento de Cotabato; por la tarde procesión, a la que asistieron los señores oficiales del reducto y los nuevos cristianos de la misión; y por la noche fuegos artificiales con poca admiración y algazara de moros infieles y nuevos cristianos. El número de infieles bautizados ascendió aquel año a 80 y a 130 los que habían fijado su residencia en los alrededores de la misión. Agregáronse a este número, por febrero de 1864, 15 bautismos de tirurayes y otros muchos que bajaron a establecerse en la misión; mas el Señor tuvo a bien visitarla con el terrible azote del cólera morbo, muriendo en pocos días 14 personas. No se retiraron, con todo, al monte más que tres o cuatro familias, no cristianas todavía. Mientras duró la calamidad, cargaron los Padres con la fatiga, ayudando a unos y socorriendo a otros con auxilios y remedios espirituales y corporales.

A mediados de abril de este año se organizó una expedición militar para castigar la insolencia de los moros de Talayan, compuesta de 400 soldados, 400 moros auxiliares y 90 presidarios con dos piezas de artillería; y como Capellán de la misma asistió el P. Vidal. Salieron el 17 las fuerzas de Taviran y pernoctaron en Boalan; descansaron el 18 en Daricau y el 19 frente de Talayan. En el camino y en medio de un bosque desalojaron algunos moros parapetados en troncos de árboles y anduvieron por el único sendero viable, resultando veinte heridos de púas y dos de bala; hicieron algunos disparos a dos cotas donde tenían los moros izadas sus banderas, sin que las alcanzaran los proyectiles; y se acampó en aquel lugar. La escasez de víveres, el número de heridos, la ignorancia del sitio que debía atacarse, los medios de defensa de que disponían los moros y la excesiva prudencia del Jefe que dirigió la expedición les hicieron desistir de la empresa delante del enemigo, y después de haber pasado la noche acampados, el 20 por la mañana se retiraron más aceleradamente de lo que convenía, siguiéndoles una multitud de moros enemigos, dándoles encerrada con gritos y ahullidos, aunque sin atreverse a molestar en lo más mínimo la retirada de nuestras tropas, avergonzadas y llenas de coraje por la pérdida del prestigio moral tan justamente adquirido por Méndez Núñez en la célebre toma de Pagalungán. El ingeniero español Sr. Vila y Soto acompañó a los soldados y les prestó óptimos servicios, arreglando malos pasos, construyendo puentes, siempre a la vanguardia y expuesto a las emboscadas de los enemigos, que le hirieron el caballo, reservándole el Señor para mejores empresas.

Por disposición del N. M. R. P. General Pedro Becks, el P. Juan Bautista Vidal substituyó al malogrado P. Cuevas en el cargo de Superior de la Misión. Salió, al efecto, de Tamontaca el 2 de julio de 1864, y dejando solo en la misión al P. Guerrico con los HH. Belzunce y Zumeta, prosiguió este Padre el orden establecido para la instrucción y educación moral y religiosa de los nuevos cristianos.

Los domingos y días festivos después de misa les enseñaba la doctrina cristiana de un modo claro y sencillo, concluyendo siempre con un cántico a la Santísima Virgen; bautizaba los parvulitos y los adultos que estaban preparados, y si faltaban tirurayes por instruir les hacía otra plática. Por la tarde, rezado el santo Rosario y cantado algún himno devoto, se hacía lo que se había dado en llamar el catecismo de Pentecostés; y era entonces digno de verse cómo el P. Guerrico instruía en los diversos dialectos a los presidarios y deportados de la misión, procedentes de varias provincias del Archipiélago. Terminada esta tarea, se dirigía al Fuerte a instruir los soldados.



Los demás días a las siete de la mañana daba lecciones de doctrina cristiana a niños y niñas en los bajos del convento, donde aprendían también a leer, escribir, cantar y ayudar misa, y por las tardes enseñaba el catecismo a los fieles e infieles que acudían a trabajar con el Hermano.

Bendijo el Señor sus trabajos, pues ascendió a 192 el número de los bautizados y al de 298 el de los reducidos a la nueva misión, en dicho año.

A principios de 1865 ocuparon los Nuestros la misión de Polloc. Su puerto, situado hacia el extremo de la bahía Illana y cerca de la desembocadura del Río Grande, es muy seguro y abrigado por altos montes y espesos bosques, que lo circundan y embellecen en forma de gracioso anfiteatro. Su clima es benigno cuando sopla la brisa, que suele ser constante a determinadas horas del día; mas en cesando, es caluroso. En los hermosos y tupidos bosques de las islas de Timaco, Bongo, Sógut, Parangaran y Simuay crecen muchas y excelentes maderas de construcción; recógese cera y resinas de valor; los pastos son abundantes y los ríos caudalosos. Nada, en fin, se encuentra allí a faltar para la prosperidad de un buen pueblo; y como puerto de mar ofrece inmejorables ventajas, por ser el único habilitado desde Zamboanga a Davao en 80 o 90 leguas de extensión.

Componíase la población de unos 200 marinos, otros tantos soldados de varias armas, centenares de indios e indias deportados, presidarios y multitud de chinos que vivían en la más degradante poligamia con mujeres moras; cuyos hijos, exentos de toda educación, crecían en un pueblo cristiano con tanta barbarie como los aetas en las selvas vírgenes del interior; y si a este triste cuadro moral de Polloc se le coloca el marco de la infidelidad y barbarie de los pueblos moros que pueblan sus alrededores, cualquiera podrá formarse idea de sus degradadas costumbres, al tiempo de ser confiada su administración espiritual a la Compañía. Allí pasó, pues, el P. Barrado, destinado por el Superior de la Misión Juan Bautista Vidal, con el H.<sup>o</sup> Belzunce. Procuró desde el principio ganar la voluntad de las principales familias del pueblo, y con el concurso de la tropa y marina, logró en breve reunir gran parte de los materiales para la construcción de nueva iglesia y casa-misión; y a fin de evitar los escándalos que resultaban de públicos amancebamientos, facilitó a los contrayentes la recepción del estado de matrimonio y los que no querían o no podían los separaba, invocando si fuese menester para ello el auxilio del brazo seglar; abrió una pequeña escuela, constituyéndose a sí mismo preceptor, con objeto de reunir y enseñar a los niños que discurrían ociosos por las calles; y preparó algunas moras a la recepción del santo Bautismo.

El día 5 de marzo de 1865 leyó el P. Guerrico el título de misionero de Ta-

montaca a favor del P. Legarda, explicando su contenido a los tirurayes. Ambos fueron el mismo día al barrio de Dayuan distante una legua de Tamontaca, donde el dato Vata había reunido la mayor parte de los tirurayes agregados a la misión y a casa del Bandarra, a quien reconocían por superior. Con todo, el principal jefe entre ellos era el Masalicampo de Tebuán.

El 11 del mismo mes visitaron a los datos Vansil y su yerno Mamingtang.

El 21 de mayo de 1866 recibieron la visita del Rdo. P. Vidal que volvió a Manila en el vapor *Patiño* dos días después, dejando escrita una instrucción sobre el modo cómo debían acomodarse los Nuestros en Mindanao amoldándose en cuanto fuese posible a la distribución ordinaria mandada observar en Manila por el P. Cuevas en 20 de julio de 1861, tocante a ejercicios espirituales cotidianos, exhortaciones domésticas, catequismos a los HH. CC., renovaciones semestrales, Santos Ejercicios anuales; y a la ordenación del mismo Padre sobre el estudio de la lengua del país, el modo de proceder en la cura de almas, en el trato con los españoles, la observancia de la clausura, distinguir con marcas diferentes los objetos propios de la casa y de la iglesia, no recibir estipendios por ministerios y comunicación periódica del superior local con el de la misión. Encargó el P. Vidal que se evitasen excesos en el trabajo y se emplease algún tiempo para el estudio; que en cada residencia, aunque constase de cuatro o más casas y pueblos distintos, no hubiese más que un superior a quien los demás obedeciesen como si vivieran en una sola casa; porque en la Compañía no puede distinguirse el Misionero del Religioso.

Desde mediados de agosto hasta primero de septiembre visitó el P. Barrodo once rancherías de tirurayes y moros, situados a entrambas orillas del río: a la derecha, las de Lumbayan, Quinagatan, Quinagatan a Paidu y Manaculil; a la izquierda, las de Semba, Dindig, Laseda Linec, Tambang, Limuang y Medaan. Del 24 al 28 del mismo mes el Comandante General de Mindanao, don Gregorio Tenorio con su Secretario, el intérprete D. Pedro Ortuoste y el Padre Superior fueron a empadronar los moros de Vansil a quien nombró por capitán de su ranchería, denominando Lara al pueblo, que abrazaba los ocho o nueve que había cerca de la bocana del río; llevándose a cabo las elecciones de justicias sin dificultad alguna. El 28 se fueron a Taviran, constituyeron otro Ayuntamiento semejante al de Lara, formando parte de él los de Taviran y otros puntos inmediatos, eligiendo los mismos moros al dato Ayonan por capitán y a los demás que compusieron el Ayuntamiento. Terminó el Sr. Ortuoste el empadronamiento el 10 de septiembre con el pueblecillo de Lauan. Algo les dio que pensar esto a los moros, mas el intérprete les tranquilizó diciendo, que

se hacía para protegerlos mejor en caso de alguna necesidad. Los moros empadronados en esta ocasión fueron más de tres mil.

El día 31 de agosto visitaron los PP. Barrado y Guerrico a los tirurayes de Berrurón sobre el río Dimapatui o Limafaatui, llegando hasta frente de las casas de Mo-Lantian; de vuelta se detuvieron en Medaan y a la caída de la tarde estaban ya de regreso en la casa-misión.

Durante la permanencia del Padre Barrado en Tamontaca, se dio impulso al cultivo y trabajos de la población, trazóse un plano para las casas dando a cada una terreno para cultivo y dejando entre ellas algún intervalo.

En 15 de mayo se trasladó el P. Bové a Tamontaca y sustituyó al P. Legarda, el cual pasó a Polloc con el Hermano Torrens y el P. Barrado y el Hermano Belzunce regresaron a Manila por motivos de salud.

En 7 de mayo tuvo lugar una expedición contra los moros de la Supanga. Salieron al efecto una columna de Polloc, otra de Cotabato y la marina con cañoneros y falúas, siguiendo un estero que comunica con el Río Grande. Emprendióse esta jornada por deferencia al Duque de Alenzón, hermano menor de Montpensier; pues así lo quiso el Gobierno de Madrid. Los moros se salvaron abandonando sus cotas. Estuvo el Duque con el General de Marina en la casa-misión de Tamontaca, donde fue obsequiado del mejor modo posible por los Nuestros y los tirurayes.

El 25 de junio se trasladó a la otra orilla del río la guarnición de Tamontaca, habiéndose hecho antes allí un fuerte, o reducto, y demolido el de la colina, porque las calenturas la molestaban.

Las elecciones de los tirurayes se verificaron en Tamontaca ante el Gobernador del Distrito D. Antonio Martínez; con la diferencia de dar a los electos la denominación de ancianos.

A fines de este año constaba el plan de almas de Tamontaca de 667 tirurayes, 340 cristianos y 327 infieles; incluyéndose en ellos además del de Berrurón cinco pueblecillos empadronados nuevamente: Irrib, Tosong, Cafagayan, Ingalan y Crasur; que se hallaban a tres cuartos de hora de Berrurón y dos horas de Tamontaca. Los empadronados iban cada semana a Tamontaca y recibían de paso alguna instrucción.

A mediados de marzo de 1866, empezaron los misioneros a vivir en la nueva casa del Delta y se procuró ayudar a ciertas familias tirurayes para que hicieran las suyas a uno y otro lado del camino y desmontaran y sembraran aquel precioso terreno de regadío, sin descuidar a los de la orilla izquierda; pues uno de los Padres iba los días festivos a celebrarles el santo sacrificio de la Misa; otro de la semana a instruirlos en la doctrina cristiana y a los del monte varias

veces al año; procurando persuadirles a que se acercaran lo más posible a la misión instalando sus viviendas junto al río; pues era imposible hallar terrenos de circunstancias más ventajosas que los de Tamontaca, porque tenían a mano a dos leguas toda la madera que quisiesen para la construcción de sus edificios y otros utensilios; podían disponer de preciosas tierras de secano para el cultivo del café, cacao, caña azúcar, arroz, tabaco, abacá, cicales y platanales; y a la orilla derecha, de llanuras inmensas que, sin ninguna industria ni trabajo se riegan de agua dulce dos veces al mes, por efecto de las mareas, pudiendo sacarse dos abundantes cosechas de arroz anualmente; y comunicarse por el río hasta venticinco o treinta leguas más al interior e ir al mar en sus embarcaciones y por tierra a Cotabato en una hora, y por agua, cruzando el delta por los esteros, en dos o tres.

Poquito a poco fueron accediendo los tirurayes a las razones expuestas por los PP. Misioneros y en 1868 a pesar de su repugnancia a vivir con presos y soldados, pasáronse a vivir más de 60 de ellos a uno y otro lado del camino, y otros se quedaron junto al río.

El número de tirurayes que fueron a vivir en el Delta, aumentó sucesivamente, sin ocurrir entre ellos ni entre los nuestros caso alguno de calenturas, mientras sufrían su invasión los que vivían del lado del monte y en la orilla izquierda del río.

Subsistían sin embargo los trastornos y dificultades de la misión de Tamontaca, porque con ocasión del corte de maderas allí establecido, los presidarios y soldados andaban sueltos entre infieles y nuevos cristianos con gran perjuicio de la moralidad y detrimento de la reducción; y era tanto más difícil el remedio cuanto que, desde octubre de 1868, la primera autoridad político-militar del distrito se había mostrado más remisa en cohibir el libertinaje de los presos y soldados.

En 1870 se aumentó más todavía el número de los tirurayes que se establecieron en el Delta, poblando de casas el camino, y una y otra orilla del río; multiplicáronse los bautismos de infieles y los matrimonios, y se celebraron las fiestas de Semana Santa, San Ignacio y la Purísima Concepción con mayor solemnidad y concurso que en los años anteriores, asistiendo regularmente los cristianos a la Misa y doctrina y cumpliendo con el precepto de la Iglesia. Dios en cambio bendijo la cosecha en el Delta, que fue copiosa, y algunos más diligentes sacaron dos de palay; cuando en el monte se la comió toda la langosta y hubo muchas disensiones y desgracias; de suerte que, pudieron apreciar los tirurayes que les convenía vivir reunidos bajo la protección de los misioneros y las autoridades junto al río. Con la actividad y buena maña del Hermano Viño-



las y a costa de sacrificios se logró, pues, ver en Tamontaca un principio de población alrededor de la misión y más de veinte familias instaladas con buenas casas y sementeras.

En Polloc mejoró también la moralidad pública; casáronse muchos que vivían mal; hubo más asistencia al templo y más frecuencia de Sacramentos, merced a haberse extendido la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y al santo Rosario entre los vecinos de la población.

El número de almas pertenecientes a Polloc fue este año de 601, el de Tamontaca el de 1,093, de los cuales 600 eran cristianos y los demás se preparaban para recibir el santo bautismo.



## CAPÍTULO IX

**Misión y Residencia de Zamboanga.—El P. Luengo y el P. Juanmartí.—Misión de Manicaán.—Nuevo Obispado de Jaro y su primer Obispo.—Ecos de la revolución septembrina de 1868. — Ministerios del P. Juanmartí entre los infieles subanos.—La valiente y leal Villa de Zamboanga.**

A consecuencia del ataque de hemiplegia sufrido por el P. Fr. José Lafós, Cura Párroco de Zamboanga, el Muy R. P. Provincial de Recoletos, Fr. Félix de la Encarnación, en nombre de dicho Padre presentó la renuncia de este curato, que admitida por el Sr. Obispo y comunicada al Vicerreal Patrono, se notificó la vacante al R. P. Superior de la misión, Juan Bautista Vidal, y el día inmediato siguiente, 19 de enero de 1865, presentó éste para ocuparla al P. Francisco Javier Martín Luengo. Aprobada la presentación se embarcó este Padre, en 21 del mismo mes, y el 1.º de febrero llegó a Zamboanga a bordo de la *Circe*, acompañando al Excelentísimo Señor Obispo de Cebú, D. Fr. Romualdo y Gimeno, y juntamente los PP. Pascual Barrado, Venancio Legarra, Domingo Bové y el H.º Coadjutor Francisco Viñolas.

Hízosele al Sr. Obispo muy buen recibimiento, y después de girada la Santa Visita y administrado el Sacramento de la Confirmación en dicha villa, en Tetuán e Isabela de Basilan, salió para hacer la de las islas Marianas, que caían debajo de su jurisdicción, y no habían sido visitadas por Obispo alguno.

La residencia de Zamboanga quedó constituida en esta forma: P. Luengo, Superior; P. Bové, Misionero auxiliar; P. Barúa, Misionero-Párroco de Tetuán, con el H.º Francisco Aristain, y P. Ceballos, Misionero-Párroco de La Isabela, con el H.º Francisco Viñolas.

El P. Luengo era a la vez Capellán castrense de la plaza, y estaban a su cargo el presidio, el hospital militar, los ingenieros, artilleros, carabineros y marinos, y, cuando el regimiento destacado carecía de capellán propio,

todos los soldados de guarnición, que solían pasar de 200. Era también de su obligación atender al personal de los buques anclados en la rada y a los encarcelados civiles y militares. La Parroquia ascendía a 7,000 feligreses, incluyendo los tres barrios de Santa María, Baliuasan y Dumalong, distantes de la cabecera una legua los dos primeros, y cuatro el tercero. Esto dificultaba su administración; de suerte que dos sacerdotes apenas podían dar abasto a las atenciones de perentoria necesidad.

Desde un principio trabajaron ambos en la enseñanza de la doctrina cristiana, que explicaban todos los domingos al pueblo mañana y tarde; en el confesonario, atrayendo cada día mayor número de personas; y en pláticas y conversaciones particulares: todo lo cual produjo gran mejora de costumbres, aumento de piedad, frecuencia de Sacramentos y arreglo de uniones ilícitas en santo matrimonio. Contribuyó no poco a este fruto el Jubileo otorgado por Pío IX; publicado allí a últimos de octubre de 1865; porque tanto en Zamboanga, como en Tetuán y en La Isabela; y en todas partes se obtuvo de entre los indígenas número muy crecido de confesiones y comuniones.

Perseveró el P. Luengo desempeñando con gran satisfacción su cargo hasta 13 de abril de 1868, en que salió para ejercer en Manila el de Vicerrector del Ateneo Municipal, quedando entretanto en su lugar el P. Barúa hasta el 31 de mayo, en que llegó el nuevo Cura-Misionero P. Jacinto Juanmartí. Mas habiendo sido nombrado Superior de la misión el P. Pedro Bertrán en 11 de junio del mismo año, fue enviado a Zamboanga el P. Vidal en calidad de Vice-Superior de Mindanao y Superior de dicha residencia de cuyos cargos tomó posesión el 25 de julio; quedando el P. Juanmartí de Ministro y Cura Párroco, y por Auxiliar el P. Ribas.

Vasto campo ofreció Zamboanga al celo de su nuevo Cura-Misionero; porque, apenas hubo llegado a esta villa, emprendió las obras de la iglesia bajo la dirección del excelente carpintero H.º Larrañaga, el cual substituyó el techo de nipa, por el de planchas de hierro galvanizado clavadas sobre fuerte armazón; y los viejos amacanes por quízame de tablas, pintado al óleo, y puso en el altar mayor un manifestador enteramente dorado. Valióse de un gran cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, llevando sobre sus hombros la oveja perdida, traído de Manila que colocó en uno de los altares laterales para introducir esta devoción y el Apostolado de la Oración con que imprimió, extraordinario impulso al fervor y a la frecuencia de los Santos Sacramentos; fundó catecismos en los barrios de Santa María y Gusú, que visitaba a menudo para darles más auge, instruyendo por sí mismo a niños y adultos. Desarraigó escándalos; logrando que se separaran o casaran no pocos amancebados,

no sin que le costara esta tarea sus sinsabores ya de parte de los interesados, ya, hartas veces, de las mismas autoridades y en el barrio de Santa María construyó una capilla y logró bautizar algunos moros, especialmente niños.

Presentósele cierto día una mujer de las Mercedes con una niña mora de más de un año, para que la bautizase; mas como sus padres no querían desprenderse de ella en manera alguna, el Misionero se negó a bautizarla. Fué la mujer muy apenada con la negativa, y al pasar por el río Tumaga la bautizó. Dio cuenta de ello algunos días después al Padre, que le dio una fuerte reprensión. Al cabo de tres o cuatro años los padres de la niña, que eran de Joló, resolvieron volverse con su hija a dicha isla; mas al embarcarse empezó ésta a llorar diciendo que era cristiana, y que no quería ir a vivir con los moros. Procuraron convencerla de que también en Joló podría ser cristiana, y estaría aún mejor que en Zamboanga; pero no hubo medio de aquietarla; hasta que enterrecidos los Padres por las lágrimas y los ruegos de la criatura, se quedaron.

A principios de 1867 fue destinado el P. Ceballos con el H.<sup>o</sup> Coma a la nueva misión de Manicaán, que inauguraron el día 9 de marzo del mismo año, agregándosele las visitas de Bólong y Curúan, con un total de 450 cristianos; y la isla de Sácol, donde vivían muchos moros pacíficos, algunos ya bautizados. Distaba Manicaán de Zamboanga unas cuatro leguas y estaba situado cerca de la entrada del seno de Sibuguey. Por carecer el pueblo de convento e iglesia, tuvo que meterse el Misionero en una miserable casa, mientras se le construía la capilla provisional.

Por Real decreto de 17 de enero de 1865, se resolvió el establecimiento en las islas Filipinas de un nuevo Obispado, que se debía llamar de «Santa Isabel de Jaro». La bula de su erección que empieza *Qui ab initio* fue expedida por Pío IX en San Pedro de Roma a 27 de mayo del mismo año, y por Real decreto de 4 de junio de 1867, fue presentado para ocupar dicho Obispado el reverendo P. Fr. Mariano Cuartero. Era éste natural de la provincia y archidiócesis de Zaragoza; había sido profesor de teología, Rector del colegio de su Orden en Ocaña y Procurador General de la Provincia del Santísimo Rosario en Filipinas. Comunicóse su nombramiento por Real cédula de 28 de agosto de 1867 al Vicerreal Patrono, y el 27 de noviembre se publicó en la *Gaceta de Manila*. Había sido preconizado en 27 de septiembre del mismo año. El decreto ejecutorial lo otorgó el Sr. Arzobispo de Manila en 10 de octubre; y en 30 del mismo mes y año, el referido Sr. Arzobispo dirigió al Gobernador Superior Civil de Filipinas un oficio en que le significaba: que, en conformidad con lo dispuesto por las Bulas Apostólicas transmitidas por conducto de S. E., habían sido separadas del Obispado de Cebú y de la jurisdicción y régimen de



su venerable Obispo, el día 10 del actual, las provincias de Iloilo, Cápiz, Antique, Calamianes, Zamboanga, Nueva Guipúzcoa e Isla de Negros; con las cuales y todo lo demás por su naturaleza anejo, se erigió la nueva diócesis de Jaro o Santa Isabel: que había cesado por tanto el Prelado de Cebú de ejercer sobre ellas jurisdicción, y no teniendo por otra parte el Obispado recién erigido Pastor propio, se hallaba vacante; que bajo este concepto, le correspondía su administración como Gobernador Apostólico, tanto por la práctica hasta entonces observada, como por lo dispuesto en las mencionadas Bulas; y por fin, que habiendo accedido el Obispo de Cebú a su invitación, le había expedido en 10 del actual título en forma, subdelegando en él todas sus facultades. Con la misma fecha notificó la creación de la nueva diócesis a las autoridades de las provincias y distritos que componen la nueva diócesis de Jaro o Santa Isabel, y a los Vicarios foráneos de las mismas, avisó del nombramiento de Sr. Obispo, con encargo de que lo notificasen a los Curas Párrocos de sus respectivos partidos.

El 20 de abril de 1868 tomó posesión de dicho Obispado de Jaro el ilustrísimo Sr. Cuartero. Comprendía la nueva diócesis todo el Sur de la Isla de Mindanao desde Quipit, o Punta Murciélagos, hasta la parroquia de Bislig exclusive, e islas adyacentes de Joló, Basilan, etc.

A fines de julio de 1868 fue bendecida la iglesia de Tetuán, que desde 1865 se estaba construyendo según los planos que había dejado el ingeniero señor Vita al partir para Manila (1).

A mediados de diciembre, cuando ya se tenía en Zamboanga noticia de la revolución española de septiembre, el Sr. Comandante de la Subdivisión de Marina de La Isabela comunicaba al Misionero que sus soldados no podían aguantar tanto tiempo en la misa, y le suplicaba que suprimiera o dejara la plática para después de ella. Respondióle el Padre que estaba mandado que así se hiciese, y no podía alterar el orden prescrito. El resultado fue, que la Marina dejó de asistir a misa los domingos y días festivos, y que dicho Comandante elevó una consulta al Jefe de la división D. Sebastián Martínez, que éste remitió al Comandante General de Mindanao, produciendo quejas contra los misioneros en general.

---

(1) Será bien advertir en este lugar que aunque todas las misiones del Sur, a excepción de la de Zamboanga y Tetuán, contaban en sus padrones un número regular de tributantes, no percibían nada para la fábrica y gastos del culto divino; porque apenas había al principio quien pagase en ellas tributo, ni diese limosnas por ser gente muy pobre, ni el Gobierno asignaba nada para dicha atención.

El Sr. D. Manuel Rodríguez de Ribera, primer jefe del regimiento n.º 2 y comandante general interino de Mindanao, contestó que, según el parecer del P. Superior de los Misioneros, con quien comunicó este asunto, el de La Isabela había cumplido con su deber haciendo la plática dentro de la misa; y que lo único que su superior podía encargarle era que fuese muy puntual en comenzarla a la hora señalada y que la plática fuese breve. La tropa de tierra y el presidio continuaron como antes; pero los soldados de Marina prosiguieron sin oír misa. En aquellos críticos momentos la conducta ejemplar de don Manuel Rodríguez de Ribera fue el medio de que se valió la Providencia para que todo el Sur de Mindanao se mantuviera en paz.

A mediados de enero de 1869, los Padres Ribas, Guardia y Orta abandonaron por enfermos las playas de Zamboanga, embarcándose para Manila en la goleta mercante *Isabel II*. El primero falleció en el Ateneo Municipal el 25 de marzo; el segundo a fines de mayo en el mar de la China, y el tercero tuvo que ir a buscar en Shang-hai el alivio de sus continuos dolores de cabeza, encargándose allí de una pequeña misión compuesta de 34 filipinos, mestizos de Sangley, fundada en Yan-king-pa el año 1868. Por esta causa la misión de Manicacán estuvo sin misionero desde 15 de diciembre de este año hasta el 16 de abril de 1869, en que llegó el P. José Casadevall destinado a ella.

El P. Juanmartí solía predicar en Zamboanga, durante la cuaresma, tres sermones semanales y preparar para el cumplimiento anual y pascual a los marineros, ingenieros, presidarios, etc., con algunas pláticas hechas a bordo de la goleta de guerra y en los cuarteles respectivos; los niños de la escuela, que ascendían a 300 en Zamboanga y a 100 en Tetuán, se confesaban según su reglamento cada tres meses. Celebrábanse con solemnidad las fiestas de Semana Santa, Corpus, Santos titulares, pascuas de Navidad, meses de María y del Sagrado Corazón de Jesús y la Novena de la Gracia en honra del Santo Apóstol de las Indias San Francisco Javier.

El 30 de junio de 1870 llegó de Manila el P. Juan Casellas destinado con el H.º Belzunce a la misión de Dumalong, habiendo sido aprobado su nombramiento por el Vicerreal Patrono en 2 de mayo precedente. Mas, como los habitantes de aquel pueblo caréciesen de iglesia y casa, siquiera provisional, para el misionero, mientras se levantaban ambos edificios, permanecieron en Zamboanga.

A fines de octubre de 1871 pasó el P. Juanmartí de misionero a Dumalong, donde había algunas cabecerías de cristianos viejos, zamboangueños, que moraban lejos del pueblo. Quedóse entre ellos e hizo construir un pequeño convento e iglesia, que bendijo en 21 de enero de 1872. Hacía tres años que los

infieles subanos se habían instalado en Patalón y Malandi, porque el coronel don Ramón Blanco les obligó a bajar de Santa María. El Timuay Tacui fabricó su casa en Busugan; e imitando otros su ejemplo, se establecieron junto al río Tinuba, donde colocaron una herrería. Eran estos subanos dóciles y de apacible trato, pero aficionados a un género de vida errante y vagabunda. Visitólos el Padre acompañado de algunos individuos del pueblo armados de fusiles, por estar aquellos parajes rodeados de moros y de gente desconocida. Nada, empero, consiguió en esta excursión; porque como se había propagado la viruela en la provincia de Zamboanga, procedente de Joló y Basilan; los de Patalón, que todavía estaban exentos de ella, se comunicaron. Tuvo, por lo tanto, el Padre que contentarse con recibir esta vez a los subanos en la playa debajo de un árbol, donde se le reunieron en gran número. A pesar de las precauciones, por diciembre de 1871, aparecieron las viruelas en Patalón, y, cuando lo supo el Padre, se dirigió allá acompañado de un viejo que le servía de intérprete y cuatro grumetes. Llegados al sitio donde residía el mandarín dispararon dos tiros y acudieron tres cristianos para varar la embarcación. Estos refirieron al Padre cómo muchos habían perecido, y entre ellos el Timuay o Jefe de la ranchería con toda su familia. Condujéronle inmediatamente a las casas de los apestados donde yacían en cada una de ellas aglomerados doce, quince y veinte enfermos, el uno al lado del otro; espectáculo insufrible para el pobre intérprete; pero no podía el Padre dar un paso sin él para entenderse con aquella gente, cuyo lenguaje le era del todo desconocido. Quiso el Señor que no desfalleciese en esta empresa. Sólo uno halló de peligro en la primera casa. Hízole preguntar si quería bautizarse. Accedió gustoso, e instruido sumariamente lo bautizó con el nombre de Miguel. Y después de consolarle y darle algunos azucarillos, para calmar la sed que le abrasaba, prosiguieron su camino. Así bautizó aquel día doce enfermos que estaban en peligro inminente de muerte... Como se hacía tarde y era preciso volver a Dumalong, dejó de visitar dos o tres casas más que se hallaban muy distantes, y habiendo encargado a dos o tres cristianos, que por allí estaban, que si los viesan de peligro los bautizaran, regresó a la playa. En la última casa que visitó a orillas del río Patalón halló dieciséis enfermos y un muerto, sin contar los que habían antes fallecido. Bautizó a los de más peligro (¡ojalá los hubiera bautizado a todos, como lo deseaban!) y regresó a Dumalong llevando consigo un tierno infante de pocos meses, que logró arrebatarse de las garras de la muerte de entre los brazos de tres hermanas muy enfermas, y cuyos padres habían perecido víctimas de la epidemia. ¡Óptima jornada de caridad! Regresaron con cielo estrellado y mar tranquilo a Dumalong, donde todos los días el Padre administraba los

Santos Sacramentos a los enfermos contagiados de la misma enfermedad.

A 7 de enero de 1872, inmediatamente después de la bendición del nuevo cementerio, recibió el P. Juanmartí un despacho expreso de Patalón, dándole cuenta de haber sido asaltada aquella misma noche la última casa de que se ha hecho mención y asesinadas bárbaramente catorce personas; heridas otras tres, y reducido a pavesas el edificio con todo su contenido. Dirigióse luego el Padre al teatro de la horrenda tragedia; mas cerró la noche antes de llegar a él y fue preciso varar la embarcación en la playa; mas al rayar el alba del día siguiente, se trasladó al lugar de la hecatombe, topando al paso con la casa donde tres días antes había bautizado al primer subano llamado Miguel. Con no poca sorpresa oyó su lánguida voz cuando le creía muerto. Hallóle solo en su casa, abandonado por los demás, ya por miedo de su enfermedad, ya porque no podían sufrir la vista ni el hedor que despedía aquel hombre. Siempre creyó el Padre que la salud que recobró aquel nuevo cristiano había sido efecto, más bien de la gracia divina, que de causas naturales; a fin de que los demás infieles se aficionasen al santo bautismo. Poco después contemplaba ya el P. Juanmartí el horroroso cuadro de las víctimas cruelísimamente sacrificadas por los asesinos. A la pestilencial corrupción de los cadáveres se unía el repugnante espectáculo de un escuadrón de perros caníbales que los tenían ya medio comidos. Por fortuna llegaron luego en un cañonero los señores Gobernador de la provincia, médico y capitán del puerto de Zamboanga. Evacuadas las primeras diligencias judiciales y llevados a casa aparte los dos heridos, dióse a toda prisa sepultura a los muertos. Los dos heridos murieron bautizados, después de haber declarado.

Pasados cuatro o cinco días volvieron a Patalón el P. Juanmartí con el Gobernador de la provincia Sr. Pran; el alcalde Sr. Casanova y otros, entre ellos el intérprete don Alejo Alvarez. Tres días durmieron de noche acampados en la playa; durante este tiempo recorrieron las casas donde habían fallecido los subanos atacados del contagio, y después de mandar recoger lo que se podía de ellas, se les prendía fuego, y se hacía la cremación de los restos de los cadáveres, purificando de miasmas la atmósfera. Casas hubo donde se hallaron restos de diez, doce, quince y más difuntos, unos al lado de otros, sin haber tenido quien apartase los cuerpos muertos de los que quedaban vivos, que morían luego asfixiados y consumidos de miseria, apareciendo sus carnes devoradas por animales y aves de rapiña. Todas aquellas casas estaban situadas en una hermosa llanura, rodeadas de ricos campos sembrados de caña dulce, tabaco, algodón, plátanos, grandes camotales y palay, cuya abundante cosecha tenían ya recogida.



A corta distancia de las casas de los muertos, junto a la playa, dieron con un patio limpio, cubierto de huesos, calaveras y pedazos de vestidos, mantas y telas. Llamóles altamente la atención, dejándoles en suspenso sobre cuál pudiera ser la causa de tan fúnebres despojos, hasta que los mismos subanos les refirieron ser éste el lugar prescrito por un viejo de la tribu para receptáculo de los variolosos, a fin de que no inficionasen a los otros con el virus de la enfermedad. Hallábase situado este patio en campo raso sin techo, piso, ni sombra, ni cosa alguna que defendiera a los enfermos de los rayos del sol intertropical, ni de las lluvias, ni de los recios vientos nortes, propios de aquella monzón. Aquel mal viejo, llamado Bucung, reverenciado como oráculo por los subanos, al ver cómo se propagaba tan espantosamente el contagio, inspirado según dijo del Diuata, se levantó cierto día pregonando tan horrible y cruel traza, para librarse a sí y a su familia de la enfermedad. No le valió el ardid; porque fue también acometido en breve, pereciendo de ella con toda su familia.

Los subanos reconocen al diuata como Dios con idea confusa; creen en la inmortalidad del alma; que después de la muerte los buenos lo pasan muy bien y los malos van al infierno, que llaman *Naraca*. No practican religión ni culto; ni tienen sacerdotes, ni ceremonias religiosas al nacer ni al morir. A sus entierros asisten parientes y amigos; abren las sepulturas en sitio común, algo apartado de las casas. Visten de blanco a los muertos y los entierran con sus armas, ropa, etc. Para las fiestas mortuorias, cuando la casa es capaz, se reúnen en ella tres días y tres noches todos los amigos y parientes; comen, beben y bailan al són del *agún*, *culintangan* y *calatones*. El *agún* es de cobre en forma de pandero que se golpea con un mazo de madera; el *culintangan* lo constituyen siete pedazos de palma brava puestos a modo de notas de la escala musical y el *calatón* configurado como un tambor muy largo y estrecho, está formado de un trozo entero de palma brava. Al calor del gasi, bebida espírituosa que sacan del arroz, y al sonido armonioso de estos instrumentos cantan los viejos y viejas, que se suponen inspirados del Diuata y responden a las preguntas que les dirigen los circunstantes sobre el porvenir.

Durante los días que permaneció el P. Juanmartí en Patalón llegó a bautizar el año de 1872 setenta subanos, e hizo levantar un camarín donde solía celebrar el santo sacrificio de la Misa cuando los reunía para instruirlos y atraerlos a nuestra santa fe. Obstáculo muy poderoso fue para su reducción la proximidad de la colonia penitenciaria de San Ramón...

El 15 de septiembre de aquel año, fue día de grande alarma en Zamboanga; porque habiéndose sublevado los presos, entraron en el cuartel de los sol-

dados; mataron al oficial, sargento y cabo de guardia, españoles; con intento de penetrar en la población y apoderarse de ella. Empero los zamboangueños unidos con la tropa los rechazaron y persiguieron, matando a unos en las sementeras y pereciendo otros en el monte a consecuencia de sus heridas, y los que pudieron ser capturados, fueron sujetos a un consejo de guerra y ajusticiados.

Por la heroica fidelidad demostrada en esta ocasión por la villa de Zamboanga, le otorgó el Gobierno de Madrid el título de «Valiente y leal» que recibió agradecida, celebrando con este motivo fiestas cívicas y religiosas con gran pompa y solemnidad.



---

## CAPÍTULO X

Fundación y abandono de la Misión de Sindangan, en 1869.—Ocupación de Dapitan y Lubungan, primeros ministerios. — Estado de sus visitas.— Remontados e infieles.

EL día 9 de mayo de 1869 salieron a bordo del vapor *Pásig*, de la bahía de Manila, para fundar nueva Misión en Sindangan, los PP. Francisco Javier Martín Luengo y Miguel Mor, los HH. Venancio Larrañaga y Miguel Pujol, y dos muchachos selectos del Ateneo municipal de Manila, Domingo y Javier. Al llegar a Cebú permanecieron alojados durante ocho días en casa del señor Obispo D. Fray Romualdo Gimeno, aguardando a que volviese de su visita; mas viendo que tardaba determinó el P. Luego, Superior de aquella Misión, proseguir su viaje; y embarcados en un pontón, a los dos días llegaron a Dumaguete, donde los hospedó a todos con suma alegría el religioso recoleto y Cura Párroco de la población. El día siguiente, después de celebrado el santo sacrificio de la Misa, como no hallasen embarcación grande ni pequeña que se dirigiese a Dapitan; les ofreció dicho religioso con toda caridad su falúa, a donde trasladaron su equipaje y tomando cinco hombres y un arráez salieron a las cinco de la tarde, viajando toda la noche y el día siguiente con muy buen tiempo; y a las cinco de la tarde del otro inmediato fondearon en Dapitan. Recibiólos el P. Recoleta con mucho agasajo en su convento, donde se detuvieron hora y media, y preguntándole de qué manera podrían obtener embarcación para Sindangan, el capitán en media hora se la proporcionó, y aquel día se trasladó todo el cargamento de la falúa del P. de Dumaguete a una dalama; fueron siete hombres para tripularla, y aquella noche la pasaron a la orilla del mar, dentro de la barca. El día siguiente el señor Gobernador les mandó tres o cuatro cabras, muchos vecinos de Dapitan les ofrecieron varios regalos de comida y una cidra, y el P. Recoleta tres libras de azúcar de las seis que tenía en casa, que les prestaron más tarde ex-

celente servicio. A las ocho de la mañana salieron de Dapitan, fondeando aquella noche en la boca de un río; y a las seis y media de la tarde del 22 de mayo, víspera de la Santísima Trinidad, echaron ancla en el río de Sindangan.

Tres tiros de lantaca anunciaron a los subanos de los contornos que había llegado uno de sus superiores y al día siguiente bajaron a saludarles. El capitán Ramón que quiso acompañar a los Padres y Hermanos, les dirigió al saltar a tierra, a la casita de un hijo suyo que se hallaba en el mismo río comerciando con cera, palay y otros géneros. Improvisóse el día siguiente a la orilla del mar una como tienda de campaña con palos y cañas sobre la arena y se instaló un altar, obra del H. Riera, en el que celebraron los dos Padres el santo sacrificio de la Misa, leyendo en el Santo Evangelio como apropiadas a sí aquellas palabras del Salvador a sus apóstoles: *«Ite docete omnes gentes, baptizantes eas in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti, docentes eas servare omnia quaecumque mandavi vobis.»* Oyeron misa algunos cristianos de Dapitan y Dumaguete y un poco más apartados otros, que parecían moros o subanos y al tiempo de la elevación se dispararon algunos lantacazos. Allí estuvieron detenidos como ocho días celebrando la santa misa en aquel pequeño cobertizo, visitándoles varios moros y subanos, que iban a comerciar con los cristianos, o a averiguar quiénes eran los que se anunciaron a los del monte con tres tiros de lantaca. Veíaseles acudir por la orilla del mar en grupos de cuatro o seis personas armadas de lanza, rodela, campilán o cris, y a unos quince o veinte pasos antes de llegar a la casita de los Padres plantaban sus lanzas en la arena de la playa en forma de círculo y luego se acercaban a saludarles, sirviéndoles de intérpretes el capitán Ramón, su hijo y otra persona de Dumaguete conocida del P. Luengo, que entendían y hablaban el español y el subano.

Visitóles varias veces y solía servirles también de intérprete un tal Tulino, zamboangueño del barrio de Magay, a quien el capitán Alejo Alvarez había puesto en Sindangan, dándole título de mandarín, o dato, con cinco o seis hombres para su defensa.

Habíase establecido allí un mercado adonde aflúan cristianos de Dumaguete, Dapitan y otros puntos; los cuales, mientras vivieron entre ellos los Padres se les mostraron muy afectos y ayudaron en sus tareas. A los tres o cuatro días salieron de excursión por la mañana todos los Padres y Hermanos acompañados de dos o tres guías prácticos que el capitán Ramón les proporcionara para enseñarles el terreno. Hallaron al paso grandes cogonales y tierra muy llana y buena, sin más árboles que uno u otro aislado y el bosque que lo circunvalaba a distancia bastante regular. Regresaron a media tarde sin



novedad. Dos días después emprendieron otra excursión, y en un gran desmonte junto al río vieron dos casitas abandonadas distantes media legua de la playa con algunas papayas, plátanos y berengenas. Allí, pues, se instalaron, y empujados por la marea trasladaron en Dalama todo el equipaje. Los subanos vivían en los vecinos montes en número de 3,000 capitaneados por el dato Somoza, y navegaban con mucha frecuencia por el río cargados de palay y otros efectos, que trocaban luego a los comerciantes en la bocana, con telas, platos, alambres, etc.

Celebraban de ordinario la santa misa en casa, excepto los domingos y días de precepto en que un Padre iba a decir la en la playa, para que pudiesen oirla los cristianos.

Empezaron luego estos santos varones a desbastar el terreno. Los HH. Venancio Larrañaga y Miguel Pujol salían todas las mañanas al campo vestidos de pantalón, blusa y sombrero de paja con zapatos y botines de goma que les llegaban hasta las rodillas. A las seis comenzaba el trabajo hasta las diez y por la tarde desde las tres hasta la puesta del sol y en el intermedio se hacían los ejercicios espirituales de meditación, examen y lectura espiritual en comunidad. Al principio limpiaron los alrededores de la casa, luego abrieron algunos senderos para poder andar por aquellos alrededores y otro para ir a buscar agua al río. En estos trabajos les ayudaban los dos sirvientes y los Padres quienes manejaban también a ratos la azada, el hacha y el bolo y los cristianos que allí comerciaban, en lo que podían, gratuitamente. Para dejar limpio y despejado el terreno, quemaban los dos Hermanos multitud de árboles secos y tendidos al suelo, que otros habían cortado y abandonado, con lo cual se levantaba un fuego que ni de día ni de noche se apagaba y los Hermanos lo atizaban amontonando combustible, a fin de poder sembrar más tarde y cosechar a su debido tiempo; cavaron también un pedazo de tierra para hortaliza, haciendo sus divisiones y sembrando en una habichuelas, y en otras coliflores, cebollas, lechuga, tomates, pimientos, perejil y maíz. Tenían también plantado un semillero de árboles frutales: mangas; guayabanos, etc. Terminados estos trabajos, pensóse en edificar de planta una casa algo mayor; porque la que habitaban era demasiado pequeña: recogieron los aríques, abrieron los hoyos y hasta llegaron a levantar siete auxiliados siempre en estos trabajos por los referidos cristianos. Abrióse también una calzadita por en medio del cogonal que iba directa al desembocadero del río. En estas faenas manejaban los Padres diestramente sus azadas, arrancando las malezas; mas como era tan difícil extirpar el cogon, prendieron varias veces fuego al altísimo cogonal, viéndose dos de ellas precisados a sacar a toda prisa los enseres de la

casa por temor de que el fuego los consumiese, en cuyo trasiego sufrió el H. Pujol tal calor y cansancio que le dejó tendido, casi sin aliento, en el suelo durante un cuarto de hora.

Escasearon luego los víveres. Concluidas las galletas, se hicieron tortas de harina fritas con manteca, y para confeccionar hostias se servían de dos planchas de chino para aplanchar ropa.

En esto el muchacho Javier se puso enfermo de calenturas; a éste siguió el H. Pujol, que las contrajo a consecuencia de las insolaciones y excesivo calor que experimentó durante las quemas y le produjeron por espacio de tres o cuatro días grandes vómitos y dolores de vientre insufribles, seguidos de diarrea y fiebres de alta temperatura con frecuentes delirios y suma desgana.

Por otro lado la casita era en extremo calurosa, por estar situada en una pendiente donde no le daba la brisa del mar. Sirvióle entonces de grande alivio la cidra que un buen indígena les dio de limosna al salir de Dapitan. Para colmo de desolación en aquella mansión solitaria cayó también enfermo el P. Mor. La causa de su enfermedad fue la misma; porque deseoso de trabajar como los demás, cortaba los troncos de los árboles con el hacha, cavaba con la azada, cortaba las malezas con el bolo, con la sierra aserraba, y se había fabricado de madera fuerte un sable con que segaba el coñon, como se siega en España el trigo con la hoz.

Viendo el P. Luengo que la enfermedad del Padre y del Hermano se iba acentuando, y que la casita no estaba suficientemente ventilada; resolvió subir al monte y visitar a los subanos, ya para proveerse de alimentos, como para ver si podían trasladarse a un punto más sano e inmediato a ellos. Tomó pues por guía a un cristiano práctico en el país y emprendió su excursión. Al marcharse dijo al P. Mor y a los HH. Larrañaga y Pujol que el día siguiente al mediodía, regresaría por el río. Pasólo y repásólo muchas veces a pie y andando por la arena y por el agua, conforme sus vueltas y revueltas; porque estando la tierra cerrada por denso bosque, era aquél el único camino. A las seis de la mañana del siguiente día advirtieron los Hermanos en el P. Mor gran fatiga, y que no podía moverse de un lado a otro, ni levantar los brazos; y a partir de esta hora, empeoró de tal suerte, que casi no podía hablar. Al verse solo el Padre con los Hermanos que le asistían; en el período álgido de su calentura les dijo: «Hermanos míos, como sacerdote y ministro del Señor que soy y por la facultad que se me ha concedido, os quiero dar la santa absolución»; «Y nosotros, escribía después el H. Pujol, con mucho respeto y reverencia y casi con las lágrimas en los ojos la recibimos, considerando que el Padre nos daba la santa absolución como en despedido, y así fue.»

Viendo, pues, los Hermanos al P. Mor en aquel trance, enviaron el criado Javier en busca del P. Luengo, asistiéndole en el entretanto corporal y espiritualmente; porque mientras el H. Larrañaga le daba friegas con cierta untura en el cuello, brazos, pies y piernas; el H. Pujol con el «Ancora de salvación» del P. Mach en una mano y el crucifijo en la otra, le hacía repetir algunas jaculatorias y se lo daba a besar de vez en cuando. Así estuvieron cuidando al Padre alentándole con alguna cucharada de caldo, hasta que habiendo llegado el P. Luengo a eso del mediodía se colocó al lado del Padre enfermo, estuvo tres o cuatro horas a solas con él y le administró los sacramentos que pudo dispensarle en aquella última hora. Murió este mártir de la caridad y de la obediencia como a las cinco de la tarde del 18 de junio de 1869. Había nacido en 6 de febrero de 1833; ingresado en la Compañía a los 28 de septiembre de 1864 y llegado a Manila el 12 de mayo de 1868. Descanse en paz. Hízole el H. Larrañaga del mejor modo que pudo una caja de algunos cajones y el día siguiente como a las siete de la mañana se le dio religiosa sepultura junto al arigue del centro, del solar donde se habían plantado los siete para la nueva casa.

Por encargo del P. Luengo, a principios de 1872, se comisionó a un hombre inteligente y de toda confianza, para que sacase de Sindangan los restos del P. Mor, y habiendo desempeñado felizmente su cometido; los trasladó a Dapitan en 30 de enero de dicho año. Formóse para recibirlos un sencillo catafalco en la iglesia donde se colocaron, encerrados en una caja de narra construída al efecto; y después del oficio de difuntos y de la misa solemne de Requiem celebrados para el eterno descanso de su alma, fueron conducidos al cementerio con asistencia de todos los principales y del pueblo, y colocados en un nicho fabricado de antemano para este caso, presidiendo el duelo los Padres y Hermanos; prestando de esta suerte obsequioso tributo a la buena memoria del misionero difunto.

Con las fatigas precedentes cayó también enfermo el P. Luengo, y no tuvieron más remedio que abandonar aquel punto y retirarse a Zamboanga. Salieron en efecto y permanecieron dos días fondeados en uno de los recodos del río para librarse de la fuerte marejada y resaca que hubieran azotado la dalama; bajando luego hasta la playa del mar, donde estuvieron varados en un rincón durante tres días con extraordinarios calores. El H. Larrañaga que por providencia de Dios estuvo sano durante todo este tiempo, acarreó el equipaje y lo condujo a la playa.

Compró el P. Luengo al dato Tulino una embarcación que les condujese a Zamboanga. El mismo dato les buscó dos moros, uno para timonel y otro para el remo, que con dos cristianos que se les juntaron constituían toda la tripula-

ción. El viaje fue largo y pesado y en ocasiones de bastante peligro, pero sin desgracia alguna. Los cajones de herramientas de carpintería, labranza y otros bultos, fueron embarcados por Tulino en el panco de un chino que los condujo, con Domingo y Javier, a Isabela de Basilan.

A los tres o cuatro días de navegación arreciaron de tal suerte las calenturas del P. Luengo que le dejaron sumamente postrado y abatido.

Por fin después de una travesía de cien millas llegaron a Zamboanga el 27 de junio a las once de la mañana con rostros cadavéricos, cual si salieran de la tumba. Los PP. Vidal, Juanmartí y el H. Aristain les atendieron con extremada caridad hasta que quedaron enteramente restablecidos. El P. Luengo se encargó interinamente de la parroquia de Tetuán, el H. Venancio Larrañaga siguió trabajando de carpintero y el H. Pujol pasó a la Isabela de Basilan al lado del P. Llausas.

Muy pronto, sin embargo, tuvo que volver el P. Luengo al partido de Dapitan; porque deseando el Vicerreal Patrono y el obispo de Cebú ver terminadas ciertas diferencias suscitadas entre el comandante político militar y el religioso Cura de la Cabecera; a instancia de los mismos PP. Recoletos, propusieron al R. P. Superior de la misión Pedro Bertrán, que la Compañía de Jesús se encargase de la administración de aquella parroquia-misión y de la de Lubungan con sus pueblos anejos y visitas; y en su consecuencia fue nombrado Cura misionero de Dapitan el P. Luengo.

Salió éste, en efecto, de Zamboanga para Iloilo y Cebú el día 11 de marzo de 1870. En el Convento del Santo Niño de esta ciudad estuvo aprendiendo el visaya hasta el 1.º de mayo que se embarcó, acompañando al Ilmo. señor Obispo, D. Fray Romualdo Gimeno, en su visita pastoral. Recorridas las parroquias de la isla de Siquijor, llegaron a Dapitan en un cañonero del Estado el 27 del mismo mes, y después de haber visitado esta parroquia, la de Dipólog y Lubungan, salió S. E. para Giménez el 31, dejándolo todo dispuesto para que en llegando un sacerdote indígena se hiciera cargo de la parroquia y pasara el P. Luengo a la misión de Lubungan; porque no poseía con suficiencia la lengua del país, para desempeñar por sí solo el ministerio parroquial. Llegó, en efecto, a 12 de junio el presbítero Hermenegildo Villa, natural de Loon (Bohol), de 48 años de edad, que había desempeñado el cargo de coadjutor en muchas parroquias de Cebú, Negros y Mindanao, y en 17 de junio le entregó el P. Fr. Manuel Velloso la parroquia, que interinamente administraba, saliendo el 19 para Cagayán acompañado del P. Recoleta Misionero de Lubungan, cuya misión dejó encargada al P. Luengo.

A las dos de la tarde del 22, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, fondeó



en Dapitan la goleta mercante *Consolación* que condujo de Cebú a los PP. Pelegrín Gómez y Antonio Obach.

Para celebrar la fiesta del Patrón Santiago con la mayor esplendidez posible, blanquearon los dapitanos su iglesia y compusieron las tablas deterioradas del piso; y mientras unos ensayaban las diferentes comparsas de niños y niñas, otros preparaban los entremeses para divertir al pueblo sin ofensa de nadie. Los Padres por su lado improvisaron un terno y hubo aquel día misa de tres con maestro de ceremonias y Padre predicador, cosa hasta entonces jamás vista por los dapitanos. El 27 de julio hizo entrega de su cargo el Padre Misionero de Lubungan al P. Obach, saliendo el 28 para Cagayán de Misamis.

Hacía treinta años que el misionero de Lubungan se había trasladado a Dipólog con motivo de la insalubridad del lugar y de que la mayor parte de los lubunganos vivían en el monte.

El día 9 de noviembre llegó en el bergantín goleta *Serafino*, procedente de Cebú, el nuevo Comandante político-militar con su señora y familia. Acudieron a recibirle los principales con música, y al mismo tenor fue despedido el saliente, D. José Bernat y Tárrega, que embarcó en la misma goleta para Cebú. Visitó el P. Luengo por primera vez el pueblo de Baliángao de 700 almas, anejo de Dapitan, formado de prófugos de Siquijor y otros puntos. Habiendo cautivado los moros cerca de este pueblo a unos pobres pescadores de Siquijor, matado a uno y herido a otro, mientras se hallaba dicho Padre en Cavite, o La Conquista; corrió la voz en Dapitan de que le querían cautivar y al instante salieron los valientes dapitanos en persecución de los piratas moros para defenderle.

Anejo de Dapitan era el pueblo de Ilaya fundado por los antiguos Padres de la Compañía de Jesús, como los de Dipólog y Lubungan.

Los infieles subanos del partido de Dapitan ascendían a muchos miles; empero, multiplicadas plagas de hambre, cólera y viruelas los redujeron a más escaso número.

Por poco buena que fuese su cosecha, celebraban éstos el *búclóg*, fiesta gentilica a la que asistían muchos cristianos remontados al olor de la comida y a la seducción del baile. Los infieles más ricos y previsores, al tiempo de la cosecha solían hacer un potaje de arroz mezclado con ciertos ingredientes a cual más fuerte y picante, con el cual pasaban gran parte del año y afirmaban ser comida muy alimenticia; pero de tal fortaleza, que poca cantidad bastaba para embriagarles. El vestido ordinario de estos infieles y aun de gran número de dichos cristianos era el de Adán; no faltaban, sin embargo, en sus casas telares en que las mujeres tejían con rudimentaria industria sus telas.

Las rancherías de Duhínob, Disacan, Dapitan y Manocan, anejas a Lubungan, no existían entonces más que de nombre; prueba de ello fueron los miles de pesos en que se halló alcanzado Lubungan ante la administración de Hacienda Pública del distrito el año 1866, en que parece comenzaron a pagar dichos infieles la mitad del tributo.

En 30 de marzo de 1871 llegó el P. Juan Gelabert a Dapitan a fin de relevar al P. Luengo destinado a Surigao, para donde salió con el H. Canalda el 25 del inmediato abril.



---

## CAPÍTULO XI

El pontón «San Rufo» y la conquista del seno de Dávao por Oyanguren.—Fundación de Dávao y Sigaboy.—Visita del P. Cuevas.—El Gobernador García del Campo.—Sustituyen los PP. de la Compañía a los Recoletos.—Establécense los Misioneros en Sámal.—Dificultades experimentadas en el tributo de los infieles reducidos de la isla.—Un viaje de exploración. La misión de Sigaboy y su esterilidad.—Los infieles y cristianos de la peninsulita del Cabo de San Agustín.—Supresión del misionero de Sigaboy.

EL motivo que indujo al Gobierno a ocupar el seno de Dávao en tiempo del General Clavería, fue el criminal atentado perpetrado por los moros de la costa septentrional del mismo seno contra los viajeros del pontón *San Rufo*, armado por una de las casas de comercio de Manila. El capitán de dicho buque y su segundo jefe eran españoles; e iba con ellos como comerciante particular un individuo de nación italiana. Llevaban carta de recomendación del Sultán de Mindanao para los datos del seno, en que se les encargaba recibieran como amigos a los del *San Rufo*. Simularon los moros respetar la carta del Sultán; y entrando en tratos con los comerciantes, les ofrecieron su amistad y mucha cera a cambio de otros efectos. Validos, empero, de la ocasión en que gran parte de la tripulación se hallaba pescando con chinchorro algo lejos del buque; se presentaron en gran número al pontón armados de críes, lanzas y balaraos, y para encubrir mejor sus dañados intentos, con gran cantidad de cera con que efectuar el cambio; visto lo cual por el prudente intérprete, experto, en el conocimiento de los solapados ardides de la perfidia moruna; advirtió al capitán, que la comparecencia de tanta gente armada, en ocasión en que apenas la había en el barco, ofrecía hondas sospechas de que acudiesen a él con siniestros fines. Respondióle el capitán que no temía a los moros. Mas el piloto insistió y dijo apoyando al intérprete, que no estaría de más tomar algunas precauciones;

a lo que replicó el capitán: «—¿Tiene usted miedo a los moros?—Aunque no les temamos, observó entonces muy oportunamente el italiano, no es razón que despreciemos el aviso del intérprete. —Si así lo quieren ustedes, terminó el capitán, que se ponga un centinela con su fusil preparado.» Hízose en efecto, y uno de los europeos y el intérprete prepararon también sus armas. En esto fueron acudiendo al pontín moros y más moros, quienes procuraron aislar a los europeos unos de otros, y cuando más atareados estaban éstos en reconocer y pesar la cera, dieron aquéllos la señal, y tirando de sus crises se echaron sobre los compradores; oyéronse dos detonaciones, cayeron muertos dos moros, y en pocos momentos rodaron por el suelo las cabezas de los cristianos del pontín, a excepción de dos criados, uno del capitán y otro del italiano que retuvieron los moros como esclavos; mas, a los pocos días fugáronse éstos en un baroto, haciendo la travesía por el Cabo de San Agustín a Surigao y dieron parte al Gobernador de lo ocurrido en el pontín.

Al observar los grumetes que estaban pescando la tormenta desencadenada a bordo del *San Rufo*; remontaron en otra pequeña embarcación el Hijo, de donde se trasladaron al Agusan; y bajando a Linao o Bunauan; desde allí, dieron también parte de lo ocurrido al Gobernador de Surigao. Refirió lo dicho al P. Quirico Moré uno de los dos criados cautivos y fugados, que más tarde volvió con Oyanguren a Dávao, y murió en el naufragio que padeció el P. Vivero en 1876.

Cuando se tuvo noticia en Manila de este asalto, se pidió satisfacción al Sultán de Mindanao y éste respondió: que en Dávao no tenía súbditos, ni consideraba por tales a los moros de aquel seno, toda vez que habían desobedecido sus órdenes; y por lo tanto, que se entendiese directamente con ellos el Gobierno español. En virtud, pues, de esta declaración se resolvió la conquista del seno por el Capitán General D. Narciso Clavería, realizándola el referido guipuzcoano D. José de Oyanguren.

Había salido éste de España para Filipinas en 1825; en 1830 practicaba el comercio en la provincia de Caraga y navegaba por las costas de Mindanao y sus adyacentes; trasladóse luego a Calamianes; en 1840 fue nombrado juez letrado de primera instancia de Tondo; y cesó de este cargo por reforma que se hizo de él en Madrid, cuando se nombraron jueces para las provincias del Archipiélago.

Al adquirir noticias el señor Oyanguren de que el Sultán de Mindanao había cedido al Gobierno español (representado por los señores Bocalan, Brigadier de Marina, y Figueroa, Gobernador de Zamboanga) el seno de Dávao; lo visitó; y al regresar a Manila, solicitó del Capitán General armas, pertre-



chos y municiones, el mando del territorio y el monopolio del comercio; obligándose a conquistar todas las costas del seno comprendidas desde el Cabo de San Agustín hasta la Punta de Sarangani. El Capitán General, oído el acuerdo de la Real Audiencia de Manila otorgó esta petición; limitando, empero, la duración del gobierno a diez años, el monopolio del comercio a seis, y extendiéndole el gobierno fuera del seno, desde la punta de San Agustín hasta Caraga. En su consecuencia, se despachó un decreto con fecha 27 de febrero de 1847, en que se dio el nombre de Nueva Vergara a la mencionada provincia.

Para llevar a cabo su conquista, reclutó Oyanguren gente visaya y con algunas embarcaciones fue a fondear en Malipano, isleta próxima a la de Sámal, situada a vista de Dávao. Apenas se apercibieron los sámales de los planes que se proponía realizar el gobernador vizcaíno, le ofrecieron víveres y hombres que le ayudasen en la empresa; cumpliendo como valientes hasta perecer algunos de ellos en el asalto y toma de la fortaleza, levantada a la orilla derecha del río, perteneciente al Sultán Bagó, que era el principal moro del seno. Dio este asalto Oyanguren en abril de 1848, con asistencia del Comandante General de Marina D. Manuel de Quesada y de la infantería que había sido conducida a Dávao a bordo del vapor *Elcano*; y lo mismo se ejecutó con el Sultán o Dato del río Hijo, que impedía la comunicación de esta provincia con la de Surigao. Terminada la conquista, fue nombrado Masandin dato principal de la isla de Sámar; a quien sucedió su hijo Daúpan, que vivía cuando fueron llamados los misioneros a fundar la misión de aquella isla; y a éste sucedió su hijo Severo cuando se bautizaron los sámales, y fue el primero, de entre sus principales, purificado con las aguas regeneradoras del santo Bautismo.

A principios de 1849 estaba ya Oyanguren en pacífica posesión del litoral del seno y había fundado la cabecera de Nueva Vergara, o Dávao, mereciendo que por Decreto de 29 de Enero del mismo año se diese al territorio por él conquistado, el nombre de «Nueva Guipúzcoa».

Bajo su gobierno llegó a reunir dicha población seis cabecerías y las rancherías del seno quedaron sujetas al dominio español. En la de Pundaguitan moraban cuatro familias cristianas y en los montes vecinos infieles manobos, de los cuales, por su comunicación y trato con los cristianos, solía alguno pedir el bautismo u ofrecer algún niño para que lo bautizaran; y al ser visitados por el Padre recoleto de Dávao les administraba dicho sacramento, celebrándose de esta suerte entre viejos y nuevos cristianos varios matrimonios.

A pesar de la conquista y de recorrer los españoles aquellas costas con

frecuencia; los moros de Balanguingui, famosos por sus piraterías, surcaban de vez en cuando con sus pancos las aguas del seno y rara vez salían de él sin haber cautivado infieles o cristianos; por este motivo y por no ofrecer Pundaguitan buenas condiciones para el cultivo; el señor Oyanguren, de acuerdo con los vecinos de esta visita, ordenó su traslación a Sigaboy, que las reunía excelentes para una gran población con extensos terrenos laborables.

Está situado Sigaboy al pie de una colina en cuya falda meridional corren dulces y cristalinas las aguas de un manso riachuelo, y media legua más al Norte, serpentea también otro de mayor caudal y mejor calidad, ambos utilizables para el regadío; al Oeste se extiende el mar Pacífico, en cuyas playas van a morir las tres calzadas que constituyen el plano de la población; a media legua escasa de la playa se levanta un islote, que ofrece seguro abrigo a los navegantes en ambas monzones Nortes y Sures y al Este descuellos una cordillera de bizarras formas y variada elevación, en donde, a una jornada de la población, moraban manobos, tagacaolos y mandayas. La fiesta patronal de Sigaboy se celebra el día de San Francisco Javier. La elección de este santo fue debida a un hecho providencial ocurrido en el asalto dado por los moros a Pundaguitan; porque al establecerse allí los cristianos habían levantado una capillita, colocando en ella varias estampas de santos de su devoción y los días festivos solían rezar ante ellas el santo Rosario. Asaltada, pues, la visita, la incendiaron los moros y al bajar los vecinos del monte notaron que únicamente salió ileso de las llamas el cuadro de San Francisco Javier y desde entonces lo invocaron por patrón.

Después del incendio se les presentaron varias veces los moros, mas nunca se atrevieron a desembarcar, ni lograron conseguir que los bogadores cautivos cristianos o infieles que llevaban en sus embarcaciones lo hicieran. Habiéndose fugado uno de ellos, fue preguntado por los de Pundaguitan, ¿por qué no se habían atrevido los moros a saltar en tierra? les respondió, que desde sus pancos habían visto las colinas coronadas de cristianos. El sujeto que esto refería al P. Domingo Bové, le contó como testigo ocular, que el bergantín de Oyanguren había tenido que retroceder dos veces durante la conquista, sin poder doblar el cabo de San Agustín. En la segunda, los vientos y corrientes contrarias lo empujaron hacia el Norte más allá de Caraga y empleó seis días en recobrar lo perdido. En tales apuros se acordaron los tripulantes de que Pundaguitan tenía por patrón a San Francisco Javier; y el señor Oyanguren y sus compañeros prometieron descargar toda su artillería en obsequio del Santo navarro, si lograban doblar el cabo de San Agustín. En aquel mismo instante empezó a soplarles un viento favorable y doblaron el

cabo entre los disparos de los doce cañones que llevaban a bordo y la alegría común de los navegantes.

Algunos años después en la bahía de Pujaga se fundó otra pequeña visita denominada Mati, distante dos jornadas por tierra de Sigaboy.

A la una de la noche del 5 de marzo de 1860, fondeaba frente a Dávao el vapor de guerra *Elcano*, a bordo del cual se hallaba el malogrado P. Cuevas. Contemplando estaba dicho Padre casi absorto desde la sobrecubierta del buque el volcán Apo, de 3,300 metros de elevación, cuyas solfataras le parecían nevadas con los reflejos de los rayos solares; cuando distrajo su atención un bote con bandera española desplegada al viento, que seguido de una vinta, salía del río de Dávao con dirección al vapor. En él iba el comandante del tercio con sus oficiales y en la segunda, el teniente gobernador de Zamboanga, que desempeñaba a la sazón en aquel punto una comisión especial del servicio. Los viajeros desembarcaron al breve rato, entrando por la boca del río en la población, cuya salubridad era poco envidiable, por ser de escasa corriente y estar rodeada de esteros fangosos y manglares, que eran la principal causa de que reinaran en ella calenturas malignas, de que había fallecido dos meses antes el P. Recoleta, sin recibir los últimos auxilios de la Religión por falta de comunicación con los demás Padres de su Orden, que trabajaban en pueblos muy distantes de aquella provincia.

Constaba a la sazón su población de 843 almas distribuidas entre la cabecera y visita de Sigaboy. Constituían la primera buen número de deportados de ambos sexos, y soldados del tercio civil condenados a presidio por haberse hecho reos de cuatro desertiones; con lo cual fácilmente se comprenderá, que la religiosidad y buenas costumbres dejarían en ella harto que desear. Costóles mucho a los gobernadores lograr que el vecindario edificase sus casas de caña y nipa y que se dedicase al cultivo de la tierra; porque todas sus miras e inclinaciones se concentraban en los infieles para vivir entre ellos sin trabajar, andando todo el año por las rancharías con trueques y rescates. En el pueblo había solo una mala escuela regentada por uno que se llamaba maestro, dotado con el haber de dos pesos mensuales. Para defender el fuerte, levantado de materiales ligeros, existía una dotación de 100 hombres del tercio civil bajo el mando de cuatro oficiales salidos de las clases de sargentos y cabos del Ejército, de los cuales el capitán gozaba el prest de 20 pesos mensuales, 17 el teniente y 3 el soldado. En cuatro años no había surcado las aguas del seno vapor de guerra alguno, y solo era visitado por un barco de cabotaje cada año. Distinguíase la comarca de Dávao no tanto por la fertilidad del suelo, cuanto por sus preciados frutos y por el número y circunstancias

especiales de los infieles sus pobladores; denominábanse éstos tagacaolos, manobos, mandayas, bagobos, guiangas, bilanes, tagabelies, atás, samales y moros. Estos últimos ocupaban las desembocaduras de los ríos, principalmente del Tuganay, Tágum, Hijo y Súmlug. Todas las tribus de infieles vivían sumergidas en la más crasa ignorancia y grosera idolatría, y los bagobos sacrificaban víctimas humanas para aplacar la ira de Mandarangan, especulando con estos sangrientos holocaustos. No reconocían la moneda y trocaban sus mercancías por platos, granate, brazas de alambre grueso amarillo, telas, etc. Los principales artículos de exportación eran la cera, carey, balate, almáciga, canela, palay, nidos de golondrinas, cacao, café, abacá y azúcar. El oro se extraía de lavaderos procedentes del monte Quing-king; tejían con el abacá sus jables o dagmais, dándoles variados tintes y diseñando en ellos caimanes, idolillos, etc., que llamaban notablemente la atención por su labor esmerada.

Prosiguieron, con todo, algunos años los Padres Recoletos cultivando aquella pequeña y dividida grey, agregando a ella alguno que otro infiel. Entre todas las tribus del seno eran los samales los mejores amigos de los españoles y se prestaban generosamente a trabajar siempre que se lo pedía el Gobernador; en el riachuelo Binulin se había formado un pueblo con baluarte y escuela; en una de las visitas se bautizaron 24, entre ellos algunos manobos procedentes del cabo de San Agustín y se radicaron en Sámal.

Dispuso el Gobernador que los samales morasen en las playas; ejecutáronlo de mala gana y construídas que fueron dos o tres casitas en cada uno de los puntos designados, los llamó a Dávao y en una vichara que con ellos tuvo, convinieron en que pagarían tributo y se bautizarían. Este fue un sí arrancado contra su voluntad. Acto continuo escribió al Superior Gobierno y al Reverendo P. Superior de la Misión, para que mandasen Jesuitas a Dávao y a Sámal; porque se habían fundado en dicha isla algunos pueblos y no faltaban más que misioneros para introducirles en el redil de Jesucristo.

Procedió en esto el Gobernador con excesiva ligereza, ponderando ante el Gobierno Superior Civil del Archipiélago las buenas cualidades de los samales y asegurándole de oficio, que si un misionero de la Compañía pudiese ir a Sámal, antes de un año estarían todos los de la isla reducidos y convertidos al cristianismo; anunciando cuatro pueblos ya formados, junto a la playa, que nunca habían existido.

Fue llamada, por lo tanto, la Compañía de Jesús el día 1.º de junio de 1868 para cuidar de la administración espiritual de los cristianos del cuarto distrito de Mindanao y procurar la conversión de los infieles de aquel seno. Destináronse a dicha Misión los PP. Ramón Barúa, Domingo Bové, Ramón Pamies y



el H. Coadjutor Antonio Gairolas. Salieron el 1.º de octubre de Zamboanga en la goleta de guerra *Valiente* con el P. Vidal, Superior de la Región, y llegaron a Dávao el 7 del mismo mes: siendo recibidos por el Sr. Gobernador don Antonio García del Canto con sumo agasajo y hospedados por el P. Recoleta Fray Francisco Lenguas, quien vendió su casa de tabla, huerta, libros y muebles en 400 pesos al P. Barúa, que tomó posesión de su nuevo cargo el día inmediato siguiente. Consta entonces la población de unas 1,000 almas, exceptuando de este número la compañía del tercio civil de policía y la dotación de tres falúas, que constituían la subdivisión de Marina mandada por un teniente de Navío. Visitó la principalía a los nuevos misioneros e inmediatamente se dio noticia de su llegada a los sámales. El 19 del mismo mes salieron en una falúa el Gobernador, los PP. Barúa y Bové y D. Pedro Martínez, Comandante de la estación naval, y fondearon en Sámal a eso de las once de la mañana. Saliéronles a recibir en la playa gran multitud de infieles de varias rancherías y llegados a casa del dato, se les indicó que el objeto de la ida de los Padres a la isla, era para enseñar a sus hijos a leer y escribir y que si alguno de ellos quería ser cristiano se le bautizaría. «No queremos ser cristianos», respondieron muchos a una voz.—Si no queréis ahora, se les dijo, quizá alguno pedirá serlo más tarde. Estad, sin embargo, persuadidos de que a nadie se bautizará a la fuerza.—Al regresar a la playa para embarcarse les dijo el Gobernador, que habían de construir una casa para los Padres; a esto respondieron algunos a media voz, que no querían hacerla.

Con todo, días después comenzaron el corte de los materiales, y el 17 de diciembre pasaron los Padres a vivir allí en una solitaria casa provisional de nipa, porque ni uno solo de los cuatro ponderados pueblos existían; los PP. Bové y Pamies emprendieron excursiones por la isla, formaron el padrón de sus habitantes y vigilaron las obras de la nueva casa. En 24 de febrero de 1869 se habilitaron dos aposentos en ella: uno para capilla, donde celebraron por primera vez el santo sacrificio de la Misa y otro para habitación de los misioneros. En aquella misma fecha se remontaron los sámales dejando la casa por concluir, por haber recibido el día antes un oficio del Gobernador en que les mandaba que fuesen a Dávao veinte hombres de cada ranchería con sus capitanes a cortar nipa. El capitán pasado D. Antonio Cervantes, en nombre del Gobernador, y el P. Bové fueron a buscarles; hablaron con los remontados; les persuadieron a que volviesen; convinieron en ello; pidieron perdón por la deserción intentada y hechas las paces, se reanudó la tarea de la reducción. Relevado el Gobernador Sr. García del Canto por D. Francisco Sánchez, redujo éste los sámales a tres rancherías: una en Casulucan, donde vivían el dato

principal de la isla y los PP. Misioneros; otra al Norte en Dungas, y la tercera al Sur en Caputían; otorgó amplísimas facultades al misionero para trazar el pueblo y dirigir e inspeccionar sus trabajos en Casulucan; nombró al español D. Antonio Reyes, capitán retirado del tercio, para la dirección del de Dungas y encargó la formación del de Caputían a los mismos isleños. En muy pocos meses se levantaron sesenta casas en Casulucan, veinticuatro en Dungas y diecisiete en Caputían.

En las excursiones que hicieron los Padres, hallaron algunos nuevos cristianos, que vivían a lo infiel entre los infieles; bautizaron a muchos de sus hijos y a algunos de sus familias y se formó con ellos una calzada de cristianos en Casulucan junto a la Casa del Padre. Inauguróse este pueblo el día de San José, de 1869, con asistencia de los señores Gobernador, Comandante de la Subdivisión de Marina, médico de la estación, P. Barúa y otras personas de Dávao. Cantóse misa solemne por la mañana; celebróse procesión por la tarde; amenizó la fiesta la música de Dávao; hubo dos danzas de niños; matáronse dos toretes; no faltaron fuegos artificiales y todos, en fin, quedaron plenamente satisfechos del éxito de la inauguración de aquella nueva reducción.

Concluída empero la fiesta, les habló el Gobernador de la conveniencia de pagar tributo, en dinero y en efectos y, hecho el padrón, el teniente de cuadrilleros fue a Sámal y sin consultar con el misionero, lo leyó a los sámales indicándoles quiénes estaban exentos del pago por razón del cargo, edad o enfermedad. Creía el Gobernador que por ser la primera vez, faltarían muchos en satisfacerlo; que el Gobierno Superior Civil lo interpretaría benignamente, y que a los dos o tres años todos cumplirían con el pago. Presentóse al Gobernador el dato Daúpan con oro, plata y calderilla, preguntándole cuántos tributos se podrían pagar con aquella cantidad. Ajustóse la cuenta y se le dijo el número que con ella se podría satisfacer. Recogió Daúpan tranquilamente el dineao; dio gracias al Gobernador; y el día siguiente que debía empezar el cobro, coincidió con el relevo del Sr. Sánchez por D. José Marina.

Conferenció el nuevo Gobernador con el P. Bové; le refirió éste lo ocurriendo; y por no hacerse antipático, no quiso por entonces recordar a los sámales el cumplimiento de lo prometido; pero pasado algún tiempo les manifestó su propósito de observar la misma conducta de sus predecesores en esta materia. No estaban, sin embargo, los sámales dispuestos a secundar los intentos del Gobernador; porque llegado el día 24 de enero de 1870, se presentó al P. Misionero el dato Daúpan acompañado de doce principales de la Isla y le manifestó, que no podían pagar tributo por ser pobres. Recordaron el auxilio prestado a los españoles desde la conquista del Seno, y que el mismo Sr. Oyanguren

les había asegurado que jamás lo pagarían. Díjoles el Padre que dentro de quince días asistiría el Sr. Gobernador a la fiesta. Observó, sin embargo que, contra su costumbre, se le presentaron dichos principales armados de lanza. Al cabo de media hora el sacristán mayor del convento le dijo al Misionero: «Padre, los sámals se han remontado». Dio el P. Bové cuenta de todo al Gobernador y al día siguiente se presentó éste a Sámal acompañado de D. Antonio Reyes, para contener la rebelión. Envió un despacho a los retraídos diciéndoles, que les aguardaba en el pueblo dispuesto a oír sus reclamaciones y saber por qué habían abandonado el pueblo. Habiendo recibido el día siguiente noticia de que no querían bajar, porque había soldados en la playa; resolvió el Sr. Marina subir al monte acompañado del P. Misionero y cuatro o cinco personas más, sin arma alguna. A la media hora de andar y al subir la cuestecita del cogonal de Binúling, hallaron púas de caña clavadas en el camino y el mismo Sr. Gobernador quiso arrancar algunas con sus propias manos; mas, creyendo ser vigilados y que a medida que adelantasen se irían alejando los remontados; regresó a la ranchería y de allí a Dávao, dejando encargado al P. Bové y al Sr. Reyes que procurasen de común acuerdo atraer a los rebeldes y que luego que lo hubiesen logrado se lo avisasen y bajasen con los principales. Después de varios despachos, fijaron éstos el día en que se reunirían para presentarse al señor Gobernador en Sámal mismo. Acudió éste a la cita y los principales fueron al tribunal con su lanza al hombro en ademán sumiso. Cerca de una hora duró la entrevista; terminada la cual el Sr. Gobernador fue al convento, donde se hallaban reunidos los PP. Barúa y Bové, el Sr. Campos, español radicado en Sámal, y don León Sanz, capitán del tercio; y al entrar en la sala dijo el señor Marina estas palabras: «Debo decir a los Padres para su satisfacción, que ninguna queja me han dado en contra de los PP. Misioneros; al contrario, antes de marcharse al monte dijeron que habían pedido licencia al Padre y éste se la dio.» Como se ve confundieron, con tales palabras, la deserción formal con la inocente visita a las sementeras.

En la entrevista habida entre el Sr. Marina y los sámals se determinó que en vez del tributo sólo pagasen éstos dos reales de reconocimiento. Pero tampoco lo cumplieron; sino que de nuevo se retiraron al monte, quedando el dato con tres o cuatro familias en la playa, por tener algunos cocoteros que daban fruta, sin cuidarse más de habitar en las casas del nuevo pueblo. Y para que los cristianos permaneciesen en él; fue preciso asegurarles, que ni ellos ni los que en adelante se bautizasen pagarían tributo. Visto lo cual por el R. P. Superior de la misión, mandó que se retirasen de dicha isla los PP. Misioneros y que sólo de cuando en cuando la visitasen. Y como los nuevos cristianos

tenían sus sementeras a dos leguas del pueblo abandonado, para facilitarles el cumplimiento de sus deberes, se les levantó una pequeña capilla en Binuni, en donde celebraba misa el Padre cuando iba y rezaban ellos el rosario los domingos. Notóse allí cierta animación; algunos catecúmenos se prepararon para recibir el santo bautismo, otros presentaron sus hijos para el mismo fin y se verificaron algunos casamientos.

En aquel mismo año de 1870 el Gobernador del distrito, el Superior de la Residencia y el Comandante de la Subdivisión de Marina dieron una vuelta al Seno empleando 27 días en la expedición. Desde Dávao a Malálag observaron que casi todos los monteses eran bagobos, cuya tribu parecía ser la mejor dispuesta a formar pueblos en la playa. Desde Malálag a Sarangani los monteses parecían ser manobos, tagacaolos, caláganes y bilanes, y menos inclinados a la sumisión. En las islas de Sarangani vivían unos 1,000 bilanes y 300 moros sanguíes que dominaban a los primeros. El puerto de Malálag es excelente, y los dos de la isla mediana de Sarangani son buenos, aunque pequeños.

Desde Sarangani dieron vuelta al Cabo de San Agustín y a Sigaboy para regresar a Dávao. Los infieles de la peninsulita que forma dicho Cabo eran manobos, tagacaolos y mandayas.

Notóse durante este año en los moros marcada tendencia a formar pueblo junto a la playa de Sámal, donde construyeron más de 50 casitas y permitieron que se hiciesen cristianos los que quisiesen de los suyos: ascendió a 30 el número de bautismos que, con los 20 ya bautizados, formaron en dicha isla una pequeña cristiandad.

El día 2 de septiembre de 1870 instalaron los PP. Ramón Pamies y Marcelino Casasús Rivero la nueva misión de Sigaboy distante 30 millas de Dávao y 7 u 8 leguas por tierra de Mati. En cada uno de estos dos pueblecitos había una pequeña cabecera, formando entre los dos un total de 300 cristianos.

Por de pronto dispuso el Sr. Gobernador que se instalasen los dos misioneros en la casa-tribunal, mientras se edificaba la casa-misión. El cuarto de cada Padre era una pequeña jaula en que sólo cabía el catre, una silla y una mesita; el piso estaba formado con tiras de caña colocadas a pulgada una de otra; las paredes, con palos, cuyos huecos cubría un tejido claro de hojas de nipa semejante a una criba abierta a todos vientos, sin puerta ni cosa parecida que impidiese la vista y entrada *omni venienti*. Esta interinidad duró la friolera de dos años y dos meses, hasta que pudieron trasladarse los Padres a su nueva habitación que, aunque de nipa, tenía el piso de tabla y era más capaz que la primera. Los infieles de las rancherías se hallaban muy bien avenidos con su vida nómada por lo que veían que pasaba entre cristianos anti-



guos y nuevamente reducidos; los cuales, como procedentes de pueblos o rancherías en donde no había antes sacerdote, vivían de ordinario en sus sementeras y solamente el sábado o domingo por la mañana acudían al pueblo para oír misa, regresando el mismo día a sus viviendas. Por otro lado aquellos cristianos descuidaban la agricultura para dedicarse al tráfico, trocando con ropa, alambre, cuentas de cristal y abalorios, la cera y almáciga que los infieles recolectaban; y como carecían de capital para ello, pues todo el de que podían disponer se reducía al valor de unas cuantas pesetas; jamás salían de miseria.

Su ordinario sustento era el camote y arroz, mientras les duraba el de la cosecha, que comían cocido con agua y sin sal, y por todo acompañamiento algún pescadillo o marisco; y cuando les escaseaba la comida visitaban a los infieles y comían entre ellos como si fueran de su familia. La conversación obligada solía ser entonces la del hambre que se padecía en el pueblo, y la vista de terrenos cultivados por los manobos les atraía para vivir a lo infiel; y por no tener con que pagar anualmente el tributo y redimirse de los polos y servicios a que les obligaba la ley durante cuarenta días al año a beneficio del pueblo; se alejaban de éste con sus mujeres e hijos, e iban a fijar su residencia en la ranchería que más les acomodaba, donde eran recibidos los cristianos desertores con general satisfacción y alegría por los infieles.

Tales deserciones y la relación de sus motivos constituían el mayor obstáculo para la reducción de éstos, contra el cual se estrellaban de ordinario las razones más poderosas que el misionero alegaba, para inducirlos a que abandonasen las selvas y se organizasen en pueblos.

Nueve rancherías de manobos ocupaban la costa entre Sigaboy y el Cabo de San Agustín, en una lengua de tierra de 8 leguas de extensión. Vestían éstos calzón cortísimo que apenas llegaba a cuatro dedos de largo desde el arranque del muslo y algunas veces también chaqueta, lo más estrecha posible; pañuelo en la cabeza para envolver el moño y sujetar el pelo. Este lo cortaban los viejos, dejándolo largo de un palmo, y como no lo peinaban se les ensortijaba en todas direcciones, dando al rostro y a la cabeza un aspecto raro y salvaje. A los diez años de edad teñían todos de negro sus dientes y horadaban las orejas hasta formar enormes agujeros que agrandaban poquito a poco por medio de palitos, y más tarde hojas de palma enrolladas, metiendo por fin en ellos garruchitas, que se sostenían con la presión misma de la carne, adornadas en su parte anterior con embutidos de metal o trocitos de nácar, de los cuales pendían sartas de abalorios, que enlazaban con otros que llevaban alrededor de la garganta, colgando a veces hasta la cintura. Estos abalorios constituían su adorno favorito y con sus colores hacían infinitas

combinaciones y tejidos, formando una especie de corbatín a veces de buen gusto. Otro adorno era llevar colgados de la cintura por delante uno, dos o más rabos de cabrón blanco, o en su defecto pinceles planos, formados de pelo largo de cabra, a manera de rabo. Los niños que no podían llegar a tanto lujo suplían la falta haciendo sus *perizomas* con manojitos de ciertas hierbas u hojas olorosas de árboles. Las mujeres vestían jubón y jabol, saya de cáñamo, teñido y tejido por ellas mismas, que les llegaba hasta la rodilla. En los brazos llevaban aros de latón o taclobos sacados de la boca o abertura de ciertos caracoles cónicos y de un blanco parecido al marfil, y las había que llevaban el brazo desde la muñeca hasta el codo lleno de semejantes adornos, que pesaban a veces algunas libras; y las que podían, llevaban también en las piernas estos aros de latón, y en la cintura gruesos cascabeles del tamaño de una nuez; y jamás andaban sin su cuchillo y cesta en las espaldas.

Las armas que usan los varones son la lanza, por lo regular muy larga; el arco y la flecha envenenada con el zumo de cierta hierba y el bolo, cris o sable de hoja ancha, recta y doble filo, a veces flameado, el temple del cual no desdice de las afamadas hojas toledanas y damascenas; la empuñadura suele ser de madera dura sacada de alguna raíz u otra materia más preciosa como el banate, bantolinao o algún metal, según las facultades de cada uno; mas, estas armas las compran a los moros. Cuando salían a pelear, vestían unos chaqueta bien aforrada con algodón y abacá, y otros ceñían y envolvían el cuerpo con una faja de medio palmo de ancho y seis varas de largo llamada *limbuton*, cuyos pliegues resisten las aceradas puntas de las armas enemigas.

Entre los bailes con que las mujeres obsequiaban a sus huéspedes, había uno sumamente difícil y peligroso para la bailarina; cogían dos mujeres dos palos de dos varas de largo gruesos como el brazo; tomábanlos con ambas manos por las extremidades; los colocaban paralelamente y sentadas en cuclillas hacían chocar mutuamente los dos palos entre sí, golpeando también el piso, con cierto compás al son de un agun que estaba a cargo de otra mujer. Una joven aderezada de cascabeles y multitud de anillos de metal en las piernas, cuando le parecía bien y como si contase los compases de espera, salía a bailar, metiendo ya un pie ya otro dentro de los espacios de dos palos, y los volvía a sacar y meter otra vez y se paseaba de un extremo a otro bailando, expuesta, a cada salto o movimiento que hacía, a que los palos que se golpeaban le cogiesen los pies o le aplastasen los tobillos; pero nada de esto sucedía a pesar de que el baile solía hacerse a la mortecina lumbre que despedía un cucurucho de resina encendida, y las mujeres no mirasen donde daban el golpe, ni la bailarina donde colocaba los pies.

Durante los tres primeros años que permanecieron los PP. Pamies, Vivero y Bové en Sigaboy para reducir a estos infieles, sólo administraron el santo bautismo a tres niños moribundos y a seis adultos, cinco de los cuales eran mandayas, que acudieron a aquella misión de la parte de Caraga, en cuyos montes vivían millares de ellos, y un mestizo de moro y manobo; de suerte que a semejanza de los apóstoles se lamentaba uno de los misioneros amorosamente con Jesucristo, diciéndole: *Domine, per totam noctem; imo, per multos annos laborantes, nihil cepimus.*

El primer Misionero de la Compañía que reconoció la costa que media entre la playa de Caburay, situada en frente de las islas de Sarangani, y Dávao, fue el P. Marcelino Vivero (alias Casasús), y la ocasión, la siguiente:

Acostumbraba este Padre ir todos los años en tiempo de Cuaresma a Mati, para que sus vecinos pudiesen más fácilmente cumplir con el precepto pascual. En 18 de abril de 1875 se le ofreció ocasión propicia para ir a dicha visita por el cabo de San Agustín. Terminada su misión, y no pudiendo volver por tierra a Sigaboy a causa de la lluvia, malos caminos, y avenidas, se trasladó por mar a Macambul, Cabohayan y Luban, donde hizo labrar un timón por haberlo perdido la noche anterior; mas viendo que no bajaban del monte los grumetes a quienes había enviado; se arriesgó a salir, aprovechando una ráfaga de viento favorable con solos tres hombres en el baroto, y a las cuatro horas llegaba frente al cabo de San Agustín. Las olas iban en aumento, el viento era de proa y no pudiendo el baroto superar las grandes avenidas de la corriente, fue impelido hacia alta mar muy lejos de la costa. Tres horas estuvieron luchando inútilmente para contrarrestar el ímpetu del Océano embravecido; era ya entrada la noche y los grumetes rendidos de cansancio no podían volver atrás para coger tierra, ni fondear en ninguna parte. Sentóse pues el Padre en el timón de su baroto, que medía una vara de ancho y once o doce de largo, y mandó desplegar las velas al viento entregándose en manos de la Providencia divina. Pasó el Padre aquella noche sin dormir con viento recio, en dirección a alta mar, y al amanecer se encontró que había perdido la tierra de vista. Empuñó y dirigió por sí mismo el timón, animó a sus grumetes y cobraron nuevo aliento para remar. Serían las seis y media cuando descubrieron allá a lo lejos un pico de tierra, y pensando en que podría ser el cabo San Agustín, dedujo el Padre que, si dicho cabo se hallaba por la popa, las islas de Sarangani, aunque no se descubrían, debían de estar por la proa. El éxito demostró que no anduvo equivocado; pues sobre las nueve de la mañana distinguió un bulto hacia el cual se acercaron, y vieron que era efectivamente la costa de Sarangani.

Visitó en aquel instante al Padre la calentura que aguantó todo el día con la

mano puesta en el timón hasta que entre cinco y seis de la tarde pudieron alcanzar la playa de Caburay, habitada por sanguiles; mas, media hora antes de atracar, observaron que se habían colocado en la playa dos líneas de hombres con flechas y lanzas aguardándoles en son de guerra, juzgando que eran piratas. Atemorizáronse los grumetes, y antes de atracar, preguntaron al Padre si aquella gente era amiga suya; y respondiéndoles que sí, aunque moros, adelantaron. A cosa de un tiro de flecha púsose el Misionero de pie, para que los sanguíles y bilanes distinguiesen que no eran sino cristianos y amigos. Luego que le vieron vestido de sotana se echaron agua adentro para auxiliarles y sacar el baroto a la playa con los desgarrados. Al saltar a tierra hicieron al Padre largo interrogatorio, y cuando les dijeron que habían sido arrastrados por la corriente e impelidos por el viento, llenáronse de admiración y le ofrecieron sus servicios. Descansó allí el Padre dos días, en los cuales le visitó Dios de nuevo la calentura, que pasó tendido en la playa a la sombra de un *Talisay*, sin más medicina que un vaso de agua y unas gotas de anisado.

Otorgóle el Pandita dos hombres de auxilio hasta llegar a Dávao, pues los que llevaba de Matí no habían estado nunca por aquellas playas; visitó las rancherías de la costa, enteróse del estado de los infieles de ella, y el 4 de mayo fondeó en Sulang, donde halló cerca de veinte hombres con teas encendidas que iban a mariscar; prometiéronle que a la vuelta le ofrecerían presentes y así lo cumplieron, gratificándoles el Padre con un poco de alambre, que para tales casos llevaba. A la mañana del 5 fondearon en Talagútum, y allí comieron, saliendo el 6 para Tuguagu, donde le visitaron numerosos infieles. Les explicó la ley de Dios, y protestaron que querían hacerse cristianos y formar pueblo donde el Padre les indicase, y le suplicaron que no tardase mucho en visitarles; que le guardarían arroz y cera y se reunirían para oír sus instrucciones y aprender lo que les enseñase con el fin de recibir el santo bautismo.

Los de Tuguagu eran vecinos de los de Lais, cuya ranchería estaba asimismos dispuesta a entregarse por completo en manos del misionero para que los instruyera y bautizara.

Ensanchósele con esto el corazón al P. Vivero y olvidado de los sufrimientos pasados, dábalos por bien empleados con tan feliz hallazgo.

El día 7 de mayo arribó a Dávao donde permaneció tres días y dando el último adiós a sus calenturas volvióse inmediatamente a Sigaboy. Al llegar al río Sumlug varios caragüños que iban de viaje a Dávao le refirieron las congojas del P. Puntas y que los habitantes del pueblo hacían una novena a San Francisco Javier confesando y comulgando por el eterno descanso de su alma. Dichos caragüños llevaban un oficio de Sigaboy para el Sr. Gobernador y a uno




de los grumetes detenido en Luban, preso a la cabecera; tomó el Padre el oficio; puso en libertad al preso y mandóle volver consigo a Sigaboy.

A las nueve de la noche divisaron esta visita, y para anunciar su llegada a los vecinos, entonaron el popular cántico del «Oh María». Salió a la playa uno de los jueces y conociendo por la voz al Padre, como fuera de sí, fue recorriendo las calzadas del pueblo clamando a voz en cuello: «El P. Vivero acaba de llegar». Ante tal nueva abandonan todos los vecinos sus casas corriendo azorados a la playa, hombres, mujeres y niños, y sin poderse contener se arrojan muchos al agua, y se aproximan al barotillo para besarle la mano. Luego que estuvo en la playa se vio de improviso rodeado de tanta gente que le impedía dar un paso, queriendo todos a la vez besarle la mano, no sabiendo como expresar su alegría sino con lágrimas y sollozos. Dióles como pudo el Padre las gracias e invitóles a una misa de comunión para darlas a Dios, que tuvo lugar el día siguiente con sermón y «Te Deum», al fin del cual le aguardaban ya en la puerta el teniente, principales y demás justicias y todo el pueblo con la música para obsequiarle.

A mediados de julio de 1875 visitó el P. Vidal la residencia de Dávao y el resultado de esta visita fue abandonar la casa de Sigaboy para que pudiesen más fácilmente los misioneros hacer desde Dávao sus excursiones por el seno, permaneciendo más tiempo en tierras de infieles en donde se daría más gloria a Dios. Pareció que este plan debía dar mejores resultados que el de formar pueblos con poca gente, como se hizo en Sámal, a los que se les cargaba luego con tributos y otros gravámenes; motivo por el cual los infieles se retraían y jamás llegaban a prosperar; mientras que por el nuevo sistema de irles a convertir en sus propias rancherías se verían libres de tales obstáculos, el Padre misionero los instruiría con más detenimiento y recibirían el santo bautismo muchos que de otra suerte jamás lo recibirían.

En una hermosa comarca situada a la falda del monte Apo, distante como seis leguas de Dávao formó el P. Vivero la reducción de Tuban compuesta de tagacaolos, gente bien fornida y dispuesta.



## CAPÍTULO XII

**Instalación de la Compañía en Surigao.—Descripción del distrito.—Ministerios del P. Luengo y fruto de los mismos.—Apoyo del Gobernador.—Contradicción y calumnia.—Terremoto, baguio y víruelas.**

EN 1871 a consecuencia de ciertos disgustos ocurridos entre los PP. Recoletos y la autoridad político-militar de Surigao, el Excmo. Sr. Vicerreal Patrono D. José Izquierdo, con acuerdo del Ilmo. Sr. Obispo de Cebú, D. Fray Romualdo Gimeno y a instancias del Rdo. P. Provincial de los mismos recoletos rogó al Rdo. P. Bertrán, Superior de la Misión, que la Compañía de Jesús se encargara de la administración espiritual de la cabecera del tercer distrito de Mindanao: y en su virtud, propuso el P. Bertrán al P. Francisco Javier Martín Luengo para Misionero Párroco de Surigao. Aceptado el nombramiento por el Vicerreal Patrono se comunicó a dicho Padre en 28 de febrero; el cual, después de dejar arreglado lo de Dapitan y entregándolo al cargo del P. Juan Gelabert, salió en banca con el H. Canalda el 26 de abril, llegando al término de su destino el 13 de mayo, después de 18 días de inmejorable navegación. Durante el trayecto confesó a los enfermos de peligro de la costa, que sólo podían ser visitados una o dos veces al año por el propio pastor, y a los fugados de Catarman y demás pueblos de Camiguín, con motivo de la horrenda catástrofe producida por la erupción de un volcán en dicha isla durante la aciaga noche del 2 al 3 de mayo del mismo año. Refugiáronse por de pronto los fugitivos de Catarman en Sagay y Magínoc, distribuyéndose por la costa del segundo distrito de Mindanao contigua a Camiguín donde les halló el P. Luengo, testigo del cataclismo; pues para mayor impresión del hecho tuvo toda la noche varada la pequeña embarcación en que navegaba cerca de la punta Sipaca y frente por frente de la indicada isla, a la vista del denso y erguido penacho de humo que majestuosamente se levantaba del cráter del nuevo volcán.

Llegado a Surigao tomó posesión de su parroquia el día 15 de mayo, predicando por primera vez a sus feligreses el 18, en lengua cebuana, y desde entonces se observó un lleno casi completo en la iglesia durante el sermón los domingos y días festivos mañana y tarde; de este medio se valió principalmente el P. Misionero para realizar con más eficacia su apostólico plan, delineado perfectamente en las palabras que dijo a Jeremías el mismo Dios, al enviarle a su pueblo: *Ecce dedi verba mea in ore tuo: ecce constitui te hodie super gentes, et super regna, ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipés, et aedifices, et plantes* (1).

Está situado Surigao en 124° 20' poco más o menos de longitud E. del meridiano de Greenwich y cerca de los 10° de latitud boreal. Dista 136 leguas de Manila, extiéndose su distrito más de 80 de N. a S. por la costa oriental de Mindanao, incluyendo la Comandancia militar de Bislig. Las ondas del Pacífico besan la mayoría de sus pueblos; en las entrañas de sus montes se encierra el oro y vastísimas minas de carbón de piedra, y la codicia del hombre no ha hecho más que recorrer una puntica del velo de estos secretos. Poco después de la llegada de dicho Padre, ocurrió un ligero desprendimiento al pie del Tirabingan, entre Taganaán y Placer, dejando al descubierto una de tantas vetas o filones del precioso amarillo metal y, cual si fueran días de jubileo, acudía la gente para aprovecharse de las pepitas que, pródiga y espontáneamente, les ofrecía nuestra generosa madre naturaleza; y cerca del pueblo de Placer recogieron por este mismo tiempo los indios con sus procedimientos primitivos, en solo ocho días, más de 80,000 pesos; existen además minas de plata, cobre, platina y hierro sin explotar; sus bosques están poblados de excelentes maderas de construcción, por ejemplo: el magconó, cedro, bantolínao, camagón, molave, narra, hípil, balayon, anislag, dúngug-dúngug, guísog y otras resinosas; prodúcese en abundancia el arroz, el abacá y el tabaco, y con menos el café, cacao y azúcar por falta de cultivo. Sus dilatadas cordilleras, casi del todo inexploradas, constituyen con sus vertientes la cuenca del caudaloso Agusán y de los ríos que aportan sus aguas al Pacífico y mar de China, atravesando inmensas llanuras, formando varias lagunas y pantanos de poca profundidad, donde se guarecen y multiplican enormes caimanes, no pocos de ellos cebados en carne humana. La línea divisoria de las aguas que vierten sus respectivos caudales, al Pacífico y a las márgenes de la derecha del Agusán, la forman las cimas de los montes de la cordillera oriental de Mindanao, Cantilan y Jabonga, Tago, Magdiuata y Novelé, Miaga, Línguig y Tu-

---

(1) C. I.

dela, Manlubúan, Bungádon, Lucatán, Manurigao, Magdagasang, Campalili, Quinonóan, Baguán y Mayo.

De las contravertientes de los montes de Campalili y Quinonoan parten asimismo las aguas de los ríos Súmlug y Quin-Quing, que desembocan en el seno de Dávao, y entre el Batotb y el Hijo se halla la divisoria de las que fluyen hacia el mismo seno y el de Butúan; sucediendo otro tanto con el Oloagusan que separa las vertientes del Mánat, afluente de la izquierda del Agusan, de las de la izquierda del alto Sálug, que rinden tributo al Tágum; con los montes que separan las fuentes del Baobo e Hijauan, de los de la izquierda del Libaganon, que cambia su nombre con el de Tágum, poco antes de reunirse a éste el Sálug; y con los montes de los altos del Argauan, Ujut y Milagro, tributarios de la izquierda del Agusan, que rinden por el lado opuesto el caudal de sus corrientes a la izquierda del alto Pulañgi, que desemboca al SO. de la isla, cerca de Cotabato y Tamontaca.

Administraban en dicho distrito los Padres Recoletos, al tiempo que fueron a ocuparlo los de la Compañía, 11 parroquias, 53 anejos, 16 barrios o visitas, y existían en él 56 rancherías de infieles. Las parroquias eran las de Surigao, Gigáquid, Cantilan, Tándag y Bislig en la costa oriental de Mindanao; Mainit junto a la laguna de este nombre; Butuan en la margen derecha de la desembocadura del río Agusan; Bunauan en la izquierda del Simulao, afluente del mismo Agusan; Dinágat, Numancia y Dapá en las islas adyacentes de Dinágat y Siargao.

En cuanto a lo civil había en la cabecera de Surigao gobernador político-militar, alcalde mayor o juez de primera instancia con su promotor fiscal, secretario del Gobierno, auxiliar de fomento, almacenero, teniente del tercio civil de policía, intérprete, vacunador general, administrador de Hacienda pública, con su interventor, ayudante de Correos y maestro. Los pueblos y visitas eran gobernados por un capitán, gobernadorcillo, o teniente absoluto, o simple teniente; y sus Principaías compuestas de capitanes pasados y cabezas actuales de Barangay; había además en ellos sus fiscales, maestros y cantores, exentos todos del pago de tributos y servicios personales, y finalmente los polistas y tributarios distribuidos por cabecerías en sus padrones respectivos, donde constaban además los reservados por edad, enfermedad o privilegio, sin eximirse las mujeres del pago del tributo, que satisfacían por ellas los cabezas de familia; razón por la cual se denominaba entero el tributo cuando lo satisfacían los casados por sí y sus mujeres y medio tributo cuando alguno de ellos había enviudado. En todo pueblo y visita debía haber iglesia, convento, tribunal y escuelas.



Quince días después de la toma de posesión del P. Luengo, fondeaba en Surigao el cañonero *Calamianes* que conducía a bordo al gobernador interino del distrito, D. José Carvallo, acompañado del nuevo comandante militar de Bíslig, D. José Barrera. Era el señor Carvallo católico en sus ideas, amante del deber, patrocinador de las causas justas, y aunque de carácter severo estimulaba con su ejemplo, tanto a los españoles como a los naturales, al exacto cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Mostrábase atento y respetuoso con el clero, guardándole habitualmente las debidas consideraciones, aun en los casos en que se veía precisado a oponerse a los excesos de algún individuo particular de tan benemérita y distinguida clase.

Con sus acertadas medidas administrativas y vigilancia asidua, cambió en breve tiempo casi por completo la faz de la población y obtuvo que se arreglaran las calles y casas de la cabecera que estaban a su llegada sumamente descuidadas y deterioradas; y si algunos vecinos ahogados por el extraordinario trabajo iban a desahogar las quejas de sus afligidos pechos al misionero, éste los templaba con la dulzura de sus palabras y eficacia de sus persuasivas razones; y casi siempre se volvían con la herida cicatrizada y alentados con la esperanza del próximo y duradero provecho que reportaría toda su familia a trueque de aquel corto trabajo y pequeño sacrificio. Lo primero en que puso su atención el P. Luengo fue, en que cada casado tuviese casa propia y cada casa sus diferentes y respectivos compartimientos, que luciese por las calles la decencia en el vestir y se desterrase la desnudez en que dejaban mucho que desear gran parte de los pueblos del Archipiélago, debido a los excesivos calores del clima intertropical; y alcanzó en esto tales ventajas que ningún hombre ni mujer, ni siquiera niño, que estuviese dotado de uso de razón, se atrevía a recorrer desnudo calle alguna. Desterróse asimismo la ociosidad, de suerte que los mismos representantes de casas comerciales extranjeras lo celebraban en sus reuniones y decían entre sí: «¿Qué prodigio es este que antes no veíamos un jornalero y nos desvelábamos para encontrarlo, y hoy hallamos treinta y cuarenta en un momento?» Debido a esto aumentó la pesca y mejoró el cultivo del campo, sembrándose a sus debidos tiempos el maíz, camote, ube, y demás raíces alimenticias, con que se libró Surigao del hambre que le amagaba y mantenía el arroz a precio fabuloso a poco de transcurrida la cosecha; lo que no sucedió en otros pueblos donde por la excesiva hambre se comieron hasta los caballos. El abacá subió a nueve y medio pesos el pico y la diferencia de la exportación excedió en un año respecto del pasado, de 7,000 picos; y desde entonces el vapor mercante *Oriana* hizo viajes periódicos de ida y vuelta constantemente hasta Cebú, y luego de Surigao a Manila directamente.

Aficionóse además la gente, debido a los paternales consejos de este Padre, a criar animales domésticos en sus casas, tanto para los trabajos de acarreto y de labranza, como para el pago de tributos y redención de polos y servicios personales.

Alejóse, en verdad, la gente de la explotación de las minas con procedimientos primitivos; pero en cambio ya no se presencié más el escandaloso espectáculo de que, nadando en oro, pereciesen de hambre los naturales; quitándose con esto uno de los principales fomentos de la embriaguez, del juego y de la lujuria.

Las expansiones honestas para solaz del cuerpo y del espíritu bien dirigidas, han sido siempre necesarias después del trabajo semanal, y al efecto dispuso el Padre que empleasen sus feligreses los días de fiesta santamente distraídos en el cuerpo y ocupados en el espíritu con sermón por la mañana y plática por la tarde a la misma hora de la gallera, que quedaba materialmente desierta. ¡Y cuántos hicieron entrega del gallo que era su tentación continua para el juego! En cambio era de ver cómo la multitud más selecta de jóvenes de la población se divertía pública e inocentemente al salir de la iglesia ante los más ancianos que, por vía de espectáculo, participaban de la animación y general regocijo.

Ni es de admirar que con tales entretenimientos muchos tenderos de tuba y vino de nipa hubiesen retirado sus patentes. Algo más le costó al Padre desarraigar el juego de naipes, y tuvo necesidad de estimular la vigilancia de los gobernadorcillos e ir a veces por sí mismo a sorprender a los jugadores en sus garitos; los cuales, cogidos in fraganti, dejaban por despojos dinero y baraja, de que se apoderaba el Padre, y se precipitaban ciegos por la escalera o ventana, siendo raro el que se pudiese detener a alguno. Llamaba luego el Padre al dueño de la casa y le hacía declarar los nombres de los delincuentes, a quienes citaba para que acudiesen el día siguiente a sincerarse de su conducta. Antes, empero, acostumbraban a presentarse las mujeres por sus maridos; y a ellas se entregaba el dinero que se negaba la mayor parte a recibir, por constituir el cuerpo del delito de sus maridos; y al remate, solía ir a parar al cepillo de las almas del Purgatorio.

Cuando llegó el Padre a Surigao no se hallaba mujer alguna que quisiese encargarse de la escuela de niñas en calidad de maestra, y respecto a la de niños, se había visto obligado el P. Recoleta, su antecesor, a quejarse de oficio al señor Gobernador de la provincia, para que interpusiese su autoridad y no se hallase desierta; porque ni aun niños para el indispensable servicio de la iglesia se hallaban en una población de 6,000 almas, como era la de Surigao.

Procuró, pues, el P. Luengo que se restaurara la escuela de niñas, sumamente deteriorada; y, provista de maestra, giró todas las semanas su visita, platicando a las niñas conforme la oportunidad lo demandaba.

En cuanto a los niños tuvo el consuelo, a la segunda visita que les hizo, de ver acudir a la escuela 200 de ellos sin que fuera menester apelar al extremo de las multas que le otorgaba el derecho; y recabó más tarde un maestro de ascenso de los mejores alumnos salidos de la Normal de Manila. Entretanto, de los sacristanes del Padre se escogieron los más sobresalientes para que se educasen en aquel establecimiento; cultivándose con esto un plantel de jóvenes los más aptos para reducir a la práctica en nuestros pueblos de Mindanao el reglamento del P. Cuevas, único vigente en el Archipiélago Filipino. Utilizando posteriormente la coyuntura de haber sido nombrado Vocal de la Junta provincial de Instrucción primaria del distrito, recabó que el Gobernador político-militar ordenase a algunos gobernadorcillos, que edificasen en los pueblos de su jurisdicción dos escuelas de tabla o tabique panpango: una para niños y otra para niñas.

Restauró la iglesia, y la dotó de alhajas y ornamentos para el esplendor del culto divino, de suerte que nada dejase que desear aún comparándola con las de España: mejoró el convento (1) y levantó nuevo campanario.

Pero en lo que más se distinguió fue en el perfeccionamiento moral de los edificios espirituales de las almas, como lo demostró en cierta ocasión, al parecer la menos a propósito, para lograr su objeto y fue, que con motivo de unas fiestas cívicas que se celebraron en la cabecera por la proclamación de Don Amadeo, Duque de Saboya, como Rey de España, acudieron a Surigao llamadas por el Gobernador todas las principales de los pueblos de la provincia, desde Butúan hasta Caraga. Dilatando entonces el Señor los senos de su inefable misericordia, quiso por la predicación, consejos privados y profusión de excelentes libros distribuidos por el P. Luengo, atraer aquellos corazones que se desahogaron con él en el santo sacramento de la penitencia, y al volverse a sus tierras, pregonaban en todas partes los maravillosos influjos de la divina gracia, por ellos experimentados.

Reconoció entonces el Padre que era insuficiente para dar abasto a tantas confesiones y consultas, y rogó al Señor que enviase obreros a su viña; porque acontecía que no ya solamente los de Surigao, sino también los naturales de otros pueblos e islas, arrostrando los peligros del mar, realizaban en barotos viajes de largos días para oír la palabra de Dios y confesarse con el misio-

---

(1) Así llaman en Filipinas a la casa donde reside el Cura Párroco.

nero. Aprovechaban para esto las fiestas mayores cual si fueran días de plenísimo jubileo; y haciendo gran parte de ellos confesión general, salían de Surigao con la paz del alma y alegría en el rostro a comunicar la buena nueva a sus familias de Bohol, Leyte, Misamis y Camiguín; con lo cual acudían todos los días en proporción creciente, de pueblos distantes, nueva gente a Surigao para confesarse, y hasta los cojos, tullidos y enfermos se hacían conducir en barotos o en hamacas, o acudían arrastrándose en muletilas a Surigao, para no privar a sus almas de tanto bien.

Ya desde el principio se había apercibido el Padre de la gran necesidad de idear una primera comunión que luego se repitió todos los años con escrupulosa regularidad y en su debida proporción en otros pueblos del distrito con extraordinario fruto de las almas; porque en Surigao, como en muchos pueblos de Filipinas, se había introducido la pésima costumbre entre los naturales, de no ir a comulgar hasta después de algunos años de haberse casado; otros se habían ya casado en terceras nupcias sin haberse jamás confesado; y muchos se caían de puro viejos en la fosa del sepulcro, sin haberse confortado siquiera una vez con el pan de vida eterna.

La primera comunión la dividió, pues, el Padre en dos secciones: en la primera entraron los que pasaban de 16 años; y en la segunda, los que no habiendo llegado a esta edad se habían preparado de antemano con semana y media de explicaciones doctrinales y a juicio del Padre se hallaban suficientemente dispuestos para recibirla. Y éstos, después de la comunión, renovaron con solemnidad las promesas del santo bautismo, predicando antes el Padre un sermón que produjo numerosas conversiones. «Dichosos vosotros—decían los ancianos a los niños—que vais a ser ahora bien enseñados.»

Después de la fervorosísima muerte de un chino bautizado en su última hora llamado Francisco Javier, tuvo el Padre al día siguiente el inefable consuelo de bautizar a una doncella de 17 años, a quien llamó Feliciano, hija de padres cristianos, que por vergüenza de presentarla de nuevo al cura, que le había dilatado el bautismo hasta que sanase de una enfermedad asquerosa que llaman bubas, había llegado a dicha edad, y lo que es más, nulamente confirmada, sin ser bautizada. Por la confianza que supo inspirarles el Padre, más de cuatro madres presentaron también a sus hijos que tenían ya meses y aún años de nacidos, sin estar bautizados. Bautizáronse asimismo dos jóvenes mandayas que vivían en Surigao desde su infancia, y otras personas presentaron manobos y manobas que servían de criados en sus casas, a quienes bautizó después de bien instruídos y preparados.

Era esto común en todos los pueblos de Mindanao y al propio tiempo



preciso proceder con sumo tacto, para que pudiesen ser instruídos y bautizados sin herir la susceptibilidad de sus amos; porque de lo contrario, lejos de presentarlos los hubieran ocultado.

Para completar la ejecución del plan propuesto en la reorganización de la familia cristiana, procuró infiltrar en la mente y el corazón de sus feligreses grande estima de la dignidad del sacramento del matrimonio, y de esta suerte obtuvo que sólo en los seis primeros meses de su administración parroquial, se hubiesen celebrado en Surigao 130 casamientos y el año siguiente 186; siendo, por término medio, los bautizos 220 al año y 120 los entierros.

Anejo a Surigao era el pueblo de Taganaán. Dista de él cuatro leguas, aprovechando la corriente favorable de la marea, e introduciendo la embarcación en una hermosa silanga que se halla al lado opuesto del fondeadero de Bilan-bilan y pone en comunicación el mar de China con el Pacífico; la cual no se abandona hasta llegar a dicha población. Dióles el P. Luengo los Santos Ejercicios en forma de Misión, y como fruto de ella se reanimaron las escuelas; introdujose el rezo del santo Rosario durante las veladas de la noche en la mayoría de las familias; sustituyéronse con cantos piadosos las canciones profanas, y casi todos los del pueblo se convirtieron a Dios. A muchos encontró el Padre en esta visita que huyendo de Negros, Iloilo, Cebú, Leyte, Sámar, Bohol, Dinágat, Siargao y Camiguín; se habían refugiado en las silangas cercanas a Taganaán, viviendo sin ley ni rey a merced de sus vicios, practicando el diuata o la idolatría en los camarines que para ello habían construído. Invitólos el Padre amorosamente a llorar sus pecados y a confesarlos; casáronse los que no tenían impedimento y se destruyeron los camarines en que se había rendido adoración a los ídolos.

Habíanse refugiado también en isletas contiguas y solitarias multitud de seres desgraciados, que se ocultaban de la sociedad de sus semejantes; cojos, mancos, paralíticos, leprosos y llagados; que juntos vivían en amigable consorcio creciendo y multiplicándose y disfrutando de inmundos placeres, cual si creyesen perdida la esperanza de vida mejor. Tales eran los alrededores de Taganaán por el lado del mar en aquellos días: un hospital de San Lázaro que purificó el misionero aplicando a las almas el remedio saludable de la penitencia sacramental, mucho más eficaz que el de las salutíferas aguas de la antigua piscina de Siloé.

Descubrió a la sazón el Padre en Bacuag una gran gruta llena de barotos atestados de esqueletos, con ollas y platos provistos de comida; los viejos contaron que se llevaron allí dichos cadáveres en ocasión de una gran peste que asoló el país. De los demás enseres no supieron dar explicación satisfactoria.

Concluida la misión de Taganaán regresó el P. Luengo a Surigao, dejando restaurada la iglesia deteriorada por la acción destructora del Anay.

Entretanto el gran demonio de Mindanao, que no dormía, levantó gran marejada, valiéndose de las autoridades superiores del distrito; pues con ocasión de que los españoles no acudieron a pesar de ser dos y tres veces llamados por el Padre a recibir las palmas el día de Ramos, estando en la iglesia; el señor Gobernador político-militar pasó comunicación al Alcalde para que instruyese del hecho, sumaria contra el Misionero.

Las declaraciones de hombres y mujeres duraron hasta media noche; notificáronse al P. Luengo, para que acudiese también a declarar; negóse el Padre, y en consecuencia se prohibieron las exterioridades del culto público fuera de la iglesia; en cambio ganó éste en solemnidad dentro de ella y fue el primer año en que se predicaron las siete palabras. Viendo, pues, cuán mal les había salido la cuenta, amainaron velas y dieron por terminado el asunto, acudiendo Gobernador, Alcalde y españoles el lunes de Pascua a besar de manos del Padre la sagrada reliquia del *Lignum-Crucis* en la iglesia, y tras ellos los naturales del pueblo hasta los últimos niños de la escuela.

A otro medio apeló el maligno espíritu para herir en lo más vivo la singular estima que de la reputación del Padre había el pueblo siempre formado. Pues como no acudiese el Padre a las tertulias nocturnas que en sus casas celebraban los españoles, lamentándose éstos del caso; uno más desvergonzado osó decir que si el Padre no acudía de noche, ya se sabía el por qué... Despreocupados se llamaban los que esto oyeron; pero no tanto, que no se ruborizasen al oír con tamaña reticencia tan descarada y manifiesta calumnia; y unánimes, y al instante se la reprendieron. Agriado con esto el calumniador, dijo con aire burlón: «Pues, ¿no lo queréis creer? ¿deseais ver cómo os lo traigo yo aquí antes de ocho días?» y levantando su mano derecha, exclamó: «Que me corten cuanto antes esta mano, si con ella no os lo traigo yo aquí cogido con el cuerpo del delito antes de este tiempo.» ¡Juicios de Dios! Antes de los ocho días se le reventó al desgraciado calumniador una arma de fuego, que le hizo trizas aquella misma mano: y tuvo que embarcarse precipitadamente para Cebú a fin de que se la amputasen antes que se apoderase de ella la gangrena. La amputación llegó a tiempo y le costó 2,000 pesos; más tarde, cayendo el calumniador de desdicha en desdicha, perdió su hacienda y fue condenado a presidio. Reconoció sin embargo a tiempo su pecado y pidió de él perdón al P. Luengo; que como buen imitador de Cristo se lo había ya otorgado de antemano. En cuanto a los españoles de la tertulia, espantados del hecho, reconocieron la mano de Dios vengando la inocencia del justo, y el que esto publica conoció al

calumniador sin su brazo y oyó referir el hecho de boca del mismo Padre, tal como lo ha referido.

Despechado el enemigo de humana naturaleza de la inutilidad de sus esfuerzos; intentó concluir de una vez con el pastor y su rebaño.

Era la mañana del domingo 5 de noviembre de 1871; estaba todavía reciente la memoria de los difuntos; y predicando el P. Luengo, observó desde el púlpito que forcejaban los hombres del coro por salir, y se amontonaban los de la puerta y caían unos sobre otros, armándose gran tumulto; e instantáneamente sintió, que la pared de detrás le empujaba reciamente, amagando arrojarle con ímpetu desde el púlpito a la mitad de la iglesia. Temió lo que podía suceder si perseveraba la gente agolpándose a la puerta de la iglesia, y gritó con fuerza una y otra vez, ordenando con imperio que nadie se moviese. Obedeció la mayor parte. El terremoto sin embargo arreciaba y se prolongaba de suerte que parecía no tener fin. El mismo Padre llegó a perder por un momento su serenidad habitual y acordándose de que era mortal, dio instintivamente un paso atrás en el púlpito, en ademán de salir; pero repuesto y avergonzado por los efectos a que podía haber dado lugar su cobardía, se mantuvo firme; levantó su corazón a Dios, e invocando en voz alta el dulcísimo nombre de Jesús, gritó esforzando de nuevo a la gente: «Que nadie se mueva, confiad en Dios; nada os sucederá». Desde aquel instante nadie se movió y clavados en el Padre con interés sus ojos, les parecía que a su lado nada podían temer. Duró el terremoto cinco minutos y aunque las paredes de la iglesia tenían tres varas de espesor, fue tal su intensidad, que el Sr. Gobernador, el Alcalde y los españoles que junto con los Padres Recoletos de Dinágat y Butúan estaban en la plaza, viendo como de aquel modo bamboleaba la iglesia, llegaron a persuadirse de que sin remedio se desplomaría. Gracias a Dios, ni una grieta se abrió, y prosiguió su sermón el Padre, haciéndose lo demás como de costumbre.

El tercer día de Pascua, 3 de abril de 1872, al mediodía fondeó en Bilan-bilan la goleta de guerra *Constancia* que conducía al Excmo. Sr. Comandante General del Apostadero de Filipinas, D. Manuel Maccrohon. Este señor desde su salida de Manila fue anunciado por el Excmo. Sr. Capitán General, D. José Izquierdo; para que se le recibiese por los jefes de provincia como correspondía a su categoría. Precedíale en sus visitas un cañonero. Fueron a saludarle a bordo el Gobernador del distrito, el Alcalde, el Promotor Fiscal, y el P. Luengo; esperando en el desembarcadero la principalía del pueblo, los españoles y los niños de la escuela con sus acostumbradas banderolas. Empero S. E. dilató el desembarco hasta las cinco de la tarde en que fue recibido cual convenía a su dignidad; y precedido de la música y acompañado de las autori-

dades y del pueblo, se dirigió en primer lugar a la iglesia parroquial, según había manifestado al P. Luengo en la goleta.

Estaba aquélla adornada con muchas luces en los tres altares. Después de breve oración inspeccionó los altares; se arrodilló y oró de nuevo encaminándose luego a la Casa Real donde permaneció más de una hora en conversación amistosa, retirándose inmediatamente luego a la goleta con el mismo acompañamiento que tuvo al desembarcar, a pesar de la copiosa lluvia que caía.

Al amanecer del día 4 cambió el cariz del cielo, presentándose aplomado a eso de las ocho con aspecto de colla que degeneró a las diez y media en manifiesto ciclón. Sus resultados fueron desastrosos; perdióse la cosecha del arroz; quedaron destrozados los cocoteros y arboledas; saliéronse de madre los ríos, arrastrando en su impetuosa corriente vacas, carabaos, y cuanto a su paso hallaban; y se vinieron al suelo dentro de la población ciento cincuenta casas, incluidas las del convento y tribunal. En la mayor intensidad del temporal se presentaron al P. Luengo el Sr. Gobernador Carvalho y los españoles ofreciéndole sus casas. Agradeció dicho Padre el ofrecimiento que rehusó, para acudir a la iglesia y sumir las sagradas formas que corrían inminente riesgo, y voló luego al socorro de los habitantes del pueblo con agua hasta la cintura. Hallábase el baguio en su apogeo; la lluvia impulsada por el huracán azotaba la cara del Misionero cual si fuera recia disciplina; seguido éste de dos sacristanes animó valerosamente a los vecinos de la población que acurrucados en sus petates, o en medio de la calle, aguantaban la ventisca sin atreverse a buscar mejor y más seguro abrigo. Cesó el tifón a las tres de la tarde; nadie, por la misericordia de Dios, pereció; alojáronse los que quedaron sin albergue en las escuelas y piso bajo del convento, que había quedado ileso; distribuyóseles aquel día ración de surtido, galleta y arroz; el siguiente, marcharon a sus ilayas; y reedificando luego sus casas arruinadas con ayuda de los demás; entró Surigao al poco tiempo en su estado normal. Mas, como las plagas y calamidades jamás suelen venir solas, permitió el Señor que se cebasen las viruelas en la población durante cuatro meses, produciendo cerca de trescientas víctimas, niños en su mayoría.





---

## CAPÍTULO XIII

Salida del General Echagüe.—Inauguración del Internado.—Viajan los misioneros por el Istmo de Suez.—Intervención en los exámenes.—La escuadra del Pacífico.—Cuadro de profesores y asignaturas.—Influencias de la revolución de septiembre.—El primer ciclo escolar del Ateneo.—El decreto de Moret sobre reforma de enseñanza.—El General Izquierdo.—El primer visitador.—Fiestas jubilares.—La revolución de Cavite.—Ejecuciones, destierros y deportaciones.—El P. Lluch es nombrado Superior de la Misión.—Llegan a Manila 2,000 soldados.—Alcalá Zamora.—Conducta del General Alaminos.—Muerte y entierro de Zamora.—Decreto de Beatificación del P. Fabro.—Panteón para los de la Compañía.—Enfermedad y salida del P. Lluch.—El P. Heras Vicerrector y Vicesuperior.

A principios de abril de 1865 salió para España el General Echagüe con su hijo, alumno de nuestra Escuela Municipal. Su dignísima esposa, señora de bellísimas cualidades, había fallecido del cólera en noviembre de 1864, asistida por el P. Vidal. La Compañía de Jesús debe a ese pundonoroso e inteligente militar la inauguración de la Escuela Normal y una protección generosa a las misiones de Mindanao. Tuvo el sentimiento de ver devorados por el fuego, el último año de su permanencia en las islas, el cuartel de infantería, una gran parte de los barrios de la Ermita y de Malate; y el anterior, el almacén de tabaco, con gran pérdida de la Hacienda, y el extenso barrio de San Nicolás.

Por septiembre de aquel mismo año se inauguró el internado en el Ateneo Municipal con treinta alumnos, que se acomodaron en la pequeña obra hecha a continuación del colegio, en dos casitas de nipa compradas a los Padres Agustinos el año precedente; y habilitando otra casa antigua perteneciente al Sr. Arzobispo, se pudo formar un dormitorio capaz para albergar cincuenta internos; siendo su primer inspector el P. Soler. Tanto esta obra

como la de la casa de campo de Santa Ana, derribada al principiar la cuaresma, por haber quedado muy mal parada del temblor ocurrido en 3 de junio de 1863; fueron dirigidas por D. Antonio Vita y Soto, joven muy virtuoso, que vivía en el Colegio con los Nuestros y estaba aguardando ser admitido en la Compañía, como efectivamente le admitió N. P. General, enviándole a Buenos Aires, con el sobrenombre de Antonio Sáez, donde falleció en la paz del Señor el día 8 de octubre de 1868.

Hasta 1866, todas las misiones de las órdenes religiosas habían salido de Cádiz para Manila por el Cabo de Buena Esperanza en las fragatas de vela de la casa de comercio de D. Ignacio Fernández de Castro, fundada en Cádiz poco antes de 1840. De esta casa formaron parte después algunos parientes cercanos suyos. Se lanzaron primero al mar las fragatas *Záfiro*, *Arispe*, *Unión* y alguna otra y en años sucesivos la *Reina de los Angeles*, *Luisita*, *Concepción*, *Guadalupe*, *Santa Lucía*, *Hispano-Filipina*, *Encarnación* y *Emigrante*; que sostenían el comercio de cabotaje entre el Archipiélago y la Península, y en estos buques navegaba de ordinario el pasaje oficial y particular con destino a Filipinas; salvo algún elevado personaje que lo hacía por el Istmo, trasbordando luego al otro lado a vapores de compañías extranjeras. La primera misión de la Compañía que viajó por dicho Istmo salió de Marsella el 19 de octubre de 1866, compuesta de los PP. Ferrando y Rivas, los HH. EE. Alegret y Puntas y los HH. CC. Riera y Muntaner; y al llegar a Suez, prosiguió su viaje en uno de los vapores de las «Mensajerías Imperiales» hasta Hong-Kong; desde donde, subiendo a bordo del bergantín *San Lorenzo*, se trasladó a Manila, desembarcando en el río Pásig el 19 de diciembre.

Los exámenes académicos de este curso debían celebrarse según reglamento con intervención de los profesores de la Universidad; mas como no se había planteado todavía la segunda enseñanza según el nuevo plan, se consiguió del Gobierno que fuesen constituidos los tribunales por los profesores del Ateneo que designase el P. Rector, y así se hizo.

Constaba a la sazón el personal del Ateneo y Casa Misión de siete Padres, siete Hermanos escolares y ocho Coadjutores. Los alumnos de primera enseñanza ascendían a unos doscientos y los de segunda a cerca de cien; todos, con raras excepciones, españoles y mestizos.

Fondeó por este tiempo en la bahía de Manila la Escuadra del Pacífico comandada por don Manuel de la Pezuela. Hicieron los marinos su solemne entrada en la ciudad, siendo recibidos por el Municipio y autoridades, y acompañados a la Catedral, donde se cantó un solemne «Te Deum» con asistencia

del Capitán General interino Sr. Solana, del Arzobispo, Cabildo y otras Corporaciones. Festejóles este día el Cabildo con un banquete, y en el siguiente hubo oficio de difuntos con oración fúnebre en sufragio y honra de los héroes que habían perecido gloriosamente por la Patria en el Callao. Invitado el Jefe de la Escuadra por el reverendo Padre Superior de la Misión, pasó unos días con los Nuestros en el Ateneo y casa de campo de Santa Ana. Con esta ocasión los alumnos internos del Colegio visitaron la fragata *Numancia*, que fue el primer barco blindado que surcó las aguas del Pacífico y dio la vuelta al mundo. A fines de octubre hizo su entrada solemne y tomó posesión de su cargo el nuevo Capitán General D. José de la Gándara.

Los exámenes académicos principiaron el 18 de marzo con intervención de dos profesores de la Universidad de Santo Tomás. A éstos siguieron los de primera enseñanza presididos por el Ayuntamiento y varios certámenes entre los alumnos más sobresalientes de la segunda.

Para el curso de 1867-1868, se consignaron las asignaturas y los profesores del Ateneo en el cuadro o estado siguiente:

1.ª Enseñanza.	Clase 1.ª elemental . . . . .	HH. CC. Ferrer y Betriu.
	Id. 2.ª id. . . . .	P. Jaime Orta.
	Id. 3.ª Clase superior . . . . .	H. Pablo Ramón, escolar.
2.ª Enseñanza.	1.er año de Estudios generales.	H. Juan Quintana, »
	2.º . . . . .	H. José Filella. »
	3.º . . . . .	H. Jaime Nonell. »

Estudios de Aplicación.—Aritmética y Algebra, Inglés y Francés: H. Carmelo Polino, escolar.

Derecho mercantil, Economía política y Aritmética mercantil.—H. Juan Ricart, escolar.

Geometría y Topografía, H. Federico Faura, escolar.

Los demás cargos así de la casa como del Colegio quedaron como en el año anterior. A la clase de Música, cuyo profesor era el Maestro de Capilla, señor Calahorra; y a la de Dibujo, desempeñada por el Sr. D. Agustín Sáez, se agregó la de Gimnasia, proporcionando los aparatos la liberalidad de uno de los padres de los niños, que los hizo venir exprofeso de París.

El día 26 de abril de 1868 fue nombrado Vicerrector del Ateneo Municipal el P. Francisco Javier Martín Luengo, cesando en el cargo de Rector el Padre Jacinto Juanmartí, y el 11 de junio del mismo año, fiesta del Santísimo Corpus Christi, se leyó la patente de N. P. en que nombraba Superior de la Misión al Rdo. P. Pedro Bertrán en reemplazo del P. Juan Bautista Vidal. Este se

embarcó el día siguiente para Zamboanga, en calidad de Vicesuperior de los Nuestros del Sur de Mindanao siendo llamado de Polloc a Manila el P. José Ignacio Guerrico para ejercer en el Ateneo los cargos de P. Espiritual de los Nuestros y socio del Rdo. P. Superior de la Misión.

El triunfo de la revolución de septiembre de este año ocurrido en la Península, llamada por sarcasmo «La Gloriosa», no tardó en comunicar los efectos de su ponzoñosa influencia en el hermoso Archipiélago filipino. Conocidas extraoficialmente las novedades, sentíase en Manila cierta ansiedad sobre si deberían celebrarse o no el 19 de noviembre los días de Isabel II, ya destrozada. Algunos hijos del país más exaltados, deseosos de que se les presentase ocasión propicia para sacudir el yugo de la soberanía española, que de mala gana sufrían, intentaban hacer con esta ocasión demostraciones en este sentido. Mas como tales noticias carecían de carácter oficial, el Gobernador Superior Civil del Archipiélago Sr. D. José de la Gándara proveyó con prudencia y energía dignas de todo elogio, que se celebrase dicha fiesta hasta recibir órdenes en sentido contrario del nuevo Gobierno constituido. Privados por lo tanto de este pábulo, no tuvieron los inquietos más remedio que sujetarse a las disposiciones de la autoridad; aplazando para ocasión más propicia sus proyectadas manifestaciones. No tardó ésta en presentárseles muy favorable<sup>ext</sup>, porque el primer empleado que el Gobierno revolucionario español envió a Filipinas fue el teniente general D. José de la Torre, que desembarcó en Manila el 17 de junio de 1869, para reemplazar al General Gándara.

Diputado en anteriores legislaturas, se había distinguido siempre el General la Torre por sus ideas republicanas antidinásticas; así que para los hijos del país, ansiosos de su emancipación, alboreó con esta llegada el sol esplendoroso de su independencia.

Presentáronse, pues, la noche del 23 de julio, los principales agentes del movimiento con músicas y antorchas encendidas, acompañados de un buen golpe de naturales y mestizos de la capital y pueblos limítrofes; y después de haberle cantado un himno muy significativo, subieron a saludar y felicitar al Capitán General en sus propias habitaciones. Ignorando éste el terreno que pisaba, y el alcance del lazo que se le tendía, recibió a fuer de buen republicano, a la Comisión que se le presentó, de una manera asaz democrática; pues es fama, que quitándose el fajín, única insignia de la autoridad que llevaba, lo tiró sobre la mesa, diciendo: «Ahora todos somos iguales»; fraternizando luego con los señores de la Comisión, que salió sumamente ufana y satisfecha de la buena acogida que les dispensara el ciudadano la Torre. No pasaron muchos meses sin que al trasluz de los trágicos acontecimientos de Cavite, pudiese



éste apreciar el verdadero fin a que se dirigían semejantes manifestaciones.

Inmediato efecto de aquella favorable acogida fue el casi completo aislamiento en que se halló dicho General de las personas sensatas y de más elevada posición social de Manila, incluso la del general segundo cabo, lo cual, agregado a los buenos consejos de personajes influyentes y amantes de la paz y tranquilidad del país, contribuyó a que se le cayera la venda de los ojos, porque poco a poco fue despojándose de sus ademanes democráticos y descartándose de los solapados amigos que procuraban atraerle a sus siniestros y dañados planes. Con todo jamás llegaron a concebir los discretos y prudentes, lisonjeras esperanzas de este general, por su notoria incapacidad y averiadas ideas.

El mismo mes de su llegada había salido para Roma el Excmo. e ilustrísimo señor Arzobispo de Manila, Dr. D. Gregorio Melitón Martínez, con el fin de asistir al Concilio Euménico Vaticano; quedando de gobernador eclesiástico el señor Provisor, D. Mateo Yagüe, activo y emprendedor, el cual aprovechando la influencia de que gozaba en el palacio de Malacañang, solicitó el apoyo del general para descombrar la Catedral arruinada desde el horroroso terremoto de 3 de junio de 1863; volviéndola a levantar casi de nueva planta: mas, como no pudo, por desgracia, concluir la por ciertas rivalidades que tan funestas han sido siempre en aquel país, lleno de aflicción por lo mal interpretadas que habían sido sus rectas intenciones, solicitó su regreso a España, deshaciéndose luego miserablemente lo que a tanta costa se había edificado.

En las fiestas de la Virgen del Rosario que solemnizaron este año en su iglesia los hijos de Santo Domingo se suprimió la procesión acostumbrada a causa de haberse sabido por varios anónimos y algunas manifestaciones preliminares de mal género, que durante dicho acto había de realizarse un conato de sedición, legítima consecuencia de los insensatos loores con que en aquellas islas se ensalzaba imprudentemente en todos tonos, uno y otro día, la revolución realizada en España, por los mismos que tenían el deber de reprimirla en aquellos países.

Con el presente curso terminó el ciclo escolar de los estudios oficiales de segunda enseñanza que habían principiado en nuestro Ateneo el año de 1865, mereciendo los alumnos de quinto año recibir los títulos de bachiller en artes, y los de estudios de aplicación, los de perito agrónomo y mercantil.

Tan solemne acto tuvo lugar el día 31 de marzo de 1870 con el de la distribución de premios. Precedió a la entrega de los diplomas un bien razonado discurso en que se hizo breve pero completa reseña de todos y cada uno de los estudios que abarcan las dos referidas enseñanzas, del que no podemos

menos de trasladar aquí los párrafos más salientes, que nos darán idea de la altura a que habían llegado en dicho centro, las letras y las ciencias.

Discurriendo, pues, el orador sobre la enseñanza del latín, dijo: «Esta, nos ha perfeccionado en el conocimiento de una lengua que es todavía al presente, a pesar de los esfuerzos que se hacen para sustituirla por otra, la lengua universal de los sabios, toda vez que en ella están escritas las obras magistrales de la mayor parte de las ciencias. Ella es, la que entusiasmando los ánimos de la República del Lacio, hizo que sus legiones conquistaran bárbaras y dilatadas regiones; ella, la que resonando en el foro romano con fuerza todo varonil a favor de los sagrados intereses de la patria, llegó a tan alto grado de vigor y elegancia, que en vano han pretendido igualar los idiomas modernos. Pura en Cicerón, suave en Virgilio, enérgica en Horacio, fácil en Ovidio, patética en Tibulo, concisa en Salustio, elegante en Tito Livio, sencilla en Julio César, tersa y melodiosa en Cornelio Nepote... De esa lengua, por fin, como de un tesoro inagotable sacaron sus bellezas y primores los buenos hablistas, los acabados modelos que en diversas naciones de Europa han contribuido a formar lo que cada una de ellas llama con orgullo un siglo de oro...» y haciendo resaltar luego los primores de la lengua griega, añade: «Si bien no con tanta profundidad como la latina, nos ha sido dado, sin embargo, poder estudiar la lengua de Demóstenes y de Pericles. Ya no es cosa para nosotros desconocida la inimitable sublimidad de Píndaro después de haber interpretado algunos de sus cantos con los que inmortalizó a los héroes del estado olímpico; admirado habemos también algunas de las bellezas que encierran los cantos inspirados del Padre de la Poesía griega, y el tierno Anacreonte nos ha hecho sentir los suaves ecos de su dulce lira, recreándonos a su vez Bión con el sencillo son de su pastoril zampoña. ¿Y, qué diré del placer que sentía nuestro ánimo al interpretar la filosofía profunda encerrada como en otros tantos vasos preciosos, en los breves y sentenciosos apólogos del popular filósofo de Atenas?...» Al mismo tenor sigue discurriendo el orador por las lenguas española, inglesa y francesa, por los variados jardines de la Retórica, por los dilatados horizontes de la Historia y Geografía, por las regiones todavía más vastas de las ciencias naturales, físicas y matemáticas y por la reina de todas, la Filosofía; y disertando luego sobre la importancia de los estudios de aplicación a la Agricultura, Industria y Comercio terminó su discurso agradeciendo a sus maestros y profesores y a la Excm. Corporación que S. E. presidía el insigne beneficio de que gozaban. El Ayuntamiento de Manila que había asistido esta vez en pleno, quedó tan satisfecho de los felices resultados obtenidos en la enseñanza por su establecimiento, que no sabía cómo agradecer al R. P.

Rector y profesores los trabajos y desvelos por ellos empleados para elevarle a tanta altura, realizando de esta suerte el lustre y esplendor literario y científico de la capital del Archipiélago que dicha Corporación personificaba.

Densos y siniestros nubarrones se iban, sin embargo, acumulando y cerniendo contra la enseñanza religiosa, amagando descargar en deshecha tempestad, con el famoso decreto de 6 de noviembre de 1870 expedido por el ministro de Ultramar, D. Segismundo Moret y Prendergast, sobre reforma de enseñanza en Filipinas; en virtud del cual, así el colegio que dirigían los Padres de la Compañía de Jesús, como los demás que en Manila existiesen, debían refundirse en un Instituto Filipino, que proyectaba crear en dicha capital. Esta reforma en el fondo, no era más que el monopolio y la secularización de la enseñanza del Estado en aquella colonia.

A pesar de las representaciones y súplicas elevadas a la primera autoridad por los prelados de todas las Corporaciones religiosas, se publicó en la *Gaceta* dicho decreto, por el que se mandaba cerrar todos los institutos y colegios de segunda enseñanza; permaneciendo sólo en pie la Universidad y el Instituto, que ya no debían llamarse de Santo Tomás, ni Regios, ni Pontificios; sino pura y simplemente Filipinos.

Era en Manila el alma de todo este negocio el señor don Patricio Clemente, quien por virtud y gracia de la gloriosa revolución septembrina, había pasado del humilde estado de profesor de instrucción primaria en España al de secretario del Consejo de Administración en Filipinas, cargo que hasta entonces siempre se había confiado a un letrado; mas, como si esto no fuese bastante, se le agregó al poco tiempo el de secretario del Gobierno general. Era éste, hermano de don Antonio Clemente, empleado en el Gobierno civil de Manila y elevado por el Ilmo. Sr. Cuartero, Obispo de Jaro, a la dignidad sacerdotal, a quien poco después la Universidad de Santo Tomás confirió el grado de doctor en Teología y luego fue nombrado capellán de Palacio, rector del Colegio de San José y canónigo de gracia de la santa iglesia Catedral.

Justamente alarmados los buenos católicos de Manila por las monstruosas innovaciones introducidas en la enseñanza, interesaron al cielo para que alejase de ellos tamaña tormenta; y con motivo de haber declarado la Santa Sede protector universal de la Iglesia Católica al glorioso Patriarca San José, se celebró en su obsequio, en el grandioso templo de San Agustín con extraordinario concurso de fieles, una solemnísimá novena desde el 10 al 19 de marzo, distribuyéndose el clero secular y regular los sermones, que se predicaron todos los días mañana y tarde. Con tan valioso patrocinio fue despejándose poco a poco la borrasca hasta dejar el cielo enteramente serenado.

Las exposiciones del Ayuntamiento municipal, las de los ciudadanos más principales de Manila, y sobre todo el regreso a Europa del Capitán General señor Latorre; fueron los medios de que se valió la Providencia divina, para que se abandonase del todo un proyecto que tanta agitación había producido en las familias católicas de la capital y de las provincias. Lo único que de este Real decreto resultó fue el establecimiento de las facultades de Medicina y Farmacia en la Universidad, a cuyas cátedras asistieron varios alumnos que habían terminado ya los estudios de segunda enseñanza en el Ateneo Municipal.

Para subvencionarlas, pretendió la Universidad que se traspasaran a ella las rentas de nuestro antiguo Colegio de San José. Nombróse de orden superior una comisión que informase sobre cómo podría realizarse plausiblemente; empero las desatentadas pretensiones de los universitarios se estrellaron ante la firme resistencia que con copia de datos y razones opusieron dos vocales de la Comisión: el señor Canónigo Setién, Rector del Colegio de San José, y el P. Magín Ferrando, ministro del Ateneo Municipal. Afortunadamente para la feliz resolución de esta y otras muchas causas, aportó en Bahía el día 14 de abril de 1871 el buque que condujo al nuevo Capitán General D. Rafael Izquierdo, el cual verificó su solemne entrada en la capital a las ocho de la mañana del día siguiente. Aunque este General había sido uno de los que fraguaron la revolución de septiembre de 1868, sus ideas eran con todo muy distintas de las de su predecesor. Hombre de orden, manifestóse desde el principio de su gobierno atento y cortés con las corporaciones religiosas, contra las cuales convergía principalmente la animosidad de los descontentos.

En el mismo buque en que fue el General Izquierdo, navegaron desde Marsella a Singapore los PP. José María Lluch, visitador de la misión, y Alejandro Naval, su compañero, los cuales fueron recibidos en el Ateneo Municipal de Manila el 16 de abril de 1871 con sumo regocijo de los Padres y Hermanos de ambos colegios.

Con las formalidades de costumbre se abrió la santa visita el día 23 de mayo, y se cerró el 16 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, saliendo el R. P. Visitador el 24 del mismo mes para proseguirla en Mindanao.

El número de los Nuestros era, en el Ateneo según catálogo de aquel año, de seis Sacerdotes, ocho Hermanos estudiantes y once Coadjutores.

No habiendo aún sido anuladas por decreto las disposiciones dictadas por el Gobierno anterior en contra de la enseñanza dada por los Religiosos, juzgóse prudente diferir la apertura del nuevo curso hasta que por otro decreto se les autorizase para ello, lo que no se verificó hasta el 20 de junio en que con toda



regularidad se dio principio en el Ateneo a las clases de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, favorecidas con mayor número de alumnos que el año precedente.

Por disposición del R. P. Visitador se celebró desde este año en la hermosa capilla del Ateneo la novena del Corazón de Jesús, pues por la singular devoción de los fieles eran muy numerosas las confesiones y comuniones que en ella tenían lugar los primeros viernes de cada mes. Dicha novena consistía en exponer a Su Divina Majestad antes de la misa que se celebraba a las seis y media, durante la cual se practicaban los ejercicios prescritos, cantándose en los intermedios devotos motetes. La misma función tenía lugar todos los primeros viernes de mes consagrados al Deífico Corazón, con la sola diferencia de hacerse antes de la reserva acto público de reparación y desagravios a Jesús Sacramentado.

Mas como cayese precisamente este año la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en 16 de junio, día en que Pío IX celebraba el vigésimoquinto aniversario de su elevación al supremo Pontificado, se solemnizó en el colegio con un *Te-Deum* de acción de gracias por el señalado beneficio con que el Todopoderoso había hasta entonces protegido a la universal Iglesia.

En una de las visitas con que el señor Arzobispo solía favorecer al Ateneo, hízosele presente que en vista de los grandes preparativos con que el orbe católico se disponía a solemnizar el venturoso y anhelado día en que nuestro querido y Santo Padre había de ver los de San Pedro; sería muy justo que la religiosa metrópoli del Archipiélago Filipino se asociase de algún modo para conmemorar tan fausto como jamás visto acontecimiento. Aplaudió el dignísimo Prelado el pensamiento, dándole a conocer a sus fieles diocesanos en una fervorosa Carta Pastoral, en la que les invitaba a festejar de un modo digno al Vicario visible de Jesucristo en la tierra, por el insigne beneficio otorgado por la piedad divina a su augusta persona. Cual chispa eléctrica cundió el entusiasmo entre los habitantes y corporaciones de la ciudad; y sin participación alguna del poder civil se designaron para la celebración de estas fiestas los días 7 y 8 de septiembre, ya que la premura del tiempo no permitía hacerlo el 28 de agosto, que era, según cálculo, el día en que igualaba Pío IX los del Pontificado de Pedro.

En el de la Natividad de la Virgen Nuestra Señora tuvieron lugar en todas las iglesias de Manila solemnísimas funciones religiosas, con misa y *Te Deum* cantados en acción de gracias al Altísimo. En la Catedral ofició el Prelado de Pontifical y el profesor de Retórica y Prefecto de Estudios del Ateneo P. Francisco Baranera pronunció un bellissimo discurso, ensalzando en la primera parte las grandezas y privilegios de María en su santo nacimiento; y en

la segunda, las glorias, combates y triunfos del inmortal Pío IX en su largo y difícil Pontificado.

Pero, donde rayó en delirio el entusiasmo, desbordando por doquier el regocijo popular, fue sin duda en las iluminaciones y festejos que tuvieron lugar aquellas dos noches. Indescriptible era a la verdad la brillante perspectiva que ofrecían las fachadas de todos los templos de la ciudad convertidas en otras tantas gigantescas ascuas de fuego por la multitud de millares de luces artísticamente colocadas, de que se hallaban cuajadas. Y, ¿quién se atrevería a describir las músicas, los cantos, los fuegos de artificio, el bullicioso tropel de gentío de todas las clases de la sociedad que, en ordenada confusión, henchían las calles y plazas de la ciudad?

Mas, concretándonos al Ateneo Municipal, sólo diremos que en el corto espacio de tiempo de que pudo disponerse, se organizaron dos clases de festejos: unos encaminados a fomentar la piedad y religión del Colegio, y otros ordenados a la participación del común regocijo. Tocante a los primeros, con el fin de que los alumnos pudiesen ganar la indulgencia plenaria por Su Santidad benignamente concedida, se les invitó a la comunión general que tuvo lugar aquel día a las seis y media de la mañana en la capilla del Colegio. A las ocho y media, expuesta Su Divina Majestad, se cantó la misa a toda orquesta; entonándose inmediatamente después el *Te Deum* conforme a lo dispuesto por la autoridad eclesiástica; y habiendo permanecido expuesto el Santísimo durante el día, hicieron la vela secciones de alumnos internos y externos del Ateneo y de la Escuela Normal de Maestros, acompañados de algún profesor, los cuales iban relevándose cada media hora, terminándose a las seis de la tarde con la solemne reserva y bendición. Dieron además los alumnos una abundante comida a más de 300 pobres, servida por estudiantes y profesores, en los bajos del colegio, a la una de la tarde del mismo día.

Celebróse aquella misma tarde una academia dedicada a Pío IX en la cual, después de elocuente discurso, se declamaron varias poesías en latín, castellano, catalán, inglés e italiano. Terminó el acto literario con un hermoso himno cantado por los alumnos con acompañamiento de piano. Careciendo el Ateneo de fachada a propósito para ser adornada, improvisó el H. Riera otra, de elegante forma gótica, que remataba con las insignias pontificias, y se adaptó al puente que en la calle de Anda une el Colegio con la Casa Misión, divisándose por todo lo largo de dicha calle causando de noche bellísimo efecto por la gran muchedumbre de vasos de luz que con el resto que iluminaban el edificio no bajarían de 2,500; y con las de bengala que casi de continuo ardían, convertían en claro día la encrucijada que con la calle de Anda forma la del Arzobispo.

En el centro de la fachada y en forma de medallón, se destacaba en un gran transparente el retrato de Su Santidad. Orlaban los ángulos del cuadro ramos de laurel y de espinas, símbolo de los triunfos y tribulaciones del Pontífice reinante y alrededor del busto la inscripción siguiente: «Pius PP. IX Natus III. Idus. Maii. MDCCXCII. Electus. XV. Kal. Iul. MDCCCXLVI» y al pie del mismo esta otra: «Pio. IX. Pont. Max.—Anno. Pontificatus. XXV. Circumactio.—Athenaei. Manilani. Studio.—Iuventus.—Gratulationes. Et. Vota.»

A derecha e izquierda del retrato de Su Santidad se veían también en grandes transparentes estas otras inscripciones, simétricamente colocadas en las ventanas de entrambos edificios: «Per. Syrtes. Et. Scopulos. Opere. Concilio. Que. Maximo. Mysticae—Navis. Clavum. Tenens—Vnus—Petri. Coaequavit. Ævum.» A la mano izquierda: «Lucis. Vaerae. Xsti. Iesu—Omnem. Illuminantis. Hominem. Vicarius. Rom. Pont—In. Reb. Fid. Morum. Que. Decernend—Magister—Nescius. Erroris. Sedet.»

En las dos alas laterales se leían por su orden las siguientes: 1.<sup>a</sup> «Juan María Mastai Ferreti—Casto Joven—Fiel Sacerdote—Misionero Celosísimo—Prelado Integérrimo—Ascendió a la Silla de San Pedro—El día 16 de junio de 1846—Con aplauso del Orbe.» 2.<sup>a</sup> «Declara a María Inmaculada—A los Heroes decreta Altares—Acrecienta las Misiones—La Gerarquía ordena—Base Santa da a las Leyes—Esplendor a Ciencias y Artes—Convoca el Concilio Vaticano.» 3.<sup>a</sup> «Desconocida la Antigua Herencia—Hundido el Trono—Con Amigos y Enemigos Generoso—Pío Necesitado Vive—De los extremos del Orbe Acorred oh Redimidos—Un Obolo al Vicario de Cristo.» 4.<sup>a</sup> «Juventud Leal Generosa—Doquiera Hoy Te Aclama—Corazones sin Miedo—Libre Tributo Te Rinden—Oh Padre del Alma—No se encontrarán entre ellos—Traidores ni Ingratos.» 5.<sup>a</sup> «Enviado de Dios Bien—Amado Pontífice Te Adoraban—Ayer Mentidos Sabios—Hoy Malquerido sin Causa—Cruels Agravios Olvidas—Y Pides al Cielo para Ellos—Perdón y Gracias.» 6.<sup>a</sup> «Cabe el Sepulcro de Pedro—Solo a Pie Firme—Ved al Angustiado Padre—Ardientes Preces—Oh Hijos de la Esposa del Ungido—Del Corazón Limpio sin Tregua—Alzad por Pío al Altísimo.»

Contribuyó a embellecer la perspectiva, la torre del Observatorio Meteorológico; porque en el centro de su azotea se levantó una tiara de formas colosales muy bien iluminada interior y exteriormente. En sus cuatro caras se habían colocado con grandes caracteres, formados por vasos de luces que podían leerse a larga distancia, estas cuatro palabras: «*Pius—Vidit—Dies—Petri.*» Se habían engalanado además las ventanas de ambos edificios con colgaduras de damasco carmesí, cortinajes, banderas, gallardetes y farolillos de color.

Así dispuestas las cosas, el día siete, primero de las iluminaciones, hallábanse reunidos enfrente de la fachada una numerosa banda militar y un nutrido coro de cantores compuesto de alumnos del Ateneo y de la Escuela Normal. Al toque de oraciones, rezadas en voz alta por todos los concurrentes, rompió luego inmediatamente la banda con un enérgico pasodoble, que unido a las calurosas y entusiastas aclamaciones a Pío IX y a la repentina salva de petardos, carretillas y cohetes que por doquier atronaban los aires, convirtiéndose luego en verdadera lluvia de fuegos de colores; fueron de imponente a la par que majestuoso y alegre efecto. Calmado ya tan grato tumulto, entonaron los cantores acompañados por la banda de música un himno al Pontífice soberano, compuesto expreso para estas fiestas y puesto en música y dirigido por el maestro profesor, que mereció plácemes de inteligentes, y nutridos aplausos de todo el auditorio.

Inmediatamente después, una numerosa comisión de ambos colegios, con la banda al frente, pasó a saludar al Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo; siendo esta la primera que se presentó a rendir tan lisonjero como debido tributo de filial adhesión y respeto al Sumo Pontífice. Recibióla S. E. I. con amabilidad suma. Uno de los comisionados leyó un fervoroso discurso, poniendo de manifiesto los sentimientos de que se hallaban poseídos sus corazones para con el Padre común de los fieles. Contestó S. E. I. con cariñosas frases entrecortadas a veces por la grata emoción que le dominaba. Pidió copia del discurso para enviarlo a S. S. con una relación de las fiestas celebradas en su honor. Los alumnos de la Escuela Normal pusieron en manos del Prelado una considerable suma reunida en una cuestación hecha entre ellos y los PP. Profesores de aquel establecimiento.

De vuelta al Ateneo siguió la banda militar tocando escogidas piezas hasta altas horas de la noche, alternando con una muy escogida orquesta costeada por los alumnos de comercio. Terminaron estas fiestas con una serenata dada por los colegiales al señor Arzobispo, y subiendo luego a despedirse de él, les dio S. E. gustoso la bendición, y en nombre de Su Santidad las gracias por sus filiales obsequios.

Los síntomas mal extinguidos de independencia que se dejaron sentir a la llegada del General Latorre y que parecían haber cesado ante la actitud severa del sucesor, D. Rafael Izquierdo, estallaron de improviso con una rebelión sangrienta, que tuvo lugar en Cavite los días 20, 21 y 22 de enero de 1872 al grito de «mueran los españoles». Varios de éstos fueron asesinados la noche del 20 por los rebeldes, capitaneados por el sargento indígena Lamadrid. Empepero, no habiendo sido secundado el movimiento por el resto de la guarnición,



se retiraron a la fortaleza, donde se resistieron durante dos días, hasta que habiendo pasado a Cavite fuerza y artillería de Maníla, fueron asaltados y vencidos, no sin derramar mucha sangre de una y otra banda. Entre los que perecieron, uno fue el mismo Lamadrid, quien se defendió hasta el fin con un valor y arrojo dignos de mejor causa. La fuerza de los sublevados se componía casi en su totalidad de soldados de marina y artilleros de la guarnición de aquella plaza. En cuanto a la infantería, si bien no se juzgó ajena al movimiento; por estar, sin embargo, mandada por jefes españoles y en especial por el bravo coronel D. Horacio Sabas, se mantuvo fiel; y al fin, ella fue la que excitada por las palabras y ejemplos de este valeroso jefe, se lanzó con denodada energía al asalto de la fortaleza, decidiendo el éxito de la jornada a favor de los españoles.

La mucha sangre vertida durante aquellos aciagos días, tanto de los que combatieron, como de los que después del combate fueron pasados por las armas, parecía harto suficiente para satisfacer a la vindicta pública y tener a raya a los que intentasen mover nuevas sediciones para en adelante. Pero no lo estimó así el Capitán General, quien con un rigor extraordinario mandó encarcelar en la fuerza de Santiago de Manila a todos cuantos juzgó o sospechó que habían cooperado en algún modo al alzamiento. Entre éstos hubo un gran número de sacerdotes indígenas, algunos abogados y varios comerciantes y hacendados mestizos. Formóse consejo de guerra permanente para ver y fallar las causas, y éste, con precipitación excesiva sentenció en término de ocho días a más de treinta acusados.

Nadie apenas duda de que entre ellos hubiera algunos inocentes, o cuando menos, dignos de que se les hubiera tratado con mucha mayor benignidad. Esta severidad, lejos de calmar las conmovidas pasiones, no hizo más que enconarlas; pues la herida que con ella recibió el pueblo filipino, no se cicatrizó ya más; y a ésta se debió en gran parte la labor del partido separatista de aquel Archipiélago; el gran séquito que obtuvieron Bonifacio y Aguinaldo durante la sublevación del Katipunán y el que se inclinaron los indios del lado de los norteamericanos durante la malhadada guerra de España con los Estados Unidos, que acarreó la pérdida de nuestras florecientes colonias de Oriente y de Occidente.

Los cuatro reos de muerte puestos en capilla el día 16 de febrero de 1872 fueron los RR. PP. Burgos, Zamora, Gómez y un indígena. Los dos primeros eran curas del Sagrario de la capital y el tercero de Bacoór; los cuales fueron ejecutados el día siguiente en el campo llamado Bagumbayan. La capilla se instaló en el cuartelillo que la brigada de ingenieros tenía junto a dicho campo y

fueron asistidos por varios religiosos de la Compañía y otras Corporaciones. El P. Ferrando pasó con ellos la noche, consolándolos y exhortándolos; a la mañana siguiente les dijo misa, les dio la Sagrada Comunión y les acompañó hasta el patíbulo. En todo este tiempo dieron los sentenciados las más sinceras muestras de arrepentimiento y cristiana resignación. Dios les tenga en su santa gloria. Otros 20 fueron desterrados a Marianas y los restantes, hasta completar el número de 30, deportados al presidio de Ceuta.

El día 29 de enero de 1872 volvía el Rdo. P. Visitador a Manila de su primera visita a las misiones de Zamboanga, la Isabela de Basilan y Polloc; el 10 de febrero se embarcó para Shanghai; volvía a estar en Manila el 28 de marzo; el 13 de abril salió para visitar las misiones del Norte de Mindanao de donde regresó el 29 de junio, y en 25 de julio se leyó la carta del reverendo P. Provincial en que le ordenaba desempeñar el cargo de Superior de la misión, en lugar del Rdo. P. Bertrán que se embarcó el 31 para Zamboanga.

Este año recibieron el título de Bachiller en Artes siete alumnos que habían terminado la segunda enseñanza, y seis el de Perito Mercantil por haber dado cima a los estudios de Aplicación. A todos felicitó el Sr. Gobernador General Izquierdo al terminar el acto de la distribución de premios y diplomas, aprovechando esta ocasión para lanzar algunas frases harto duras contra los que creyó complicados en el lamentable y funesto alzamiento de Cavite: lo cual no dejó de impresionar honda y tristemente el ánimo del concurso, en el que se hallaban hijos y parientes muy cercanos de los que acababan de ser condenados a las severas penas anteriormente referidas.

El 31 de julio mandó el mismo General que se cantase un *Te Deum* en la iglesia de Santo Domingo por la feliz llegada al Archipiélago de 2,000 soldados de infantería española, que había él solicitado al Gobierno, para mayor seguridad de nuestra bandera, amenazada desde aquellos aciagos sucesos. Asistieron a esta función por invitación de S. E. comisiones de todas las corporaciones religiosas de la capital.

El bienestar de que se volvió a gozar en las islas nuevamente turbado por haber nombrado el Gobierno de la Revolución de septiembre, a un sacerdote de sus ideas llamado Alcalá Zamora, para ocupar la sede episcopal de Cebú, vaca por fallecimiento del venerable y dignísimo obispo don Fray Romualdo Gimeno, del Sagrado Orden de Predicadores sin más méritos que los de haber votado como diputado en las cortes constituyentes de Madrid, las inicuas leyes en favor de la libertad de cultos, del matrimonio civil, y otras de semejante laya; y sin contar para nada con el beneplácito de Su San-

tidad, se presentó ese desgraciado a fines de diciembre en Manila como Obispo electo, acompañado de otros dos sacerdotes: uno con pretensiones de provisor y otro con ínfulas de secretario; y quiso, que se le diese posesión del gobierno de aquel obispado, fundando sus exigencias en la antigua costumbre de que por cédulas de ruego y encargo de nuestros católicos reyes entregaban los cabildos y vicarios capitulares el gobierno de las diócesis sede vacantes, a los Obispos electos, en América y Filipinas; cuando a causa de la gran dificultad de comunicaciones con Europa se les concedía tomar dicha posesión, previa siempre la aceptación de Su Santidad, mientras iban las Bulas para proceder a la debida consagración.

Vista, pues, por el General Izquierdo la resuelta y razonable resistencia del Prelado Metropolitano a dar posesión del gobierno de la diócesis de Cebú al intruso pretendiente, se contentó con mandar se le satisficiese a éste y a sus compañeros del erario público la asignación que, conforme a su categoría, de ser legal y canónica, les hubiera correspondido. Mas habiéndole sucedido en el mando el General Alaminos, de ideas más avanzadas; llevó éste muy a mal que no se hubiese dado posesión del gobierno del Obispado al señor Alcalá Zamora, y exigió del Sr. Arzobispo que se la diese; mas el ilustre Arzobispo pasó por cualquier atropello antes que desobedecer a Dios. Inútiles fueron cuantas instancias se dirigieron al General para que desistiera de llevar adelante su desatentado propósito; y en una audiencia, otorgada al Deán de la Catedral y al Provincial de Santo Domingo, que en su nombre y en el de los demás superiores eclesiásticos residentes en el Archipiélago le representaron los gravísimos inconvenientes, que de reconocer al intruso se seguirían en perjuicio de la Iglesia; al oír nombrar entre los Prelados al de la Compañía; fue tal la cólera que se apoderó de él, que no permitió se pasase adelante en la lectura de la exposición colectiva que se le dirigía.

Dispuesto lo tenía todo S. E. I. para salir desterrado del Archipiélago, como se lo había ordenado el General, el día 8 de marzo, con protesta general del vecindario de Manila.

Una de las primeras visitas, que recibió el afligido Prelado fue la de una numerosa comisión de alumnos internos y externos del Ateneo Municipal, que le conmovió profunda y agradablemente; máxime al oír de uno de ellos la siguiente alocución:

Excmo. e Ilmo. Señor:

«Los alumnos del Ateneo Municipal de Manila, penetrados del dolor más profundo, a causa de las severas disposiciones que en contra de V. S. I. se han

adoptado en estos momentos; vienen, rebosando filial amor sus corazones, a manifestar los cariñosos sentimientos de que en todas ocasiones y en esta de un modo especial, se sienten animados para con la augusta persona de V. E. I. Y esto no puede dejar de ser natural en nosotros, hijos tiernos, porque vamos a vernos dentro de poco huérfanos de nuestro Padre; cual débiles y tímidas ovejuelas privadas de su solícito Pastor.

Un consuelo, sin embargo, endulza nuestra pena en el presente infortunio y es, el de contemplar en la sagrada persona de V. E. I., un fiel retrato del Pastor de los Pastores, nuestro muy amado Pontífice Pío IX, quien sufre también hace años por causa de la justicia, la más ruda de las persecuciones. Pero el divino Maestro, Jesús, ha proclamado bienaventurados a los que padecen persecución por la justicia.

Aprovecharemos esta grande y sublime lección que de V. E. I. recibimos en estos momentos supremos, para seguir sus huellas en medio de los vaivenes de una sociedad conmovida en sus mismos cimientos, para no vernos arrastrados por su vertiginosa corriente. El ejemplo ilustre que hoy nos ofrece V. E. I., nos servirá de faro luminoso para no extraviarnos en las noches oscuras y deshechas tormentas del agitado piélago de esta vida.

Béndigan desde el cielo Dios Nuestro Señor y María Inmaculada todos y cada uno de los pasos de V. E. I., envíele el Señor su Santo Angel, que le guarde y acompañe en todos los caminos y que nos le devuelva lo más pronto posible sano y salvo para bien de la Iglesia de Filipinas, concediéndola días más bonancibles.

Tales son, Excmo. e Ilmo. Sr., nuestros más íntimos sentimientos; dígnese V. E. I. bendecirlos con su pastoral bendición.»

Contestó S. E. I. dándoles las gracias, exhortándoles a que no desamparasen las buenas doctrinas que en el Colegio recibían y concediéndoles paternalmente su bendición.

Resultado de esta manifestación fue el que varias corporaciones y colegios de Manila hicieran otro tanto, y habiendo llegado a oídos del general, inquirió la opinión pública respecto de la resolución por él adoptada contra el Prelado. Una de las familias interrogadas respondió que había sido de general reprobación, como lo significaban claramente las incesantes protestas de adhesión al venerable Diocesano. Revocó, pues, el General el decreto de expatriación fulminado contra el Arzobispo, y desde entonces comenzó S. E. a manifestarse más benévolo y amigo de las corporaciones religiosas, sin haberles dado en adelante durante el tiempo de su gobierno, motivo alguno de pesar, antes por el contrario, mostrándose siempre con ellas atento y deferente.



Prueba de ello fue el haberse dignado el último día de curso asistir a la distribución de premios del Ateneo Municipal y repartir por su mano los títulos a los alumnos graduados.

El infeliz Zamora murió de repente, sin sacramentos, antes de que llegase la negativa de Su Santidad, a quien se había consultado el caso. En el entierro de este indignísimo presbítero se profanó el cementerio de Paco, en cuya capilla se le enterró con los honores que la ordenanza militar tributa a los Obispos que mueren en sus diócesis.

Promoviósse en nuestra capilla la devoción al Santo Patriarca San José, costeando los fieles funciones mensuales para el día 19, mañana y tarde, contribuyendo a la construcción de dos altares laterales, con dos devotas imágenes de talla, una del Sagrado Corazón de Jesús y otra del gloriosísimo esposo de la Inmaculada Virgen y Padre putativo de Jesús, Dios y Hombre verdadero.

A mediados de noviembre de 1872, se recibió en Manila el Decreto de Beatificación del P. Pedro Fabro. Habiéndose señalado para su celebración el 8 de agosto de 1873; se restauró y adornó lo mejor que se pudo nuestra capilla, colocando en el altar mayor un cuadro del nuevo Beato, pintado por un artista indígena. Asistieron a la fiesta comisiones de las corporaciones religiosas, y multitud de fieles que se acercaron a la Sagrada Mesa; ofició el reverendo P. Superior y pronunció el panegírico del Beato, el señor Provisor de la archidiócesis.

A principios de 1874 habilitó el P. Lluch cabe al presbiterio de la capilla del Colegio una humilde y espaciosa sepultura a donde se trasladaron como en sagrado depósito, los restos mortales del P. Cuevas y demás Padres y Hermanos que le habían seguido a la eternidad; celebrándose el mismo día de su traslación oficio y misa de difuntos por el eterno descanso de sus almas. De este panteón no aparecía más que la losa que cubría los preciosos restos de los Nuestros, cuyos nombres están grabados en ella.

El día 5 de marzo de 1874, abandonó el Archipiélago el P. Lluch por enfermo, y dejando de Vicesuperior de la misión y Vicerrector del Ateneo Municipal al P. Juan Bautista Heras, se dirigió a Roma a dar cuenta al Padre General del desempeño de su visita y del estado actual y habitual de la misión.



---

---

## CAPÍTULO XIV

Origen de la obra de rescate de esclavos de los moros del Río Grande y del establecimiento de libertos en Tamontaca.—Sus vicisitudes y progreso.— El P. Juanmartí en Cotabato.—Expedición a Bohayan. — El P. Juanmartí visita a Uto en compañía del Coronel Márquez.—Expedición a Joló y vuelta a Cotabato. — Ministerios del Padre en la población. — Incendio.

**P**OR julio de 1872, a consecuencia de una horrible epidemia de viruelas que impidió la siembra del palay, se dejó sentir tan gran carestía en la cuenca del Río Grande, que los niños y niñas eran vendidos por los moros a muy bajo precio. Fue a la sazón a Polloc el Comandante General de la isla don Luis Fernández Golfín, residente en Cotabato, y en una conversación que tuvo con el P. Venancio Legarra utilizando éste la idea, emitida en 1861 por el P. Cuevas, de formar con niños de infieles o esclavos de moros rescatados una granja modelo, donde se instruyesen y dedicasen a la agricultura hasta que, siendo de edad más provecta, se quedasen con parcelas de los terrenos de la granja, formando familias cristianas, y con éstas un verdadero núcleo de población; añadió, que aquella hambre ofrecía ocasión muy propicia para llevar a efecto el pensamiento. Recogida la frase por el señor Golfín, manifestó el día siguiente al Misionero, que había propuesto al Excmo. Sr. Capitán General don Rafael Izquierdo una suscripción para el rescate de niñas que, bien formadas, pudieran ser con el tiempo modelo de madres. Respondióle el Misionero que no eran menos necesarios labradores sin vicios y buenos padres de familia.

Comunicó el Sr. Comandante General su proyecto al P. Superior de Tamontaca y le dijo: que toda vez que por la carestía de palay vendían los moros sus esclavos a tan bajo precio, había resuelto comprar cuantos pudiera, a fin de que educados en Tamontaca bajo la inspección y vigilancia de los Padres sirvieran de auxiliar poderoso al desenvolvimiento de aquella comarca y a este efecto pedía su cooperación. Contestóle el P. Superior, en 2 de agosto

del mismo año, ofreciéndose a todo lo que estuviera en su mano para la realización de tan levantada como humanitaria y cristiana empresa.

Elevó el señor Golfín sobre esto sus consultas al Capitán General y al Arzobispo, en el sentido de que se iniciara una suscripción para allegar recursos y proceder a la realización del referido proyecto, que fue aceptado con sumo entusiasmo y a este efecto se nombró en Manila una Junta Superior, de la cual salió nombrado Presidente el señor Arzobispo y Vocales los Prelados de las Ordenes religiosas; y otra, subalterna, en Cotabato para secundar los acuerdos de la primera y negociar los rescates. Con los primeros donativos recogidos, y otra cantidad por él adelantada, envió el señor Arzobispo a Cotabato 4,500 pesos, a fin de proceder inmediatamente a los rescates. Muy pronto se percibieron los frutos de esta caridad.

El P. Beá había salido para Tamontaca a principios de julio de 1872, y entablado con el P. Guerrico el establecimiento de libertos, haciendo esperar con su celo y actividad mejores días para aquella misión. Era una delicia ver y oír al P. Guerrico cantar, leer y rezar metido entre tantos niños y viejos, moros y tirurayes. Los cuatro primeros niños rescatados, lo fueron el día del santo apóstol de los esclavos Pedro Claver, en 9 septiembre de 1872, y a mediados de 1875 contaban ya con 60 niños y 30 niñas. Levantábanse ordinariamente a las cinco y media de la mañana, rezaban las oraciones, oían misa, entonaban devotos cánticos al principio y fin de ella y los sábados la salve con harmonium; desayunábanse e iban al trabajo que les señalaba el Hermano; de once a doce tenían descanso o recreación, o aprendían a leer y escribir; después de comer recreación hasta la una y media; luego descanso o tiempo libre hasta las dos; de dos a tres lectura, escritura y doctrina, y vuelta en seguida al trabajo hasta el anochecer en que descansaban hasta las seis y media; y hasta las siete y tres cuartos, rezaban el santo Rosario seguido de cánticos, doctrina cristiana, ejercicio de castellano y moro; y después de cenar, rezadas sus oraciones, se acostaban.

El día 2 de febrero de 1873 hubo gran fiesta en Tamontaca con motivo del bautismo de los treinta primeros libertos y libertas del establecimiento nuevamente formado en la Misión. Adornada la iglesia y engalanada su fachada con ramajes, colgaduras y banderolas, y cantada la misa, se procedió a la administración del sacramento del bautismo a los neófitos, asistiendo a ella el Brigadier Golfín, varios capitanes y oficiales del ejército, el Capellán de Regimiento, mucha gente de Cotabato, los gastadores y la banda de música cedida por el señor Brigadier, que amenizó con piezas escogidas tan hermoso y tierno acto. Comieron este día en el establecimiento invitados por los Padres 22 españoles. Las madrinas de las niñas fueron todas en representación a causa del mal

estado de los caminos. Los niños y niñas recién bautizados estrenaron aquel día bonitos trajes regalados por sus padrinos y madrinas y fueron obsequiados con abundante y variada comida. Los preparativos de esta fiesta religiosa corrieron a cargo del P. Beá. Impusieron a los bautizados apellidos de los héroes más ilustres de nuestra Patria y de grata recordación para el Archipiélago Filipino; tales, como Miguel López de Legazpi, Fernando de Magallanes, Isabel de Castilla, María de Molina, etc. Coincidió esta fiesta con el mismo día en que diez años antes fue bautizada la primera familia tiruray compuesta de seis personas.

Lástima grande que tan bellos principios quedasen oscurecidos con las divergencias que luego sobrevinieron en la Junta de Manila; porque aun cuando todos los de ella, convenían en que el objeto de la suscripción era rescatar niños y niñas esclavos, aprovechando la baja de precio referida; no estaban sin embargo de acuerdo con los de la Junta de Cotabato; porque querían los primeros, que los rescatados se remitiesen a Manila para distribuirlos entre familias honradas que los educasen y diesén más tarde estado; al paso que los de Cotabato con el Gobernador del distrito y los PP. Misioneros, entendieron siempre que los niños rescatados habían de colocarse en Tamontaca como en un Orfanotrofio; a fin de que, bajo la dirección y enseñanza de los PP. de la Compañía de Jesús, se hicieran cristianos, aprendieran agricultura y artes, sin poder unos ni otros salir del establecimiento sino para vivir en casa propia, formando familia aparte en el pueblo después de haber contraído el sacramento del matrimonio; lo cual se previno oficialmente a los Padres.

A consecuencia de estas divergencias la Junta Superior de Manila en su última sesión, declaró terminado por entonces su cometido; y el dinero restante permaneció depositado durante algunos años, sin lograrse el fin de su destino.

En 5 de agosto de 1873, el Gobierno Superior Civil del Archipiélago, a propuesta del de Mindanao, decretó que 1,039 pesos que había en poder de los Padres de Tamontaca, remanente de los 4,500 recibidos del señor Arzobispo, se empleasen en los primeros gastos del Orfanotrofio y que en lo sucesivo, para el sostenimiento del mismo, designara el R. P. Superior de la Misión de la Compañía de Jesús lo que le pareciese de los 2,000 pesos que a dicha Compañía le estaban asignados anualmente de Real orden para atracción y reducción de infieles de Mindanao; y que el establecimiento excogitase los demás recursos necesarios para su conservación. Desde entonces se aplicaron 1,200 pesos del fondo de infieles a dicho Orfanotrofio, quedando para lo restante de la isla 800 pesos; y de esta suerte, con el trabajo de los niños y algunas limosnas buscadas por los de la Compañía prosiguieron las obras, se susten-



taron los niños y colocaron los casados, aumentándose constantemente el número de libertos. El remanente de la suscripción y el dinero de las limosnas se depositó en poder del Vocal Tesorero de la Junta de Rescates de Manila.

En 18 de junio de 1873, las limosnas de la suscripción, según la *Gaceta de Manila* de 14 de junio de 1874, ascendían a 13,579 pesos, 2 reales, 17 céntimos.

En 1.º de marzo de 1873, el R. P. Fr. Manuel Díez, Vocal Tesorero y Párroco de Tondo, dio recibo de habersele entregado 6,493 pesos, 4 reales, 10 céntimos.

En 20 de marzo de 1874, el dicho párroco de Tondo ofició al Excelentísimo e Ilmo. señor Arzobispo haber hecho entrega al R. P. Fr. Agapito Aparicio de los fondos para la obra del Rescate, con su cuenta y justificantes, menos de los 4,500 pesos, enviados a Mindanao en que él no intervino.

En 26 de marzo de 1874, el nuevo Párroco de Tondo R. P. Fr. Agapito Aparicio ofició al Excmo. Sr. Arzobispo haberse hecho cargo de los fondos y documentos pertenecientes al rescate de niños infieles de Mindanao, entregados por el R. P. Fr. Manuel Díez, su predecesor.

En 8 de octubre de 1874, el R. P. Fr. Casimiro Herrero, Párroco de Tondo, firmó un recibo en que declaró haber recibido de Fr. Agapito Aparicio, Vocal Tesorero de la Junta para el rescate de niños infieles de Mindanao, la cantidad de 7,581 pesos, 2 reales, 5 céntimos, que importaba el recibo de la suscripción hasta la fecha, según las relaciones y justificantes de la cuenta que le entregara dicho Padre y de que se hizo cargo por orden verbal del Excelentísimo e Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila.

En 10 de marzo de 1880 y en contestación a un oficio del Excmo. señor Gobernador Superior Civil, dijo el Excmo. Sr. Arzobispo, que la Junta no se creía autorizada para dar otro destino a las limosnas recogidas más que para el rescate de niños. Que sin embargo, no veía inconveniente en poner en la Caja de Ahorros lo que quedaba de la suscripción, a fin de aumentar el capital con los intereses que devengasen; pero con la condición de poder disponer la Junta de capital e intereses siempre que tuviese necesidad de ello para cumplir con el objeto de la suscripción, y que el Tesorero de ella fuese el representante encargado de renovar cada año la libreta de imposición del capital o retirarle en todo o en parte, como también los intereses devengados, según pareciere a la misma Junta.

Ignorándose todavía los recursos materiales con que podría contarse para el rescate de los esclavos, dispuso el Capitán General que los libertos fuesen confiados a los PP. Misioneros de Tamontaca, esperando que los alojarían y proveerían de todo lo necesario. Los Padres los acogieron con toda caridad,

alojando a los niños en la casa-misión y a las niñas en una casita al cargo de una buena mujer tiruray de la primera familia que habían bautizado en Tamontaca en 2 de febrero de 1863.

Con los 4,500 pesos referidos se contribuyó al rescate de un centenar de niños procedentes de la morisma y se les alimentó y vistió durante tres años; mas no bastando dicha cantidad para los expresados fines, crearon los Padres una finca a fin de que con sus productos pudiese más fácilmente llevarse a cabo la empresa.

En 1874, a fin de no perjudicar las cantidades asignadas a la atracción de infieles, ideó el P. Guerrico una suscripción con objeto de atender al rescate y sostenimiento de los niños redimidos; mereciendo esta idea la aprobación del Arzobispo. Esta suscripción fue propuesta como necesaria por el P. Superior de la misión de Tamontaca, en diciembre de 1874, y su solicitud apoyada y remitida por el Sr. D. Ramón de Careaga, Comandante General de Mindanao al Capitán General, sin resultado alguno.

Contando, pues, únicamente con los 100 pesos mensuales asignados a la misión de Tamontaca de la cantidad destinada a la atracción de infieles y otras agregadas a fuerza de privaciones y sacrificios por los mismos Padres; se edificaron dos colegios de educación de niños y niñas, utilizando además la Residencia de los Padres como hospital donde iban a curarse moros y tirurayes. Desde su fundación hasta principios de 1879, se redimieron con esta institución 160 niños y se formaron 26 matrimonios a los cuales se dio tierra para labor, comida y vestido hasta recoger la primera cosecha. En 20 de marzo de 1879 vivían y se educaban en ambos establecimientos 120 libertos. Este género de colonización, aunque algo costoso, era el más a propósito para obtener algún resultado; porque todo lo que no hubiese sido atraerlos por medio de la educación e instrucción hubiera sido edificar sobre arena, y dándoles esta formación se les perfeccionaba en los trabajos agrícolas y en los talleres de carpintería, herrería, albañilería, sastrería, etc., y en la industria de la caña dulce por medio de los trapiches, etc., conforme a las inclinaciones y aptitudes de cada uno; con lo cual se les proporcionaba el medio más útil para la colonización, aprovechando los elementos propios del país.

En 1874 fue nombrado el P. Jacinto Juanmartí, Superior de la Residencia de Río Grande y misionero de Cotabato, campamento militar donde vivían varios deportados tagalos y gran número de chinos, administrados por el capellán de regimiento. Mas como al llegar allí dicho Padre no hubiese ni iglesia ni convento, sino sólo un camarincito, que servía de capilla; no quiso por entonces tomar posesión de su nuevo destino y fue a fijar

su residencia en Tamontaca. Envió, sin embargo, al H. Belzunce a Cotabato a fin de que, ayudado de algunos disciplinarios que le cedió el Gobernador D. Ramón Careaga, levantase un convento para morada del misionero. En aquel tiempo había en Cotabato varias casas pertenecientes al Gobierno, que se arrendaban a los oficiales, cuidando de su conservación la Junta de galleras, compuesta del mayor de plaza, el secretario civil, el teniente coronel y algunos otros individuos.

Supo, pues, el H. Belzunce que dicha Junta intentaba apropiarse del convento en construcción, y habiéndolo notificado al P. Juanmartí pasó éste a Cotabato, habló con el señor Gobernador y se arregló el asunto de suerte, que constase pública y oficialmente que el convento pertenecía a los Padres de la Compañía.

Sustituído el H. Belzunce por el H. Larrañaga, trabajó éste con media docena de presidiarios en la obra de la casa, que tuvo ya techada a mediados de mayo de 1875, y habitada parte de ella para residencia del Misionero. Estaba situada a orilla izquierda del Río Grande y fondeaban los barcos tocando el mismo camino que los separaba de la casa-misión; de suerte que desde la ventana se podía presenciar constantemente las entradas y salidas de cañoneros, falúas, goletillas, pancos, lorchas, vapores y un sinnúmero de vintas de moros, de modo, que con razón podía apellidarse aquel río la vía fluvial más concurrida de Mindanao. Frente de la misma casa y al otro lado del río se veía el camino que conducía a Polloc; de cuyo punto distaba Cotabato muy poco más de lo que se tardaba en ir de Zamboanga a Dumatlong, con camino muy bueno y tres destacamentos para la seguridad del trayecto.

A fines de octubre o a principios de noviembre de 1874 tuvo lugar otra expedición a la Sultanía de Bohayan. Pidió el P. Juanmartí acompañarla en calidad de capellán de la goleta y de dos o tres cañoneros o del regimiento de infantería, toda vez que no iba sacerdote alguno para socorrer espiritualmente a los heridos. No les pareció conveniente, escribe el Padre al H. Ignacio Larrañaga en 21 de mayo de 1875, admitir la oferta; y después se alegró de no haber ido, porque los moros hubieran creído que iba para atizar a los soldados a que les diesen duro, como lo hacen sus Panditas. Ajustóse luego un arreglo; pero los moros de allá al mismo tiempo que hacían de las suyas cuando podían, no estaban tranquilos.

»Ahora, añade el mismo Padre, con ocasión de haber venido de Comandante General interino el Coronel Márques que es el mismo que entonces hizo las paces, resolvió ir allá de nuevo y me convidó a acompañarle...» Diez o doce

horas tardó el cañonero desde Cotabato a Bohayan y a las cuatro de la tarde fondearon frente a la antigua casa de Utto. Luego que éste les vio llegar mandó a los suyos a decirles que les estaba aguardando en tierra, para recibirlos de paz con toda su familia y una niña recién nacida. A esto les dijo el Comandante General que lo justo era que fuese él primero a bordo, toda vez que habían subido ellos de tan lejos para verle, y luego saltarían ellos a tierra para devolverle la visita.

No se resolvió Utto a ir a bordo; pero mandó a dos Sultanes sus aliados y a su Pandita, quienes al ver que eran recibidos con agasajo se les dilató el corazón. Como se les había comunicado con anticipación la llegada, se fueron reuniendo moros y más moros a la orilla y era de ver aquella esplanada cubierta de más de 500 hombres con trajes encarnados, armados de lanzas, crises y campilanes sin que se advirtiese la presencia de ningún niño ni mujer. Viendo, pues, que Utto no se presentaba, saltó a tierra el P. Juanmartí con cuatro españoles, sin armas ni prevención alguna. Al dirigirse a ellos hubo por unos instantes profundísimo silencio hasta que oyeron pronunciar a los Nuestros *pagarí, pagarí, amigos, amigos*; pues a partir de este instante bajaron sus armas, corriendo entre ellos un murmullo salvaje, repitiendo luego con chillidos las palabras *pagarí, pagarí*. Hízose la recepción en campo raso; sentáronse todos sobre el verde césped, Sultanes, Datos, Panditas y demás gente de cuenta formando ancho corro alrededor de los nuestros; mascaron sus buysos y repartieron muchos y buenos cigarros.

Sentóse Utto sobre las piernas cruzadas de otro, que le sirvieron de escalabel. Llamóles la atención durante la *vichara* el traje del Padre, y hablábanle por afición y con curiosidad, porque tenían muy alto concepto de los *Panditas* cristianos. Al regresar con los sultanes al bote les hicieron pasar por un estero donde les tenían preparada una balsa adornada al estilo de las pagodas chinas con lujoso entoldado y sus banderas, y en el piso muy bonitas alfombras. Hallaron allí una multitud de mujeres que hacían la corte a la hija recién nacida de Utto, el cual, lleno de satisfacción, echó los brazos al cuello del Padre y del señor Márques repitiendo las palabras *pagarí, sagune pagarí, amigos, ahora amigos*.

No es posible describir la gritería y algazara que se armó al entrar los Nuestros en el bote con tantos moros que tenían allí un centenar de lanchas y bancas, remando y gritando a más no poder, para mostrar su regocijo. Al llegar al cañonero dispararon nueve tiros de lantaca, que fueron contestados con doble número de cañonazos por los cañoneros y se retiraron tanto los moros como los españoles muy satisfechos por las paces entabladas.



Dióse principio en Cotabato a la capilla del cementerio de la población con obra de mampostería y techo de hierro para evitar que los moros le prendiesen fuego a la hora menos pensada. La obra de la iglesia tuvo que paralizarse; porque al ir a plantar los harigues manifestó el Comandante General de Mindanao que era preciso pedir autorización al Capitán General por pertenecer el terreno señalado a la administración militar, y como la tramitación del expediente ofrecía ser larga, tuvieron que contentarse los Nuestros con disponer los bajos de la misión a fin de que sirviera de iglesia.

El 7 de mayo de 1875 salieron de Manila tres religiosas de las llamadas Beatas de la Compañía y tomaron a su cargo la educación de las libertas.

Con motivo de la expedición que fue a Joló a las órdenes del General Malcampo, salieron de Cotabato para Zamboanga el Comandante General, uno de los regimientos de infantería, la compañía de ingenieros y toda la gente de presidio; y como la plana mayor del regimiento que permaneció en el distrito pasó a Polloc y con ella el P. Capellán; quedaron a cargo del P. Juanmartí la guarnición de la plaza y el hospital.

Acudió, pues, el Padre durante la Cuaresma al cuartel, instruyó a los soldados en la doctrina cristiana y les dispuso en quince días para el cumplimiento pascual; lo mismo hizo con los deportados y vecinos de la población, y el Jueves Santo comulgaron con el Sr. Gobernador varias de las personas de más viso de la población; cumpliendo asimismo con el precepto las dotaciones de un cañonero y una falúa que solían estar fondeados en el río y pasado Pascua los enfermos del hospital a quienes se les administró con toda solemnidad la sagrada comunión; siguiendo a éstos la confesión de los presos de la cárcel previa y debidamente preparados.

A mediados de 1874 se había instalado en Cotabato una escuela de niños que visitaba el Padre frecuentemente a que se agregó otra de niñas el año de 1875, consiguiendo con esto que se instruyeran varios infieles. Ambas escuelas se sostenían por suscripción de vecinos. Mas como también la iglesia carecía de subvención y recursos para atender a las necesidades del culto, se acudió en 14 de julio de 1876 al Gobierno Superior Civil de las islas; el cual, atendiendo a las razones expuestas por el P. Juanmartí, apoyadas por el Rdo. P. Superior de la Misión, el Comandante General de Mindanao y el Sr. Administrador de Hacienda Pública del distrito, Sr. Martel; otorgó los 500 pesos asignados para ornamentos de nuevas parroquias y otra cantidad anual para suplir el Sanctorum de que carecía dicha población.

Por mayo de este año entraron un día tres moros juramentados a las ocho de la mañana en Cotabato por el barrio de Landa, e hirieron a cuatro o cinco

paísanos, pereciendo también ellos en la demanda. Esta tragedia se repitió poco después con la entrada de otro juramentado que cris en mano penetró en el mercado matando a una mujer y derribando muy mal heridas otras nueve o diez personas. A todas acudió inmediatamente el Padre para administrarles los últimos sacramentos, incluso a la mujer, que pudo todavía recibir la absolución antes de expirar. El pánico que estos actos de barbarie infundían al pacífico vecindario, le retraía hasta de oír la santa misa los días festivos.

El Regimiento de Infantería número 1, llamado «España», volvió a Cota-bato muy estropeado de la campaña de Joló por las enfermedades que se habían allá desarrollado; y no bastando el hospital para contener a los enfermos, fue preciso destinar tres salas del cuartel para este fin. Tuvo, pues, el P. Juanmartí mucho que hacer por largo tiempo para asistirlos y, con la ayuda de los PP. Guerrico y Beá, casi todos los soldados y enfermos se confesaron y recibieron la sagrada comunión. Durante la cuaresma de 1876 se distribuyeron por vez primera las cédulas de cumplimiento parroquial a los naturales de la población. Por noviembre de este año un voraz incendio destruyó gran parte de ella, salvándose providencialmente de las llamas la iglesia y el convento.



---

---

## CAPÍTULO XV

Distribución ordinaria y ocupación del misionero en la cabecera de Surigao.

—Viajes del P. Luengo y toma de posesión de los curatos-misiones de Gigáquid, Bislig, Butúan, Bunauan y Dinagat.—Terremoto de 1.º de julio de 1879, en Surigao, Mainit y Sabonga.

ANTES de referir las obras de propaganda realizadas por nuestros Padres en el distrito de Surigao, bueno será tocar aunque de paso la distribución que se observaba en la cabecera para la conservación del espíritu católico de sus habitantes, a la que se atemperaron poco más o menos los demás pueblos.

Todos los días al rayar el alba; al tiempo de la elevación de la hostia y del cáliz, al mediodía, al ocaso del sol y a las ocho de la noche se invitaba a los fieles con el toque de la campana a la oración; y con él, se especificaban asimismo los diferentes ejercicios del culto público, cual suele hacerse en nuestras iglesias parroquiales de España.

A las seis y media de la mañana asistían todos los días los niños y niñas al santo sacrificio de la Misa, donde hacían su ofrecimiento de obras, rezaban el santo Rosario y demás oraciones en común; y luego se dirigían en fila con cruz alzada a sus escuelas respectivas, rezando en voz alta las oraciones, donde permanecían hasta las diez de la mañana y por la tarde, desde las dos hasta las cinco.

El lunes de cada semana era el día designado para celebrar los bautismos de los recién nacidos en el pueblo y para los nacidos en las visitas, los días en que los presentaban sus padres; los miércoles se destinaban a la celebración de casamientos, previas las tres proclamas hechas en domingos y fiestas de uno o varios preceptos. Al matrimonio precedía la confesión de los casandos, que solía ser general si ya no la hubiesen hecho anteriormente. En los entierros aguardaba el Padre vestido de roquete la llegada del cadáver a la puerta de la iglesia, después de haberle

sacado de su casa con cruz y ciriales los sacristanes, y cantores cuando los había. Los viáticos se hacían con solemnidad, concurriendo a ellos el pueblo con velas encendidas.

En las procesiones, los cabezas de barangay del trayecto que debía ser recorrido, erigían altares y asistían a ellas los señores gobernador, juez, fiscal, gobernadorcillo, y españoles con la principalía y el pueblo, cerrándolas un piquete del tercio de policía y la música.

En los sábados, fiestas de dos cruces, y nueve días que precedían a la Natividad de N. S. J. C., se rezaba misa de reina en obsequio a la Santísima Virgen con acompañamiento de voces e instrumentos; después de la cual, se cantaba la salve con las antífonas y oraciones propias de la Virgen y San José; en estos días solían presentarse por primera vez las mujeres recién paridas, a fin de recibir la bendición del sacerdote: platicaba luego éste a los niños y niñas, y diez de los primeros barrían y lampaceaban la iglesia.

En los domingos y fiestas de tres cruces había misa de reina con asperges, o cantada con paz e incienso; sermón por la mañana después de la misa y por la tarde después del Rosario, o Vía-Crucis en tiempo de cuaresma, y explicación doctrinal.

Un día del mes solía el Señor estar de manifiesto durante la función de la tarde.

Las fiestas de Pascua, Principio de año, Semana Santa, Corpus, día de Difuntos, Inmaculada Concepción, Titular, Primera Comunión de los niños, Meses de María, y del Sagrado Corazón de Jesús; se celebraban con todo aparato y solemnidad. En el Jueves Santo se vestía, daba de comer y medio o un peso a cada uno de los doce pobres del lavatorio.

Acostumbraban muchos de los indios oír misa y rezar el santo Rosario todos los días, ostentar las mujeres el escapulario y los hombres el rosario con cruz o medalla pendientes del cuello; unos y otros hacían novenas, leían libros devotos, erigían altarcitos en sus casas y los adornaban lo mejor que podían. Al tiempo de la siembra llevaban sus semillas al Padre para que las bendijese y antes de la cosecha le ofrecían las primicias de los frutos. Encendían muchas velas y hacían celebrar misa en sufragio de las benditas almas del purgatorio, cuya devoción era entre ellos arraigadísima. Esto, tocante al exterior. En cuanto al interior, había de todo; tierra fértil y fecunda, estéril y expuesta a la mitad del camino para ser hollada, pedregosa y que no producía más que abrojos y espinas.

De entre los niños mejorcitos de la escuela procuraba sacarse los que servían en casa de los padres, quienes frecuentaban los sacramentos, rezaban



de rodillas sus oraciones al despertar del alba y al acostarse, ayudaban a misa y las demás funciones de la iglesia; rezaban juntos el Rosario en la iglesia; juntos hacían su lectura espiritual cotidiana; leían en refectorio y servían a los padres en la mesa; distribuíanse entre ellos los oficios de cocinero, comprador, portero y velonero; acompañaban al Padre cuando salía de casa para sus ministerios con el prójimo, empleando lo restante del tiempo en leer, escribir, aprender Gramática y Aritmética, para que en su día pudiesen ser enviados los más sobresalientes a Manila y se formasen buenos maestros para el distrito.

El Misionero en aquellos países se hacía todo a todos para ganarlos a todos. El era predicador, confesor, doctrinero, abogado, juez, médico, boticario, maestro, arquitecto y director de obras; a todos trataba según su estado y condición, a todos instruía y dirigía con igualdad de ánimo, sufriendo con fortaleza las incomodidades inherentes a su cargo; debía saber desembarazarse con presteza y suavidad de los negocios superfluos, impertinentes e inoportunos, sin dar jamás motivo a nadie de sospecha o parcialidad; había de emprender con interés las obras de utilidad general, sin desatender las necesidades espirituales de sus feligreses; y para tratar fructuosamente con ellos, le era preciso juntar muchas veces con la candidez de la paloma la astucia de la serpiente y con la obediencia a sus superiores, la unión y fraterna caridad con los demás compañeros de ministerio.

Habiendo llegado nuevo refuerzo a la misión, se hizo indispensable ensanchar el campo de operaciones.

A los 12 de abril de 1873, acompañó el P. Luengo, en calidad de Superior de Surigao y vicario foráneo de los Nuestros en aquel distrito, al P. Juan Sansa al pueblo de Gigáguít, donde le dio posesión de la parroquia, para la cual había sido propuesto por el Rdo. Padre Superior de la Misión en 8 de julio de 1872 y aprobado por el Vicerreal Patrono en 27 del mismo mes y año, retirándose en consecuencia el P. Recoleta que la administraba, a Cantilán. Constaba a la sazón Gigáguít con sus visitas de Placer, Bacuag y Taganito un total de 4,850 almas; celebráronse durante este año 90 matrimonios y 200 bautismos y hubo 101 defunciones. Decretóse asimismo la segregación de Placer y Taganaán de sus respectivas matrices Gigáguít y Surigao, para constituir nueva parroquia tan luego como la pudiese administrar cómodamente el Padre que para ella fuese designado.

La llegada del P. Alejandro Naval a Surigao en 19 de abril de 1873, coincidió con la de algunos cristianos de Bislig y de Caraga, atestiguando las buenas disposiciones y deseos que animaban a los infieles mandayas comarcanos de aquellos puntos, de incorporarse al gremio de la Iglesia.

Bajo tan felices auspicios y halagüeña perspectiva, por encargo especial del R. P. Superior José María Lluch, el día 5 de junio de 1873, a las cinco y cuarto de la mañana, salió de Surigao el P. Luengo acompañado del P. Gregorio Parache en un baroto hacia Bislig, con el fin de darle posesión de esta parroquia vacante un año hacía por fallecimiento del P. Recoleta que la administraba. Al pasar por Tándag les entregó el vicario foráneo de esta orden los papeles y fondos de dicha parroquia, a donde llegaron el día 10 del mismo mes a las nueve de la noche, y el 12, festividad de Corpus Christi, tomó el P. Parache posesión de ella.

Era Bislig un pueblo de cuatro cabecerías y su parroquia la que contaba más visitas del Archipiélago, esparcidas en una peligrosa y larga costa de cuarenta leguas que era preciso recorrer en baroto, es a saber: Ginatúan, Línguig, Catéel, Quinablangan, Dapnan, Baganga, Batiano, Baysan, Baculín, Manurigao, Caraga, Bonga, Manay y Mampanon, con un total de 7,260 cristianos.

Lo primero que hicieron los Nuestros en Bislig fue reparar su iglesia y el convento deteriorados por el anay, cerrar el cementerio y proveer la parroquia de ornamentos; pues a excepción de dos cálices sencillos, un incensario de plata y un relicario del mismo metal, para llevar el Viático a los enfermos, lo demás no valía casi absolutamente nada.

Bautizó el P. Luengo a 20 adultos entre mandayas y manobos, algunos ya de setenta años, y bendijo varios matrimonios. En el primer año hubo en Bislig 488 bautizos de hijos de cristianos, 101 de infieles y 128 matrimonios.

Apenas había llegado dicho Padre a Bislig, cuando fueron a buscarle los de Catéel, a fin de que prestase los auxilios de la religión a los muchos enfermos atacados de recias calenturas endémicas, que hacía ya cuatro años producían allí numerosas víctimas; que añadidas a las ahogadas en la difícil barra de aquel río y a las ocasionadas por los caimanes cebados en carne humana, constituían una verdadera mortandad. Los devorados por semejantes anfibios, desde 1840 hasta 1873 en que fue a visitarlos el P. Luengo, ascendían a más de 140. Allí confesó, bautizó, animó a sus habitantes; fue visitado de los mandayas de Manlubúan; bautizó algunos niños de aquella tribu, y otros le ofrecieron sus hijos para que le acompañasen y se quedasen con él.

De allí pasó a Caraga, situada en una pequeña eminencia de veinticinco a treinta metros sobre el nivel del mar. Esperábanle a su entrada en la playa el gobernadorcillo, los principales y niños de la escuela con banderitas en las manos; subió el Padre la escalera casi perpendicular de ochenta gradas formadas de palos atados con bejucos, de ascenso tan trabajoso y difícil, que él mismo confesaba que le temblaban las piernas y necesitaba tomar aliento

antes de concluirla. Eso no obstante, los caragueños no tenían otro camino por esta parte del mar y a todas horas subían y bajaban niños cargados con gruesas y largas cañas que llenaban en la hermosa fuente, que nace a raíz del cerro debajo de un peñasco. Este camino lo suavizó más tarde el H. José Zumeta con el auxilio del capitán León Balante y de algunos polistas, convirtiendo la bajada en un camino ancho, aunque algo más largo. La misma gracia otorgó el Señor a los que vivían en la opuesta extremidad del pueblo, si bien no era el agua de tan buena calidad.

Determinó el P. Luengo visitar a los de Dávao doblando, si posible fuese, e cabo de San Agustín. Salvando montes y selvas pasó a Manay, viéndose en el camino envuelto por las llamas de un poderoso incendio que se había declarado en los cogonales del monte, entre Bonga y Manay. En este último punto bautizó y se dirigió luego a Mati, y de allí a Macanbul de donde se trasladó por tierra a Cuabo, y a las siete de la mañana del 16 de julio llegó a Sigaboy, donde abrazó a los PP. Vivero y Bové; siendo esta la primera vez que se encontraron los Padres, yendo por vía opuesta en Mindanao; como en 1582 los PP. Rogerio y Sánchez fueron también los primeros de la Compañía de Jesús que se encontraron en Nan-King, habiendo ido el uno por la vía de Oriente y el otro por la de Occidente.

De Sigaboy se dirigió el P. Luengo a Dávao, término de su viaje, donde halló a los PP. Barúa y Pamies que *in silentio et in spe* cultivaban aquella viña, que no les producía por entonces más que agraces, aguardando la hora del Señor.

Regresó el P. Luengo con el P. Bové a Caraga, donde separándose, subió el primero la costa hacia Surigao, viendo con satisfacción cómo algunos pueblos del trayecto hasta Línguig, obedeciendo sus indicaciones, habían reparado ya sus iglesias. Salió de este último punto el día 26 de septiembre a las seis de la mañana en una banca sin batangas, llegando a las once a Ginatúan, de donde salió el 10 de octubre como un triunfador, cargado de ricos despojos espirituales.

Los resultados de esta expedición que duró más de cuatro meses fueron: más de 2,000 confesiones, 300 bautismos de niños, hijos de padres cristianos, y más de 300 de infieles mandayas, muchos de ellos adultos: desaparecieron odios enconados, borracheras y supersticiones gentílicas; menguó la esclavitud y se instruyó a los pueblos sobre el modo de administrar debidamente el santo bautismo, santificar los días festivos y vivir vida racional y cristiana.

A ochenta leguas de Surigao supo dicho Padre, que los moros saqueaban por ambos lados las costas occidentales de Mindanao; cautivando a sus pací-

ficos moradores. Mandó desde luego, diferentes despachos por cordillera a los gobernadorcillos y tenientes de todos los pueblos hasta la cabecera del distrito para que estuviesen alerta. Envalentonados los joloanos con la insurrección de Cavite, habían salido a piratear en dos pancos por la costa de Mindanao. Gracias a Dios el remedio empleado por el Gobierno español fue esta vez eficaz y completo. Con la toma de Joló, sus siete fortalezas y cañones, la conquista de los guimbas de la isla y la ocupación de Paranparan y Tawitawi, debido al arrojo de nuestros bravos y denodados soldados, quedó vengado el honor de España y lavada la mancha de la piratería, que afeaba el prestigio de la dominación española en aquel hermoso Archipiélago.

En 17 de febrero de 1875, procedente de Dávao, salió de Surigao para Butúan el P. Ramón Pamies acompañado del P. Luengo, el cual fue a darle posesión de aquella parroquia en sustitución del P. Recoleta Fr. Pedro García. Hízose la entrega y toma de posesión y a los tres días salió de Butúan el religioso Recoleta que lo había administrado. Anejos a esta parroquia eran los pueblos de Nasípit, Tubay y Gingooc que, juntos con su matriz, componían 5,569 cristianos que, por lo general, vivían en sus ilayas a excepción de los domingos y días festivos. Las cosechas de arroz eran dos anualmente y durante ellas vacaban las escuelas de niños y niñas que ascendían a 300 y 350, respectivamente. Por falta de convento se alojó al principio el Padre en el tribunal.

Subió luego en banca el P. Luengo por el Agusan y Simulao y se dirigió a Bislig donde notificó al P. Domingo Bové que allí se hallaba procedente de Dávao el nombramiento de Cura Misionero de Bunauan y sus tres visitas Talacogon, Suribao y San Juan. Partió pues el P. Bové para Bunauan con el P. Luengo el 14 de marzo, atravesando a pie el monte lloviendo a cántaros, y hundiéndose entre lodazales hasta media pierna sin poder desprenderse enteramente de las sanguijuelas, hasta que por sí mismas se caían repletas de sangre. Descansaron a la orilla del Miaga donde se embarcaron el día siguiente bajando por el Simulao. Serían las cuatro de la tarde cuando dieron fondo por algunos momentos frente a la casa del famoso asesino Malingaán y no hallándole en casa le enviaron un recado; mientras seguían los Padres bajando le divisaron, y vararon la pequeña embarcación para aguardarle. En un momento quedó la barquilla, dice el P. Bové, convertida en «una colmena», pues Malingaán, otro capitán anciano y una turba de hombres y mujeres que le acompañaban, se metieron en el río con agua más arriba de la rodilla para besarles la mano, formando un verdadero enjambre; y pues el sol iba a su ocaso, se despidieron de aquella gente, con ánimo de apresurar el



viaje sin hacer caso de los infieles que viven a ambas orillas del río; mas a la puesta del sol, oyeron unos desaforados gritos como de gente que estaba peleando, y al estar cerca de una gran casa vieron multitud de hombres en movimiento, subiendo y bajando a toda prisa las escaleras, corriendo furiosos por la orilla del río. Preguntáronles la causa de aquel alboroto y respondieron que era el final de un casamiento. A las diez de la noche llegaron a Bunauan donde fueron muy bien recibidos por el P. Recoleta que administraba la parroquia.

El día siguiente, 16 de marzo, tomó el P. Bové posesión de ella y, mientras el P. Luengo empezaba los santos ejercicios anuales, se dispuso él para celebrar las funciones de Semana Santa en la población.

A fines de noviembre de 1877 tomó el P. Urios posesión de la parroquia de Dinágat, administrada en el ínterin por el P. Fray Cándido Díez, recoleta. La primera solicitud del nuevo párroco fue dar los ejercicios espirituales al pueblo en forma de misión y preparar los niños y niñas para la primera comunión. Lo mismo practicó sucesivamente en Nonoc, Tubajón y Libjú. Visitó también los términos rurales diseminados en las islas de Cúcut, Gibdo, Unip, Libanag, Capaguán, Dauáuang, Libuag, Cauajanan, Cibali, Cabusgán, Puyangui, Maatas, Maínit, Janbabajon, Cannudo, Bantián, Sumílog, etc., algunas de ellas a largas distancias. En Nonoc hizo construir un convento de excelentes y bien labradas maderas, con dos aposentos y una hermosa sala. En Tubajón envió en un solo día a Leite una banca llena de mujeres en busca de sus maridos, de quienes estaban separadas tiempo había.

A las tres de la mañana del 1.º de julio de 1879 ocurrió en Surigao un fuerte terremoto, que derrumbó muchas casas de nipa en el pueblo y en las ilayas. Sufrieron las de tabla y más todavía las de piedra. La de Administración de Hacienda quedó destrozada; el baluarte, arruinado y la iglesia cuarteada e inutilizada. Hasta el amanecer del 2, se contaron cuarenta y ocho temblores, algunos muy fuertes, y se repitieron el 2, 3 y 8 del mismo mes. Conmoviéronse montes, rodaron peñas, abriéronse grandes grietas en la tierra, la atmósfera olía a azufre y se oyeron a lo lejos fuertes detonaciones y ruidos subterráneos en todos los temblores de los días 1 y 2, procedentes del lado de Maínit.



---

---

## CAPÍTULO XVI

El P. Gelabert impuesto en la lengua.—Captura y fuga de Linabó.—Lluvia de ceniza.—Los piratas recorren la costa y son castigados.—Muere el P. Gelabert; sustitúyete el P. Obach en Dapitan y a éste el P. Ramón en Dipólog.—Voluntarios para Joló.—Visita del P. Luengo y estado de los pueblos del Partido.—Devoción al S. C. de Jesús.—Un francmasón austriaco.—El P. Obach en Baliángao.

EN junio de 1872 regresó a Cebú el P. Coadjutor, Hermenegildo Villa, cuyo servicio no se juzgó ya necesario en Dapitan, por hallarse el P. Gelabert suficientemente versado en la lengua visaya, para desempeñar por sí mismo la administración espiritual de aquella parroquia.

En 1872 fue comisionado el alférez del tercio civil de Dapitan en defecto de los cabezas de Barangay para cobrar los tributos atrasados del pueblo de Lubungan y habiendo recorrido con unos cuantos soldados y guías los montes de Dicayo y Minang, sólo pudo cobrar un poco más de cien pesos; contribuyendo esta exacción a que los infieles se remontaran.

Un provecho, sin embargo, resultó de esta Comisión que fue la captura del bagani Linabó, quien en compañía de sus siete hijos, todos casados, robaba y maltrataba a los demás infieles de su propia tribu.

Hallándose a la sazón el P. Obach en Minang vio a los ocho metidos en el cepo en calidad de presos. Pidió Linabó al Padre que le dejara besar la mano y a instancias del bagani hicieron lo mismo sus hijos, mujeres y numerosa familia, suplicando al misionero que intercediera para que les pusieran en libertad, porque todo lo que se les acriminaba era pura calumnia. Respondióle el Padre que perdiese cuidado, porque si eran inocentes, en Dapitan se les haría justicia; mas allí descubrió sus fieros, instintos, pues viendo que no les dejaban libres, llenábase de coraje y cuando veía al alférez o al comandante hacía supremos esfuerzos para soltarse y abalanzarse sobre ellos, razón por la cual al remitirlos a Cagayán encargó el comandante al alférez, que anduviese alerta y

que a más de tenerlos bien amarrados hubiese continuamente un soldado de vigilancia sobre ellos. Ni le valió este encargo, porque antes de llegar a Cavite se desataron los presos y se apoderaron de los fusiles de los soldados, quienes se salvaron huyendo y el alférez que quiso resistirles tuvo que zambullirse en el mar, después de haber esquivado un golpe de campilan, quedando muerto bárbaramente otro preso porque trató de defender al alférez. Volvieron, sin embargo, a caer uno en pos de otro en manos de la justicia y muchos de sus familias se bautizaron.

El 17 de abril de 1873, como a las seis y media de la mañana, debido a la erupción de un volcán en el centro de Mindanao se observó por el lado del Este una nube muy negra que se iba acercando y se resolvió luego en una suave lluvia de ceniza que duró cuatro horas. Preocupados los de Dipólog con este fenómeno fácilmente se dejaron persuadir de que el 21 de mayo sobrevendría el juicio final. Ignorante el Padre hasta la vigilia del fatídico augurio, advirtió que acudía mucha más gente que de ordinario a oír misa y a confesarse. Llegó por fin el tan temido día y, a pesar de ser de trabajo, se llenó completamente la iglesia, cual si fuera una de las principales festividades del año. Al ofertorio de la misa les dirigió el Padre la palabra y les dijo que hasta la víspera no se había enterado de lo que se propalaba; que de saberlo hubiera indagado quién había sido el seudoprofeta para castigarle; que extrañaba mucho que se hubiesen dejado embobar de aquella manera; y de que tanto miedo tuvieran al juicio final, cuando muchos se olvidaban del particular que estaba más cerca. Tan buen efecto produjo esta plática que no se habló ya más del incidente en adelante.

Un panco de moros sorprendió aquel mismo mes la visita de Duhínob, cuyos vecinos lograron, sin embargo, escapar, y sólo un cristiano y un infiel fueron alcanzados de un balazo y capturados por los crueles piratas que con sus campilanes les hicieron picadillo, pegando después fuego a la población. Dirigióse luego el panco a la isla de Aliquay y a los dos días tuvo un encuentro con un vilus tripulado por ocho boholanos, que desde Baliangao se dirigían a Dumaguete; resultando cuatro boholanos muertos y cuatro heridos.

A fines de octubre recibieron parte los dapitanos que cerca de punta Silla había otros dos pancos de moros. Salieron en su persecución muchos de los vecinos de la población, unos por tierra y otros por mar; tuvieron un pequeño encuentro y salió herido de bala en la espalda un alguacil y a los moros se les cogió una pequeña embarcación ensangrentada. Una semana después salió el P. Gelabert para Baliángao; para mayor seguridad llevó consigo cuatro soldados del tercio y una embarcación fuerte y bien tripulada en la que colocaron dos cañoncitos, llevando uno de ellos una escopeta de dos cañones. Cerca de

punta Cabgan vieron una porción de gente que luego comprendieron eran moros, los cuales corrieron al panco y a otras embarcaciones más pequeñas y se dirigieron resueltamente hacia la embarcación del Padre. Trabóse el combate y los dapitanos se defendieron retirándose hacia Baliángao. Viendo los moros la resistencia de los dapitanos durante media hora y que estaban ya cerca de Baliángao, retrocedieron. Mas al retirarse hallaron otra embarcación con cinco dapitanos desprovistos de toda defensa, y fueron cautivados juntamente con el dueño de la embarcación, el español filipino don José González.

Estando ya en Baliángao fondeó allí otra embarcación tripulada por siete tagalos bien armados, fugados del presidio de Zamboanga y preguntaron con mucho interés por el Padre, cuánta gente llevaba y cuántas y cuáles armas. Escribió el Padre al señor comandante lo que pasaba y como había recibido despacho oficial urgente para que procediese a la captura de los prófugos; envió más soldados del tercio y con los muchos dapitanos que estaban en movimiento con motivo de las novedades de moros en la costa, cogieron a cuatro de los siete que remitió bien asegurados a Cagayán. Entre los cautivados por los moros durante los últimos días de este año hubo diecisiete de La Conquista y Baliángao.

En 12 de abril de 1874 llegó a Dapitan el cañonero *Paragua* cuyo comandante, don Domingo Caravaca, dijo que había adquirido noticias fidedignas de que dentro de poco invadirían de nuevo los moros aquella costa para cautivar indios de los pueblos. Circuláronse inmediatamente órdenes a todos los del partido y a sus visitas, que a la primera nueva despacharan con toda urgencia correo a Dapitan, donde permanecería fondeado el cañonero para salirles al encuentro. En efecto, tres días después, dos grandes pancos y dos lápit se habían trasladado antes de amanecer desde la isla Aliquay a la boca del río Piao, un cuarto de hora distante de la visita de Míngang donde se ocultaron sin que acertara a verlos y se volvió la ronda dando parte de que ocurría novedad. Retiráronse los hombres a sus casas o sementeras y los niños de escuela de ambos sexos fueron como de costumbre a rezar el rosario en la iglesia; mientras tanto catorce moros con sus fusiles discurrían por la playa, siguiendo las embarcaciones en que iba el resto de los piratas. Al llegar los primeros al pueblo rodearon el tribunal donde había quedado un hombre de guardia; dispararon un fusil y esta detonación advirtió a la poca gente que estaban en las casas del peligro que corrían. Uno de los niños que rezaban en la iglesia al oír el disparo acudió a la puerta, y vio el tribunal y la playa cubierto de moros. Avisó a los demás y por la puerta de la sacristía corrieron a esconderse en las afueras de la población.



Apoderados del tribunal y cautivado el único hombre que lo custodiaba, recorrieron por tres veces la población, saqueando cuanto en las casas encontraron; robaron asimismo las campanas, el acetre, las vinajeras y campanillas; mas no profanaron la imagen de la Virgen; y satisfechos del botín se embarcaron para Dipólog donde pensaban recogerlo mayor.

Cuando llegó el parte que habían asaltado a Mí nang, divisábanse ya los pancos desde Dipólog. Expidió el Padre inmediatamente un despacho a Dapitan y mientras los varones aptos para defenderse se reunían en la playa, las mujeres, niños y viejos se alejaron al monte, ocultándose a la vez todas las alhajas de algún valor propias de la iglesia y del convento.

Así transcurrieron dos horas de mortal angustia; porque los moros se acercaban, el cañonero no aparecía y se hallaban doscientos cristianos en la playa sin arma alguna de fuego y sólo con lanzas y campilanes contra un centenar de enemigos distribuidos en cuatro embarcaciones, con buenos fusiles y otras armas, sin contar las muchas lantacas colocadas en sus pancos. Sería la una de la tarde cuando éstos llegaron frente a Dipólog; separáronse las cuatro embarcaciones para descargar sus lantacas contra los desordenados grupos de cristianos y lanzarse sobre ellos.

Muchos aconsejaron al Padre que se marchara, porque le aseguraban, que a la primera descarga de los moros toda aquella multitud apelaría a la fuga en completa desbandada y el único que caería en poder de la morisma sería él; mas como verdadero pastor de sus ovejas, juzgó que era de su deber defenderlas hasta el último trance y no le sufrió el corazón ausentarse de ellas, antes prefirió correr la misma fortuna que los demás. Por otra parte tenía prevenido un caballo, para echar mano de él como postrer recurso en el caso indicado.

El rompimiento y la lucha era ya cuestión de pocos minutos. Una de las embarcaciones morunas había penetrado por la boca del río y tenían ya casi cercados a los cristianos, cuando apareció en punta Sicayab el cañonero *Paragua* que iba en persecución de los piratas. Dios había favorecido a los cristianos con el tan suspirado socorro.

Lo que entonces pasó no es fácil describirlo; saltos de alegría y acciones de gracias entre los católicos, grandísima turbación y extraordinario movimiento entre los moros. Conferenciaron éstos un par de minutos entre sí y subiéndose luego todos inmediatamente a los dos pancos, abandonaron las embarcaciones menores y diéronse a la fuga a toda vela y fuerza de remos. Corría tras ellos el *Paragua* a toda máquina y no los pudo alcanzar hasta unas tres horas de distancia. Viéndose entonces los moros al cañonero en-

cima, dividiéronse tomando cada panco rumbo enteramente contrario. En la imposibilidad de alcanzar a los dos juntamente, arremetió el vapor al que tenía más cerca y a pesar de su desesperada defensa, a cada descarga de metralla caían varios al agua; mas como estaban ya cerca de tierra, díjose que algunos de ellos echándose a nado lograron escapar; pocos sin embargo debieron ser, atendido los muchos cadáveres que se vieron flotar sobre el agua. El panco, muy mal parado, fue remolcado a Dapitan donde se compuso, y de él se servían los principales en sus frecuentes viajes a Cagayán. Recuperáronse las campanas y demás enseres de la iglesia de Míang y en Dapitan se guarda la bandera del panco, que luego se supo ser de *Tawitawi*.

El día 6 de julio por la mañana se administró en Dapitan el Santo Viático al P. Gelabert atacado de malignas calenturas, asistiendo a él el Sr. Comandante, la principalía y gran muchedumbre de gente de la población; el 7 por la tarde se le dio la Santa Unción y a las ocho y media de la noche entregó su alma al Criador. Revestido el cadáver con los ornamentos sacerdotales fue trasladado el día siguiente a la iglesia; celebróse según costumbre la misa de *Requiem* y por la tarde, presidiendo el duelo el P. Obach acompañado de los Hermanos, el Sr. Comandante, las principalías de Dapitan, la Ilaya y Dipólog, y tras ellos la población en masa; fue conducido al cementerio y colocado en un nicho construído a propósito al lado del P. Mor.

Quedó solo el P. Obach con los Hermanos repartiéndose las parroquias-misiones, trabajando lo que buenamente pudieron. Luego que tuvo conocimiento de ello el Rdo. P. Superior de la Misión, propuso al P. José Ramón para Dipólog y al P. Obach para Misionero y Vicario foráneo de Dapitan y aprobados los nombramientos, les expidió el señor Obispo de Cebú sus títulos respectivos.

Llegó el P. Ramón a Dapitan el 9 de octubre del mismo año, y el día de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, habiendo sido llamado a las siete de la noche para confesar a un enfermo, al pasar el río en barca se les volcó, cayendo al agua el Padre y el barquero. Por especial providencia de Dios había gente en la playa que acudió a socorrerles con prontitud y les salvaron; pues a tardar un poco más se hubieran ahogado, porque la corriente los iba empujando hacia el mar y faltaban ya las fuerzas al Padre para sostenerse.

El día primero del año de 1875 empezó en Dapitan la devoción del Apostolado de la Oración al Sagrado Corazón de Jesús con 30 jóvenes que se sortearon entre sí los nueve oficios manuscritos, traducidos al visaya y acomodados a su condición. También se inauguró la devoción de sortearse el Santo Patrón al principio del año y de cada mes con obligación de comulgar cada

uno de los asociados, en su día, a más del primer viernes o domingo del mes, debiéndose distinguir por su edificación y buen ejemplo, so pena de ser dados de baja los que diesen algún escándalo. Dicha Asociación prosperó mucho en poco tiempo.

Comenzóse asimismo este año a celebrar en Dapitan el mes de María y al efecto tradujo el Padre al visaya las oraciones, consideraciones y ejemplos, sorteáronse las mortificaciones que cada cual podía ofrecer, adornándose el altar de la Virgen con muchas flores y hermosos ramilletes, celebrando todos los días función con harmonium, que acompañaba el canto de las Ave-Marías y Gozos en su obsequio.

Formó el P. Ramón una ranchería en Taliatip río arriba de Dipólog con algunos cristianos cimarrones, varios infieles monteses y otros fugados de Dipólog por temor a las viruelas y escribió a la Superiora del Beaterio de la Compañía de Manila, para que con el asentimiento del Rdo. P. Superior de la Misión mandase algunas Madres a fundar una escuela para la enseñanza y edificación de las jóvenes y niñas de Dapitan, y ver si se podrían formar por medio de ellas algunas maestras para los pueblos del partido.

En 1.º de enero de 1876 se recibió orden muy apremiante y urgente en que se mandaba publicar con toda solemnidad un bando y constituir un cuerpo de voluntarios para la próxima expedición que debía realizar el Excmo. Sr. Capitán General de Filipinas contra los moros de Joló. Si alguien debía responder con entusiasmo a este llamamiento era el partido de Dapitan, tan castigado de aquellos piratas.

Habló, en efecto, el P. Obaçh a los dapitanos en la iglesia, recordándoles que tenían por patrón a Santiago Apóstol, que no desdijeran del nombre y fama de sus antepasados, que recordaran los muchos muertos y cautivos que recientemente les habían hecho y no se hiciesen sordos al llamamiento. A los pocos días estaban ya alistados 85 voluntarios y muchos más se alistaban si hubieran sabido que el Padre había sido propuesto y admitido por el Capitán General para acompañarlos. Otra orden se dio para uniformar el traje de los voluntarios, que era, pantalón, blusa de guingón y salacot blanco, donde se marcase con letras bien claras el pueblo de procedencia de cada uno, y que se colocase en el pecho de cada voluntario el distintivo de la bandera española de la cual pendiese una cruz. Así lo practicó el Padre en la iglesia después de una comunión general, habiendo besado todos devotamente la reliquia del apóstol Santiago. Mientras aguardaban el vapor que debía recogerlos, se ocupaban en ejercicios de marchas y contramarchas, y así se pasó, sin ser llamados, hasta que a mediados de mayo se supo el asalto y toma de Joló.

Celebróse una misa de *Requiem* por los fallecidos durante la campaña y se les despidió, dándoles las gracias por su lealtad y patriotismo.

El 9 de junio de este año llegó el Rdo. P. Francisco Javier Martín Luengo, visitador en nombre del Sr. Obispo de Cebú y del Rdo. P. Superior de la Misión. Realizada la visita en Dapitan, prosiguió su viaje con el fin de estudiar prácticamente el mejor modo de reducir a tantos millares de infieles subanos que moraban en los montes; mas al llegar a Minang, última visita de Lubungan, le regaló el Señor un fuerte reuma y resfriado que le detuvo por muchos días; con lo cual comprendió que no era llegada para él todavía la hora de emprender la reducción de aquellos monteses y habiéndose restablecido de su enfermedad, se despidió el 9 de agosto para Surigao.

El mejor tiempo para viajar en baroto por las costas del partido de Dapitan son los meses de marzo, abril, y primera mitad de mayo, porque suele el mar estar tranquilo y reinar viento suave y favorable para la ida y vuelta de los puntos intermedios entre Baliángao y Mínan; pasado este tiempo no hay que fiar del Jabágat o SO., porque aunque suele soplar todavía flojo y no es temido de los indios, con todo el mismo P. Luengo escapó este año de una colla de Jabágat que duró desde el 22 hasta el 29 de mayo, durante la cual naufragaron varias bancas de bojolanos a no larga distancia. Durante el mes de junio el riesgo es todavía mayor y en los demás meses del año no es prudente navegar, a no ser que se haga con grandes precauciones y por un corto viaje.

Respecto a los pueblos de aquella residencia, enumeró el P. Luengo en una breve relación que dejó escrita de su visita, los siguientes: Dapitan, Cavite, Dióyog, Nanca, Baliángao, San Lorenzo de la Ylaya, Dipólog, Lubúngan, Dicayo y Mínan.

*Dapitan.* — Constaba a la sazón de 20 cabeceras y sus visitas eran Cavite, Baliángao e Ilaya; la iglesia, aunque bastante bien provista de ornamentos y alhajas, era incapaz de contener la gente del pueblo; el maderamen del techo estaba podrido y lo único bueno que tenía eran los harigues de molave del tiempo de nuestros antiguos Padres; reconocía por Patrón al Apóstol Santiago y había en ella dos altares, uno dedicado a la Virgen de la Correa y otro a Santa Ana; el baptisterio estaba debajo del campanario, que era nuevo y altísimo, con dos regulares campanas de hermoso timbre; el convento o casa del Padre aunque nuevo, sólido y capaz, era muy caluroso; la escuela de niños estaba regentada por un maestro procedente de la Escuela Normal de Manila, con buen edificio y junto a ella la casa del preceptor, y para la de niñas servía una casa particular; rara era la mujer del pueblo que no supiese tejer camisas,



sayas y mantas de diversos colores, ni entre los hombres faltaban sus industrias, verbigracia: las de herrero, platero, carpintero y tenían también sus salinas de que sacaban harta ganancia. Era Dapitan residencia ordinaria del comandante militar a cuyas inmediatas órdenes estaban un sargento, dos cabos, y trece soldados del tercio civil de Policía de Misamis.

*Cavite, o por otro nombre La Conquista.*—Constaba de cuatro cabecerías y doce o catorce casas tan malas, que parecían abandonadas por sus dueños; el resto del vecindario vivía esparramado por los demás pueblos, y el motivo de ello era que los moros piratas solían anclar en este fondeadero y ser su costa un puro peñasco. El maestro y la maestra percibían el sueldo de dos pesos mensuales cada uno, y aún era demasiado; porque ni los niños ni las niñas asistían a las escuelas. Se puede ir a Cavite, ora costeando la punta Tagólog, ora subiendo por el río de Dapitan y atravesando el monte que conduce al fondeadero. Estando dicho P. Luengo en Cavite le dieron parte de que dos pancos de moros estaban persiguiendo una banca que desde Siquijor se dirigía a Baliángao; comunicó al Comandante la novedad y éste despachó a un alférez del tercio con doce soldados en dos embarcaciones y otra banca con ocho paisanos armados de lanza, campilan y rodela, y a las seis de la mañana del día siguiente llegaron a Cavite; juntóse el Padre con la escuadrilla en dirección a Baliángao, y al fondear acababan de enterrar los de dicha visita a un infeliz de Siquijor muerto por una bala mora y hallaron otros dos heridos levemente; y hubieran todos perecido si no hubiese sido porque, creyendo los de Baliángao que iba el Padre en la banca, se armaron en un momento, y con algunos dapitanos y otros de Dumaguete se lanzaron al mar en varios barotos al grito de «guibihag ang pare, tabangan ta», que quiere decir: «ha sido cautivado el Padre, salvémosle». Cuando los moros vieron su decisión, largaron vela y viento en popa se dirigieron hacia punta Blanca.

*Dióyog.*—Constituía un grupo de poco más de una cabecería, que databa de siete u ocho años y su verdadero incremento, de dos solamente; estaba situado a la extremidad de punta Silla, a orilla del riachuelo de Cavite, y se componía de remontados de Cavite, Siquijor, Dapitan y otros puntos cristianos y de algunos subanos infieles, viviendo en plena república; pagaban empero tributo y servicios personales a los cabezas de Barangay de Cavite, y para contentar al Padre Jesuita hicieron un camarín de nipa con título de iglesia, y pusieron en ella un Niño Jesús de Cebú comprado a un boholano; dióles el Padre un crucifijo y allí se reunían los que querían los domingos y fiestas de guardar a rezar el santo Rosario. Hacía solo un año que se les había puesto teniente. Se va a él por tierra, desde Ilaya de San Lorenzo y por mar, desde

Cavite a buen remo en seis horas. Tenía el pueblecito diez casas, viviendo los demás esparcidos en las sementeras.

*Nanca*.—Situada en una profunda ensenada llena de islotes, era eterno surgidero de los moros, por ser paso obligado de todas las embarcaciones que navegaban por la costa, y es incalculable el número de cautivos cristianos e infieles que cayeron en su poder, perdiendo allí su libertad. En el fondo de este inmenso recodo casi siempre tranquilo se destacaban unas cuantas casas de nipa de muy reciente formación. La visita, si tal nombre merecía aquel grupito, se había fundado con gente escapada de Bohol y Dumaguete y otros puntos de Negros y Siquijor que acudían allá para pescar y vender luego sus cargamentos a los puntos de donde salían; de suerte que podía mejor considerarse Nanca como población flotante que como agrupación; razón por la cual no estaba oficialmente constituida.

*Baliángao*.—A la hora y media de salir de Nanca en dirección al E. se halla una punta ordinariamente agitada por marejada boba; doblada la cual se entra en la ensenada de Baliángao, grande y segura y refugio de moros; razón por la cual, el gobierno vio con placer la fundación de este pueblo cuya gente procedió de Siquijor. Contaba cinco cabecerías al cargo de un teniente de barrio; la tierra es buena; el agua copiosa; el pescado rico y abundantísimo en la ensenada; veneraban por patrón a San Roque; el convento e iglesia miserabilísimos. Esta visita era carga muy pesada para el P. Misionero de Dapitan, no sólo por la dificultad de su costa; sino también por el peligro de ser cautivado por los moros. Y para ir por tierra era preciso subir a Ilaya, pasar a Dióyog y continuar por el monte y la playa hasta Baliángao, sin camino; tropezando con ríos, riachuelos y manglares intransitables.

*San Lorenzo de la Ilaya*.—Cae al NO. de Dapitan y a unas tres horas y media de distancia; se va a esta visita por el río de la Ilaya que desemboca en el mar a un cuarto de hora al S. de Dapitan. La tierra es buena para toda clase de cultivos, pero cuando llueve se convierte el pueblo en un fangal. La iglesia era bastante buena aunque no terminada y su titular San Lorenzo mártir, constaba de nueve cabecerías y se recogía allí más palay y abacá que en Dapitan; en el conventito podían vivir dos padres; el tribunal no merecía tal nombre; la escuela de niños casi inútil y para la de niñas se utilizaba la casa de la maestra y ambos percibían dos pesos al mes.

*Misión de Lubungan*.—Comprendía los pueblos de Lubungan, Dipólog, Dicayo y Mí nang. El misionero, con permiso del Sr. Obispo, vivía en Dipólog por ser más sano y contar con mayor núcleo de población.

*Dipólog*.—Está situado a orillas del mar, al otro lado de la punta Sicáyab

y en una gran llanura bañada por el río de este nombre. Su barra es peligrosa y sólo permite paraos en marea alta; en noches serenas se distinguen desde allí las luces de Dumaguete. Con la afluencia de boholanos aumentó la población y lo que poco antes no era más que un bosque, se convirtió luego en campos bien poblados, llenos de cultivo y susceptibles de regadío aprovechando para ello el agua del mismo río. Constaba a la sazón de 1,300 almas, incluyendo los infieles subanos que pagaban tributo, que donde menos vivían era en el pueblo, y los cristianos remontados, que sólo tenían de tales el nombre y el bautismo. El P. Ramón logró que se reunieran algunos de éstos en determinado punto, donde de cuando en cuando los visitaba.

La iglesia de Dipólog era de tabique pampango y techo de nipa; el altar semejante en la forma al de la Ilaya, con las imágenes de San Francisco Javier y San Francisco de Borja a los lados y en el centro la de la Virgen del Rosario, Patrona del pueblo. En el nicho del segundo cuerpo del altar estaba la imagen de San Isidro y a un lado del altar mayor la de Jesús Nazareno en andas pobrísimas, pero tan perfectamente dibujada, que con dificultad habrá corazón tan empedernido que al contemplarla no se enternezca. Había en el pueblo una pequeña banda de música para las funciones del culto divino; en el campanario dos diminutas campanas y otra mucho mayor; el convento era regular y en su huerta había plantado cacao, café, limones, plátanos, etc.; la escuela de niños de tabique pampango y buen maderamen, no concluída; la de niñas, de nipa, bastante capaz; el tribunal, una mala casa de nipa; el agua muy buena y al clima no se le puede pedir más. De Dapitan a Dipólog se va por mar, en tres o cuatro horas, y por tierra hasta el río de la Ilaya, que debe pasarse en baroto, y luego se prosigue hasta Puláuan, pequeña silanga, pasada la cual y los montes de Sicáyab, lo restante es buen camino. Atravesado el río de Dipólog, se entra ya en la población.

*Lubungan.*—Está como dos horas y media al Sur de Dipólog. Para llegar a la población hay que atravesar la bocana del río de su nombre en baroto y conducir el caballo a nado. En 1872, el P. Obach lo pasaba de esta suerte, cuando un caimán agarró al caballo por una pata tirando de él, mientras los indios tiraban del freno en sentido contrario. Armóse en un momento un remolino de olas con los movimientos y vueltas del caimán y del caballo, hasta que el primero soltó su presa, asustado sin duda por los gritos de los indios.

El pueblo es caluroso y sus habitantes suelen sufrir recias calenturas, de donde le viene el nombre de Lubungan, que significa cementerio; y por esta razón se permitió al misionero trasladar su residencia habitual a Dipólog, que es muy sano.

Los edificios públicos eran pobrísimos; la población de siete cabecerías, tres de ellas de infieles, por el estilo de las de Dipólog, con la circunstancia de que muchos de los de Lubungan vivían cerca de punta Blanca donde para cobrarles, necesitaba el cabeza gastar más de lo que valía el mismo tributo.

*Dicayo*.—Dista una legua de Lubungan; hállase situado en el centro de la ensenada que se forma entre punta Sicáyab y el pueblo de Míngang; la barra del río es sucia y en mareas altas da cabida a grandes pancos, cuyos dueños sacaban de la pesca mucha ganancia. El pueblo estaba a diez minutos más allá del río, con sólo catorce casas, pobrísimos tribunales y sin escuelas; la iglesia y el convento arruinados y en su lugar armaron al tiempo de la visita en dos días un camarincito de caña y nipa donde poder colocar la Patrona, que era la Purísima Concepción, de pequeña estatua, y allí se reunían a rezar el Rosario los domingos y fiestas de guardar. Había en Dicayo dos cabecerías cristianas y tres de infieles. Moran éstos río arriba hasta encontrarse con los del Piao, por donde los monteses de Dipólog, Lubungan y Dicayo suelen pasar a Duhínob, Dapatan o más allá de punta Blanca, andando siempre por montes y ríos. El teniente de Dicayo dependía del capitán de Lubungan.

*Míngang*.—Distaba una legua de Dicayo y era la última visita de la misión de Lubungan. El riachuelo de Míngang en marea baja no lleva un palmo de agua; pero en la alta cubre el caballo. Tocando con este riachuelo y contiguo a la playa estaba la aldea de Míngang de dieciséis casas y algunas otras comenzadas o abandonadas; el total de almas cristianas era 150, la mayor parte de las cuales habían vivido en el casco de la población, hasta que en 1874 fue saqueada por los moros, retirándose aquéllos al monte, donde vivían como infieles, siendo muy pocos los que asistían a la iglesia en días festivos, aunque estuviese el misionero en el pueblo. Su iglesia, de nipa, estaba arregladita por haber algunas personas que se interesaban por ella; reconocían por Patrona a la Virgen de Guadalupe; el convento era una casita de indio pobre, contigua a la iglesia; los niños tenían su escuela en el tribunal y las niñas en casa de la maestra; los maestros carecían de sueldo. En Míngang escaseaban los alimentos; en cambio su agua era excelente; el palay y el abacá constituían sus principales productos, y aunque su posición fuese hermosa, el pueblo no salía de su mortal marasmo, porque se le dejaba gobernarse a su antojo; y si bien gozaban de cielo claro y vastísimo horizonte, sufrían con todo sus habitantes los cambios bruscos del intenso calor del día, especialmente en verano, al frío de la noche nacido del terral que baja por las cañadas de los montes vecinos y ríos que los circuyen; y como las casas estaban abiertas a todos vientos y en muchas de



ellas no había abrigo, y faltaba la alimentación; de ahí que no pudiesen resistir por mucho tiempo la humedad ni el frío, razón por la cual eran raros los casos de longevidad.

Tal era, en sustancia, el estado de los pueblos que constituían el partido de Dapitan visitados por el P. Luengo.

La novena y fiesta del Sagrado Corazón de Jesús se celebró este año de 1876 con manifiesto y procesión del Santísimo dentro de la iglesia, y asistencia de todo el pueblo. Hízose la novena con la traducida en visaya del P. Borgo y lo mismo se hizo con los gozos, que cuidadosamente guardaban manuscritos algunos dapitanos.

La Asociación del Sagrado Corazón de Jesús fue agregada a la Archicofradía de Roma con 130 asociados.

A últimos de septiembre fondeó en Dapitan en una pequeña embarcación un caballero austriaco y se alojó en la comandancia. No tardó el señor comandante en informar al Padre de que aquel extranjero era todo un venerable masón. Cuya graduación se ignoraba. Al avistarse con él hizo sus señas, mas viendo que no le respondía le preguntó: «Cómo, ¿no es usted masón?» He oído hablar mucho—replicó el comandante—de la masonería, pero no sé en qué consiste. Extraño me parece esto, replicó el austriaco, cuando entre los de su clase apenas hay quien no esté afiliado a ella; porque son incalculables las ventajas que se reportan, ya para hacer progresos en la carrera militar, ya para que no se vean postergados en ella, siendo socorridos en sus desgracias, pudiendo colocar directamente a su familia; y luego sacó a relucir algunos ejemplos de personas afiliadas en el Archipiélago. «Le aseguro, añadió, que es una sociedad de verdadera beneficencia, y si usted gusta...» «Quiero informarme bien primero, le respondió el comandante, porque eso de ser sociedad secreta y de haber de prestar juramentos, etc., es muy comprometido...» Y decía con mucha gracia la señora del comandante, que cuando se ponían a rezar en familia parecía un energúmeno.

En noviembre visitó el P. Obach el pueblo de Baliángao, y como poco antes se hubiese fugado el teniente con su mujer, que hacía de maestra en el pueblo y cuidaba muy bien de las niñas de la escuela; había propuesto el Padre a los principales que escogieran otra en su lugar. Al llegar, pues, al embarcadero, salieron a recibirle los principales, la gente del pueblo y los niños de las escuelas de ambos sexos, y al frente de ellos el maestro, y la maestra nuevamente escogida: y según relación ingenua hecha por las mismas niñas y la voz general del pueblo que no se paraba en tales barras, resultó que aquella maestra había abandonado a su marido en Siquijor e ídose con otro hombre a Ba-

liángao. Cuando el Padre la quiso llamar para reprenderla y aconsejarla que se volviese a su marido, se había ya fugado con otro hombre de la población.

Durante aquella visita contribuyeron los de Baliángao a pagar un altar que dirigió y doró un boholano bastante bien. ¡Lástima de Baliángao! que si en vez de caer en manos de gente de Siquijor la hubiesen poseído los boholanos; pronto se hubiera formado allí grande y rica población; pero a la sazón no era más que una madriguera de gente ociosa, ignorante y llena de vicios. Formó el Padre una lista de los atacados en ella de enfermedades contagiosas y halló ocho lazarinos y cuarenta plagados de bubas o tabucao, muy difíciles de curar. Allí pereció una mujer leprosa, remolcada en un baroto y abandonada en alta mar.



## CAPÍTULO XVII

Estado del Agusan a la entrada de los PP. Luengo y Bové.—Infieles y cristianos.—Ministerios y excursiones del P. Bové.—Subida al Magdiuata.—Visita del P. Heras.

PARECÍA muy natural que al encargarse los Padres de la Compañía de la Misión de Bunauan, enclavada en el centro de la cuenca del Agusan, averiguasen su estado actual y lo que ofrecía para el porvenir. El cuadro que durante su primer viaje se presentó a su consideración fue por demás tristísimo: no parecía sino que era ayer cuando se descubrió por vez primera: ni podían permanecer indiferentes al emprender la reducción de los infieles manobos y mandayas; pobladores del Agusan, ante las sangrientas escenas que venían desarrollándose durante más de tres siglos de dominación española en aquella caudalosa cuenca.

Al contraer, pues, los PP. Misioneros de la Compañía la obligación de evangelizarlos, contrajeron también la de exponer cuanto creyeran conducente a su espiritual y material progreso; tal fue el trabajo que se tomó e hizo presentar el P. Luengo por medio del R. P. Superior de la Misión al excelentísimo señor Gobernador General en una exposición, fecha en Surigao a 31 de enero de 1876. De ella, pues, entresacaremos lo que declara el Padre en el párrafo segundo sobre las clases de gente que habitaban entonces el Agusan. Desde que concluían las sementeras de Butúan empezaban a verse esparcidas a uno y otro lado del río casitas de manobos, hasta llegar a Talacogon, que junto con Bunauan, Suribao y San Juan de Suribao constituían lo que se quiso apellidar Reunión. A muy poca distancia de estos pueblos, y en amigable consorcio con los cristianos, vivían los manobos en varias rancherías; y lo mismo acontecía río arriba de Bunauan donde existían las de Maasin, Calibon, Maondo, Pasián, Jamiguitan, Panaon, Nabo y Batoto; que en tiempo del señor Salazar, hacia el año de 1856, constituían otros tantos pueblecitos de veinte

casas cada uno... Merecen especial mención los mandayas, que habitaban hacia el origen del Río, setenta leguas por lo menos al interior de la isla...

Los manobos eran de carácter duro y fieras costumbres, y se mataban y esclavizaban como si no tuvieran ideas de humanidad. Empero su conducta con las autoridades españolas fue enteramente otra, porque apenas el gobernador, don Fernando de Salazar, pensó en reunirlos en 1856, mandando para ello sus comisionados; no sólo no se opusieron, sino que formaron pueblecitos a la orilla y pagaron su vasallaje, y otro tanto sucedió en 1867, cuando habiendo ya desaparecido los pueblecitos, el gobernador Boscasa los restableció.

Desde que el Gobierno mandó retirar para Dávao el antiguo destacamento de Linao, los manobos y mandayas estuvieron en continua guerra. Durante los ocho días que permaneció el P. Luengo en Bunauan y otros diez que gastó en visitar el Agusan le presentaron numerosas reclamaciones de personas de diversas rancherías, y causaba pena escuchar sus tristes relatos. Oigamos cómo lo describe el mismo Padre:

«Referiré solamente algo de lo acaecido desde el año de 1874 hasta el presente (1876).

»En Bajay, un hijo del capitán Mabutan mató a Ibon, hermano de Bujayan.

»En Agusan, a 13 de febrero de 1874, Babug, Lubágnon y otros asesinos mataron a Ulibayum y trece compañeros más, llevándose cautivos otros trece.

»En Júlíp, riachuelo que desagua en el Agusan mucho por cima de Linao, en el mismo año 74 subieron 200 manobos de Catel y mataron a 117 personas de aquella ranchería, logrando escapar tres solamente que fueron los que me lo contaron con lágrimas, al paso que demandaban justicia.

»Y como entre ellos están en uso las represalias, parte porque habían oído que volverían otra vez este año los catelanos, parte por vengar su honor y la sangre de su raza; meditaban ya los mandayas del Agusan una expedición de trescientos guerreros contra los sanguinarios manobos de Catel, y lo hubieran verificado a no escuchar mis consejos y la promesa que les hice de que no subirían otra vez sus enemigos, porque ya estaban avisados por el P. Jesuita de Bislig (Gregorio Parache) que acababa de visitarlos en sus mismas rancherías para enseñarles la ley de Dios, así como nosotros estábamos en el Agusan.

»En el mes de noviembre del 74, Mandujay, de Bajayan, mató con sus compañeros a seis manobos de Maasin, cuyos esqueletos estaban aun insepultos en las casas abandonadas, al hacer nosotros la visita.



»En el año pasado de 1875, hubo asesinatos en Simulao, en Umayan, en Bahay y en otro punto de Agusan, donde el famoso bagani Acag mató a seis... estando yo en Bunauan, al querer repetir sus asesinatos en los restos de aquella desgraciada familia, ganáronle la delantera y fue atravesado de una lanzada...

»Otras varias muertes tuvieron lugar por aquellos días... Ahora mismo cuando escribo estas líneas chorrea todavía la sangre de un valiente manobo a quien han herido malamente sus contrarios, después de matarle a su mujer, tres hijos, y las mujeres de dos de éstos, y cautivado otros cuatro hijos más pequeños. Así me lo participa el misionero de Bunauan (P. Domingo Bové) que le cura las heridas de su cuerpo, al propio tiempo que derrama el bálsamo de la Religión en su alma traspasada...

»Parece natural inquirir el motivo de tantas muertes sangrientas y desde luego se comprende que las unas son efecto de resentimientos personales o venganzas de lo que hicieron con sus progenitores; en otros, el deseo de poseer un esposa que no podrían obtener, sino con muerte de su actual marido o de sus padres; en otros la necesidad de hacer esclavos para pagar a los padres de su futura mujer; y en otros, por fin, el deseo de aumentar su caudal con el número de algunos esclavos, que son su principal riqueza, y el apuro en que se ven de pagar sus deudas a los comerciantes, y no teniendo cera ni palay que dar, no ven otro recurso que entregar esclavos, para lo cual tienen precisamente que hacer la guerra...»

Y en el párrafo séptimo, tratando de la esclavitud añade: «Entre todos estos valientes lleva la palma Dagojoy, hermano del bondadoso Andipán, que en paz descansa. Son indecibles las víctimas que se atribuyen a este manobo feroz, que habita hacia las fuentes del Agusan y que se trata igualmente con los moros del Hijo, que con los cristianos de Bunauan... Pero lo más sensible... es, que los mismos cristianos sean causa de tan reprensible inhumanidad. Los cristianos, origen de la esclavitud, es una cosa que no se concibe, si no lo viéramos por desgracia. He aquí el modo. Después de haber vendido a precios sumamente caros los objetos que el infiel necesita, le exigen su rédito, no pequeño, por poca que sea su tardanza en solventar la paga. Y como si esto no bastase, le apuran sobremanera; con lo cual avergonzados los infieles, resuelven pagar la deuda de cualquier modo, aunque sea con esclavos, que es lo que el cristiano muchas veces codicia.» Hasta aquí el P. Luengo.

Otra de las mayores dificultades que experimentaron los Padres Misioneros, al hacerse cargo del medio Agusan, fue la general dispersión en que se hallaban sus cristianos moradores y la necesidad de reunirlos de nuevo en algún punto de él.

Por motivos ajenos a este lugar quiso el Gobernador Boscasa reunir en uno, los pueblos de Bunauan, Talacogon, Suribao y San Juan de Suribao, incorporándolos con el pueblecito de Cabarbarán, dándole por nombre Reunión. El Gobierno Superior de las Islas aprobó la traslación que, como hecha a disgusto de los naturales, fue imposible realizar. Lo propio sucedió al Gobernador Carballo en 1872; porque, aunque tuvo en Surigao los cabezas y principales de dichos pueblos por espacio de varios meses, no pudo jamás conseguirla. Los interesados elevaron, por fin, una representación al Sr. Gobernador P. M. de Surigao, que fue más tarde atendida, concebida en los siguientes términos:

«Los principales y cabezas de Barangay del pueblo de la Reunión de este distrito de Surigao, en unión de su gobernadorcillo a V. S. con el debido respeto exponen: Que animados de los sentimientos que la religión infunde, se han mostrado obedientes, viniendo a reunirse en este pueblo y dejando contra su gusto los de Bunauan, Talacogon, Suribao y San Juan de Suribao, que antes habitaban, según lo dispuesto por el Gobierno Superior de las Islas.

Cuáles hayan sido los móviles de semejante disposición, no se ocultan sin duda a la penetración de V. S. Séanos, pues, permitido manifestar que, a pesar de haber transcurrido tantos años desde la decretada Reunión, nosotros, los firmantes, somos los únicos que la hemos obedecido. Los demás, incluso nuestras familias, se han opuesto siempre a una traslación, que les obligaría a dejar el suelo natal y en donde han visto morir a sus progenitores.

Su repugnancia ha crecido desde el momento en que vieron morir en la Reunión, en 15 días, quince personas procedentes de Talacogon.

El solo nombre del mar y los vientos que en él corren asustan a una gente que ha nacido y vivido en el interior de Mindanao, sin ver más que montes y ríos y sin experimentar nunca baguios... Tan cierto es esto, que muchas familias prefirieron vivir errantes por las lagunas que forma el Agusan, sin tener más casa que su pobre baroto, ni más comida que el pescadillo del agua sobre que flotaban, o los palmitos de los árboles.

En vista de lo expuesto y de las dificultades que ofrece para el buen orden y gobierno y la cobranza de tributos y servicios personales; el que tanto el gobernadorcillo como los cabezas de Barangay se encuentren separados de sus súbditos por la distancia de cinco a ocho días, y de que el lugar de la Reunión es de lo peor que pudiera haberse escogido; pues en dos grandes avenidas del río han desaparecido varias casas y una gran extensión de terreno... Suplicamos a V. S. se digne echar una mirada de compasión sobre nuestra situación aflictiva. Abandonadas nuestras casas, nuestras familias, nuestros

cultivos, que aunque pequeños, algo eran, arrastramos hoy una vida miserable, digna por cierto de mejor suerte.

Bien conocemos que nuestros antiguos pueblos carecen de los elementos de vida que otros tienen; pero están dispuestos sus vecinos a cumplir perfectamente cuanto se les ordene, mientras no los saquen del país que los vio nacer, y se reunirán en donde convenga y como convenga en el punto de aquella localidad que ofrezca más ventajas a la nación y a sus vasallos.

Dios guarde a V. S. muchos años. La Reunión y junio 21 de 1875.» — Siguen las firmas.

Del cual documento se deduce, según la expresión del P. Luengo, que merced a las circunstancias por que han atravesado dichos pueblos, se encuentran hoy sus moradores sin iglesia, sin casa parroquial, sin escuelas, sin tribunal, sin casas propias, sin calles, sin sementeras ni animales domésticos; sin industria ni comercio; y lo que es todavía infinitivamente peor, sin religión ni costumbres, sin educación ni hábitos de trabajo, y por añadidura muertos de hambre. Tal era el estado de la cuenca del Agusan en 1874, cuando entraron en ella los Misioneros de la Compañía de Jesús.

Entre la multitud de infieles que bautizó el P. Bové en la Misión de Buanuan hubo dos sacerdotisas, una de 70 años de edad, y otra de 16. Para facilitar y acelerar la reducción de los infieles al cristianismo se valió el P. Misionero de varios catequistas de los mismos recién bautizados, los cuales viviendo bajo el mismo techo con sus padres, hermanos, y demás familias infieles, rezaban entre ellos en voz alta las oraciones que habían aprendido, logrando de esta suerte hacerse escuchar de ellos; primero por vía de entretenimiento, luego con gusto, y últimamente con santa envidia, que les estimulaba a repetir lo que oían al nuevo cristiano: éste les corregía cuando erraban y el resultado era, que en una misma casa iban aprendiendo los infieles la religión del verdadero Dios y se disponían insensiblemente para recibir el santo bautismo. Notábase también entre los padres infieles, cierta complacencia cuando oían rezar o responder a las preguntas del catecismo a sus hijas, delante de otros, sobre todo cuando el P. Misionero se lo mandaba, para demostrar a los circunstantes que no era tan difícil aprenderlo como ellos se imaginaban. Dos catequistas se habían tomado este oficio sin particular encargo del Padre: una era una joven ex-sacerdotisa, hija de un célebre capitán de aquellas tierras y otra una niña de 12 años muy inteligente, a quienes llamaban los visayas las señoras de Mombalili, ranchería distante una legua de la Misión. En cierta ocasión se reunió en una visita gran número de infieles y al escoger algunas sus nombres quisieron llamarse María; oyólo la catequista de 12 años, llamada con este

nombre, y manifestó llorosa su resentimiento a la otra joven catequista. Notó el Padre en su semblante el cambio de su habitual alegría y preguntándole la causa le dijo la compañera, que no quería que otras mujeres llevaran su nombre. Consolóse, sin embargo, luego que le dijo el Padre, que el nombre de María era el de la Madre de Jesús, Hijo de Dios, y así como no se ofendía ésta, de que otras lo llevaran, era asimismo justo que ella condescendiese con las que lo habían tomado al tiempo de hacerse cristianas.

En una de las excursiones de este Padre por los pueblos, después de un largo viaje, sentóse para descansar algunos momentos sobre el tronco de un árbol caído en medio de una sementera, junto al río Humayan, y al momento se vio rodeado de infieles, grandes y pequeños, que fueron a pedirle remedio para sus enfermedades; aconsejó a cada cual lo conveniente y preguntándoles si había algún otro enfermo o viejo que necesitase de su ayuda, le respondieron: «Sí, Padre, Isá.» Dirigió la vista hacia donde ellos miraban y vio a un venerable anciano de unos 80 años de edad y nevada cabellera enrollada sobre su coronilla, de estatura más que regular; bien formado, enjuto de carnes, de majestuosa presencia y cara venerable, aunque algo afeada por el polvo, sudor y poco aliño; vestía unos miserables calzones que le llegaban de la cintura a los muslos, y cubría la parte superior del cuerpo con pobre y viejísima camisa.

Dirigióse hacia el Misionero con paso lento, apoyado en su grueso bastón, y habiéndole saludado, dejó el Padre caer como al descuido esta frase: «Que Dios le conservaba la vida, para que recibiese antes de la muerte el santo bautismo», y le preguntó luego si quería ser cristiano: «No, contestó el anciano; porque me moriría.» ¿Y cómo temes la muerte — replicó el Padre — teniendo ya casi los dos pies dentro del sepulcro? Con esto le dejó el Padre, rogando a Dios por su conversión y encargando a los infieles que le rodeaban que cuidasen mucho de él y le persuadieran a que recibiera el santo bautismo. A esto observaron algunos, que había dicho Isá todo aquello, porque era bailán.

Transcurrido un mes pasó el Padre por el mismo punto y preguntó por Isá y le dijeron que estaba muy enfermo. Llamáronle, se presentó y le preguntó de nuevo el Padre: «Isá, ¿quieres bautizarte?» y con agradable sorpresa le contestó totalmente trocado: «Oo, pare»: sí, Padre. Hízole tomar un poco de caldo y propuso llevárselo consigo para cuidarle en el convento; pero no lo permitieron sus parientes por no molestar al Padre a causa de la disentería que el anciano padecía, prometiéndole que el día siguiente se lo llevarían al pueblo para que lo bautizase. Cumplieron su promesa, y al día siguiente después de la misa y previa una corta explicación de las verdades más necesarias



del catecismo, le bautizó el Misionero con las ceremonias de adulto. ¡Cosa admirable! convaleció; y a los dos días quiso volverse a vivir con sus parientes, parte infieles aún y parte cristianos. De cuando en cuando iba a oír la misa del Padre con los demás fieles, no cansándose jamás de dar gracias a Dios por haberle concedido con el santo bautismo la salud corporal, que no tenía esperanza alguna de recobrar.

Al poco tiempo de la toma de posesión de la Misión de Bunauan, había bautizado el misionero 163 infieles.

Un caso muy raro refirió a este Padre Gregorio Astacán, y es, que había éste tenido de legítimo matrimonio en Suribao ocho vástagos. El primero fue una hija de cuerpo y pelo blanco y ojos azules llamada Juana, que a la sazón tenía veintidós años de edad. El segundo tenía el cuerpo blanco, con el pelo y ojos negros. El tercero y cuarto como la primera; el quinto y sexto de color como los demás indígenas y el séptimo y octavo niñas blancas.

Otro caso digno de reflexión fue haber dicho Padre hallado un niño de siete años, hijo de un capitán manobo, con la cara tan desfigurada que parecía un monstruo; tenía los ojos y párpados cubiertos con membranas que le impedían ver; la nariz enormemente grande y aplastada; las orejas disformes y dos dedos más abajo de cada una, le sobresalían dos carnosidades del tamaño de una avellana; y era casi sordo y mudo... El haber nacido tan desgraciado lo atribuía su madre a una burla que hizo ella de una pequeña imagen de San Juan Bautista; porque estando la mujer en cinta de cinco meses, quiso acompañar a su marido al tribunal o casa-común del pueblo en ocasión de haber sido llamado para dar razón de ciertas deudas por él contraídas. Hallábase entonces en dicha casa tribunal la referida imagen de San Juan dentro de un escaparate sin cristal. Acercóse a ella la mujer por curiosidad y empezó a palparla por la cara, ojos, cabeza y reconociendo que era de madera; comenzó a decir que era como los ídolos de sus casas y cuanto más le advertían los circunstantes que no hablase tan impía e irreverentemente, tanto más insistía ella en burlarse de la imagen con escándalo de los cristianos que se hallaban presentes. Llegó por fin el tiempo de dar a luz y nació el hijo tan monstruoso como se ha dicho; en lo que se reconoció ser manifiesto castigo de Dios, porque todo cuanto de la imagen tocaron las manos de aquella infiel apareció disforme en el cuerpo de su hijo. Púsole el Padre por nombre Tobías en atención a su ceguera.

Otra excursión hizo el Padre por el río Jibon a la visita de San Juan. Los habitantes de ella llamaban en sus enfermedades a una bailán para que les curase, aunque fuese sacrificando un pollo o un cerdo al Diuata; con las ceremonias propias del rito gentilico.

Al llegar a la primera casa perteneciente a la visita, le salió al encuentro un cristiano que hacía veinte años vivía con una infiel, de la cual había tenido cuatro hijos. Por fortuna sabía ella lo necesario para recibir el bautismo y allí mismo señalaron el día para su celebración, que tuvo lugar junto con el de su hija de dieciocho años, sucediendo inmediatamente la del matrimonio. Fue recibido el Padre por los de San Juan en forma de procesión, yuviéronle santamente ocupado una multitud de días sin quedar apenas persona adulta que no se confesase. Prosiguió luego desde allí su excursión a la cumbre del Magdiuata desde donde se descubre a vista de pájaro una extensísima llanura en que serpentean siete grandes ríos y tres pequeños. A las cinco de la tarde del primer día llegó a una pequeña casa donde vivían dos mujeres cristianas, madre e hija unidas, respectivamente, con padre e hijo infieles. Dichas mujeres habían sido primero vendidas como esclavas en Lianga a un amo cristiano; éste procuró bautizarlas, mas al presentárseles su ocasión se fugaron al monte, viviendo a lo infiel. Fácilmente se les convenció de la nulidad de aquellos enlaces y de qué modo podrían legitimarlos.

El día siguiente, guiado por el viejo infiel de la casa, continuó el Padre su camino y al poco rato se vio metido en un lodazal; atravesó luego un alto y espeso cogonal, y a las dos horas llegó a casa del bagani Calisangan, que quiso acompañarle con una de sus dos mujeres hasta otra casa, donde tres días antes el célebre asesino Monomogut, con seis compañeros, había señalado una numerosa familia para esclavos, diciéndoles que dentro de siete días volvería a buscarlos; dejándoles por prenda una camisa de grana encarnada. Preguntó el Padre al futuro esclavo si tenía contraída deuda alguna con aquél, o si le había ofendido en algo; respondiendo que no; se apropió el Padre la camisa del sanguinario bagani y encargó a la familia que se trasladase a San Juan, y a sus compañeros que dijesen a Monomogut que el Padre se había llevado su camisa, y que fuese a San Juan a hablar con él, que allí se la devolvería.

Veinte de los allí reunidos ofrecieron bautizarse; recogió el Padre los ídolos, dejando en su lugar una estampita de San Miguel en actitud de clavar la lanza al diablo colocado debajo de sus pies; y pasó adelante. A mediodía llegó a la falda del monte, al que subió valiéndose de dos prácticos que se hallaron alrededor de una casa, cuyos dueños la habían abandonado por temor de ser también cautivados por Monomogut. A las dos de la tarde llegó a una colinita desde donde ascendió en línea recta al Magdiuata, y muchas veces a gatas, pasando por dos repechos, que eran como dos grandes paredes o murallas, cuya cresta no tenía más que dos varas escasas de ancho, en donde

habían crecido enormes árboles; y a derecha e izquierda existían dos precipicios, que causaba vértigo el mirarlos.

Estando ya cerca del vértice del Magdiuata se desencadenó durante tres cuartos de hora una imponente tempestad de relámpagos, truenos y lluvia. Subió sin embargo el Padre hasta la cima; pero no pudo gozar del sublime espectáculo porque la niebla había tomado posesión de ella y fue preciso volver atrás en busca de la casita de un infiel que tuvo la humorada de vivir en lo más elevado del monte.

Amaneció por fin el día, sereno y despejado, divisándose las costas de Bislig, Lianga, Cantilan, los montes de la parte de Taganito y demás que forman la cordillera hasta Butúan, de los cuales se escurren las aguas a la gran llanura por donde culebrean tantos ríos, transformando el país en una laguna, cuando llueve tres o cuatro días seguidos, como suele suceder en diciembre y durante los tres primeros meses del año.

En el descenso empleó tres horas hasta la morada del práctico, con quien trocó por un crucifijo su ídolo e hizo cortar otro de tres varas de largo, que tenían para que custodiase la sementera. Una hora después llegó a la casita de otros infieles y bautizó con agua de socorro a una niña de tres años que padecía habitual enfermedad sin esperanza de vivir largo tiempo. A las cuatro regresaron a casa del teniente Calisangan, en la cual se habían reunido muchos de sus dependientes para tratar de formar nueva población; hizo el Padre el padrón; recogió un ídolo que le dio su dueño a cambio de una crucecita y despidióse de ellos, invitándoles a que fuesen a celebrar la fiesta de San Agustín en la visita. Viajó lo restante del día y parte de la noche hasta llegar al río Jibon, donde descansó hasta la salida de la luna, y a las seis de la mañana estaba en San Juan. Tres días después se celebró la fiesta titular, a la que acudieron muchos infieles y entre ellos Calisangan, luciendo en el pecho su crucifijo.

Al saludar al Padre le dijo éste en tono algo severo que por qué había quitado el santo Cristo de su casa y lo llevaba pendiente del cuello como si fuera cristiano, y le respondió que había hecho esto para que le librase de caer en manos de los asesinos y le curase en cualquier desgracia que le sucediese; y que habiéndole sobrevenido a una de sus dos mujeres, subiéndolo por el río, un fuerte dolor en un ojo se puso a gritar pidiéndole remedio; cogió inmediatamente el santo Cristo y sin soltarlo del cuello lo aplicó al ojo enfermo, diciendo: «Guinoo, itambal mo ang matá ngâ masaqet sa asaua co»: que quiere decir: «Señor, remedia el ojo enfermo de mi mujer»; y pronunciando estas palabras se sintió ella de repente aliviada. «Si es verdad lo que dices, replicó el Padre, ¿por qué no te haces cristiano?» «Quiero serlo—contestó Calisangan—

pero no puedo ahora, porque no sé rezar: bautízame este hijo (de dos años) en prueba de lo que digo.» Concluída la relación les convidó el Padre a presenciar el bautismo del blanco Buenaventura, su paisano. Los bautizados por el P. Domingo Bové hasta el día 10 de mayo de 1876 en la Misión de Bunauan ascendieron a 209.

A 10 de abril de 1875 llegó de Manila a Surigao el Rdo. Padre Superior de la Misión Juan Bautista Heras, con objeto de girar su visita por el distrito. Tomó como socio al P. Saturnino Urios, salió el 11 para Taganaan, el 12 para Gigaguit, volvió el 14 a Surigao, recibió el 18 los últimos votos de los HH. Bosch y Navarro; el 19 llegó a Butúan dejando allí de auxiliar al P. Casellas; el 21 se embarcó para Bunauan con el P. Bové; dejó en su compañía al H. Bosch y prosiguió su viaje hasta Bislig, de donde volvió a Surigao el 9 de mayo y el 13, se embarcó en bote para Cebú, con que pudo llegar antes de la apertura del nuevo curso a Manila.

Fue esta visita de excelentes resultados para la Misión del distrito de Surigao porque mejor conocidas y apreciadas sus necesidades pudieron, en cuanto era dable, remediarse más pronta y eficazmente, enviando a ella selecto y copioso contingente de misioneros.





---

## CAPITULO XVIII

**Origen del Observatorio de Manila.—El meteorógrafo del P. Secchi.—Observación de un eclipse de sol. — Temblores y baguios. — La señal del medio-día. — Cambio de observaciones. — El observatorio de Hong-kong. — Proyecto de Observatorio meteorológico oficial. — Envío de jóvenes escolares al extranjero.**

SEGÚN hemos visto anteriormente, el día 11 de enero de 1865 llegaron a Manila los HH. EE. Juan Ricart y Jaime Nonell y fueron destinados a la Escuela municipal de instrucción primaria superior.

El H. E. Francisco Colina, que a la sazón enseñaba en ella elementos de matemáticas, física e historia natural, había montado por vía de entretenimiento, lo que con gracia dio en llamar su observatorio meteorológico. El local era un antiguo palomar abandonado; los aparatos, un higrómetro de cabello, un termómetro, y un barómetro consistente en un tubo de cristal en forma de sifón, lleno de un líquido oleoso de color amarillento; y en vez de anemómetro, un trapillo atado a un bramante, colgado en alto.

En este juguete de observatorio solía pasar algunos ratos para descansar del trabajo de la clase; haciendo a lo sumo dos o tres observaciones diarias y aún tal vez sin registrarlas.

En septiembre de 1865 pasó por Manila un baguio destructor, y a la madrugada del día siguiente aparecieron algunos buques encallados en la playa de Santa Lucía delante de dicha escuela; el H. Nonell muy impresionado preguntó, qué era aquello, y le respondieron: un baguio.

Antes de ser enviado a Filipinas había intervenido en Balaguer, como discípulo de la clase de física, en un modesto observatorio meteorológico planteado por su profesor el P. Salvador Di-Pietro; el cual, además de hacer y registrar las observaciones diarias y sacar las medias mensuales, les hacía trazar al fin de mes las curvas que representaban la marcha de cada aparato.

Tuvo curiosidad el H. Nonell de hacer otro tanto respecto de aquel fenómeno, y preguntó al H. Colina si había hecho observaciones durante aquel baguio y cuántas. Respondióle que cada hora desde el principio hasta el fin. Pidióselas para estudiarlas; sacó las curvas del termómetro, del barómetro y del higrómetro, y al devolver al H. Colina sus papeles, se las mostró: y habiendo recibido éste del Director del *Diario de Manila* un atento B. L. M. rogándole le escribiese una sucinta relación del baguio, para publicarla en su diario, accedió a ello dicho Hermano; pidióle al H. Nonell copia de sus curvas, y junto con su relación fueron enviadas a la redacción.

El director hizo de ambas tirada aparte en una hoja, que repartió a los suscriptores del *Diario*.

Algunos de sus lectores echaron de ver, que un estudio científico del terrible meteoro, podría conducir al descubrimiento de sus leyes y aun a la previsión y prenuncios de la existencia, proximidad y trayectoria de los temporales, evitándose en parte las pérdidas de vidas y fortunas con que los comerciantes del Archipiélago Filipino solían tributar anualmente al Océano y al mar de la China. El que se interesó más en este sentido fue un poderoso comerciante holandés, Sr. Wan Polaneu Pétel, Cónsul de su nación en Manila. Otros varios comerciantes y marinos participaron de sus presentimientos. Reuniéronse, pues, trataron del asunto y se presentaron al R. P. Juan Vidal, Superior de la misión, rogándole que se regularizasen las observaciones meteorológicas, ordenándolas al estudio de los baguios, por las grandes utilidades que esperaban reportaría de ello el país en término no lejano.

Llamó el P. Superior al H. Colina y, enterado de la proposición de aquellos señores, les confesó ingenuamente que el autor de las curvas era el H. Nonell. Llamado éste, le propusieron el plan; y les respondió que era de todo punto irrealizable, porque los aparatos que funcionaban en el palomar eran pocos, anticuados y deteriorados; a lo que contestaron dichos señores, que los comerciantes estaban dispuestos a costearles todos los aparatos, si los Padres se comprometían a montar y dirigir un observatorio en toda forma. Tomáronse éstos tiempo para deliberar, y quedaron en que se haría lo posible para atender aquella demanda.

Ocurrióse al P. Pedro Bertrán, prefecto de estudios del Ateneo municipal, inquirir si el meteoro que acababan de observar pertenecía o no a la clase de ciclones de Cuba y a los tifones de la India; y en el artículo tifón de una enciclopedia inglesa vio una figura en la cual estaban delineadas las curvas barométricas de siete u ocho tifones observados en la India; y cotejadas con las del H. Nonell resultaron tan semejantes, que ya no hubo lugar a duda de





EL P. FEDERICO FAURA, PRIMER DIRECTOR DEL OBSERVATORIO METEOROLÓGICO  
DE MANILA



que los baguios de Filipinas eran verdaderos ciclones. Con esto se avivó el deseo de estudiar el meteoro y se aumentaron las dificultades para aceptar la dirección del futuro observatorio meteorológico; y en la próxima reunión siguiente les dijo claramente el H. Nonell que, para obtener en breve el resultado que se proponían de sorprender las leyes que rigen los baguios y poder anunciar con alguna anticipación su proximidad, era preciso contar con aparatos escribientes que por sí mismos registrasen de día y de noche sus variaciones; y habiéndole preguntado si existían tales aparatos, les respondió que el P. Angel Secchi, Director del Observatorio del Vaticano, los tenía todos reunidos en el meteorógrafo de su invención; pero que el precio de este aparato no bajaría de 5,000 duros y sólo funcionaba en Roma y en Madrid.

Habiéndose mostrado aquellos señores dispuestos a costearlo, ya no le fue posible al H. Nonell resistir más; y el R. P. Superior de la misión, accediendo a las reiteradas instancias de aquellos caballeros, escribió al P. Secchi y le encargó la construcción de un meteorógrafo para el Observatorio del Ateneo municipal de Manila.

En tal estado las cosas, a principios de 1866, anunció el P. Costa una expedición, de la cual habían de formar parte los HH. EE. Pablo Ramón y Federico Faura. Al oír el H. Nonell este nombre dijo al H. Colina: «Ya tenemos director del Observatorio». Y en efecto: el P. Provincial, enterado por el P. Superior de la misión de las dificultades que los HH. Colina y Nonell tenían de encargarse de la dirección del Observatorio, envió al H. Faura para que se encargase de este ramo, según él mismo lo manifestó al llegar a Manila, que fue el 20 de junio de 1866; y en 1867, tomó a su cargo todo lo relativo al ramo de meteorología y el H. Colina regresó por el istmo de Suez a España con encargo de pasar por París y comprar aparatos para el gabinete de física del Ateneo municipal, pues a este fin había entregado el Ayuntamiento de Manila al P. Superior 2,000 pesos fuertes, y de tratar con el P. Secchi del envío del meteorógrafo de su invención a Manila; pues para este fin se habían reunido ya 6,000 pesos de limosna de los referidos comerciantes.

El aparato escritor llegó desmontado a Manila en los primeros meses de 1869.

Al abrir en el Ateneo las cajas y ver tanta multitud de piezas sueltas y de todos tamaños sin ninguna instrucción que diese luz para montar dicho aparato, los HH. Faura, Ricart y Nonell se preguntaron, mirándose instintivamente unos a otros, cómo iban a salir del paso; mas luego sin desmayar dijo el H. Faura: «Déjenme solo en esta salita (donde estaban extendidas todas las piezas y era el lugar destinado al meteorógrafo) y en tres días no me hablen;

espero en Dios que saldré del apuro.» En efecto, al cuarto día les mostró el meteorógrafo casi del todo montado, con solas cuatro o cinco piecitas que le faltaban por colocar, pues no atinaba el papel que pudiesen desempeñar en el aparato.

Llamaron entonces a un relojero indígena, muy habilidoso, llamado Cánón; se le dio una breve explicación del aparato y presentándole cada una de dichas piecitas, dando una vuelta alrededor del aparato las fue colocando una por una con suma facilidad en sus respectivos puntos: montó luego el aparato de relojería que regulaba el movimiento de los varios instrumentos y juntamente con el péndulo empezó a funcionar el meteorógrafo, y pocos días después lo hacía ya con toda regularidad, de suerte que en el próximo correo pudo enviarse al P. Secchi un paquete de observaciones tales cuales habían salido del aparato de su invención.

Al recibirlas en Roma dicho Padre, dio cuenta de lo ocurrido al M. R. P. General, admirando las excepcionales aptitudes del Director del Observatorio de Manila para la ciencia meteorológica; rogándole que le llamase a Europa, para que adquiriese ulteriores conocimientos y visitase los más principales observatorios, como más tarde se hizo.

A principios de septiembre de 1869 se notó en dicho aparato un rápido descenso del barómetro por su persistencia inexplicable, hasta que veinte días después un furioso baguio que se desató en Manila descifró el enigma; porque al alejarse el día siguiente, subió de nuevo el barómetro con asombrosa rapidez a su ordinaria altura y algo más; con lo cual quedó demostrado que el barómetro era el mejor aparato anunciador de los baguios; y la experiencia de más de cuarenta años ha confirmado la legitimidad de aquella deducción, de la cual son abonadísimos testigos el barómetro del P. Faura y el barociclonómetro del P. Algué.

Lo dicho hasta aquí está sacado de una relación que, a ruego mío, escribió el P. Jaime Nonell en Manresa el día 24 de septiembre de 1912.

Otra relación hizo asimismo, a petición mía, dicho Padre relativa al eclipse total de sol del 18 de agosto de 1868, observado por él y sus compañeros los HH. EE. Federico Faura y Juan Ricart en la isleta de Mantawaloe Kekee, situada en el Golfo de Tomini o Gorontalo del Archipiélago de Célebes.

Estaba este eclipse anunciado con tales circunstancias, que los astrónomos creyeron llegada la hora de estudiarlo para resolver algunos problemas hasta entonces irresolubles. La primera fue la duración de la totalidad que desde los tiempos de Tales de Mileto no se había experimentado igual; pues la máxima no bajaba de 6 minutos. La segunda fue la aplicación del espectroscopio nue-

vamente inventado como analizador de los cuerpos en ignición, el cual podría revelar la constitución química de las protuberancias que, durante los eclipses totales, se manifiestan alrededor del disco solar oscurecido. La tercera porque debiendo verificarse la máxima totalidad en el Estrecho de Torres; con poco gasto podían trasladarse allá los observadores filipinos.

Creyó, pues, el P. Bertrán mostrar su gratitud al Gobierno español y al Municipio de Manila por los beneficios que dispensaban a la Compañía, si lograba con datos propios contribuir a la aclaración de los grandes resultados, que para la ciencia se prometían los sabios del tan deseado eclipse.

El primer pensamiento de dicho Padre, fue que en la expedición tomaran parte los marinos y que para trasladar a los observadores el general de Marina prestase un buque de guerra.

Propúsose la idea al Excmo. Ayuntamiento, de quien dependía el Ateneo municipal, y fue al punto aceptada y aplaudida, ofreciéndose dicha Corporación a sufragar los gastos que de la empresa resultasen.

La Marina de guerra aplaudió también el pensamiento y ofreció un buque en que se trasladasen los observadores, e instrumentos para la observación; y enviar una comisión de su seno al lugar designado, para cooperar al feliz resultado de las observaciones. Otros miembros de corporaciones civiles y militares aceptaron igualmente la idea y aún pensaron agregarse.

El R. P. Bertrán escogió a los HH. EE. profesores Federico Faura, Jaime Nonell y Juan Ricart, para que hiciesen los preparativos necesarios y pidió a París un espectroscopio y otros varios instrumentos al referido efecto.

Mas como en todas las cosas humanas que dependen de muchos en su ejecución, a medida que se iba acercando el tiempo, se iba enfriando el entusiasmo de los que debían formar parte de la expedición; contribuyendo no poco a ello el prejuicio infundado de que iban a desempeñar un papel secundario en la referida empresa: en vista de lo cual el general de Marina desistió del primitivo ofrecimiento del buque.

En tal estado las cosas, el día de San Ignacio, 31 de julio de 1868, entró en bahía el vapor *Serpent*, cuyo capitán Bullok se dirigía a Australia con orden de su gobierno de observar en el viaje el eclipse del 18 de agosto. Con esto vio el P. Bertrán el cielo abierto: dirigióse al capitán Bullok, propúsole su pensamiento, y como por falta de transporte no le era posible enviar tres profesores del Ateneo, provistos de instrumentos, y bien enterados de las particularidades extraordinarias de aquel eclipse. Ofrecióse el capitán a llevar gratis a nuestros profesores y a auxiliarles en los trabajos de observación.

Algunos, sin embargo, trabajaron para disuadir al capitán del cumplimiento

de lo ofrecido, y fue menester que el P. Bertrán deshiciera en presencia de Mr. Bullok las razones de los émulo, obteniendo con ello completa seguridad de que los llevaría al eclipse y los dejaría en Amboina por donde tenía que pasar, para recibir instrucciones del gobierno británico sobre la comisión que había de desempeñar dicho capitán en Australia.

Embarcáronse, en efecto, el día 4 de agosto a la madrugada los HH. Faura, Nonell y Ricart, supliendo los demás Padres del Ateneo las clases que éstos dejaron durante la expedición, y el día siguiente por la mañana salieron de la bahía de Manila.

Tocaron en Iloilo y en La Isabela de Basilan y el 17 de agosto fondeaban en una isleta del golfo de Tomini o Gorontalo de media legua de bojeo, despoblada y cubierta de vegetación llamada Mantawaloe Kekee, punto escogido para sus observaciones, toda vez que la duración de la totalidad del eclipse había de ser allí de cinco minutos y veinte segundos. El eclipse debía tener lugar el inmediato día siguiente a mediodía. No fue posible probar los aparatos fotográficos antes del fenómeno. Uno de ellos fotografió perfectamente las diversas fases parciales del eclipse, pero no su totalidad. El maquinista, Mr. Sútton, excelente fotógrafo, desesperado al ver que su máquina no funcionaba bien, se entretuvo en calcar sobre el cristal de la cámara oscura tres diferentes fases de la totalidad: principio, medio y fin. Cuantos presenciaron el fenómeno, afirma el P. Nonell, pudieron dar fe de que el dibujo de Mr. Sútton representaba con toda fidelidad el aspecto que presentaba la corona del disco oscuro del sol y las variaciones que fue experimentando. La situación, las dimensiones, la forma y las variaciones de las protuberancias fueron observadas con el micrómetro de Rochon. La falta del estereoscopio, que no había llegado a tiempo para que lo pudiesen utilizar, se suplió con las muchas observaciones que la abundancia de personal inteligente les permitió hacer.

Para fijar el número, la situación y forma de las manchas solares utilizaron un telescopio que juntamente con el micrómetro les habían prestado los marinos de Manila. El telescopio de Secretain, recién llegado de París, lo pusieron a disposición del capitán.

Cada observador hizo una breve relación por escrito de lo que había observado, comunicándose mutuamente las observaciones, y de todas formó el capitán una extensa memoria, que envió al Comodoro de la India. Más tarde se supo que sus observaciones le habían valido al capitán un ascenso.

Días después la oficialidad obsequió a nuestros jóvenes con un espléndido banquete en la cubierta del *Serpent*.

Llegados éstos a Amboina el 5 de septiembre se embarcaron en un ber-



gantín para Macasar y tocaron en Timor. Al proseguir el viaje se encontraron sin viento y con corrientes contrarias, y fue preciso dar la vuelta por el S. y entrar por el estrecho de Sapi, entre Sombock y Sumbawa.

El estrecho de Sapi en su parte Norte está erizado de escollos. El buque de vela que en él ha penetrado, si le falta el viento queda sin gobierno y a merced de la corriente, la cual cada seis horas toma dirección contraria y sólo por milagro se puede evitar el que en uno u otro de aquellos peñascos se estrelle. Antes del mediodía se dieron cuenta del peligro en que se hallaban. En toda la tarde y noche no sopló una ráfaga de viento. El asombro se veía estampado en los rostros de la tripulación, del capitán Crafford, y de mister Brady, dueño del buque; los tres observadores procuraban tranquilizarse con actos de conformidad con la voluntad de Dios; hiciéronle el sacrificio de sus vidas; rezaron las letanías de los santos con más fervor que de ordinario para tenerles propicios y entrada la noche se echaron a dormir tranquilamente.

A las dos de la madrugada les despertó un ruido, que por momentos iba creciendo, causado por el choque de la corriente en su mayor velocidad contra el último peñasco y contra el cual iba también directamente a estrellarse el buque que les conducía. El grito de *the brig is goue* (el bergantín está perdido) lanzado por Mr. Brady, les dio a conocer a los Nuestros que era llegado el fin de sus días. Casi al mismo instante una voz de mando ordenaba cierta maniobra con las velas: pocos minutos después se oyó otro grito de *!!! All right!!!* (estamos salvados). En el momento en que iba a estrellarse el buque, una ráfaga de viento que lograron aprovechar lo desvió del peñasco; luego apareció éste por la popa y se alejaron del peligro.

Desde la mañana del día anterior hasta mediodía del siguiente no tuvieron más viento que aquella ráfaga providencial que les libró del naufragio. Atribuyéronlo los Nuestros a la intervención del santo Apóstol de las Indias cuyo último día de la novena de la gracia acababan de celebrar a este fin.

Llegados a Macasar trasbordaron al vapor *Manado*, que les condujo a Surabaya de la isla de Java, donde descansaron varios días en la residencia de los Padres de la provincia de Holanda, de donde se dirigieron a Singapore. Allí escribió el H. Faura una breve relación de sus observaciones que envió al P. Secchi en 25 de octubre de 1868, que fue publicada en su boletín meteorológico en Roma y le suministraron datos abundantes para la resolución de varios problemas relativos a la corona luminosa que rodea el disco oscuro en los eclipses totales de sol; pues descubrió en las fotografías que habían sacado de los dibujos de Mr. Sútton pormenores, que ninguna fotografía directa alcanzaba a representar.

De Singapore pasaron a Hong-Kong y llegaron a Manila el 21 de noviembre.

Escribióse sobre esta materia una memoria que se empezó a imprimir, sacando buen número de fotografías y láminas litográficamente reproducidas; mas, ora fuese por el coste de la edición u otras causas, se difirieron de tal suerte los trabajos; que todas las esperanzas de su publicación quedaron desvanecidas.

El día 1.º de octubre de 1870 se sintió un temblor en Manila más prolongado que el de 3 de junio de 1863, si bien no produjo desgracias personales y si tan sólo algunos desperfectos en las viviendas. Tuvo lugar en lo más recio de una colla que a la sazón azotaba las costas de Luzón; no pocos acudieron al Ateneo y entre ellos el mismo Capitán General, don José de la Torre, para enterarse por sí mismo en el Observatorio de la intensidad y dirección del movimiento sísmico ocurrido.

Con ocasión de este temblor ideó el P. Ricart el primer aparato sísmico que funcionó en el naciente Observatorio. Consistía en un disco algo cóncavo, fijo, bien orientado y graduado, cubierto de una ligerísima capa de ceniza; y perpendicular al centro, pendiente de un hilo, una bolita rematada en punta dispuesta a describir en él los diversos movimientos oscilatorios de la tierra.

El día 12 de octubre pasó por Manila un fuerte baguio que, si bien fue de corta duración, hizo garrear algunas naves hasta dejarlas varadas en la playa y echó a pique un bergantín, pereciendo ahogados nueve de sus tripulantes.

El 29 de diciembre de 1872 hubo otro temblor de tierra en Manila, de unos 90 segundos de duración, con dirección marcada al principio, de ONO. a ESE. cambiando hacia la mitad del fenómeno, repentinamente, de N. a S.; dejando impresas las curvas en el sismómetro horizontal y una especie de cruz en aspa cuyo ángulo menor vendría a ser de unos 75°.

El máximo de intensidad del movimiento en dirección de ONO. a ESE. fue 11° 5'. El de la dirección N. a S. fue de 90° 3'. La forma elíptica de las oscilaciones marcadas por el péndulo del sismómetro reveló evidentemente, que aquéllas iban a la vez acompañadas de algún pequeño movimiento de rotación. La desviación del péndulo en éste, marcaba un radio cuyo máximo era en la primera de 6° 5' y en la segunda de 5° 9'.

El sismómetro vertical marcó a su vez una depresión de su indicador de 39°. Señal clara de que tuvo también lugar un considerable movimiento de trepidación.

El fenómeno tuvo lugar a las once, 48 minutos de la mañana en uno de los días más bellos y despejados que se conocen en el país.

Tan pronto como se vio la comunidad libre e incólume del temido azote, bajó a la capilla, y expuesto el Santísimo rezó las Letanías de los Santos, terminándose el acto de acción de gracias con la bendición y reserva.

A fines de marzo de 1873, visitó el general Alaminos los diversos departamentos del Ateneo Municipal y entrando en el Observatorio, al examinar el meteorógrafo del P. Secchi se alegró de que gozase Manila de un adelanto científico del que se veían privadas la mayor parte de las capitales de Europa, y allí mismo dispuso que el Observatorio después de adquiridos los instrumentos indispensables para ello, se encargase de señalar todos los días la hora precisa de hallarse el sol en su verdadero meridiano y que se anunciase inmediatamente después al público con un disparo de cañón, a fin de que anduviesen acordes con él todos los relojes públicos de la ciudad y sus arrabales. Esta mejora no pudo realizarse, sino algunos años más tarde.

Las observaciones meteorológicas mensuales enviadas por nuestro Observatorio a los más notables de Europa y América, merecieron de éstos halagüeña acogida, correspondiéndole a su vez con sus propias observaciones y otros trabajos, con que enriqueció su biblioteca de obras valiosísimas, entre las cuales merecen especial mención 15 tomos de Anuarios y observaciones, que por conducto del Superior Gobierno de las Islas le envió el señor Director del Observatorio de Madrid y los grandes volúmenes de observaciones del Observatorio de la Pule-Kowa del Imperio ruso.

A consecuencia de las obras comenzadas de la futura iglesia, del ensanche que se había de dar al Observatorio para que saliese de su estado embrionario, y de los temblores del año anterior; se cerró el ángulo que quedaba, prolongando el ala en donde estaban los aposentos, para agrandar y consolidar el edificio de la Casa-misión, que se constituyó en Residencia central con independencia del Ateneo. Y respecto del observatorio, se remitió por junio de este año a la aprobación del P. Provincial un proyecto, sobre que tuviese vida propia y quedase oficialmente constituido mediante compromiso formal contraído con el Gobierno. Bien empleados estuvieran para entonces dos sujetos de valer; porque además del provecho científico y fin humanitario que resultara de la instalación oficial del Observatorio Meteorológico, hubiérase dado gran realce a la Compañía en el Archipiélago y fuera de él, abiertose paso a útiles relaciones y facilitádose el logro de otras justas pretensiones.

Adelantáronse y sucediéronse este año los baguios con gran crédito del Observatorio que dio la voz de alerta a las provincias amenazadas con mucho acierto, siendo los periódicos de Hong-Kong los que más se distinguieron en prodigar al P. Faura cumplidos y merecidos elogios por sus avisos; y este

crédito se afianzó y generalizó cuando se hizo la instalación como el P. Faura anhelaba, porque desde Singapore hasta el Japón estaban todas las costas pendientes de sus telegramas, toda vez que en aquel Archipiélago se hallaba la verdadera clave para descifrar con antelación las tormentas del Pacífico y mar de la China. En corroboración de esta fama tan legítimamente adquirida sólo diremos que el día 31 de julio de 1881 recibió dicho Padre una comunicación del Sr. Gobernador de Hong-Kong poniendo a su disposición el observatorio que iban allí a fundar, pidiéndole instrucciones; lo que para un inglés fue mucho pedir.

Merced al entusiasmo que despertó el proyecto de Observatorio en Manila, salió muy bien apoyado de todas las clases de la sociedad; mas en Madrid debió de sufrir algún estorbo, porque fue remitido al Archipiélago para ser de nuevo informado. Aseguró sin embargo el Director General de Administración civil don Daniel de Moraza que a mediados de noviembre saldría otra vez despachado favorablemente. Lo que se pretendía al parecer era ganar tiempo: pues con el desestanco del tabaco se encontraban las cajas del Archipiélago en gran déficit, que no sabían cómo llenar. Vistas, pues, por el P. Provincial las dificultades con que tropezaba la tramitación del expediente en Madrid, escribió que tal vez se hubiera podido dar al asunto giro más modesto.

No decayó empero de ánimo el P. Superior de la Misión, antes prosiguió adelante con el proyecto; pues aun dado el caso de que no prosperara ante el Gobierno de Su Majestad; todavía, atendido el bien que hacía el Observatorio y el prestigio que daba a la Compañía en Filipinas y en España, sobre todo en las esferas oficiales abriendo y allanando el camino para otras empresas de la mayor gloria de Dios; juzgaba por muy bien empleados los dos sujetos, referidos, aun cuando fuera sin subvención del Estado, y en este sentido rogaba al Rdo. P. Provincial que dedicase siquiera uno de esclarecidas dotes para que, perfeccionándose en el extranjero, pudiese más tarde suplir al P. Faura en el desempeño de su cometido.

En el proyecto de Observatorio Meteorológico Oficial no se habló ni de construir edificio ni de adquirir instrumentos; sólo se pidió una subvención para mantener lo existente, con el fin de conservar en adelante más fácilmente esta institución en nuestras manos. Suponíase existente el Observatorio y sólo se pedía ayuda para dar más desarrollo a sus trabajos. Si se hubiese construido un edificio y comprádose instrumentos con dinero del Estado, hubiese podido éste más tarde confiarlo a otra Corporación o entidad científica; empero, del modo con que se proyectó, ofrecía el desarrollo del plan todas las



garantías de estabilidad apetecibles; porque el día que hubiera querido el Gobierno poner el Observatorio en manos de la Marina, por ejemplo, o de otro cuerpo facultativo, hubiese tenido que levantar nuevo edificio y dotarlo de los instrumentos necesarios para el caso, permaneciendo todavía la Compañía con libertad de acción para publicar sus observaciones privadamente, aunque sin carácter oficial.

Todo lo dicho se lo encontró ya hecho y presentado, cuando entró a gobernar la Misión el Rdo. P. Ricart, por su antecesor el P. Juan Heras; y no le pareció mal el planteamiento del asunto, tal como a la sazón se estaba tramitando; y puesto que se había ya elevado a la aprobación del Ministro de Ultramar, entendía que se debía aguardar la resolución que de allá viniese. Porque si se aprobase, no tendrían más obligación que la de dar al P. Faura un compañero, puesto que estaría retribuido y se podría atender con mayor holgura a los gastos del Observatorio, que de todos modos, con mayor o menor auge, se veían obligados a sostener; y si no se aprobaba exco-gitarían otro medio para dar regularidad y estabilidad a los trabajos del Observatorio. Movido, pues, por tan poderosas razones aprobó el R. P. Provincial el que se procediese adelante para obtener del Gobierno la fundación y organización oficial del Observatorio Meteorológico de Manila.

Por otro lado, la salud estragada del P. Federico Faura parecía exigir se le atendiese en esta parte, para aliviarle en la enorme tarea que se le iba acumulando. «Yo no puedo con tanto trabajo — escribía al P. Provincial en 8 de febrero de 1882; — ¿no será posible darme un auxiliar para poder estar al corriente de todo y no dejar amontonar el trabajo, que se viene haciendo después imposible el arreglarlo?» La tramitación del proyecto estuvo durante mucho tiempo entorpecida; porque, aunque los medios eran modestos, era el fin harto grandioso para no despertar codicias ni ambiciones; pues aunque por un lado el señor don Manuel González Llana, Director General de Administración Civil, demostró a los PP. Faura y Ricart sumo interés para que se llevara adelante; por otra el Cuerpo de Minas, donde a la sazón imperaba el elemento masónico, suscitó dificultades por la relación que tenía dicho proyecto con el estudio de los temblores de aquel Archipiélago. Los Nuestros sin embargo, dejaron que siguiera su curso el expediente, sin mostrar por entonces grande empeño en la concesión oficial solicitada.

En el entretanto los dos pisos de la torre del Observatorio contigua a la nueva iglesia quedaron terminados por junio de 1882.

Invitada la Compañía, oficialmente, a concurrir a la Exposición Colonial de Amsterdam, envió el Observatorio a ella sus trabajos que salieron premia-

dos con Diploma de Honor, primero entre los premios que suele en esta clase de concursos otorgarse.

El 20 de octubre de 1882 se desencadenó en la bahía de Manila un furioso y destructor huracán, el vórtice del cual pasó por Cavite; y aunque entre los Nuestros no hubo desgracias personales que lamentar, fue grande el espanto que produjo en el Ateneo; porque el ciclón se llevó gran parte del techo de la obra nueva del Colegio y de la iglesia en construcción, volando las viguetas por los aires cual leves aristas, yendo a incrustarse una de las de mayores dimensiones en el vecino Colegio de Santa Potenciana, perforando los pisos y amagando derribar la casa entera. Con todo salieron los Nuestros relativamente bien librados, pues habiendo sido general la destrucción en Manila hubo necesidad de trasladar los cuarteles, el hospital y las oficinas de administración pública, que quedaron arruinados, a las casas religiosas que no habían sido destechadas.

El P. Faura escribió una reseña de este baguio que los periódicos publicaron en forma de folleto, que causó muy buena impresión entre los elementos oficiales de Manila y de Madrid y los superiores mediatos de la Compañía.

Uno de los que más lo celebraron fue el Rdo. P. Provincial de Aragón, Juan Capell, el cual después de lamentarse, en carta de 10 de enero de 1883 al P. Faura, del extravío que había sufrido su correspondencia; le manifestó cuán digno era dicho Padre de toda clase de atenciones por su mérito y por el celo y éxito de sus trabajos, ofreciéndole su incondicional apoyo; pues, penetrado de la suma importancia de sus planes e identificado con su parecer, que coincidía asimismo con el de los PP. Juan Ricart y Pablo Ramón, se hallaba dispuesto a darles mayor impulso y desarrollo; y tanto el Rdo. P. Asistente Fermín Costa como el M. R. P. General Pedro Becks, deseaban se sostuviese el Observatorio y se le apoyase en todo cuanto le conviniese. Que a este efecto había resuelto enviar al extranjero dos jóvenes escolares de las mejores cualidades de aptitud e inclinación a estos estudios, para que se adiestrasen en los mejores Observatorios, poniéndose en contacto con los hombres más instruídos en estos ramos de Europa, y le pidió su parecer respecto al modo de efectuarlo, rogándole le comunicase para ello instrucciones detalladas para el mejor acierto en su ejecución.

A esta carta respondió el P. Faura en 30 de abril lleno de agradecimiento: que le parecía acertado enviar dos jóvenes al extranjero al lado de personas instruídas y donde hubiese Observatorio, cuyos trabajos fuesen siguiendo. Que el mejor punto le parecía el Colegio de Stonyhurst en Inglaterra, puesto que allí se dedicaban principalmente a los estudios que en el Observatorio de

Manila se necesitaban. Que pasado dos o tres años en dicho punto convendría pasasen en Florencia otra temporada, para enterarse de los adelantos y métodos empleados en el estudio sobre temblores de tierra, tanto o más útil en Filipinas como el de los huracanes, y que aprovecharen estos años para perfeccionarse en Matemáticas superiores, Física Matemática y Química; Geología, Mecánica racional, Magnetismo y Meteorología; y que en estas últimas asignaturas procurasen sobre todo ejercitarse en el Observatorio de Keri, lo cual no les sería difícil; pues el P. Perry, Director del Observatorio de Stonyhurst, podría facilitarles la entrada. De esta suerte se fue preparando paulatinamente la instalación oficial del Observatorio Meteorológico de Manila que luego se efectuó, como más adelante veremos.



---

---

## CAPÍTULO XIX

**Llegada del P. Urios y su primera excursión apostólica en la costa oriental de Mindanao con el P. Parache.—Nuevo refuerzo de misioneros.—Dos visitas del P. Heras.—Naufragio del P. Vivero.**

**H**ACIA fines de 1874 llegó el P. Saturnino Urios a engrosar las filas de los misioneros del tercer distrito de Mindanao y empleó cerca de tres meses en ponerse al corriente de la lengua visaya para confesar y predicar en ella a los naturales del país.

El P. Luengo, que había girado la visita el año anterior de 1873 por la costa oriental del Pacífico desde Surigao hasta Dávao, anhelaba grandemente que se continuase el trabajo apostólico predicando el Santo Evangelio y administrando los sacramentos a los pueblos incluídos en la jurisdicción de la parroquia de Bislig, de la cual había dado posesión en aquel mismo viaje al P. Gregorio Parache, que permanecía solo en aquel punto, aguardando compañero que le ayudase en el ejercicio de sus ministerios. Viendo, pues, el P. Luengo las óptimas cualidades que adornaban al nuevo misionero, como primer ensayo de sus futuras apostólicas excursiones le envió a Ginatúan, para que diese una tanda de ejercicios al pueblo, y recorriendo luego con el P. Parache los demás de su jurisdicción se foguease, por decirlo así, en la vida apostólica, propia de los misioneros de Mindanao entre fieles e infieles y en el uso de la lengua visaya y dialectos del distrito, de que salió luego tan consumado maestro.

Terminaron estos ejercicios el 21 de junio, fiesta de San Luis, y coronaron con ellos los PP. Urios y Parache la obra de las confesiones, que les tuvo ocupados hasta el último día desde muy de mañana hasta las once, en que celebró el P. Urios, subiendo inmediatamente al púlpito para predicarles la heroica penitencia del Santo; su ardor invencible en abrazar el estado a que Dios le llamaba, y su fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones; y para que resultase moral el panegférico hizo aplicaciones muy prácticas y apropiadas al auditorio a quien se



dirigía; y a las cuatro de la tarde del mismo día se embarcaron para Lînguig en cuya visita permanecieron hasta la víspera de San Pedro, dando otra tanda en forma de misión al pueblo. Trasladáronse luego a Cateel y de allí a Caraga, donde permanecieron ocho días antes de comenzar los Santos Ejercicios que dieron los Padres como se darían en la ciudad más culta de Europa; y el fruto positivo que de ellos resultó fue el de haberse confesado las autoridades y casi todos los del pueblo, arreglándose muchos matrimonios *in facie ecclesiae*.

El 16 de julio, fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, titular de Caraga, mientras que el P. Parache presidía la procesión del pueblo, el P. Urios juntaba en la casa parroquial a un gran número de infieles mandayas y sentado en medio de ellos, teniendo a cada lado a un principal del pueblo, les iba explicando el origen del primer hombre, la caída de nuestros primeros padres, en el paraíso, el dogma de la propagación del pecado original, la Encarnación y Redención del Hijo de Dios y otras principales verdades de nuestra santa religión. Algunos de ellos se bautizaron y otros arreglaron sus litigios y todos quedaron aficionados a los misioneros.

A los veinte días se despidieron de Caraga, pasando el último entero en el confesonario y a altas horas de la noche fueron a embarcarse en la playa acompañados de una multitud compacta del pueblo que con lágrimas de gratitud en los ojos les dieron un tierno adiós y se dirigieron a Manay, donde se hizo, poco más o menos, como en Caraga; de allí retrocedieron a Bonga, ranchería situada en una elevada colina que para llegar a ella tuvieron que subir 180 escalones. De ella escribe el P. Urios que sólo había una familia cristiana y treinta matrimonios mandayas y luego añade: «Reunimos a éstos; les exhortamos; pero se mostraron tan duros que cual inculto y pedregoso campo, no llegó a echar raíces en ellos la semilla evangélica». A fin de que no tuviesen que salir sacudiéndose el polvo de los zapatos les presentaron dos párvulos para bautizar y en otro pueblo un adulto procedente de la misma. «Bonga, decía el P. Urios, no se me apartará jamás de la memoria». Llegaron a Tubud subiendo por una larga escalera. Allí vio el P. Urios varios grupos de infieles y dirigiéndose a ellos les fue acompañando hasta la puerta del convento donde sentado les fue catequizando. De Tubud se dirigieron los misioneros a Manurigao donde les recibió el pueblo en masa, en la playa, fueron hospedados en el tribunal. Era su iglesia un cobertizo de cogón y madera sin labrar.

«Si V. R. me hubiese visto un día (escribía el P. Urios al P. Heras) con setenta y tres cabezas de familias mandayas presididos por su jefe; creo que de gozo hubiera llorado. Estaba el P. Parache celebrando vísperas solemnes,

cuando rodeado yo de dichos infieles les predicaba las verdades de la fe. De este gran grupo estaba yo enamorado: pertenecían a dos rancherías cuyos capitanes, tenientes y alguaciles me oían con laudable atención; me servía para los apuros de un cristiano principal de Caraga que me traducía ciertos dichos difíciles, que yo no había oído aún en su lengua; aquí se hacían objeciones; se les soltaban y quedaban satisfechos; pero no lo quedaba yo, porque nos urgía el continuar nuestra ruta trazada de antemano. El resultado fue que de las dos partes del grupo, el primero quedó en hacerse cristiano; les señalé punto para formar pueblo y catequizarlos, y es de esperar que el Padre que tenga la dicha de ir a la Misión de Caraga, que se abrirá pronto, recoja la cosecha que sembramos nosotros.» Este fue el P. Pastells.

Bautizáronse algunos, que los cristianos apadrinaron y les hizo prometer que a la vuelta todos recibirían el bautismo.

El P. Parache arreglaba en el entretanto casamientos, bautismos y confesiones y después de predicar cogía a los infieles y no desperdiciaba ocasión para hablarles de Dios, y como experimentado operario alcanzaba a veces con más prontitud y menos trabajo lo que el P. Urios no había podido conseguir apurando todos sus recursos.

Este había recibido orden del P. Luengo de estar de vuelta en Surigao a últimos de agosto. Visitaron todavía el pueblo de Baganga, de muchos habitantes, aunque sin casas en la población por vivir casi siempre en sus ilayas o sementeras; mas luego que se apercibieron de la llegada de los Padres acudieron a porfía para oír de sus labios la divina palabra, viviendo entretanto en sus barotos, acudiendo asimismo gente de Baculin, Dapnan, Caraga, Manúrigao y hasta de Bislig. El 15 de agosto dieron por terminada su campaña en esta última población; mas el P. Parache quiso acompañar al P. Urios hasta Surigao, donde se celebró la fiesta patronal el 10 de septiembre. El 16 se trasladó éste a Gigáquit y de allí a Maínit de cuya parroquia se hizo cargo reemplazando a los Padres Recoletos. Contaba esta Misión, con su visita Jabonga, 3,341 cristianos. Eran los de Maínit de carácter más frío y menos dúctil que los jabonganos, quienes se prestaban mejor al cultivo espiritual que los primeros.

Dióles, pues, el P. Urios los santos ejercicios en forma de Misión y vuelto a Maínit, halló que casi todo estaba por hacer: iglesia, escuelas, convento y edificios de particulares.

A los 20 de septiembre fondeó en el puerto de Bilan-bilan de Surigao el vapor *Oriana* que condujo a los PP. Sintés, Terricabras, Ramón Ricart, Peruga y Planas, destinados por el R. P. Superior de la Misión: el pri-

mero a Surigao de compañero del Padre Luengo; el segundo a Bunauan como coadjutor del P. Bové; el tercero a Gigáquit al lado del P. Sansa; el cuarto a Bislig con del P. Parache y el quinto a Mañit para auxiliar al P. Urios.

Habiendo enfermado el P. Sintes fue remitido a Manila donde falleció el día 13 de diciembre de 1875; fue enviado en su lugar el P. Pastells a Surigao al lado del P. Luengo, el día 8 de diciembre de 1875.

El 13 de julio llegó de nuevo el R. P. Heras a Surigao. Mas como el P. Luengo había ido a girar por su orden la visita de Dapitan; después de arreglar algunos negocios en la cabecera, visitó el P. Heras los pueblos de Taganaán, Placer, Bacuag, Gigáquit y Taganito, y vuelto a Surigao determinó ir a Dávao por el interior de Mindanao, tomando por compañero de viaje al P. Urios, que reemplazaba al P. Luengo en Surigao, quedándose el Padre Pastells en su lugar.

Llegados en banca a Placer emprendieron a pie su viaje hasta Buyud donde montaron a caballo, y a pesar de ser el camino malísimo sólo tuvieron que bajar en puntos en que, por estar escalonado el monte, hubiese sido gran temeridad pasarlos a caballo.

En la cordillera de Mañit, Jabonga y Cantilan vivían los mamanuas, semejantes a los negritos, pocos en número, muy esquivos y volubles, errantes por las selvas, que nada cultivaban y se sustentaban sólo de raíces, frutas silvestres y de la caza. Poco había que esperar de ellos social y civilmente.

A la falda de los montes de Mañit se encuentran varias lagunas abundantes en pesca y caimanes; la principal a que se le apropió este nombre tendrá unas tres leguas de diámetro y mucha profundidad en el centro. Su travesía es arriesgada en barotos; porque con cualquier viento se levanta un oleaje tan raro, que en poco tiempo se llenan de agua, sin darlo para llegar a la orilla. Desaguan en ella algunos riachuelos que, durante la monzón de lluvias se convierten en ríos bastante caudalosos. Desemboca dicha laguna en el seno de Butúan después de haber formado el curso que sigue el río de Jabonga. No muy lejos de ella hay un manantial de aguas termales de donde se origina el nombre de Mañit, que significa caliente.

Tanto en el pueblo de este nombre como en Jabonga, fue recibido el P. Superior con banderas, música y las campanas al vuelo. Los conventos e iglesias de uno y otro pueblo eran malísimos camarines de tabla podrida y nipa; dejóles el P. Superior los planos de ambos, cambió algunas estatuas de santos, envió allá al H. Ubach, albañil, recién llegado de la Península para que dirigiese las obras, y por haberle suplicado los vecinos que les dejase al

P. Urios, tomó en su lugar al P. Ramón Ricart y embarcados en baroto, muy pronto la rápida corriente del río les alejó de la vista de Jabonga y en tres horas llegaron a la ranchería del capitán Ignacio, en la que sólo habían cinco niños mamauas bautizados, y habiéndole asegurado que se bautizarían todos cuando fuese un Padre a catequizarles, se les envió más tarde al P. Jaime Plana, y prosiguiendo su viaje llegaron a las tres de la tarde a Butúan. Estaba entonces situado a la margen derecha de la desembocadura del río Agusan, en terreno muy bajo y expuesto a grandes inundaciones, razón por la cual solicitaron los butuanos permiso del Gobierno para trasladarlo a punto más elevado.

Este pueblo había mejorado visiblemente en sus costumbres; muchos de sus vecinos oían misa todos los días y, en los festivos se llenaba la iglesia que, aunque mala, era muy grande; y el P. Pamies, su Misionero, estaba continuamente ocupado en el confesonario. Faltaba, sin embargo, un buen maestro, titulado, de la escuela normal. Desempeñaba en el ínterin esta tarea uno de los principales más aptos de la población.

Con la llegada del P. Heras se procuró remediar el abuso del comercio de niños y niñas cautivados por los baganis manobos y mandayas de la cuenca del Agusan, causa generadora de muchos asesinatos; porque los asesinos para cautivar a los hijos mataban primero a los padres que se resistían a entregárselos.

El día 1.º de agosto salieron los PP. Heras y Ramón Ricart para Bunauan. En la primera ranchería del trayecto se les presentaron dos manobitos pidiéndoles que los llevasen en su banca hasta Bunauan, para librarse de la muerte a que estaban sentenciados para el día siguiente por ciertos agravios de que no eran culpables. Lleváronselos consigo y los entregaron a su padre sanos y salvos.

Al pasar por Gandiisan subieron a casa del bagani Manjumugud, mas no le hallaron en ella, y su mujer les dijo que había salido a remediar (esto es: a cautivar) con los baganis Magistuda y Mangpangasal, y que el principal de todos los baganis era Manandón, que tenía otros siete bajo sus órdenes. Aseguróle dicha mujer al P. Superior que su marido llevaba ya cautivados un centenar entre niños y niñas y cometidas otras tantas muertes. Ignoraba ella con quién hablaba.

En la ranchería Lapuig, poco distante de la anterior, les dijeron los infieles, que el día anterior había pasado Manjumugud amenazándoles, que si no cautivaba en otra parte lo haría allí y sólo hallaron en el tribunal hombres armados y algunas mujeres, porque los niños y ancianos se hablan retirado a



unas casas muy altas a la cima de un monte, a donde subieron los dos Padres para verlos y animarlos, prometiéndoles auxilio en caso necesario; y al efecto escribió el P. Heras al teniente de Talacogon que, si el capitán Lubagnon le pidiese auxilio, le enviase algunos cuadrilleros. Pocos días después pasó por allí Manjumugud con varios cautivos. Del bagani Imbuta le aseguraron al Padre que había cometido cuarenta asesinatos y cautivado gran número de manobos.

Se hacía por consiguiente necesario informar de todo al Gobierno, para que prohibiese tan repugnante tráfico. Bastóle a un butuano que llevaba dos niñas adquiridas en pago de una friolera, que le dijese el Padre, que había de dar parte del hecho al Gobernador de Surigao, para que las dejase inmediatamente en poder del P. Bové, el cual se encargó de devolverlas a sus afligidos padres.

Luego que los principales y cabezas de la mal llamada Reunión supieron que el P. Superior de la Misión les traía un oficio del Gobernador en que les permitía reunirse y hacer casas donde pudieran ser mejor y más fácilmente administrados, se le presentaron en comisión y le prometieron reunirse todos en Bunauan y Talacogon, para donde habían sido ya nombrados oficialmente dos misioneros, y hacer allí sus casas, tribunales, escuelas, iglesias y conventos.

Envióles el P. Heras al H. Zumeta para dirigir las obras, se les proporcionó instrumentos para cortar maderas, carabaos para acarrearlas y el modo con que pudieran ganar algún dinero para el pago del tributo que tan pesado se les hacía.

Dejó el P. Superior en Bunauan al P. Ricart, llevándose consigo al P. Bové y con algunos guías y las provisiones necesarias salieron el 8 de agosto a la una de la tarde del Simúlao y se trasladaron al Agusan por el estero Mandayao y la laguna de Dagun o Linao formada por las aguas del Agusan desbordadas algo más arriba del antiguo pueblo de Linao; mas como dicha laguna se había formado en medio de un espeso bosque, era de difícil acceso y sólo los muy prácticos acertaban con la vereda que conducía al Agusan.

Habiéndoles cogido la noche en lo más enredado de ella, a pesar de los esfuerzos que hicieron para vencer la corriente y cortar los troncos y cañas que obstruían el paso, les fue preciso permanecer en aquel laberinto, dentro de sus bancas, expuestos a la voracidad de los caimanes que tanto abundan en aquellas lagunas.

El día siguiente, descargadas las bancas y hechos algunos viajes, para

trasladar el pequeño cargamento al lugar donde el río había cambiado de cauce, prosiguieron río arriba.

En Maondo, ranchería del capitán Lambuyug, salieron a recibirles una porción de niños y niñas bautizados y les mostraron un altarcito que tenían en el tribunal donde se reunían para rezar el santo Rosario y se les facilitó un buen catequista para que pudiesen ser mejor instruídos, favoreciendo de esta suerte la acción del P. Misionero. Llegados a Batoto, ranchería de mandayas, situada en la confluencia del Naan con el Agusan, dejaron el baroto para emprender por tierra el paso al río Hijo.

En Batoto se bifurca la cordillera que corre desde Surigao hasta el Cabo de San Agustín, separando la vertiente del Agusan de la del Hijo, que deposita sus aguas en el seno de Dávao.

Dejado, pues, el Agusan, navegaron como dos horas en un barotillo sin batangas por el río Batoto, para internarse luego en un espesísimo bosque. La primera jornada fue bastante difícil por los muchos riachuelos y pantanos que tuvieron que atravesar y por las dificultades de encontrar prácticos; porque por miedo a los baganis, sólo les querían acompañar los mandayas, después de muchos ruegos y promesas, de una ranchería a otra; a la cual llegados se escondían las mujeres y los niños aunque luego volvían atraídos por los regalillos, y ofrecían primicias de camote, caña dulce y otras frutas que recibían los Padres con gusto, porque escaseando las provisiones se había cercenado la ración. A las cuatro de la tarde plantaron su tienda de campaña en el arenal de un río; mas al ir a acostarse, una súbita avenida les hizo levantar el campo más que de prisa y pasar la noche sobre troncos.

La segunda jornada fue dirigida por un famoso bagani, porque nadie les quiso acompañar por temor de caer en poder de los asesinos. Las casas de los infieles en aquellos puntos eran comúnmente altas, bien hechas y como pequeñas fortalezas con sus depósitos de piedras y otras armas para defenderse en casos apurados. El bagani conductor les dejó solos al oscurecer en una hondonada, para volverse cuanto antes a su ranchería. Empero, siguiendo el arroyo que les indicó, llegaron muy pronto a una casa de mandayas situada a la falda del último monte de la cordillera, que les faltaba atravesar.

A su llegada se asustaron las mujeres y los niños de ella rehusando aceptar los regalitos que les ofrecían; pero cambiósese la escena al distribuir el P. Heras algunos pañuelos a unas niñas, para cubrir su desnudez; pusiéronselos sus madres a modo de sayas y ya no cabían en sí de contento, ofreciendo a los Padres cuanto tenían para obsequiarles y preparando lo mejor que pudieron su casa para hospedarles. Quedaron admirados de la agradable

fisonomía de aquellos mandayas; las mujeres y los niños eran bastante blancos, los hombres robustos y bien agestados y no faltaban algunos que ostentaban sus barbas bastante bien pobladas.

El día siguiente subieron y bajaron en hora y media un cerro de fácil y despejado acceso, encontrando en la falda opuesta el río Saúsan, de frescas y cristalinas aguas, que corrían hacia el O. Subieron río arriba unos cinco minutos y emprendieron el paso de otro cerro semejante al anterior, aunque de peor camino; al cabo de hora y media dieron con el río Buáuang, cabe la orilla del cual almorzaron y, descendiendo luego por su cauce, tomaron poco después la dirección SE. por una espesa selva hasta llegar a una ranchería de mandayas llamada Campalili, que les recibieron bastante mal y sólo a fuerza de regalos se mostraron poco más tratables; pero no quisieron venderles nada, ni tampoco acompañarles; razón por la cual fue preciso que el guía que iba con ellos prosiguiese acompañándolos.

Salidos, pues, de la ranchería vadearon el río Campalili navegable en baroto, y a un cuarto de hora de distancia pasaron el Hialfuai de menos agua que el primero y ambos afluentes del Mánab, tributario del Hijo.

A las tres de la tarde del 15 de agosto descansaron en las arenosas y despejadas riberas de este rápido y caudaloso río. En barotitos prestados por infieles se deslizaron rápidamente por su corriente hasta entrada la noche que pasaron bajo la tienda de campaña que formaba una grande sábana y el día siguiente fueron a pasar la noche en casa del dato moro Nónong, amueblada al estilo oriental, con muchos y variados jarros de latón, pabellones de color de grana con almohadas de viejo damasco, lantacas bien labradas, sables y crises muy afilados, y tejidos de varios colores bien trabajados. El orden reinaba en aquella casa, ocupados hombres y mujeres en varias obras de manos. Obsequió el dato a sus huéspedes con la obligada sinfonía del *Culintangan*, y contestaron gustosos a las preguntas que les dirigieron los Padres relativas al interior de la isla, situación de ciertas lagunas y origen de varios ríos, llamándoles mucho la atención el que escribiesen tales pormenores, porque a tanto no alcanzaba la sabiduría de su pandita. Regaló el P. Heras al dato el paraguas que llevaba, y éste, con sus sácopes, les acompañó hasta el embarcadero y en dos barotos suyos hicieron la travesía hasta Dávao, a donde llegaron a las tres de la tarde del 17 de agosto. Desde Surigao a Dávao emplearon los Padres en esta ocasión veinte y cuatro días; pero en diez podría buenamente pasar el correo desde Butúan a Dávao.

Tenía Dávao buena iglesia, buenas escuelas, buen tribunal y buena plaza con buenas calles; ojalá hubiesen sido también buenas las costumbres.

Después de cuatro días, empleados en recorrer los faldas del monte Apo, volvió el P. Superior a Dávao; y concluida la visita, salió con los PP. Domingo Bové y Marcelino Vivero (alias Casasús) con rumbo a Casulucan, ameno sitio de la isla de Sámal, donde estaba la casa de los Padres y se habían reunido los cristianos bajo la protección de D. José Campos y desde allí en un día y una noche hicieron la travesía a Sigaboy, de donde salieron el 30 de agosto hacia el Cabo de San Agustín; mas al querer doblar una larga punta para fondear en Pundagitan, cerca del Cabo, fue tal la marejada que levantó el Taranguin, o viento Sur, que reventaron tres veces las olas dentro del baroto y fue preciso que todos, incluso los Padres, se pusiesen a remar para no estrellarse contra unas peñas adonde les arrojaban. Pudieron por fin fondear en una ensenadita en que descansaron tranquilos, a pesar de la lluvia y de los truenos que sobrevinieron. Al amanecer del día 1.º de septiembre doblaron el Cabo de San Agustín con mar tranquila; y al anochecer entraron en la hermosa bahía de Pujaga que tiene dos bocas y su pequeño Corregidor.

Fondearon en Mati, y les ofreció y envió luego el P. Heras a sus habitantes la estatua de San Lorenzo, su patrón, una campana y otras cosas para el adorno de la futura iglesia que, junto con la casa del misionero, habían propuesto levantar. Salieron a las diez de la noche y al amanecer atravesaban el hermoso seno de Mayo, y habiendo pasado por Mampanon se fueron directamente a Manay, donde fueron muy bien recibidos por la población. Habló allí con su fundador, viejo de blanca y larga barba, llamado Victoriano Ajos. Como recuerdo de esta visita les envió el P. Superior una bonita estatua de San Francisco Javier, mayor que el tamaño natural de un hombre, y dos campanas. A la caída de la tarde salieron los PP. Heras y Bové montados en buenos caballos con algunos indios para Bonga y el día siguiente doblaron la terrible punta Punsan con tanta calma, que se admiró el timonel de haber hallado al paso corriente tan favorable y sin oleaje que les permitían tocar las peñas casi con la mano.

Antes de ir a Caraga pasaron por Tubud, donde hallaron, con la gente que les esperaba en la playa, al P. Vivero que cubierto con su impermeable y gorro de marino a causa de la lluvia, parecía un viejo capitán de barco. Visitado el pueblo y empavesada la capitana con seis o siete banderas de abigarrados colores, para que la distinguiesen de lejos los caragueños, se embarcaron de nuevo en ella y al mediodía llegaron a Caraga, siendo recibidos en la playa por la población en masa con infinidad de banderolas llevadas por los niños de las escuelas; y entre la principalía y el pueblo, que a porfía se agruparon alrededor de la banca para besarles la mano, hallaron al intrépido P. Peruga que



en brevísimo tiempo se había trasladado de Bislig a Caraga para salirles al encuentro. Ya no fue preciso subir por los cien escalones de antes, y como en Tubud y en Bonga, porque los caragueños habían abierto una carretera que conducía al cerro donde estaba la población, a la cual subieron como en larga y alegre procesión, entre cánticos y cañonazos, dirigiéndose a la iglesia, que es la primera visita que suelen hacer los misioneros al llegar a pueblos cristianos; y luego se instalaron los cuatro Padres en la casita que una buena familia les cedía con gusto cada y cuando por allí pasaban. Presentóse la principalía a pedir al R. P. Superior se anticipase la celebración de la fiesta mayor, por ser el titular de su iglesia el Salvador del mundo en su advocación del triunfo de la Santa Cruz. Cantó, pues, la misa el R. P. Superior, predicó el P. Bové y los PP. Peruga y Vivero sostenían el coro que alternaba con la música de Manurigao. No faltaron los cañonazos al acto de la elevación; la iglesia, que era bastante grande, estaba repleta de gente; al mediodía hubo convite general en la población para cristianos e infieles y a las cuatro de la tarde se organizó una larga y vistosa procesión durante la cual menudearon los cañonazos, tiros de fusil y repique de campanas, y hasta los infieles se intercalaban en las filas con los cristianos guardando tanta devoción y compostura como ellos. Los caragueños pidieron al P. Vivero por misionero y prometieron hacer buena iglesia, convento y escuelas.

Ofreciósles el R. P. Superior enviarles un par de Padres que tuviesen por campo de sus trabajos apostólicos desde Catéel hasta Mampanon, más de veinte leguas de costa en el Pacífico, y se dedicasen a la reforma de los pueblos cristianos y a la reducción de los mandayas, que eran muchos los que habitaban en las faldas de aquellos montes.

Despidiéronse los PP. Heras, Bové y Peruga del P. Vivero (alias Casasús), que se detuvo en Caraga para preparar su viaje de retorno a Dávao; y en embarcación nueva, bien tripulada y equipada se dieron a la vela el 8 de septiembre con rumbo a Manurigao. El 10 del mismo mes salió también el P. Vivero con dirección al Sur, pernoctando en Tubud a la vista de Caraga.

Sobre media mañana del día 11 con mar embravecido quiso este Padre proseguir su viaje, y al llegar al descubierta frente a punta Punsan, la más oriental del Archipiélago Filipino, fue envuelta la banca en pocos momentos por montes de olas. Iban con el Padre seis remeros, el timonel y seis niños. A los seis remeros se los llevaron las olas uno en pos de otro empezando por el timonel. El Padre permaneció agarrado al mástil y los seis niños a la sotana del Padre hasta que se hundió la embarcación, pidiendo socorro a otra pequeña capitaneada por el principal de Caraga D. Inocencio Ronquillo,

que le seguía muy de cerca. El principal no acudió al llamamiento por temor de perecer en el torbellino de las encontradas olas, y retrocedió al fondeadero, quedando sepultada la primera embarcación y sus navegantes en el profundo del océano. Como únicos restos del naufragio aparecieron en la playa cerca de la punta de San Agustín fragmentos, o tal vez, mejor dicho, todo el altar portátil, pues la copa del cáliz y la patena fueron a parar en poder de los tagacaolos y luego del chino que los compró y de éste los recogió más tarde el P. Bové; y no es creíble que por sí solas flotasen dichas alhajas y fueran conducidas por la corriente a dicha playa; sino que irían encerradas dentro de su estuche que era la caja o fragmento, del cual se refiere haber sido hallado en la playa poco después de sucedido el naufragio.

Fue el P. Vivero uno de los misioneros más intrépidos y fervorosos de Mindanao, observante, obediente, infatigable y sufrido. Los pueblos de la costa le amaban con delirio. Como el que esto escribe fue destinado a Caraga a raíz de horrible naufragio y le rezó con el P. Parache, que allá le acompañó, un responso desde el mar a una legua de distancia del lugar donde cinco semanas antes había ocurrido la catástrofe; pudo enterarse mejor que ninguno de sus detalles de boca del mismo capitán Inocencio Ronquillo, a quien examinó; y asegura que lo aquí referido de los incidentes del naufragio es la verdad.

Poco después de haber salido el Rdo. P. Superior y el P. Peruga de Caraga, fueron recibidos en la playa de Manurígao por sus habitantes, y al anochecer llegaron a Baculin. Al día siguiente entraron en Baganga, que constaba de cinco cabecerías y apenas tenía seis casas habitadas, y visitaron las pequeñas rancherías de Batiano y Baísan. La iglesita de Batiano era decente, aunque pobre, y dedicada a San Miguel. Reuniéronse todos en el tribunal, distribuyéronse estampas, medallas y rosarios a los cristianos, y a los infieles, agujas y botones, invitándoles a ingresar en el gremio de la Iglesia por la puerta del santo Bautismo. Baísan gozaba de mejor situación que Batiano; la iglesia estaba dedicada a San Pedro y su estatua era bastante buena.

El día siguiente, domingo, celebraron el P. Bové en Dapnan, el Rdo. Padre Superior en Quinablagán y el P. Peruga en Catéel. Después de comer salieron los PP. Heras y Bové de Dapnan e impulsados por el Tímug, o Sudeste, hicieron en tres horas y media la travesía hasta llegar frente a la barra de Catéel. Apenas los divisaron acudieron los del pueblo a la playa para recibirlos, y el gobernadorcillo les envió una banca bien tripulada para preguntarles a dónde pensaban atracar; porque no era posible entonces, atravesar la imponente y casi siempre alborotada barra del río por estar enteramente cerrada.

La dirección de la banca les indicó el lugar del desembarco; acudió la gente con banderas de todos colores cubriendo lo largo de la playa, y la principalía presidida por el gobernadorcillo. Luego que atracó la banca *San Ignacio* la hicieron correr en seco, como si estuviera sobre el agua. Con sol abrasador recorrieron la arenosa playa sobre un tendido de largas tiras de género a manera de alfombra, hasta llegar a la iglesia donde les dio las gracias en lengua visaya el P. Peruga, y se celebró la fiesta patronal del pueblo como en Caraga.

El pueblo de Catéel era de ocho cabecerías, malsano, falto de agua potable, plagado de caimanes y su barra tan pésima que pocas veces podía pasarse por ella sin evidente riesgo de la vida. Por estas razones les propuso el P. Heras trasladar el vecindario a Dacung-Banua, por tener buena comarca, excelente para sementeras, agua potable rica y abundante; puerto muy seguro y de fácil entrada en toda monzón, con una isleta a poca distancia de la playa que lo defiende del NE., viento que más azota aquellas costas, y en su recinto otro puertecito completamente cerrado donde, en caso de fuertes temporales, pueden abrigarse pequeñas embarcaciones, sin que les falte agua potable, por haber de ella un manantial en la misma isleta.

Púsose a votación secreta el asunto y todos menos dos votaron por la traslación. Visitaron los Padres el Dacung-Banua y fueron a pasar la noche en un recodo, junto a la punta Catarman, de donde salieron al rayar el alba; celebraron en Línguig y a la caída de la tarde llegaron a Bislig, donde les esperaban el P. Gregorio Parache, el Sr. Comandante Militar Barrera y otra mucha gente, para celebrar la fiesta del Santo Patrón, a la que acudieron gran número de los habitantes de Ginatúan, Línguig y Tebay.

Salió luego el P. Bové por el monte a su querida Misión de Bunauan, de donde llegó el P. Ramón Ricart para quedarse en Bislig, mientras el P. Parache acompañaba al Rdo. P. Superior, y después de cuatro días de próspera navegación llegaron a Gigáquit; visitaron con el P. Sansa a Placer y Taganaan, y juntos llegaron el 24 a Surigao, con que se terminó felizmente el viaje que por el interior y la costa oriental de Mindanao se había propuesto realizar el P. Heras.

Arreglados algunos negocios con el P. Luengo, vuelto ya de Dapitan, salió el P. Heras de Surigao el 7 de octubre, con rumbo a Cebú en la misma banca que le había conducido desde Bislig a la cabecera, realizando el viaje en tres días y medio.

Tratados los asuntos de la Misión con el Sr. Obispo, se embarcó el 11 en el vapor *Cebú* aportando el 13 a Mánila con toda felicidad y con el consuelo

de poder abrazar a los misioneros recién llegados de Europa, que distribuyó a varios puntos de Mindanao, para ejecutar los planes trazados durante la visita.





---

## CAPÍTULO XX

**Campana y toma de Joló.—Ministerio del P. Baranera.—Es enviado el P. Federico Vila y luego el P. Isidoro Batlló.—Instalación de los Nuestros.—Los moros de la Isla y los cautivos.—Idioma joloano.—Fueres.—Viven los Nuestros en casa propia.—Excursiones del P. Batlló.—Visita del dato Jarun.—Los PP. Batlló y Carreras heridos gravemente por dos juramentados, son curados con grande esmero.—El P. Heras los visita; deja al P. Viñals; embarca para Manila al P. Batlló y para Zamboanga al P. Carreras.**

**E**L Archipiélago de Joló y muy particularmente la isla de este nombre era desde muy antiguo la guarida predilecta de los piratas que infestaban los mares de Filipinas y en especial de Visayas y Mindanao, saqueando y entregando a las llamas sus pueblos, cautivando a sus moradores y sembrando por doquier el espanto, la desolación y la muerte.

Tan pronto, pues, como supo el Superior de la misión que se estaba preparando expedición para concluir de una vez con la piratería de los joloanos y apoderarse de la capital de su Archipiélago; resolvió enviar con las tropas a uno de los nuestros, recayendo la elección en el P. Baranera. Esta determinación aprobó el M. R. P. General en carta de 8 de marzo de 1876 al P. Heras con estas palabras: «Placet mihi missio P. Baranera cum expeditione ad Joló, quae propagationi fidei inter illas gentes portam aperire potest». A este efecto se embarcó dicho Padre en un buque de guerra que salió de la bahía de Manila para Zamboanga, el 21 de enero de 1876, con el fin de incorporarse en su rada al ejército expedicionario.

En el Corregidor, donde pasaron la primera noche, se les unieron cien deportados. Tanto el Comandante del buque, D. Eduardo Trigueros, como la oficialidad de a bordo le trataron al Padre con suma deferencia y cordialidad. No hubo con todo medio de celebrar durante el viaje el santo sacrificio de la

Misa, pues lo reducido de la goleta y la muchedumbre que la llenaba de bote en bote, no lo permitían.

El 5 de febrero por la mañana tuvo lugar ante gentío inmenso el embarque de las tropas. Al son de marchas marciales de las músicas y charangas de los regimientos salieron los vapores del río abarrotados de soldados, atrayendo las miradas de la multitud apiñada en el malecón, que agitaba entusiasta los pañuelos, despidiéndose de ellos, llorando algunos porque veían alejarse, tal vez para siempre, sus prendas más queridas. Iban en la expedición los excelentísimos señores don José Malcampo, Capitán General de las islas, y el General de Marina y Jefe de la escuadra, don Manuel de la Pezuela. Llegados a Zamboanga tomaronse algunos días para prepararse.

El 21 de febrero zarpó la armada para Joló con buen viaje si bien con alguna mar, motivo por el cual tuvieron que ser abandonadas en la travesía algunas vintas de zamboanguenos que llevaban a remolque los buques, porque se iban a pique. La goleta *Wad-Ras*, a bordo de la cual iba el P. Baranera, amparó a dos con toda su gente, que de otra suerte hubieran indefectiblemente perecido. Al llegar la escuadra a Joló ancló frente a Bun-Bun y el 22 fue a colocarse frente a Paticolo para proceder al desembarco, a fin de tomar por la espalda las cotas que defendían a Joló por donde estaban al descubierto; mientras la marina las bombardearía por el frente. Esta operación fue a la verdad importante; porque habiendo llegado a la salida del sol, frente de Paticolo se dividió la armada en dos grandes hileras de barcos que empezaron a disparar balas y granadas para despejar la playa de moros y proteger el desembarco que se verificó a eso de las nueve de la mañana. Un grupo sin embargo trató de impedirlo y causó a los nuestros once bajas; mas, pronto quedó deshecho, pereciendo veinticinco moros en su vano empeño y dispersándose los demás. Efectuado con tranquilidad el desembarque y apoderadas las tropas de la población de Paticolo, acamparon en ella durante la noche.

Internóse el ejército dos veces en la isla para tomar las cotas por la espalda; pero ambas veces tuvieron que desistir de ello, porque se perdían las tropas en la espesura de las selvas donde eran víctimas no sólo de los tiros de los moros, que desde las copas de los árboles les disparaban certeramente, y a mansalva; sino también del calor asfixiante y de la falta de agua con que apagar la sed que les abrasaba: lo que contribuyó no poco a acrecentar las bajas que ascendieron a 800 entre muertos, heridos y enfermos.

Durante estas refriegas permanecía ordinariamente el P. Baranera a bordo del *Wad-Ras*, de donde acudía a prestar los auxilios espirituales y demás consuelos de la religión a los heridos y enfermos, que eran llevados en botes al *Marqués de la Victoria* y al *Patiño*.

¡Qué cuadro tan desgarrador ofrecían aquellas nobilísimas víctimas de su deber y amor patrio! porque depositadas de primera intención y sin orden en el suelo, les hacían los médicos y cirujanos la primera cura, dejando el piso bañado en charcos de sangre, por entre los cuales andaba dicho Padre confesando y poniendo los Santos Oleos a los más necesitados. Acabado este ministerio se volvía a bordo del *Wad-Ras*, para reanudar la tarea y asistir a la misma trágica escena el día siguiente. Así es que hasta la toma de Joló fueron aquellos días de grande angustia; porque los moros se resistieron en todas partes con increíble tenacidad. Llegó por fin el 29 de febrero. Por la mañana se puso la armada en orden de combate marchando la primera con la insignia de Capitana, la fragata *Carmen*; seguíanla las corbetas *Santa Lucía*, *Vencedora*, *Wad-Ras* y la goleta *Santa Filomena*. A cinco cables de la población, empezó el ataque y bombardeo de las cotas que la defendían. Duró el fuego unas tres horas, contestando los moros desde ellas con sendos y repetidos cañonazos. No estaban aún bien apagados los fuegos cuando impaciente el ejército avanzó por la playa y protegido por los cañoneros se arrojó al asalto. En menos de una hora fueron tomadas las cotas, y a eso de las tres de la tarde conquistada la población de Joló enmedio de los vítores y algazara de soldados y marineros.

Un centenar de heridos y algunos enfermos fueron trasladados al vapor transporte, donde acudieron a auxiliarles el P. Fray Toribio Minguella y el P. Baranera; y el día siguiente, miércoles de ceniza, para evitar el contagio en la tropa fueron reducidos a pavesas los numerosos e infectos casuchos de la población.

El 17 de abril hicieron los expedicionarios su entrada triunfal en Manila con ambos generales Malcampo y Pezuela al frente, acudiendo al malecón y a la Capitanía del Puerto la ciudad en masa para recibirles y vitorearles. A esta última fueron comisiones de todas las clases de la sociedad, de donde se dirigieron a la casa consistorial del Excmo. Ayuntamiento, frente de la cual desfilaron las tropas en medio de la multitud apiñada que ebria de entusiasmo las aclamaba sin cesar. Toda la carrera del tránsito por donde pasaron, que fue por la Puerta del Parián, estaba bellamente enramada con vistosos arcos de trecho en trecho. Hubo fiestas e iluminación durante tres días y el 29 se celebró misa de campaña en el campo de Bagumbayan para los que perecieron en la guerra, con asistencia de ambos Generales, Comisiones de las órdenes religiosas y de las tropas formadas, habiéndose levantado de antemano un gran catafalco frente al altar, adornado con trofeos militares de toda clase de armas.

Sin previa solicitud del P. Baranera, le otorgó el Gobierno por méritos

contraídos en la presente campaña la cruz de Carlos III, y la del Mérito Naval de primera clase. Para esta última le propuso el Excmo. Sr. D. Manuel de la Pezuela, y para la primera el General Malcampo. Detúvose el Padre de vuelta en Zamboanga, esperando órdenes.

Estando el P. Heras visitando nuestras residencias de la isla de Mindanao y habiendo quedado en su lugar en Manila el P. Pedro Bertrán, envió éste a Joló al P. Federico Vila sin previa aprobación oficial, sin estipendio personal, sin asignación para el material del culto y sin casa ni iglesia. Al dar cuenta de este acelerado paso al P. Procurador General de Madrid Antonio Zarandona y de los motivos que a ello le habían impulsado dijo: que había escrito a D. Pascual Cervera, Gobernador P. y M. de la isla, que enviaba al P. Vila como mero auxiliar del capellán castrense, y que conservaría este carácter hasta el establecimiento oficial de la primera parroquia o misión de Joló, para la cual estaría ya a la sazón preparado. Grande acto de caridad era en efecto y muy de agradecer, el que se enviara al benemérito P. Vila a Joló para auxiliar al capellán castrense en la asistencia espiritual de 500 y a veces 700 soldados enfermos; pero lo que principalmente movió el envío del P. Vila fue que el General Malcampo por el cariño que profesaba a los PP. Recoletos les había ofrecido reiteradas veces la Misión de Joló para que se encargaran de ella definitivamente, a pesar de la Real orden que disponía que se encargase a los PP. de la Compañía de Jesús. El Rdo. P. Provincial de Recoletos se negó como era natural a encargarse de la evangelización de dicha isla. Y por más que el P. Bertrán en una entrevista celebrada con el Sr. Malcampo le dijo que no podía la Compañía renunciar a Joló, rompiendo la especie de contrato que mediaba de Real orden entre el Gobierno español y ella, sin entenderse ambos previa y mutuamente; quedóse dicho cargo por conferir durante su gobierno.

El 5 de abril de 1877 salieron de Manila en el *Marqués del Duero* el P. Isidro Batlló y el H. Francisco Figuerola. Llegados a La Isabela prosiguió el Padre su viaje a Zamboanga y se embarcó con el H. Pujol en *La Vencedora* que remolcaba la *Perla* cargada de material para la construcción de los dos fuertes de Joló a donde aportaron el 21 del mismo mes.

Visitó el Padre al Gobernador de la plaza y púsose a sus órdenes. Recibióle éste con suma afabilidad y cortesía y dispuso que el Sr. Teniente Coronel don Ventura López Nuño se trasladara a otra habitación y cediese al Padre la suya, que se hallaba en la cota de Alfonso XII.

Comenzáronse a construir los fuertes y en 26 de abril escribió el P. Batlló al P. Heras que se dignase representar al Capitán General Moriones la oportunidad de aprovechar la ocasión actual, para levantar y arreglar la iglesia,



a fin de celebrar en ella los actos del culto religioso con la decencia debida; porque con poco coste se podrían traer los harigues de Dumalong y los ladrillos de Zamboanga; ya por disponer de transportes y disciplinarios, ya por la pericia, actividad y óptima voluntad del Sr. Comandante de Ingenieros don José Díaz, dejando, empero, la realización de este pensamiento para cuando estuviesen terminadas las obras de defensa y alojamiento de la guarnición de la plaza; porque no habiendo a la sazón más que un pequeño altar cubierto de nipa para celebrar el santo sacrificio de la Misa, al llegar la temporada de lluvias, sería casi imposible decirla en campo raso para la tropa y paisanaje.

Difícil sería formarse idea de lo mal que a la sazón se vivía en Joló y lo mucho que sufrieron el Padre y el Hermano por hallar un rincón estable donde albergarse. Gracias a que don José Díaz les recogió en su morada sacándolos del reducto donde moraban en un asqueroso camarín de nipa, rodeado de muchos otros, llenos de ratones y en que estaban alojados dos regimientos con sus oficiales; lugar tan malsano, que casi todos cayeron enfermos de calenturas. Portóse el Sr. Díaz como la más solícita y cariñosa madre cuidando al H. Pujol en su enfermedad con tal esmero y caridad en ausencia del P. Batlló, que cuando llegó éste con el H. Figuerola, a quien había ido a buscar exprofeso a La Isabela, le halló muy mejorado y en disposición de embarcarse para Zamboanga, donde convalació del todo y al cabo de algunos días regresó a la plaza con el Brigadier de Estado Mayor Sr. Gamir, que lo llevó consigo de intérprete. Por haberse hospedado dicho Brigadier y su secretario en la misma casa donde se hallaban el Padre y los Hermanos, tuvieron éstos que reducirse a una sola habitación. El P. Batlló se hallaba enfermo de calenturas y a los pocos días cayó también el H. Figuerola de la misma enfermedad, y ambos salieron para Zamboanga el 21 de agosto en el vapor *Márquez* con el Sr. Brigadier, el cual les sentó a su mesa, llenándoles de atenciones hasta que desembarcaron.

Vueltos a Joló el día 9 de septiembre, halláronse en dos fuegos, porque el moro se había empeñado en recuperar la plaza; insistiendo en ello durante dos o tres días hasta que el Gobernador determinó perseguirlos, matando más de 50 e hiriendo a otros muchos. Componíase a la sazón Joló de elementos sumamente heterogéneos: chinos infieles, moros rehacios, protestantes de religión o de hecho y católicos, en su mayoría indígenas, de todos los dialectos del Archipiélago; y los que entre ellos poseían el castellano, iban tan solo a probar fortuna. Casi nadie recibía los sacramentos, a no ser por grave enfermedad, pero por lo regular siempre avisaban con tiempo al Padre para que socorriese a los heridos en las refriegas, a quienes acudía

con presteza. El carecer de iglesia era causa de que muchos no asistiesen a misa, y de que no se pudiese predicar; sin embargo nunca faltaba la misa de regimiento, siendo el primero en asistir el Sr. Gobernador, acompañado de varios señores oficiales de mar y tierra. «¿Cuándo se acabará la vida de campamento?... — exclamaba el P. Batlló.— Estamos ya tan fogueados, que a la primera señal vamos corriendo al lugar de los tiros y crisazos. Dios tiene cuidado de nosotros. El que fuese aprehensivo se caería desmayado al ver mutilaciones tan horribles.»

Refiere el mismo Padre que los moros tanto de la población como de los alrededores iban al convento para que el Hermano curase sus asquerosas llagas y postemas pertinaces y disformes; y no pocas veces agradecidos les ofrecían sus regalillos, aun en pleno mercado. Entre otros el Imán o Pandita radicado en Joló a quien molestaba una llaga que no le dejaba comer ni dormir hacía ya cuatro meses, con solo unas pepitas de pitogo que le dio el Padre, a los seis u ocho días de aplicada la medicina, quedó completamente curado.

Era por demás increíble el horror que concebían los moros a todo lo que sabía a cristiano: niñitas de tres años veían al Padre en la calle y señalándole con el dedo se echaban a llorar como espantadas.

Para formarse idea algo aproximada de la morisma joloana convendrá dividirla en cinco clases: 1.<sup>a</sup>, moros que formaban el Magay de la plaza de Joló; 2.<sup>a</sup>, guimbanos o agricultores; 3.<sup>a</sup>, comerciantes; 4.<sup>a</sup>, clase alta o aristocrática, y 5.<sup>a</sup>, cautivos.

Los moros del Magay casi todos eran del Sultán o de los Datos; no querían trabajar a jornal, y hombres y mujeres se ocupaban en revender lo que sobraba del tianguí; algunos, en la pesca, otros en bruñir hojas de bárung o bolos grandes o en hacer mangos de crises. Los guimbanos de la parte de Tandú, Paticolo, Salitayun, etc., eran por lo general gente de bien y surtían el tianguí o mercado de la plaza. Los de Párang solían hacer correrías por los pueblos y cautivar gente. Los comerciantes eran por lo general gente de mar; veíanse pasar a veces 40 o 50 vintas de ellos juntas, y de todas partes acudían a Joló, unos con perlas y conchas, otros con balate, nidos de golondrina, canela, abacá, pieles de buey de carabao y aletas de tiburón. Tampoco escaseaba el ganado vacuno, a pesar de matar en la población dos reses diariamente. Algunos conducían en balsas maderas de construcción, harigues regulares, durmientes y quilos de que se hizo buen acopio a precios moderados. La importación y exportación subía cada mes a muchos miles de pesos, y todos los días aumentaba el movimiento. La clase aristocrática

moruna estaba retraída de la plaza, aunque no dejaba de instigarles la curiosidad de visitarla. Con ocasión de haberle devuelto el Gobernador un caballo que se le había extraviado al Sultán, le envió éste su mayordomo con carta dándole las gracias. Era el emisario joven, moreno, de ojos vivos y centelleantes y bigotillo negro; listo, corrido y muy fino; había estado en Manila, en Singapore, en Hong-Kong, Emuy y Chang-hay. Fue a visitar al Padre y le pidió una carta de saludo para el Sultán y se la dio gustoso con un regalo para él, y otro para el Sultán.

Algunos datos se mostraban, sin embargo, asaz asequibles. Asibí, hijo de cautiva cristiana, no trataba mal a los cautivos.

La poligamia era corriente entre ellos según sus recursos.

La jerarquía eclesiástica de los moros se reducía a las categorías de Sarips, Jatips, e Imanes o Panditas. Para ser Sarip se requería saber leer, escribir y, por regla general, haber visitado la Meca.

Tenían creencias vagas, conocimientos muy limitados y supersticiones muy numerosas.

Los cautivos se asimilaban tanto y con tanta prontitud a los moros, que a esto atribuía el Padre el que no se presentasen para volver a sus tierras, porque se habían enlazado con moras de las cuales tenían ya hijos, siendo sus costumbres tan moras como los de la dicha raza. No dejaba, sin embargo, de haber honrosísimas excepciones.

Dos mujeres de Cagayán de Oro se habían fugado de Tawitawi y acogido a la plaza aquellos días, presentándose de noche por el mar con agua hasta el cuello; una había sufrido diez años de cautiverio y cinco la otra. Ambas fueron embarcadas para Zamboanga y remitidas a sus tierras. Otro día fue muerta una joven cristiana, que se refugiaba con otras de noche a la plaza y no supieron responder al «quien vive» del centinela.

El idioma joloano es más difícil de aprender para el que desconoce el visaya, por la variedad de gente que allí vive; pues mientras unos son joloanos puros, otros son sámales, malayos, visayas, chinos cruzados o mestizos, moros de Mindanao o de otras procedencias.

Sin embargo, como la escritura árabe es fija, por ésta se distingue el idioma joloano propiamente dicho. Tiene éste muchas palabras árabes, otras que en su raíz son visayas, malayas o sámales, alteradas, o en un todo iguales. Pocos son los datos que sepan leer y mucho menos escribir. No tienen más libros que el alcorán y el maulut, y aun manuscritos, con viñetas y otros adornos bastante elegantes. Para aprender dicha lengua tomó el P. Batilló un libro en blanco a tres columnas y siguiendo el orden alfabético adoptado por el dic-

cionario de la Academia escribió en la primera los términos en castellano; su significación joloana en la segunda, con los caracteres árabes correspondientes en la tercera.

Desmontado ya el terreno intermedio de los reductos «Princesa de Asturias» y «Alfonso XII», se emprendió la construcción del tercero entre los dos, algo internado, quedando de esta suerte cerrado el gran perímetro; con lo cual comenzó, por decirlo así, la segunda etapa de evolución de aquella plaza. Terraplenóse el mangle y de tal suerte mejoró la higiene de la población, que desde 12 de enero hasta 25 de marzo no hubo más que un soldado fallecido de muerte natural; las otras defunciones fueron violentas, producidas por moros o deportados. No desaparecieron, sin embargo, del todo las calenturas; pero fueron ya raras las de carácter maligno.

A primeros de mayo se trasladó el misionero a casa propia, construída por el H. Gairolas, donde fue hospedado el Superior de la misión durante los tres días empleados agradablemente en su visita.

A la carta escrita por el P. Batlló al Sultán respondió en 21 de noviembre de 1878: «Esta otra carta es testimonio que procede de vuestro hermano el Paduca Majasán Maulana Sultán, Mujamad Dehamalul Alam, que llegue a poder de su hermano el P. Isidro Batlló: la carta que me mandasteis por Kibat y las frutas de Europa llegaron ya, y al encargo vuestro mandándome expresiones, contesto: *Dios os guarde*. Otrosí, yo a mi vez os saludo, y encargo me mandéis más fruta de aquella, si es que os queda, o tallo que prenda; pues quiero probar de sembrarla aquí, y en su falta semilla; pues es tan superior su gusto, que yo no lo había probado hasta ahora; cuando la llevaba a mis labios, nuestros hijos me la arrebatában. Si acaso ya no tuvierais, encargad para mí a Europa. Otrosí, os remito un venadito que, aunque no tiene valor alguno, tomadlo en señal de nuestra fraternidad. Y no más. Escrita el 27 de la Luna Dehulcaida año de la egira de 1295.—*Mujamad, Dehamalul Alam.*»

A últimos de marzo hizo el P. Batlló una excursión a Bun-Bun frente de Bancungan con el fin de visitar el corte de maderas que se hacía para la iglesia, y al pasar por el pueblo de Igasan supo que en él vivía el Sharip Usman y el Arip, que era el más sabio de los moros de Joló y tenía muchos libros, según le había referido el Imán que residía en Joló. Le hizo preguntar si podía visitarle y le respondió que no había inconveniente. Atracó la vinta a la playa y fue con el Imán a su casa, situada en una pintoresca plataforma a tiro de piedra del mar.

Iba el Imán armado de cris y escopeta de dos cañones. A mitad del camino salió a recibir al misionero, Sharip el hijo, y alargándole sus brazos al cuello



le dijo: «Oh tuan Padi. Icau dii?», que significa: «Oh señor Padre. Tú aquí?» y le acompañó gozoso a casa de su padre. Era esta de caña y nipa, espaciosa, bien aderezada y con muchas armas de fuego, lanzas y crises colgados. Estaban los dos viejos sentados en un estrado algo elevado, alfombrado y adornado con colgaduras. Para subir a él había un lancape de caña. Cruzáronse los saludos acostumbrados; el Imán dio la mano al Shalip y besó la del Arip, y al Padre le hicieron sentar en el estrado en señal de distinción, extendiendo primero hermosas pieles de venado y preparando ambos su obligado buyo. Llevaba el Shalip perilla nevada como la del más pintado europeo y el Arip estaba medio desnudo con un gran taparrabos nuevo y vistoso y el Imán cultivaba su sota-barba cuyo pelo se lo añadaba. Es propio de los moros no moverse de su asiento, ni descubrirse al recibir o despedir sus visitas.

Bicharearon largo rato; el Arip trajo la conversación a Jesucristo a quien reconocen como profeta; hicieron explicar al Padre la diferencia en años de las eras de Jesucristo y de Mahoma y las hallaron exactas, aunque a todo decían amén y fingían saberlo todo, no sabiendo a juicio del Padre sino muy pocas cosas y estas enteramente tergiversadas. Regalóles éste varias semillas de buenas hortalizas y se despidió de ellos y de la mucha gente armada que había acudido, dejándoles muy satisfechos por la visita.

Algunos días después el dato Asibí, ministro de marina del Sultán, envió doble recado al Padre para que fuese a visitarle, porque él y su mujer deseaban conocerle y hablarle; fue allá el Padre y estuvo largo rato conversando con ellos. Mostróle el dato muchas perlas, algunas de ellas grandes; de las más hermosas pedía la friolera de 1,500 pesos. Como la mujer del dato estaba algo enferma, le indicó el Padre el remedio que le pareció más conveniente. Presentáronle luego un refresco caliente de café y dulces de los suyos; hubo que admitirlo para no disgustarles; pues creen que no es señal de amistad, si se niega uno a probarlos.

Tres veces estuvo también el Padre en casa del dato Pulá que vivía en la aguada de Mubú a tiro de fusil de la población, y otro día quiso acompañarle a visitar al dato Asibí.

El 18 de abril salió el Padre de Joló para visitar al Sultán en Maibung. Era éste un joven bastante agraciado, de treinta años, y al que apenas le despuntaba el bigote. Al llegar el Padre al Palacio a las siete de la mañana del 20, halló que estaba todavía durmiendo y luego que despertó, le mandó un recado diciéndole que volviese a las cuatro de la tarde. A esta hora halló dos alemanes que hacía hora y media que esperaban saliese la real persona y ésta no salía; mas luego que llegó el Padre se puso inmediata-

mente el traje de gala y salió. Después de saludarse, despachó con brevedad a los alemanes y empezó la vichara con el misionero, que fue familiar y alegre. Durante el interview le pidió el Padre dos gracias: una que pudiese hacer cortar madera para la iglesia y otra para viajar a cualquier punto de la isla. A todo le respondió afirmativamente, mandándole al efecto el día siguiente dos cartas muy expresivas.

Al indicarle el Padre que se quería volver en seguida, porque el vapor correo había de llegar dentro de dos días a Joló, le pidió el Sultán que se quedase aquella noche para escribir en castellano. Y le respondió que si él lo quería, no había inconveniente y le hizo traducir una carta para el Capitán General, que no pudo ser al pie de la letra traducida, por haber dictado él y su secretario varias añadiduras. Terminada la traducción con las frases intercaladas, le dijo el Sultán en tono de broma, que ya le faltaba poco para ser Jadjí.

La casa del Sultán estaba muy adornada; más de sesenta águns pendían de las paredes; tenía cielo raso de vistosas telas; el estrado ricamente alfombrado y engalanado de hermosas y elegantes colgaduras. Eran ya más de las ocho de la noche cuando se retiró el Padre, y, despidiéndose del Sultán, emprendió su viaje de vuelta a Joló.

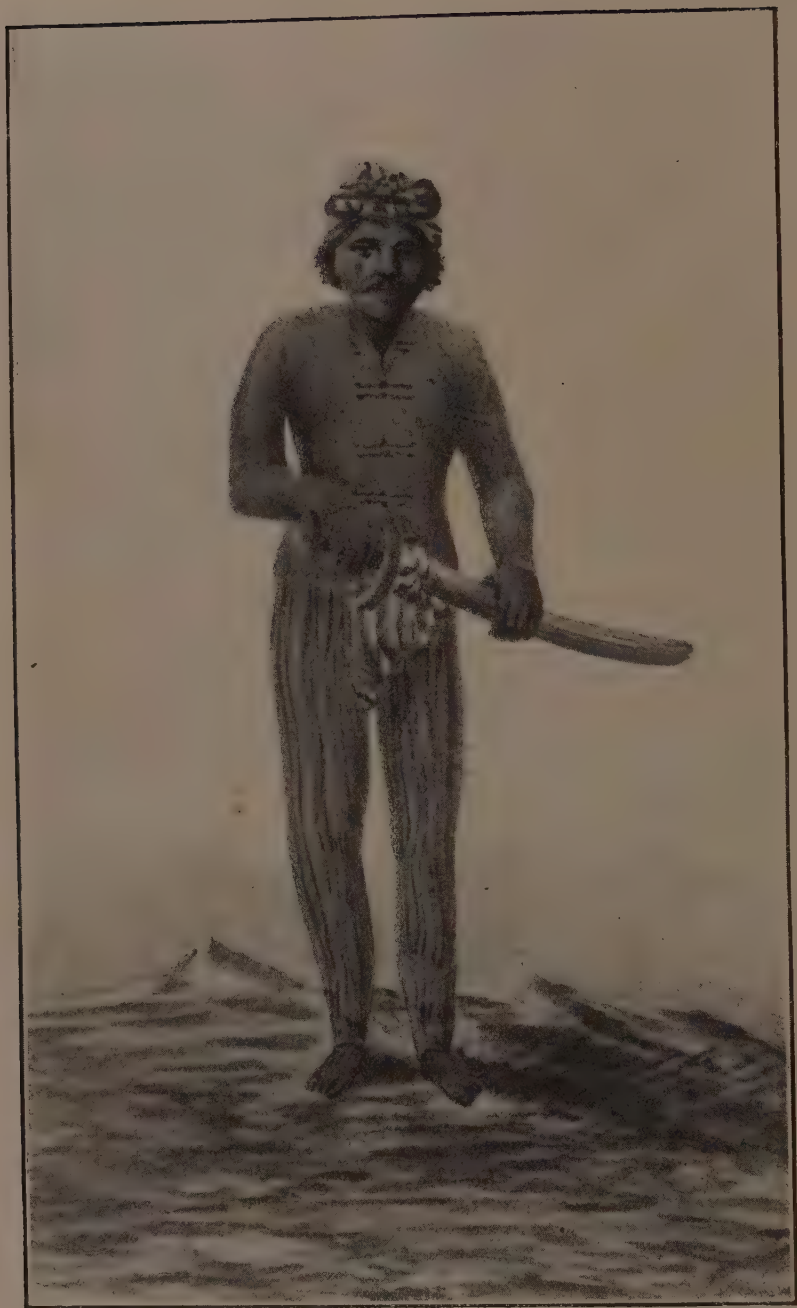
Otro día estuvo el Padre en Liang, donde quedaron perdidos los dos cañones en la expedición que se hizo contra Maibung. Un poco más arriba brota el lindo manantial de agua con cuatro bocas, a manera de grutas, que van a desembocar en un estanque donde se filtran, para reaparecer en Mubú por entre unas piedras negras cubiertas durante la pleamar; pero que luego en bajando la marea suministran rica agua de que se surtía la marina. Si los expedicionarios hubiesen tenido buenos guías, no hubieran padecido sed y hubieran hallado buen camino hasta la población.

El 6 de mayo de 1879 llegaron a Maibung los datos Jarun y Tata en veinte vintas adornadas con flámulas y gallardetes y las banderas enhiestas. Desde lejos dispararon lantacazos que fueron contestados con salvas por los artilleros del reduto «Princesa de Asturias».

Todos los de la población acudieron a recibirlos en el pantalán; dirigióse la comitiva a visitar al Gobernador, al Padre y al Capitán de la disciplinaria. Delante de los datos iban doce hombres armados de Lafoucheux y otros muchos con grandes rodela, lanzas y crises; los primeros en ademán de presentar armas y los segundos puestos en dos filas, una a cada lado de la puerta de la casa casi de cuclillas y con la lanza levantada en ademán de herir al que se presentase. Ni faltaba el alguacil con su lanza de dos hojas.

Las mujeres de dichos datos capitaneadas por la de Jarun, recorrieron





MORO JOLOANO JURAMENTADO



también varias casas, aunque no la del Padre por haberles dicho\* que no podían subir. Por la tarde el señor Gobernador acompañó a los hombres al reducto «Princesa de Asturias», haciendo los del fuerte los honores con tres cañonazos. Entre ellos iba el Panglima Arac, antiguo dueño de la cota convertida entonces, para ellos, en baluarte inexpugnable.

La tarde del día siguiente se volvieron a sus tierras visitando antes al señor Comandante y a la oficialidad de *La Vencedora*. Obsequiáronles como saben hacerlo los marinos, y al zarpar la escuadrilla moruna para Mubú, disparó *La Vencedora* tres cañonazos. Y después de haber conferenciado en Mubú con los datos Pulá y Asibí, pasaron a Paticolo para sacar de esta población al hijo mayor del Sultán y depositar a su novia, hija del chino Nea, en Maibung; pues como tenía otro pretendiente, se temía que algún día hubiese alguna reyerta que parase en crisazos, como suelen parar allí y en muchas partes las rivalidades de este género.

Según parece el dato Jarun iba comisionado por su primo, el Sultán, para llevarse a Maibung a los datos Pulá y Asibí; empero, éstos se resistieron por tener sus casas, intereses y gente en el lugar donde entonces vivían y de trasladarse allí nadie hubiera podido responder de aquello.

El 29 de septiembre de 1879, como a las cinco y media de la tarde, los PP. Isidro Batlló y Juan Carreras salieron a paseo según su costumbre por la orilla de la playa, que era paso para los moros que iban a Tandú y a Paticolo; y mientras estaban hablando con un moro de la plaza, a tiro de piedra de la avanzada que protegían los trabajadores, se vieron de repente agredidos por otros dos moros de dieciocho a veinte años que, lanza en ristre, se lanzaron sobre ellos como leones. Al P. Carreras, que estaba de espaldas, le alanceó uno por el costado derecho y soltando la lanza, le dio con el bolo un tajo más arriba de la frente en sentido diagonal de derecha a izquierda, que hubiera sido fatal a no haber tenido puesto el sombrero; y otro tajo que hiriéndole en el labio superior siguió por el juanete, haciéndole saltar alguna muela y cogiéndole un tercio de la oreja izquierda le rompió la mandíbula inferior, terminando a la mitad del cuello que se lo dejó descarnado, aunque intacta la arteria yugular. A tan enorme golpe el P. Carreras quedó sentado en la arena.

Al P. Batlló le embistió el otro moro simultáneamente, no dándole más que unos segundos de tiempo; aprovechando los cuales dio la absolución al P. Carreras, pidió perdón por los agresores y se acordó del glorioso Arcángel San Miguel. Recibió un pinchazo de lanza en la mano izquierda, clavándosela en seguida de lleno entre la sexta y séptima costilla del lado izquierdo, que le dejó tendido de espaldas dentro del agua del mar; y aunque perdió el mundo

de vista, por lo tremendo del golpe, tuvo la suerte de abrir los ojos y, viendo que el moro soltaba la lanza y arrancaba su enorme barung, defendió instintivamente su cabeza con el brazo derecho, recibiendo otra herida en la palma de la mano que cogió la primera falange inferior de los tres dedos pulgar, índice y medio; quedando rotos sus huesos y tendones flexores, sostenidos solamente por la piel y los tendones superiores; luego le infirió otra herida en el brazo derecho, rompiéndole el hueso cúbito e hiriéndole levemente en la rodilla derecha.

Empezó la gritería de la gente que se apercibió de la agresión de los juramentados; razón por la cual abandonando éstos a los Padres, corrieron como fieras para echarse bolo en mano sobre los trabajadores; los cuales, con la avanzada, se adelantaron a recibirles. Uno de los moros fue atravesado de un bayonetazo por un cabo, quedando la bayoneta retorcida y sin poderla sacar del fusil; cayendo el otro muerto a los golpes de troncos y gruesas cañas de los trabajadores.

Levantóse el P. Carreras y cogiendo con la mano izquierda una de las lanzas se dirigió hacia la gente; también se levantó el P. Batlló dejando el paraguas en el mar; y, sin tener ánimo para coger la otra lanza, fue en pos de su compañero hasta que llegó la gente y cogiéndolos en brazos los llevaron a su domicilio.

Al momento acudieron cuatro médicos: dos de la Marina y dos del Ejército y empezó la cura; dos de ellos opinaron por la inmediata amputación de los tres dedos del P. Batlló; pero se los salvó el médico del hospital y de cabecera, don Manuel Rabadán, con felicísimo acierto.

El peligro de la vida que este Padre corrió la primera noche fue inminente; pues a la curación le sobrevinieron vómitos tan dificultosos y prolongados, que muchas veces estuvo a punto de ahogarse; siguiéndosele después el hipo que acrecentó la alarma y los temores de todos. Diéronle veinte y ocho puntadas para atarle las heridas y otras tantas y más tuvo que sufrir el P. Carreras, aunque no quedó ni de mucho tan desangrado como el P. Batlló.

¡Qué de lágrimas, Padre mío (escribía éste de Manila al P. Vigordán el 27 de octubre de 1879) no derramaron todos, europeos, indios y aun protestantes! ¡Qué sentimiento de indignación tan general! ¡Qué deseos de venganza ardían en los pechos de todos! Gracias sean dadas al Señor por haberse contenido la gente, aun cuando hubo alguna ocasión propicia de venganza. ¡Cuánta asistencia, cuánto cariño, Padre mío, de parte de todos! Yo no puedo con palabras expresarlo ni agradecerlo. Mis lágrimas repetidas pudieron dejar traslucir el agradecimiento que ardía en mi corazón.» Tres médicos se

quedaron la primera noche y el día siguiente sin desampararlos un momento, y el señor Gobernador, don Ventura López Nuño, como padre cariñoso ordenó turnasen día y noche dos oficiales y dos sanitarios para asistirles.

El Sultán mandó una comisión con una carta mostrando su sentimiento y ordenando a los datos castigasen a los cómplices, si los hubiese, y envió también otra particular al P. Batlló, cuyo contenido se ignora por haberla recibido al zarpar el buque en que fue a Manila y habérsela pedido el Gobernador para enterarse de su contenido y remitírsela luego.

El señor don Francisco de Aragón tuvo la caridad de escribir al R. P. Superior de la Misión dándole cuenta del atentado cometido y de la relación del médico de la cabecera que reconoció a los Padres, que fue la siguiente: «El P. Isidro Batlló presenta cinco heridas: una situada en la parte anterior del séptimo espacio intercostal izquierdo de cinco centímetros de longitud y penetrante, y otra en la parte interna del tercio inferior del antebrazo derecho de diez centímetros de longitud por seis de profundidad, con fractura del hueso cúbito de dicho tercio; otra situada en la cara palmar de la mano derecho, oblicua de arriba abajo y de dentro a fuera, con fractura de las cabezas articulares de los tres primeros dedos, metacarpiano y de once centímetros de longitud por seis de profundidad, otra situada en la parte interna y media de la cara palmar izquierda de tres centímetros de longitud por uno de profundidad y por último la quinta herida contusa situada en la parte anterior y media de la rodilla derecha; las cuatro primeras producidas por instrumento punzocortante y de pronóstico grave.

»El P. Juan Carreras tiene tres heridas: una situada en la parte lateral izquierda del cuello, oblicua de arriba abajo y de detrás adelante, que comprende desde la apófisis mastoides de dicho lado hasta cerca de la comisura izquierda de la boca con fractura del cóndilo de la mandíbula inferior de quince centímetros de longitud por seis de profundidad; otra situada en la parte anterior y superior de la región frontal, de ocho centímetros de longitud por uno de profundidad; y la tercera en la parte media de la región lumbar horizontal de cinco centímetros de longitud por tres de profundidad, las dos primeras producidas por instrumento cortante y la tercera punzante; de pronóstico grave la primera y tercera, y leve la segunda.»

El mismo médico que curó al P. Batlló comunicó la nueva de esta desgracia a los PP. de Zamboanga que la recibieron el 2 de octubre en el vapor *Sirena*; y en la madrugada del 4 llegaban a Joló en el vapor *Pásig* el P. Viñals y el H. Figuerola hallando ya a los Padres fuera de peligro. Don Francisco de Aragón y un oficial de la compañía de ingenieros les entregaron las

llaves de la casa y el poco dinero que tenían los Padres. Todos los españoles se esmeraron en servir y socorrer a los heridos: el Comisario de Guerra, señor Lozal, les regaló seis botellas de Jerez; un caballero alemán les envió seis almohadas para que pudieran mejor reclinarse los heridos y sólo al P. Batlló le sirvieron cinco de ellas; un señor inglés confeccionó una pasta parecida al flan para regalo de los enfermos; y si alguno por sus ocupaciones no podía visitarlos durante el día mandaba preguntar por su estado, y por la noche hasta las nueve la mayor parte de los españoles y de la Marina la pasaban en compañía de los Padres. El día en que éstos fueron heridos mandó el señor Gobernador por la noche una compañía de soldados con su capitán e intérprete a que fuesen a tomar declaraciones al dato Asibí, quien se dio por ofendido porque le cercaron la casa, y al siguiente día devolvió la visita al Gobernador con muchos hombres armados; y algunos llegaron a recelarse; porque este dato no había entrado en Joló desde el tiempo en que lo ocuparon los españoles. Visitó a los Padres y les manifestó su dolor y sus protestas por tan alevoso atentado.

Recibieron asimismo los Padres otra visita de dos Salips enviados por el Sultán para informarse de cuántos fueron los moros que les hirieron, y pidieron una carta que atestiguase como habían estado en Joló y visitado a los Padres.

Quiso el P. Viñals ver el sitio donde ocurrió la desgracia y el capitán Gálvez le condujo a él y aún estaba la sangre que, a pesar de haber sido cubierta por el agua del mar, no se había limpiado todavía.

El Sr. Gobernador interino mostró al Padre la carta del Sultán escrita en árabe y le hizo leer la traducción al español. En la residencia estaban recogidas las armas cortantes, nuevas las dos, con que se había consumado el horrible crimen. El P. Viñals guardó el sombrero que el P. Juan Carreras tenía puesto cuando le dieron el gran tajo en la cabeza, la mitad de la sotana del P. Batlló (pues la otra mitad sirvió para la primera cura); la camisa ensangrentada y desgarrada, el ceñidor y el paraguas que llevaba el P. Carreras teñidos también en sangre.

En carta escrita por el P. Viñals al Rdo. P. Superior de la Misión Juan Bautista Heras en 5 de octubre de 1879 y dictada por el P. Batlló, se deshace éste en elogios del Sr. Gobernador don Ventura López Nuño, de los señores médicos Rabadán, González, Cardona (médico de la Sirena), y Francia (de la Valiente), y de los señores Castro, Mendizábal, Losada, Butrón (don Francisco), Rebull, Iturralde, Aragón, Galvis, Cantó, Cáceres, Loewental (alemán), Martín (inglés), Gamboa, Ruíz, Hernández, Núñez, Delgado y otros muchos que sería largo referir.

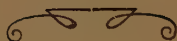


Recibió el P. Superior tan triste nueva en Cebú e inmediatamente se embarcó para Manila en el vapor de guerra *Patiño*, cuyo comandante y oficiales le aseguraron que a su salida vivían aún los Padres heridos y se esperaba que podrían salvarse, pues estaban ya algo mejor. El día 11 de octubre llegó el *Patiño* a Manila y el 13 se embarcó de nuevo el P. Heras en el *Churruca* a fin de disponer de los heridos, pues por mucho tiempo habían de quedar imposibilitados para toda clase de ministerios. Llegó a Joló el 19, después de haber pasado un fuerte calenturón en Zamboanga. Grande fue su alegría al ver a los dos Padres que salieron a recibirle a la escalera de la casa, después de haber oído misa aquel día, que era domingo. Quiso el médico curarles delante de él para que pudiese apreciar mejor el estado de las heridas y hallando al P. Batillón con la del costado casi cerrada con solo una ligera supuración en un punto, y el hueso del brazo casi consolidado y las demás heridas curadas del todo, a excepción de la de la mano que, aunque algo más atrasada, con esperanza de suficiente articulación para celebrar y escribir, le hizo embarcar el día siguiente en el mismo vapor para Manila. El Gobernador y todos los oficiales, particulares y marinos, así como acudieron habitualmente a casa de los Padres para visitarlos y asistirlos en el tiempo de su mayor necesidad y peligro, así también en esta ocasión inundaron la cubierta del buque para despedirle. Salió por fin y el 24, fiesta de San Rafael, descansaba ya el Padre en Manila donde terminó su curación, aunque su mano derecha le quedó sin acción por estar cortados todos los tendones flexores de los cinco dedos, sintiendo siempre frío en ella a causa de la falta de circulación en la sangre; pero obtenida dispensa de Roma pudo celebrar con bastante facilidad. La herida del costado se le cerró del todo, quedándole sin embargo alguna reliquia durante su vida y experimentando dolores reumáticos en los cambios de tiempo. No pudiendo escribir con la mano derecha se habituó fácilmente a ello con la izquierda.

El P. Carreras tenía asimismo cerradas a la salida de su compañero las heridas del costado y de la cabeza y bastante adelantada la cicatrización de la cara, aunque ésta requería mucho cuidado, pero sin peligro, por haberse soltado tres puntos y por la debilidad consiguiente a la dificultad en tomar alimento y que fue mayor al aplicársele el apósito para consolidarle la mandíbula, razón por la cual tardó más tiempo en curarse, quedando siempre con reliquias de la herida recibida.

De esta manera terminó gloriosamente su noviciado y con su grande conformidad y resignación dio claramente a conocer en esta ruda prueba cuanto había aprovechado aquilatando su virtud, de la cual hicieron grandes elogios

todos los que le trataron, durante su permanencia en la plaza de Joló y luego que estuvo en disposición de poder salir partió para Zamboanga, donde hizo los votos del bienio, que tan bien merecidos tenía.



---

## CAPÍTULO XXI

Son destinados a la nueva misión de Caraga los PP. Pastells y Terricabras. — Sus ministerios entre cristianos e infieles mandayas. — Nuevas fundaciones de pueblos y arreglo de los antiguos. — Contrariedades de parte de los idólatras y de los baganis. — Asesinatos e incendios. — Expediciones armadas y destacamentos. — Prospera la reducción de los mandayas y se convierten muchos al cristianismo.

A consecuencia de la última visita practicada por el Rdo. P. Juan Bautista Heras, Superior de la Misión en la costa oriental de Mindanao, fueron destinados para abrir la de Caraga los PP. Pablo Pastells y Juan Terricabras. A este efecto salió el primero de Surigao el 4 de octubre de 1876 en compañía del P. Gregorio Parache; llegaron a Bislig el día de Santa Teresa de Jesús; a Catéel el de todos los Santos; visitaron de paso los pueblos de Quinablangán, Dapnan, Baganga, Baculin y Manurígao y a mediados de noviembre fueron recibidos en las afueras de Caraga por la población en masa. El P. Parache hizo arreglar la casa que sirvió de convento provisional; dejó escritas las instrucciones que como Superior de la residencia había recibido del P. Heras y regresó a Bislig, ordenando en el trayecto el arreglo de los caminos cuya orden, desde Caraga al Dacong-Banua, fue cumplimentada con bastante exactitud.

Mientras estuvo en Caraga el P. Pastells aguardando al P. Terricabras, que suplía en Ginatúan al P. Parache, fue visitado por varios capitanes actuales y pasados de las rancherías de infieles más próximas, e informado de la disposición de los mandayas en orden a la fundación de pueblos, les fijó término dentro del cual con el gobernadorcillo y principales de Caraga explorasen los lugares más aptos para la instalación de las futuras reducciones; habló con los capitanes Inguilisa, Mandabon, Tíbug, Baotto y Limente, y sus tenientes Mapayo, Macalenta y Manoeos, y todos estuvieron contestes en formar pueblo

en Dáuan, tierra inmejorable, contigua al río de Caraga, llana, y que goza de las ventajas de río, monte, llanura, bosque y mar. El 22 de noviembre fue dicho Padre con los principales de Caraga, capitanes y tenientes mandayas ya referidos a delinear las calles y solares de las casas de la futura reducción, que según el plan trazado había de constar de cuatro calles principales y seis transversales; cada casa debía ser de seis brazas de largo por tres y medio de ancho y tener ocho arigues como las de los cristianos que se estaban construyendo en Caraga; y para evitar la propagación de los incendios, había de haber entre casa y casa un intervalo de seis brazas y en el centro del pueblo una gran plaza donde se colocarían los edificios públicos; iglesia, tribunal, convento y escuelas, y lo que sobrase para completar la circunvalación se utilizaría levantando los edificios del Inspector, capitán y principales de la reducción. La calles principales podían prolongarse indefinidamente y aumentarse las transversales conforme al número de vecinos que hubiesen de vivir en ella y a este modo debían levantarse las demás reducciones de la Misión.

Concluido el trazado a la una de la tarde de aquel día, se convino en que los capitanes mandayas convocarían a sus súbditos por medio de sus oficiales, y que dentro del término de ocho días se hallarían reunidos para inaugurar los trabajos en la proyectada reducción. En cambio les prometió el misionero interesarse ante el Gobierno para que reconociera los títulos de capitanes y principales a los que actualmente tenían aquel nombre y que tanto a éste como a los demás pueblos que se irían formando, les daría cinco cabanes de palay para auxiliarles en los trabajos de la población, y maestros que enseñasen a leer y a escribir a sus hijos; con lo cual y con haberse constituido en médico, juez y abogado de la gente y en director de sus obras, se dieron por satisfechos y se animaron para emprender los trabajos de la nueva población.

Presentáronse asimismo el capitán actual Alimbung y los pasados Colás, Duque y Sinaama, con otro llamado también Alimbung y el teniente Lanquibo, y acordaron levantar el pueblo de Santa Fe, junto a la bocana del río Capanaán, entre Manurigao y Caraga.

Sinaama, que era el hari-hari o reyezuelo de aquellos mandayas, deseaba bautizarse con su mujer, familia y parientes. Fue, pues, el Padre con la principalía de Caraga al lugar de referencia, para determinar el punto donde debería asentarse la nueva fundación y al llegar a Capanaán salieron a recibirles los capitanes, tenientes y sácope mandayas, manteniéndose sus mujeres a respetuosa distancia del punto prefijado para la futura población, el cual revisado, resultó ser de condiciones inmejorables.



Convocada y celebrada la Junta se resolvió, que los capitanes Sinaama y Alimbung aguardasen allí mismo a los sácope que el capitán Col-lás les iría enviando, y que a medida que fuesen llegando rozasen el bosque; siguiendo el ejemplo que de antemano les dieran dichos capitanes, y se dedicasen desde luego a reunir materiales de construcción; y terminada la siembra, se comenzase a edificar conforme al plano que se les trazaría.

En la mañana del 30 de noviembre presentáronse también los capitanes Manucasi, Maináuel, Benave, Taláid y el teniente Enrique, para tratar de formar el pueblo de San Ignacio en Calatagan, situado a la mitad del camino entre Tubud y Manay, para lo cual estaban abriendo ya la calzada; y prometió visitarlos de paso cuando fuese a bendecir en Manay la hermosa estatua de San Francisco Javier que les había regalado el Rdo. P. Superior de la Misión; y así se hizo el 6 de diciembre, hallándose todos los sácope reunidos en dicho punto.

Señaló además plazo al capitán Dadom, reyezuelo de los mandayas del río Casaumán, para ir a trazarles sobre el terreno el plano del pueblo de Santa María (que luego se llamó Zaragoza) junto a la bocana de dicho río, y fijó término a los capitanes Dadom, Duque, Lindayan, Mañginlaud, Atog (Hari Hari), Batete, Duping, Ando, Mañguinsaua, Topas y Landañanon para celebrar consigo una entrevista en Manurigao, e ir juntos con sus principales al Baogo, distante poco más de dos leguas de dicha visita, con el fin de acordar la fundación de la reducción de San Luis.

Procuró otrosí, que los antiguos cristianos que estuviesen casados, viviesen en casa propia y a este efecto, solía visitar todas las semanas acompañado del capitán, o algún principal y del cabeza de Barangay y juez de policía, las calles de la población y enterarse de como se ejecutaban las órdenes dadas por las autoridades en esta materia, precediéndoles con el ejemplo, arreglando el convento y la iglesia de suerte, que a partir del 1.º de diciembre de aquel año se pudo ya colocar en ella el Santísimo Sacramento. Pidió semaneros al Gobernador del distrito para el arreglo de las iglesias, conventos y calzadas de los pueblos y visitas pertenecientes a la jurisdicción de la Misión. Los caragueños le ofrecieron además ocho voluntarios para la construcción de su iglesia y convento, mientras durase su obra.

Tal impulso dieron los mandayas a los trabajos de fundación de sus nuevas reducciones que con fecha 2 de enero de 1877 pudo ya comunicar dicho Padre al Rdo. P. Heras la agradable noticia de haberse principiado la construcción de las diez siguientes: San Estanislao de Kostka, junto a Mampanon; Santa María y San Francisco Javier, en las ilayas de Manay; San Ignacio de Loyola, en

Calatagan; Santiago, en el fondeadero de Tubud; San José, en Dáuan; San Pedro, en Cabaguán junto al Tigbauan; Santa Fe, en Capanaán; San Luis Gonzaga, en Baogo; Nuestra Señora del Carmen, en Lamiáuan, ambos en las ilayas de Manurigao. Todas las cuales tuvieron luego convento e iglesia con sus santos y campanas; y para sufragar éstos y los demás gastos anejos a su construcción, contó el misionero con las limosnas del Rdo. P. Superior, las consignadas por el Gobierno para atracción de infieles y las particulares de personas caritativas tanto del Archipiélago como de la Península.

Ayudáronle también mucho en esta empresa con su decidido y constante apoyo los señores Gobernador político-militar del distrito de Surigao, y Comandante militar del partido de Bislig.

En el mismo mes de enero y en plena estación de lluvias emprendió por tierra un viaje a Catéel, y el 2 de febrero estaba ya de vuelta en Caraga y dispuesto a emprender otro inmediatamente por el Sur hasta la bahía de Mati.

En 4 de marzo daba cuenta al Rdo. P. Superior del resultado de estas dos expediciones en orden a la formación de pueblos, con estas palabras: «Todo lo he visitado, pueblos cristianos e infieles, y lugares de futura población. En la bocana del Manat, junto al Sibajai, los sácope del capitán Caton y del capitán Ambalón han rozado el lugar que ha de ser el pueblo de Santo Domingo y construido el camarín. En Magóngong los sácope del capitán Mandabon han cortado los arigues y construyen el pueblo de San Nicolás; en Caboayan, San Juan, los está cortando el capitán Ignacio con sus sácope; en Dapnan los capitanes Japitan y Salílong, construyen el pueblo de San Víctor; los capitanes Panaliqui y Cagútum el de San Manuel, en Baysan; el capitán Atog, el Carmelo en Lamiáuan; los capitanes Duque y Basilio, el de San Luis en Baogo; en Capanaán, el capitán Alimbung el de Santa Fe; en Cabaguán, los capitanes Baotto y Limente el de San Pedro, y en Dáuan, los capitanes Madabon y Moncáas el de San José; los capitanes Manucasi y Lum-bung adelantan el pueblo de Santiago, junto a Tubud; y en Calatagan, los capitanes Benabe y Tíbug tienen muy avanzado el de San Ignacio, con su tribunal de tabla concluido; en Buáuan, ha empezado el capitán Mapayo, el de Santa María; y el capitán Diuyan, que gobierna el de San Francisco Javier, tiene su tribunal de tabla concluido. En Manlúbung, los sácope del capitán Buug están abriendo terreno para formar el pueblo de San Vicente de Paúl; y junto a Mampanon, el capitán Manaytay se encarga de apurar las obras del de San Estanislao.» Fuera de lo dicho había dado también orden al dato y pandita Komkom, Islam, y a los principales Tamai, Bantaran y Cuyangas que hiciesen pueblo en Baguán, y a los datos Butai, Taúpan, y al ladiamuda Guibo,

para que lo formaran en el fondeadero de Miliit; mas como eran moros y estaban ya fuera de su jurisdicción no pudo apretarles para que le obedeciesen; y lo mismo le aconteció con los capitanes mandayas Ubsup y Púay, que debían formarlos en el seno de Mayo, y con el capitán Vicentino y sus sácopes tagacaolos de Lauigan.

Harto hubiera deseado que su jurisdicción se hubiese extendido entonces hasta el cabo de San Agustín para dilatar su esfera de acción entre aquellos infieles, porque desde Mati hasta dicho cabo había cinco rancherías de tagacaolos, una de bilanes y siete de manobos; los tagacaolos moraban en Haguitan, Bato-Bato, Cabitanagan, Uangon y Luban; cuyos capitanes actuales respectivos eran Múnsad, Lingayao, Tabacanón, Mangáyao y Dánoc; los bilanes vivían en Bagsal, capitaneados por Magunda; y los manobos residían en Timbáuan, Mágdung, Cabitanagan, Naúgan, Tagabibi y Pasapanan; siendo sus capitanes actuales respectivos Tamáyao, Lacsicon, Balúyud, Fausto, Sagbali y León. A más de éstos que se hubieran, Dios mediante, organizado en pueblos, había muchos remontados que se atrajeran de nuevo al redil de Jesucristo.

Existirían a la sazón, según cálculos aproximados del misionero que confeccionó el padrón, unos 30,000 infieles desde la punta de San Agustín hasta Catéel, incluyendo las ilayas y los montes de la cordillera oriental del lado del Pacífico.

Volviendo a los cristianos, aprovechó el Padre el primer movimiento de entusiasmo que en ellos despertó su llegada, para dar impulso a la restauración material de los pueblos antiguos; y el resultado correspondió a las esperanzas que había desde un principio concebido. Así dando cuenta de ello al R. P. Superior de la Misión en 4 de marzo de 1877 le decía:

«Caraga debe construir ciento cincuenta casas; ha casi terminado la mitad y luego emprenderá la construcción de la otra mitad; tiene concluido el tribunal, empezada la iglesia y el convento y cortados los arigues para las nuevas escuelas. Los niños van interinamente al tribunal y las niñas tienen su escuela provisional. Para la iglesia y convento cuento con veinte trabajadores diarios, a los que doy comida todos los días; diez voluntarios y diez polistas. Todo se hace conforme al plano de V. R., con la ligerísima modificación de que el ala del martillo es igualmente ancha que la que con ella forma el ángulo recto, y ambas tienen nueve varas de ancho. Cuando vuelva a Caraga, espero podremos ya vivir en casa propia con cimientó y paredes de piedra de dos varas de profundidad y dos de alto.

»Manay tiene cuarenta casas nuevas e iglesia, *caeteris paribus*, como la de

Caraga, pero con pared solamente hasta la rodilla; Manurígao, cincuenta casas nuevas y arreglado el convento, que ha de ser distinto del tribunal, como en todos los demás pueblos; Baculin, cincuenta casas nuevas y convento nuevo; Baganga, cien casas nuevas, iglesia y convento; Batiano y Baísan, cincuenta casas nuevas, iglesia y convento; Dapnan, diez casas e iglesia; Quinablangán, sesenta casas, iglesia y convento, tribunal y escuelas; Catéel se ha de trasladar entero al Dacong-Banua por las razones emitidas en el acta de traslación que me entregaron los principales con su solicitud y oficio de tramitación del señor Capitán, que remití al P. Parache, para que lo enviase al señor Gobernador. Debían construir doscientas treinta casas. Un particular regaló los arigues de ipil para la iglesia; se van reuniendo tablas de molave para el piso del presbiterio, y el pueblo junta nipa y materiales ligeros para la misma obra.

»El teniente de Quinablangán recibió un oficio del Gobernador del distrito en que incitaba a los principales a que redactasen un acta, que debía informar el P. Misionero, solicitando la incorporación del pueblo al de Dapnan fundándose en motivos de utilidad pública, y se la enviasen, que él la elevaría apoyada al Gobierno superior civil del Archipiélago. Opiné que debía aplazarse la demanda, porque el pueblo no estaba preparado para la traslación y porque en caso de que lo estuviese se aglomerarían a un tiempo cuatro expedientes del mismo género en el Gobierno, es a saber: Los de las traslaciones de Butúan, Catéel, Bunauan y Quinablangán, con grandes inconvenientes para los intereses de los mismos pueblos; porque debiendo pasar a la deliberación del Consejo de Administración, sería difícil obtener el resultado apetecido.

»Por otro lado el lugar nuevamente escogido por los de Quinablangán tenía inmejorable fondeadero aun para las temporadas del Norte y para Goletas, de que carecía Dapnan; el pueblo estaba exento de inundaciones, el agua potable bastante cerca y en el fondeadero había balate, concha, nácar y carey en abundancia.»

No se les ocultaban a los misioneros las dificultades que habría que superar, tanto en lo físico como en lo intelectual y moral, para la completa restauración de los pueblos cristianos, como para la reducción de los mandayas a la vida civil y cristiana: por hallarse éstos tan dispersos y necesitados de todo, principiando por el propio sustento, vestido e instrumentos del trabajo; por la carencia casi absoluta de su instrucción y educación cívica y religiosa; por la indolencia habitual de los infieles, su apego al monte y su resistencia a vivir en poblado sujetos a régimen civil y social, porque se les habrían de imponer trabas a que no estaban acostumbrados; y porque sería preciso luchar contra



la maligna influencia, coacción y violencias de los baganis, contra las supersticiones e idolatrías arraigadas en las familias y rancherías y contra los sacrificios y fiestas paganas de las bailanas.

Tocante a los baganis o asesinos, los pueblos más castigados por ellos fueron los del Carmelo, San Manuel, San Nicolás, Santo Domingo y San Agustín. En dos meses solamente pasaron de diez los muertos y muchos más los cautivados; y el día 4 de marzo recibió el misionero un oficio urgente del gobernadorcillo de Catéel, en que le comunicaba los nuevos asesinatos perpetrados por Bilito en las personas de Gámbong y otros dos mandayas, cautivando a los que estaban con ellos. Por siniestras influencias de los asesinos se sublevaron dos rancherías del capitán Mañguinlaud, obstinándose en no querer formar pueblo más de ciento ochenta familias.

Veinte eran por lo menos los baganis de Manlubúan en las ilayas del río de Catéel; otros quince los que tenían circunvaladas la rancherías de los capitanes Ubsub y Puay del seno de Mayo y habían atacado el año anterior a los moros y cristianos de Mati, acaudillados por fugados del presidio de Dávao.

Otro obstáculo todavía mayor era el apego que tenían los mandayas a la idolatría adorando a un monigote fabricado con la madera del Báযোগ, exclusiva para tales usos, colocándole en vez de ojos la semilla encarnada del Mago-bahay; y ante estos idolillos ofrecían sus sacrificios al son del guímbao de las bailanas tembladoras.

En este tiempo los mandayas de San Luis y del Carmelo refirieron al misionero que había aparecido en Bungadon un chiquillo de seis años, de diversa raza, diestro redoblante del *guímbao*, que instigado por las bailanas seducía las turbas fingiéndose una divinidad, e inducía a los infieles para que no acudiesen a formar pueblo ni al Carmelo ni a San Luis, ni enviasen sus hijos a las escuelas establecidas por el Padre, sino que perseverasen todos en la adoración de sus Diuatas. Ni uno solo de Bungadon compareció a la cita que les había dado el misionero; antes amenazaron, que si subían soldados, tan luego como se hubiesen marchado bajarían ellos a destruir el Carmelo, San Luis y Manurígao.

Mejoróse en esta misión el estado intelectual y moral de los pueblos y reducciones dando preferente atención a las escuelas, nombrando maestros en cada una, distribuyendo gratis cartillas y catecismos a los niños, procurando con eficacia que aprendieran a leer y escribir, gramática y aritmética; provocando la emulación por medio de públicos certámenes a los que asistía la gente mayor y en particular los padres de los niños y niñas de diferentes pueblos con

los maestros y principalías respectivas, y se recompensaban solemnemente los méritos de cada alumno, según las exigencias de la más severa y estricta justicia.

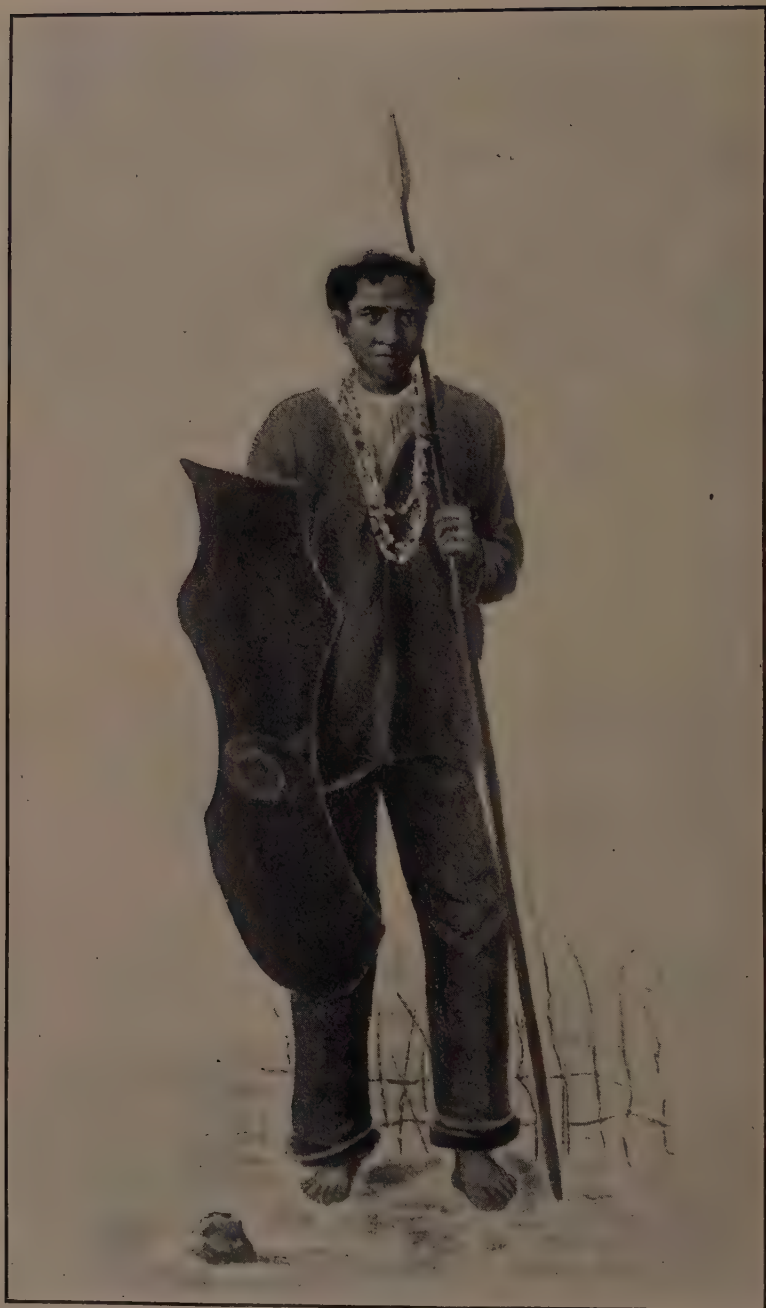
Extirpóse la desnudez regalando muchísimos vestidos a los niños y sobre todo a los infieles, que se convertían a la religión cristiana; a fin de que pudiesen todos estrenar un vestido el día de su bautismo. Desde la llegada de los misioneros cayó en desuso la poligamia entre los infieles y la usura, que regía de tiempo inmemorial en el país, exigiendo el doble de lo prestado a los sembradores, cuando por accidentes imprevistos e insuperables no se había podido efectuar el pago al tiempo de la cosecha; mejoró el precio de los artículos al por menor, y se redujo el de los artículos de primera necesidad; impidióse que los cristianos subiesen a traficar con los infieles y se impuso a unos y a otros pesos y medidas justas para sus mutuas compras y ventas.

A mediados de marzo de 1877 salieron de Caraga ambos misioneros para activar el cumplimiento pascual en las visitas y la obra de propaganda y evangelización de los infieles de la misión, y en 14 de junio daba cuenta el P. Pastells al P. Parache de que en estos tres meses habían bautizado quince infieles en Manay, quince en San Ignacio, cinco en Santiago, diecisiete en Caraga, treinta y cinco en Manurigao, veinte y tres en Baculin, uno en Baganga, cuarenta y tres entre Batiano y Baisan, sesenta y nueve en Dapnan y veinte en Catéel: que se habían bendecido después del bautismo, cuatro matrimonios en Manay, dos en San Ignacio, uno en Santiago, siete en Manurigao, tres en Baculin, nueve en Batiano y Baisan, trece en Dapnan y cuatro en Quinablangan; dejando ancho campo abierto para la reducción. El mismo día en que esto refería, dio también cuenta de habérseles presentado el teniente de Quinablangán manifestándoles que los gobernadorcillos de las dos reducciones contiguas de San Juan y San Isidro, con sus principales y justicias, pedían el santo bautismo.

Los buenos mandayas de San Juan cayeron casi todos enfermos de calenturas por haber cometido la indiscreción de ir a cortar los arigues para sus casas en el mangle con sol abrasador, pisando el barro caliente a pie desnudo.

En este tiempo llegó la comisión encargada de examinar las razones en pro y en contra de agregar al distrito de Dávao la misión de Caraga, la cual pidió informe y parecer sobre este y otros varios extremos a los Padres, quienes insistieron en que supuesta la Real orden de creación de una Junta para que acordase los medios más conducentes y oportunos a la reducción de los infieles en el Archipiélago Filipino; se le diese a conocer el informe del P. Luengo emitido en 31 de enero de 1876 tocante a este punto, y en particular





INFIEL MANDAYA REDUCIDO



lo que propone en su párrafo 21 sobre tributo, servicio personal y quintas; es a saber: que el Gobierno diese una disposición terminante para que los infieles nuevamente reducidos estuviesen exentos de los dos primeros por el tiempo que marcaban las pragmáticas reales de 1756 y 1758; y que dicha disposición fuese entregada al Superior de la misión, para que pudiesen mostrarla los misioneros a los infieles y nuevos reducidos cada y cuando fuese necesario y guardarla en el archivo de las reducciones, por si se necesitase alguna vez hacer uso de ella; y que lo mismo se ejecutase en punto a quintas, declarando libres de esta carga a infieles y nuevos reducidos; porque el día en que tuviesen cabal cumplimiento dichas disposiciones, se contarían por millares las conversiones de infieles en Mindanao, y aunque por de pronto no ganase en ello la Real Hacienda; aseguraba más tarde estos ingresos perpetuamente.

La carta en que escribía esto al P. Heras tuvo que abrirla de nuevo el P. Pastells para comunicarle la muerte de varios mandayas, bárbaramente asesinados por Bilito y sus secuaces en Saguinsin.

A consecuencia de tan horrendo crimen se llevó a cabo una expedición por el señor Comandante militar del partido de Bislig sin más resultado que el de encontrar la llaga; porque después de ella se cometieron siete asesinatos más, cuatro de ellos perpetrados en mujeres cristianas, y el 12 de junio del mismo año corrió válida la voz de que en las ilayas de Baganga se habían reunido los baganis, cerca de la casa de Tilot con el fin de sorprender algún pueblo de cristianos. Afortunadamente pudo anticiparse a la sorpresa el español don Manuel Menéndez saliendo con catorce hombres dotados de fusiles y ciento cincuenta vecinos de Baganga, Batiano y Baísan, con el fin de sorprender en su conspiración a los asesinos.

Desde la expedición del señor Comandante estaban todos los pueblos sobresaltados; porque se habían vuelto los enemigos tan osados, que se entraban casi por las mismas puertas de las casas; y estando los dos Padres celebrando la fiesta de Dapnan, penetraron cuatro de ellos en la población infundiendo sospechas y difundiendo el pánico entre los naturales, quienes les avisaron de ello. Aconsejaron al teniente que los detuviese para averiguar quiénes eran, de dónde procedían y por qué habían ido al pueblo, y resultando ser cuatro compañeros de crímenes de Bilito y de Macusang, se les envió a Bislig. Al saber esto Tilot y los demás interesados, mandaron un despacho a los de Dapnan diciéndoles que se preparasen, porque con la sangre que derramarían, harían salir de madre el río desde la Ilaya hasta el desembocadero, sin distinción de mandayas ni de cristianos.

Cuando se recibió esta noticia se hallaban los misioneros en Quinablangán;

consultaron entre sí el caso, y acordaron que el P. Pastells saliese de nuevo para Jinatuan, donde se hallaba el comandante, y si menester fuese, hasta Surigao, para tratar de la defensa de los pueblos con el señor gobernador.

Para el mismo fin conferenciaron también con el señor Comandante los señores españoles Serra y Menéndez; el primero para asegurar sus mercancías y el segundo porque los mandayas, queriendo vengarse de él por la expedición que dirigiera, le habían agujereado de noche la casa, para cerciorarse de si estaba o no en ella, dejando el agujero bañado en sangre por sus bordes, y se habían escondido con siniestras intenciones en su sementera veinte mandayas, aguardando ocasión propicia para deshacerse de él. Llevaron, pues, consigo de Bislig interinamente doce soldados del tercio, ocho de los cuales se entregaron a dicho D. Manuel para reforzar el destacamento de Baganga, y los cuatro restantes debían permanecer en Catéel para custodiar los cuatro presos hasta que, instruídas las primeras diligencias, pudiesen ser remitidos al Juzgado.

Por un tal Cagútum, que oyó la conversación que entre sí tuvieron Bilito y Macusang en las ilayas de Baganga, se supo que los baganis querían asesinar a todos los que tuviesen armas de fuego en Baganga y en primer lugar al *Cachila*, y realizado esto, fácil les sería desprenderse de los demás y que al Padre podrían sorprenderle siempre que quisiesen, armándole una emboscada al pasar de un pueblo para otro y cortarle la cabeza y secarla al sol para memoria y escarmiento de los venideros.

Estos valientes fueron los que acabaron pocos años antes en Julip del Agusan con toda una ranchería, matando a 117 manobos, logrando escapar tres solamente, que acudieron al P. Luengo en demanda de justicia.

El señor Gobernador otorgó a petición del P. Pastells dos destacamentos de seis soldados del tercio para cada uno a fin de defender los puntos más peligrosos y activar la persecución de los criminales; empero este número era insuficiente, careciendo los pueblos de buen armamento. En solo el mes de junio, cayeron bajo las puntas de los balaras y lanzas de los infieles asesinos, veintiocho víctimas.

Quería el señor Gobernador que dicho Padre dirigiese las expediciones; mas él se negó a ello, por no ser ministerio de su incumbencia; replicóle el Gobernador que bien había ido Cisneros a Orán; contestóle el Padre que ni él era Cisneros, ni aquello Orán. Instó sin embargo el mismo Padre para que enviasen allí cien fusiles a fin de contener el ímpetu belicoso de los baganis, levantar el espíritu decaído de los cristianos e infieles amigos, y asegurar las cosechas y las siembras en las ilayas próximas a las visitas.

Agenciado con el señor Gobernador el asunto que motivó el viaje, regresó el P. Pastells a Bislig: hizo los santos ejercicios en Butúan; visitó algunas rancherías de manobos en el Agusan, Argauan y Simúlao, donde con el P. Peruga colocaron por decirlo así la primera piedra para los pueblos de Santa Teresa, denominado más tarde La Paz, Concepción y San Benito. En Santa Teresa existía ya iglesia y convento, bautizaron cuarenta y cinco manobos entre párvulos y adultos; dos de los cuales eran capitanes actuales, mandaya el uno, manobo y jefe de una ranchería contigua a Suribao el otro. Bautizó además el P. Pastells al famoso bagani Aylas de mucha historia y uno de los más célebres de la cuenca del Agusan, a quien impuso por nombre Pablo, y a su mujer Agustina. Dictaron providencias para la formación de otros muchos pueblecitos, destruyendo los ídolos que hallaron al paso hasta la última ranchería del Simúlao que más tarde se llamó Tudela y desde donde podían fácilmente trasladarse los viajeros a Línguig, visita de Bislig.

Gobernaba dicha ranchería el antiguo bagani y entonces capitán Oyamang, que ofreció bautizarse y estaba ya edificando su iglesia. Al entrar en la reducción observaron que delante de cada casa se había levantado otra pequeña, que servía de altar, al manaug o diuata, donde depositaban los manobos sus ofrendas.

Reunida la gente en el tribunal fueron estos idolillos el blanco de las irrisiones de la ranchería; porque empezó Oyamang a cortar con su machete una astilla del primer idolillo que se le presentó y a su imitación los demás, dándole tajos hasta quedar el tronco completamente destrozado, metieron luego los restantes en un saco y se los llevaron los misioneros sirviendo de leña a los grumetes para cocer su morisqueta. Aquella noche la pasaron junto al Miaga, durmiendo en el bosque en choza improvisada.

El 19 de noviembre del mismo año tomó el P. Pastells posesión de la parroquia de Bislig y se embarcó el día siguiente con dirección a Caraga. Mas al intentar salir de Catéel por el fondeadero de Sibajay con dirección a Quinablángán, quiso seguir el timonel, el baroto del capitán de Caraga, don Pedro Alvar, quien aprovechando el momento en que las olas eran menores, siguió su rumbo perfectamente; mientras que los de la banca del Padre que iban detrás fueron sorprendidos por la reventazón, que inutilizó el timón y llenó de agua la embarcación.

Por la misericordia de Dios pudieron los grumetes, retirar la banca hasta que con agua al cuello se lanzaron al mar y la condujeron a buen fondo. Las provisiones de boca tuvieron que tirarse; el cargamento, sin embargo, sufrió pequeñas averías por estar bien encajonado y haberlo extendido inmedia-

tamente al sol. Estos percances suceden a menudo cuando se enoja el Pacífico como aquel mismo año le sucedió aunque con peor fortuna a la banca que conducía las provisiones de invierno a dichos misioneros, tripulada por caragueños, siendo su arráez el capitán Mónico Aguilar, la cual se perdió en la barra de Tago, salvándose únicamente la gente; y así entre ríos, mares, pésimos caminos, temblores y asesinatos pasaban los misioneros del Pacífico la mayor parte de su vida en brazos de la Providencia divina.

Abandonó, pues, el P. Pastells la banca en Catéel, y se dirigió por tierra a Caraga acompañado de los cuadrilleros que habían formado parte de la expedición hecha contra Bilto y sus secuaces de las ilayas de Manlubúan.

Once fueron a la sazón las casas entregadas a las llamas y otras tantas las sementeras taladas por los soldados; lo cual produjo tal terror entre los matadores de cristianos, que ya no hubo entre ellos quien quisiese vivir en su casa propia.

Esta expedición se había impuesto por sí misma necesariamente; porque además de los crímenes ya referidos, y aun antes de que se diese parte de ellos al Gobernador de Surigao, y del riesgo que corrían los cristianos de Batio y Baísan; ya los baganis en número de setenta habían asesinado al gobernadorcillo cristiano y a seis individuos más, a unas cien brazas de distancia de la nueva fundación de San Manuel, que fue entregada a las llamas y reducida a pavesas con su iglesia y tribunal.

En cambio como no hay amarguras sin consuelos, no fue pequeño el que experimentó el misionero de poder bautizar a su llegada a Baganga un centenar de catecúmenos y unir después del bautismo en santo matrimonio veinticinco parejas, pasando de novecientos los mandayas bautizados en nueve meses, sólo en la residencia de Bislig.

El apostólico P. Terricabras se distinguió por su celo en la predicación y administración de sacramentos, de suerte que en los once meses primeros de su llegada confesó 4,750 personas, hizo 144 explicaciones de catecismo a los niños, 59 al pueblo; instruyó 121 niños de uno y otro sexo para la primera comunión; predicó 26 sermones, de festividades, 80 de misión y asistió a 51 enfermos.

En los trabajos de reducción y formación de pueblos era menester prudencia suma, mezclada con gran constancia y energía para superar las numerosas dificultades que se oponían. Se escribió el padrón de los casados, incluyendo sus nombres en los solares respectivos de cada población, nombráronse inspectores para vigilar la construcción de los pueblos, entregándoles los respectivos planos propios de cada uno; y a pesar de todo, distó mucho el que se lograsen los deseos de los misioneros, pues el Amihan o Norte por un lado con sus



continuadas lluvias; las faenas ordinarias del campo por otro y el hambre que les oprimía por todos, frustraron en gran parte sus proyectos; sin embargo, el paso más difícil estaba ya dado. Los trabajos de formación de las reducciones, principiaron con el desmonte del terreno y la quema de los árboles caídos; edificándose luego los camarines y tribunales en su mayor parte de tabla.

Estas reducciones como árboles recién plantados necesitaban de frecuente riego, razón por la cual no se pasaba semana que no fuesen visitados por el P. Misionero dos o tres pueblos, convirtiéndose en sobrestante por el bien de aquellas almas, animándolas con sus exhortaciones y socorriéndolas con palay del convento cuando se trabajaba en los pueblos.

Merced a la diligencia e industria de los PP. Luengo y Bové, se había levantado a distancia de una legua de Ginatúan la reducción de Loyola, siendo su capitán cristiano, Hilarión; mandaya, Aguiam; e inspector el capitán Atanasio.

El pueblo de San Estanislao no prosperó a causa de las vejaciones de los datos moros Taúpan y Silatan, el primero de los cuales cobraba por tributo de los mandayas de la ranchería de Mamílíg, residente en las ilayas de Mampanon; una lanza, un sundan, un jábol o veinte gantas de palay.

Al organizar estos nuevos pueblos se nombraron gobernadorcillos cristianos a los que lo habían sido ya de los mandayas en tiempo de su infidelidad, y al reunir varias rancherías en un pueblo se mantuvo por de pronto la autonomía de cada cual, sin reducir las autoridades a una sola; y a los principales mandayas convertidos al cristianismo se les reconoció la categoría de capitanes pasados. Hilvanadas, por decirlo así, las fundaciones se procedió a la elección y nombramiento de justicias cristianas y mandayas e inspectores, que resultaron ser los indicados en la siguiente tabla:

Pueblo	Capitán cristiano	Capitán mandaya	Inspector
Loyola . . .	Hilarión . . . . .	Aguiam . . . . .	Atanasio.
S. Nicolás . .	Gregorio Anauán . .	Masodó . . . . .	D. Luis Enríquez.
S. Juan. . . .	Vicente Aglomán . .		D. Pedro Ibáñez.
S. Isidro . . .	Isidro Maléntat . . .		D. Celestino Ibáñez.
S. Víctor. . .	Víctor Ruíz y Jorge Morlán . . . . .		
S. Luis. . . .	Luis Duque . . . . .	Dumáan . . . . .	D. León Palmagil.
Carmelo . . .	Amadeo Sumámbud. Atog. . . . .		D. León Palmagil.
Santa Fe. . .	Gerónimo Alimbung. Col-lás y Tánlion. .		D. Fruto Domínguez.
S. José. . . .		Lúntad y Balás . . .	D. Mónico Aguilar.

<u>Pueblo</u>	<u>Capitán cristiano</u>	<u>Capitán mandaya</u>	<u>Inspector</u>
S. Pedro . . .	Jacinto Mocam . . .	Mabandus y Banta- yan . . . . .	D. Ciriaco Aguilar.
Santiago . . .	Fausto Aguilar, Ve- nancio Tipudan . .		Isabelo Ramillete.
S. Ignacio . .	Benito Benabe. . . .	Sagpan, Inodióan y Tipayan. . . . .	D. Inocencio Ron- quillo.
Santa María .		Mapayo . . . . .	D. Gregorio Morali- zón.
S. Francisco.		Evaristo. . . . .	D. Onofre Silverón.
S. Estanislao. Pedro Aguilar. . . .		Mamilig . . . . .	D. Dionisio Aguilar.



---

## CAPÍTULO XXII

Se encarga la Compañía de las parroquias de Balingasag y del Salvador.— Ministerios de los PP. Parache, Salvans y Ferrer.—Visita diocesana y regular.—Nuevas reducciones.—Combinaciones de Padres.—El P. Ricart sustituye al P. Parache en el cargo de Superior.—Ministerios apostólicos de los PP. Ricart y Parache.—Exámenes.

**L**A parroquia de Balingasag fue erigida por el diocesano con la advocación de Santa Rita de Casia el día 3 de noviembre de 1849, separándose de su matriz Jasáan. Tenía cinco pueblos anejos en la playa hacia Butúan: Lagónlong, Salay, Quinugitan, Talisayan y Gingoog; todos con iglesias de materiales ligeros y a distancias de siete, trece, veintinueve, cuarenta y nueve y setenta y ocho kilómetros respectivamente. Tenía además seis barrios, el último de los cuales, Linugus, dista ciento cuarenta y nueve kilómetros por tierra; y por mar, en baroto, con buen tiempo, de veinte a veintidós horas.

Está situado el pueblo de Balingasag en la costa Norte de Mindanao, cerca de la bahía de Macajálar. La iglesia tenía a la sazón una pared de nueve a diez palmos de alto, sobre la cual se levantaba el tabique pampango; techo de nipa; tres buenos altares y el mayor, de camagón, de regular arquitectura. Predicábase en ella en visaya todos los domingos y días festivos mañana y tarde. La escuela de niños se hallaba en buen estado, mas no así la de niñas, y el convento algo inclinado de resultas de un baguio, era de tabla con cuatro buenos aposentos y una sala.

Tiene dicho pueblo enfrente el mar y por detrás a legua y media o dos leguas un monte bastante elevado, de donde se deslizan dos riachuelos que constituyen la delicia de la población, que es muy sana. Contaba a la sazón con cuatro o cinco casas de tabla, una de ellas bastante lujosa; las demás eran de caña y nipa, y constaba de diez cabecerías.

El día 28 de octubre de 1877, llegaron a esta población los PP. Gregorio

Parache y José Salvans de la Compañía de Jesús y el 30 tomó el primero posesión de la parroquia, siendo recibidos ambos con señaladas demostraciones de afecto y veneración de los feligreses tanto de la población principal como de sus visitas. Hízole la entrega el P. Fr. Francisco Arcaya, cura interino recoleto, por haber fallecido cosa de un año antes el propietario Fr. Angel Martínez.

Notóse luego que, a pesar de ser la iglesia bastante capaz, gran parte de la gente tenía que oír desde fuera el santo sacrificio de la Misa y la palabra divina los domingos y fiestas de guardar. El fruto correspondió copioso al trabajo de los misioneros; observándose en el cambio radical de costumbres de los feligreses, en la desaparición de enemistades y litigios, en el aumento de devoción y piedad y en la mayor frecuencia de sacramentos. Se distribuyeron muchos libros espirituales; vistieron los más el santo escapulario del Carmen; disminuyó el juego y la embriaguez; mejoró el estado material del pueblo; edificáronse muchas casas; hubo mayor cultura en la población; vestían sus vecinos decentemente y resplandecía la honestidad en el trato público y privado.

En 18 de noviembre de 1865 fue también erigida por el diocesano, con la advocación de la Santa Cruz, la parroquia de Alubígit, previa la aprobación del Vicerreal Patrono dada en 6 de julio del mismo año; desmembrándose de su matriz Iligan. El misionero residió desde entonces en el Salvador, antes Tagnipa, distante una hora al Oeste de Alubígit.

Tenía el Salvador iglesia de tabique pampango, pavimento de tabla, techo de nipa y cincuenta varas de largo, catorce de ancho y seis y media de altura. La de Alubígit con su convento eran de igual construcción.

La visita de Molugan situada en la playa una hora al SE. del Salvador tenía iglesia de tabla, cementerio cercado de paredes de piedra sin cal, y convento de caña y nipa.

A cuatro horas del Salvador, en el punto llamado Pangayáuan, había una reducción de infieles con capilla para el misionero.

Hállase Alubígit a media hora distante de la playa cerca de la punta Saláuan, en terreno despejado, y colinda con los pueblos de Iligan al SO. y tres leguas y media al SE., con el de Iponan.

En 1.º de mayo de 1878 tomó posesión de este curato el P. José Salvans, haciéndole la entrega el P. Fr. Cándido Díez, recoleto; tuvo por auxiliar al P. Salvador Ferrer. Recorrió éste los tres pueblos de la parroquia, acudiendo los fieles a porfía para oír sus sermones y confesarse.

El 21 de octubre del mismo año, salieron de Dapitan en un cañonero di-



rigido por el teniente de navío don Adolfo España, los PP. Luengo, Ceballos y Canudas y en veinte horas se trasladaron al Salvador, donde salieron a recibirlos los PP. Salvans y Baulenas, la principalía y el vecindario. Terminada la visita se embarcaron el 31 de octubre, muy de mañana, en una banca y al caer de la tarde desembarcaron en Balingasag, donde fueron agasajados aquella noche con brillante serenata, ejecutando la banda con tal perfección las variadas piezas de su selecto repertorio, que les pareció a los Padres hallarse trasladados a una capital europea. El 1.º de noviembre dio principio el P. Luengo a la santa visita diocesana en nombre del señor Obispo. Precedido de las autoridades y del pueblo, salió del convento acompañado de los PP. Ferrer y Canudas con dirección a la iglesia. Aguardábale en la puerta principal el P. Parache, y habiendo cumplido con el ceremonial prescrito por el Ritual, se revistió el P. Visitador con los ornamentos sacerdotales para celebrar la misa solemne en honra de todos los santos, durante la cual distribuyó la sagrada Comunión a unas trescientas personas.

Terminada la santa visita el 7, salió el Padre visitador con los PP. Canudas y Ferrer en el cañonero *Mariveles* al mando del señor Calvo, y antes de amanecer del 8 estaban ya frente a Butúan. Por ser la barra del Agusan peligrosa, aguardaron a que aclarase el día para entrar y hallaron en el convento P. Pamiés que no les aguardaba.

El 24, a las siete de la mañana, se embarcaron los PP. Ferrer y Canudas en la banca que les envió el P. Parache, y a las nueve de la noche salían a recibirlos con hachas de cañas encendidas la principalía y el pueblo de Gingoog.

Tenía a la sazón Gingoog ocho o nueve cabecerías, iglesia muy capaz con buena cota y tabique pampang, escuela nueva y muy buena, pero separada de la de niñas por un solo tabique. Ordenóse que éste se derribara y se hiciese otra sala para los niños, y que la escuela de niñas se edificara en otro punto. El convento era de tabla y contenía dos aposentos; la situación del pueblo, hermosa y ofrecía buenas esperanzas para el porvenir.

Practicaron los ministerios propios de su profesión, y el día siguiente estaban en Talisayan; población de nueve cabecerías: seis de cristianos y tres de infieles. Acompañados de los principales, el pueblo y una banda de música se embarcaron, no sin haber manifestado los de Talisayan, como los de Gingoog, el vivo deseo que tenían de que se estableciese un Padre entre ellos. A las cuatro de la tarde estaban de vuelta en Balingasag.

Durante la primera mitad de septiembre de 1879 recorrió el P. Parache los pueblos y rancherías del seno de Gingoog, arreglando matrimonios, catequizando y bautizando infieles, e introduciendo en ellos las prácticas religiosas,

procuraba habituarlos al cumplimiento de los deberes de buenos cristianos.

En Linugus bautizó cuarenta adultos, entre los cuales descollaba el dato Mansalúab y su esposa; y trasladó dicha visita junto a la playa porque donde estaba primero era malsana. Desde Linugus hasta Gingoog había cuatro visitas: Lágtan, Buncáuit, Odiungan y Bánuc. Los de Odiungan se confesaron al paso del Padre; muchos infieles de Lagtan y Banuc, se bautizaron en Gingoog, casándose bastantes parejas inmediatamente después del bautismo.

Desde Gingoog a Talisayan se formaron nueve pueblecitos, que fueron: San Juan de Manguisquis, Lúnao, Minlagás, Cabug, Mapda, Tabúlug, Pagíndong, Misúa y Luisbahan. A Lúnao se le denominó Santa Magdalena, porque el día 22 de julio del año anterior había bendecido el Padre dicha tierra; a Minlagás, San Luis; a Cabug, San Carlos; a Mapola, San Isidro, y a Tabúlug, San Ignacio. En todos ellos se detuvo dicho Padre bautizando sólo a los niños, reservando para sucesivas visitas catequizar más despacio a los adultos; porque urgía terminar el cumplimiento pascual de Talisayan. Todos estos nueve pueblos, a excepción del de Misúa, estaban situados en la playa.

Los resultados de la misión dada en los pueblos de Gingoog y Linugus fueron admirables en casamientos, restituciones y reconciliaciones y más todavía lo fueron las visitas hechas a los infieles en los montes de Gingoog y Balingasag; porque todos a invitación del Padre se prestaron a formar pueblo, y a los veinte días de la referida entrevista se les visitó de nuevo y la mayor parte tenían ya levantadas sus casitas bastante regulares y cada pueblo su conventito e iglesita. En pocos días (según carta del mismo de 20 de septiembre de 1879 al P. Heras) bautizó más de doscientos desde Talisayan a Gingoog, habiendo aprendido la señal de la cruz, el Padrenuestro, Avemaría, Credo y Mandamientos de la Ley de Dios; y se casaron más de cuarenta parejas.

En 13 de septiembre salía de Talisayan el P. Parache y el 15 de Surigao el P. Juan Ricart, ambos para Butúan. El primero acompañó al P. Mateo Gilbert hasta Bislig y el segundo se detuvo en Talacogon por la enfermedad de su hermano Ramón hasta el 9 de octubre, en que vuelto ya de Bislig el P. Parache, bajaron juntamente con el P. Urios a Butúan, a donde llegaron el 10 por la mañana; desembarcando asimismo el P. Ferrer procedente de Balingasag que se dirigía a su nuevo destino de cura-misionero de Cantilan; y el 12 por la tarde, entraban los PP. Parache y Juan Ricart en Balingasag.

Las primeras impresiones recibidas por este Padre durante su primer viaje a Mindanao, y sus propósitos, se los comunicó al R. P. Superior de la misión en carta de 18 de octubre con estas palabras: «Mucho he gozado al ver

lo que trabajan nuestros misioneros en esta isla, y los buenos sentimientos de que están animados. Ya se me hacía tarde el poder fondear definitivamente en esta casa y emprender seriamente el estudio de la lengua y lo demás que me ha de habilitar para el ministerio de los indios. Estoy lleno de satisfacción, porque veo cumplidos los deseos que Dios de mucho tiempo me ha inspirado.»

El 18 de junio de 1879 salía de Manila el R. P. Heras en el vapor *Ormoc* para girar su visita, recorrer las costas de Mindanao y recoger datos precisos para la confección de un mapa de dicha isla, a fin de que las personas afectas a nuestras misiones pudiesen formarse idea clara de las mismas. Desembarcó en Dapitan el 24 de junio y diez días después se embarcó con rumbo a Misamis, donde prosiguió su viaje con el señor Gobernador del distrito D. Leopoldo Roldán.

Al amanecer, los moros del Agus izaron desde la playa, al pasar el panco en que iban, la bandera española. Acercóse el señor Gobernador a la orilla y se presentó el dato Sanforna con otros, diciéndole que estaban en guerra con los de su misma raza. Hiciéronles D. Leopoldo y el P. Heras algunos regalillos, de que estuvieron tan pagados, que prometieron al señor Gobernador acudir dentro de pocos días a la cabecera, para someterse con toda formalidad al Gobierno de España.

El día siguiente, a eso de las diez de la mañana llegaron al Salvador. Prosiguió el señor Gobernador su viaje hasta la cabecera y el P. Heras visitó despacio los pueblos del Salvador, Alubígid y Molugan. Pocos días después salió con el P. Salvans para Balingasag, pasando por Cagayán, con el fin de visitar al señor Gobernador y demás autoridades de la cabecera. En esta circunstancia presenciaron el acto de adhesión de los mencionados moros a la corona de España, que describe así el P. Heras: «Reunidos en un hermoso templete en que estaba bajo ricas cortinas el retrato de S. M. Don Alfonso XII, después de haber prometido fidelidad al Rey, delante de las autoridades y de un numeroso concurso; rompieron los moros de un tajo una vara de bejuco, estrellaron un huevo contra el suelo, rompieron en mil pedazos una olla de tierra y apagaron de un soplo una vela encendida; indicando con estas manifestaciones, como merecían ser tratados si faltasen a sus compromisos. En seguida se firmó el acta por ambas partes, disparándose algunos cañonazos y recorriendo las hermosas calles de Cagayán moros y cristianos en alegre armonía.»

Pocas veces se vieron en Mindanao demostraciones semejantes. Llevaban los datos vistosos trajes y en aquella ocasión mostró el señor Gobernador suma habilidad en haber sabido atraer a la cabecera a tantos moros sin armas.

Al amanecer del día siguiente fondeaba el P. Heras en Balingasag, hermosa población de largas y rectas calles, de vecinos pacíficos y bastante bien acomodados; sus feraces campiñas, cruzadas y regadas por las aguas que corrían mansamente por multitud de zanjas en varias direcciones; prestaban tintes de belleza al cuadro con su verdor y lozanía. Terminada su visita, recorrió los pueblos de Lagónlong, Salay, Quinuguitan y Talisayan, observando con gran satisfacción la limpieza y sencillo adorno de las iglesitas y el carácter religioso de los habitantes; y dejando en Gingoog al P. Parache, en veinticuatro horas se trasladó a Butúan.

Inauguró el P. Juan Ricart sus tareas apostólicas entre los monteses de las nuevas reducciones de César, Clavería, Blanco y Canal, situadas al pie de Balingasag y fundadas en 1848 y 1849 en tiempo del Gobernador Villanueva, durante el mando del Capitán General don Narciso Clavería. Numerosas fueron entonces las reducciones organizadas, once de las cuales existían en la misión de Balingasag; mas decayeron luego hasta desaparecer casi del todo. Por huir del pago del tributo, de las vejaciones de ciertos especuladores y de las correrías de los moros; dejaron solo en los pueblecitos algunas malas casuchas para reunirse en ellas solo una vez al año, cuando se celebraba la fiesta de su Santo Patrón; y esto, debido todavía a que el clérigo que les administraba viendo la docilidad y buena disposición de los monteses bautizó a muchos de ellos y siguió después bautizando a los párvulos, conforme a la seguridad que los ministros tenían de que habían de ser educados cristianamente; mas sucedió que andando el tiempo los párvulos se hicieron adultos y vivieron en confusa amalgama con los infieles.

Esta circunstancia avivó en los Nuestros los deseos de evangelizarlos, aunque se veían cohibidos por las múltiples atenciones de los seis pueblos cristianos que administraban.

A principios de julio, se presentaron los principales de César a invitar a los PP. Ricart y Parache para la fiesta de su Patrona Santa Margarita, que celebraban el 20 del mismo mes. Aceptada la invitación fueron allá los Padres el día señalado y después de la misa y el sermón se retiraron al pequeño tribunal donde acudieron en gran número los monteses y averiguó el P. Ricart, que muchísimos de los presentes habían sido anteriormente bautizados y ninguno de ellos casado cristianamente; siendo así que todos se hallaban dispuestos y deseosos de ser instruidos y de que sus hijos se bautizaran.

En esto llegaron los niños y niñas de las escuelas al frente de sus maestros, y casi todos sin bautizar, aunque sabían las oraciones y algunas niñas gran parte del catecismo. Como de costumbre dirigieron a los misioneros sus res-



péctivas alabaciones y un niño llamó al P. Ricart su misionero y que en adelante ellos serían sus conquistas. Hondamente impresionado les exhortó dicho Padre a que acudieran todos los días, sin quedar en el monte más que los necesarios para guardar las sementeras, y todos los del pueblo y aun los de Clavería, que estaban presentes, prometieron acudir al llamamiento del Padre y éste en cambio les ofreció, que iría también a misionarles y ayudarles a ponerse bien con Dios.

El día siguiente por la tarde, volvió el P. Juan Ricart a César y, al divisarle desde lo alto de la colina en que estaba situado el pueblo, salieron a recibirle. Al repique de las campanas se llenó la iglesia, comenzando las pláticas y doctrinas. El asunto de ellas eran los principales artículos de la Fe, los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia; los sacramentos y disposiciones para recibirlos fructuosamente; declamó el misionero contra la idolatría, la pereza y la borrachera, y durante doce días, mañana y noche, estuvieron pendientes de sus labios y respondieron con resolución a sus preguntas; y cuando le pareció que se hallaban suficientemente preparados llamó al P. Parache, que durante aquel intervalo había bendecido en Blanco veintitrés matrimonios y bautizado algunos de ellos previamente dispuestos. Los bautismos en César ascendieron a 315, de los cuales 240 fueron adultos, y los matrimonios bendecidos 160. De este número deben descontarse las escuelas o niños de uno y otro sexo, los solteros y las solteronas que no supieron de memoria las oraciones, a los cuales se les difirió el santo bautismo, para atender más principalmente a la instrucción de los entrados ya en años; a cuya rudeza e incapacidad, fue preciso atemperarse conforme a la instrucción dada por el Obispo Jimeno de santa memoria en una de sus sabias circulares que, con ocasión de la reducción de los monteses, había publicado en aquella diócesis.

Ni quedaron defraudados de tanto bien los enfermos e impedidos que bajaron del monte a repetidas instancias del misionero.

Los últimos bautizos y casamientos tuvieron lugar el día de San Ignacio en que subieron los músicos y cantores de Balingasag, cantándose la misa y predicándose las glorias del Santo Fundador de la Compañía de Jesús en aquel camarín que, a pesar de haberse prolongado, fue incapaz de contener la mucha gente que acudió a festejarle.

El primero de agosto se despidió de ellos el misionero, dándoles algunas instrucciones a fin de que perseverasen en los propósitos hechos durante la misión, reducidos a que se abstuviesen de prácticas idolátricas; a que adorasen al verdadero Dios; invocasen en todas sus necesidades la intercesión de la Virgen y de los Santos; que no hablasen más del Taguibanua ni de los Tauo

sa salud, que habían reconocido hasta entonces por sus deidades; que bajasen todos los domingos y fiestas al pueblo; que asistiesen al santo Rosario y a la doctrina cristiana, encargando al capitán y al maestro que pasasen lista y notasen los negligentes, ofreciendo los Padres ir a decirles misa y predicarles algunas veces entre año; que se acostumbrasen a la vida social y civil de los pueblos, que abriesen buenas sementeras cultivando en ellas diversidad de plantas; que los niños y niñas frecuentasen las escuelas al cuidado de alguno de la familia; que los matrimonios no se efectuasen sin preceder y acompañar los requisitos prescritos por la iglesia; que huyesen de la borrachera; procurasen la unión y concordia en la población y en las familias y estuviesen sumisos a las autoridades del pueblo y de la provincia.

Distinguiéronse en esta Misión los vecinos de Balingasag por el celo que desplegaron en la instrucción de los catecúmenos y por su caridad en las limosnas con que contribuyeron a los gastos ocasionados por aquel motivo; empero de un modo especial sobresalieron muchas mujeres y niñas de la escuela, que se ocuparon en cortar y coser los vestidos para los monteses que ingresaron en el gremio de la santa Iglesia.

El día 9 de octubre por la mañana se despidió el P. Ricart de los PP. Parache y Rosell y llevándose consigo el altar portátil y alguna ropa para los monteses se embarcó en Balingasag. Celebró en Talisayan el 10 y el 11; y doblada la punta Banlasan desembarcó en Mandahilag donde fue recibido por los monteses de Misúa y Talisayan. Pocas eran las casitas levantadas. Exhortóles a levantar la iglesia y nuevas casas, porque en otra ocasión oportuna les daría misión.

En Tabúlug halló mucha gente y se instaló en el tribunal. Está situado el pueblo en un llano al pie de una estribación del Balatocan, donde se reunieron varias familias de Meycauayan, que por miedo a los moros se alejaron al monte; mas habiéndose juntado a instancias de los misioneros con los de Pahíndong formaban un pueblecito de tres cabecerías, viviendo su mayor parte en la ilaya. Su iglesia era pequeñísima, y más pequeña todavía la escuela; pero los niños sabían bastante bien las oraciones. Aquella misma tarde agrandaron la iglesia para que cupiese en ella la mucha gente que se reunía y el día de la Virgen del Pilar principió la misión. Formáronse los padrones; se impusieron apellidos castellanos, agrupando bajo uno mismo las familias de origen común; diéronse a los niños instrucciones especiales; exhortóse a que bajasen del monte los tímidos, enfermos y ancianos; compusiéronse las diferencias y señalóse hora para examinar y preparar a los bautizandos y casandos; todo al tenor de la misión dada en César y de las que se dieron posteriormente a otras re-

ducciones, y a conveniente distancia de la población se bendijo el lugar destinado para cementerio, rodeado de foso y cerca para impedir su entrada a las bestias. A esta bendición asistió en procesión todo el pueblo, predicándoles después el Padre un sermón sobre la vida futura y la esperanza de la resurrección de los cuerpos; recomendándoles sumo respeto a los cadáveres de los cristianos, el modo cómo debían proceder en sus entierros y el cuidado que debían tener de rogar por las almas de los difuntos.

Desde Tabúlug se dirigió el misionero a Cabú y luego a Minlagás, distantes una legua entre sí, y ambos situados en terrenos feracísimos y dilatados al pie del Balatocan. Gracias a la fijeza de sus moradas y al asiduo trabajo con que cultivaban aquellos terrenos, gozaban ambos pueblos de mayor comodidad y bienestar que los demás de su clase, y por el continuo trato que mantenían con los comerciantes cristianos, se habían amoldado mejor que otros monteses a los hábitos y costumbres de los pueblos civiles playeros del segundo distrito.

La misión de Minlagás salió como era de esperar de la buena disposición de aquel pueblo y de la protección del angélico joven San Luis Gonzaga, Patrón del mismo.

De Minlagás se trasladó el P. Ricart a Manguisquis y entre los tres pueblos de Tabúlug, Minlagás y Manguisquis ascendieron los bautizados a 411 y los casamientos a 155.

La misión de Balingasag, desde punta Diuata hasta punta Sipaca, no bajaría a juicio del mismo Padre de 40 cabecerías entre visayas y monteses, cristianos e infieles. Era por lo tanto indispensable dividir la misión, estableciendo otra nueva en Talisayan o en Gingoog.

El día de la Inmaculada Concepción de 1880, se celebró en Balingasag la primera comunión de niños y niñas monteses de César. Asistieron al solemnísimos acto muy bien preparados y acompañados de los maestros de ambas escuelas de Balingasag y como corona de fiesta hubo un lucido certamen de doctrina cristiana al que asistieron, al frente de sus respectivos maestros, los niños y niñas de dicha nueva reducción y de Balingasag y comisiones de las escuelas de Lagónlong, Salay y Quinuguitan.

Habíase levantado a este efecto un gran entoldado debajo del cual se dispusieron varios órdenes de asiento así para niños como para la gente del pueblo que, ávidas por el interés de familia, acudieron en numeroso concurso a presenciar tan nuevo espectáculo. Ocupaba el puesto de honor un hermoso cuadro de la Inmaculada enviado desde Manila. Los misioneros y la principalía se sentaron en el lugar de preferencia, la banda del pueblo amenizaba los

intermedios dando de esta suerte algún descanso a los competidores, quienes desempeñaron sobresalientemente sus respectivos papeles.

Disputaron primero los niños de cada pueblo entre sí, luego los de un pueblo con los de otro. Llevaban tan bien aprendido el catecismo y procuraban con tal empeño su triunfo que, a pesar de las estratagemas usadas para sorprender al adversario, difícilmente se pudieron coger puntos, siendo preciso prolongar y aún reiterar el certamen para que se pudiese decidir con seguridad, quién había sido el vencedor. Terminóse el acto con la distribución de premios, siendo el de los vencedores una medalla de plata prendida en el pecho. Este certamen no fue más que un ensayo del que se preparó luego, no tanto de catecismo como también de las demás asignaturas de primera enseñanza, cuando fue honrado el pueblo con la visita del Gobernador del distrito.









GUERRERO MANDAYA

---

## CAPÍTULO XXIII

Cristianos antiguos de la Misión de Bíslig y Caraga.—Los mandayas.—Sus usos, costumbres y religión.—Sacrificios.—Visita del P. Heras a Bíslig, Caraga, Dávao, Butúan y Surigao.—Episodios de este viaje.—Vuelta del P. Pastells, su compañero, a Caraga.—Asesinato de Bilito por Juanay.

Los cristianos antiguos de la Misión de Bíslig y Caraga son por lo general de carácter muy dócil y suave, bastante laboriosos, aunque faltos de dirección y de instrumentos agrícolas. Sus pueblos son playeros, aunque tienen sus sementeras o ilayas a unas dos o mas leguas al interior; cultivan el arroz, camote, gabe, maíz, caña dulce, café, cacao y tabaco; extraen del mar el balate, la concha, nácar y el carey, y de los árboles la almáciga, la resina, el aceite de biao, piao, balao y coco; benefician la cera; las mujeres se ocupan en las labores del campo y en tejer con telares primitivos los filamentos o hebras de la piña, abacá y tindug.

El ganado doméstico vacuno, caballar y caraballar sólo abundaba en Caraga, Manurígao y Manay; el cimarrón caraballar en Catéel; los ciervos en los cogonales, y los cerdos monteses en todas partes.

El prestigio e influjo de los misioneros en estos pueblos era extraordinario; donde quiera que éste se hallase, acudían a él cristianos e infieles en sus litigios, y el Padre los arreglaba amistosa y satisfactoriamente. Transcurrían años sin que hubiese que lamentar muerte violenta, heridas en riña, ni robo alguno notable de cristianos entre sí.

A excepción de los baganis y sus secuaces, son los mandayas por lo general de carácter noble, simpáticos, pacíficos, obsequiosos y sufridos; y cuando no les afea enfermedad contagiosa, hambre o miseria, son de ordinario bien agestados.

Algunos tienen la barba poblada aunque la inmensa mayoría se arranca el pelo de la cara con pinzas o con los dedos; su nariz en buen número de ellos

es regular y aun aguileña; su color, sobre todo en los del monte, claro y a veces blanco; déjase crecer el cabello como las mujeres; su entendimiento es despejado, por lo general, en los niños, y les hace capaces de cualquier cultivo de enseñanza y educación. Son hospitalarios y sociables y están organizados civilmente, a semejanza de los pueblos de cristianos antiguos. Al reyezuelo o anciano de la ranchería, *Hari hari*, *tigúlang* o *maticado*, le consultan todos, incluso el gobernadorcillo y los principales; él es quien declara la guerra o pide la paz a los de otras rancherías, quien da o exige satisfacción de los agravios inferidos o recibidos y quien falla en última apelación los pleitos de sus subordinados después de oído el parecer de los principales.

Cada uno de éstos suele ser señor de un determinado número de sácope de su ranchería; por lo común los parientes tienden a vivir reunidos y esta es la razón por que mantienen tan arraigadas sus tradiciones.

Tenían su código legal y penal tradicional, del cual creían que no les era lícito apartarse y lo mismo acontecía respecto de sus creencias y ritos religiosos. Reinaba entre ellos la idolatría, la poligamia y la esclavitud. Su Diuata o Manáug consistía en un pedazo de la madera del *báyog* pintado con la savia de la narra, al cual daban forma humana hasta el pecho; poníanles por ojos dos semillas de la planta llamada magubajay; carecían de brazos y distinguían el varón de la hembra por la supresión de la peineta. A sostener su culto se dedicaban con esmero movidas de su vanidad y del interés que de ello reportaban, las bailanas o sacerdotisas.

Las funciones religiosas las dividían en puramente ceremoniales y sacrificios; éstos eran humanos o de animales; los humanos se acostumbraban solamente entre bagobos y algunos baganis de otras tribus, mas no entre los mandayas del lado del Pacífico. Sucedió, sin embargo, que después del *pangáyao*, solían los mandayas celebrar un festín y durante él comían algunas veces los baganis, para hacer gala de su ferocidad, algo de las entrañas crudas de sus víctimas.

Los sacrificios más ordinarios era de animales y otras ofrendas; mas antes de describirlos observaremos, que los mandayas creían en dos principios buenos: Mansilatan y Badla, padre e hijo, y en dos principios malos: Pundaúgnon y Malímbong, marido y mujer. El Búsao era la virtud que se desprendía de Mansilatan y se participaba a los baganis para infundirles valor. Cuando uno sufría cualquier enfermedad, creía que se le había de alejar invocando a los principios buenos y entonces los obsequiaban las bailanas, hiriendo a los idolillos de los principios malos; y mientras bailaban alrededor de ellos, temblando y eructando, cantaban la coplilla siguiente:







Miminsad si Mansilatan:  
Bajará Mansilatan.  
Opud si Badla nga magadayao nang dunia:  
Luego Badla que salvará la tierra.  
Bailán managun sayao:  
Bailen las bailanas.  
Bailán managun liguid:  
Bailen alrededor.

El sacrificio más solemne de los mandayas era el Balílig. Para celebrarlo se reunían diez o doce o más bailanas, según el esplendor que se pretendía dar a la fiesta, y levantando de antemano un altarcillo al Diuata enfrente de la casa del que costeara la función; salía el dueño de ella con un gran cerdo y se lo presentaba a los bailanas ante un concurso de cien o doscientos invitados a la función. Atado el cerdo en el altar, lo rodeaban las bailanas vestidas de jubón encarnado, jábol de primera clase, y avalorios más o menos ricos, pendientes del cuello, ostentando en el pecho patenas de plata cincelada, y en las muñecas y en los tobillos gruesos anillos de latón y hacedillos de hierbas olorosas prendidos en las caderas y de esta suerte engalanadas, al son del guímbao o tamboril con que tocaban dos mandayas piezas consagradas al Diuata; se adelantaban las bailanas siguiendo el compás de la música con los pies, y bailando lentamente alrededor del cerdo y del altar entonaban el «Miminsad»; temblaban, eructaban, y se estremecían de pies a cabeza, contoneándose e inclinándose de un lado para otro, describiendo en sus evoluciones varios semicírculos y levantando su mano derecha al sol o a la luna, rogaban a la intención del que había hecho celebrar el balílig; e inmediatamente la bailana principal separándose de las demás, se adelantaba con el balarao en la mano hacia el altar; hería en el cuello al cerdo atado sobre él; aplicaba su boca a la herida, chupando y bebiendo su sangre y las demás bailanas hacían otro tanto participando del sacrificio.

Terminada la ceremonia volvían las bailanas a su lugar respectivo y repetían el baile: terminado el cual, se sentaban y fingiéndose inspiradas por Mansilatan profetizaban la buena cosecha, la curación de alguna enfermedad o el triunfo sobre los enemigos. Limpiábase luego el cerdo, se ofrecía parte al ídolo y se coronaba la fiesta con general borrachera.

Otro sacrificio era el Talíbung; para celebrarlo, se levantaban cuatro altares en forma de rectángulo, adornaban sus esquinas con flores y en el centro colocaban de pie una caña gruesa de tres brazas de largo con sus hojas, y se inauguraba la función con el baile y predicciones consabidas; y en lugar del cerdo ofrecía cada bailán al Diuata un pollo asado y partido y algunos

camarones que mezclaban con buyo compuesto de cal, fruta y hoja de bonga y tabaco. Repetían el baile y se remataba la fiesta con el festín acostumbrado.

Para celebrar el Pagcáyag cogían un instrumento de pescar llamado Bobo; lo cubrían con hojas de árboles; metían dentro de él siete bujos ya preparados, un vaso de tuba y siete cangrejos; y lo dejaban colgado en medio de la casa durante tres días y tres noches, y a la madrugada del cuarto día, con grande algazara lo destrozaban con los sundanes, echando los restos a puntapiés fuera de la casa; con lo cual creían ahuyentar los males que les amagaban.

Ejercían además los mandayas la palmomancia, la palomancia y el Pagtali.

Observaban el canto del Limoco, especie de tórtola silvestre, para proceder conforme a sus agüeros. Creían en brujos, como el Asúang, Tagamálim, Cucú y Siling, refiriendo de ellos, los padres a sus hijos, curiosas anécdotas en las largas veladas de la noche. Durante los eclipses y temblores de tierra practicaban ritos supersticiosos amoldados a sus falsas creencias y lo mismo acontecía en otra multitud de casos que omito por ser comunes con los usos y costumbres practicadas en las demás tribus infieles de Mindanao.

El día 2 de julio de 1878 salió de Manila para Dapitan el P. Superior de la Misión, mas hallando al P. Vilaclara en Cebú enfermo de recias calenturas cogidas en Dipólog, envió a este último punto al P. Ceballos y él se embarcó en el vaporcito *Oriana* para Surigao, y de allí se trasladó en el mismo vapor con el P. Peruga y el H. Zumeta a Bíslig, para girar por aquel lado su visita, dando grata sorpresa a los PP. tercerones Esteban Yepes, Ramón Ricart y Santiago Puntas, los cuales habían tenido dos Padres instructores: el P. Luengo y el P. Terricabras. Habiendo entrado en ejercicios y hecho su renovación salieron con el P. Heras en barotos para Ginatúan, de donde se trasladaron a Bigáan, distante media hora por mar, para visitar la nueva reducción de Loyola, de treinta familias nuevas cristianas.

Habiendo regresado a Bíslig visitaron el día siguiente la nueva reducción de Tebay. La primera vez que la había visitado el P. Heras eran más los infieles que los cristianos, mas en esta nueva visita halló que todos los infieles estaban ya bautizados. El día 21 de julio se embarcó el P. Heras con el P. Peruga para el Sur; cenaron en la silanga de la punta Sancop y prosiguiendo su travesía desembarcaron en Línguig. El piso de esta población es muy llano; al Norte de ella desemboca el Ginipáan y al Sur el Línguig con buen fondeadero para falúas, cañoneros y goletas. Abunda Línguig en buenas piñas y pesca exquisita. Son innumerables y muy grandes los murciélagos que se recogen de día en un islote cerca del pueblo y sus pieles muy estimadas por su finura. Abundan también unas palomas llamadas *camaro*, mayores que las domésticas; tienen



las alas y cola negras, y el resto del cuerpo blanco; las torcaces, *baud*; los tabones y las igüanas. Hay en las playas tortugas ordinarias y comestibles, *pauican* y otras venenosas (*quiuilang*) que dan la concha Carey; hay coral en las bajuras y mucha madera de construcción en las selvas.

Salieron los dos Padres de Lúguig y llegaron de noche a Dacong-Banua o Catéel nuevo. Al saltar en tierra se encontraron con los PP. Terricabras y Pastells, muy satisfechos de verse visitados antes de lo que esperaban y acompañados de todo el pueblo se dirigieron a la casita de nipa en que vivían acomodándose cada cual como pudo, como los pastores en sus cabañas.

Tres días antes se había trasladado a aquel sitio la población, pareciéndose a un campamento militar, porque la gente dormía casi al aire libre y sólo se veían empezadas algunas cocinas, que es lo primero que improvisaron los indios al hacer sus casitas. Andaban los Padres sin parar de un punto a otro para activar la formación del nuevo pueblo. Habían trazado las calles y plazas y cada familia edificaba su casa en el solar que se le había señalado. En los tres o cuatro días que permaneció allí el P. Heras se habían levantado ya casi todas las cocinas; porque todos trabajaban, hombres y mujeres, niños y viejos.

Tiene Dacongbanua puerto segurísimo dentro de otro mayor también seguro. Un manantial hace correr sus cristalinas aguas alrededor de la nueva población. No hay allí caimanes ni se ve la espantosa barra que en la mayor parte del año hace casi imposible la entrada por el río al pueblo viejo.

Quedaron admirados de la fertilidad de aquella gran comarca donde abundaba el abacá, de calidad superior, el palay, los cocoteros, el cacao, maíz, tabaco, gave, ube y camote; es también copiosa la pesca, sobre todo en la monzón del S.; se encuentran excelentes maderas de construcción, como el molave, ípil, anislag, guísog, narra, ébano, tindalo, etc.; muchos y variados pájaros y ciervos rojos muy grandes.

Dejó allí el R. P. Superior a los PP. Peruga y Terricabras, y tomando por compañero al P. Pastells se trasladaron a Sibajay, donde les salieron al encuentro nuevos cristianos e infieles y en dos filas los niños y niñas de escuela llevando en sus manos banderitas de varios colores y ostentando todos los recién bautizados los vestidos que el día de su bautizo les habían regalado los misioneros o sus padrinos, despojándose éstos muchas veces de sus trajes, para presentar a los catecúmenos, vestidos decorosamente a lo visaya y bien instruidos, al Padre misionero; para que los preparase y bautizase, porque no querían aquéllos ser bautizados con el traje de su infidelidad.

Al llegar a San Nicolás, o Catéel viejo, se dirigieron todos a la iglesia y

mientras celebraba el P. Superior el santo sacrificio de la Misa, después del evangelio les predicó el P. Pastells sobre la dignidad del cristiano. Terminada la misa fueron presentados catorce adultos y varios párvulos a recibir el santo bautismo; bautizáronse éstos primero, examináronse y dispusiéronse aquéllos inmediatamente después, recibiendo con tanta devoción y reverencia aquel sacramento, que hubieran enternecido el corazón más duro y glacial.

Trajeron en hamaca al pueblo a una vieja muy enferma; dispúsola y bautizóla el P. Pastells, y pocas horas después había ya espirado, como si aguardara exprofeso la llegada de los misioneros para morir cristiana. ¡Justos juicios de Dios! aquella misma noche murió también un joven que no quiso recibir el santo bautismo, a pesar de las persuaciones del Padre y de las de sus amigos y parientes. *Unus assumetur et alter relinquetur*. Contaba a la sazón San Nicolás cerca de quinientos mandayas, de los cuales se habían bautizado ya más de setenta.

Salimos de allí pasando por el Saguinsín donde habían sido quemados vivos varios infieles por baganis de su misma tribu. Entre las víctimas pereció carbonizada una madre con su hijo a los pechos, y el capitán de la ranchería fue hecho menudos pedazos; un solo niño escapó atravesado su costado de una lanzada. Llegaron a San Juan, nueva reducción situada en la orilla derecha del Cadungunan, que desemboca cerca de la punta Bagoso, distante cerca de tres leguas de San Nicolás; los cristianos nuevos eran ciento cincuenta, «tan bien instruidos—escribe el P. Heras—en la doctrina cristiana por sus catequistas y en los cánticos religiosos, que me causó grande admiración». Se les dijo misa en su iglesia, bautizáronse tres infieles y sólo seis quedaron por bautizar.

A la caída de la tarde fondearon en Quinablangán, colocado entre los ríos Taligon y Bancucan de riquísima agua potable: tiene puerto seguro y de ocho brazas de fondo, y entre las puntas Bagoso al N. y Lumbajan al S. se extiende fertilísima comarca, apta para todos los cultivos del país.

Visitóse luego la reducción de San Isidro, fundada junto a la desembocadura del río Caboayan a media hora de Quinablangán. Contaba a la sazón dieciocho familias cristianas. Bautizáronse diez niños y quedó en ella un infiel.

El 30 de julio, víspera de San Ignacio, al entrar de noche en la barra del río de Dápnan corrieron algún peligro. «Esta fiesta — dice el P. Heras — me pareció más solemne que en Manila, porque al amanecer, después de las dos misas y sermón, salimos a hacer una excursión apostólica, que no debió de desagradar al santo fundador; pues veía que sus hijos ni en tan solemne día se dispensaban de ir en busca de almas para el cielo; tuvimos el gusto de bautizar cinco infieles en la reducción de San Víctor.»

Esta se hallaba situada a una legua y en la orilla izquierda, río arriba de Dapnan. Contaba ciento veinte cristianos nuevos, los cuales salieron a recibir a los Padres, presididos por el capitán Víctor, viejo muy simpático y templado, que ostentaba con noble orgullo el bastón de mando, que el P. Pastells le había entregado al bautizarle. La iglesia era un camarín de nipa en el que todo faltaba, porque ni tenía santo patrón, ni campana, ni retablo, ni frontal, ni candeleros. Se les arregló un poco lo que debía ser altar con un trozo de coco encarnado, y ya les pareció a los pobrecitos que su iglesia estaba vestida de gala.

Quedaban todavía muchos infieles por bautizar, y los viejos ya cristianos mostraron grande empeño para que abrazasen todos el cristianismo; y el capitán, convertido en un pequeño Boanerjes, mandó arrestar y meter en el cepo a un mandaya que había escondido un chiquillo de pocos años que quería bautizarse; mas viendo que el viejo capitán lo tomaba tan por lo serio sacó al niño, que no era hijo suyo, del escondite y lo presentó al Padre misionero. Parece que aquel mandaya deseaba venderlo como esclavo y por no ser posible efectuarlo siendo cristiano, lo había escondido.

Esta floreciente reducción se vio posteriormente acometida por baganis, quienes asesinaron a quince infieles y cautivaron a otros tantos. ¡Justo juicio de Dios! también asesinaron a un nuevo cristiano y éste fue el infeliz que había ocultado al niño, para que no le bautizasen. Vueltos a Dapnan, visitaron los Padres las escuelas y después de un ligero examen hubo distribución de premios para discípulos y maestros. Las ilayas de Dapnan son tan fértiles que, habiendo sembrado el teniente absoluto, llamado Monday, un cabán de palay, cosechó aquel año ciento ochenta. A una legua de Dapnan hay un fondeadero muy abrigado durante la monzón del S. por la punta Catarman.

El día 1.º de agosto salieron para Baganga. Al practicar su primera visita sólo había contado el P. Heras en este pueblo cinco casas habitadas: en esta segunda «he visto — dice el mismo Padre — con gran sorpresa y satisfacción cuánto pueden en la formación de los pueblos las autoridades y misioneros que se sacrifican por los intereses de la patria y bien de los pueblos. Baganga tiene ya hermosas calles, muchas y regulares casas; las visitas de San Manuel, Baísan y Batiano, tan castigadas por los baganis, trasladadas a Baganga, aumentan considerablemente la población. Se estaban reuniendo buenos materiales para hacer una buena iglesia y pronto dejará atrás a la célebre Caraga, que también trabaja mucho para aventajarse a su rival.» La tierra de todos aquellos contornos es feracísima. Del palay de sus sementeras se proveían las goletas de Dávao, las falúas del Gobierno y varios comerciantes del distrito;

el abacá que se produce es de primera calidad; dáse también el cacao, café, caña dulce, tabaco, cocos, maíz, buena hortaliza y árboles frutales.

El 2 de agosto por la tarde llegamos a Baculin; se les celebró con asistencia de todo el pueblo el santo sacrificio de la Misa, durante la cual les predicó su misionero sobre los deberes del buen cristiano; recorrieron luego las calles de la población «que a la verdad—escribe el P. Heras—estaban muy bien alineadas y limpias, y las casas adornadas con colgaduras y banderas españolas».

El origen de este pueblecito data de 1839, en que reunidos veinte cantilanos, restos de una colonia que se había establecido en el río Langoyón, se trasladaron a este punto: debióse el aumento al viejo Agustín Manguin, que logró de sus parientes e infieles del contorno el que se bautizasen y agregasen al pueblo recién fundado; haciendo subir hasta doscientos el número de sus habitantes. Por la tarde se trasladaron los Padres a Manurígao y el día siguiente, 3 de agosto, emprendieron la subida por el río hasta el Carmelo, al que no se le podía dar mejor nombre; porque situada la nueva reducción en la falda de un alto y hermosísimo monte, del cual parecía salir como caudalosa fuente el río Manurígao, era en extremo pintoresco. Habría en el pueblo cincuenta nuevos cristianos y gran número de infieles muy simpáticos en verdad, pero guerreros y bravos. Salieron todos a recibir a los Padres y todos a la par trabajaron en agrandar la iglesia que habían hecho demasiado reducida. Le hicieron recorrer al P. Superior las calles para que viera que las tenían muy bien arregladas y era admirable ver como tanto los cristianos como los infieles tomaban igual interés y participación en la fiesta. Habiéndoles distribuido el P. Superior varios regalillos y visitado las fraguas en que fabricaban sus lanzas, balaraos y lígdaos; se despidieron mutuamente en el embarcadero y deslizándose rápidamente el barotillo a impulso de la corriente, en poco tiempo llegaron a San Luis.

Situada esta reducción en hermosa llanura a la margen izquierda del río, constaba de 23 casas y 150 cristianos nuevos; bautizáronse cuatro hombres y una vieja; y habiendo arreglado favorablemente algunos negocios, regresaron los Padres muy de noche a Manurígao; y el día siguiente, por ser domingo, después de celebrar allí una misa, se embarcaron apresuradamente para celebrar la otra en Caraga; y «me alegré — escribía el P. Heras — de haber llevado a cabo mi resolución; porque luego que llegamos a Caraga, nos dijeron que el capitán Juan Ferrando, estaba muriéndose, pero con grandes ansias de recibir los últimos sacramentos. Mientras yo decía la misa fue a confesarlo el P. Pastells y se le administró en seguida el santo Viático y la





IGLESIA Y CASA-CONVENTO DEL PUEBLO DE CARAGA



Extrema-Unción y todos los auxilios espirituales de la Iglesia, muriendo tranquilo en la paz del Señor. Había pasado quince días casi sin comer ni beber; sólo esperaba para morir en paz, nuestra llegada.»

Hallóse el P. Superior con que los caragueños habían levantado un buen convento e iglesia grande con maderas muy escogidas, y que en los alrededores de la población se habían formado cuatro grandes reducciones: Santa Fe, al N.; Santiago y San Ignacio, al S.; y San Pedro, río arriba de Caraga, al O. Todas las visitó y de todas quedó muy satisfecho por lo bien instruidos que estaban los cristianos.

Presentóse en esta visita para bautizarse un infiel, y al tener noticia su mujer de lo que pretendía le amenazó que si se bautizaba se cortaría la cabeza. Fundaba su resistencia en la falsa persuasión de que si su marido se hacía cristiano no podría cohabitar más con él; quiso con todo bautizarse el marido, y en el entretanto le hablaron a la mujer otras nuevas cristianas, y se presentó luego vestida en traje de cristiana al misionero pidiéndole con grande empeño que la bautizase, y después de algunos días la bautizó.

El 8 de agosto, salió el Rdo. P. Heras con el P. Pastells para Santiago, de donde fueron por tierra a Manay, visitando de paso la reducción de San Ignacio, que era de las mayores, y estaba muy bien dirigida por su inspector, don Inocencio Ronquillo.

A corta distancia de Manay visitaron las reducciones de Santa María y San Francisco. En todas partes pedían los nuevos cristianos santos y campanas, y se enviaron de una vez veinte estatuas y veinte campanas, pagadas con limosnas de personas piadosas de España y de Manila.

El 9 después de anochecer y a la luz de la luna surcaban tranquilamente las olas del Pacífico con rumbo a Mampanón, cuando al doblar una punta les obligó una fuerte corriente a volver atrás. Algunas horas después emprendieron de nuevo la marcha; mas les sobrevino un viento y un chubasco tan recios, que les arrojó disparados a la playa, de suerte que mientras saltaban por la proa de la banca entraban las olas por la popa, anegando la embarcación y mojando cuanto llevaban en ella; fuéles preciso para salvar la banca atar una cuerda en la proa y tirar de ella para defenderla de las furiosas olas aunadas para arrebatlarla. Llovía a cántaros, sin más cubierta que la bóveda celeste y así fue preciso pasar la noche debajo de un grueso tronco que les sirvió de cobertizo. Al amanecer, apaciguado ya el mar, diéronse de nuevo a la vela; visitaron Mampanón, y como el día era hermosísimo llegaron muy entrada la noche a Miliid, donde se había establecido una ranchería de moros islames y habiendo descansado algún tanto reasumieron la marcha a media

noche y fueron a parar a un istmo de 200 pasos, que separaba la ensenada de Mayo de la grande y hermosa bahía de Pujaga; dejaron allí su banca, trasladáronse con su equipaje en dos barotillos a la playa opuesta, y a la claridad de la luna recorrieron una larga y hermosa silanga llegando al amanecer a Mati, ahorrando de esta suerte 12 o 14 horas de navegación, que les hubiera costado doblar la punta Lauigan. Mas antes de celebrar fue preciso lavar, planchar y tender al sol todos los ornamentos del altar portátil, por estar empapados en agua salada.

La bahía de Pujaga, en el fondo de la cual está Mati, es la mayor y más segura que existe en la costa oriental de Mindanao. En Macambul abunda la almáciga, que destila el árbol *barú* y aumenta extraordinariamente enterrada junto a las raíces del mismo árbol; la mejor es colorada; de inferior calidad es la de color de cera virgen, y la más inferior de todas la blanca.

Salieron de Mati el 11 de agosto muy de mañana hacia el puerto de Vatele situado en el fondo de la bahía; atravesaron el monte a pie; a las dos de la tarde estaban en Bato-Bato y en la banca del capitán Lingayao llegaron el día siguiente a Sigaboy, de donde partieron por la tarde del mismo día y navegando gran parte de la noche y todo el día 14 fondearon en Linao, que es la punta más cercana a la isla de Sámal; hicieron la travesía después de media noche y al amanecer del 15 anclaron en una ensenadita, donde hacían sal los moros y sámales. Saltaron en tierra y celebraron los dos Padres el santo sacrificio de la Misa sobre un enorme tronco de árbol; terminada la cual supieron por un correo que iba en busca del Gobernador, que el Sr. Obispo de Jaro estaba confirmando en Dávao. Apresuraron el viaje, y después de haber remado todo el día para surcar una fuerte corriente que les arrastraba, estando ya cerca de la población sobrevino un chubasco tan fuerte, que les obligó a pasar la noche entre las olas y a vista del vapor de guerra que debía llevarse al Sr. Obispo antes de la madrugada. Esta pequeña demora desbarató los planes del P. Heras, porque en vez de acompañar al Prelado hasta Zamboanga y visitar a los Padres del Sur de la isla, tuvieron que proseguir el viaje por el Tágum, Sálug y Agusan hacia Butúan, Maínit, Placer y Surigao. Partieron, pues, ambos Padres el 21 de agosto con el P. Bové de Dávao y pernoctaron en la ranchería de moros del dato Bacúran, situada a la orilla derecha del Tágum, donde habían sido asesinados años atrás el Gobernador Pinzón y unos cuantos soldados. Prestóles el dato una banca ligera para explorar el río, y en día y medio llegaron a la confluencia del Sálug con el Tágum, que es el punto donde subiendo el último río trueca su nombre por el de Libaganon.

Al amanecer del día de San Bartolomé metiéronse los Padres en el Sálug



con dirección al N. y a las dos horas la rapidez de la corriente les obligó a dejar la embarcación y pasar el bagaje al otro lado, donde hallaron un *tiangui*, o mercado de moros e infieles; pidieron a éstos sus banquillas para proseguir el viaje y se ofrecieron con gusto a acompañarles; mas al ir a despedirse del P. Bové que debía regresar a Dávao, se presentó un moro llamado Guíbat que conducía un niño de nueve a diez años enteramente desnudo y atado como un perrito con una cuerda al cuello, que sostenía el moro con su mano por el cabo opuesto. Tal espectáculo causó tanta lástima al Rdo. Padre Superior que resolvió rescatarlo a todo trance, y mientras estaba tratando de ello con el moro, sirviendo de intérprete el P. Pastells, siguió el niño su camino hacia el mercado conducido por otro moro, compañero de Guíbat. Apercibiéndose de ello el P. Bové y conmovidas sus entrañas, sin consultar con nadie el asunto, puso en gran peligro su vida y la de los otros dos Padres; porque se llevó el niño al otro lado del Sálug, alegando que estaba prohibida por ley la esclavitud. Alborotados los moros, notificaron a Guíbat lo sucedido y blandiendo éste su lanza se dirigió apresuradamente hacia el mercado, repitiendo a menudo estas palabras: «Masamuc, masamuc», que quiere decir: «habrá reyerta, reyerta habrá». Al ver el P. Pastells la actitud siniestra del moro y al oír sus palabras se fue corriendo tras él para apaciguarle, diciéndole: «Ayao da, cay mahusay, husayon ta» (no hagas tal, porque se arreglará); mas el moro pareciendo estar sordo a sus exhortaciones, seguía adelante con la lanza enristrada y los Padres detrás de él, hasta llegar al lugar del mercado, donde vimos en efecto, que del otro lado del río estaba perorando el P. Bové con el esclavito al lado, diciendo a los moros que aquello era una indignidad y que había de dar parte al Gobernador, y éste haría y acontecería, y otras protestas por el estilo. Mas el P. Superior le mandó que devolviese el niño, porque todo quería arreglarlo pacíficamente; devolvió, pues, el misionero el esclavito a Guíbat, que según muchas probabilidades debía ser vendido y tal vez sacrificado por los bagobos, y se cerró el contrato de venta pagando por él, al contado, el P. Heras 15 pesos en moneda de oro.

Quitaron los misioneros la cuerda del cuello al pobre niño, a quien llamaron Bartolomé Fortunato, por haber tenido la fortuna de haber sido libertado el día de San Bartolomé; vistiéronle y curáronle una llaga muy enconada que tenía junto a los tobillos, a consecuencia del cepo en que le metían durante las noches para que no se fugase, y prosiguieron con tan bello rescate su viaje, yendo a pernoctar en la ranchería del capitán Dumáun, quien les recibió con sumo agrado en su grande y espaciosa morada, donde celebraron el día siguiente la santa misa en un altarcito improvisado, durante la cual estuvieron

los infieles muy atentos y admirados de ver de rodillas a los cristianos caragueños que les acompañaban, y se mostraron deseosos de que volviesen los Padres, para que les enseñasen la doctrina cristiana.

Pasaron la noche siguiente bajo una tienda de campaña improvisada en un arenal del río, expuestos a la voracidad de los caimanes que allí abundaban y el 27, al llegar a eso del mediodía al río Aggao, les dijeron los infieles que les acompañaban y habían prestado las bancas, que ya no podían proseguir conduciéndolos porque encontrarían a sus enemigos y al separarse de los Padres les matarían. No se les pudo persuadir a que les vendiesen o prestasen sus bancas y así se encontraron los expedicionarios en lo más interior de Mindanao sin saber cómo pasar adelante. Dijéronles que todavía les faltaban cinco días de navegación río arriba, para llegar al Baglásan y que andando por el monte llegarían en un día, con camino llano y sin dificultades. Engaño manifiesto, por que saltaban a la vista la escabrosa cordillera y las espesas selvas que debían atravesar; pero no hubo más remedio que emprender la marcha por tierra y abandonar el Sálug para entrar en el Aggao, yendo a parar a casa del capitán Abbían, situada en una colina desde donde se descubría una hermosa comarca en la que fueron recibidos los Padres por los infieles con sumo agasajo y confianza, presentándoles porción de niños enfermos de calenturas de ésta y de las vecinas casas, para que los curasen. Todo su afán consistía en saber cuándo volverían a visitarlos y así con sumo gusto les ofrecieron buenos guías para emprender la marcha de aquel día, que tan costosa había de ser.

Salieron, pues, tempranito, cargado cada cual con su equipaje y empezando a andar por malísimos parajes. Muy pronto el niño Bartolomé no pudo proseguir a pie su viaje a causa de la llaga del tobillo y fue preciso llevarlo a hombros todo el día; mas como los cargadores se habían adelantado, no se encontró nadie que pudiese llevar el niño a cuestras; entonces el P. Heras lleno de caridad se lo cargó sobre sus hombros. Al ver esto, el P. Pastells ordenó a un muchacho que les servía de sacristán, que se adelantase a toda prisa e hiciese parar a los de la comitiva; pero antes de llegar a ellos pasó el P. Heras un buen cuarto de hora con Fortunato a cuestras. Alcanzada la comitiva se dividió el hato de uno de ellos entre los demás, para que pudiera cargar con el niño, y así fueron reemplazándose sucesivamente.

Mas, poco después sobrevino otro percance, que refiere el P. Heras de esta manera: «A mi compañero el P. Pastells le entró la calentura efecto de la humedad y cansancio. Nos hallábamos en un espantoso bosque sin más salida que un pedregoso torrente que nos sirvió de camino durante medio día; pero, cosa extraña, se le quitó la calentura al compañero después de haber andado

medió día con agua muchas veces hasta la rodilla.» La calentura, en efecto, le dio a las seis de la mañana en un barranco donde serpeaba el torrente referido; y no pudiendo pasar adelante le reanimó el P. Heras con un pedazo de tortilla y un poco de vino y galleta; rehabilitado con este desayuno continuó el viaje como los demás por la selva hasta las siete de la tarde, en que llegaron a casa del capitán Silungan, situada en un alto monte, andando en aquella jornada doce horas.

Subieron a la casa edificada en la copa de un árbol, por un largo palo con muescas que les sirvió de escalera, pasando la noche como suspendidos en el aire, más de veinte personas, en un piso de tres varas de ancho por ocho de largo; que al menor movimiento que se hiciese, bamboleaba. Cenaron pobre y alegremente y un sueño reparador les hizo olvidar muy pronto los trabajos pasados.

A eso de la media noche oyó el P. Heras que Bartolomé se quejaba; le abrigó como pudo, pues creía que el frío le molestaba; mas luego que amaneció advirtió que el pobre niño estaba muy malo y avisó de ello al P. Pastells, quien le exhortó y bautizó; y a los pocos minutos voló su alma al cielo. «¡Afortunado niño!—exclama el P. Heras—que rescatado de la tiranía de los moros pasó tan pronto a gozar del reino de Dios.» Hay que observar aquí que en el intervalo de tiempo que medió entre la compra del niño y su muerte le preguntaron si quería ser cristiano y respondiendo que sí, le habían instruido en las verdades más principales y necesarias de nuestra santa religión, e iba aprendiendo el catecismo que le enseñaban, tanto los Padres como los demás cristianos que les acompañaban. Hízosele el entierro con la solemnidad que permitían las circunstancias, bendiciendo el lugar del bosque donde fue sepultado, y colocando sobre la sepultura una cruz. Ocurrió luego, que por haber acontecido este fallecimiento en casa de Silungan, requirió éste a los Padres que le indemnizasen del perjuicio recibido satisfaciéndole el valor de ella, por cuanto debía abandonarla como inmunda y edificar otra en su lugar. Respondióle el P. Pastells que con la muerte de aquel niño, lejos de haber quedado inmunda la casa había sido más bien purificada tanto por la celebración del santo bautismo como por haber fallecido en ella un cristiano en gracia de Dios, volando su alma de allí directamente al cielo; y por lo tanto que el cadáver de aquel niño era el de un bienaventurado que estaba aguardando el día de la resurrección universal, para unirse otra vez gloriosamente con ella y gozar de Dios por toda la eternidad. Que les prohibía la abandonasen, porque su conservación había de ser para ellos fuente de bendición en el porvenir, que les alcanzaría con su intercesión para con Dios el alma agradecida del niño difunto.

Satisfízoles la razón y ya no pensaron más en cambiar de casa y reanudaron los Padres sus fatigosas jornadas.

Cuatro les costaron desde que abandonaron el Sálug hasta que lograron atravesarlo de nuevo con agua hasta el pecho y llegar al Baglasan, término de sus cuidados; descansando aquella noche en casa del capitán Mandabon. El día siguiente acompañados de varios lanceros atravesaron en cuatro horas la cordillera del Oloagusan, desde cuyas alturas divisaron los montes y comarcas que habían recorrido, prosiguiendo el camino hasta llegar a la confluencia del Mánad con el Agusan.

Apenas supo el teniente Dagojoy que estaban aguardando los Padres en la boca del río, fue inmediatamente a buscarles con dos bancas, invitándoles a que fuesen a dormir en su casa: donde les obsequiaron aquellos infieles con tanta alegría que les hicieron olvidar todas las penalidades anteriormente sufridas. Desde allí navegaron el Agusan hacia el Norte en tres grandes jornadas, visitando Bunauan, Talacogón y Butúan; pasaron a Jabonga y Maínit y de allí partió solo el P. Superior para Placer, llegando a Surigao el 9 de septiembre, víspera del Santo Patrón, San Nicolás, con el P. Sansa, a las nueve de la noche, después de visitar el pueblo de Taganaán. Pasada la fiesta de la cabecera fue el incansable P. Heras a Nonoc y a Dinágat; mas al segundo día de su regreso a Surigao, se sintió también atacado de recia calentura que le obligó a embarcarse para Cebú en un cañonero con ánimo todavía de recorrer las misiones de Dapitan, Dipólog, Alubígid y Balingasag; empero habiéndole repetido en Cebú la calentura con mayor intensidad que en Surigao, tuvo que reembarcarse para Manila a donde llegó el 4 de octubre.

El P. Pastells que había salido asimismo de Maínit para Placer y Surigao, recayó en sus calenturas tan fuertemente, que fue preciso trasladarle a Cebú y luego a Manila, de donde regresó con rico botín de limosna para sus mandayas. Había determinado el Rdo. P. Superior cuando le dejó en Maínit que se encargase él de la misión del Agusan; mas Dios resolvió otra cosa, porque luego quiso que continuase en la misión de Caraga y que el P. Urios fuese a encender fuego nuevo en la del Agusan.

Volvió, pues, el P. Pastells a Caraga el Viernes Santo de 1879, y al poco tiempo de haber llegado, le comunicaron la nueva de que el bagani Bilito, caudillo de los asesinos de Manlubúan, había sido a su vez asesinado por Juanay.





---

## CAPÍTULO XXIV

**Encárgase el P. Urios de la misión del Agusan.—Es visitado en Butúan por algunos caciques. — Devuélveles la visita y funda pueblos en la cuenca del río. — Bautismos. — El bastón de mando de Dagojoy. — Incremento de Tudela. — Sublevación de Lingcúban. — Expedición del Gobernador D. Alberto Racaj y su resultado. — Lingcúban es muerto por Ságud. — Bautismos en 1880.**

EL día 6 de febrero de 1879 se hizo cargo el P. Saturnino Urios de la misión del río Agusan en calidad de Superior de la residencia de Butúan. Debiendo establecerse este pueblo dos leguas más arriba de la margen izquierda de la desembocadura del mismo río se propuso el Padre, para que se hiciese el traslado con mayor suavidad, dar desde el principio una misión al pueblo antiguo; empero, debido a las copiosas lluvias y a la inundación consiguiente a la súbita crecida del río, tuvo que desistir por de pronto de su empeño, y por lo tanto predicó el inmediato domingo durante la misa mayor al pueblo manifestándoles cuánto les hubiera alhajado a los Padres darles la misión inmediatamente; pero que no era posible por entonces en orden al mal estado de la iglesia convertida en un 'pantano y por estar intransitables las calles vecinas: que pensaba, trasladando la iglesia a la parte más alta del pueblo, se podría inaugurar y llevar a cabo la proyectada misión. El domingo siguiente celebraban ya los Padres en la nueva iglesia provisional, capaz para contener las veinte y tantas cabecerías de que constaba la población. Hombres, mujeres y niños a porfía y sin levantar mano se dedicaron al exclusivo trabajo de esta obra por el deseo de presenciar la misión. Esta duró ocho días y el fruto fue abundantísimo. Derramáronse muchas lágrimas, hubo numerosísimas confesiones generales, restituciones y arreglos de matrimonios; se encarrilaron las costumbres y preparóseles para la próxima campaña de atracción de infieles que debía empezar inmediatamente.

Con tal precedente se engolfó, sin más aguardar, el P. Urios en los trabajos de la conquista espiritual del Agusan, teniendo presentes las instrucciones que le diera en una carta magna el R. P. Superior de la misión, Juan B. Heras, al encargarle las dos casas que formaban aquella residencia.

Presentáronsele en veintisiete embarcaciones empavesadas, y enarbolando banderas españolas, un centenar de manobos; los magnates de la tribu del bajo Agusan, vestidos de hermosos trajes con sus cabelleras y cuerpos pintados. Al llegar la comitiva a la residencia, mandóles el Padre subir a la sala y les hizo sentar, preguntóles por sus hijos, esposas y por los puntos donde moraban; prometió una visita a cada uno de los grupos, e hizo que se obsequiara a cada uno con una copa de vino, un tabaco y otras cosillas mientras la música y los habitantes de Butúan les saludaban y festejaban.

«Había entre ellos—escribe el P. Urios en 12 de abril de 1879 al P. Heras—famosísimos baganis que habían perpetrado durante su criminal conducta más de cien muertes cada uno; presentáronse muchos que no habían visto población alguna; entre otros un dato que se llamaba Mancajinlai y otro conocido con el nombre de Manjumugud: andaban entre sí en guerra, y eran el terror de la comarca, y se asesinaban los de ambas rancherías unos a otros a traición y con villanía; pero ni el uno ni el otro caudillo se presentó jamás con nobleza sobre el campo, para librar buena y ordenada batalla; ni respetaban tiernos niños ni débiles mujeres; antes al menor descuido encontrándose éstos en sus trabajos o en la pesca por los ríos, eran sorprendidos y acuchillados sin piedad, o esclavizados. Afortunadamente yo descubrí el estado de la cuestión de estos miserables, y encomendándome de corazón a Dios, quise arreglarles y hacerles hacer paces: al principio no querían entrar en razón y deseaba el uno a quien le habían muerto un hermano, vengarse: como se reunieron todos y nos oyeron, se interesaban para que el escándalo y crueldad terminara de una vez. Torné, pues, a insistir y no se podía arreglar nada, hasta que por fin se doblegaron con una razón al parecer trivial. Díjeles:—Vosotros sois desde hoy nuestros hijos; yo acabo de venir con ánimo de vivir y morir entre vosotros por vuestro bien; hay, pues, que celebrar mi llegada; conque demostrad vuestro cariño a vuestro Padre, uniéndoos todos para comenzar otra vez nueva era; si así no se cumple, vale más que yo me vuelva a donde estaba antes.—Padre Superior; esta fue la razón que acabó felizmente el negocio. Manjumugud por una parte y Mancajinlay por otra salieron de sus asientos: me levanté yo que tenía a la derecha al P. Pamies y a la izquierda a varios manobos de gran respeto entre ellos, y arrodillados a mis pies los dos enemigos irreconciliables, les di la bendición, teniendo ellos tomadas sus manos derechas; y yo con la vista clavada en el

techo como quien mira al cielo, a donde mandé mil secretos suspiros de gratitud. En este acto cien compañeros suyos que de admiración y alegría no respiraban, prorrumpieron en un grito de gozo, viendo que con el tratado de paz de estos dos bandoleros, comenzaban otra vida y otras garantías que aseguraban a la sombra del Padre sus personas y sus trabajos.

»Terminado el acto y conmovidos todos, desfilaron de sus asientos y volvieron a la casa tribunal y allí en fraternal amistad hacían sus comentarios, quedándonos nosotros en casa alabando al Dios de las alturas que había concedido la paz a aquel centenar de jefes de salvajes, que llevaban camino de exterminarse entre sí.» Hasta aquí el P. Urios.

La conquista del río Agusan corría parejas con la primitiva de la Corona de Castilla en aquellos países; y los manobos del Agusan y los mandayas del Pacífico, viendo el espíritu de abnegación, sacrificio y paciencia en los Padres misioneros, se entregaron a discreción a los heraldos del Santo Evangelio; y de esta suerte pusieron a los pies de Cristo aquellas almas hasta entonces abandonadas, y envolvieron y ampararon bajo los pliegues de la bandera española a aquellos hijos desde entonces tan queridos.

Cumplió el P. Urios la promesa que les hizo a los manobos de visitarles en sus respectivos lugares, demorando dos días en cada uno de los grupos que vivían escondidos en las riberas del caudaloso Agusan; y obtuvo que todos los datos que le habían hablado formaran pueblo en un solo punto, que denominó Las Nieves, distante una jornada corta de Butúan; su gobernadorcillo, llamado José Domingo, era manobo puro, y famoso asesino antes de someterse; mozo muy bien agestado, valiente hasta la temeridad, y oriundo de los montes que dividen este distrito del de Misamis.

A seis horas de distancia río arriba se encuentra el Ujut, que desagua en la orilla izquierda del Agusan; allí se formó el pueblo denominado Los Remedios, reuniéndose más de mil manobos con sus caciques, donde se construyeron mejores casas y edificios públicos que los de varios pueblos antiguos. Los datos eran cruelísimos y distaban tanto de nuestra religión, que casi la odiaban y no se les podía decir nada todavía de la preciosa margarita del bautismo, por temor de que cayera como la del Evangelio arrojada ante animales inmundos. Eran trabajadores y aunque los misioneros les iban poquito a poco instruyendo y regando sus inteligencias y corazones con sólida enseñanza, mostraban a lo mejor que eran hijos de la selva, donde regía la ley del más fuerte.

A este pueblo se siguió el de La Esperanza, organizado con los manobos de Uaua, Jauilian y otros muchos de los altos que levantaban allí sus casas, causando al Padre mil disgustos por terquedad en no querer juntarse.

Veneraban estos manobos como dios a una descomunal tinaja que, según decían, había sido señal de alianza entre butuanos e infieles del Uaua durante más de doscientos años. Descubrió primero el P. Urios en poder de quien estaba; luego la sacó de allí; más tarde la puso en el tribunal del pueblo, y esperaba últimamente que se reuniese la gente y saliese de sus nidos para romperla.

Otro grupo se formó en un sitio que llamó Guadalupe, donde se reunieron los manobos de Maasan, Tabason y Macupajon, nombrando por teniente de ellos al célebre Manjumugud; aunque este pueblo anduvo muy lentamente en su formación; porque cada uno quería dominar a los demás, y todos los caciques tenían súbditos cautivos de guerra y sus hijos desobedecían con facilidad al gobernadorcillo, por no reconocerle autoridad alguna, y sentían los datos entregar sus vasallos bajo el dominio del Padre y del gobernadorcillo.

Cuatro horas más arriba de Guadalupe, y junto a la confluencia del Agusan y Calisayan, formó el barrio de San Luis, anejo a Talacogon; tenía algo más de una cabecera y su caserío era mejor que el de los cristianos de su matriz.

En el río Simulao, en sólo once días bautizó el P. Urios a doscientos cincuenta y seis adultos, noventa párvulos y bendijo ciento seis casamientos; y fue a Bíslig, de donde se llevó a un tal Pablo, hijo del bagani Malingaán, y a su esposa Filomena, para que influyeran con él a fin de que no estorbara al Padre la reducción. El día 30 de abril, remontando el Simúlao, tuvo una entrevista con él, y en nombre de Dios y del Rey le hizo entregar sus súbditos con buen suceso.

Por Real decreto se deshizo La Reunión y se anexionó el pueblo de Ca-barbarán a Tubay en la boca del río de Jabonga, autorizándose dos pueblos civiles el de Bunauan y el de Talacogon con los arrinconados en las faldas del Magdiuata y en las orillas de San Juan de Suribao y Jí bong, constando con esto dicho pueblo de nueve cabecerías albergadas en chozas hasta que destruyesen sus casas definitivas.

El P. Peruga había dado principio a este trabajo en colaboración con el P. Bové y a los quince días de haber llegado el P. Urios tenían ya hecho el camarín, que sirvió de iglesia, con piso de tabla.

Más arriba de Talacogón había tres grupos de infieles en las orillas del Agusan, que se comunicaban por atajos con los monteses de las cercanías de Suribao, San Juan, Adlayan y Jí bong y vivían en los riachuelos de Lapuig, Cabanuas y Malíjao; reuniólos el Padre en un municipio y antes de que formasen pueblo ya los había trasladado a Talacogón, componiendo entre todos un total de sesenta matrimonios manobos y mandayas, y fueron colocados en barrio aparte, que intituló de los Mártires.



Trasladóse luego el P. Urios al alto Agusan, y con los mandayas diseminados en las orillas de este río y sus afluentes Batoto y Náboc y en los de los montes de la contracosta de Catéel, Caraga y Baganga, formó un pueblo en la confluencia del Batoto con el Agusan, que denominó Gandía; dotándole de municipio. Mucho le costó al misionero esta reducción; porque aquellos mandayas, por agravios mutuos, estaban siempre sobre las armas para defenderse de brascas acometidas de los infieles remontados de su misma tribu que vivían en las gargantas de los montes, sin querer entrar en paces con los de la cuenca del Agusan. Era, sin embargo, importante el pueblo de Gandía, porque fácilmente se podía comunicar desde él con Dávao, tanto por el Hijo como por el Sálug.

De Gandía se trasladó el Padre a la confluencia del Mánat con el Agusan, y habiendo levantado una tienda de campaña emprendió la formación de un nuevo pueblo con treinta familias, que denominó Moncayo; dándole por gobernadorcillo a Dagojoy; esperando que se le agregarían otros que al principio se negaron a reunirse a él. Sus habitantes eran valentones muy fanáticos en sus creencias, y los que figuraban, polígamos, y tan crueles que, por un «quítame allá esas pajas», se asesinaban unos a otros. Los manobos del Agusan les profesaban un miedo cerval; se dejaban estafar fácilmente por ellos y cuando los veían de mal talante les daban esclavos, para tenerlos contentos; se les consideraba como advenedizos y se les conocía con el nombre de Dibabaon, o de los altos. Unicamente los mandayas de Gandía les tenían a raya; pero cada reyerta que con ellos han tenido, ha causado muchas muertes y cautivos.

Y ni aun los mismos datos del Manatse respetaban entre sí, como lo demuestra el caso siguiente: Banqueteaban alegremente diez caciques en casa del capitán Dagojoy, días después de haberles visitado el P. Urios, formado municipio y escogido el lugar del futuro Moncayo; tomados del mosto, trataron con palabras descomedidas al capitán; y al querer éste corregirles, el teniente primero hecho un tigre desenvainó su cris en ademán de arrojarle furioso sobre Dagojoy; el cual cogió el bastón que tenía muy a mano, lo clavó en tierra y le dijo: «Acuchilla mi bastón de mando y déjame libre a mí, que no soy mío; si rompes el bastón, habrás cortado la cabeza a nuestro Padre que me lo dio, cuando me eligió gobernadorcillo.» Al oír estas palabras envainó el teniente su daga y fué; al llegar a su casa se sintió enfermo del cuello y por momentos se le levantó un tumor desde la oreja, por debajo de la mandíbula, hasta la misma garganta que cuando le visitó el P. Urios algunos días después pensó que moriría; quedó desde entonces la fe entre ellos, que Dios vengó la insubordinación hecha al capitán, a quien pidieron perdón todos los de la comilona,

incluso el herido, marcado con una gran cicatriz que no le permitía volver el cuello y contaba a todos lo sucedido. Dagojoy se bautizó con el nombre de Luis y dijo que ya que se bautizaba, había de ser cristiano de veras y con él se bautizaron en Moncayo y Gandía cerca de seiscientas personas.

Bajando el Agusan, como a dos horas de distancia de Moncayo, hállase a mano izquierda un pequeño afluente llamado Guinubutan. Junto a él se formó en una hermosa llanura el pueblo de Játiva, compuesto casi todo de manobos infieles; de los cuales bautizó el P. Urios un buen número; construyeron iglesia y convento, y esperaba que servirían de señuelo para atraer a los monteses de los ríos de Jaguimitan, Totoy, Languilaan, Magalibobo y otros; y que a su tiempo se construiría una carretera que fuese a parar al alto Baobo, desde donde es fácil pasar al Sálug y a Dávao. Celebraba el P. Urios la misa en Játiva casi al raso; oíanla los cristianos y un montés que puesto en cucullas le estaba observando de lejos con su lanza y rodela en la mano. Acabado el santo sacrificio se levantó, y vuelto a los suyos les dijo: «Hoy más que nunca creo en ese Padre, que nos viene arriba y abajo llamándonos a sus creencias; cuando estaba allí haciendo aquellas cosas, aunque otros le veían a él solo, yo veía a tres; dos con alas y el Padre en medio. ¡Qué resplandecientes estaban! Este montés se llamaba Igsoo. Tenía aterrada la comarca, y era fama que todas las muertes que había hecho eran en ley de manobos, con nobleza; se le atribuían seis asesinatos, y en cierta ocasión había puesto una señal a la entrada del río Totoy, que significaba pena de muerte al que pescara en él por espacio de un año. No accedió a levantar la prohibición sino después de largos razonamientos y de una buena paga. Cuando oyó la misa del P. Urios tenía preparados sesenta súbditos suyos para ir a guerrear tres grupos, que constaban de trescientas personas, que casi la mitad de ellas eran cristianas. Antes de celebrarla, había tenido el Padre una entrevista con él, sin que dejara sus armas, y no parecía sino que se lo había de comer; mas después de ella, era ya enteramente otro; trabajaba como los demás y prefería ocuparse en la construcción de la iglesia más que en la de su propia casa. Al recibir el santo bautismo, se le dio el nombre de Enrique y cuarenta horas después se fue derechamente al cielo, invocando a Dios en su última hora; y estando ya en este trance le dijo a su esposa, que le vistiese con el traje que le había dado el Padre al bautizarle, que puesto que era cristiano de alma y corazón, quería que los manobos viesan su cadáver vestido de lo que era; que le dijese al Padre que a no haberle sorprendido la muerte en la sementera y a no llover tanto, le hubiera llamado; que le diese un adiós en su nombre, que se iba al cielo, y que bautizase a sus cuatro hijos así que le hubiesen dado a él sepultura.

Enfrente del antiguo Maondo y a media jornada larga de Játiva, se levantó el pueblo de Patrocinio. El P. Peruga había hecho de Maondo un pueblecito cristiano que se fue a pique en un día y el motivo fue, porque el jefe de él, llamado Lambuyuc, había sido sorprendido en su casa por los baganis, que le cortaron la cabeza, dividiendo en dos partes el cuerpo de su pobre esposa y matando cuatro niños, llevándose cautivos a otros tantos y a una viuda pariente del desgraciado cacique. En tales circunstancias el P. Urios llegó a Bunauan, y habiéndosele presentado los ofendidos pidiendo justicia, rescató tres de los cuatro niños que fueron cautivados, dos de los cuales eran cristianos y uno manobo; con lo cual se fue olvidando el ultraje inferido y presentándose los remontados al Patrocinio, acrecentaron esta población, desde donde se abrió un camino que fuese a dar al río Bajayan y continuase hasta el pueblo de Tudela. Había en Patrocinio más de ciento cincuenta cristianos del Agusan, que sabían muy bien rezar y se presentaron al Padre sin recelo alguno.

A Butúan se le unieron las rancherías de San Vicente Ferrer y San Ignacio, formando dos barrios contiguos a la población.

Con tan favorables auspicios emprendió el P. Urios la reducción de los manobos, cercanos a Nasípit, visita de Butúan de pocas cabecerías, enclavada en su seno, y habiéndoles nombrado justicias y entregándoles sus varas; les dio inspector y maestros, intitulado al nuevo pueblo, La Concepción.

En el estero de Másao del antiguo Butúan, había muchísimos manobos que vivían de la pesca: autorizóles el Padre para formar el pueblo de Tolosa.

Constituídos ya los municipios de Las Nieves, La Esperanza, Guadalupe, Patrocinio, Játiva, Moncayo y Gandía; y agregados a Butúan, Nasípit y Bunauan los infieles de sus alrededores; pensó el P. Urios en extender la conquista por los afluentes del Agusan; mas como cada cacique quería formar pueblo independientemente de los demás y por otra parte el P. Heras había dado instrucciones a los misioneros de que formasen pocos y buenos pueblos; tuvo que luchar casi a brazo partido con los datos, para que se sujetasen a esta norma; porque en Argauan había tres grupos y todos formaban pueblo aparte: en Humayan eran siete los datos que querían vivir cada cual aparte; en el Simúlao seis reyezuelos se sometían a condición de que no se les había de separar de su primitiva morada. Con todo, como el Padre era hombre de grandes alientos y recursos, y poseía el manobo lo mismo que los naturales, logró fácilmente insinuarse en el corazón de los infieles; e instalándose en Bunauan, lo tomó como centro de sus operaciones apostólicas, y con tripulación cristiana de este pueblo y algunos hombres de mediana instrucción del mismo que llevó consigo, se dio a la vela, y en veintinueve días pudo obtener que

todos los datos más cercanos al pueblo de Bunauan, se unieran a él con sus súbditos, levantando allí sus casas; y a los que vivían lejos se les concedió que engrosaran el pueblo de Tudela, que se compuso de siete cabecerías; de las cuales tenía bautizadas seis y media en 1.º de noviembre de 1879. Cerca de dos mil cristianos nuevos estaban a la sazón distribuidos en las poblaciones que había formado; la mayoría, del Simúlao. En Humaya formó el pueblo de Loreto con más de setecientos manobos del río que, si se habían resistido al principio, cedieron después para huir de los monteses del Tagoloan, que en número de más de ciento cincuenta los acometieron, causándoles muchas víctimas y llevándose gran número de cautivos. A los dos días de haber ocurrido la matanza, se les presentó sin que ellos le esperasen el P. Urios; y con lágrimas y sollozos le recordaron lo que antes de la catástrofe les había aconsejado, de que se reuniesen todos en un solo punto. En el Argauan, visitados los infieles por los PP. Bové, Peruga y Pastells, habían formado tres grupos y los juntó el P. Urios en uno solo, dándoles el nombre de La Paz, por la octaviana que se obtuvo después de unidos.

A consecuencia de la visita que hizo dicho Padre a los manobos y mandayas del río de Suribao, se edificó a mediados de junio el pueblecito de Novelé, al que se agregaron muchos de la contracota pertenecientes a las ilayas de Loyola, Ginatúan y San Juan; y el día de San Francisco Javier les celebró la fiesta, puso campana y santo en su pequeña iglesia y al son del armonium les dijo misa, dejando más de cien cristianos al salir de él. El gobernadorcillo antes de su conversión había sido asesino y engañador; después de ella, se bautizó de corazón, confesó y comulgó con grande edificación, fue muy compasivo y generoso y llevó buen número de infieles, muy bien bautizados «in artículo mortis», al cielo.

Mas no se crea que todo fueran consuelos en aquella misión. El día 10 de agosto recibió el P. Heras cartas muy alarmantes del P. Urios en que le daba cuenta de que unas 30 familias nuevas-cristianas se habían escapado al monte por miedo a un bagani levantado en armas contra los misioneros y sus neófitos. Era éste el famoso Lingcuban y para humillarlo, fue menester que el Gobernador P. M. del distrito don Alberto Racaj saliese en su persecución con los soldados del tercio de Surigao. Era el pueblo de Lingcuban el mejor arreglado con más y mejores casas del Agusan; empero no sólo se negó este cacique a que el Padre predicase en él y a que sus vecinos recibiesen el santo bautismo; sino que además se lanzó a matar y a cautivar en las otras rancherías del bajo Agusan; por lo cual había sido reprendido repetidas veces por el P. Urios y le había quitado el bastón de mando, dándoselo a otro: y éste fue el motivo que tuvo



para levantar el campo con sus sáopes y enviar emisarios a todas las rancherías, invitándolas al alzamiento; amenazándolas, si no secundaban sus planes. Tres o cuatro de éstas se remontaron, aunque después volvieron, merced a las palabras del misionero o de sus comisionados. Lingcuban, sin embargo, se mantuvo internado en los bosques y por más recados que se le mandaron y por más que fue a hablarle el P. Urios con diferentes principales de Butúan, jamás quiso volver a su pueblo, antes desahogó su ira con nuevos asesinatos entre infieles ya reducidos, aunque no bautizados, llevando su osadía hasta pretender que el Padre le pagase cien pesos y otros cien los butuanos por indemnización de guerra.

Enterado de todo el Sr. Gobernador le había enviado a decir que viviese en paz y no diese lugar a que mandase tropa contra él; empero Lingcuban, despreciando este aviso, obligó al Gobernador a salir en busca de él, porque ya no era posible sufrirle por más tiempo; y el día 8 de octubre se presentó en Ujut con alguna fuerza del tercio; subió el río y estando ya cerca del punto donde se hallaba remontado Lingcuban; sorprendió un baroto en donde iba el espía de más confianza del bagani. Su arráez era el nuevo cristiano Luis que con su gente había seguido a Lingcuban. Puestos a buen recaudo los espías, juzgó el Gobernador que debía dejar el río y meterse en el bosque para darle el albazo antes de amanecer. Sirvióle de guía un esclavo del capitán de Guadalupe; mas como llegaron frente a la casa después de amanecido, vieron los de ella a los soldados y echaron a correr Lingcuban, dos de sus hermanos y Mancajinlay. Los demás, en número de 42 personas, fueron presos y conducidos a la cabecera; y las mujeres, una de las cuales era la esposa de Lingcuban, quedaron bajo la custodia del gobernadorcillo de Butúan.

Entre los presos se hallaba algún hermano de Lingcuban, y un hijo y dos hermanos de Mancahinlay. Este manobo vivía antes en los montes de Pusílao, cerca de Tagoloan, y a invitación del P. Luengo se vino al Agusan con toda su gente; y como era hombre de carácter se había pensado en nombrarle aquel año capitán del pueblo de La Esperanza y regalarle un bastón de mando que se debía trabajar en Surigao. Contaron los indios expedicionarios, que mientras ellos abrían el camino del bosque, tocaban las bailanas el guímbao o tambor, en casa de Lingcuban, y que toda la noche la pasaron ofreciendo un sacrificio al diuata, comiendo y bebiendo, como preparativo para la guerra que debían emprender la misma mañana en que fueron sorprendidos; y que Lingcuban, con la corona en la frente, la lanza en la diestra y el escudo en la siniestra, arengaba a sus vasallos esforzándoles y diciéndoles que con aquella lanza era invencible y les conduciría a la victoria. En aquel mismo instante

se aperció de que le iba cercando la tropa y dando un grito de sorpresa se descolgó por la escalera, huyendo precipitadamente.

Lo poco que hallaron en la casa del bagani lo dio el Gobernador a sus acompañantes, especialmente al capitán José de Guadalupe, reservándose únicamente para sí las armas y la corona del bagani; y el 21 de noviembre de 1880 envió quince soldados y un alférez al bajo Agusan, para vigilar los movimientos de Lingcuban y capturarlo cuando se ofreciese ocasión propicia para ello, y lo mismo dejó encargado al gobernadorcillo de Butúan. Dicho bagani anduvo errante por aquellos montes, acompañado de Lictuban e Ingay, hermanos y baganis, y algunos de sus súbditos se presentaron al pueblo de Remedios. Remitióseles al de La Esperanza, colocado a la vista del Ujut en la barra de Jauilán, donde se habían situado los manobos de los ríos Uaua, Nato y Jauilán, después de haberse escapado como todos los del bajo Agusan por las amenazas de Lingcuban, el cual se había atrevido a incendiar los edificios públicos de La Esperanza, y éste fue el motivo por que se les obligó a ir a los de Remedios, para que reconstruyesen y reforzasen la población.

Pereció por fin Lingcuban, partida la cabeza de un garrotazo que le dio un pariente suyo llamado Ságud, que la presentó en Butúan, donde estuvo expuesta a las miradas de los curiosos, y el antropólogo Sr. Montano hizo estudios sobre ella, y alcanzó luego del Gobernador llevársela a Europa.

A pesar de tantas contradicciones bautizó el P. Urios en las Nieves durante el 13, 14 y 15 de noviembre de aquel año, 382 manobos y bendijo 80 matrimonios; el 19 confirió en Guadalupe 168 bautismos y asistió a 24 matrimonios; en Amparo sacó a los manobos guerreros de los escondrijos de Maasan y Macupajon, bautizando unos 250, casándose 25 parejas cristianamente después de bautizados; en San Luis, ingresaron por su medio en el redil de Jesucristo 77 cristianos y tuvo 11 casamientos; en suma: vivían ya en sociedad en el Agusan 5,129 cristianos nuevos, distribuidos entre los pueblos de Las Nieves, Tolosa, La Esperanza, Guadalupe, Amparo, San Luis, Tudela, Sagunto, La Paz, Loreto, Patrocinio y Játiva; a más de los que se habían unido a los pueblos viejos de Tubay, Nasípit, Butúan, Talacogon y Bunauan.

Cerróse este año de 1880 con 6,055 bautismos, fuera de 600 ó 700 del alto Agusan.



---

## CAPÍTULO XXV

Visita del P. Heras al Río Grande.—Tratado del Sultán de Tumbao con España.—Sube el Padre al pico Cogonal.—Ministerios en Cotabato.—Excursiones del P. Juanmartí a los tirurayes del interior e infieles de la costa hasta Glan.—Trasládase definitivamente a Tamontaca y pasa el P. Beá a Cotabato.—Nuevo empuje dado a la misión.—Accidente desgraciado de que es víctima la M. Braulia.—Óptimas condiciones de la cuenca del Pulañgui para la colonización.—Fallecimiento del Sultán de Cotabato y toma de posesión del nuevo.—Trágico suceso en Tamontaca.

EN 1877 subió el R. P. Superior de la misión, Juan Heras, por el brazo Sur del Delta del Río Grande con el P. Beá, visitando de paso las rancherías de moros y destacamentos de los soldados españoles. Fueron muy obsequiados por el Sultán de Tumbao, quien les mostró el acta original de su tratado con España, celebrado en tiempo del Capitán General don Fernando Norzagaray y del Comandante General de Mindanao, Gobernador de Zamboanga, don García Ruiz, siendo testigos acompañados José Domingo López y Fernando Fernández de Córdoba,<sup>4</sup> que traducido del moro por el intérprete del Gobierno de Mindanao, Alejo Alvarez, estaba concebido en estos términos:

«Hay un sello que dice: Gobierno P. y M. de Zamboanga. En la sultanía de Tumbao, en el Río Grande de Mindanao a catorce días del mes de junio del año de la era cristiana, mil ochocientos cincuenta y siete, veintiún días de la luna saual según la egira mahometana; reunidos de una parte el señor coronel de caballería, don José García y Ruiz, Gobernador de Zamboanga, y Comandante General de Mindanao, Basilan y Sámal, en representación, y autorizado competentemente por el Excmo. Sr. Capitán General de Filipinas, don Fernando Norzagaray, para tener conferencias con los sultanes y datos de este territorio, que tiendan a conseguir su sumisión a S. M. la Reina de las Españas Doña Isabel II, sin cerrar ningún contrato hasta su superior aprobación,

y acompañado de los señores don Fernando Fernández de Córdoba, Comandante del Cuerpo de Ingenieros del Sur y del Teniente de navío de la Marina Real; don José Domingo López, Comandante de la Estación de Fuerzas Sútiles de Polloc; presente también el intérprete por S. M. de Zamboanga don Alejo Alvarez. Y de otro lado el M. E. Sultán de Tumbao, Cabuntalan, Mamig, los Datos Gogo-Ataláging, Manhúrang, Búting, Pálut, Patúang, Apipiúan, Amayara, heredero del Sultán Dris, Mamó; presentes también el Secretario del Sultán, Mitutg-Itug, Saigut; los Jefes de la Religión, Panditas Tuang, Iman, Iman-Jatic y varios principales de Tumbao y sus inmediaciones. Se tuvo una extensa conferencia que fue interpretada por don Alejo Alvarez acerca de los medios que parecieron más conformes a una y otra parte, a fin de llegar a conseguir una amistad sincera y duradera; y en último estado los moros presentaron las siguientes capitulaciones:

Primera.—Sabemos por tradición que desde la toma y posesión de Zamboanga, en el año de la era cristiana 1635, y desde otras épocas más recientes han asistido españoles en nuestras tierras y que es constante el derecho de su señoría y propiedad de ellas, y de toda la isla de Mindanao, de los muy excelsos y poderosos señores Reyes de España.

Segunda.—En consecuencia de esta declaración confesamos ser y deseamos ser bien y fielmente para siempre jamás súbditos de la Reina nuestra señora Doña Isabel II y de toda su dinastía; y la juramos fidelidad y pleno homenaje en el acto según nuestro rito mahometano, no sólo por Nos sino también en nombre de nuestros hijos y descendientes.

Tercera.—Pedimos a S. M. y a la Autoridad del Excmo. Sr. Capitán General D. Fernando Norzagaray, que a su nombre gobierna las islas Filipinas, nos dé su pabellón nacional, su protección y amparo, conservándonos nuestras propiedades, mujeres, costumbres y jerarquías mahometanas, que venimos disfrutando desde muy antiguo.

Cuarta.—Deseamos que vengan españoles y tropa a situarse, comerciar y abrir terrenos hoy incultos en el territorio que hoy poseemos, a quienes daremos toda nuestra amistad y protección contra cualquiera de nuestros dependientes, que descarriados de sus deberes pretenda ofenderlos.

Quinta.—Obedeceremos a las autoridades españolas que se nos constituyan.

Sexta.—Queremos que los delitos que se cometan entre cristianos y moros sean unos y otros castigados por las leyes generales de los españoles; mas las en que haya sólo moros, que los juzguemos nosotros conforme a nuestras costumbres, hasta que andando el tiempo conozcamos la bondad de las leyes españolas, en cuyo caso podrá variarse esta condición.



Séptima.—Cuando el territorio esté en completo cultivo, que se podrá conseguir de aquí a diez años, pagaremos las cuotas a España que nos correspondan como los indígenas y como los demás cultivadores y comerciantes que vengan entre nosotros.

Octava.—Nos obligamos de la manera más solemne a no hacer contratos ni capitulaciones nuevas con ninguna otra nación extranjera, aunque sea en materia de comercio, sin el consentimiento de nuestros Reyes y señores los de España o de su lugarteniente en Filipinas; y si lo contrario hiciéramos, pedimos ser castigados como rebeldes. En el caso de una invasión extranjera en nuestra tierra nos resistiremos auxiliados por nuestros hermanos los españoles. El Comandante General Gobernador de Zamboanga D. José García Ruíz reconoce cuanto puede como buenas y aceptables las anteriores bases de sumisión, fraternidad y obediencia, y consulta una definitiva resolución al Excmo. Sr. Capitán General D. Fernando Norzagaray, cuyas órdenes serán comunicadas textualmente a los jefes mahometanos y hasta entonces no tendrán fuerza ni vigor estas condiciones.

Así lo dijeron ambas partes, sellando el Sultán y firmando el que supo, haciéndolo el Comandante General, el Comandante de Ingenieros, el Comandante de las falúas, el intérprete del Gobierno.—Hay un sello en árabe y la firma en árabe.—*José García Ruíz, José Domingo López, Fernando Fernández de Córdoba.* Intérprete, *Alejo Alvarez.*—Hay unos signos árabes.»

Durmieron los PP. Heras y Beá en el destacamento de Tumbao situado en el vértice del Delta.

El día de San Estanislao emprendió el R. P. Superior la marcha hacia el pico Cogonal con los HH. Pérez y Costa, navegando por el brazo Sur del Río Grande y por la playa hasta la falda de dicho monte, tomaron un moro por guía y fiados en él, subieron; mas al llegar al cogonal caía un sol abrasador, cubriéndoles la hierba en casi todas partes; y con gran trabajo llegaron el mediodía a la cima del monte, dando por bien empleadas sus fatigas a trueque del bellísimo panorama que ante sus ojos en todo el horizonte visible se desplegaba. A lo largo de la costa del Sur se divisaban los montes de los tirurayes; al E. se desarrollaba la dilatada llanura del Pulañgui, o Río Grande, hasta la elevada cordillera del monte Apo; al N. se destacaban los montes del Agusan, Cagayán y Dávao, y al O. se espaciaba el mar hasta la famosa punta Flechas; en suma, se extendía la vista por la mayor y mejor parte de Mindanao, sin que obstáculo alguno se lo estorbara.

Si difícil fue la subida por aquel pintoresco monte, más lo fue todavía la bajada; porque, ahogados por el ardiente sol del mediodía, y el cogonal que

parecía despedir de sí llamas de fuego; apenas pudieron llegar a una casa de infieles, en donde a fuerza de agua lograron refrescarse. Al llegar a la playa y metidos ya en su banca, viéronse rodeados de moros y moras, chicos y grandes que acudieron a despedirlos: diéronse a la vela; mas un fuerte oleaje inundó la embarcación dejándoles enteramente mojados; llegaron con todo a Tamontaca al anochecer, descansados, como si hubieran pasado un delicioso día de campo.

Hubo en Cotabato este año veinte confesiones generales, quinientas cuarenta y siete particulares, seiscientas ochenta y cinco comuniones, noventa y una visitas al hospital, veintiocho a enfermos particulares y cinco a los presos de la cárcel.

Por febrero de 1878 recorrió de nuevo el P. Beá los destacamentos del Río Grande, celebrando en cada uno de ellos el santo sacrificio de la Misa; visitó al Sultán de Tumbao, quien le devolvió con su hijo a los pocos días la visita en Tamontaca.

El 23 de mayo hizo el P. Juanmartí otra excursión de seis días desde Libungan a los tirurayes hasta el mar. El primer día pernoctó en la ranchería de Ulangu, cuyo cabeza era Ulubalan, donde se reunieron siete u ocho familias. El 24 anduvo durante un par de horas por el cauce del río Surrán de bastante agua, mucha corriente y grandes piedras; trepó por un monte muy pendiente y hallaron dos o tres familias en una casa donde los niños y niñas mostraron grande afición a rezar; dirigióse a la ranchería de Cafili y al verles una pobre anciana se azoró creyendo fuesen asesinos y se puso a gritar pidiendo auxilio. Cuanto más le decía su marido que no temiese, tanto más ella gritaba hasta que les hizo bajar el Padre y fueron juntos hacia donde estaba la gente prevenida, lanzas en ristre, dispuesta a acometerles; mas al ver al Padre se alegraron no poco y se enojaron con la mujer porque había gritado. Reuniéronse luego más de sesenta personas entre niños y grandes y tanto el dato como la gente mostraron muy buena voluntad. Renunciando visitar la ranchería de Mancap pasaron la noche dentro del bosque al lado de una grande hoguera, extenuados de cansancio y sed. Un viejo tiruray salió con un tizón encendido en la mano y no tardó en regresar cargado de un haz de palos llenos de agua muy rica y fresca. Puestos en marcha al amanecer llegaron en una hora a la ranchería de Cabsaba, y atravesando grandes cogonales descubrieron varias rancherías, y, a lo lejos, divisaron el mar. Llegados al río Safitan, el viejo tiruray que les servía de guía hasta aquel punto, se bañó para refrescarse y dirigiéndose luego al Padre, como quien quería tratar asunto de vital interés, le dijo: «Yo seguro como tú ir al cielo, porque lo que tengo lo doy al que me lo

pide, no tengo mal corazón con otro; robar ni un tantico; cosa más falta hacer? *tino fatutrigena?*»

Después de un rato de silencio, le respondió el Padre: «Mira, lo que ahora te falta es bautizarte».—«¿Cómo aprender yo viejo?»—«No temas, vente a Tamontaca y en dos o tres semanas puedes aprender y bautizarte». Convino en ir, y preguntándole el Padre en qué día, le dijo: «Yo iré, pero no puedo señalar el día, no sea que falte a la promesa». Con esta determinación se separaron del buen viejo para meterse en los grandes cogonales, que miran hacia el mar, en la parte de Tebuán, por los cuales habían cruzado tiempo atrás el P. Pascual Barrado, el H. Belzunce y el señor Ortuoste acompañados de tropa y bagajes; y pasaron la noche en la ranchería de Clemiec, donde les hospedó el dato Mabolo, pariente del bandar de Tamontaca.

Vadeado el río Matábar, hondo, de mucha corriente, con muchos saltos y una hermosa cascada en que se ve siempre cuando da el sol el arco iris; al poco tiempo atravesaron otro más pequeño, afluente del primero, de buenas y frescas aguas con mucho arbolado, donde se entretuvieron un rato los tirurayes disparando flechas con certera puntería. Cerca de allí estaba la ranchería de Cadla cuyo jefe era el Masalicampo. Pasaron por sus sementeras y vieron muy buenas plantaciones de tabaco tan bueno como el mejor de Cagayán. Metidos de nuevo en cogonales, les acecharon de lejos varios tirurayes con sus flechas preparadas; mas luego que oyeron la voz de sus paisanos y vieron al Padre depusieron las armas y se acercaron a la comitiva. Subió éste a la primera casita a donde fueron a saludarle el hijo del dato Hueta Siling, tiruray, y un moro en nombre de su dato; y emprendida de nuevo la marcha después de muchas subidas y bajadas, barrancos y colinas, llegaron a la choza de Uata, en la cual durmió el misionero; los demás pasaron la noche en el bantay de la sementera que sirve de atalaya para ahuyentar a los monos. Al día siguiente se dirigieron a una ranchería de moros que les recibieron muy bien. Sentado el Padre a la orilla del mar acudió a él toda la ranchería; trajéronle muchos plátanos pidiendo en cambio medicinas. Por fortuna llevaba el Padre una cajita de píldoras de Montserrat y se las distribuyó con unas cuantas agujas que para ellos valían más que para los españoles las perlas. Por fin, de Tebuán volvieron por mar a Tamontaca en una embarcación que les ofreció el dato Nandín.

Por febrero de 1878 había también practicado el P. Juanmartí otro viaje de 50 millas por mar, desde la desembocadura del brazo Sur del Río Grande hasta Resá, cerca de la ensenada de Linao, sin poder llegar al término de la parte de la costa habitada por los tirurayes; porque las condiciones de la frágil

vinta en que iba embarcado y el mar abierto al SO. no se lo permitieron. Ofreciósele repetir y prolongar este viaje por febrero de 1879 a invitación de los señores comandantes de la goleta *Animosa* y del cañonero *Manileño*, señores Ribera y don Luis Angosto, tratándole ambos con exquisita amabilidad y cortesía. Salió, en efecto, del puerto de Polloc con rumbo a Sarangani el 3 de dicho mes y al caer de la tarde del mismo día fondearon en el hermoso puerto de Lebak descubierto por el Sr. Angosto, tan benemérito por sus trabajos hidrográficos como por las excelentes relaciones que supo siempre conservar con los moros en honra de la bandera española. Desde las ensenadas de Linao y Mati hasta el citado puerto, se ven espaciosas llanuras cruzadas por los ríos Tranmaslá y Tranpadidú, sumamente poblados, y en la parte alta moraban los tirurayes, corriéndose por los montes hasta Talayan y Tamontaca. Seguían los moros bangal-bangal y los dulanganes infieles monteses, de costumbres bárbaras y salvajes, errantes y desnudos, que se cobijaban en los troncos de los árboles donde constituían sus viviendas. Sus armas eran flechas envenenadas que disparaban certeramente por entre los árboles cuando guerreaban con otros monteses y, una misión establecida entre ellos en Cran o Linao, podría comunicarse con la que se estableciese en la zona que recorren los ríos Tebuán y Matábar, y hubiera venido a ser como el lazo de unión de la de Tamontaca. Después del seno de Lebak sigue la ensenada de Tuna y las regiones bañadas por los ríos de Tuna, Kulut, Cran, Narcan, etcétera; frente de este último fondearon y pasaron la segunda noche del viaje. Saltaron en tierra y comunicaron con los manobos de la comarca. El joven en que se fijó el P. Juanmartí era de esbelta talla, facciones agradables, color oscuro y condición afable; llevaba los pulpejos de las orejas taladrados y sujetos sus agujeros con aros; pendía de su cuello una gran sarta de abalorios y otra de dientes de animales parecidos a los monos que se criaban en los montes, y eran de tanta estima que sólo la usaban los de familias distinguidas.

Los moros poblaban la costa de esta comarca y el interior los manobos; veíanse muchos desmontes en los altos; numerosos ríos surcaban y descendían de sus montes y quebradas, los terrenos playeros eran bellísimos. Aquella dilatada comarca, de más de veinte leguas, pedía nueva misión para la reducción de los manobos, que eran dóciles, de condición apacible y bien dispuestos para recibir la luz del santo Evangelio.

Otro centro de misión podía establecerse desde Punta Maguli hasta la bahía de Sarangani, en una extensión de más de veinte leguas de costa, habitada por moros sanguiles, y tierra adentro por manobos y tagabelíes, de fácil reducción. Riegan aquellas grandes vertientes y llanuras, muchos ríos como el



Búcad, Batangan, Tuguis, Bual, etc.; es tierra fértil y de vegetación exuberante y sus llanos, montes y laderas están cubiertos de espeso arbolado. No es así la costa metida en la bahía de Sarangani, que desde la boca al fondo medirá cerca de cinco leguas; porque su vegetación es raquífica, la tierra árida, de pocos arbustos, y como dos o tres leguas tierra adentro del fondo de la bahía, yergue su tostada frente el Matutún, volcán de forma cónica, aislado de los demás montes, la cima del cual se halla elevada a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, según medida calculada por ángulos por el señor Ribera. Examinada la tierra en Mulut por el P. Juanmartí, vio que estaba formada de capas de arena y tierra caliza y que en la parte inferior donde no llegan los rayos del sol ni el riego de las lluvias forma como una masa compacta impermeable, parecida a la dura argamasa, por donde no pueden penetrar las raíces de las plantas; y esta es la razón de la esterilidad y falta de vegetación del suelo. Los tagabelíes pueblan esta comarca hasta el apagado volcán donde empiezan los bilanes, tribu la más numerosa, que se extienden por los altos y vertientes que miran a la bahía, corriéndose por el E. hacia Dávao y por el N. y O. hasta Bohayan, Bacad, etc., poblando los montes que arrancan de las llanuras del Pulañgui. —«Qué bien estaría una misión (exclamaba el Padre Juanmartí) dentro de esta gran cuenca, que colocada en Bohayan que es el mejor punto, o en Lun, podría comunicarse con Dávao, que viene a su NE. y con los muchos miles de bilanes que pueblan aquellos montes.»

Otra misión deseaba también el Padre que se estableciese en el puerto de Glan, ocupado entonces por la marina, donde había muy buen río, y muchos infieles bilanes en la cercanía. Tres días permaneció la *Animosa* fondeada en Glan, que aprovecharon los oficiales en sondar y levantar el plano de gran parte de este puerto que, lo mismo que el de Lebak, sirvió más tarde de abrigo a los vapores correos y demás buques que surcaron aquellos mares en tiempos duros del NE. y SO.

Uno de los objetos del viaje de la *Animosa* y del *Manileño* a Sarangani fue el de inquirir el paradero de dos marineros de la goletilla *Nena* cautivados por los moros. Merced a las activas diligencias practicadas por el Sr. Ribera y a las buenas relaciones del señor Angosto pudieron adquirir noticias ciertas sobre ellos.

Resolvió el Sr. Ribera encomendar este asunto al sultán de Cotabato, «quien lo tomó tan de veras, dice el P. Juanmartí, que despachó en seguida una embarcación con su gente, con este encargo expresivo y lacónico: «Id a buscar a los dos cautivos cristianos a las costas de Kalipan (entre Lebak y Cran) y no paréis hasta encontrarlos; no volváis sin ellos, y si no os los entre-

gan, traed la cabeza del dato que los cautivó.» Con tan eficaces razones no podían menos de salir con la empresa. Hallaron que el uno había muerto cuando el hambre les afligió el año anterior y vinieron con el otro que el dato les entregó sin hacerse de rogar.»

A fines de febrero del mismo año bendijo este Padre en Tamontaca seis matrimonios de libertos y libertas, siendo sus padrinos el Sr. Gobernador don José Urbano, el jefe del regimiento señor Montaner y su comandante; los señores Vasco y Angosto, comandantes del *Arayat* y del *Manileño*, y otro español, con sus señoras, aunque ausentes las últimas. Contaba el establecimiento en esta fecha después de estos casamientos con 70 niños y 45 niñas.

Después de un año de permanencia en Cotabato, observando el P. Juanmartí que, por el crecido número de niños de ambos sexos, se hacía más necesaria su presencia en los establecimientos de Tamontaca para dar vida, empuje y organización a aquella naciente colonia, se trasladó a ella y escribió un reglamento que sirviese de norma para el régimen interior y exterior del Orfanotrofio; pasando a suplirle en Cotabato el P. Ramón Beá. Estaba situada la casa-misión en la orilla izquierda del estero de Panhalamatan: fue preciso añadirle un martillo para habitación de los niños y levantar otro edificio de materiales ligeros para las niñas. Mas como estas obras, lo mismo que la calzada de casas de cristianos tirurayes, que llegaba desde el estero hasta cerca del río, se inundasen con las mareas; estudiando el terreno con más detención, vio el P. Juanmartí que en la orilla derecha del río había una faja de tierra alta de unos 200 metros de anchura, que se extendía desde el estero de Lauan hasta muy arriba. Entonces fue cuando concibió la idea de trasladar los establecimientos y levantar la población que se iba formando con los tirurayes cristianos y los matrimonios de libertos a dicho punto, y levantar allí la población. A este fin mandó desmontar terrenos hacia aquel punto para formar la sementera de los establecimientos, y con los niños, bajo la dirección de los Hermanos, y las niñas bajo la de las Madres, se realizó felizmente esta obra.

Emprendióse al propio tiempo un corte de maderas en los vecinos montes con los libertos mayores del establecimiento y algunos disciplinarios y tirurayes.

Escogió el lugar más a propósito junto al río para el emplazamiento de los edificios que se habían de levantar, de suerte que la casa de los Padres, unida por un puente a la de los niños, distase sólo sesenta metros del río, mirando hacia el SSE.; comunicando con la iglesia por otro puente. Y a unos cuarenta metros de la otra banda de la iglesia se levantó la casa de las niñas, que fue el

primer establecimiento que se construyó; y, apenas techado, sirvió de camarín de carpintería y para preservar de la intemperie los materiales de construcción que se iban acumulando.

Para la formación de sementeras de palay ayudó muchísimo el H. Viñolas que, a más de ser excelente religioso, era muy inteligente y activo. Con su industria aprendieron los niños mayores a manejar el arado con carabaos mansos del establecimiento y preparaban la tierra, mientras que los medianos y las niñas hacían las plantaciones de palay y lo cortaban a su debido tiempo.

En mayo de 1878, le ocurrió al P. Juanmartí un grave suceso que puso a riesgo su vida, porque habiendo salido el H. Viñolas a dar una vuelta por la sementera se halló con un moro que conducía un carabao. Al verle el Hermano entró en sospechas de si lo había robado y así se lo manifestó. Hizo mil protestas el moro de que lo había comprado a otro de su raza, a quien nombró; replicóle el Hermano que para evitar compromisos dejase allí el carabao que él lo guardaría, y que si al día siguiente volviese con el que se lo había vendido; comprobada la verdad, se lo llevaría. Convino en ello el moro, y el Hermano depositó el carabao. A la mañana siguiente llegaron, en efecto, siguiendo las huellas del carabao, sus propios dueños; envióles el P. Juanmartí al destacamento para dar cuenta del hecho al comandante, quien se presentó al instante en el convento. Habiendo llegado en una banquita el que lo había robado, el supuesto vendedor y algún otro, se dirigió a ellos el P. Juanmartí declarándoles lo sucedido, y al verse descubiertos intentaron hacer una de las suyas, lo que conocieron al instante el señor comandante y el H. Viñolas, que lo observaban desde una ventana, sin que el Padre se diera cuenta del peligro que corría, antes les iba haciendo broma al ver que se ceñían los moros el *anting-anting* o amuleto con que se creían invulnerables; hasta que el comandante dijo: «Hermano, traiga usted aquello», y comprendiéndolo, bajó disparado con un fusil que tenía a mano, cuando el moro ponía ya la suya al cris para acometer al Padre; pero al ver el fusil se escabulló corriendo por la sementera donde se hallaban las niñas trabajando, vigiladas por la Madre Braulia. Iba a dispararle el comandante cuando el Padre se lo impidió; mas el moro con el cris en la mano pasó cerca de la Madre, que estaba sentada en un senderito y descargó sobre ella su terrible arma con intención de cortarle la cabeza; mas al ver la actitud del moro se agachó la Madre cayendo el cris sobre la espalda, causándole una herida de más de un palmo de largo. Al llegar el Padre, el Hermano y el señor comandante para socorrerla, la hallaron bañada en sangre. Afortunadamente no murió, pero le costó mucho el sanar de la herida.

La intención del moro, según declaró él mismo después al intérprete don

Fermín Ortuoste, que le reconvino por ello, fue la de matar al teniente y al P. Juanmartí, porque decía: «Yo tenía gran vergüenza de que me llevaran delante del teniente y quería deshacerme de él y del Padre.»

Este escribió inmediatamente lo ocurrido al Sultán de Mindanao y al dato Mamíngtang, quien hizo prender la misma noche al criminal y al día siguiente lo remitía al Sultán, presentándole antes al Comandante del destacamento de Tamontaca y después de algún tiempo se lo remitió el Sultán a Mamíngtang, quien le hizo decapitar en un día de mercado de moros, para público escarmiento; dando un bando en que decía que así sería tratado cualquiera que hiriese a un cristiano. La Madre herida, luego que hubo convalecido, cuidó de las niñas sin ocurrirle la menor idea de abandonar su puesto.

En otra ocasión y casi en el mismo sitio, estuvo el P. Juanmartí muy próximo a perecer víctima de la fiera de un carabao que acababan de comprar, creyéndolo manso, siendo cimarrón. Estaba amarrado el feroz animal cuando pasó el P. Juanmartí en dirección a la sementera y le acometió, rompiendo la cuerda con que estaba sujeto. Tuvo tiempo el Padre para refugiarse detrás de un tronco, donde pudo defenderse de las varias acometidas que le dio, hasta que acudieron los Hermanos y lograron apartarlo de allí y sujetarlo.

Dio el P. Juanmartí a la naciente colonia grande impulso. Hizo acopio de carabaos para los trabajos de sementera, y de caraballas para que se formase una manada con las crías; puso también manada de vacas para proveer de carne a los establecimientos y vender algunas en su beneficio.

Les proporcionó una hermosa sementera de palay, que estuviera a mano, y de suficiente capacidad para producir en años normales y sin contratiempos, dos mil cabanes de palay, con lo que había de sobra para todas las necesidades de la casa. Los terrenos situados entre el antiguo y el nuevo establecimiento, que eran de muy buena calidad y apropiados para este cultivo, aunque muy desiguales, con altos y bajos, sin contar algunas lagunitas y canales propios de tierra anegadiza; poco a poco y con la constancia e inteligencia de los Hermanos que sucesivamente tuvieron cargo de la sementera, se fueron arreglando de manera que quedó perfectamente igualada, cegados los canales y lagunas, y allanadas las alturas, que podían regarse perfectamente con las crecidas del río, producidas por las mareas vivas de los novilunios y plenilunios, dos veces al día (1).

---

(1) Véanse los apuntes biográficos que el P. Guillermo Bennasar nos dejó del P. Jacinto Juanmartí.



El distrito de Cotabato reunía condiciones materiales excelentísimas para realizar en él un bello ideal de colonización, a haberse logrado superar las dificultades que opusieron los maguindánaos que poblaban el bajo Pulañgui. En la cuenca feracísima de este río donde podían haberse explotado riquezas incomparables; se habían cumplido ya casi veinte años de dominación española y obtenido pocos adelantos; porque fuera de los destacamentos esparcidos en el Delta, en ninguna parte se veía un hogar ni un campo de colonos españoles cultivado. Enviáronse, es verdad, algunos deportados; mas, como iban sueltos y vivían aislados, abandonados a su propia iniciativa, sin plan, ni régimen, familia, ni organización alguna; con tan menguados elementos no se pudo realizar colonia alguna. Lo único que ofrecía esperanzas para el porvenir era el establecimiento de libertos de Tamontaca. Si éstos se hubiesen multiplicado bajo el mismo molde, o se hubiesen establecido junto a destacamentos coloniales, con soldados pertenecientes a regimientos fijos, pudiendo libremente contraer matrimonio, para convertirlos en labradores que supiesen defender su propiedad, manejando con una mano el arado y con la otra el fusil; de otra mejor manera se hubiera desarrollado la agricultura, el comercio y la industria en el mejor distrito de Mindanao. Empero, no habiéndose acertado en su realización; antes que se iniciara el período progresivo del desarrollo colonial se apoderó la apatía, calma y pasividad de los elementos allí enviados, que degeneró luego en consunción y aniquilamiento.

No cabe duda que si se hubieran utilizado en grande escala las condiciones favorables de la cuenca del Río Grande de Mindanao y desarrollado en ella un sistema de colonización sólido y permanente en armonía con el plan moral y religioso adoptado por los misioneros de la Compañía de Jesús, hubiera producido el apetecido resultado; porque fácilmente se hubiera explotado la fertilidad del suelo en las extensas llanuras de uno y otro lado de dicho río en un trayecto de veinte leguas de largo por dos de ancho, por medio de arrozales, aprovechando las mareas; con lo cual se hubiera podido proveer con doble abundantísima cosecha todos los años a los habitantes de varias provincias del Archipiélago, y hacer eficaz competencia a Saigón. Hubiérase también fomentado el cultivo del café que puede muy bien producir cada año este en distrito millares de picos (1) y exportarlo de Cotabato y Polloc como solía el de la laguna de Malanao exportarse de Lalabúan, a cuyo mercado afluían los comerciantes chinos, realizando todos los años magníficas transacciones y negocios. Y si a esto añadimos la cosecha de cacao, que se produce en la sultanía de

---

(1) Cada pico son cinco arrobas y media.

Bohayan y a las orillas del Pulañgui y el tabaco que pudieran haber cultivado en grande escala los tirurayes, la caña azúcar, la copra, el algodón y la gutapercha; con tantos y tales elementos, bien esperarse pudiera un excelente porvenir agrícola, comercial e industrial para el referido distrito.

Otra ventaja era la facilidad de comunicaciones que pudiera sostenerse por vías fluviales con los puntos más lejanos; por dilatadas redes de esteros que desaguaban a ambos lados y brazos del río, y a donde iban a parar las diferentes tribus de los monteses que moraban en las alturas de Bohayan, en las lagunas del N. y del O. del Matutun y Apo; en las sultanías de Bútíc, de Tumbao y de Bohayan; en las de Cabansalan, Matincauanán, Púnut, Bácat, Talayan y en toda la zona que poblaban los tirurayes de los montes de Tamontaca, y, por decirlo de una vez, todos los moros e infieles que vivían en el interior de la isla. El hermoso camino que enlazaba Cotabato con Polloc, promovido por el capitán general Izquierdo y los gobernadores comandantes generales de Mindanao, Golfín y Careaga, que lo llevaron a cabo; facilitaba también el comercio de Cotabato con el de las hermosas llanuras de Santa Fe, La Supanga y Simuay; por medio de un camino poblado por ambos lados de casitas de moros, establecidas junto a él, para cultivar sus extensos y fértiles campos; mas con la campaña de Joló quedó arrasado por completo, cual si un caudaloso río con su impetuosa corriente se lo hubiese llevado juntamente con sus habitantes; quedando de esta suerte incomunicada por tierra Polloc y Cotabato. Sólo faltaba el incendio que sufrió esta población este año, para que se convirtiera en un desierto y montón de ruinas.

Por los años de 1878 y 79, estuvo el Río Grande mandando el *Manileño* el distinguido marino D. Luis Angosto, católico práctico, sumamente instruido, de sano criterio y muy laborioso; el cual supo trabajar con grandísimo fruto y hacerse extraordinariamente simpático a los moros, que le llamaban el *Dato sa Dagat*, el dato del mar. Este oficial había contraído íntimas relaciones de amistad con el P. Jacinto Juanmartí y en casi todos los asuntos relativos a los moros le consultaba y procedía de acuerdo con él.

Aconteció, pues, que durante su estancia en Río Grande falleció el Sultán de Cotabato, lo cual dio motivo a que el dato Mamacú, cuñado de Utto, aspirase a la dignidad de Radja-Muda; y no convenía al gobierno español conferírsela, porque pertenecía de derecho al Sultán de Cotabato, que moraba a la sazón en Dinás de la Bahía Illana.

El día 21 de mayo de 1879 fue, pues, invitado por el señor Angosto el P. Juanmartí y salieron muy temprano de Cotabato, en el *Manileño*, para llevarse a remolque las vintas del Sultán y del dato Amirol que se les

juntaron bajando el río. Recalaron en Polloc y pasada la media noche prosiguieron su camino remolcando las dos vintas del Sultán; porque la del Amirol había ya salido con él para Malábang. Subió a bordo el Sultán con los datos que le acompañaban y luego se retiró a su vinta. El día siguiente por ser la Ascensión del Señor, celebró el P. Juanmartí en la popa del cañonero el santo sacrificio de la Misa, y a eso del mediodía llegaron al puerto de Dinás o Malúlug. Las vintas tomaron la embocadura del hermoso río, que les condujo a la casa donde vivía anteriormente el Sultán, siguiéndoles luego el señor Angosto acompañado del intérprete del Gobierno D. Pedro Ortuoste; y el día siguiente subió el P. Juanmartí por entre bosques de nipa que pueblan ambas orillas del río, gastando cerca de dos horas en bote bien tripulado, para llegar a casa del Sultán. Allí resolvieron dirigirse a Busay, residencia del presunto Radja-Muda de Mindanao, el dato Mangueguetan, y al siguiente día, muy temprano, emprendieron a caballo la marcha por aquellos cogonales y ricas tierras, y a cada cuarto de legua daban con un río de lecho de piedra y arena, de agua bien batida, fresca, cristalina y agradable. En uno de ellos les llegaba ésta a la cintura montados a caballo; mas, habiéndose quitado las medias para que se secasen los pies, la aspereza del cogón les desolló las piernas; y en los tres o cuatro últimos ríos, tuvieron que bajar y subir cuestas tan pendientes y pedregosas que, a pesar de que en las peores tuvo la precaución de bajarse del caballo, en una de ellas se le puso éste de rodillas, como pidiéndole por favor que se apease. Después de mediodía llegaron a casa del dato, que estaba en la ensenada de Malinganga, mirando al seno de Dumanquilas. La recepción que tuvieron fue por demás aparatosa y con todo el lujo oriental que ellos acostumbran, pareciéndose la casa a un bazar o verdadera exposición de objetos morunos: águnes y armas de todas clases muy relucientes, culintangan, cajones vistosos, talams, diampacas, duanés, azafates, escupideras, palanganas, tinajas lujosas de Borneo, culambus o mosquitera, con almohadas, cojines, colchonetas, petates y tapetes. Recibiós el dato en audiencia sentado en el suelo, al lado de un gran culambú, vistiendo chaqueta bordada de oro con toda clase de colores, y así se dio comienzo a la archipesada «vichara», que no terminó hasta que regresaron el día siguiente. Durante la noche el señor Angosto, Ortuoste y el Padre, copiaron los tratados ajustados por el capitán D. Francisco de Atienza Ibáñez, alcaide del fuerte y Gobernador de Zamboanga, con el Sultán de Mindanao el día 24 de julio de 1645, y con el de Joló el 14 de abril de 1646 (1).

(1) Ambos pueden verse en el apéndice del tomo III de las cartas de los Padres de la Compañía de Jesús de la misión de Filipinas, páginas 203-213.

La cena fue servida aquella noche con toda etiqueta y esplendidez; porque apareció de improviso un enjambre de mujeres alumbrantes con candelas encendidas en las manos, puestas en dos filas, y tras ellas otras con sus «talams» provistos de tal variedad de manjares, salsas y brevajes, que no había nada que desear. El hambre, sin embargo, les hizo muy agradable la morisqueta y el pescadillo, que comieron con buen apetito; y en honor de la verdad sea dicho, que no hay quien presente mejor la morisqueta que los moros y monteses. Ni faltó su serenata de águnes y culintangan con tantas y tan variadas tocatas que, a pesar de su mérito, hubieran preferido los agasajados que cesaran, para descansar y dormir; mas, cuando hubieron agotado los músicos sus recursos, emprendió su tarea el dato y empleó lo restante de la noche recreando los oídos de sus huéspedes con el cotiapi, que tocaba a maravilla.

Al emprender el regreso, estaba la casa llena de datos y gente de toda clase; incluso los subanos, que acudieron a despedir al Sultán; y antes de mediodía, mojados y llenos de lodo estaban los expedicionarios en Dinan, donde al cabo de cuatro o cinco días, durante los cuales se reunieron siete grandes vintas para cargar con la familia y mobiliario del Sultán; salió el cañonero remolcándolas una tras otra formando cadena, y fue a recalar a Malábang, donde visitaron la Fuerza de la Sabanilla. Al pie de sus murallas, que habían resistido los temblores y vaivenes políticos de más de dos siglos, brota el río Malábang de aguas frescas y cristalinas tan abundantes, que su curso da paso franco a los botes, vintas y falúas, siendo formado en tan poco trecho, que no llega a cien metros la extensión de los manantiales y surtidores que nacen y brotan al lado de la Fuerza; y hay quien supone que sean filtraciones de la laguna de Lanao. Dicha Fuerza dirigida por el P. Melchor de Vera; al tiempo de visitarla el P. Juanmartí, se conservaba intacta por el lado del río y del mar y tenía de alta dieciocho a veinte varas, pero los dos lienzos colaterales quedaban reducidos a una tercera parte y el muro de detrás estaba arrasado del todo. Les aguardaba en Malábang el dato Amirol, quien al divisar el cañonero izó la bandera española y los recibió en su casa con sumo agrado.

Hallóse en ella el P. Juanmartí con un dato, que por malo había tenido que ausentarse de las inmediaciones de Tamontaca y Cotabato; y aunque no le conocía más que de nombre, como estaba de espaldas, le puso al saludarle la mano al hombro; y vuelto el rostro hacia el Padre, se quedó sobrecogido con semblante entre ceñudo y miedoso, puso instintivamente la mano en la empuñadura del cris como en guardia para defenderse; mas pronto se calmó y vio que no había motivo para tanto, ni por qué temer. Pidióle luego permiso para volver al Río Grande, alegando por razón que no había matado a nadie.



Al salir el *Manileño* de Malábang les sobrevino una recia turbonada, que les obligó a soltar las bancas que conducían a remolque, que fueron a guarecerse en Luc-hain y el cañonero llegó al declinar de la tarde a Polloc. Recobradas las vintas y bien engalanadas, lo mismo que el cañonero, entraron el día siguiente, por la boca Norte del Río Grande y se dirigieron a Manobos, residencia del nuevo Sultán, a donde llegaron entre los estampidos de los cañones, lantacas y fusiles, las festivas piezas de la banda musical y la bulliciosa algazara de los moros. El Sultán nuevamente proclamado era de buen natural; portábase atentamente con los Padres y permaneció constantemente fiel a España y sumiso al Gobierno de Cotabato, a quien ayudaba siempre que estaba en su mano. En 1877 recogió a tres niños libertos que engañados por un moro se habían fugado del establecimiento de Tamontaca, y los devolvió a la misión; y en 1879, habiendo sido seducidos otros dos, de quienes nada se pudo averiguar; mandó que aquél sobre quien recayeron las sospechas enviase otros dos en su lugar.

En 26 de mayo de 1878 se reunieron en el destacamento de Tamontaca, cuatrocientos o más moros armados que acompañaban a varios datos, uno de los cuales había sido llamado por el juzgado de Cotabato, como acusado de homicidio. Para aclarar este asunto acudió allá el alcalde o juez de primera instancia de Cotabato, a quien acompañaban el médico y alguno que otro español peninsular. En previsión de lo que pudiera ocurrir, el comandante del destacamento, don Pedro Cerezo, hombre sagaz y muy buen cristiano, había pedido refuerzos al señor Gobernador de Cotabato; quien le envió veinticinco soldados al mando de un teniente. Mientras se recibían las declaraciones y se disponía por el alcalde, que el dato acusado fuera a Cotabato; se lanzaron los moros sobre los españoles que estaban muy desprevenidos y la primera víctima fue el teniente recién llegado de Cotabato, herido de una lazada que le atravesó el corazón. Abrióse entonces paso el comandante Cerezo con violencia por entre los agresores; llamó y contuvo a los soldados que huían al ver muerto a su jefe; emprendióla a tiros con los moros, ayudado de un sargento y otros cuantos soldados que se hallaban en la orilla del río, para impedir el desembarque de los que había en las bancas y lavó la afrenta con sangre de los malhechores.

Tan luego como se dio cuenta el P. Juanmartí de lo que ocurría bajó aceleradamente del convento, que se hallaba en el otro extremo de la calzada, llegó volando al lugar de la sangrienta escena, cuando todavía sonaban los tiros de los soldados y blandían los moros sus crises; e introduciéndose con grave riesgo de la vida entre la revuelta turba; tuvo aún tiempo de confesar al

médico, al alcalde y a algún soldado. En esta reyerta perecieron tres españoles y cuatro o cinco soldados indios, y de los moros más de cuarenta. El comandante Cerezo se salvó casi por milagro. Este excelente católico no dejaba pasar sábado alguno sin oír misa en obsequio de la Virgen y el mismo día de la refriega, que era domingo, «fue el único (según escribía el H. Pérez al P. Antonio Chambó, en 14 de mayo de 1879, desde Tamontaca) que oyó misa, de los que allí estaban». Dicho señor en reconocimiento del favor que le había dispensado la Virgen, ofreció cien pesos para una corona que debía ornar las sienes de la estatua de la Inmaculada Concepción, Patrona de Tamontaca, la que se pidió en el próximo correo y como no la mandaran del precio que se había pedido, se empleó lo restante en una aureola y unas andas doradas muy hermosas y de buen gusto, con una inscripción alrededor en que se hizo constar el nombre del bienhechor y el año, mes y día de la ofrenda que fue el 26 de mayo de 1878, y todo junto se estrenó, en cumplimiento de los deseos del donante, durante la fiesta titular de la Inmaculada Concepción.



---

## CAPÍTULO XXVI

Regreso del P. Pastells a Caraga; su entrevista con Macúsang. — Caso admirable de una mujer bautizada en la hora de su muerte en San Luis. — Fiesta de San Ignacio en la reducción de Loyola. — Vuelta del Padre a Surigao y su regreso. — Construcciones y plagas. — Venida del P. Gisbert; inaugura sus tareas apostólicas. — Fiesta y exámenes en Caraga. — Primeras excursiones; fundación de Zaragoza y sus primeras autoridades cristianas. — Motivo de la traslación de San Luis a Quilá y dificultad de agrupar en mayores centros las reducciones. — Créanse en San José y San Francisco las primeras autoridades cristianas. — Asesinatos de Magolendas y sus consecuencias. — Va a Dávao el P. Gisbert. — Fallecimiento del P. Sansa. — Enfermedad del P. Pastells e ida a Surigao y Cebú. — Limosnas recogidas. — Remóntanse los infieles de San José y Santa María. — Jubileo. — Nuevos asesinatos en las llayas de San Víctor. — Expedición contra Mapando y Macúsang. — Vuelta del P. Pastells a Caraga y regreso a Bislig de los PP. Terricabras y Múgica.

**H**ABIENDO convalidado el P. Pastells de unas pertinaces calenturas que le detuvieron un par de meses en la ciudad de Cebú, fue llamado a Manila a principios de 1879 por el Rdo. P. Superior de la misión a fin de reemplazar interinamente en el cargo de Director de la Escuela Normal de maestros, al Padre Alejandro Naval, que se embarcó enfermo para España. Sustituído a los dos meses por el P. Pedro Torra, regresó a Caraga el 11 de abril, y a las tres semanas sucumbía el feroz bagani Bilto a la punta del balarao de Juanay. Vengó Macúsang la muerte de su primo con la de cuatro inocentes víctimas de la ranchería de Juanay; emprendiéndose entonces un sistema de mutuas emboscadas durante cinco meses, al cabo de los cuales falleció Juanay de enfermedad natural.

Quiso Macúsang después de esto celebrar una entrevista con el misionero y se valió para proponérsela de un tío suyo bautizado por dicho Padre, llamado Manuel Topas, capitán del pueblo de San Luis. Aceptada la entrevista, tuvo lugar en casa del mismo capitán Manuel, en las ilayas de Manurigao, adonde acudió el P. Pastells acompañado del teniente de Manurigao, don León Palmagil.

Hallábase ya allí Macúsang, aguardándole. Más tarde supo el Padre que al emprender dicho bagani su viaje desde Bungadon a casa de Manuel, había ordenado a uno de sus esclavos que le acompañara y refunfuñando éste algún tanto, disparóle Macúsang su lanza y le atravesó el corazón y luego, con toda sangre fría, ordenó a otro esclavo que le acompañase en lugar del difunto.

Al llegar, pues, el Padre a casa del capitán se adelantó hacia donde estaba el bagani, aguardándole en cuclillas sobre el enrejado de palma brava del piso; dióle una palmadita en las espaldas, dirigiéndole algunas palabras de afecto y sentándose a su lado le expuso cuán conveniente sería y honroso para él que, dejando la vida airada del baganismo, fundase pueblo con todos sus sácope de Bungadon; porque luego inmediatamente le nombraría él, capitán de la nueva reducción y le obtendría por medio del gobernador y del capitán general el indulto de Su Majestad. Repuso entonces Macúsang que en su oficio de caudillo de baganis cifraba él su gloria y que si dejase de matar, aunque fuera capitán, no podría obtenerla. Replicóle el Padre que aquella era una gloria mentida y debía mejor considerarse como una grande ignominia; porque le conquistaba el odio de sus comarcanos; la repugnancia de todos los buenos y hacía execrable su memoria, porque todos recordarían con horror los crímenes de que él tanto se preciaba; cuando, si dejando la vida airada fundase pueblo, su nombre sería celebrado no sólo en su comarca sino también en toda la comandancia de Bíslig, distrito de Surigao y Archipiélago de Filipinas; y volando su fama hasta España se extendería por las naciones extranjeras; y la prensa europea se ocuparía de él y gozaría de reputación mundial, pues en todas partes sería celebrada su reducción; y, pasando su nombre a la historia, lo inmortalizaría con este acto y aun allí mismo sus hijos y súbditos y los hijos de sus hijos y los nietos de sus nietos contarían al contemplar aquella población, que su fundador había sido el capitán Macúsang. Alhagada con esta exhortación la vanidad del bagani, respondió que más tarde haría pueblo, pero que en la actualidad quería proseguir con su profesión; que prometía con todo al Padre, que no se metería ya más en perseguir cristianos, y todas sus hazañas las convertiría contra los infieles. Insistió el misionero diciéndole, que el precepto de Dios que manda no matar es absoluto y que ningún particular que no tenga autoridad de Dios



para castigar a un delincuente puede hacerse la justicia por sí mismo y que si él se reducía, las justicias cristianas, el Gobernador, el Capitán General y el Rey le defenderían en todo lo que fuese justo, y que por lo tanto dejase aquella vida tan llena de peligros, para que no se cumpliese en él tarde o temprano aquel adagio que dice: «quien a hierro mata a hierro muere».

No pudo convencerle ni sacar más partido de él en las dos horas que duró la entrevista, sino el de que en adelante no guerrearía contra cristianos. Así lo prometió y para corroborar la estabilidad de su promesa con algún documento fehaciente, conforme a su usanza, le entregó su puñal o balarao y su rodela al Padre, y al entregársela le dijo el sanguinario que se fijase en la orla que le había puesto de mechones de pelo, pues cada mechón significaba una víctima por él asesinada; cuando estuvo fuera de su presencia contó el misionero el número de mechones y quedó horrorizado al darse cuenta de que habían sido 108 las muertes perpetradas por aquella fiera carnicera.

En cambio de aquellas prendas dióle el Padre el plato en que comió en casa de Manuel Topas, un peso y media botellita de anisado. Y en honor de la verdad sea dicho, que el bagani cumplió su palabra como se comprobó en el asalto que dio en las ilayas de San Víctor a ciertos infieles, porque habiendo sido halladas cuatro mujeres escondidas entre los arrozales del dueño de la casa asaltada; viendo Macúsang que llevaba cada cual pendiente del cuello un escapulario de la Virgen del Carmen, les preguntó si eran acaso cristianas, y respondiendo que sí, les dijo: que se fuesen enhorabuena adonde quisiesen, porque él no tenía ya jurisdicción sobre ellas, toda vez que había prometido al Padre en las ilayas de Manurigao que no se metería jamás con los cristianos, y lo quería cumplir.

Terminaremos este relato diciendo que Macúsang formó más tarde población y aún hizo bautizar a su hijo por el P. Chambó, el cual le dio el bastón de capitán en las ilayas de Catéel y desempeñando este cargo fue muerto en una emboscada por otro bagani, que hizo de su cuerpo picadillo.

Algo sin embargo se había ganado en la misión respecto a asesinatos, porque en 1879 no hubo que lamentar más que doce de infieles, es a saber: el de Bilito; los cuatro de la ranhería de Juanay por los de Macúsang, tres manobos de Agusan residentes en Casaúman, dos manguangas de Catéel y dos mandayas que perecieron por cuestión de una doncella.

A primeros de mayo hicieron los misioneros otra excursión al S. de la misión, empezando por Mampanon, Manay, Santa María, San Agustín, San Pedro, San José y prosiguiendo al N.: Santa Fe, Manurigao, Carmelo y San Luis; bautizando 130 mandayas.

Sucedió este año en San Luis un caso admirable a una mujer bautizada a última hora con el agua de socorro por el fiscal de la población; porque creyéndola todos muerta la amortajaron y depositaron en el tribunal, yendo a rogar por su alma en la iglesia; mas al cabo de algunas horas salió un indio del tribunal anunciando azorado su resurrección; acudió el vecindario a la novedad, e incorporándose la mujer les dijo: que al salir de este mundo se halló metida en un camino y obstruido el paso por muy grandes llamas. Hallándose perpleja y confusa miró a lo alto y vio a su hermano (que había sido bautizado como ella en su última enfermedad y fallecido con todas las señales de un predestinado) sobre una nube resplandeciente, más blanco y brillante que la plata bruñida, el cual le ordenó que no pasase adelante y se volviese; que al día siguiente le saldría al encuentro el Santo Cristo y no hallaría ya dificultad en aquel paso. Luego terminada su relación, se dirigió a los infieles y les dijo: «Abandonad los ídolos; adorad a un solo Dios verdadero y a un solo Jesucristo remunerador de buenos y castigador de malos, y bautizaos». Pidió luego el crucifijo y ya no lo soltó hasta el día siguiente en que expiró, edificando con sus fervientes jaculatorias y actos de adoración y amor de Dios a los circunstantes cristianos e infieles, los cuales al ir a visitarlos los PP. Terricabras y Pastells les refirieron el hecho, pidiéndoles veintiuno de los últimos el santo bautismo.

La fiesta de San Ignacio se celebró este año en la nueva reducción de Loyola con mucho esplendor: repiques de campana, vísperas, misa a toda orquesta, iluminación por la noche, gran procesión, certamen en el que midieron sus fuerzas intelectuales los niños y niñas de las escuelas de Loyola y Ginatúan y solemne distribución de premios. Asistieron a ella casi todos los ginatuanos y muchos habitantes de Bíslig y de San Juan. Invitó el P. Urios al P. Pastells a una entrevista y a bendecir alguna iglesia; mas no le fue posible por haberle llamado a toda prisa a Surigao el Rdo. P. Superior de la misión, quien recibió sus últimos votos el día de San Bartolomé, estrenando con este motivo en aquella cabecera la iglesia provisional de nipa que se había levantado en sustitución de la de piedra, cuarteada por el temblor de 1.º de julio del mismo año.

Prosiguióse con empeño la construcción de la iglesia de Baganga; el acopio de materiales para la de Catéel y la provisional de Ginatúan; bautizáronse ciento un mandayas en Loyola, y se regaló a cada uno un vestido de los recogidos de limosna en Manila. El P. Urios fue también a Bíslig a proveerse para sus manobos del Agusan y pasaron de quinientos los distribuidos.

Al hambre horrorosa del año anterior, motivada por la invasión de la lan-

gosta, sucedieron en éste las plagas del «Tásig», del «Ducpag» y del «Ambao», en las sementeras; determinaron por lo tanto los Padres hacer un buen granero con el dinero de que pudieron disponer para remediar necesidades apremiantes y sacar partido de éstas en beneficio de las almas; y a la verdad que fueron reproductivos tales esfuerzos, porque a pesar de dichas plagas tuvieron las dos misiones del Agusan y del Pacífico en solos dos meses, entre manobos y mandayas, más de mil infieles bautizados.

Al llegar el P. Pastells a Baganga, salió el P. Terricabras destinado a Talacogon, y el 2 de octubre de 1879, llegó a Bislig el P. Mateo Gisbert donde se detuvo durante dos o tres días partiendo luego para Caraga.

No tardó el P. Gisbert en escribir en visaya aunque algo más le costó poderlo hablar; pero pronto con su carácter comunicativo, tratando con visayas y mandayas, pudo en tres meses entenderlos y darse a entender de ellos. Inauguró sus tareas apostólicas al lado del P. Pastells, recorriendo juntos los pueblos y reducciones de tan dilatada misión.

El 22 de noviembre de 1879 se celebró la fiesta de Caraga que no había podido celebrarse en su día del triunfo de la Santa Cruz. Concurrieron a ella de todos los pueblos vecinos, atraídos por los exámenes públicos de niños y niñas, quienes acudieron con sus padres, maestros, inspectores, justicias actuales y principales y muchos cristianos e infieles de las nuevas reducciones. De éstos fueron bastantes a visitar al Padre, porque deseaban recibir el santo bautismo y participar de esta suerte de la general alegría. Muy de mañana se presentó ya una familia mandaya a quien preparó y dio los vestidos el P. Pastells para que pudieran estrenarlos durante el bautismo que les administró el P. Gisbert. Adornada la iglesia con colgaduras, banderas y flores y luciendo las nuevas y devotas imágenes de la Virgen, San Ignacio y San Francisco Javier, se expuso el Santísimo Sacramento antes de empezar la misa mayor, dando al fin de ella la bendición al pueblo, que llenaba de bote en bote la espaciosa iglesia. Al salir, principiaron los exámenes debajo de un entoldado que exprofeso se había arreglado en la plaza; los niños de Caraga, se presentaron en mayor número para ser examinados de más asignaturas, exhibiendo muestras de escritura de muy hermoso carácter de letra española y de adorno, y casi todos los de las primeras secciones dieron buena cuenta de sí en escritura, gramática castellana, aritmética y catecismo histórico; sobresalieron todas las secciones, tanto de niños como de niñas, aun de los nuevos bautizados en doctrina cristiana y hubo un niño de seis años de la reducción de San Pedro, hijo del capitán Jacinto Mocam, que para obtener un premio de primera clase recitó de memoria todo el catecismo y a preguntas saltadas, primero en visaya y des-

pués el Astete en castellano; dejando admirados a todos los concurrentes. Se presenciaron en este certamen algunos desafíos entre viejos y nuevos cristianos, ganando éstos algunas veces a aquéllos con aplauso general de las poblaciones allí reunidas. Estos exámenes duraron hasta el lunes, distribuyéndose después de ellos muchos y diversos premios; los más calificados llevaron los estandartes y ciriales en la procesión, y el niño de seis años ya referido un pendón, que le había regalado el P. Gisbert con el cuadro de la Virgen que llevó consigo la expedición en que fue de España a Manila, y acompañó hasta Caraga. «El resultado de estos exámenes—escribía éste al P. Heras en 27 de noviembre del mismo año—ha sido muy satisfactorio sobre todo para el R. P. Pastells, que veía aquí reunidos en santa armonía a tantos niños y grandes bautizados por él. Dimos mucha ropa a los pobres y nuevos bautizados, volviéndose todos muy contentos a sus pueblos, llevando y comunicando así su entusiasmo a los que se quedaron en casa. Con este estímulo adelantan mucho las escuelas y se animan no poco los cristianos.»

Terminados los exámenes, salieron para la nueva reducción de San Pedro, y allí bautizaron dieciséis mandayas, regresando dos días después a Caraga, donde el P. Gisbert bautizó otros cuatro, procedentes del mismo pueblo. El último de noviembre se bendijo la iglesia de la nueva reducción de San José; se nombraron autoridades cristianas y maestros por primera vez y prometieron los infieles que se bautizarían sus hijos, y los enviarían a la escuela. De esta suerte se ganaba más suavemente a los padres, que por cierto estaban bastante duros en el negocio de su conversión.

El día 1.º de diciembre se dirigieron a Santiago, San Ignacio, Manay, y San Francisco. Los mandayas de este último pueblo, aunque infieles, les recibieron besándoles dos o tres veces la mano, no cabiendo en sí de gozo por la visita. Alojáronse los misioneros en el tribunal; distribuyéronles botones y agujas, y un espejo a cada capitán en señal de distinción; y exhortándoles el P. Pastells a que hiciesen buenas casas y sementeras sin descuidar el cultivo del alma, procurando su eterna salvación; el capitán de los mandayas, que en todo se había mostrado tan dócil, al oír esta frase le negó el supuesto diciéndole que no creía en la espiritualidad e inmortalidad del alma; que ellos obedecerían al Padre en hacer pueblo, sembrar palay, café, etc., pero que en lo demás preferían vivir hasta entonces a lo mandaya. Mas como todos los presentes oían atentamente y como deseaban aclarar conceptos para instruirse, alargó el Padre la conferencia hasta las nueve y media de la noche, en la cual les probó que todos ellos eran hombres dotados de inteligencia, razón y libre albedrío, y por lo tanto estaban dotados de alma espiritual e inmortal, de donde infirió la finalidad de su



permanencia en este mundo, para venir a pasar luego al negocio de su salvación eterna, que como es sobrenatural exige medios también sobrenaturales y no eran otros sino los de la gracia de Dios; y que la mejor, más principal y necesaria era la que nos ponía en amistad con el mismo Dios y nos daba derecho a la gloria eterna; y que esta gracia sólo se alcanzaba entrando en el gremio de la Iglesia por la puerta del santo bautismo. Preguntóles luego si le tenían acaso por hombre malo y seductor, que hubiese ido allí desde España con el ruín intento de engañarles. Todos le contestaron unánimemente que creían en lo que les había dicho y aún morirían por él si fuese menester; pero un capitán; a quien el demonio de la poligamia traía enredado, añadió: que a pesar de todo quería vivir como mandaya. Variando entonces de rumbo el ataque, por el lado más flaco del adversario le dijo el misionero, que bien sabía que de su conversión dependía la de los que vivían en la reducción, y harto hubiera deseado que la gloria de este suceso le perteneciera toda a él, precediendo a los demás con el ejemplo, haciéndose cristiano; mas ya que esto no era posible, el Padre se dirigiría a cada uno de sus sácopes en particular y los iría convirtiendo con el tiempo uno a uno a todos y de esta suerte iría paulatinamente, desmoronando su poder como se socava un árbol, quitándole la tierra de alrededor, hasta que quedándose enteramente solo y al descubierto, por sí mismo se derrumbase.

Algunos prometieron bautizarse cuando volviesen los Padres, y contentándose por entonces con haber sembrado la buena semilla, que mediante la intercesión de San Francisco Javier debía más tarde brotar, y producir cosecha rica y abundante; abandonaron el pueblo.

En cambio en San Ignacio bautizaron veinticinco infieles, en Santa María y Santiago diecisiete, en San José al capitán Casunudan, su esposa y tres hijos; en Caraga otros diecinueve de la reducción de San Pedro; y en Santa Fe, concluida ya su nueva iglesia, se afiliaron en dos semanas al gremio de la santa Iglesia sesenta y siete, dejando en todas partes el terreno bien preparado para otras muchas conversiones.

El total de infieles e hijos de infieles bautizados en la misión de Caraga y Bislig durante el primer trienio, ascendió a dos mil quinientos.

Inauguróse el año de 1880 con una fuerte colla que degeneró en ramalazo de baguio, saliendo de madre los ríos como jamás habían visto los nacidos en aquellas tierras. En Santa Fe rugió el huracán durante media hora destruyendo casi todas las casas, refugiándose el pueblo en la iglesia; y en Manay, San Francisco y Manurigao se perdieron casi todas las sementeras de camote y de maíz, resultando rigorosísima hambre como consecuencia inmediata del temporal.

En vista de estas calamidades y del empuje que recibía la religión cristiana en el Agusan y el Pacífico, el Rdo. P. Superior de la Misión supo interesar la piedad de los fieles de Manila a favor de aquellas dos misiones hermanas, arrancando de esta suerte con sus limosnas numerosas víctimas a la miseria y a la infidelidad. El mismo día en que daba cuenta el P. Pastells del referido meteoro al P. Heras detuvo una serie de asesinatos que seguramente se hubieran cometido entre dos rancherías enemigas, con una sola pieza de guingón. El caso fue, que por cierta cuestión de intereses que se iba enmarañando cada vez más, sin poderla arreglar los principales de varias rancherías; cuarenta o cincuenta mandayas habían circunvalado ya por dos veces seis casas de otros infieles de la misma tribu; y para evitar derramamiento de sangre apelaron a él los principales de uno y otro bando, poniendo en sus manos la resolución de este litigio. Hizo pues llamar a los litigantes, y el día 11 de abril del mismo año acudieron a la cita que les había dado en su casa residencia de Caraga; despojóles de sus puñales o balaraos, que eran de acero y de dos filos que parecían navajas de afeitar y habiéndolos depositado en su aposento, les ajustó y falló el pleito después de tres horas de discusión. El éxito favorable de la cuestión se debió después de Dios y de un retrato que se dignó enviarle el señor Coronel Gobernador político-militar del distrito, D. Alberto Racaj; a una pieza de guingón. Firmáronse las paces en presencia del Padre y a su usanza, sosteniendo respectivamente los dos jefes promovedores del desorden las extremidades de un bejuco que partió el capitán de una de las rancherías pronunciando con solemnidad estas palabras: «Así como yo parto con el cuchillo este bejuco, así reviente el primero de vosotros que infrinja esta alianza.» Concluida la ceremonia, les juntó el misionero las manos, y los que poco antes parecían irreconciliables enemigos se abrazaron como amigos inseparables. Como recuerdo de este arreglo entregó Vangayoba al Padre su puñal.

Los capitanes mandayas de las ilayas de Calatagan les habían pedido en la última visita que les hizo en San Ignacio, que les permitiese trasladarse junto a la orilla izquierda de la boca del Casaumán y costa del mar Pacífico, a unas dos horas escasas de Manay y cinco de San Estanislao. Es este un hermoso y despejado punto, donde abunda el buen pescado; rodeado de extensa llanura en la que podían situar sus casas con anchas calles y abrir sus sementeras. La razón de haber solicitado este traslado fue porque en las grandes lluvias del principio de aquel año se les desplomó un monte vecino a sus ilayas, perdiéndoseles muchas sementeras y no querían vivir en lugar donde la tierra les era tan adversa. Como prometieron reunirse todos en población bajo la dirección de un inspector, al tenor de las demás nuevas reducciones de la misión, levan-

tar iglesia y hacerse cristianos; fácilmente se les concedió. Al efecto el capitán Espada que había manifestado deseos de hacerse cristiano hacía ya algunos días y estaba bastante instruido, fue bautizado allí con sus dos hijos, y los capitanes Dilam, Dinday, y algunos de sus sáopes que les imitaron. Así resuelta, comenzó la fundación de Zaragoza y el P. Gisbert que no podía olvidarse de la antigua, noble y católica ciudad de España, cuya esbelta iglesia con sus cúpulas y torre se elevan majestuosamente a orillas del Ebro; con gran consuelo y satisfacción suya anunció a los zaragozanos la erección de este nuevo pueblo dedicado a Nuestra Señora del Pilar; invitándoles a contribuir con su imagen, a extender su culto en Mindanao, poniéndola sobre su pedestal en el altar mayor de la pequeña iglesia que en su obsequio se proponían levantar aquellos sencillos mandayas recién convertidos a Jesucristo.

De vuelta a Caraga acompañaron a los misioneros el capitán Ignacio Espada y demás recién bautizados, para recibir de ellos los vestidos de cristianos. Allí pidió también ser bautizado el capitán Inodióan, que fue nombrado teniente de la nueva Zaragoza.

En San Pedro, se convirtieron dos viejos esposos muy célebres por sus idolatrías; y la mujer, que había sido bailán, indujo a que se bautizasen las demás bailanas. En esta ocasión ocurrió un caso extraordinario.

Serían las ocho de la noche cuando el inspector, D. Pedro Aguilar, avisó al P. Gisbert que habían llevado a su casa una mujer mandaya que se estaba muriendo y manifestaba grandes deseos de recibir el bautismo; fue allá dicho Padre y habiéndola preparado como pudo, le administró el agua del socorro que recibió con gran fervor. Al día siguiente cuando la creía ya muerta la vio sentada al pie de la escalera de nuestra casa pidiéndole arroz, dirigiéndose luego a la iglesia como las demás.

La obra de la reducción de infieles seguía adelante, y desde noviembre de 1879 hasta fines de mayo de 1880 habían bautizado los misioneros más de quinientos mandayas. Mas el demonio, que no duerme, levantó gran borrasca en las ilayas de la reducción de Santa María.

Lo sucedido fue que un mandaya, llamado Magolendas, agobiado de deudas y acosado por sus acreedores determinó largarse con su mujer e hijos hacia el Agusan; mas habiéndose opuesto a tal designio su cuñado Eustapa, cierto día después de cenar y haber mascado juntos el buyo, que es entre ellos señal de grande amistad, asestó Magolendas su lanza a Eustapa y se la clavó en el corazón traidoramente. La desventurada hermana de éste, al ver cuán villanamente había sido asesinado, se abalanzó sobre su marido y le apostrofó

muy duramente; empero aquella hiena, sedienta todavía de sangre humana, se revolvió contra su propia esposa, a la cual en su ciega fiera también sacrificó. Cundió la nueva del crimen por las rancherías vecinas con la velocidad del rayo; alborotáronse los parientes de las víctimas, aprestándose a la venganza; y a los pocos días apareció el cadáver del miserable Magolendas en estado de putrefacción dentro del bosque. En esto, trataron los baganis de distribuirse como esclavos, por vía de botín, los siete hijos sumidos en la orfandad. ¿Quién les había de amparar en aquel trance? Al primogénito de ellos se le ocurrió como cosa muy natural acudir al misionero en demanda de protección. Reunió entonces el P. Pastells a los litigantes de uno y otro campo en el pueblo de San Ignacio y ante las principalías de cristianos y de infieles ordenó que cada parte expusiese sus agravios, que rebatían luego los del campo contrario, dándoles lugar a todos a que se ratificasen o rectificasen; pidió a continuación el parecer de cada uno de los principales y oídos todos, pronunció su fallo que fue aceptado; sosegándose la tempestad y prometiendo bautizarse los hijos del malhadado Magolendas luego que volviera el misionero a visitar el pueblo tan en mal hora por su padre abandonado.

La población de Zaragoza estaba ya instalada, luciendo en ella de un modo especial sus bellas cualidades el P. Gisbert que recogió allí las primicias de su apostolado en Mindanao. Constaba la principalía de los capitanes Espada, Dinday, Inodióan, Manobo, Tipayan y Bug; los tres primeros bautizados con los nombres de Ignacio, Gregorio y Celedonio. Extendida el acta de fundación y distribuidos los títulos de principales; se procedió al roce del lugar, alineación de calles y aplicación de solares.

A consecuencia de los continuados vejámenes y exacciones de los infieles de Bungadon y Manlubúan, se trasladaron los de San Luis a Quilá, lugar de la playa de excelentes condiciones por lo que mira al terreno, fondeadero, aguas y área de población. Reuniéronse allí también los habitantes del Carmelo y como estaban colocados entre Manurígao y Baculín se había concebido la esperanza de que más tarde se reunirían a ellos igualmente los habitantes de estas dos visitas. El plan de los misioneros tendía a simplificar lenta y gradualmente tantos pueblecitos para formar pueblos mayores e independientes entre sí; a este plan obedeció la incorporación de San Manuel, Batiano y Baísan a Baganga, la de Tebay a Bíslig y el proyecto de agregación y refundición de varios pueblos en uno; empero esta refundición era sumamente difícil por el grande apego que mostraban los nuevos reducidos a vivir autónomos en sus tierras, con lo cual era forzoso transigir.

Creóse autoridad cristiana en la nueva reducción de San Francisco, que



hasta entonces se habían mostrado refractarias a la gracia del santo bautismo; y a fin de que corriesen parejas las gracias espirituales con las temporales se les facilitó un semillero de plantaciones para que con el estímulo de la propiedad territorial pudiesen mejor arraigarse. Engolfados de esta suerte en lo más recio de sus trabajos apostólicos empezaron los misioneros a percibir con alegría el fruto de ellos, cuando la santa obediencia dispuso que saliese de ésta misión el P. Gisbert a fin de encargarse de la del seno de Dávao y reemplazar al P. Moré, enfermo de calenturas tiempo hacía. Fue éste, dando agudísimo con que hirió el Señor el corazón del P. Pastells; porque joven, robusto, infatigable y simpático a cristianos e infieles, tan conocedor de la lengua y de la localidad, había el P. Gisbert tomado perfectamente el pulso a esta misión que casi llegó a considerarlo como un elemento necesario para el desarrollo consecutivo de sus pueblos. A Dios, sin embargo, no le pareció así; *et sicut Domino placuit ita factum est.*

Mas no paró ahí todo el desenlace de los sucesos con que quiso Su Divina Majestad acrisolar la esperanza del misionero de Caraga; pues tuvo a bien probarle de nuevo con otra mayor tribulación; porque el P. Sansa, que había suspirado siempre por esta misión, cual si fuese su tierra prometida, la vio y la besó, sucediendo en el cargo al P. Gisbert; mas la primera excursión que hizo fue como si dijéramos la última llamarada de su celo apostólico, y como el canto del cisne el sermón que predicó en Caraga el día del Corpus. Murió el 26 de junio de 1880 en Bíslig, de fiebre infecciosa contraída en la misión viva de Caraga y como mártir de la caridad y de la obediencia, después de haber recibido los últimos sacramentos y demás auxilios y consuelos de nuestra Religión.

Durante la enfermedad del P. Sansa tuvo que ir el P. Pastells a misionar los pueblos de San José, San Pedro y Santa Fe, donde predicó, confesó, catequizó, bautizó, bendijo algunos matrimonios y al cabo enfermó también de la misma enfermedad.

En este tiempo le presentó el teniente actual de San Pedro en la reducción de este nombre la cabeza de una boa que medía diez varas de largo y la acababa él de matar luchando desesperadamente con ella la noche anterior cuando tenía un cerdo a medio engullir en la boca. Con tal ocasión el capitán del pueblo D. Jacinto Mocam y su hermano el juez Esteban Mocam, contaron al Padre que tiempo atrás mataron los dos otra boa en aquellos contornos, que medía dieciséis varas y después de muerta, apenas la podían arrastrar cinco hombres. Los de Manurígao le presentaron asimismo dos enormes cabezas de caimán que dos días antes habían devorado a dos hombres e inferido de u

solo mordisco a un niño de diez años, llamado Gonzalo, hijo del teniente de la visita, D. León Palmagil, treinta y siete heridas en las nalgas, al llevárselo al río para ahogarle y devorarle; mas el niño, después de haber pedido socorro inútilmente al alguacil que le acompañaba; se acordó, según él mismo se lo contó al Padre, que su tío Mauricio había dicho, que la única defensa que tenía uno para librarse del caimán cuando le había cogido, era meterle los dedos en los ojos; así lo hizo y se libró. Sanó Gonzalo de sus heridas con el famoso aceite de moro (tagulaui) que dio a su padre el misionero el mismo día en que fue cogido por tan sañuda fiera.

Con este aceite curó también a un caragueño a quien había destrozado el muslo, rompiéndole el hueso cerca de la cadera, un trozo de molave de cinco brazas de largo y dos palmos de grueso, al ser arrastrado en una pendiente por varios trabajadores.

Después de la defunción del P. Sansa viendo el P. Pastells que su enfermedad arreciaba, por consejo de todos dejó en Caraga al P. Puntas con el H. Zumeta, y el P. Peruga tuvo la inapreciable caridad de acompañarle en baroto hasta Surigao, viaje muy penoso para un enfermo; porque fuera de las incomodidades inherentes a esta clase de viajes por mar en un recorrido de cerca de ochenta leguas de costa; tenía que dormir en la playa durante la noche en puntos despoblados, donde pasaba la calentura con las privaciones consiguientes en tales casos.

Al llegar a Cantilan fui conducido en silla al convento. El P. Salvador Ferrer se esmeró en cuidarle con el cariño de una madre, durante los tres días que allí se detuvo por impedirles el mar atravesar la punta Tugás del Sudeste; mas al fin pudo llegar a Surigao después de catorce días de navegación, donde embarcó en el vapor *Jorge Juan* para Cebú, restaurando allí sus fuerzas merced a la ciencia y experiencia del médico de la estación naval, señor Elvira, a los incesantes desvelos del caritativo H. Peregrín Navarro y a las benéficas influencias del saludable clima de la ciudad.

Durante su permanencia en ella recorrió acompañado del comerciante de Bohol, señor Vañó, las principales casas y los vecinos pueblos, pidiendo limosna por amor de Dios para los infieles y nuevos reducidos de la misión de Caraga.

El primero que dio el ejemplo de caridad despojándose generosamente por Cristo de sus propios vestidos, para aquellos pobres fue el Sr. Obispo Madrides, a quien siguieron el Provisor y Vicario General, todos los individuos de Cámara, el Párroco de la Catedral, los religiosos Agustinos, Franciscanos y Recoletos y otros sacerdotes del clero secular.

Secundaron el movimiento con su cooperación y ejemplo las dignísimas autoridades político-militares de la provincia. Al Excmo. Sr. Brigadier Gobernador de Visayas, Sr. Conde de Cleonar, al Sr. Gobernador P. M. y jefe de brigada, al Sr. Coronel del Regimiento, a los señores comandante de la división naval y capitán del puerto y a otros muchos señores empleados y comerciantes españoles y representantes de casas extranjeras, fue deudor de valiosos donativos a favor de la misión. Ni se quedaron atrás en su desprendimiento los señores capitanes y principales de mestizos y naturales y el celador de chinos con sus sáopes. Recorrió en breves días la ciudad y los pueblos de San Nicolás, Pardo, Talisay, Mabolo, Mandaue y Oppón, donde fue favorecido con el apoyo de los RR. PP. curas respectivos. De esta suerte pudo recoger con el auxilio del señor Vañó y de un benemérito maestro de escuela, la respetable suma de ochocientos pesos en ropas, que remitió por medio del P. Heras a los Padres de la misión del Pacífico, para que hiciesen de ellas un uso adecuado a la intención de los donantes.

En 1881 se hallaban en la misión de Bíslig cinco sujetos: el P. Terricabras, superior durante la ausencia del P. Pastells, y el P. Gabino Múgica, trabajaban en la parte Norte de la misión desde Ginatúan a Catéel, y los PP. Peruga, Moré y el H. Zumeta, maestro carpintero, se hallaban encargados de la del Sur, o sea desde Catéel inclusive hasta Tarragona. Durante las tres primeras semanas de cuaresma hicieron estos dos últimos Padres el cumplimiento pascual en las ocho reducciones del Sur y rarísimo fue el que quedó sin confesar. Inmediatamente después se trasladaron a Caraga, donde prosiguieron su tarea hasta la dominica *in albis*, y durante los meses de mayo y junio ejercitaron los mismos ministerios en cuatro pueblos y cinco reducciones del Norte de Caraga, bautizando en varias excursiones quinientos treinta y seis mandayas.

Corrió entonces válida la voz entre los mandayas de que habiendo habido una gran matanza de cristianos en Joló, se esperaba la llegada de un vapor para embarcar en Caraga a todos los infieles que se bautizasen y conducirlos a aquella isla a fin de que sustituyesen las numerosas víctimas de la guerra causadas por los moros en dicha isla. Esto bastó para que los infieles pertenecientes a la reducción de San José se remontasen, excitando a lo mismo a los que hallaban al paso, añadiendo que habían visto ya en bahía fondeado el vapor. Alarmados con tales rumores se remontaron también los sáopes de dos capitanes infieles de la reducción de Santa María y los de otro capitán de la de Santa Fe; aunque estos últimos, cerciorados de que todo había sido un infundio, volvieron a sus antiguos lugares; y esperaba el P. Peruga que al visitarles, muchos de ellos se bautizarían.

El P. Gabino Múgica se trasladó por septiembre de este año a Caraga saliendo con el P. Juan Terricabras en dirección al Norte visitando todos los pueblos y reducciones hasta Quinablangán, confesando y comulgado todos y en primer lugar las autoridades, para ganar la plenísima indulgencia del santo jubileo.

Vueltos a Dapnan se recibió despacho de los mandayas infieles en que se anunciaba haber muerto en una refriega al capitán de la ranchería de San Víctor. En su consecuencia salieron soldados y cuadrilleros para imponer al enemigo en caso de un ataque; volvieron éstos manifestando que habían visto rastro de sangre y que la gritería de los mandayas arreciaba. A las once de la noche les participaron las justicias del pueblo que los infieles habían bárbaramente despedazado tres cristianos nuevos. Muy de mañana, sin soldados ni cuadrilleros se dirigieron los Padres a San Víctor, donde les recibieron los niños esforzándose por cantar como de costumbre a la llegada de sus misioneros; pero «como sus voces salían de pechos doloridos—dice el P. Múgica—más parecían ayes que desgarraban el alma que cantos que recreaban el corazón». A las ocho de la noche el maestro les refería las circunstancias horribles del crimen cometido. «Varias fueron, prosigue el mismo Padre, las cuchilladas que cada uno de aquellos infieles recibió ya en el cuello, ya en el pecho, habiéndose cebado en ellos sus contrarios hasta arrancarles la vida. Lo admirable fue, que arremetiendo ciegos de coraje aquellas furias contra tres infieles que en la casa había, no tocaron ni un hilo de la ropa de sus mujeres cristianas, a las cuales dijeron no mataban, por llevar pendientes de sus cuellos aquellas cruces y medallas y escapularios de la Virgen que los Padres les regalaron el día de su bautismo. Los niños de estas tres desgraciadas familias se libraron también de la catástrofe por hallarse en el pueblo felizmente en aquella ocasión por ser día de escuela.»

Como vieron los Padres que no llegaba socorro para oponerse a los infieles; por si ocurriese alguna intentona de atacar al pueblo, resolvieron pasar en él la noche, con gran peligro de sus vidas, en la esperanza de que sabiendo los infieles que los Padres estaban en el pueblo no se atreverían a molestar a los nuevos cristianos como gracias a Dios así sucedió, a pesar de que los mandayas estuvieron acechando el pueblo toda la noche.

El día siguiente por la tarde salieron los misioneros para Baganga, donde tuvieron otra vez pendiente de un hilo la vida; pues al llegar a la barra del río oyeron gritos de los que estaban en la playa que les decían: «Retrocedan, Padres, que está cerrada la barra»; volvieron pues la proa y se dirigieron a Caraga.

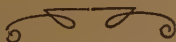


Acometiéronle en esta ocasión al P. Múgica unas calenturas perniciosas que le pusieron al borde del sepulcro.

A mediados de octubre de 1881, después de año de ausencia por enfermedad y convalecencia, desembarcó el P. Pastells con el P. Moré en la playa de Catéel y la primera nueva que adquirieron fue la de una expedición armada que había salido hacia los montes Manlubúan, dirigida por el teniente del tercio don Prudencio García, en persecución del feroz bagani Mapando y sus secuaces, con objeto de vengar los asesinatos cometidos por ellos en Santa Fe, los de Macúsang en las ilayas de San Víctor, y de librar de la cautividad a tres cristianos que tenía el primero en su poder. Frustróse, en parte, el éxito de esta jornada por la traición del práctico, yerno del capitán Máyong, que horas antes de dar el asalto se fugó y previno a los asesinos del peligro que les amagaba, por lo cual apelaron todos a la fuga. Antes empero de retirarse de allí el teniente del tercio incendió al enemigo treinta o cuarenta casas, talándole otras tantas sementeras, con cuyo escarmiento se contuvo el ardor bélico de los baganis.

Llegaron dichos Padres a Caraga hallando convaleciente de su enfermedad al P. Múgica. Recibiéronles todos, cristianos e infieles con suma cordialidad y cariño según refiere el mismo Padre en carta de Bíslig, 15 de diciembre, al P. Juan Ricart: «La sala y bajos del convento parecían un mercado; unos pedían el santo bautismo, otros medicinas para sus achaques y dolencias; estos vestidos para cubrir su desnudez; aquellos alimentos para sustentar la vida y todos en fin consejos y dirección para sus asuntos y negocios; y era tal el respeto que en medio de tan grande algarabía tenían a sus decisiones que todos desde luego convenían en lo que el Padre determinaba; y esta barahunda de cosas duró una y dos semanas, y así con poca diferencia continúa siempre por el amor y veneración que al Padre tienen.»

Repuesto de sus calenturas regresó el P. Múgica con el P. Terricabras, a Bíslig, saliendo el último para Butúan, destinado con los PP. Heras y Urios al cultivo espiritual de los manobos del Agusan.



---

---

## CAPÍTULO XXVII

**Excursiones y ministerios de los PP. Quirico Moré y Mateo Gisbert en el seno de Dávao. — Primera ascensión al volcán Apo. — Creencias de los bagobos. — El P. Minoves. — Fundaciones y reducciones. — Viruelas en Sigaboy. — Fruto apostólico recogido por el P. Gisbert.**

EL día del Patrocinio de San José de 1877, se reunieron unos doscientos bagobos en Tuban; bautizáronse tres jóvenes de los principales, uno de ellos primogénito del capitán Bánuc; otros quince infieles y los suegros de un español llamado Martínez, el cual se casó inmediatamente después de ser bautizada su esposa.

El 2 de septiembre de 1879 emprendió el P. Moré una expedición por la costa hasta Culaman sin hallar vestigios de nuevas reducciones, ni proyectos de ellas, ni agrupación de casas que pudiera traducirse como principio de fundación, exceptuando la ranchería de Darón, compuesta de sesenta casas en dos calzadas a orillas del mar.

En Tuban notó algún movimiento entre los infieles de las rancherías limítrofes en orden a levantar sus casas en el trazado de dicha población, formado por el P. Heras durante su visita anterior.

De Tuban se trasladó el Padre en pocas horas al puerto de Tibongoy, donde empieza la costa de Culaman, dejando a la derecha Bolutacay, Piapi y Malálag.

La estadística de la población de dicha costa se reducía en números redondos a la siguiente: En Tibongoy, 100 familias; en Tubalan, 200; en Lecarón, 200; en Malita, 500; en Tingulo, 25; en Lais, 200; en Talagútum, 200; en Lama, 50; en Lapúon, 50; en Calían, 100; en Luayon, 200; en Mangili, 100; en Culaman, 100; en Caburan, 150; en Magolibas, 116; en Taloyon, 200; en Sugál, 100; en Nuin, 150; en Batulaque, 150; en Banguián, 70, y en Baliton y Glan, 250.





GUERRERO BAGOBO DE LAS FALDAS DEL MONTE APO



Este último punto está ya en el seno de Sarangani, donde se contaban además las rancherías de Sapo, Palapatan, Tuyan, Lalúan, Lalúan Diutay, Boayáan, Bala y Mulut. Glan y Tabayon forma como la cuerda del arco de toda la costa de Culaman y enlaza el seno de Dávao con el Sarangani sin haber más que dos jornadas entre uno y otro. Pasando por el interior de Lalúan al puerto de Malálag se emplean tres jornadas y lo mismo desde Boayáan a Malálag.

Y para que se vea que dicha cifra no es exagerada, el mismo P. Moré nos asegura que él empezó los padrones de algunos puntos y en el de Tingulo apuntó los nombres de cuarenta y tres casados, y en todas partes donde arregló el padrón resultó más gente de la denunciada, y sin temor de exagerar pudo colegir que desde Tibongoy a la entrada del seno de Sarangani no bajaban de 5,000 los casados y de 30,000 los infieles, que sin gran dificultad podrían formar pueblos en la playa, y en general, de excelentes disposiciones para recibir la predicación evangélica, y que los mismos datos se brindaban a reunirlos bajo la dirección del misionero.

En 1879 pasó a este distrito, procedente de Caraga, el P. Mateo Gisbert. Hallábase de gobernador don Joaquín Rajal, hombre de valor que había hecho la travesía de Dávao a Cagayán por el Libaganon y deseaba hacer una expedición al volcán Apo. Españoles y visayas aseguraban ser imposible esta ascensión intentada en vano en otras ocasiones. Sin embargo los infieles bagobos habían subido a él más de una vez para sacar azufre de sus solfataras; pero creían que antes de subir era preciso ofrecer un sacrificio humano a fin de aplacar al Mandarangan, que allí moraba, sediento de sangre humana. Esta superstición no debía detener ni un momento a los cristianos. Resuelto, pues, el gobernador a emprender dicha excursión, quiso indagar del dato Mánib cuanto le convenía saber para llevarla a cabo. El mismo Mánib se ofreció a acompañarle hasta el cráter, con cincuenta de sus súbditos, sin preceder sacrificio alguno; porque si lograban subir los españoles sin este prerequisite, serían evidentemente más poderosos que el Mandarangan a quien tanto temían los bagobos.

Organizóse pues en Dávao la expedición, formando parte de ella el docto don José Montano, médico francés; don Ramón Son y Alvareda, alférez de infantería; don José Campos, don Ramón Cordero, don Rafael Martínez, un cabo y once individuos de la compañía disciplinaria, don Enrique Ramos, comandante de la estación naval; el P. Gisbert y el señor gobernador. Salieron de Dávao el 4 de octubre de 1880; por la tarde se les juntaron los bagobos de dicho dato, que debían cargar el equipaje y servir de guías a los exploradores.

El día 5 emprendieron la marcha; el 6 no tenían ya más camino que el río Tagulaya, al cual habían llegado por un continuo despeñadero de 200 metros. Metidos en el río, anduvieron contracorriente atravesándolo repetidas veces con agua al pecho sin adelantar más que dos horas. El 7 lo atravesaron catorce veces durante siete horas con riesgo de la vida, subiendo luego por el monte para buscar mejor camino y secar su ropa. El 8 no pudieron andar más que una hora, por haber caído enfermo de calentura el señor Campos. El 9 dejando al enfermo en la ranchería de Bítíl con provisión de quinina, uno de sus amigos y dos disciplinarios para que le cuidasen, prosiguió el resto su marcha hasta las seis de la tarde, colocándose con mucho trabajo a unos 2,229 metros sobre el nivel del mar y junto al pie del volcán, donde levantaron una tienda de campaña y pasaron la noche. El 10, era el destinado para completar la ascensión; los infieles se negaron a abrirles el camino por temor a Mandaragan y no hubo más remedio que abrirse paso los cristianos durante tres horas por un espeso bosque en que abundaban los helechos arbóreos, saliendo todos de él muy lastimados; mas luego subieron sin dificultad hasta la cumbre como si fuera una escalera. Pronto advirtieron que el suelo que pisaban estaba muy blando y caliente y que de una grande hendidura que había a la izquierda, se levantaba una columna de humo. Estaban ya en la primera solfatara o en el verdadero cráter que tenía en actividad el volcán, y por el barómetro observaron que se hallaban a 2,400 metros sobre el nivel del mar; faltábanles, por consiguiente, 741 metros para llegar a la cumbre, donde se hallaba el borde del cráter más antiguo y mayor del volcán, que mediría medio kilómetro de diámetro.

El ruido que oían era semejante al de una caldera de vapor cuando la descargan y el suelo que pisaban casi todo ceniza y lava petrificada, recubierta de una capa de azufre cristalizado. A la una de la tarde llegaron a la cumbre dejando a ambos lados un sinnúmero de solfataras.

El antiguo cráter se hallaba completamente apagado; la ascensión alcanzó en su totalidad la altura de 3,133 metros; el termómetro marcaba 15° C. sobre cero. Como estaba lloviendo no se veía nada a cien metros de distancia.

El descenso se hizo con más rapidez, bajando aquella tarde a los 2,400 metros de altura, teniendo ya las nubes extendidas sobre sus cabezas, razón por la cual, si bien no les fue posible espaciar la vista al derredor de la cordillera, pudieron con todo gozar del magnífico panorama que se divisaba por el EN. y S. del seno de Dávao.

Aquella noche la pasaron vivaqueando a la temperatura de 8° sobre cero, medio muertos de frío y diluviando. El 11, descendieron hasta la ranchería de Bítíl, en donde hallaron al señor Campos restablecido de sus calenturas. El 12,

bajaron por un sendero que solían andar los bagobos a la derecha del torrente Tagulaya, y a las tres de la tarde llegaron a la ranchería de Mánib con la triste coincidencia de que acababa de fallecer una de sus mujeres. Y temiendo el gobernador que Mánib sospechase le había sucedido aquel lance por venganza de Mandarangan, por no haberle antes aplacado, llamó aparte al dato bagobo y le recomendó muy estrechamente que no hiciese ningún sacrificio humano por este ni por otro motivo, y Mánib le juró por la memoria de su madre, que no derramaría sangre y así lo cumplió. Pernoctaron los expedicionarios en Binúgao y el 13 estaban de vuelta en Dávao.

La gloria de esta primera expedición al volcán Apo, pertenecía de lleno al gobernador Rajal, que para obsequiar al señor Montano quiso abrir este camino a los naturalistas y prestar un servicio a la civilización, impidiendo la repetición de las bárbaras escenas de los sacrificios humanos, que tenían lugar al pie del monte Apo cada y cuando querían los infieles subir a él.

Según los bagobos, era Mandarangan el primero de los demonios y el volcán le pertenecía por ser su cráter el camino del infierno. Al ofrecerle sacrificios pronunciaban estas palabras: «Sulu dini, Mandarangan, inuman diponoc ini manobo.» Que quiere decir: «Ven acá, Mandarangan, bebe sangre de este hombre».

Creían asimismo en una divinidad que residía en tres personas: Tiguiama, Manama y Todlay, que moraban en el cielo como tres hermanos. A Tiguiama le atribuían el poder, a Manama la conservación de los seres, el premio y el castigo, y a Todlay le hacían presidir los casamientos, en los que le ofrecían buyo y morisqueta. Creían además en Todlibon, esposa de Todlay, siempre virgen y que moraba en el cielo. Afirmaban que Tagalium y Lumabat habían subido al cielo con un enjambre de abejas blancas, que encontraron yendo a paseo, y que entonces se engrandeció el mundo que Dios había hecho primeramente más reducido.

El P. Domingo Bové anduvo durante el año de 1880, muy atareado en cobrar para Dios a los cristianos del Cabo de San Agustín, que antes que la Compañía de Jesús tomase a su cargo aquella misión se habían remontado, mezclándose con los infieles. Tarea harto difícil era sujetar al yugo de la fe a los que lo habían sacudido. Un año, empero, bastó para que la mayor parte de ellos abjurase la infidelidad, atrayendo a los que habían vivido con ellos en ilícito consorcio, juntamente con sus hijos, infieles unos, y bautizados otros antes de su desertión.

El P. Gisbert, que después de haber empezado en Caraga su vida de misionero, tuvo que separarse a los seis meses, para ir a la misión de Dávao;

había logrado levantar en Sámal una pequeña iglesia y alrededor de ella unas cuantas casas de cristianos; y pareciéndole enfermizo el lugar donde se hallaba fundada la pequeña reducción de Tuban, trató de trasladarla, y a este fin salió a mediados de enero de 1881 en una pequeña banca con intención de permanecer algunos días en Cáuit. Era este un lugar junto a la playa, de excelente agua y fondeadero y que a hora y media de distancia de él vivían algunos infieles bagobos a quien jamás habían visitado los misioneros. Hízolo dicho Padre por dos veces y les llamó a la playa, y con su auxilio pudo terminar una iglesia de doce metros de longitud y ocho de anchura; dándoles comida, alguna ropa y otras bagatelas que ellos aprecian. Mientras estuvo con ellos se cobijó por espacio de un mes debajo de la camareta de nipa de su banca y los infieles bajo de la cubierta de la iglesia que estaban construyendo. Con ellos conversaba el Padre, sin atreverse a hablarles del bautismo por no juzgar todavía oportuno el momento para ello; con todo, pudo inaugurar la iglesia con el de seis infieles y la bendición de dos matrimonios; y esperaba, que visitándolos con frecuencia y procurándoles un buen inspector, no tardarían en reducirse y cristianarse. Terminada esta iglesia dirigióse el Padre a Tabing, y con parecer de visayas y bagobos abrió una nueva calzada que, atravesando el bosque, enlazaba las ilayas de Tabing y el fondeadero de Lobó, colocando la iglesia en el centro, para que todos participasen de ella.

Próximos a aquel sitio, moraban los infieles de las rancherías de Balalan, Quibbusan, Tuban, Taguía, Tagabuli y Binaton, y casi todos auxiliaron al Padre cuando quiso abrir la calzada y levantar la iglesia, recompensádoselo como lo había hecho con los de Cáuit, y el día en que terminó la iglesia la inauguró con diecisiete bautizos y tres matrimonios. El mismo Padre, por parecer del Hermano carpintero que le ayudaba en estas faenas, tuvo que ir muchas veces al bosque y cortar maderas para dar ejemplo a los que le rodeaban, y cuando necesitaba descansar se sentaba en medio de ellos y después de enjugar el sudor de la frente les hablaba e instruía como Padre. Al tenor de las dos iglesias anteriores, procuró que se construyesen también en Piapi, Bolutacay, Tagabuli, Sibulan, Bagó, Taomo y Matina, sitios por él muy conocidos y de muchos infieles, de quien esperaba que harían pueblo, ayudándoles en algo y visitándoles con frecuencia.

El 26 de septiembre del mismo año se trasladó dicho Padre en su banca a Matina para celebrar el casamiento de un visaya con una mandaya que debía ser primero bautizada con un hijo suyo. Con esta ocasión se presentaron a los capitanes mandayas Caratao, Manobo y otros, que habían enviado a



llamar de las ilayas del Sálug y Libaganon para ver si era posible reunirlos en un solo punto cerca del mar. A las razones del Padre contestaron que después de la cosecha bajarían a hacer sementera en el Tugánay para vivir cerca de la iglesia que les hizo el Padre ayudado de sus grumetes, durante el mes que permaneció en aquel lugar, preferido por el Padre al mismo Tágum y al Sálug y Libaganon, donde vivían aquellos infieles, porque dichos ríos eran innavegables la mayor parte del año por sus grandes avenidas y desbordamientos. En todos los afluentes del Tugánay ya referidos, vivían numerosos atás, de los cuales sólo en el Isig, que es el primero, había dos capitanes; de los cuales uno, llamado Alud, tenía setecientos sácopes, y el otro muchos más; y podía muy bien asegurarse que la cuenca del Tugánay era respecto de los atás lo que el Agusan con relación a los manobos, y lo mismo podía afirmarse del río Lasan que era también navegable y cuyos moradores, aunque estaban casi a las puertas de Dávao, jamás habían visto al misionero. El día 5 de noviembre regresaba dicho Padre de otra expedición a la bocana del Tugánay. Era éste un río cuyas aguas engrosaban los afluentes Ising, Lungáog, Cápat, Tagáuan, Capa, Panaga, Tamun y Lumáog e iba a desembocar al Norte del seno de Dávao junto al Tágum; de muy buena barra y durante las altas mareas podía entrar por ella una goleta.

Levantó el P. Gisbert una nueva reducción en Tígpan al E. de la isla de Sámal, punto de muy buena agua. Presentáronse allí algunos cristianos remontados desde el tiempo del P. Bové, y ellos mismos escogieron el lugar más a propósito para levantar su iglesia, prometiendo al misionero ir todos a vivir alrededor de ella sin remontarse ya más. La iglesia se levantó, cuidando el Padre de que cumpliesen su palabra, viviendo cristianamente. Ni faltó quien le dijera que perdería el tiempo en reducirlos de nuevo; otro tanto le habían dicho un año antes de los sámales reunidos en Liptú, al O. de la misma isla, donde se contaban solamente cinco matrimonios cristianos, y en noviembre de 1881 eran ya catorce los allí reunidos, habiéndose bautizado en poco tiempo trece infieles; y lo mismo aconteció en Tuban que de tres matrimonios que existían en 1881, al ser trasladado a Lobó, subieron a catorce, y muchos nuevos bautizados que se le agregaron dirigidos por el teniente visaya, que se les nombró, hicieron concebir fundadas esperanzas de que se transformaría pronto en pueblo.

A fines de abril de 1882 visitó el P. Gisbert la isla de Sámal y concluyó una iglesia a los quince días en Hobangon, donde con los anteriormente remontados fundó el pueblo San José, y procuró que hiciesen allí plantaciones de cacao, que es el mejor que se produce en Filipinas.

Hallábase enfermo en esta reducción un infiel llamado Gayunda; visitóle el Padre, y se alegró tanto que él, su esposa y sus cuatro hijos pidieron a una el santo bautismo y luego de instruidos se hicieron cristianos. Algo más costó el bautismo de Suguila, mujer que bajó expresamente del monte para pedirselo al misionero. Mandóle el Padre que aguardase algunos días mientras se concluía la iglesia, cuando he aquí que los sámales del monte, cual si se tratara de una gran desgracia, se reunieron para evitar que pasaran adelante los intentos de la buena mujer y llevársela de nuevo al bosque. A este efecto presentóse una comisión al misionero y con todo el atrevimiento de que era capaz su ignorancia y la malicia del demonio, le dijeron que no querían que Suguila se bautizase; mas esta valiente catecúmena repitió ante ellos y ante el Padre que quería de veras ser cristiana. Entonces, desplegando el Padre sus labios en defensa de Suguila, manifestó a los infieles la sinrazón de su oposición y como no podían jamás impedir el bautismo de quien quería voluntariamente hacerse cristiano. Rindiéronse por fin los emisarios a las palabras del Padre, pidiéndole perdón por su ignorancia, y Suguila ya cristiana atrajo a sus parientes y amigos a la población, para que hicieran otro tanto.

Bendijo allí el P. Gisbert quince matrimonios, bautizó treinta infieles y redujo algunos remontados. El nuevo pueblo de San José, de Hobangon, tenía inspector y maestro; buen fondeadero para bancas, aguadas y grandes sementeras, y sólo faltaba tribunal y nombrar justicias.

En Tígpan se redujeron algunos remontados, que levantaron algunas casas alrededor de una pequeña iglesia y se esperaba aumento de reducción; porque los bagobos de Pandapatan y varios mandayas, sámales y moros que no querían vivir con sus datos, moraban en las cercanías de este pueblo; el cual, aunque no era muy a propósito para establecer población, tenía buena agua y era punto de recalada para los de Sigaboy y Caraga, cuando se dirigían a Dávao.

En Tugánay hizo el P. Gisbert una iglesia, con ocasión de haberse establecido allí el mestizo señor Saavedra, cuando aún vivía el dato Bacuran; bautizó y casó la mujer de Juan Alzate y aguardó a bautizar a algunos niños mandayas, hasta que sus padres formaran allí sus casas conforme se lo habían prometido los capitanes Caratao y Manobo. Mas la muerte de Saavedra, devorado por un caimán, y la del dato Bacuran del Tágun, cambiaron la faz de aquella reducción; y teniendo hartos que hacer el misionero en otras partes, dejó de ir a Tugánay; aguardando la hora de Dios, para reunir allí junto a su bocana a los capitanes mandayas del Sálug y del Libaganon.

En Cáuit bautizó veinte infieles, celebró nueve matrimonios e hízoles iglesia provisional; y aunque el puerto era poco abrigado, tenía mucho fondo y lecho de arena y se prestaba la reducción para ser con el tiempo grande y hermoso pueblo, con buena agua, muchos infieles fáciles de reducir, cercanos a la población, y abundancia de palay.

A principios de septiembre de 1882 encargó el P. Gisbert a los capitanes y principales que hicieran sus casas en la calzada que ellos eligiesen; e Idar, Amang, Ayang, Asat, Mangabo, Bancas, Atás, Cárang, Otol, Apo y otros se comprometieron a levantarlas con sus sácopes. Bancas fue nombrado capitán actual de la población; Atás, teniente, y Ayang, que era el que más valía servía de diputado en todas las comisiones. No les hablaba, empero, el Padre todavía de hacerse cristianos, con la seguridad de que más tarde lo habían de hacer. Amang y su esposa, y Mani su esclava, hacía tiempo que deseaban serlo. Profesaban los de Cáuit sumo cariño al Padre y su deseo hubiera sido que jamás se ausentara de la reducción; porque a su sombra ni temían a los baganis del monte, ni a los moros, ni a los tulisanes que se presentaban en la playa. Los tagacaolos del Láyang y Malusin, con su anciano Sal, se agregaron a esta reducción.

Lobó estaba dotado de buen fondeadero, abundante y riquísima agua de puras y cristalinas fuentes y de las frescas corrientes de los ríos Tábing y Carril que, deslizándose por hermosas cascadas y amenas orillas, iban a confluir en dicha reducción, cuyas largas calles tiradas a cordel y hermosos solares, plantados de gave, maíz, tabaco, plátanos, palmas y toda clase de plantas, incluso el cacao y el café; auguraban ser en breve el pueblo mayor y mejor del distrito. Porque convencidos sus moradores de la utilidad que reportaban de la vida civilizada, habían de atraer a los de sus respectivas tribus a que, abandonando el monte, se juntasen a ellos para percibir iguales ventajas. Allí levantó el Padre una iglesia que había de ser cuatro veces mayor, atendido a que el número de nuevos cristianos iba creciendo extraordinariamente. Encantado estaba el Padre de Marcelo de Jesús, de Angel Brioso y no menos del maestro; porque los bagobitos que tenían a su cargo leían ya correctamente, escribían y decoraban muy bien el catecismo. La maestra hacía escuela a las niñas en su propia casa todos los días con notable aprovechamiento de sus alumnas. Los principales infieles que habían respondido en dicho pueblo al llamamiento del misionero fueron los capitanes Inoc, Etec, Atong, Amboc, Bánsac, Ili, Otte, Ale, Macúnog, etc., a los cuales siguieron todos sus sácopes y parientes. Ayo, Vuse, Languit y Tubale, hubieran preferido hacer pueblo en Tagabuli, lo mismo que los de la ilaya de Tábing y Balálang, mas

el Padre juzgó ser más conveniente que se agregaran a los de Lobó y lo mismo aconteció respecto de los bagobos de Baliá cuyos parientes cristianos vivían en Lobó.

Casanádin, levantaba pueblo en Bulutacay, con sus sácope y parientes caláganés y por su medio pensaba el P. Gisbert reducir a los bagobos de Tálum que no simpatizaban con los de Lobó, eligiéndose para ellos el lugar más a propósito en la ilaya.

Los bagobos de Bulatocan por su sostenido roce con los moros del Pulañgui, y no conocer todavía al gobernador de Dávao ni al Padre misionero y ser mucho más bárbaros que los demás bagobos cercanos a la playa; mostraban mucha mayor dificultad en reducirse. Con todo, como todas aquellas gentes en general, respetaban al que les hablaba en nombre de Dios, se aprovechó el Padre misionero de una buena ocasión que se ofrecía para arreglar un conflicto, con lo cual se abrió paso para reducir aquellos infieles. Acababa de llegar el P. Moré a Lobó cuando se le acercaron dos hermanos y le dijeron que en Bulatocan había sido asesinada una tía suya infiel, cuyos hijos y parientes irritados pedían trasladarse a Lobó. Escribió dicho Padre a Dávao y al ver la carta el señor gobernador le mandó en seguida de auxilio cuatro cuadrilleros. A éstos se juntaron en Lobó doce hombres más, y en número de dieciséis llegaron al tercer día sin novedad a Bulatocan. Después de un día de descanso y amistosas vicharas, regresaron a los ocho días de su salida. Con los expedicionarios bajaron voluntariamente nueve bagobos para radicarse en Lobó, y los cristianos Ciriaco Domingo que hacía dieciocho años que vivía entre infieles, e Isidro García que estaba con el dato Pandoy. Estos dos visayas volverían al Bulatocan para traer a Lobó sus mujeres y parientes infieles y tres o cuatro cristianos más que hacía ya muchos años que estaban también remontados. Ciriaco era el mejor artista que conocían los bagobos y el mejor práctico para ir al Pulañgui.

Los manobos de Piapi tenían ya su iglesita; pero no creyó prudente el misionero hablarles de bautismo, porque eran todavía asaz montaraces. Mas luego que le vieron entre ellos durante tres semanas se le acercaron con confianza hasta el punto de llenar la iglesia para oír sus pláticas. Colocó en el altar una grande y hermosa estampa del Sagrado Corazón de Jesús para darles a entender la gran caridad de Dios para con los hombres; y tuvo el consuelo de ver cómo prendió la llama del amor divino en varios corazones, porque el mismo capitán Caratao, el juez Lagunsay y seis individuos más le pidieron, antes de embarcarse, el santo bautismo, asegurándole todos de que a la vuelta del Padre seguirían muchísimos el ejemplo de su capitán



Estos bagobos no celebraban sacrificios humanos, pero eran muy sanguinarios en sus guerras. Los de Culaman usaban armas de fuego que algunos europeos les introducían de contrabando. Mas lejos de asustar estas armas al misionero, creía que podían favorecerle si se presentase a ellos a nombre del Rey y les dijese que si querían conservarlas para defenderse de los moros y gente mala, debían hacer pueblos, para vivir en ellos con sus autoridades o justicias, según costumbre de los cristianos; y como estaban tan pegados a sus fusiles, no dudaba el Padre que para conservarlos harían lo que se les mandase si se les ganase primero el corazón; consiguiendo que aquellas armas, que habían puesto en manos de los bárbaros los europeos, sirviesen para la obra de su civilización.

El 12 de julio bendijo el P. Bové la imagen de San Isidro, Patrón de Cua-bu; y aquel mismo día salió de la misión para administrar con el P. Minoves a los viejos cristianos de la isla de Siargao, ocupando su lugar el P. Quirico Moré.

A las cuatro de la tarde del 30 de septiembre llegó este Padre a la visita de Sigaboy desde Caraga, en circunstancias muy aflictivas porque halló treinta o más enfermos de viruelas negras distribuidos entre varias casas y el tribunal, faltos en su mayor parte de lo más indispensable y en lo restante del pueblo poquísima gente y muy consternada, y constando la población de una sola cabecera, las defunciones desde el principio de la epidemia hasta el 9 de septiembre ascendían a treinta y cinco. La gente vivía en las sementeras, y sólo al verse atacada, acudía al Padre para medicarse; todos sentían invencible horror a ser conducidos al hospital. A la enfermedad se juntaba el hambre y la miseria. Uno de los principales mostró al Padre lo que tenía en el puchero para comer, y su comida ordinaria consistía en la raíz llamada baay que es venenosa, si no se la prepara con larga y delicada anticipación para ser comestible. Escribía el P. Moré en esta fecha al Superior de Dávao: «Voy repartiéndolo el arroz que traje, distribuyéndolo en pequeñas cantidades conforme a la necesidad de las familias, y a pesar de toda la economía posible preveo, que en un plazo relativamente corto me faltará para las más perentorias necesidades.

«En cuanto a ropas son muy contadas las personas que tienen jáboles o una mala sábana para cubrirse; en general la saya sirve de sábana y manta a hombres y mujeres. Hoy mismo está tendida en el hospital una mujer, cuya única saya sirvió de sábana y mortaja a su difunto marido, muerto de viruelas, y la pobre está con solas enaguas y un hijo de corta edad con sola camisita, los dos en un sólo petate y en plena erupción.

«¡Ay, Padre mío! Haga la caridad de mandar cuanto antes arroz, azúcar y alguna tela para sábanas; si no puedo contar con esto morirá aquí mucha gente; teniendo algunos cavanos de palay o de arroz, una o dos tinajas de azúcar y la ropa ya dicha, se salva Sigaboy y estaré además en disposición de ayudar a los puntos circunvecinos en caso de verse atacados.»

Aunque el número de invasiones no decrecía, notaba el Padre gran mejoría en la intensidad del mal, y que renacía la calma y confianza en los ánimos merced a los medicamentos que suministraba a los atacados tan luego se les presentaba la calentura, precursora de la viruela, cambiándolos según requiera el estado de los enfermos, y a falta de otros, empleaba los indicados en el manual del P. Santamaría.

El P. Perelló le envió por despacho al P. Moré el socorro necesario con las limosnas que pudo recoger añadiendo la suya. A todos dio las gracias el misionero en nombre de la población en estos términos: «Me considero eco del agradecimiento general de estas pobres gentes, y ruego a V. R. lo manifieste al señor gobernador D. Angel Rodríguez, a su señora y a cuantos han contribuido y contribuyen a esta obra de caridad.»

El misionero tuvo que ser en este caso a la vez sacerdote, médico, farmacéutico y enfermero. Con tales oficios sacaba su ganancia espiritual; porque aquellas almas le manifestaban sus llagas espirituales viendo que sin el menor asco a la hediondez de los enfermos, les curaba con gran solicitud y desvelo.

El P. Gisbert se ocupaba de un modo especial en atraer a los bagobos, bilanes, manobos de la costa de Culaman, tagacaolos, mandayas y atás. Los bagobos aunque de costumbres bárbaras, eran los más inteligentes y dispuestos a recibir la luz del santo evangelio y toda clase de instrucción; los bilanes se mostraban amantes del trabajo y muy hospitalarios; los manobos de Culaman, aunque belicosos y poco amantes del trabajo, fácilmente hubiesen trocado la guerra por el santo evangelio. Los tagacaolos aunque numerosos y valientes, como vivían esparcidos por montes y valles, carecían de fuerza suficiente para defenderse de las acometidas violentas de las otras tribus, y solían ser pasto de su enemistad y codicia, y destinados a la esclavitud y al sacrificio. Por esta razón ejercía más impresión entre ellos la religión del Redentor Crucificado, que los amparaba en su aprisco, como buen Pastor, defendiéndolos por medio de sus misioneros de las lanzas y flechas de sus enemigos; los mandayas, con los cuales los misioneros, particularmente los de Caraga y Bíslig, habían reñido gloriosas batallas, alcanzando señaladísimas victorias; tenían todavía en la misión de Dávao miles de infieles, aguardando quien les desatase de las cadenas o influencias morunas que les rodeaban y les abriese las puertas para introdu-

cirse en el redil de Jesucristo; y los atás, tribu la más numerosa y menos conocida de cuantas existían en la misión de Dávao, tampoco debían sustraerse a los fatigosos desvelos de los misioneros por más escondidos y errantes que anduviesen en el intrincado laberinto de aquellas cordilleras y selvas vírgenes del interior del NO. y SE. de Dávao.

Tan crecido número de infieles que se aproximaba, si ya no superaba, a 100,000, en sólo el distrito de Dávao, ofrecía al misionero un dilatadísimo campo de conquista muy a propósito para introducir en él la bandera de Jesucristo y abatir la del infernal caudillo Lucifer; empero, para que pudiera darse el ataque y asalto formal, eran menester misioneros apostólicos bien aguerridos, que acudiesen a reforzar el escaso personal que allí existía.

Por de pronto eran puntos muy estratégicos Lobó y Malálag. De este último punto se posesionó el P. Gisbert durante el mes de abril de 1884, levantando iglesia con ayuda de muchos infieles pacíficos tagacaolos, que voluntariamente se presentaron, y el día que terminó la iglesia la inauguró con el bautizo de treinta y tres infieles y con la bendición nupcial de seis parejas casadas, en la infidelidad; dejando allí cincuenta cristianos nuevos tan animados, que aventajaban en buen espíritu a muchos cristianos viejos de otros pueblos.

El día 4 de junio del mismo año salió por la noche dicho Padre con el señor gobernador D. Angel Rodríguez, en una mala banca para Malálag, y a los dos días fondeaban en un hermoso y seguro puerto, cuyas playas recordaban las escenas de sangre y piratería que las había dejado completamente desiertas. Moros y culámanes y alguno que otro comerciantillo habían atropellado a los infieles de Malálag; matando unas veces, esclavizando otras y robándoles siempre. Esto les obligó a vivir en los montes lejanos y les tenía escondidos en lo más recóndito de aquellas selvas vírgenes que como altas murallas cierran el paso a la saludable brisa del mar. Pero llegó la hora de abrir brecha, despejar el horizonte y penetrar hasta el interior; y en donde poco ha sólo se veía un bosque impenetrable de altos y copudos árboles, existía ya una iglesia a cuyo alrededor estaban haciendo sus casitas los monteses recientemente reducidos y bautizados. Eran éstos unos sesenta. «Antes (escribía el P. Gisbert en 29 de julio al P. Ricart) no se veía en la playa más que alguna que otra cuadrilla de moros o infieles que, armados de lanzas y crises, iban a caza de esclavos, como en otras partes suelen ir a la de venados y jabalíes. Yo mismo en abril de este año encontré a dos moros que llevaban dentro de un saco a un niño de unos cuatro años, que habían esclavizado el día anterior con otro hermano mayor. Afortunadamente pude rescatar a los dos sin ningún gasto, bautizándoles al cabo de dos semanas. Como estos dos niños habían sido

esclavizados en una ranchería de tagacaolos, cuyos jefes me prometieron reducirse si les ayudaba, creí que debía tener una entrevista con Bantan, manobo de Culaman y principal enemigo de los tagacaolos de aquellos montes. La primera vez no quiso presentarse por miedo, pero habiéndole enviado segunda embajada y asegurándole que le llamaba como Padre y amigo, presentóse luego con sus hijos. Vichareamos largamente, prometiéndome al fin que haría pueblo en Tibongoy y que no se metería ya para nada con los tagacaolos de Malálág. Fue aquello un tratado de paz con todos los que se redujeron en Malálág y un reconocimiento formal al Gobierno español.»

De Malálág se trasladaron a Piapi, donde vivían unos cien cristianos nuevos y otros tantos infieles manobos poco amigos del trabajo, razón por lo cual sus casas y calles dejaban hartó que desear. Su habitual alimento era el «burí» y su única industria los petates y bayones.

De Piapi fueron a Bolutacay, donde moraban unos doscientos caláganes; tenían casi terminadas treinta casas; vivían ordinariamente cargados de deudas, padeciendo hambre y sin ninguna plantación. El gobernador mandó recoger allí cinco fusiles por considerarlos un peligro continuo en sus manos. De allí se embarcaron para Lobó en donde fueron recibidos por cristianos e infieles en la playa con sumo regocijo. Disfrutaba el gobernador al ver que en aquella nueva reducción tan castigada poco había por la viruela, se presentaba entonces repleta de vida como si fuera un pueblo antiguo. Consta de ciento setenta cristianos; pero en sus hermosas calzadas habían levantado los infieles más de treinta casas para otras tantas familias próximas a bautizarse; tenían además mucho cacao plantado, sin descuidar el palay, camote, maíz, plátanos y cocoteros, con lo cual se aseguraba la subsistencia y el porvenir de la nueva reducción y era esto poderoso atractivo para los infieles hambrientos del monte. Hospedáronse en el nuevo tribunal muy capaz y de sólida construcción. Produjo excelente resultado el nombramiento que hizo el señor gobernador de un cabo de cuadrilleros y cuatro individuos elegidos de entre los mejores mozos, nuevos cristianos de la reducción.

En Cáuit les aguardaban en la playa más de mil bagobos, todos varones, gente moza y de armas tomar, pero muy amigos y que se fueron bautizando con facilidad. Consta la reducción de ciento cincuenta y seis cristianos y cuarentas casas, y después de la cosecha se aumentaron tanto, que hacían competencia a los de Lobó. Proponíase el Padre levantarles cuanto antes hermosa y capaz iglesia, teniendo en consideración el incremento que había de experimentar, dentro de poco, el número de cristianos.

De Cáuit se trasladaron a Darón, Binúgao, Daliao, Lipadas y Bagó y en



todas partes favoreció mucho al Padre la presencia del señor Gobernador porque sin dejar de castigar al que lo merecía, dio muchos regalos a los nuevos cristianos e infieles que se habían portado bien, secundando los deseos de las autoridades y de los Padres misioneros.

En esta excursión tuvo el consuelo el P. Gisbert de celebrar setenta bautismos y bendecir dieciocho matrimonios.

A mediados de octubre estaba construyendo dicho Padre una iglesia en Lobó, que esperaba terminar pronto con ayuda del vecindario de la reducción. Quiso el señor Gobernador visitarla con su esposa y familia y darle oficialmente el nombre de Santa Cruz. Adelantóse el misionero unos cuantos días, para recibir como se merecía tan digna visita. Treinta y ocho banderas ondeaban en la playa al fondear la cañonera *Gardoque*, que fue saludada con repetidos vivas de cristianos e infieles al señor Gobernador y a su señora, manifestando con esta aclamación a los ilustres huéspedes el general entusiasmo con que eran acogidos. Tan pronto como hubieron desembarcado, se puso en movimiento la comitiva precediendo los niños de la escuela con sus correspondientes banderas, acompañados del maestro que llevaba la mayor, ostentando en letras primorosamente bordadas el hermoso nombre de Santa Cruz. El mismo letrero se leía en el arco levantado a la entrada de la población, por debajo del cual pasó el Gobernador recorriendo la larga calle que conducía al tribunal en donde se le había preparado el hospedaje. Un entoldado de verdes nipas cubría la ancha plaza en la cual se habían dispuesto varios bancos para comodidad y descanso de la gente, y siete arcos revestidos de palmas y flores, levantados según el orden que guardaban las columnas del verde entoldado, constituía el principal adorno que se había podido poner en la plaza del tribunal. Mas donde la naturaleza con su exuberancia abunda, el arte sobra. Junto al tribunal se deslizaba mansamente un arroyo de aguas cristalinas y a uno y otro lado embalsamaban el ambiente el aromático Ilang-Ilang, el precioso árbol de la canela, el naranjo, la palma y otros muchos árboles y plantas exquisitas de las especies que allí se producen, como las orquídeas, etc.; convertían aquellos alrededores en un bello y delicioso edén: y aun las mismas calles, sin más adorno que los propios y naturales, parecían un paseo en medio de ameno y delicioso jardín. Todo lo cual produjo gratísima impresión al Gobernador y a su señora, aunque sin comparación más les gustó el afecto con que aquellos naturales se les presentaron. El festival duró cuatro días, que fueron los que permanecieron dichas autoridades en Santa Cruz, durante los cuales hubo convite general para cristianos e infieles. De éstos, treinta y cuatro recibieron el santo bautismo, casi

todos apadrinados por el señor Gobernador y su dignísima esposa, quienes dejaron en aquella población gratísimos e indelebles recuerdos de su fe y religiosidad. No hay para qué decir que el día de su regreso a Dávao fue a despedirlos en la playa la población en masa.

A principios de octubre del mismo año de 1884 salió el Padre de la cabecera, para terminar la iglesia de Cáuit y tranquilizar a los bagobos que se habían remontado al ver fondear pocas semanas antes un vapor de guerra en su pequeña ensenada. Acostumbrados estaban a ver las falúas de la estación naval de Dávao y todos los meses los vapores mercantes que cruzaban aquella costa a diez o doce millas, sin hacer caso de ellos; mas al observar que un cañonero fondeaba por primera vez junto a sus playas, a pesar de que el Padre misionero les había prevenido días antes, asegurándoles que nada debían temer, por ser súbditos de S. M. y que lejos de huir saliesen a recibirle; creyeron los infieles que iba por ellos y se retiraron al monte, y únicamente los bautizados fueron a recibirle.

Motivos sin embargo harto poderosos tenían los infieles bagobos para temer, toda vez que los sacrificios humanos que consumaban constituían cada uno un crimen y una impiedad, con que manchaban sus manos y conciencias con la sangre de inocentes víctimas.

Sobre esta materia, escribía el P. Gisbert al P. Juan Ricart desde Cáuit en 10 de noviembre de 1885: «Cuando uno quiere hacer un sacrificio por un difunto, avisa reservadamente a cuantos visten luto, por haber muerto alguno de la familia, reuniéndose a veces muchos de distintos y apartados lugares. El padre sacrifica por la muerte del hijo; el hijo por la muerte del padre; el hermano por la muerte del hermano; y todos alguna vez solamente por el gusto de sacrificar, pagando entre todos la víctima, según el orden que han guardado en el sacrificio. El que hiere primero, paga más que el segundo, éste más que el tercero y así sucesivamente. Como todos los que sacrifican pagan, y aun a veces algunos que no sacrifican; reuniéndose muchos sucede, que el dueño del esclavo sacrificado saca del sacrificio mucho más de lo que el esclavo le costaba, siendo esto para ellos un comercio y lo que más les mueve a conservar mientras puedan esta bárbara costumbre, ocultándose para ello en las escabrosidades de los montes. Si un esclavo está enfermizo o viejo, o no les gusta por cualquier motivo, pronto es sacrificado; y muchas veces no dudan en sacrificar gente muy buena.

»Unos cuarenta serían los bagobos que se habían reunido hace poco tiempo muy cerca del lugar en que escribo la presente, para sacrificar un esclavo. Era éste un joven tagacaolo, alto y bien formado, llamado Oata, cogido

hacía poco tiempo en los montes de Malálag. El mismo me ha contado varias veces su historia. En esta ocasión se encontraba ya amarrado y veía cómo afilaban las cuchillas para despedazarle; mas he aquí que antes de herirle llega un bagobo llamado Iranón y dice que no sacrifiquen, porque cuando lo supiese el Padre irían todos al calabozo. Tuvieron miedo y no sacrificaron entonces; pero pocos días después se reunieron de nuevo al pie del monte Apo, sacrificando otro esclavo llamado Iró. Oata, que debía ser sacrificado primero, procuró escaparse para no verse otra vez en tales o peores angustias, pero fue cogido y esclavizado de nuevo. Pude yo salvarle luego que supe en donde estaba, y no volvió a caer en manos de ladrones y bárbaros verdugos como antes. Bautizóse luego con el nombre de Isidro Delgado, dándole este apellido porque entonces su cuerpo estaba tal, que parecía un hilo. Ahora está ya hecho un hombre y se prepara para casarse dentro de breves días, tan cambiado y aprovechado en pocos meses, que parece un viejo cristiano. Tiene grande amor al Padre misionero y es uno de los compañeros mejores que suelo llevar en mis expediciones.

»Aún no hace dos meses que encontrándome en este mismo lugar de Cáuit vino a avisarme un recién bautizado, que a un bagobo de Sibulan, llamado Anó, acababan de amarrarle a su esposa; y aunque eran más de las nueve de la noche, me dirigí sin perder momento al lugar del atropello, encontrando en efecto a la mujer que, amarrada por el cuello, iba a ser conducida al monte para ser sacrificada. Los muchachos que venían conmigo y entre ellos Isidro, me ayudaron a sujetar al bárbaro bagobo, el cual desarmado ya, fue fácil poner en libertad a la mujer. Esta, llamada antes Tacágnon, se había bautizado aquel mismo día con el nombre de Luisa. Se había escapado con su esposo para hacerse cristiana y querían todavía cogerla como esclava.

»Hace también poco tiempo encontré que llevaban un joyen con una cuerda al cuello; preguntéle si quería ser cristiano y me dijo que sí; quitéle la cuerda del cuello colocando en su lugar un rosario, que día y noche lleva muy contento siendo ya cristiano.

»Pocos días después de lo que llevo referido, estaba yo en la playa, solo, haciendo el examen de la noche, pues se acercaba la hora de descansar, cuando veo delante de mí un muchacho, que parecía un náufrago por lo mojado y destrozado que andaba. Era un esclavo que se escapaba de su amo, porque había oído que le iban a sacrificar. Ahora es ya cristiano, y se llama Cosme. Desde que le bauticé no se ha separado un momento de mí. Estos días he bautizado a cuatro infieles recién bajados de los montes de Malálag, a donde hace un año se fueron huyendo del moro Gúbat, que les había esclavizado y matado

un hermano. Gúbat parece que reclama ahora, pero no hay duda que tiene el negocio perdido.»

Con la aparición de los Padres misioneros empezaron a escasear los esclavos y cuando escribía lo referido el P. Gisbert, le dijo uno de los bagobos principales de las faldas del Apo que él ya no sacrificaba, en vista del cambio que iban obrando los misioneros en los de su tribu, y en sustitución del sacrificio le decía al *Busao*: «Aunque yo no te haga sacrificio humano ahora, no te enfades conmigo, pues soy hijo de los que te sacrificaron siempre: valgan por mí, todavía ahora, los sacrificios de mis padres y abuelos».





## CAPÍTULO XXVIII

**D. Fr. Benito Romero de Madridejos, Obispo de Cebú.—Tulisanes en Dapitan.—**  
**Visita del P. Heras.—Llega el P. Vilaclara y muere el P. Ramón.—Feroci-**  
**dad de los caimanes.—Nuevo cementerio.—Fallecimiento de Pío IX.—**  
**Nuevo camino de Dapitan a Conquista.—Calenturas.—Nueva visita del**  
**P. Heras.—Vapores correos interinsulares.—Supresión de la ranchería**  
**de Dioyo.—Las Madres del Beaterio.—Visita del gobernador.—Piratería**  
**castigada.—Regresa el P. Vilaclara y se consolidan las nuevas reduccio-**  
**nes.—Trabajos del cierre de la bocana de Dapitan, suspendidos.—Visita**  
**del P. Luengo y publicación del santo jubileo.**

**A** 22 de junio de 1876, tomó posesión del obispado de Cebú el ilustrísimo y Rdmo. Sr. D. Fray Benito Romero de Madridejos o del Rosario, de la Orden de San Francisco. Nació en Madridejos, diócesis de Toledo, el 3 de abril de 1812; profesó en la provincia de San José en 25 de agosto de 1829; llegó a Manila el 4 de mayo de 1833; fue secretario de su provincia y ministro de Meycauayan en 1835; difinidor de su provincia en 1843; Ministro provincial en 1852; durante su gobierno, por todos celebrado, se fundó el Colegio de Misioneros de Filipinas en Aranjuez, que luego se trasladó a Pastana; celebró en Manila la gran novena de la Inmaculada Concepción inmediatamente después de sabida la declaración dogmática definida por Pío IX el día 8 de diciembre de 1854, fiesta que eclipsó las hasta entonces celebradas en Manila y no ha tenido igual después. Terminada su prelación fue nombrado presidente del Hospicio de San Pascual; en julio del mismo año Ministro y Vicario foráneo de Bocaue; en 1867, electo Provincial por segunda vez; Ministro de Obando en 1870 y en 25 de noviembre de 1875, recibió en este pueblo la noticia de su elevación a la Silla episcopal de Cebú; hizo la profesión de fe el día siguiente; fue preconizado en Roma en el Consistorio de 28 de enero de 1876; consagrado por el Arzobispo de Manila con asistencia de los

Obispos de Nueva Cáceres y de Jaro en la iglesia de San Francisco de Manila, el día 11 de junio del mismo año. Durante su pontificado fue ejemplarísimo en todo género de virtudes resplandeciendo principalmente por su humildad, sencillez y caridad. Preguntóle en cierta ocasión por escrito el P. Luengo: si estaba condecorado con alguna gran Cruz, para acertar en el tratamiento que le correspondiese, y le contestó con mucha gracia, que no tenía otra más que la de Cristo y era la que lucía y ostentaba siempre en su pecho, y de la cual únicamente, con exclusión de cualquier otra, se gloriaba.

En 1877 se recibió en Dapitan y demás pueblos del partido un parte urgentísimo del señor gobernador de Cagayán, don José Carvallo, ordenándoles que se reunieran en somatén bajo el mando del teniente del tercio de Dapitan y batieran a los tulisanes, sin darles cuartel y que cada día se le diera parte de las operaciones realizadas. En su cumplimiento se dirigió la fuerza a Baliángao, donde estuvo algunos días, volviéndose luego, dando cuenta al gobernador de no haber sido hallados.

El 2 de julio de 1877, llegó por primera vez a Dapitan, después de tres años de Superior de la misión, durante los cuales había recorrido todos los demás puntos de Mindanao donde residían los de la Compañía, el R. P. Juan Heras. Embarcóse en Manila con plena colla el 19 de junio en el vapor *Bután* y llegó a Cebú el 25, después de haber corrido un recio temporal en que por especial providencia de Dios no naufragaron como se había esparcido ya en Manila e Iloilo. Salió de Cebú el 26 con el H. Valentín Gros en una goleta empleando cinco días y medio en la travesía a Dapitan. El día siguiente se dirigió con el P. Ramón y el H. Gros a Dipólog en la banca que les ofreció un buen español y al entrar por la barra en el río fueron recibidos por la población con cañonazos, cánticos, música, arcos triunfales, flores, danzas y escaramuzas entre moros y cristianos. Ni fueron menores las demostraciones de alegría con que le recibieron los demás pueblos y visitas, esmerándose todos en obsequiarlos. Recorrieron a caballo las hermosas playas de Dipólog, Lubungan, Dicayo, Minang y Duhínob hasta cerca de punta Blanca, donde se reunieron los subanos recién bautizados y muchos catecúmenos. No había aún iglesia ni convento en la reducción, pero reinó la jovialidad entre viejos y nuevos cristianos a quienes se les preparó buena comida, distribuyéndoseles luego medallas y rosarios. Allí bautizó el Padre Superior con el agua del socorro a un niño enfermo, que le había presentado su madre para que no muriese sin bautismo. Pidiéronle campana y el Santo Niño de Cebú por Patrón. Se lo envió todo el P. Heras con la limosna que a este efecto hizo una persona piadosa y lo mismo se hizo respecto a otros pueblos del mismo partido.

En Taliatip, nueva reducción de infieles a dos leguas de Dipólog y junto al río del mismo nombre, se reunieron cerca de setenta entre cristianos e infieles, bailaron los subanos el saliringan y pidieron por Patrón a San Isidro; entregó la vara de autoridad a uno que le presentaron para alguacil, y salió muy bien impresionado de la docilidad de carácter de los subanos que poblaban los montes de aquel partido. A indicación de los misioneros se animaron a formar pueblo en la playa, bautizándose en gran número y muchos cristianos que vivían en los bosques como infieles se redujeron de nuevo al suave yugo de Jesucristo.

Recorrió todos los pueblos y visitas en breves días; embarcóse de nuevo y el día 22 de julio llegó de vuelta a Manila.

A consecuencia de haberse cortado dos tirantes de la iglesia en tiempo del P. Andrés, recoletano, para dar lugar a la colocación de los dos altares colaterales, se desnivelaron los arigues y aflojándose las tijeras, amagaban a la iglesia próxima ruina. Para obviarlo, se aprovecharon los cables y motores de una goleta que había fondeada en Dapitan, con que se pudo colocar un tirante nuevo y volver hacia su centro primitivo los arigues, aunque no del todo, notándose siempre algún desnivel.

A 17 de octubre llegó destinado a aquella residencia el P. Vilaclara con buen cargamento de imágenes, campanas y demás objetos del culto divino con lo cual se resolvieron los misioneros a emprender nuevas conquistas entre los infieles. Mas resultó que el P. José Ramón cayó gravemente enfermo el día de San Francisco Javier, Patrón de Lubungan, donde había ido a celebrar su fiesta y en la de la Inmaculada Concepción de 1877, después de haber recibido con suma devoción los últimos sacramentos, entregó su alma al Criador, con lo cual quedó reducida la misión a solos dos Padres y un Hermano, con la circunstancia de que el P. Vilaclara no se hallaba todavía al corriente del idioma visaya.

Este año devoraron los caimanes a tres hombres en el río Dióyo. Un joven, nuevo cristiano, llamado Martín, yendo cierto día con su padre y el teniente Faustino Esteban, pescando en la boca del mismo río mientras pasaba por encima de un gran tronco que había colocado allí la avenida, le cogió un caimán la pierna y parte del muslo. Gritó el joven pidiendo auxilio, abrazándose al tronco para que no se lo llevara la fiera al fondo del río y le ahogara. El padre del infeliz Martín agarró a su hijo por los brazos y parte de la cintura y el teniente Faustino arremetió con un bolo al caimán, hiriéndole con repetidos tajos: así estuvieron buen rato; el caimán tirando de un lado para llevarse a Martín y los demás luchando para quitárselo de la boca; soltó por fin el caimán

su presa quedándose con la pierna del joven. Pero mientras a toda prisa sacaban los demás a Martín hacia la orilla; el terrible animal, que ya se había engullido la tajada, saltó de nuevo y cogió al joven por la cintura junto con uno de los brazos del afligido padre; entonces recrudeció la lucha que fue desesperada. El teniente se agarró al caimán, acribillándole a cuchilladas, hasta que le acertó con una en los ojos, y entonces fue cuando el caimán soltó la presa del todo y dando grandes saltos se zambulló en lo más hondo del río. Martín sobrevivió unas tres horas a esta terrible acometida y fue asistido por el P. Obach.

Un boholano, vecino de Baliángao, supo que dicho Padre había llegado a este pueblo y se embarcó muy temprano con su mujer y dos hijos en la bahía Nanca, distante dos leguas de él y al estar ya cerca, saltó un caimán a la pequeña embarcación en que iban y del primer coletazo la volcó, cayendo todos al agua y nadando la enderezaron y se metieron de nuevo en ella y mientras unos remaban sacaban otros el agua que por el agujero y destrozo que había hecho el caimán se introducía en el baroto, y rogando todos de veras a Dios y a la Santísima Virgen, se libraron de aquel peligroso trance, debido sin duda a la buena voluntad con que se dirigieron a Baliángao para cumplir con el precepto de oír misa. Refirieron luego el caso al misionero, confesando y comulgando en acción de gracias por el beneficio recibido.

Habiendo exhortado el P. Obach al pueblo desde el púlpito a la construcción de un nuevo cementerio con muro de cal y canto; y que las mujeres, viejos y niños contribuyeran con una pequeña limosna a la fábrica de una capilla: distribuido el trabajo el 11 de enero de 1878 entre las veinte cabecerías de que se componía el pueblo, resultó tocar a cada una quince varas de largo por dos de alto de pared. El 6 de marzo, concluida la obra y la ceremonia de la imposición de la ceniza, fue bendecida solemnemente la nueva necrópolis; y el 19, conducido a ella con música y ciriales el primer cadáver allí enterrado sin satisfacer derecho alguno.

El 1.º de abril se supo oficialmente el fallecimiento de Su Santidad Pío IX; celebróse con toda solemnidad una misa de requiem para el eterno descanso de su alma, asistiendo a ella todo el pueblo, y en mayo se cantó otra misa y un *Te-Deum* en acción de gracias por la elección del nuevo Papa León XIII.

Merced a la solicitud del P. Obach abrieron los de Cavite un camino desde Dapitan a La Conquista, que hasta entonces habían considerado de imposible realización; de suerte que sin necesidad de embarcarse pudiesen en lo sucesivo discurrir en muy poco tiempo a caballo todo el trayecto.

Por este tiempo cayó enfermo de calenturas el P. Vilaclara, y se embarcó para Cebú en una goleta, acompañado del H. Valentín Gros, quedando solo



en la residencia el P. Obach durante un mes que tardaron en llegar dicho Hermano y el P. Ceballos, que suplió al P. Vilaclara en su ausencia.

El día 11 de octubre se puso también enfermo el P. Obach y el 14 llegaba en el cañonero *Panay* a Dapitan el P. Luengo en calidad de visitador diocesano, y en nombre del Rdo. P. Superior de la misión, con los PP. Canudas y Boada.

Después de recorrer el partido recibió el P. Visitador los últimos votos del P. Obach con asistencia de los demás Padres y el Hermano, el comandante militar, el del cañonero, la principalía y el pueblo.

En 1879 se fundó la nueva reducción de subanos de Barcelona dos horas más arriba del pueblo de Ilaya en dirección a Taliatip, perteneciente a la misión de Dapitan. Construídos ya el camarín que debía servir de iglesia provisional, el convento y una porción de casas, recibieron la visita del Rdo. P. Superior de la misión que había llegado a Dapitan el día de San Juan Bautista en el vapor *Ormoc*; quien observando que por la mayor distancia no podría estar convenientemente asistida, les aconsejó, y así lo resolvieron los subanos de común acuerdo, que se trasladara a media hora de Ilaya, junto al río del mismo nombre, como en efecto lo ejecutaron.

Observó asimismo el Rdo. P. Superior que el convento de este pueblo amagaba ruina y mandó derruirlo. Embarcóse luego con el P. Obach el 4 de julio hasta Misamis, donde prosiguió su viaje con el señor Gobernador de Cagayan hasta el Salvador, para continuar su visita en la residencia de Baliangasag.

A la vuelta se detuvo el P. Obach en Baliangao y bendijo su nuevo cementerio por haberse abandonado el viejo; porque además de estar situado en el mangle y ser inundado por las mareas altas no pocas veces se había visto el caimán pasearse dentro de él.

El 24 de julio hizo escala por primera vez en Dapitan el vapor correo interinsular y el 27 de noviembre les llevó al P. Domingo Viñals, nombrado misionero auxiliar del P. Obach en sustitución del P. Boada.

Toda vez que en la ranhería de Dioyo no se había notado adelanto alguno; de acuerdo con el Rdo. P. Superior de la misión resolvió el misionero suprimirla trasladando los nuevos reducidos de ella unos a Barcelona y otros a Baliangao.

En este pueblo, a pesar de contar cuatro cabecerías y dieciséis años de fundación, se celebró por vez primera su fiesta en febrero de 1880, porque al principio la gente andaba tan perdida que no había sido posible encarrillarla; mas a partir de este año, gracias a Dios, iba navegando viento en popa, de bien en mejor.

El 22 del mismo mes llegaron en el vapor correo *Gravina* a Dapitan cuatro Madres del Beaterio de la Compañía de María de Manila es a saber: Agapita Domingo, Superiora; Máxima de León, maestra de las niñas de escuela con título de la escuela normal de Manila; Prudencia López y Antera de la Cruz. Hizoseles espléndido recibimiento acudiendo a la playa la principalía con la música y toda la masa de la población, atraída por el afecto y la curiosidad; y fueron instaladas en una buena casa comprada expresamente para ellas. Extraordinario en gran manera ha sido el fruto que ha reportado el pueblo y el partido de su enseñanza y buen ejemplo, y muy en particular las jóvenes y las niñas que bajo su dirección se han instruido y educado cristianamente.

El 9 de junio visitó el Gobernador del distrito, D. Leopoldo Roldán, la cabecera del partido después de más de doce años que no se había practicado; mas desde entonces, con ocasión de la lancha de vapor nuevamente adquirida, fueron más frecuentes estas visitas. Con asistencia de los dos comandantes militares, entrante y saliente, de los Padres y principalía, presidió los exámenes en las escuelas y complacido del resultado atestiguó, que sus alumnos eran los más instruidos y adelantados del distrito.

A principios de julio mataron los moros en una ranchería de esta cabecera a dos individuos, hirieron a cuatro y se llevaron a otros cautivos. Dióse parte de ello a Cagayán, y el resultado fue que en 26 de septiembre fondeó en Dapitan el cañonero *Samar* que a más de su dotación llevaba consigo veintitrés soldados de infantería al mando de un capitán, un sargento y un cabo europeos, con un parte del señor Gobernador general de Mindanao; para que, según lo prevenido por el Excmo. Sr. Capitán General de Filipinas, se pusieran todos a las órdenes del Comandante militar D. Fernando González y fueran a rescatar los mencionados cautivos. Agregáronse a esta fuerza noventa o cien cuadrilleros voluntarios del partido, y el P. Obach se ofreció a acompañar a los expedicionarios con el fin de prestar los auxilios espirituales que fuesen necesarios durante la jornada.

Salieron pues de Dapitan el 1.º de octubre; a las tres de la tarde fondearon, pasaron luego detrás de la punta Dauigan y a las nueve de la mañana del 2 se hallaban frente del pueblo moro de Talingan, cuyo principal era el dato Maulana, causante de la piratería de aquella costa. Hecho el desembarco con mucha precaución, permaneció el cañonero con la máquina encendida por si fuera necesario realizar alguna maniobra. Presentóse a poca distancia y en lugar elevado un grupo de moros armados de crises, lanzas, un fusil y una lantaca, que luego se rindieron a discreción; mas como el dato hubiese prometido por medio de un enviado que se presentaría luego, y tardase; creyó el señor coman-

dante que era una estratagema para ganar tiempo y resolvió ir a buscarle en su propia casa. Durante este intervalo, ocurrió al paso de la comitiva un pandita ricamente vestido, acompañado de varios moros armados, dirigióse al señor comandante y le preguntó en buen castellano, si iban como amigos y con intenciones pacíficas. Respondióle el comandante que la prueba de que los moros no querían ser amigos la daba incontestable el mismo dato, toda vez que sabiendo que estaba allí el comandante de Dapitan y a pesar de haberle mandado llamar muchas veces, no se había presentado, y que si no lo ejecutaba pronto le iría a buscar a su casa. Se retiró el pandita, y como tardase en responder y afluyesen por todos lados moros armados a la casa del dato, hicieron sospechar al Sr. Comandante lo peor, y a marcha doble se encaminó la expedición hacia dicha casa. Por fin volvieron los soldados acompañados del dato, del pandita y unos cuarenta moros de escolta bien armados. Al divisar el dato al Sr. Comandante y a los expedicionarios, hizo como si estuviese cansado; se sentó, comenzó a gritar y a compás de sus gritos poníanse los moros en movimiento; mas cuando se le exhortaba a que se acercara para la vichara, se hacía el desentendido. Ante tal actitud el Sr. Comandante mandó a los soldados prepararse, para hacer fuego cuando él se lo ordenara. Los moros se iban colocando en las alturitas, tomando posiciones. A lo mejor se oyó un grito entre los moros, seguido de la voz de «fuego» del Sr. Comandante. En pocos minutos hicieron los soldados 800 disparos. Murieron el dato y el pandita y sobre cuarenta moros y algunos subanos que hacían causa común con ellos, uno de los cuales fue el famoso dato Alimudín, que cayó a cuatro pasos del Padre. De los soldados no hubo más que un herido grave de lanza y algunos contusos. A la retirada, el señor Padriñán, comandante del cañonero, envió a los enemigos cuatro granadas, que al estallar en aquellos bosques, produjeron formidable estruendo.

En 25 de enero de 1881 regresó el P. Vilaclara enteramente restablecido y fue recibido en su misión de Dipólog por casi todo el pueblo con su banda de música y acompañado hasta la iglesia.

Las nuevas rancherías del río de Lubungan, con la venida del Padre, se reorganizaron y le enviaron comisiones, suplicándole se dignase ir a visitarles y nombrarles tenientes y demás oficiales de justicia.

El 25 de febrero se le presentó el teniente de Dicayo acompañado de la flor y nata de los subanos de aquel río; invitándoles a que los visitase. A las dos horas estaba el misionero embarcado llegando con ellos al lugar hacia las ocho de la noche; halló en este nuevo punto seis casas comenzadas y se albergó en el convento que le habían construído, bastante capaz y de mejores condi-

ciones que varios de visitas antiguas. Celebróles misa tempranito al día siguiente, reuniéndose treinta y siete hombres y trece mujeres, para quienes sorteó varias prendas de vestir; nombróles comisionado muy de su gusto y les exhortó a que procurasen para la instrucción de sus hijos un buen maestro y una buena maestra, pues hasta entonces habían vivido todos, chicos y grandes, en la más completa ignorancia; porque carecían de dinero y palay y se alimentaban de solas raíces. Quiso el Padre que se ofreciese siquiera el pueblo a pagar a los maestros después de la cosecha veinticuatro cabanes de palay de medida grande al año, prometiéndoles en el entretanto, que tan pronto tuvieran terminadas las escuelas se los mandaría, corriendo por cuenta del misionero el mantenerlos hasta aquel tiempo.

Hacia mediados de marzo se le presentaron todos los cabecillas o datos del pueblecito de Toocan, en el río de Lubungan, a fin de que les diese un teniente. Hízose la elección a satisfacción de todos en casa del misionero, dándose parte del acto celebrado al señor gobernador del distrito, para que se dignase extenderle el título de justicia y se considerase definitivo el mando, que con carácter de interinidad le había dado el P. Vilaclara. Tenía a la sazón Toocan varias casas; hacía un año que vivía allí la maestra, y estaban todos muy animados para construir iglesia. A nadie, sin embargo, había bautizado el Padre, esperando hacerlo cuando estuviesen más acostumbrados a la vida civil; para atender sin embargo al deseo manifestado por los padres bautizó a los hijos, y dio a la ranchería el nombre de San José.

El 9 de marzo bendijo el P. Obach la nueva iglesia de Barcelona. Con este motivo se celebró una fiestecita a la que acudió casi todo el vecindario de Ilaya y en ella bautizó el Padre a tres hijos gemelos de un matrimonio infiel, robustos y bien sustentados por su propia madre, a quienes se les dio por nombres: Justo, Pastor y Esperanza. Construyéronse en dicha iglesia además del altar mayor dos colaterales y gradas de camagón para cerrar el presbiterio.

A mediados del año anterior se había emprendido en Dapitan el cierre de la boca del río, que en efecto se llegó a cerrar; pero una fuerte marejada la abrió de nuevo: insistióse en cerrarla por diferente punto; mas, cuando se había ya casi logrado del todo, sobrevinieron las grandes mareas vivas de junio que la abrieron por segunda vez. En vista de ello, se suspendió indefinidamente el trabajo; porque viendo el Padre que el comandante estaba empeñado en proseguir la obra, escribió particularmente al gobernador del distrito, rogándole tuviese la bondad de ordenar que no se obligara en adelante a proseguirla y que, tan sólo se permitiera trabajar en ella



a los que voluntariamente se presentasen. Accedió a ello el Gobernador y se abandonó por completo aquel trabajo.

El día 11 de junio llegaron a Baliángao, donde les aguardaba el P. Obach, los PP. Francisco Martín Luengo y Antonio Chambó; el primero en calidad de visitador y delegado apostólico, para conferir el sacramento de la confirmación a los habitantes del partido. Recibieronla 2,123 personas. Concluída la visita diocesana salió el P. Luengo en 7 de agosto para Manila, quedando el Padre Chambó en Dapitan dedicado al estudio del dialecto subano, que aprendió lo suficiente para darse a entender predicando y catequizando a los infieles.

Hizo su primera excursión a fines de agosto, publicando el santo jubileo a los ilyanos, dándoles inmediatamente después una misión en que se distribuyeron cerca de setecientas formas. Proseguió el P. Chambó su tarea entre los cristianos monteses, que participaron asimismo del privilegio, siendo muy pocos los vecinos cristianos que se hicieron sordos al divino llamamiento.



---

## CAPÍTULO XXIX

**El P. Heras Superior de la misión y Rector del Ateneo.—Distribución de premios en 1875.—Mejoras materiales.—Congregación de San Luis.—Deportados a Marianas.—Jubileo.—Salida del general Malcampo y entrada de Moriones en Manila.—Falta de personal y ofrecimiento de Moriones.—Rehúsanse otros ofrecimientos.—División de cargos de Superior y Rector del Ateneo Municipal.—Mejoras y reformas; altura de la enseñanza y educación de los alumnos descritos por el P. Ramón.—Anamitas.—Selección de misioneros.—Utilidad de jóvenes escolares para la enseñanza.—Actos públicos del Ateneo Municipal.**

**E**L 25 de diciembre del año 1874 se leyó en el refectorio la patente de Rector del Ateneo Municipal de Manila a favor del Rdo. P. Heras.

Celebróse este año en dicho establecimiento la solemne distribución de premios en un salón formado de tres clases y en el cual se había construido un escenario decorado por el mejor pintor que se halló en Manila. Representóse antes de comenzar la distribución, el drama titulado «El puñal del godo». Al final del acto se repartió al público un cuaderno elegantemente impreso con los nombres y apellidos de los alumnos premiados y expresión de las asignaturas en que lo fueron. Esta práctica se adoptó por costumbre en los años sucesivos.

Durante las vacaciones se ejecutaron en el Colegio mejoras importantes recibidas con satisfacción por propios y extraños, merced a las cuales pudo elevarse el número de internos al principiar el nuevo curso a 104, conforme al número de camarillas habilitadas en el dormitorio, aplicándose también para el mismo uso parte de la casa llamada «Enrich».

Los salones de estudios se trasladaron parte en la obra nueva que había hecho construir el P. Lluch, y parte en un hermoso y fresco salón que hizo fabricar el P. Heras en los soportales del patio del Colegio.

El día de San Luis se inauguró su Congregación en la nueva capilla doméstica, que hizo disponer convenientemente el Rdo. P. Superior.

Este año, aportaron en Manila dos vapores abarrotados de republicanos deportados a Marianas. Fueron a visitarles algunos de los Nuestros a bordo del *León* y del *Yrurac-vat*. Repartióles el Rdo. P. Superior suficientes prendas de ropa para que pudiesen andar decentemente vestidos, empleando en esto varias limosnas que había recibido de algunas familias de Manila.

Grandísima edificación dieron nuestros alumnos del Ateneo Municipal y de la Escuela Normal de Manila con ocasión del jubileo universal prolongado en Filipinas hasta el presente año; practicáronse en su cumplimiento las visitas prescritas a varias iglesias, los días 24, 25 y 26 de enero, en forma de procesión a las ocho de la mañana según el orden siguiente: Rompían la marcha en dos numerosas filas los alumnos de la escuela normal, así internos como externos, precedidos de estandarte blanco llevado por uno de ellos; seguían los Congregantes con otro de la Inmaculada, enarbolado por uno de la Junta Directiva; a continuación, iban un millar de alumnos del Ateneo con el mismo orden; en pos de los cuales marchaban los Padres de ambos colegios, y por determinados intervalos los Profesores, acompañados de dos de sus discípulos rezando el santo Rosario y cantando las letanías de los santos; respondiendo a todo los alumnos religiosamente desde las filas. Así recorrió la procesión los templos designados por el señor Arzobispo y terminadas las preces, dos coros de niños cantaban alternativamente las letanías de la Virgen, procediendo en todo la comitiva con sumo orden y compostura. Acompañábanles muchos ciudadanos ganosos de lucrar la indulgencia plenaria otorgada por el Sumo Pontífice en este santo jubileo.

El Teniente General D. Domingo Moriones y Murillo sucedió al Contralmirante de la Armada D. José Malcampo y Monge, en los cargos de gobernador y capitán general del Archipiélago, el día 26 de febrero de 1877. Halló al llegar insubordinados a los artilleros peninsulares, gracias a la debilidad de su antecesor; y con su habitual energía militar restableció muy pronto las cosas a su estado normal; porque embarcó en el mismo vapor en que iba el Almirante, cincuenta y dos de los culpados a la Habana, y pasó por consejo de guerra a otros cinco, que fueron sentenciados a pena capital. Puestos en capilla, dos de ellos fueron fusilados y los demás indultados.

Así que sonó la funesta descarga en la plaza del cuartel, salió de improviso montado a caballo el General, empuñando su desnuda espada; y colocándose entre los ensangrentados cadáveres y el regimiento indisciplinado, les increpó duramente; terminando con esta frase: «Así mueren los traidores», y

se retiró, dejándoles a todos asombrados y al principio de autoridad rehabilitado. Fue cumplido y honrado caballero y exigió mucha moralidad en todos los ramos de administración.

Habiéndole visitado el P. Heras como Superior de la misión, le pidió el General misioneros para Joló; díjole que se lo comunicaría por oficio y deseaba que los enviase dentro de tres días; acentuó la nota de que íbamos muy despacio en tomar los pueblos de Mindanao, y haciéndose cargo de que era por falta de personal, añadió que hiciésemos una exposición al Gobierno para que nos diese casas en España a fin de formar misioneros y él la apoyaría, y que contáramos en Mindanao con toda su protección.

A fines de 1877 contaba la misión de Filipinas cuarenta y seis Padres, doce Hermanos Escolares y treinta Hermanos Coadjutores.

Cuando se dividió la provincia de España en las de Castilla y Aragón, en 7 de agosto de 1863, fueron aplicadas a esta última provincia las misiones de Filipinas, Chile, Paraguay y Brasil, siendo el número de sus individuos: Padres, 125; Hermanos Escolares, 126; y Hermanos Coadjutores 107; total, 358 religiosos. En las citadas misiones: Padres 69; Hermanos Escolares 21; Hermanos Coadjutores 36. Quedaban por lo tanto en España, de la provincia de Aragón, 232 individuos clasificados de esta manera: Padres 26; Hermanos y novicios estudiantes 105; Hermanos y novicios coadjutores, 71. No era, pues, de extrañar la falta de personal formado en la provincia, para enviar a las misiones; ni que de 61 sacerdotes que mandaron los Superiores a Filipinas durante los dieciocho primeros años, 23 fueran novicios o recién hechos los votos del bienio.

Antes de comenzar el curso de 1879-1880 el señor Gobernador civil de Manila manifestó su deseo al P. Heras de que la Compañía tomase a su cargo, al menos interinamente, la dirección de las Escuelas de Artes y Oficios que se pretendía establecer en dicha ciudad y que formasen el reglamento para las mismas. Respondióle el Padre que le era imposible aceptar su ofrecimiento por falta de personal; y por el mismo motivo tampoco pudieron pasar al Ateneo las clases de Escuela de Náutica, ni tomar la Compañía a cargo la dirección de un Seminario que se le ofreció.

Por este tiempo se hallaban unidos en un mismo sujeto los cargos de Superior de la Misión y Rector del Ateneo Municipal, lo que no dejaba de ser un grande inconveniente para la buena marcha de dicho establecimiento, por las frecuentes y duraderas ausencias del Rdo. P. Rector en su calidad de Superior de la misión, a Mindanao; y así se lo significó el M. Rdo. P. General Pedro Becks en carta de 3 de abril del mismo año al P. Heras en estos térmi-



nos: «*Ex CC. observationibus reapse R. V. videtur nimirum gravari in gubernatione totius missionis et simul Collegii manilani. Nec fieri potest quin disciplina Collegii plus minusve relaxetur, dum R. V. abest generalis visitationis causa: quod quidem esse poterit per plures menses cum stationes tam distantibus in locis positae sint. Quamobrem censeo melius futurum, si R. V. cum P. Provinciali ageret de separatione duorum istorum munerum; et interea aliquis isthic constitueretur, qui rerum domesticarum curam immediate ex proprio officio susciperet quem facile possent adire subditi pro rebus ad collegii disciplinam pertinentibus*». El P. Heras expuso sencillamente que, como quiera que dentro de un par de años el Colegio estaría ya terminado, podría entonces realizarse la separación; porque el Superior de la misión podría vivir con sus consultores en la casa-matriz y el Rector del Colegio con toda su gente en el Ateneo Municipal separados por una calle y unidos por un puente y que mientras tanto al P. Pablo Ramón se le dejaba obrar con toda libertad como si de facto fuese el Vicerrector del Colegio, y, en efecto, este dictamen fue el que prevaleció en la práctica y adoptaron luego los Superiores mediatos en Roma y en España durante el superiorado del P. Heras.

En 19 de agosto de 1879 fue recibida en el Ateneo la misión presidida por el P. Juan Ricart; el cual fue enviado el 16 de septiembre a Mindanao, donde permaneció quince meses en calidad de misionero, los necesarios para adquirir conocimiento práctico de aquellas misiones y ejercitar su celo entre cristianos e infieles.

El día 1.º de enero de 1881, se leyó la patente de Rector del Ateneo Municipal a favor del P. Pablo Ramón y el 25 del mismo mes la de Superior de la misión para el P. Juan Ricart.

El Colegio había logrado ya las cuatro fachadas. Todos aquellos casuchos contiguos a la casa-escuela de aquellos tiempos habían desaparecido para dar lugar a un buen edificio con todas las dependencias de los de su clase y tan sólido y elegante según los planos del H. Sáez (Vita), que no sólo resistió los famosos temblores ocurridos en la capital; sino que además sirvió de modelo a las nuevas ordenanzas, que para las construcciones se publicaron.

El primer acto del nuevo Superior fue la visita del Ateneo.

Era el P. Ramón un excelente Rector que con sus oraciones, ejemplo, doctrina y asiduidad, llevaba a maravilla el Colegio.

Antes de comenzar el nuevo curso 1881 a 1882 propuso al P. Superior y éste al Rdo. P. Provincial la compra de una nueva casa perteneciente a un dueño, que la cedía a cambio de otra que hallasen vendible y de su gusto.

Inaugurado el curso, se introdujeron desde el principio varias reformas, así en los estudios como en el internado, conforme a las instrucciones recibidas del Rdo. P. Provincial Juan Capell. Suprimiéronse las salidas mensuales que tanto perjudicaban a los internos y se introdujo en las clases el método del *Ratio studiorum* que practica la Compañía. Todas las clases tuvieron a sus tiempos certámenes muy lucidos, que terminaron con una pública mensual el día 7 de marzo de 1882 dedicada al Angélico Doctor Santo Tomás y en la que brillaron los ingenios de los alumnos Marcelino Cuesta y Víctor Penado dispuestos a defender cualesquiera de las cincuenta tesis sacadas de toda la filosofía, en latín, y a responder a todas las dificultades o argumentos que en forma silogística les fuesen presentadas: primero, por los arguyentes señalados, que fueron los señores Marcos Arcenas, José Albert, Juan Miciano y Eugenio Otadui, y luego por los Religiosos de diversas Ordenes religiosas incluso los de la Universidad que la honraron con su asistencia. Un Padre Paul tomó parte en los argumentos con mucha brillantez.

Hubo este año en el Ateneo ciento sesenta internos, cuatrocientos cincuenta externos; tres clases de primera enseñanza, todas las de segunda y carreras de aplicación a la agricultura, industria y comercio, sin contar para tanta gente y asignaturas con más que diecinueve sujetos. Y como el espíritu de los jóvenes fue excelente y todo se había implantado conforme a las exigencias del *Ratio*, los resultados se palparon inmediatamente tanto en el adelanto de las letras como en la disciplina y moralidad. Y por primera vez se presencié el hermoso espectáculo de que muchos de los niños se fueron llorando y con pesar de tener que dejar el Colegio. El gran trabajo del P. Ramón consistió en saber lograr inspirar a los niños espíritu de amor y confianza al colegio y sus profesores con la eficacia de medios interiores.

En cuanto a ministerios, de los cuales era imposible prescindir en Manila, los PP. Guerrico y Bertrán se portaron como dos apóstoles, tanto en la ciudad como en sus arrabales, confesando y asistiendo a enfermos y moribundos.

Por octubre de 1881, hizo preguntar el cónsul de España en Hong-Kong, si recibirían los Nuestros en los colegios de Manila a tres hijos del ministro de Comercio del Imperio Anamita, que deseaba enviar, para que aprendiesen en ellos la lengua y costumbres españolas y fuesen más tarde a España. La misma pregunta se repitió en marzo de 1882 por mediación del Capitán General Primo de Rivera. El motivo de esta petición era político; porque viéndose el Gobierno anamita en peligro de que se le echasen algún día encima los franceses apoderados de la Cochinchina, había firmado un tratado con España. Habiéndose tomado los Nuestros el tiempo necesario para considerarlo, res-

pondieron que los admitían a condición de que se habían de sujetar a todas las prácticas y usos del colegio, incluso los actos religiosos, a los cuales asistirían con el debido respeto exterior y se habrían de colocar en todo caso en la Escuela Normal, donde se les pondría en aposentos separados con un criado chino cristiano que les sirviese. Los príncipes anunciados no se presentaron.

Escribió el P. Ramón en 7 de abril de 1882 al Rdo. P. Provincial Juan Capell, una bien pensada carta en la que se contiene de un modo adecuado lo que venía a ser entonces el Ateneo, material y formalmente considerado. Creo será del agrado de nuestros lectores trasladar aquí sus principales conceptos para formárselo mejor de la altura que había alcanzado este centro de enseñanza:

«El Ateneo municipal, después de varias metamorfosis ha llegado a tomar formas y dimensiones de un edificio capaz, cómodo y elegante por dentro y fuera, sin exceder los límites de la modestia. Está junto a la muralla y frente a la bahía lo que realza sus condiciones higiénicas, que son inmejorables. Falta todavía mucho hasta completar la obra proyectada en los planos. Este año podrá contener holgadamente 170 alumnos internos. El edificio es todo de madera, con techo de hierro y tiene dos pisos a más de los bajos de la casa donde se encuentran las clases, a lo largo de una galería o corredor que da vuelta alrededor del edificio. En el espacio que deja libre este corredor o galería, se hallan dos patios bastante capaces para recreo de los alumnos internos, separados ambos por las paredes del salón de actos, que se levanta en medio del espacioso cuadrilongo, y en dirección transversal a la del edificio. A uno de los lados de este cuadrilongo y en dirección también transversal a la del edificio están la capilla provisional de los colegiales y el comedor que se está ahora construyendo, y lo estará ya, Dios mediante, para el próximo curso. Es de treinta metros de largo y once de ancho.

»El primer piso tiene dos alas contiguas ocupadas por los aposentos de los Nuestros; una lo está por el gabinete de física y museo de Historia Natural y la otra contiene la ropería, enfermería y tres salones de estudio, todos capaces de contener de 70 a 80 colegiales.

»Frente de los aposentos y salones y corriendo todo el edificio, hay una galería o corredor muy espacioso con ventanas que miran a los patios. En este piso se halla el salón de actos, que es una pieza muy capaz, elevada y hermosa bajo todos conceptos, al mismo tiempo que sencilla por su construcción. Ordinariamente se habilita para academia de dibujo y pintura.

»El segundo piso está todo destinado a dormitorio de los alumnos internos

y sus dependencias. Consta de tres espaciosas salas, correspondientes a la cara de enfrente, que tiene vista al mar y dos laterales. En cada una de ellas hay cuatro líneas de camarotes, con espaciosos corredores que la separan y buenas caídas o galerías alrededor de todo el dormitorio. Los camarotes se cierran de noche, pero las cerraduras están de tal modo dispuestas que los niños pueden de noche abrir, sin poder volver a cerrar, providencia necesaria por la frecuencia de los temblores. Tienen encima un enrejado de alambre, para impedir toda comunicación de un camarote a otro; cuatro de los Nuestros duermen en el mismo dormitorio, teniendo sus aposentos en puntos, desde donde pueden fácilmente dominarlo y vigilarlo y se obliga a los niños a que llamen a la puerta del propio inspector para que los vaya a cerrar.

»Tiene el colegio anejas dos casas: una pequeñita construida sobre el mar a cien metros de distancia del colegio y otra grande a orilla del Pásig, distante de Manila legua y media a donde los internos van todos los meses a pasar un día de campo, pudiendo ir y volver en vapor en tiempo de lluvias.

»En cuanto a la parte formal o a los estudios, este colegio es de primera y segunda enseñanza, de estudios generales y de estudios de aplicación a la industria, agricultura y comercio.

»Las clases de primera enseñanza son tres, en las cuales se enseña desde el A B C hasta completar toda la primera elemental. Después de éstas sigue otra con el nombre de primera enseñanza superior, pero con la realidad de *ínfima latinitatis*, que hemos añadido *a parte antea* a los cinco cursos académicos de estudios generales, que prescribe el plan del Gobierno. En esta parte se enseña todo lo prescrito para la ínfima de nuestro *Ratio*; pero sin que los alumnos se matriculen, dando asimismo con alguna más ampliación algunas asignaturas de primera enseñanza, que pueden considerarse como los *accessorios* de nuestro *Ratio* y la completan de una manera muy satisfactoria.

»La segunda enseñanza en el ramo de estudios generales, comprende cinco cursos académicos; el primero y el segundo quedan convertidos en la *media* y *suprema* de nuestro *Ratio*; el tercero y cuarto en las clases de Humanidades y Retórica. Con éstas deben simultanearse los dos cursos de Matemáticas que prescribe el plan del Gobierno y cuyo estudio debe preceder al de la Física, la Historia Natural y la Filosofía. Para que la enseñanza de ésta pudiera hacerse con la extensión que prescribe nuestro *Ratio* y fuera de de-sear; sería preciso añadir *a parte post* a los cinco cursos académicos, otros dos cursos, o a lo menos uno, así como para completar el estudio de las letras les añadimos un curso *a parte antea*; pero hasta ahora no hallamos medio para ello, no obstante de ser éste nuestro mayor deseo.



»Entretanto nos contentaremos con favorecer la Filosofía del modo que nos sea posible, dedicando a ella tres horas diarias de las cinco que hay de clase, o sea dos clases diarias de hora y media cada una. Con esto y con tener un autor como el Compendio del P. Liberatore, se consigue ver sumariamente toda la Filosofía. La extensión con que la han visto los alumnos de este año, la podrá V. R. calcular por las *Theses de universa philosophia* que se defendieron en público con asistencia de los religiosos de San Agustín, de Santo Domingo y PP. de San Vicente de Paúl, quienes tomaron varias veces la palabra, quedando todos altamente satisfechos de las respuestas de los defendientes, manifestando deseos de volver siempre que para tales actos se les invitase. Yo, a la verdad, lo quedé muy mucho y con nuevos deseos de trabajar en bien de esta juventud. El Sr. Arzobispo, que había sido invitado, llegó cuando estaba para concluirse el acto, por haber estado ocupado aquella mañana confirmando en la capilla de su palacio.

»La segunda enseñanza en el ramo de estudios de aplicación comprende las asignaturas necesarias para los títulos de perito agrónomo y perito mercantil; no obstante que en el decreto de creación del Ateneo se nos faculta para los títulos de perito mecánico y perito químico, hasta ahora no se han puesto por falta de personal. Todas las carreras se hacen en tres años, después de completada la primera enseñanza.

»Hay además para los alumnos internos clases de música, reducidas a solfeo y piano; de dibujo y pintura y de gimnasia.

»En las de segunda enseñanza se sigue exactamente el *Ratio*, tanto en el sistema de prelecciones y repeticiones, como en el tiempo de clase, distribución del mismo, y uso de la lengua latina con resultados encantadores; pues he asistido a certámenes de las clases media y suprema que han durado más de dos horas y en ellos no se ha empleado otra lengua que la latina, que hablaban con propiedad y soltura. Lo hecho basta para probar, que la manera de llegar a que los sólidos estudios prosperen, y que los alumnos de nuestro colegio se formen bien «mente et corde», es la prescrita en nuestro *Ratio*.

»Los alumnos que durante este curso han frecuentado nuestras clases, han sido de 600 a 700, de los cuales 150 son internos, siendo todos los demás externos.

»Las obras y prácticas de piedad destinadas a la formación moral y religiosa de los alumnos son: oír misa todos los días, confesar y comulgar cada mes, plática en común cada quince días; ídem en la clase cada semana, o explicación de catecismo, que les hacen los respectivos profesores y letanías cantadas todos los sábados en la capilla del Colegio.

»Para los alumnos notables en todas las clases por su piedad y aprovechamiento, hay una Congregación de la Anunciata y de San Luis Gonzaga, que cuenta cerca de 200 congregantes, internos y externos. Estos se reúnen todos los días de fiesta en el Colegio, donde después de cantado o rezado el oficio parvo, oyen misa, en la cual comulgan todos los domingos la mayor parte de los congregantes, concluyendo con una plática o exhortación a la virtud.»

El día 6 de septiembre de 1882 llegó en el *Valencia* a Manila una selecta misión presidida por el P. Hermenegildo Jacas, con quien se habían embarcado los PP. Joaquín Sancho, Francisco Javier Dalmases, Ignacio Majó, José Murgadas, Valentín Altimiras, y los HH. CC. Francisco Massot, Cristóbal Morros, José Jeremías y Francisco Spa. Estando todavía en Singapore se apresuró el P. Ricart a manifestar por ello su gratitud al Rdo. P. Provincial Juan Capell en estos términos: «Doy a V. R. un millón de gracias por la escogidísima misión que ha tenido la caridad de mandarnos. En efecto, por comunicación oficial, supimos los nombres que la de V. R. ha confirmado. Su lectura ha causado en todos profundo agradecimiento y devoción y en mí hasta confusión por mis anteriores instancias. Dios Nuestro Señor pagará con creces a la provincia tan generoso desprendimiento. He escrito a Fiesoli significando nuestra satisfacción. Vengan con bien, que mucho los necesitamos.»

Respecto al número, selección de los misioneros y condiciones que han de tener los que se hayan de enviar a dichas misiones, escribía el P. Cuevas al P. Costa en 6 de diciembre de 1863, acentuando la nota, lo siguiente: «Se necesita mucho valor para vivir contento en este país, donde son continuos los temblores y se acuesta uno todas las noches con el temor no infundado de que durante el sueño le aplaste el techo de la casa; donde todos los años hay cólera y son espantosos los huracanes y tronadas, muriendo tanta gente fulminada del rayo, que causa horror.

»Yo sería de parecer no se enviase en cuanto fuese posible a Filipinas a ninguno de los nuestros que no pidiese esta misión. La gente que venga ha de ser robusta, pero de pocas carnes, nada nerviosa, de cabeza muy asentada, porque aquí se pierde con facilidad; de edad regular, pues los jóvenes sólo se pueden emplear en la enseñanza; de virtud muy probada y amoldados al espíritu de nuestro Instituto. Guárdese V. R. de enviar a nadie que flaquea en lo más mínimo en materia de castidad. Tienen que traer los estudios concluidos, porque esta no es tierra de letras, si no son de cambio. Los genios coléricos e iracundos guárdese los V. R. por ahí, que aquí los mismos corderos se

vuelven leones, y ¿qué se volverán los que ya lo son? Si no han de ser buenos religiosos, humildes y obedientes los que han de venir aquí, más vale que no vengan.»

Y el P. Ricart en 8 de febrero de 1882 recalca al Padre Capell en esta forma: «Conviene que se escojan los que se hayan de enviar, de virtud sólida, especialmente en castidad, prudencia y amor a la cruz; y algunos de mayor suficiencia en letras y don de gobierno, no sólo para Manila, sino también para algunos puntos principales delicados de las misiones.

»Hace dos años que no vienen jóvenes escolares. Los creemos necesarios para el Ateneo y aun para la Normal: 1.º Porque las clases ahora, según el Ratio, requieren en los profesores ardor juvenil y espíritu libre de aficiones a ministerios. 2.º Porque quedaría un profesorado menos apto para su objeto... Bastará que se envíen dos cada año, de modo que contemos aquí siempre seis u ocho.»

Este año lo fue de calamidades. El cólera se presentó de improviso en Filipinas procedente de Joló y Zamboanga. De Zamboanga saltó a Iloilo y de este último punto se extendió hasta Manila, cerrándose los colegios de la ciudad y sus arrabales. La mayor parte de los internos del Ateneo siguieron en él, porque se hallaban más seguros, ni hubo novedad, gracias a Dios. La universidad fue convertida en hospital de coléricos. Igual peligro corrió nuestra casa de campo de Santa Ana, donde estaba la Escuela Normal de Maestros. Cinco de los Nuestros asistieron a los coléricos y todas las órdenes religiosas rivalizaron en celo con suma caridad en auxiliar a los contagiados. A fines de septiembre había ya casi desaparecido de la capital. Las clases, sin embargo, no se abrieron hasta el 3 de noviembre. El *Te Deum* se cantó por su completa desaparición en el campo de Bagumbayan el 17 de diciembre de 1882.

El 23 de enero de 1883 se celebró en el Ateneo municipal un ensayo público sobre mecánica de los sólidos, en que se desarrollaron *ad libitum* varias de las veinte proposiciones físico-matemáticas tocantes a la Geostática y Geodinámica, o sea equilibrio y movimiento de los sólidos, precedido de un discurso preliminar sobre el origen y progresos de la mecánica, y el día 7 de marzo se sustentaron en honor del Angel de las Escuelas treinta theses: diez de lógica, diez de psicología y diez de ética por los alumnos de filosofía Antonio Balmori y Juan Berzosa; impugnando al primero Cirilo Cañizares y Vicente Elio, y al segundo José de Ocampo y Manuel Román.

El P. Rector Pablo Ramón con sus especiales aptitudes logró levantar muy alto el espíritu del internado y el nivel literario y científico del establecimiento

ajustando sus estudios a las exigencias del Ratio. El día 8 de abril de este mismo año escribía a este efecto al Rdo. P. Capell: «Convertida en clase ínfima la que antes era de primera enseñanza, nos queda bastante espacio dentro del plan oficial para dar a estos estudios toda la extensión del Ratio; pues tenemos tres clases de gramática, una de humanidades propiamente dicha y una clase de retórica. En cuanto al tiempo y método se sigue en todo el Ratio.

»La parte de ciencias, y especialmente la filosofía, quedan algo mancadas. No es posible segregar algo a las letras para darlo a las ciencias, amalgamando por ejemplo en un solo curso las humanidades y la retórica; porque el plan oficial no lo permite, por cuanto pone la retórica en cuarto año, debiendo ir precedida de tres cursos de latín; y así el año añadido convirtiéndose en clase ínfima la de primera enseñanza superior, ha sido todo en favor de las letras, sin que de ello reportaran utilidad las ciencias.

»No se creyó conveniente en un principio añadir un año más «a parte post», o sea distribuir en seis años académicos las asignaturas necesarias para el bachillerato, porque las circunstancias son difíciles y la experiencia enseña que las cosas *sensim sine sensu* se hacen mejor.

»Lo que entonces no se creyó conveniente casi lo creemos tal ahora, y así estamos dispuestos a dar el último tiento y a no parar hasta poner las cosas en su verdadero punto.

»Con el pretexto de dar más importancia a las matemáticas, el estudio de éstas no principiará hasta el cuarto año académico, cuando desembarazados de las letras y lenguas que requieren tanto tiempo, puedan con preferencia dedicarse a ellas, consagrándose más tiempo del que ahora se les señala; con esto el tercer año académico será de solas humanidades sin mezcla alguna.

»En el cuarto académico se simultaneará la retórica con la aritmética y álgebra, distribuyéndose entre las dos las cinco horas de clase.

»El quinto académico se empleará en la geometría y trigonometría, filosofía e historia natural.

»En el sexto se completará la filosofía y juntamente se enseñará la física, continuándose el estudio de las matemáticas para completar los conocimientos elementales de los años anteriores con las teorías del álgebra superior y de la geometría analítica, tomando de la primera todo lo relativo a las secciones cónicas.

»Con esto estaremos en perfecta conformidad con el Ratio...

»Las matemáticas dadas con la extensión antedicha, serán suficiente preparación para los que quieran dedicarse a carreras especiales después de con-



cluida la segunda enseñanza; pues no tendrán así necesidad de prepararse por espacio de un año en academias especiales, como hasta ahora había sucedido.

»Este colegio está autorizado también para dar toda la segunda enseñanza en el ramo de aplicación. Este ramo se subdivide en otros cuatro, que son: comercio, agricultura, mecánica industrial y química industrial, habilitándose con los estudios respectivos los alumnos, para obtener el título de perito en cada uno de ellos.

»Los de comercio y agrimensura se han conferido en este colegio desde un principio; los de mecánica y química no se habían enseñado hasta ahora... Mas con ocasión del cambio que se ha venido obrando en el comercio y la industria, es conveniente que el Ateneo municipal atienda a esta necesidad, añadiendo a los actuales estudios los que se requieren para obtener el título de perito mecánico industrial.»



---

## CAPÍTULO XXX

**Instalación de la Escuela Práctica en la Normal. — Cambio de Director. —**

**Apertura de curso. — Suspensión del Real decreto de secularización de la enseñanza. — Fiesta titular. — Congregación. — El reconocimiento de firmas ante el juzgado por los profesores de la Escuela Normal. — Resolución de este conflicto. — El P. Naval y el P. Torra. — Arruina un temblor el edificio y se traslada la Normal a Santa Ana. — Razones en pro y en contra de su continuación. — Nuevo edificio levantado en la Ermita para Normal y Observatorio, proyectado y realizado por el P. Juan Ricart.**

**D**URANTE los meses de abril y mayo de 1866 se realizaron en la planta baja del edificio de la Normal algunas obras a fin de instalar en ella la Escuela Práctica de instrucción primaria, que luego se inauguró regentada por los alumnos normalistas bajo la dirección de uno de los profesores, concurriendo a ella por término medio doscientos niños indígenas.

Las prácticas de piedad acostumbradas se reducían a que todos los días hacían los alumnos su ofrecimiento de obras, oían el santo sacrificio de la Misa, tenían su lectura espiritual, rezaban en común el santo Rosario y confesaban y comulgaban por lo menos una vez al mes, preparándoles de antemano con una exhortación alguno de los profesores, y una vez al año hacían, internos y externos, los santos ejercicios durante cuatro días bajo la dirección de un Padre, terminándolos con la sagrada comunión durante la mañana del quinto día.

En abril de 1867 tuvieron lugar los primeros exámenes públicos de estos niños, repartiéndose luego algunos libros y medallas, por vía de premios, a los más dignos por su aplicación, aprovechamiento y buena conducta.

El 14 de mayo de 1868 se verificó el cambio de Director de la Escuela Normal, pasando el P. Baranera al Ateneo y entrando en su lugar el P. Sanz.

Por superior decreto de 22 de marzo de 1869, fue trasladada la época de la apertura de curso de la Escuela Normal, que venía verificándose desde su ins-



ALUMNOS DE LA ESCUELA NORMAL DE SAN FRANCISCO JAVIER DE MANILA





talación a principios de enero, a primeros de junio, en que tenía lugar la de los demás establecimientos de enseñanza del Archipiélago. Los profesores eran cinco, sucediéndose las clases con la acostumbrada regularidad durante todo el curso. Mas al comenzar el año 1871, se recibió la nueva de que el Gobierno de Madrid proyectaba secularizar la enseñanza de la Escuela Normal; el Real decreto estaba ya dado; empero, cayó el Ministro y el sucesor ordenó que siguiesen las cosas como antes estaban. Llegó, en efecto, el Teniente General D. Rafael Izquierdo, sucesor de D. Carlos de la Torre, con la orden de suspender la ejecución del Real decreto, y en su consecuencia se celebraron los exámenes de prueba de curso; primero de los niños de las dos clases inferiores, quedando todos complacidos del despejo y acierto de sus respuestas a las preguntas de sus examinadores, y los días siguientes, de doscientos dos estudiantes normalistas, de los cuales setenta y dos sacaron la nota de sobresaliente, sesenta y tres la de bueno, cuarenta y siete la de regular y veinte la de suspenso; y a continuación el día 5 de abril tuvo lugar la solemne distribución de premios, después de la cual treinta y nueve alumnos recibieron el título de maestros.

A pesar de haberse esparcido por todo el Archipiélago el rumor de la reforma, tan luego se hubo abierto la matrícula para el curso siguiente, ingresaron en primer año ciento treinta niños y el número de internos ascendió a ciento catorce, y más entraran a tener local disponible para ellos. En la escuela práctica hubo también lleno completo. Para que pudiesen todos los alumnos confesarse en la capilla del colegio, fue preciso señalar días diferentes para los internos y externos; confesándose aquéllos el sábado por la tarde y éstos el miércoles, comulgando los primeros el domingo y los segundos el jueves. Celebróse la fiesta de San Francisco Javier, titular del establecimiento, con magnificencia, esplendor y extraordinario regocijo.

No obstante los memorables sucesos ocurridos en Cavite, reinó entre los estudiantes del colegio inmejorable espíritu, y en los exámenes de fin de curso se presentaron trabajos de pluma en mayor número que los años anteriores, regalando al General algunos que le estaban dedicados; y es de notar que, desde que se inauguró este establecimiento, a excepción de 1868-1869, siempre fue en aumento el número de los alumnos matriculados.

Al finalizar el curso visitó el Gobernador civil el establecimiento y quedó altamente satisfecho al contemplar que la instrucción primaria de Filipinas podía muy bien competir con la de la madre patria.

Habiendo decaído la salud del P. Sanz, director de este colegio, fue reemplazado por el P. Naval el día 1.º de enero de 1875.

La congregación de la Anunciada y San Luis Gonzaga, erigida en la capilla doméstica, seguía funcionando sin interrupción, asistiendo todos los domingos por la tarde los alumnos pertenecientes a ella para rezar el santo Rosario y oír la plática del P. Prefecto de la Congregación; correspondiendo el fruto a los fines de su institución; porque además del que se sacaba de dichos ejercicios, muchos se acercaron espontáneamente a recibir con más frecuencia los santos sacramentos de Confesión y Comunión, y los domingos y días festivos visitaban seis u ocho de ellos de diferentes provincias las cárceles y hospitales en compañía de un Padre profesor, y enseñaban la doctrina a los presos y enfermos, que los había de muchas provincias, en sus diversos dialectos, preparándoles a la recepción de los santos sacramentos.

De vez en cuando se veían molestados los Padres profesores de la Normal por los señores alcaldes mayores, o jueces de primera instancia de provincias, quienes exigían su presentación ante el juzgado para el reconocimiento de letras y firmas en calidad de peritos, bajo juramento; sin que les valieran ruegos ni protestas para eximirse de ello, ni invocar la inmunidad eclesiástica, ni el estado religioso de que se hallaban revestidos, ni las prohibiciones del derecho canónico y de su propio Instituto.

A este propósito en 12 de junio de 1878 escribía el Rdo. P. Juan Heras al Rdo. P. Vigordán: «Ayer me llamó a palacio el Ilmo. Sr. Arzobispo; leyóme un oficio en queja contra el director de la Escuela Normal, por haberse negado a enviar dos profesores al juzgado, para un reconocimiento de firmas en causa criminal. Le contesté que estábamos resueltos a no ceder en este punto, que antes dejaríamos la Escuela Normal, si para su conservación se nos quisiese obligar a semejantes reconocimientos.

»Me dijo que aprobaba nuestra resolución, pues era cosa muy odiosa para la Compañía, que se dijese en Manila que fulano y zutano estaban en la cárcel por causa de los Jesuitas, como efectivamente se ha dicho. Nos ha pasado la comunicación por la que el alcalde de Nueva Cáceres pide al señor Arzobispo que comunique al Director de la Escuela Normal, que mande dos Padres profesores al tribunal de Intramuros, para efectuar un reconocimiento de firmas bajo juramento.

»La contestación será negativa, pues así piensan, que debe ser, todos los consultores.

»La causa irá a la Audiencia, y en tal caso apelaremos al Capitán General, y de él al Ministerio de Ultramar, hasta renunciar la Escuela Normal, si V. R. o el M. Rdo. P. General no disponen otra cosa. Hemos hablado al Regente de la Audiencia y siempre vuelve a lo mismo.»

En 28 de agosto del mismo año escribía también el Director de la Escuela Normal al R. P. Provincial, que el alcalde mayor o juez de la provincia de Nueva Ecija había dirigido otra comunicación al señor Arzobispo, y junto con ella un decreto diciéndole: «Que se sirva disponer que dos profesores de la Normal se presenten en el juzgado a fin de cumplir el mandato de reconocimiento de letras, y que si se negaren a comparecer sean apremiados con arreglo a derecho. Este apremio lo explica antes con las palabras de la Nueva Recopilación: *Hágales parecer ante sí magüer que no quieran*, así por los bienes como por los cuerpos; cuyos apremios, según la glosa dice, deben consistir primero en prendas y luego en prisión y otros remedios del derecho.»

El P. Tello, Supèrior interino por ausencia del P. Heras al recibir la segunda orden del señor Arzobispo, para que el Superior dispusiese que pasasen al juzgado los dos profesores; mandó que al momento fuesen allá.

Consultó el P. Naval al Director general de Administración civil, D. José Cabezas de Herrera, sobre el caso y éste le aprobó el medio de que solicitara del General dos profesores calígrafos para la Escuela Normal de los mismos maestros normalistas, que hubieran terminado la carrera en ella, para eximir a los profesores religiosos de los referidos reconocimientos y cotejos, y así se hizo en adelante.

Este Padre había decaído y enflaquecido tanto, en poco tiempo, que el Padre Superior se vio precisado a remitirlo a España, donde falleció víctima de anemia cerebral profundísima. Para sustituirle tenía el Padre Superior intención de nombrar al P. Torra; mas como éste desempeñaba en el Ateneo Municipal el cargo de Prefecto del Convictorio y de estudios y estaban a la mitad del curso, se aprovechó de la llegada del P. Pastells a Manila para confiarle la dirección interina de dicha Escuela hasta el 23 de febrero en que fue nombrado el P. Torra Vicerrector de ella.

Varios temblores de tierra que ocurrieron en Manila por julio de 1880 dejaron inhabitable dicha escuela y se hizo urgente su traslación. La resolución adoptada por el P. Heras la expuso éste en 10 de agosto al P. Vigordán diciendo: «Los temblores han cesado por ahora; estamos recomponiendo la casa de Santa Ana para trasladar allí provisionalmente la Normal; tendremos que levantar con obra ligera un martillo de la casa o algún grande camarín para que quepan los normalistas; todo se costeará con el alquiler que nos dará el Gobierno».

La realización de estas obras corrió a cargo del P. Juan Ricart que le sucedió en el Superiorado de la misión a partir del 25 de enero de 1881.

Escribiendo el nuevo Superior al P. Pascual Barrado en 16 de febrero de

aquel año sobre el estado en que halló la misión al tomar cargo de ella, decía: «La Normal, arruinada; la antigua casa de los Enríquez, tuvo que trasladarse a Santa Ana. Con esta ocasión y para sacarles de la estrechez en que están así los Nuestros como los colegiales, vamos a continuar la obra proyectada, añadiendo el martillo al otro extremo de la casa». Por este motivo y el de tener que proceder luego a la construcción de un nuevo edificio de planta a expensas de la Compañía; máxime, después de lo acaecido en orden al reconocimiento de firmas exigido por los jueces de primera instancia en causas criminales, a los profesores, bajo juramento, en calidad de peritos, se preguntó: ¿Si para evitar tan enorme gasto y compromiso sería o no conveniente renunciar a la dirección y al cargo de la Escuela Normal? Puesta la cuestión sobre el tapete se estudió a fondo por los Padres más graves de Manila y el resultado de sus deliberaciones lo participó el P. Ricart al P. Vigordán en 28 de febrero de 1881.

«Tres veces, dice, nos hemos reunido con los Padres Consultores, además de algunas conferencias particulares, para tratar de la Escuela Normal, como me encargó V. R. de parte de N. P.; y examinado el caso y pesadas las razones en pro y en contra, después de encomendarlo a Dios, son de parecer los Consultores y yo con ellos, que hemos de seguir con el cargo de dicha escuela.

»La razón que más peso tiene entre las varias aducidas por la afirmativa, es que la Escuela Normal, según la legislación aquí vigente, es seminario de catequistas que se han de desparramar después por las diversas provincias del Archipiélago, para educar en Religión y Moral a los niños indios de los pueblos bajo la inmediata dirección del cura-párroco. Sírvasse V. R. dar una ojeada al reglamento que remito por este mismo correo, obra de nuestro P. Cuevas, salvo ligeras modificaciones, y verá como no se puede desear más, así para la buena formación de los maestros, como para la buena marcha de las escuelas. La primera necesidad que siente un buen cura en estos pueblos de indios y el misionero en los nuevos de infieles reducidos, es la de buenos maestros que le ayuden para la buena educación e instrucción de los niños. ¿Qué otra cosa, pues, podríamos desear más conducente a la gloria de Dios y de más sólidos y duraderos resultados en este país, que reunir a nuestro lado y retener por espacio de tres años en calidad de convictores a jóvenes de todas las provincias que se instruyen principalmente en el catecismo y en las buenas costumbres, para luego ir a las escuelas de los pueblos y educar a los niños a la sombra de la Iglesia y bajo la dirección y completa dependencia del cura?

»La segunda razón que nos inclina a todos a retenerla es que la masonería de algunos años a esta parte va ganando adeptos en este país y es sabido que



en todas partes procura ampararse de la instrucción, con especialidad de la primaria, para sus fines. Si soltamos, pues, de las manos este poderoso medio de propaganda, irá de seguro a parar a las suyas, causando dentro de pocos años la ruina de la religión y de la patria. Porque el Gobierno no había de cejar en sus planes de instrucción, dadas las corrientes de la época, y aun dado el espíritu del venerando Código de Indias; y fuera de nuestra corporación no veo otra en las actuales circunstancias, en donde pudiese refugiarse esta institución. Creo que estas dos razones pesarán en el ánimo de mi Padre Provincial como pesan en el nuestro.

»Mas contra esto está la opinión de la mayoría del clero regular y de los españoles no radicados en el país, cuyos ecos han llegado de seguro a oídos de mi P. Román y han hecho impresión en su ánimo, como me la hicieron a mí y ahí está mi antiguo compañero el Padre Socio (P. Jaime Nonell), quien me oyó exclamar varias veces: «Triste encargo ha tomado sobre sí la Compañía en estas islas de sostener un establecimiento contra el cual tan pronunciada está la opinión del clero. Pero ahora que «ex officio» he mirado el asunto y con la experiencia adquirida en Mindanao, digo que adelante con la Normal. Dos son los motivos de esta oposición a la Escuela Normal y a la difusión del castellano. El primero y tal vez el principal no merece ser tomado en cuenta porque honra poco a los que lo proponen. El segundo tiene algún fundamento y es el peligro que corren estas islas de salirse de la denominación de España, como sucedió con las Américas. A la verdad tales andan los tiempos y tales cosas se ven aquí (y en todas partes), que no es extraño que el súbdito deje de amar al que gobierna. Pero de esto no tienen la culpa las leyes y las instituciones buenas y paternas, sino los que abusan de ellas. Por lo demás sea cual fuere la suerte de estas islas, siempre será gloria para la Compañía haber ayudado a España en su laudable propósito de educar y elevar y asimilarse estos pueblos, comunicándoles su religión y su lengua.

»La otra cosa que podría decirse contra la Escuela Normal es que hasta ahora no ha dado grandes resultados, ni todos los maestros al ir a sus pueblos se han portado como era de esperar.

»También tiene esto algún fundamento. En primer lugar porque al ir a regentar escuelas en sus pueblos no encuentran siempre el apoyo que de los curas y de los gobernadores exige la legislación vigente; y en segundo lugar, porque no siempre se han podido formar en la Normal como convenía; por cuya razón están de acuerdo los Padres Consultores en que se hagan dentro del reglamento las reformas necesarias, y se ponga de parte de todos especial cuidado en la formación de los maestros. Que algunos han dado que hacer en

sus pueblos. No lo negaré... Pero en todo esto, crea, Padre mío, que hay mucha prevención, que va cediendo en vista de los buenos resultados. Ayer mismo pregunté a un religioso franciscano, cómo se portaban los normalistas en su provincia, y respondiéndome que en los tres pueblos que él había administrado, había quedado muy contento de ellos. Nuestros misioneros de Mindanao mandan aquí con mucho empeño muchachos que encuentran bien inclinados, para que se formen buenos maestros de aquellos pueblos y las recomendaciones y empeños de religiosos de varias Ordenes con el mismo objeto van aumentando cada día. De una sola Orden no nos vienen recomendaciones, que es la de los Dominicos, pero no es por oposición precisamente a la Normal y a la difusión del castellano, pues el Obispo Dominicó, señor Gaínza, muerto poco ha, estableció en su diócesis una Escuela Normal de mujeres y pretendió convertir también en Normal su Seminario, a fin de que los seminaristas que no se aprovechaban para clérigos, se aprovecharan para maestros; y el señor Cuartero, actual Obispo de Jaro, ha publicado el *Astete* en visaya-castellano a dos columnas, y lo ha puesto de texto en las escuelas, en manos de todos los niños a fin de que se difunda nuestra lengua. Mucho más podría decir sobre el particular, pero baste ya lo escrito...»

Con las obras que se hicieron en la casa de campo de Santa Ana, mejoró mucho la posición de los normalistas y ya no urgió tanto la construcción de un nuevo edificio de planta, de suerte que dio lugar a que se madurase bien el proyecto y se hiciesen las cosas en regla; y así cuando el P. Provincial pidió planos y presupuesto, el P. Ricart le respondió que ante todo debían pensar en la elección del terreno, y luego harían los planos y el presupuesto, y que mientras los PP. Provincial y General los examinasen, buscarían ellos en Manila el modo de introducirse y agenciar con el Gobierno la aceptación del edificio en proyecto y su arriendo definitivo por medio de un contrato, como lo hacía entonces con la casa de campo de Santa Ana. Y con tanta más razón se debía observar este procedimiento, cuanto que tampoco era mucho lo que tenía ahorrado dicha Escuela para lanzarse con precipitación a tan costosa empresa.

Durante la detenida visita que hizo el P. Ricart a la Escuela Normal instalada en Santa Ana, se ocupó en mejorar los estudios y la disciplina del establecimiento, acomodándolos en cuanto fue factible a las exigencias del Ratio. Faltaban sin embargo libros de texto especiales, tanto para las escuelas del Archipiélago como para la Normal, empezando por la cartilla y acabando por un tratadito de pedagogía o guía del maestro, fundados en el amor a la Religión y a España.

Los planos hechos por el H. Riera en conformidad de lo tratado en consulta se enviaron al P. Provincial el día 1.º de enero de 1882 por el capitán del *Magallanes* señor Navarro. Faltaba en ellos la escuela práctica que se había de construir a un lado del edificio, capaz para 200 niños, y al otro, una buena iglesia pública.

El presupuesto de la obra, tal como iba en los referidos planos, verificado por los HH. Riera y Guilá, ascendía a unos 84,000 pesos sin incluir en él la compra del terreno ni los cimientos, porque el terreno escogido, aunque apalabrado, no estaba todavía comprado.

Cuando llegó allí el P. Ricart y vio la estrechez en que estaban 120 internos, 200 externos y 100 niños en la reducida casa de campo de Santa Ana y juntamente el desaliento de los nuestros; porque lo juzgó de absoluta y perentoria necesidad, hizo construir, sin previo permiso del Provincial, una parte del edificio, un buen dormitorio para todos los internos en la planta alta y un buen salón de estudio, con una clase bastante capaz en la baja; y en este martillo tuvo lugar el 26 de marzo la solemne distribución de premios presidida por el Director general de Administración civil D. Daniel de Moraza, a quien había invitado el P. Ricart para que fuese testigo de la instrucción que allí recibían los normalistas y de lo relativamente bien que estaba instalada en Santa Ana dicha escuela; porque había llegado a noticia de dicho Padre que se trataba de alquilar alguna casa en Manila, y era muy difícil hallarla cual convenía. Le habló, pues, el P. Ricart de su proyecto, mostróle los planos, que alabó mucho el señor Moraza, añadiendo que solamente los Padres de la Compañía podían levantar el edificio que necesitaba la Escuela Normal; que era en vano esperarle del Gobierno por la penuria de las cajas de Filipinas; ni tampoco podría el Gobierno encargarlo a empresa alguna; porque, por ventajoso que fuese el contrato, exigiría siempre un recargo en el presupuesto, que no está en el caso de pagar. Comprendía que nosotros pudiésemos hacerlo por nuestra cuenta con la garantía de los alquileres; pero no creía ser cosa fácil el que obtuviésemos dicha garantía; porque difícilmente contraería el Gobierno un compromiso de veinte o veinticinco años con la Compañía de Jesús como sería menester, de tenerle alquilado un edificio para Escuela Normal; porque esto encerraba además el compromiso de confiarnos la dirección de dicha escuela por el mismo número de años. Que tampoco podía dar una cantidad como el Padre pedía, para empezar la construcción y fuese como la base de un empréstito garantizado por el mismo edificio; ni elevar el alquiler actual de 3,000 a 4,000 pesos, porque no se justificaba este aumento sino diciendo que era para ayudar a los Padres a la nueva construcción, lo que no sería recibido en Madrid. Animó con

todo el señor Moraza al P. Ricart a que presentase el proyecto al Gobierno y le hiciese proposiciones, que él convencido de la necesidad del edificio y de lo ventajosas que habrían de ser sobre cualesquiera otras, le apoyaría y otorgaría toda la protección que la Administración civil pudiese dispensar en orden a la construcción, facilitándole todos los medios que estuviesen en su mano para ello. Que el Gobierno deseaba que se trasladase pronto la Normal a Manila, por la dificultad que experimentaban los externos de concurrir a ella.

Viendo cerrados todos los recursos naturales, acudió el Padre a los sobrenaturales. A partir del 12 de febrero, se celebró una misa diaria en obsequio al Patriarca San José, debajo de cuya protección se puso este asunto.

El 9 de abril escribía el P. Ricart al P. Juan Capell: «Esta mañana hemos ido a ver los terrenos de la Ermita, de que le hablaba en mi anterior (del 30 de marzo) los dos PP. Rectores y yo en compañía del arquitecto Fuentes. A todos ha gustado mucho, incluso al P. Torra, que suele ser descontentadizo. Hemos quedado convenidos con el dueño en tomarle 50,000 metros cuadrados por 9,000 pesos; queda una pequeña diferencia de un pico. Todos nos dicen que es compra ventajosísima y la elección muy acertada. Dios lo bendiga.»

Ahora falta el empréstito sobre la base del alquiler de 4,000 pesos, que da el Gobierno, y que ruego a V. R. haga ahí, que de seguro será más ventajoso.

Esta vez la petición surtió su efecto, según telegrama comunicado por el P. Vilalta el 13 de septiembre de 1883, de haberse realizado el empréstito para la construcción del edificio de la Escuela Normal proyectada.

Con esta base se ocupó ya el Rdo. P. Superior de la misión en ultimar lo necesario para la ejecución de la obra. Entrególe el arquitecto los planos, que el M. R. P. General había aprobado, perfilados por la ciencia, puso la obra bajo la protección del capitán general Jovellar; y con ella fue allanando las dificultades. El Director general de Administración civil convino en dar los 4,000 pesos de alquiler, haciéndolo firme en un contrato de arrendamiento, y como el terreno se hallaba situado dentro de la zona polémica militar de la plaza fortificada, para andar sobre seguro acudió el P. Ricart al coronel de ingenieros D. Manuel Walls y Beltrán de Lis y se solucionó pronta y legalmente el asunto de suerte, que al cesar las aguas pudiesen empezarse las obras. El informe favorable lo firmó este coronel, comandante de la plaza, en 19 de noviembre de 1883. Todas las dificultades surgidas por este motivo se allanaron merced a haberse unido al pensamiento de la normal el del observatorio, por las simpatías que de todas las clases se había conquistado. En este consentimiento se fundó el general Jovellar para anticipar su licencia, que fue con-



firmada más tarde de Real orden. «San José, exclamaba el P. Ricart, sigue mostrando su protección ostensiblemente hasta en minuciosos detalles.»

La inauguración de las obras la celebraron ambas comunidades, reunidas en Santa Ana, el día 30 de diciembre de 1883.

Aunque esas marchaban bien y salían baratas y a gusto de todos; sucedió sin embargo que el arquitecto se equivocó en la cubicación y precio de las mamposterías, que constituían el primer cuerpo del edificio, y resultó más caro de lo calculado en un exceso de 15,000 a 20,000 pesos sobre lo presupuestado. Con todo a pesar de esta contrariedad no fue necesario girar cantidad alguna de España, porque el Gobierno se resolvió a favorecer la empresa. El mismo P. Ricart dio cuenta de ello al P. Capell, en 31 de diciembre de 1884, con estas palabras: «Ayer, dice, acompañamos a ver las obras de la nueva Escuela Normal al Subdirector de Administración civil. Lamentábase de que hubiésemos tenido que suspender en parte las obras, limitándonos por ahora a concluir las dos alas de las cuatro y hablando y replicando resultó, que él nos ayudaría a lograr que el Gobierno nos preste sin interés los 25,000 o 30,000 pesos que nos faltan, devolviéndolo con alquileres, que dejaríamos de percibir en parte hasta extinguir el préstamo.»

El día 12 de enero de 1885 fue el P. Ricart a la Dirección General de Administración civil y puesto de acuerdo con el Sr. Director don Manuel Ruíz Martínez, elevó una solicitud al Gobierno pidiendo 24,000 pesos, que se habían de satisfacer sufriendo el descuento de la mitad del alquiler, que era de cuatro mil pesos, en doce años; siguió el asunto la tramitación debida, primero en el Consejo de Administración de Manila y luego en Madrid.

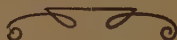
La concesión se notificó por junio del mismo año y el 31 de julio escribía el P. Ricart al P. Provincial Juan Capell: «Nos entregaron los 24,000 pesos del anticipo para la Normal, recibiendo en adelante en concepto de alquiler, dos mil anuales en vez de los cuatro mil.»

Por lo demás, a pesar de las incomodidades inherentes al edificio de Santa Ana, el estado moral y religioso de los colegiales era excelente. A este propósito escribía el P. Francisco Javier Dalmases, en 30 de enero de 1886, al P. Capell: «La disciplina y pureza de vida en estos alumnos no dejan que desear, siendo así que entran de todas edades y están sólo tres o cuatro años en casa... La causa principal, a mi parecer, de su buena conducta, es que ponemos mucho empeño en formarles el corazón, de manera, que sean buenos cristianos y amen a Dios, y hasta si es posible sean espirituales y devotos, y aún traten de perfección de su propia voluntad y querer, como fruto espontáneo de sólidas y profundas convicciones, y más por motivos de amor de Dios

y deseos de corresponder a los inmensos beneficios que todos hemos recibido de su liberal mano, que por temor de los eternos castigos de la otra vida, o mejor dicho, mezclando lo uno con lo otro. El procurar que escuchen con interés las pláticas semanales, que frecuenten mucho la sagrada comunión, sin ningún género de violencias para evitar la hipocresía, que tengan lectura espiritual diaria, sólida y devota, y en la misa meditaciones y otras devociones bien saturadas de afectuosa piedad y, sobre todo, las Congregaciones y el Apostolado de la Oración que aquéllos propagan y sostienen entre sus condiscípulos; con lo cual se crían en el amor del Sagrado Corazón de Jesús todos, hasta los que no pueden sacar las notas que son indispensables para ser Congregantes; son los medios que nos sirven para cultivar el espíritu de esta viña del Señor.»

De la visita girada a principios de este año salió también muy satisfecho el Rdo. P. Superior de la misión, mereciendo en particular de él grandes elogios las clases del tercer año, por constar de algunos alumnos muy escogidos en aplicación, aprovechamiento y buena conducta. Hízoles una ligera indicación, por si alguno quería ir a Mindanao a las administraciones que corrían a cargo de nuestros misioneros, y varios de los más selectos escribieron a sus familias y se ofrecieron a tomar plaza en alguna de nuestras misiones, para ayudar a los Padres en la instrucción y educación de la niñez, a pesar de que no se les ofrecía en ellas la perspectiva del porvenir ni las subvenciones que en otras partes podrían esperar, desterrándose de sus provincias e islas.

Terminado el curso, se instaló definitivamente la Escuela Normal en el nuevo edificio de la Ermita y el día 19 de abril el P. Faura pasó a formar parte de aquella comunidad, con lo cual quedó de hecho el Observatorio Meteorológico trasladado del Ateneo Municipal de Manila a la Escuela Normal en el pueblo de la Ermita. Cómo se verificó este traslado, se verá en su lugar correspondiente.



---

## CAPÍTULO XXXI

**Estado de la misión del Agusan en 1881. — Asesinatos, alzamientos, presentaciones y labor de los misioneros en esta ocasión. — Visita del P. Juan Ricart. — Dirígese con el P. Urios a Dávao por el Sálug y el Tá-gum. — Ministerios del P. Plana, apóstol de los mamananas y misionero de Jabonga y Mainit. Sucumbe gloriosamente a sus fatigas.**

**C**ERRÓSE el año 1880 en la cuenca del Agusan con 6,955 cristianos. En 11 de enero de 1881, escribía el P. Urios al Rdo. P. Superior, que desde julio del 79 no se había dejado de la mano la misión del alto Agusan; que aun cuando se resistieron al principio los manobos, cedían ya; y que en tanto que iban ellos levantando casas, labraban sus corazones los maestros, inspectores y misioneros; y, gracias al cielo, se iba consiguiendo victoria. Dagojoy era ya cristiano con el nombre de Luis y decía que, toda vez que se había bautizado, había de ser cristiano de veras. En la elección de gobernadorcillo y ministros de justicia de su pueblo recayó la vara de capitán en el famoso José del Sálug, asimismo cristiano, y juntamente con ellos, otras ciento cincuenta personas cristianas daban ya otro aspecto a Moncayo. Con Dagojoy se bautizaron ocho baganis, que formaron la camarilla aristocrática de Moncayo y, aunque aquellos naturales, desde Mánat a Batoto, solían antes matarse con suma facilidad, hacía ya 19 meses que sometían sus cuitas al fallo de los misioneros. Con todo, quiso el Señor que con la gran riada de aquel año les entrase miedo de verse inundados y el Padre hubo de convenir con ellos en que se trasladase el pueblo a mejor sitio; y a este efecto se rozó un lugar situado precisamente en el apeadero de los que pretendían pasar al Mánat desde el Agusan, donde levantaron sus cocinas y edificios públicos provisionales, antes de plantar el arroz; dejando las grandes y buenas casas para después de la siembra. Cayetano, que así se llamaba el cacique de Gandía y Ambalón, se bautizó a 11 de enero y con él 300 mandayas.

Sin embargo, bueno será recordar que hacía más de un año que había en Gandía cisma y división, y que ninguna industria era bastante para hacer las paces y reunirlos; razón por la cual tuvo que permitir el P. Urios que hiciesen otro pueblo, que llamó Clavijo, confiando en que el tiempo todo lo borraría y habría más tarde paz y fusión. Los niños que desde 1875 se habían bautizado, podían ya vivir francamente a lo cristiano, pues mezclados antes con tanto manobo, no se distinguía claramente lo que eran. Convenía, pues, que se aclarase la situación, para poderlos educar, conforme se acostumbra en los pueblos de cristianos bien organizados.

Empero, la reunión que no había podido realizar el Padre, la realizó Dios haciendo desaparecer a Clavijo; porque estando el P. Urios preparando en Gandía a los muchos catecúmenos que habían pedido el santo bautismo, recibió noticia el 10 de enero, de que a media noche habían sido atacadas varias casas del río Batoto, pereciendo tres mandayas y siendo cautivados once. Desde entonces ya no se pensó más en formar el pueblo de Clavijo.

Con este contratiempo volvió a su primera vida Gandía, única población mandaya del Agusan, compuesta a la sazón de setenta y seis familias.

Fueron también saqueadas en el Sálug cuatro casas, muriendo en ellas veinticinco personas. El hijo del cacique que tales crímenes cometiera, deseaba casarse con una joven que debía comprar a sus padres y la iba pagando poquito a poco con servicios y otras dádivas; pero, como la última data había de ser de diez esclavos y no los tenía, levantó gente y mató a los que podían oponerse a sus inicuos intentos. Las víctimas de este incalificable atropello pertenecían de derecho al vecindario de Moncayo, aunque jamás quisieron hacer casas, ni dejarse ver; y una vez que les envió el Padre un emisario, para que acudiesen al pueblo, le respondieron: «que si el Padre les obligaba a que fuesen a vivir al pueblo, dejando su escondite, le clavarían un balarao en el pecho». ¡Juicios secretos de Dios! Al poco tiempo pagaban ellos su insolencia con tan villana muerte.

La pobreza de los Padres era suma en Bunáuan, mas su alegría mayor; porque aunque no podían tener el Santísimo en la iglesia, al verse tres misioneros reunidos y rodeados de tantos viejos y nuevos cristianos que, al amanecer y al toque de oraciones por la tarde, acudían a oír los sermones de misión, y que se prestaban dóciles a las exhortaciones de los Padres, se olvidaban éstos de todas las privaciones que por su causa habían experimentado. Exhortóles el P. Heras a construir nueva iglesia, y a los pocos días, rodeado de más de cien conquistas, reunió y depositó en un camarín, los materiales suficientes para concluir la obra que se proponía levantar.



Muerto Lingcúban, los remontados habían vuelto a alistarse en los padrones de sus respectivos pueblecitos.

El asesino que le mató se alzó también y formó un partido temible; mas tuvo por contrarios a los parientes del difunto bagani, que se presentaron al misionero, formando pueblo en La Esperanza y dando pruebas de querer permanecer en sus buenos propósitos. Allí se reunieron también los fugados de Remedios y otros puntos. Los pueblos del medio y alto Agusan prosperaban sin grandes contrariedades, y visto el incremento que había recibido la cristiandad, se creyó necesario colocar dos misioneros en Butúan, dos en Talacogon y dos en Bunáuan, para que, permaneciendo uno fijo en el pueblo, pudiese el otro recorrer las reducciones. Se hacía a la vez indispensable un buen hermano carpintero, para activar los trabajos de las iglesias de dichos tres pueblos y las de Jabonga y Maínit.

Después de haber dejado el P. Urios 1,500 cristianos en el alto Agusan, recibió carta del P. Canudas en que le anunciaba la deserción de los de Amparo, motivada por las medidas antropométricas que tomó el doctor Montano a algunos de sus habitantes. Consecuencia de esta deserción fue el traslado de Amparo a Macupajon, pequeño río que fluye en los altos montes de Casilayan a la margen izquierda del Agusan, tres horas distante de San Luis y otras tantas de Guadalupe. Tenía Amparo en sus altos muchos infieles, unos en el Maasan y otros en Macupajon y Casilayan. Los PP. Urios y Canudas otorgaron licencia a todos los que quisiesen unirse con los de Macupajon, Maasan y Calisayan, para que lo ejecutasen, por distar poco de sus sementeras y estar fuera de la sujeción de Manjumugut y Magpangasan, cristiano el primero e infiel el segundo, que se juntaron con los de San Luis.

La misión de La Esperanza había pasado por diferentes fases. A la llegada del P. Urios al Agusan persuadió al cacique Cuntaran, gran bagani de los ríos Hauilian, Nato, Candiisan y Libonga, a que con sus hijos se estableciese cerca de la confluencia de este último con el Agusan. Dicho grupo fue el fundamento de La Esperanza, a la cual no se le dio este nombre, sino el que en su lengua tenía, lo mismo que a las otras agrupaciones o pequeños núcleos de población que se instalaron, para no dar que recelar con este cambio a los manobos.

Con ocasión de ciertos chismes de cristianos viejos, se habían alzado las rancherías de Bitus, Masao, Bitanagan, Danquias y Bugabus, permaneciendo fijas las demás; pero luego volvieron los alzados y comenzaron los misioneros a formar varios núcleos de población, dándoles nombres cristianos, en esta forma: los de Himamáylan y Banquilan formaron la reducción de San Vicente;

Bugabus, Danquias y Pinanaan, la de las Nieves; Masao, Bitus y Bitanagan, la de Tolosa; Ujut, la de Remedios; Tubajón, la de Guadalupe; y Hauilian, la de La Esperanza, que tuvo que comprometerse a reunir los manobos de Uaua, que eran muchísimos, y los de Nato, Líbang y Danquías; que por esta circunstancia, la de ocupar el sitio más elevado y tener a sus pies el cauce del Agusan grande anchura, y despejado y dilatado horizonte; se le dio aquel nombre, esperando que llenaría perfectamente su cometido.

Al imponer los nombres nuevos a estos grupos, se les dieron justicias a usanza de los pueblos antiguos, y se les visitó con frecuencia promulgándoles el santo Evangelio y muy en particular los mandamientos de la ley de Dios. Y cuando Lingcúban quebrantó el quinto, matando por su propia autoridad a uno de sus súbditos, le manifestaron los Padres sumo desagrado. Alzóse, a consecuencia de este crimen, el pueblo de Remedios, y este levantamiento produjo muchos disgustos al de La Esperanza, que al principio se resistió a las excitaciones de Lingcúban, hasta que habiéndose afiliado a él los Uauas, agregados a La Esperanza, con su auxilio quemó las casas y se alzó el pueblo, volviéndose todos a sus madrigueras. Mas, después de la muerte de este célebre bagani, al bajar últimamente el P. Urios por el Agusan, halló de nuevo reunidos los pueblos de La Esperanza y Remedios con los mismos elementos de antes.

Nombrado Superior de la misión el P. Juan Ricart, fue destinado el P. Heras para Superior de la Residencia del Agusan.

Los demás pueblecitos iban adelante y aun los de Amparo estaban para presentarse; y en San Vicente, y Quijauan, se bautizaron muchos.

A principios de mayo se dirigió el P. Urios con el P. Pamies a Nasípít para el cumplimiento pascual de aquellos naturales y a los pocos días se vieron agradablemente sorprendidos con la visita del señor Gobernador de Misamis y del P. Parache, que habían salido de Gingoog para visitarles, y hallando al P. Urios algo enfermo, le obligaron a embarcarse con ellos y en la lancha de vapor lo trasladaron a Balingasag, donde permaneció bajo el esmerado trato del P. Parache, hasta que totalmente restablecido se restituyó a su misión.

En el entretanto fundaron los misioneros el pueblo de Tortosa cerca de Nasípít, y se enviaron conquistas de confianza a los alzados, logrando que volviesen muchos de los que por miedo se habían remontado.

Detúvose el P. Urios algunos días en La Esperanza, para catequizar e inquirir las causas de lo ocurrido; y se consoló en gran manera al verles decididos a permanecer fieles en el pueblo, construyendo iglesia y convento y recomponiendo las casas quemadas por los alzados. Todos atribuyeron a

Lingcúban la causa de haber ellos levantado de allí sus reales. Dióle, sin embargo, mala espina el que Maanajinlay, caudillo de los desertores de Ujut, se hubiese escapado segunda vez de La Esperanza con Sajay; aunque (según aseguraron Duo y Mansa al Padre) estaba muy lejos de su ánimo meterse con las nuevas reducciones del Agusan, con tal que no se les dijese nada, ni se les buscase ni castigase.

En Bunáuan se había instalado el hermoso barrio de San José, compuesto de doscientas familias de nuevos cristianos, y ejercía extraordinaria influencia para la conquista del alto Agusan, Humayan, Simúlao y Bajayan, y era considerada por este motivo como centro de la misión agusana. A los tres días de haber empezado sus trabajos en Bunáuan, tuvo que bajar corriendo el P. Urios a las Nieves, sabedor de que se habían levantado algunos datos, que luego volvieron. Detúvose dicho Padre algunos días en este pueblo, en Tolosa y La Esperanza, confesando y predicando para reanimarlos y estar a la mira de lo que ocurriese. En La Esperanza hizo gran fiesta con vísperas, misa solemne, sermón y procesión, sacando para ello del altar la hermosa estatua de San Ignacio, que se les había dado por titular de la iglesia.

A los pocos días volvió a Talacogon y luego al Gílong, afluente del Agusan que desemboca a una jornada más arriba de los Mártires, y el primer domingo después de Pascua lo pasó en las Navas, en cuyo pueblecito y en los de Ebro y Borbón que están en el Gílong, bautizó gran número de manobos.

En las Navas recibió carta del P. Canudas diciéndole, que La Esperanza se había alzado después de haber matado traidoramente a un butuano. Recibió esta noticia estando catequizando a ciento treinta infieles, y acabados los bautismos se fue a Borbón y a Ebro y luego a La Esperanza que aún ardía, donde halló a dos desgraciados, que huyeron a pesar de haberles llamado para preguntarles lo que supiesen del caso. Lo ocurrido fue, que habiendo ido allí dicho butuano, viudo de treinta y seis años, a permutar telas por otros efectos, le mataron en el río Ujut, cuando iba a recoger unas cañas o bejucos que había comprado; metiéndole en un barotillo que volcaron, para echarle al agua, clavándole la lanza por detrás.

Después de este asesinato recibió el P. Urios carta del P. Heras en que le manifestaba, que se había levantado todo el bajo Agusan y que junto a las sementeras de Butúan perpetraron los monteses nueve asesinatos de cristianos viejos.

A consecuencia de esto se armaron los butuanos; salieron en persecución de los alzados; mataron algunos baganis; cogieron algunos prisioneros y desde entonces se obligó a todos los vecinos del pueblo a que saliesen por

grupos a trabajar en las sementeras y pernoctasen en el pueblo para evitar desgracias.

Acudió el señor gobernador y puso el bajo y el medio Agusan en tal estado de defensa, que imposibilitó a los manobos toda tentativa de ataque a los pueblos.

En Butúan se había formado una compañía de cincuenta voluntarios con buenos fusiles, tres baluartes y un cuartel; La Esperanza se había convertido en plaza fuerte del Agusan con cincuenta soldados del tercio; en Talacogon puso veinte fusiles y dieciséis en Bunáuan. Todo el mundo subía y bajaba el Agusan acompañado de dos o más voluntarios o soldados armados. El P. Heras subió a Talacogon a principios de agosto, para recibir los últimos votos del P. Urios, y con él salieron ocho barotos de particulares de La Esperanza escoltados por voluntarios de Butúan, porque no se atrevían a subir solos, y así se formó una hermosa flotilla, figurando la banca del Padre como capitana, y ocupando la delantera con bandera desplegada.

Al llegar a Guadalupe hallaron abandonado el pueblo y vieron aún la sangre del desgraciado maestro León Durango y su hijo Demetrio, asesinados pocos días antes por dos emisarios de los alzados. Al anochecer durmieron tranquilos en las inmediaciones de Amparo. Presentáronse los manobos pidiendo perdón, llenos de miseria y muertos de hambre. En una casita que les dieron los Padres cerca del convento de Butúan mantenían a muchos, para que sirvieran de reclamo a los demás. Fue aquel año de tribulación y de prueba para los misioneros. De Loreto y de Tudela les llegaban también malas noticias; en el bajo Agusan los manobos de las alturas inmediatas a los pueblecitos y sobre todo los del Ujut, tenían alejados a los nuevos cristianos de las reducciones y se presentaban armados a la ladera del río, para espiar a los que por él pasaban; a consecuencia de lo cual el señor gobernador, después de haber convertido como hemos dicho La Esperanza en un fuerte, colocó a los soldados casados con sus mujeres a corta distancia de la estacada y foso del mismo, para proteger la vuelta de los fugitivos.

Los manobos, sin embargo, aunque dispersos, distinguían muy bien al Padre misionero, del soldado y gobernador; y comprendían que el ministerio del sacerdote era de paz y persuasión, mientras que el de la autoridad era de fuerza y sanción que así como apoyaba y amparaba lo bueno, castigaba y reprimía lo malo; y esto fue lo que aceleró la vuelta de los alzados del bajo Agusan, como más adelante veremos.

En el entretanto los PP. Urios y Canudas se dirigieron a Tudela, donde supieron que el célebre bagani Malingaán alzado con su numerosa familia,



había hecho matar a una niña en el monte, con el fin de curarse de cierta enfermedad que le molestaba, amenazando asesinar a cualquiera que descubriese al Padre la consumación de este sacrificio humano. Al tener noticia de ello el gobernadorcillo de Bunáuan, ordenó que unos cuantos cuadrilleros y cincuenta conquistas armados de lanza, fuesen a prenderle, para entregarle a la justicia. Como los alzados estaban en dos casas, se dividió el pequeño ejército en dos secciones, y al amanecer las rodearon. Se intimó la rendición al viejo Malingaán y contestó tirando la lanza e hiriendo al que se le presentó primero, quien hubiera sido muerto si no hubiesen acudido otros a socorrerle, matando al bagani a lanzadas. Las mujeres y los niños fueron conducidos a Tudela. El P. Heras curó en Bunáuan las dos heridas del que había intimado la rendición a Malingaán.

Más horrible fue la escena en la otra casa donde había dieciocho personas: se les intimó la rendición y contestaron a flechazos, hiriendo a dos o tres gravemente. Entonces empezaron a disparar los fusiles, y la mujer de Malingaán, bailán o sacerdotisa de los manobos, que se hallaba dentro, gritó a los suyos: «Mátenme a mí, y a las demás mujeres y a los niños, para que no caigamos en poder de los cristianos». En seguida les cortaron la cabeza, sin poderlo impedir los sitiadores, quienes sólo lograron librar de la muerte a dos mujeres; y así murieron los demás sin rendirse ninguno. El hijo mayor de Malingaán había salido de la casa a media noche, temiendo lo que iba a suceder y se salvó. En un principio amenazó y dijo que se la pagarían los jefes de la expedición; mas luego lo consideró mejor y envió a un tío suyo y a su madrastra al P. Heras, para que le alcanzase el indulto.

A principios de septiembre de 1881, aconteció otro caso análogo en el alto Baobo; porque de años atrás tenían los monteses muertes que querían vengar y otros agravios que arreglar, inferidos por manobos que luego se redujeron, bautizaron y empadronaron en Patrocinio. El ofendido envió a Payagan, que era el cacique más famoso de Patrocinio, una embajada diciéndole que ya que él y los suyos eran cristianos le pagasen en dinero lo que en sangre humana le debían. Como no saliesen con la suya, el 4 o 5 del mismo mes se pusieron en acecho ocho lanceros y dieron la más infame y atroz muerte a seis mujeres y a un hombre que les acompañaba, después de haberse defendido éste por largo rato de sus agresores; lo cual, sabido por el gobernadorcillo de Bunáuan, procedió a la captura de los criminales, que fueron muertos por no haberse querido entregar.

Cosa todavía peor acaeció en Játiva, pues se levantó casi todo el pueblo; porque iban los manobos infieles remontados mermándolo, matando un día

tres y otro cuatro; pero también con la única intervención de la autoridad competente, se les fue a buscar, y recibieron su merecido.

Tales accidentes no impedían, sin embargo, la consolidación de los pueblos leales y constantes, que progresaban admirablemente, y el Señor que saca de los males grandes bienes, quiso purificar de esta suerte a los pueblos del Agusan, como se purifica el oro en el crisol; y con lo sucedido en Tudela, en Patrocinio y en Játiva, tuvieron ocasión de ver los nuevos cristianos y manobos reducidos, que habían cambiado las cosas y desde que eran cristianos y estaban sujetos a las autoridades, no faltaba quien garantizase su seguridad, persiguiendo a los malos en defensa de los buenos y haciendo desaparecer de la ley del más fuerte.

El 2 de octubre predicó el P. Urios en Tubay, y el 6 emprendió con el P. Heras la subida del Agusan conduciendo un buen cargamento de víveres para los Padres de arriba y un hermoso caballo para Talacogon. Pasaron graves percances por la extraordinaria avenida; pues, en noche oscura se tiró el caballo al río y cayó al agua el timonel; pudieron por fin salvarlos sin daño alguno y emplearon seis días en subir a Talacogon cuando en tiempo normal se sube en dos. En el fuerte de La Esperanza trazó el plano del nuevo pueblo y salió en dirección al de Guadalupe, último de los alzados, donde con gran sentimiento vio incendiarse el convento, el tribunal y cuatro casas de los mayores, quedando intacta la iglesia. En San Luis supo cómo se habían escapado Manhumugut, Magpangasan y Ságuid, el último de los cuales se había presentado al gobernador, pidiéndole indulto y prometiendo entregarle vivos o muertos los dos asesinos del maestro de Guadalupe y de su hijo; y en lugar de cumplir su palabra, mató a un cristiano nuevo de la misma población, hombre de bien, cuya cabeza tuvo la osadía de presentar al P. Canudas en Talacogon preguntando, si valía por uno de los dos asesinos; matando también al hermano del capitán de San Luis cerca del pueblo; logrando de esta suerte llevarse a sus dos hermanos que vivían pacíficamente en él. Prosiguió el P. Heras su viaje hasta Bunáuan, donde hizo derribar la iglesia vieja, levantando treinta y cinco arigues de la nueva, la mayor parte de magconó, anislag y tındalo; y en pocos días la cubría de hojas de lumbia, pudiendo celebrar en ella el santo sacrificio de la misa; pues estaba ya arreglado el presbiterio y altar mayor. Tenía la iglesia treinta y cinco varas de largo y catorce de ancho con tres naves, sistema del H. Vita.

Detúvose el P. Urios en las fuentes del Agusan, por habérsele presentado una comisión de baganis pidiéndole que arreglase sus litigios, que eran causa de sangrientas guerras; a quienes contestó, que era preciso se reuniesen en un mismo pueblo junto a la confluencia del Manat con el Agusan; porque de lo

contrario no quería meterse con ellos; y así fueron juntos a señalarlo; pues había de ser la puerta para introducirse en las grandes llanuras del seno de Dávao tan pobladas de mandayas y otras tribus no visitadas aún, sino de paso por los PP. Bové, Pastells y Heras.

Varios conjurados habían instigado a los habitantes de un pueblo del alto, Agusan, para que matasen al maestro y al P. Urios. El maestro se libró con la fuga al ver al asesino; y el P. Urios se presentó en el alto Agusan acompañado de cuatro cuadrilleros y un buen perro. Recibiónle los de Játiva como a su libertador y los baganis le contaron lo que les habían aconsejado los alzados del bajo Agusan. «He hablado, escribe dicho Padre, con el mismo instigador (1) dentro de mi aposento. ¿Qué tal será cuando después de haberme hablado y prometido portarse bien y coger los dos asesinos del maestro de Guadalupe y su hijo, ya ha matado a dos más? Es un manobo tan barbudo como yo, y el terror de las conquistas de San Luis».

Para desterrar las costumbres de los manobos practicadas durante su infidelidad en sus casamientos en que solía el novio comprar la novia a sus padres y parientes a cambio de esclavos, y en careciendo de esta moneda buscaban ocasión para adquirirla asaltando con suma audacia cualquier casita, matando a los mayores que se resistían y llevándose a todos los demás; permitieron los Padres en un principio los nuevos cristianos e infieles que dieran alguna cosa en efectos a los padres de la novia, menos esclavos. A otros les aconsejaban, que dieran sus hijas a novios que a su vez tuvieran hermana, para hacer un cambio con hermanos y hermanas de los contrayentes; y últimamente, sobre todo los recién bautizados, se arreglaban ya con alguna satisfacción razonable y se procuraba, que los cristianos viejos tomasen por esposas a nuevas cristianas, con lo cual solían fundirse mejor en un solo grupo.

El día de la Inmaculada de 1881 en que el P. Urios escribía esto al P. Juan Ricart; le daba también cuenta de haber recibido carta de Loreto, pueblo del río Humayan, en que se le notificaba cómo el bagani Gúbat acompañado de diez lanceros había matado a otro de su profesión llamado Namanas, y luego que le hubo muerto trinchó su cadáver como carne de morcilla y la esparció por los aires, después de haberse comido asado y sazonado con sal parte del hígado y el corazón. La causa de esta muerte fue una ofensa que recibió Gúbat en su mujer. Estos casos solían arreglarlos ellos entre sí y a veces con intervención de los ancianos, pagando el ofensor al ofendido algunos efectos. Mas no siempre se conformaba el ofendido con este arreglo, sino que sugestionado por el maligno

---

(1) Por las señas ya hemos visto, que era Ságud.

espíritu, a quienes ellos llaman *Búsao*, disimulaba hasta hallar ocasión propicia para vengarse, como esta vez sucedió. Todos los asesinos de profesión tenían el suyo, que no se aplacaba, decían, sino con sangre humana, y llevaban un diente de caimán en figura de idolillo pendiente del cuello, al que llamaban talijan, y lo metían por una abertura que le hacían al asesinado en la tetilla izquierda, para que se hartase de sangre; y cuando les sucedía alguna desgracia creían, que era por agravio del *Búsao*, que deseaba se le diese culto, ofreciéndole al talijan ocasión de beber sangre humana; así es que algunas veces los baganis desaparecían furiosos de sus casas en busca del primero que encontrasen, hombre o mujer, niño o viejo, para matarle; y entre venganzas y supersticiones inundaban de sangre aquellas comarcas.

A mediados de enero de 1882 recibió el P. Heras en Butúan carta del inspector de Tolosa anunciándole que se habían presentado diecinueve prófugos, once cristianos y ocho infieles; en Tortosa se habían reunido trescientas almas y comparecieron muchos alzados, con los cuáles se levantó una iglesita, dándoles de comer y vistiéndoles, porque se hallaban desnudos; en Nasípit se reunieron los conquistas y varios infieles manobos, de los cuales algunos se bautizaron y casaron; en la antigua Tolosa se iban reuniendo los remontados de Bitus, Bitanagan, Bugabus y algunos de las Nieves, que debían servir de reclamo para atraer a los tres capitanes alzados de las Nieves, que empezaban ya a presentarse con gran satisfacción de los misioneros. Causaba a la verdad tristeza ver el bajo Agusan desde La Esperanza hasta San Vicente, y se convino que el P. Urios tomase la iniciativa para hacer salir de sus madrigueras a los manobos, así cristianos como infieles, y para implorar los auxilios de lo alto anunció dicho Padre a los butuanos una función extraordinaria con manifiesto por la tarde, en obsequio al Sagrado Corazón de Jesús, a fin de que les alcanzase la vuelta de los fugitivos. Así se hizo y al día siguiente, y desde entonces todos los días, fueron presentándose los alzados, asegurando que los demás volverían. Contaron los recién llegados, que en Uaua algunos conocidos baganis y muchos manobos infieles y cristianos habían perecido de viruelas; que en el Ujut sufrieron grandes sobresaltos y mucha hambre y anduvieron cambiando cada día de lugar. Los presentados de este río más que seres vivientes parecían esqueletos ambulantes; a altas horas de la noche enviaba el P. Heras de comer a unos infelices, que halló el P. Urios en las cercanías de Butúan y no quiso que se acercasen al pueblo, porque llevaban consigo la viruela. Preguntándoles los motivos de su alzamiento, respondieron que como algunos manobos habían matado a cristianos viejos, pensaban que todos ellos tendrían que sufrir la pena de la culpa de los criminales.



El célebre José Gumbajan e Ignacio Igut y Cábig, que formaron con sus súbditos una gran parte del pueblo de las Nieves y La Esperanza, volvieron también, ofreciendo que se presentarían casi todos, si se orillasen ciertas dificultades que se oponían a su completa reducción.

Con esta vuelta al redil de las ovejas perdidas recogieron los misioneros copiosa cosecha de infieles para Jesucristo.

En Tortosa y Nasípit los PP. Heras y Urios bautizaron 273 manobos y bendijeron 55 matrimonios; y en Butúan tuvieron 51 bautizados y 7 casamientos. Durante el mes de febrero se habían presentado casi todos los de San Vicente, San Ignacio, Tolosa y Masao; formando grandes núcleos de población y llevando consigo para bautizar varios manobos. Tanto el P. Heras como el P. Urios estaban en continuo movimiento acudiendo a todas partes, solucionando dificultades para integrar los pueblecitos. Y fue cosa muy digna de notarse, que durante los trabajos del actual alzamiento no había muerto casi cristiano nuevo alguno, ni siquiera niños de pecho.

El día 7 de marzo llegó a Nasípit y a Tortosa el P. Heras, donde se habían reunido conquistas e infieles manobos de los alrededores, para desmontar el terreno, hacer casas, levantar iglesia y conventito.

Navegando dicho Padre en un bote nuevamente pintado, que acababa de estrenar; a las dos y media de la noche fue arrojado a la playa entre espumosas olas y tuvo que desarbolarse, ser arrastrado y metido con pena entre ellas en la boca de un río donde se salvó; fue para el Padre aquella noche verdaderamente toledana, encogido con su gente dentro de la tienda de campaña hecha con el palo y la vela del mismo bote, sin saber donde se hallaban, y al amanecer vieron que estaban cerca de Tortosa.

En Nasípit se le presentaron un manobo y una manoba para que los bautizase con urgencia; informóse el Padre del motivo de tanta prisa y vino a saber que les perseguían para matarles. Prometiéndoles toda seguridad; mas dentro de poco se apercibió de que estaba alborotado el pueblo; porque Manjabáгат, capitán infiel de Tortosa, los había amarrado por el cuello y los brazos y se los iba a llevar a Tortosa. Mandóle recado el misionero para que inmediatamente los soltase; resistióse el capitán; llamóle al convento y diciéndole que nada tenía que ver con los dos presos, porque él cuidaba de ellos; se salió despechado, diciendo por el pueblo, que haría y acontecería. Los principales ofrecieron guardia al Padre, quien les dijo que no temiesen; pero pidió fuerza a Butúan y le enviaron siete voluntarios armados; entrególes el Padre los dos manobos y se dirigió a Tortosa. Manjabáгат no se atrevía a presentarse al misionero; salió éste a buscarle, sólo para que no temiese, y en su presencia hizo em-

barcar los dos catecúmenos, para que luego de instruidos en Butúan, fuesen bautizados.

El 8 del mismo mes salió el P. Urios para Bunauan a fin de arreglar un alboroto suscitado en Tudela con motivo del alzamiento de Adás, hijo del difunto bagani Malingaán, que tenía consternado el pueblo. El señor gobernador había dado orden a las autoridades para prenderlo y por esta razón se dirigió a Tudela dicho Padre a fin de reanimar a los tímidos, y reunir a los que por miedo querían irse a otros puntos.

El 12 de marzo escribía el P. Heras lleno de gozo desde Amparo al P. Ricart: «Ya reina la animación, la paz y alegría donde por espacio de diez meses sólo se veían casitas abandonadas sin un sólo conquista; ya se han presentado todos los capitanes y los sáopes van llegando por todas partes. Si me hubiera visto hoy rodeado de hombres y mujeres, niños y viejos, repartiéndoles algunas piezas de ropa, y algunas chucherías... Se está activando la iglesia para poderles reunir y decirles misa.»

Aquel mismo día como benigno Padre recogió nueve conquistas procedentes del Ujut; los embarcó en un barotillo y les colocó en Butúan cerca del convento en dos casitas que servían de posada y asilo a los que como ellos eran recogidos casi muertos de hambre y de miseria.

En el barrio de San Vicente se presentaron casi todos los antiguos conquististas y otros muchos manobos para establecerse en él. Desde que por inspiración divina se había puesto aquella desolada misión bajo la tutela del glorioso Patriarca San José, volvieron casi todos los remontados del bajo Agusan, acompañados de otros muchos infieles, deseosos de establecerse en las nuevas reducciones y de ser purificados con las aguas regeneradoras del santo bautismo.

En el alto Agusan aconteció una lamentable tragedia ocasionada por los monteses catelanos y la imprudencia de algunos nuevos cristianos que se alejaron demasiado de sus pueblos. Porque un grupo de treinta lanceros, por vengar agravios antiguos, se presentó en el río Buay matando a los que pudieron haber a las manos, infieles y cristianos. El teniente de justicia de Játiva deseaba tomar inmediatamente la revancha y en tal estado las cosas llegó el P. Urios, debiéndose a esto el haberse evitado mayores desgracias; porque pudo apaciguarles con razones y al cabo de algunos días, con cierta estratagema, fueron cogidos, y presentados los culpados a los tribunales ordinarios; mas, el principal causante, que acometió bruscamente daga en mano a uno de los cuadrilleros; fue traspasado por éste de un tiro, anticipándose a su injusto agresor.

Aprovechó el Padre este tiempo para catequizar a los infieles, bautizando

200 de ellos, de los cuales muchos que estaban casados en el manobismo, lo fueron luego «in facie ecclesiae».

A pesar de tantas revueltas, en agosto de 1882 pasaban ya de 11,000 los nuevos cristianos del Agusan.

En las dos reducciones de la Paz y Sagunto del río Argauan bautizó el P. Canudas durante el mes de abril 190 infieles y el P. Urios en Loreto del río Humayan 218 en tres semanas.

El mismo P. Canudas bautizó por junio de 1882 en Novelé, 115, y el día de San Luis reunió Ebro y Borbón en un solo pueblo, en una peninsulita sumamente pintoresca y de tierra muy a propósito para toda clase de plantaciones, que forma el río Gílong a cinco o seis horas por tierra y dos días por río, de Talacogon.

A principios de mayo de aquel año entraba el P. Juan Ricart, Superior de la misión en Butúan, donde se reunieron todos los Padres de la Residencia menos el P. Urios, que vio después en el alto Agusan. El 12 subió a Talacogon, visitando de paso Amparo, La Esperanza, Guadalupe y San Luis; examinó las escuelas de niños y niñas y subiendo por el río llegó muy de noche a Bunáuan de donde salió para Trento y Patrocínio, bonita población de nuevos cristianos situada en la margen derecha del río; la cual como las demás del alto Agusan, no se había resentido de las vicisitudes del Bajo. De Patrocínio pasó a Gracia y a Játiva, donde halló al P. Urios que le había preparado un recibimiento regio, cual podía serlo entre manobos, con hermosos arcos de triunfo en que se ostentaban las telas recién llegadas de Barcelona. A los dos días entraba en Moncayo. Llegado a la confluencia del Mánat con el Agusan, desembarcó con el P. Urios y acompañados por uno de aquellos datos y otros manobos, se dirigieron por el interior a Dávao, a donde llegaron el 29 de mayo, empleando ocho días en la travesía desde Moncayo.

En el medio Agusan bautizó el P. Canudas, la víspera de San Pedro en Borbón, sesenta y cuatro infieles, entre ellos el dato de Ebro Laguindáuan con su mujer y seis hijos; el 30 salió para las Navas y el 8 de julio estaba de vuelta en Talacogon, de donde volvió a salir para el Gílong a mediados de mes, y a las diez de la noche del 21 entraba de nuevo en Talacogon, después de haber bautizado 260 manobos. A principios de agosto bautizó en las Nieves treinta y dos niños y seis en La Esperanza, dejando los demás para otra ocasión, por no haber tiempo para instruirlos bien, y otorgó a los de Nueva Guadalupe que hiciesen iglesia, con tal que se reuniesen muchos manobos en aquel lugar. Los PP. Urios y Terricabras habían bautizado asimismo a fines de junio 40 infieles en Moncayo y 200 en Gandía.

En Maínit y en Jabonga se dedicaba el P. Plana al cultivo de los mamánuas, negritos aborígenes de Mindanao, y en 17 de julio de 1882, según escribía al P. Heras tenía dos pueblecitos formados, y esperaba formar otros dos, uno en la bocana del Siga y otro en Tagbuyáuan. Para atraerlos mejor le envió el Rdo. P. Juan Ricart algunas limosnas en ropa, con que pudo vestirlos, porque iban desnudos, y luego se percibió el fruto; porque los que tenían un vestido, por pobre que fuese, acudían todos los sábados a Jabonga, para oír misa el domingo, a pesar de distar su pueblo más de dos horas y de no dejarles entrar el Padre en la iglesia, sino que desde fuera la oían, por no estar bautizados. Muchos eran sin embargo los que lo deseaban y habían aprendido bastantes la doctrina cristiana; con todo, aguardaba el Padre mayores pruebas de constancia y fijeza, que tuviesen concluidas sus casas en las nuevas reducciones y terminadas sus plantaciones.

El Sr. Gobernador de Surigao don Alberto Racaj le prometió al misionero toda protección en orden a estas reducciones y era bien menester; porque dichos infieles no conocían autoridad ni dependencia alguna, toda vez que no reconocían datos ni caciques, ni forma alguna de sociedad; sino que cada cual vivía donde y por el tiempo que mejor le parecía, sin plantar, ni cultivar, ni alimentarse de otra cosa más que de los cogollos de algunas palmas y de la caza, quedándose a dormir donde se les hacía de noche. Por estas razones y ser de dotes del alma muy inferiores, su conquista era mucho más difícil que la de los manobos y el misionero tenía que ir a buscarlos como quien busca conejos por el monte y conquistarlos de uno en uno. A pesar de todo se mostraron tan sensibles al amor del misionero, que le pareció a éste no estar lejano el día de su completa reducción y conversión.

Estos mamánuas recorrían las selvas desde Maínit y Jabonga hasta Suri-gao, Taganaán, Gigáquit, Cantilan y Tándag; huyendo por lo general del trato de la gente, y sustrayendo de las ilayas los frutos maduros que podían para comer, cuando carecían de caza para sustentarse. Tan bien había caído el P. Plana entre ellos y tanta autoridad se había conquistado, que a principios de 1883 tenía ya bautizados 250, los cuales fabricaban casas y sementeras y todos los domingos, por lejos que estuviesen, acudían en número de más de 200 a oír la santa misa y el sermón del Padre misionero. Muchos quedaban aún por bautizar; pero esperaba el Padre que pronto entrarían en el aprisco de la santa Iglesia.

A fines de 1882, azotó un violento tifón las poblaciones de Maínit y Jabonga. Desde las diez de la noche del 30 de diciembre hasta las seis de la tarde del 31 daba miedo oír el estruendo del huracán, y ver cómo por uno y otro



lado se caían tronchados los árboles. Viniéronse al suelo en Mafnit la iglesia provisional y muchísimas casas; y de las de Jabonga, como todas eran nuevas y sus arigues de magconó, apenas se cayó ninguna, como tampoco nada sufrieron la nueva iglesia y el convento, a excepción de la nipa, que se la llevó el tifón. Como en dicho día reinó, durante doce horas con gran vehemencia, el Habagat o SO. produjo a casi todos un catarro tan fuerte que en cada casa yacían en cama tres o cuatro enfermos. Otro baguio tuvieron el 25 de abril de 1883, que les causó muchas desgracias y les puso en extrema necesidad. Peores fueron las que tuvo que lamentar Jabonga por igual causa en abril de 1884, pues no le dejaron los enfermos un momento libre de día ni de noche; porque de repente se les hinchaba el bazo y el hígado con grandes calores, degenerando la enfermedad en tifoideas. Todos, empero, los que quisieron tomar el sulfato de quinina compuesto con láudano líquido se libraron de la muerte, y semana hubo en que las personas atacadas ascendieron a más de cincuenta.

Volviendo a los mamánuas, toda su industria consistía en la cera, los barotos y las esteras que utilizaban con monopolio casi exclusivo los principales de algunos pueblos. Cada mamánua tenía su amo y a éste era preciso acudir si se quería sacar cosa buena de aquellos infelices, como lo demostró el acertado tino del fervoroso P. Plana; porque habiendo descubierto la virtud eficaz de esta poderosa palanca, la supo manejar, mejor que Arquímedes la suya, para derrumbar el edificio de la infidelidad de estos negritos; porque habiéndoles intimado a todos los amos la presentación de sus siervos, enteró del caso al Sr. Gobernador de la provincia, y alcanzó por este medio lo que hasta entonces se había creído casi imposible lograr, que fue la reducción y evangelización de aquella raza degradada, cambiando desde entonces completamente la escena; porque se le mostraron al Padre misionero tan francos, simpáticos y dóciles, que daba gloria verles tan alegres en las reducciones de San Roque, San Pablo, Santa Ana y Santiago. Tal fue la transformación obrada en ellos, que tuvo dicho Padre el gran consuelo de ver bautizados por él más de 400 de esta raza, habiendo muchos de ellos fallecido muy cristianamente, y apenas moría uno sin confesión y extremaunción; pues tan pronto como le llegaba la noticia de que había algún enfermo, inmediatamente se iba el misionero a donde quiera que estuviese, y si el caso era grave y la enfermedad lo permitía, se lo llevaba consigo, le colocaba en un camarín-hospital preparado al efecto, y allí le confesaba y le administraba la extremaunción, si se hallaba en peligro de muerte; y de esta suerte aquellos esquivos mamánuas estaban tan amansados que, cual pequeños corderitos dentro del redil de Jesu-

cristo, acudían al Padre en todas las necesidades de la vida. El día de difuntos falleció en dicho camarín el juez de San Pablo y viendo su esposa que su marido se confesaba y recibía la extremaunción se confesó también. El gobernadorcillo de Santiago murió asimismo después de haber recibido los santos sacramentos, y contaban sus parientes, que en sueños le veían en el cielo, cuando poco antes, ni de que existiese tenían noticia. Bautizó el Padre a un anciano mamánua que no podía caminar por efecto del reuma y le dijo después, que desde el día del bautismo le había desaparecido.

Dios Nuestro Señor había librado hasta entonces por su infinita misericordia de la peste a esta misión. En Surigao, Placer, Taganaán, Gigáquit, Cantilan, Tubay y Butúan produjo terribles estragos. Durante las circunstancias críticas del cólera morbo, hizo el Padre novena al glorioso Patriarca San José todos los meses con sus feligreses, y concluída, cantábase una misa en honra del Santo, para que con su intercesión se dignase S. D. M. librarles del temible y terrible azote; y a esto atribuyó el Padre el que en ninguno de los pueblos de su misión se hubiera atrevido a penetrar el funesto huésped.

Durante el mes de noviembre de 1883 bautizó veintisiete mamánuas procedentes de los empinados montes que dan origen al río Siga; muchos más quedaron, sin embargo, por bautizar entre aquellos riscos; pero el Padre procuró informarse bien del camino que conduce a Cantilan, para utilidad de sus nuevos feligreses y de los demás infieles que discurrían por él.

No se debe pasar por alto un caso que le sucedió, que si bien empezó por comedia, pudo muy bien rematar en tragedia. Estaba catequizando a sus mamánuas en el pueblo de San Roque, cuando de repente se levantaron todos y echaron a correr hacia un lugar determinado. Sorprendido el Padre, temió un levantamiento y se fue tras ellos corriendo y llamándoles para que se detuviesen; pero sin hacer caso de sus amonestaciones siguieron su curso: pronto notó el misionero, que el motivo que les había impulsado a tomar aquella actitud era una enorme boa que habían visto; y como son tan amantes de su carne se le echaron encima al instante dos mamánuas bolo en mano para matarla y tras ellos los demás. Para evadirse de sus perseguidores, metióse la culebra dentro del hueco de un árbol de algunos metros de perímetro. Los dos negritos, sin premeditar el peligro a que se exponían, se metieron dentro del árbol y haciendo un lazo con una cuerda, ataron la culebra por la cola y empezaron luego a tirar todos de ella, niños y viejos, hasta que cediendo el monstruoso ofidio salió fuera; y a pesar de que tenía un metro de boj, sin miedo alguno empezaron a descargar sobre ella recios golpes con sus afilados bolos y, dividida en pedazos, se la distribuyeron como buenos hermanos, asignando al Padre su porción,

que le ofrecieron galantemente; y él con la misma cortesanía rehusó. Aseguraron los mamánuas, que conocían un árbol, que puesto ante ellas las hacía temblar como si estuviesen azogadas.

Tenía preparado este Padre para mayo de 1884, un matrimonio con cuatro hijos todos negritos, para el bautismo; mas por consejos de gente *non sancta* pocos minutos antes de administrárselo se le escaparon. Desconsolado y compadecido a la vez de ellos, se fue a la iglesia y los encomendó a la Virgen, que toda vez que estaban celebrando el mes de mayo en su obsequio, alcanzase de su divino Hijo la vuelta de aquellos infelices descarriados y los introdujese en su redil. Pasó una semana sin tener de ellos noticia alguna y cuando los había ya olvidado se le presentaron acompañados de otros muchos mamánuas, para pedirle juntos el santo bautismo; y al darle razón de su vuelta le dijeron, que luego de haberse huido entraron en remordimientos de conciencia, y a fin de que el Padre no les riñese a la vuelta, determinaron conquistar a otros muchos y presentárselos, para que les instruyese en las verdades de la religión y les bautizase junto con ellos; como así lo hizo, regenerando con las aguas del santo bautismo a más de cuarenta mamánuas.

Las reducciones de éstos seguían a la sazón sin novedad y con algún adelanto; y lo mismo sucedía con los pueblos de Maínit y Jabonga que desde que giró la visita el señor gobernador, la gente estaba más animada a construir sus casas.

Por septiembre del mismo año bautizó el Padre otros dieciocho mamánuas, oriundos de los encrespados montes de Maínit y entre ellos Julingab, que era el que tenía más renombre de esquivo en aquellas selvas; empero, desde que se bautizó, no dejó pasar fiesta sin oír misa, juntamente con su mujer e hijos. Otro también se bautizó, en dicho mes con su mujer e hijos, quien para mover al Padre a que los bautizase, le ofreció una boa; creyendo obsequiarle con un regaladísimo plato para su mesa. Aceptó el Padre el regalo, que metió en un grande frasco con alcohol y se lo remitió al P. Sánchez con otros objetos para el Museo de Historia Natural del Ateneo Municipal de Manila.

Llevaba este Padre la misión en muy buen estado; baste decir que, durante el año de 1884, todos los niños que se habían bautizado en el pueblo de Jabonga habían sido de legítimo matrimonio; que en la nueva iglesia habían trabajado muchos voluntariamente y debido a ello estaba ya techada con planchas de hierro galvanizado, a excepción de unas pocas que faltaban; y en la de Maínit se podía ya celebrar, porque gracias a la actividad del H. Valdeperas que dirigía la obra; a la de los voluntarios que trabajaban en

ella, siempre que se les invitaba, y a los polistas otorgados por el Gobierno; podía esperar que se concluiría una iglesia capaz de resistir los baguios, que con tanta frecuencia azotaban la población. En la escuela de niños de Mañit asistían por término medio, todos los días, ochenta niños.

En 1884 bautizó el Padre noventa y dos mamánuas y fueron tan dóciles después del bautismo que, así como antes para casar a sus hijas exigían al novio una infinidad de docenas de platos y otros objetos; en la actualidad no pidieron más que lo que les permitió el misionero; casándose después de las proclamas, para evitar ocasiones de ofender a Dios; y lo que se ha dicho de los casandos se debía decir también de los hijos de los nuevos cristianos que iban naciendo, porque inmediatamente inquirían dónde estaba el misionero si en Mañit o en Jabonga, para llevarlos a bautizar por miedo de que se les muriesen sin el santo bautismo; premiándoles el Padre esta diligencia, regalando a la madre del niño una camisa o un pañuelo, a fin de que se estimulasen todos y no ocultasen a sus hijos recién nacidos.

Como caso edificante, se puede citar el de un mamánua de unos cincuenta años que a principios de diciembre se presentó al P. Plana, llevando en su rostro estampada la amargura de su corazón, y habiéndolo notado el misionero le preguntó, qué motivo le había inducido a visitarle, y sin responder le alargó la mano y le entregó una vela; aumentóse con esto la curiosidad del Padre y le preguntó qué le había de dar en cambio de aquella vela y le contestó que nada, sino que deseaba que ardiese delante de la estatua de la Virgen Santísima. Volvió a preguntarle el Padre de dónde era, si estaba casado y si tenía hijos y luego le satisfizo el mamánua diciéndole, que era natural de los montes de Cantilan y que tenía una hija enferma, detrás de uno de los más elevados que hay frente a Jabonga, la cual mandaba ofrecer a la Santísima Virgen aquella vela, a fin de que le concediese la gracia de poder recibir el santo bautismo antes de morir. Animóle y consolóle el misionero, a fin de que no desconfiase del poder soberano de la Reina de los cielos y de la tierra; y díjole, que tan luego como estuviese buena su hija, se fuese con ella al Padre, que la bautizaría. Así lo prometió y se despidió muy consolado. Mas cuando ya se había olvidado de ellos el misionero, por las muchas semanas transcurridas; el primer día del año de 1885 se le presentaron padre, madre e hija solicitando con grande instancia el santo bautismo; que se lo administró, siendo en adelante muy constantes y fervorosos y acudiendo con frecuencia a oír la santa misa los domingos, tanto si estaba el Padre en Mañit como en Jabonga. Al contemplar tales maravillas de la gracia no puede uno menos de exclamar, que a la verdad Dios ama mucho a los mamánuas.



Por julio del mismo año, tenían los de Jabonga su iglesia nueva cubierta de planchas de zinc y cerrada con tabique pampango, y un año más tarde terminado el piso de tabla del presbiterio y sacristía: los de Maínit la habían concluido también de techar y era grande, espaciosa y bien trabajada: con lo cual confiaba el Padre que desde entonces podría visitar con más frecuencia los nuevos cristianos de las reducciones de los negritos e instruirles y defenderles de las vejaciones, que de vez en cuando sufrían de parte de algunos malos cristianos. En la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús rogó de un modo especial por sus mamánuas en el santo sacrificio de la Misa, después del cual ordenó a los de San Roque que indujesen suavemente a presentársele los que hasta entonces no habían querido oírle. A los dos días comparecieron treinta y dos mamánuas ansiosos del santo bautismo, llevando los casados todos sus hijos para que, juntamente con ellos, recibiesen la gracia sacramental, y en prueba de que este deseo les nacía del corazón, habían empleado un día entero y una noche en su viaje, sin más víveres que el cogollo de una palmera silvestre llamada bají. Recibieron el bautismo, después de instruidos y preparados, el día segundo de la octava del Sagrado Corazón de Jesús.

Se había construido una iglesia en la reducción de San Roque y se estaba construyendo otra en la de Santiago y confiaba el Padre que al tiempo de la visita del P. Superior, hallaría otra población de mamánuas bautizados en la bocana del Dayag, muy cerca de la laguna de Maínit.

Hizo asimismo el misionero abrir un camino para ir a Surigao en menos de un día, a pie o a caballo, sin necesidad de subir montes ni vadear ríos. Al llegar al mojón, término de ambas jurisdicciones, se encontraba un río navegable en baroto, que se deslizaba mansamente hasta desaguar en el mar junto a la cabecera del distrito.

Terminado el precepto pascual en Maínit y Jabonga se trasladó el Padre a Santiago, donde le aguardaban muchos mamánuas procedentes del Siga para bautizarse, a quienes había visitado por septiembre de 1885 en una excursión que hizo por dicho río, y en marzo de 1886, puso maestros que instruyesen a los niños de uno y otro sexo en las nuevas reducciones de Santiago y de San Roque, donde se plantaron algunos centenares de ponos de abacá, para que de las hebras pudiesen tejer sus propios vestidos.

Después de las calenturas, invadió la población de Jabonga una horrible epidemia de viruelas que duró siete meses, terminada la cual se trasladó el misionero a Maínit, ascendiendo el número de víctimas entre ambos pueblos a más de 500. Hízose en esta ocasión el P. Plana enfermero, visitando y asistiendo a los enfermos, para que no falleciese nadie sin confesión. Tenía un botiquín en su casa

y a falta de médico recetaba las medicinas, e iba a aplicárselas a los atacados en sus propias casas; quedándose sin cosa alguna en la despensa; porque todo lo que en ella tenía de bueno lo dio para regalo de los enfermos. Brilló en esta ocasión de un modo especial por su paciencia, caridad y sencillez en el trato con la gente.

Rendido del trabajo, enfermó él también, y tuvo que ser trasladado a Bután, donde fue cuidado con sumo esmero los treinta y un días que le duró la enfermedad; dando en ella grandes ejemplos de edificación y paciencia y recibiendo la noticia de su muerte con suma conformidad a la voluntad de Dios.

Era este Padre de conciencia en extremo delicada; apenas conocía novedad en el curso de la enfermedad, cuando pedía inmediatamente confesarse. Recibió los santos sacramentos con pleno conocimiento y extraordinaria devoción y hasta para lucrar la indulgencia plenaria, que se le aplicó en el artículo de la muerte, quiso que precediese la confesión sacramental. Su enfermedad, a juicio del P. Pablo Ramón y del P. Saturnino Urios, fue una calentura infecciosa que le privó del uso de sus facultades mentales los últimos doce días, y durante todo el mes le velaron por la noche un Padre y un Hermano. Falleció a las dos y media de la tarde del 31 de agosto de 1887. El pueblo visitó el cadáver aquel día; y al siguiente, se le hicieron las exequias. Durante su postrera enfermedad fueron a visitarle cinco veces en comisión los principales de los pueblos de su misión, llevándole cartas de las familias en que le manifestaban el interés que tenían por su restablecimiento.

El P. Jaime Plana y Mateu hijo de Ferreolo y Manuela, nació en San Migue de Campmajor a 5 de noviembre de 1840; ingresó en la Compañía de Jesús en el noviciado de Andorra, el 27 de octubre de 1872; llegó a Manila el 5 de septiembre de 1875, y el 2 de Febrero de 1887 hizo su incorporación en el grado de Coadjutor espiritual. Era de carácter jovial, callado y sufrido. Al llegar a Mindanao fue destinado a Maínit, de donde se le trasladó para misionero de Plácer y Taganaán; enviado de nuevo a Maínit y a Jabonga, coronando allí brillantísimamente su carrera de misionero, pudiéndose llamar a boca llena Apóstol de los mamánuas, los cuales prosiguieron reducidos después de su muerte, bajo la dirección del P. Guillermo Llobera, que le sucedió.



---

## CAPÍTULO XXXII

Lo que facilitó la conversión de los infieles.—Vías transversales de comunicación entre la misión de Caraga y del Agusan propuestas por el P. Pastells.—Hambre.—Piesta en Loyola.—Impresiones de visita regular diocesana y gubernativa, y sus efectos.—Asesinatos vengados.—Excursión al Lapinigan.—Acta para la fundación de Manresa.—Consagración de la parroquia al Sagrado Corazón de Jesús.—Cómo se verificó la conversión del capitán Evaristo y la de Bernabé, hijo del capitán Diúyan.—Camisa de cristiano.—Nuevos asesinatos y cautiverios.—Mapando, Manginlaud y el teniente García.—Un millar de mandayas bautizados.

EL Rdo. P. Juan Ricart consultó el parecer del P. Pastells acerca del mejor modo de efectuarse pronta y cumplidamente la conquista de infieles de Mindanao. Le respondió ser muy diferente la composición de lugar que se habría de formar tratándose de moros, que de las demás tribus de la isla; porque éstas fácilmente se reducirían con la gracia divina a vida social, civil y cristiana, luego que experimentasen las ventajas de nuestra paternal dominación y percibiesen sus influencias en el buen régimen y administración de los pueblos. Que para su logro bastaría otorgarles exención vitalicia de tributo, servicio personal y militar, exigiéndolo a los que permaneciesen en su salvajismo e infidelidad, que era lo contrario de lo que entonces acontecía; porque de esta suerte no tendría émulos su obstinación y rebeldía. Que con un par de compañías del tercio civil en cada distrito, convenientemente distribuídas, según las circunstancias exigiesen, y la acción continua y eficaz de los misioneros, no habría necesidad de más; según acreditaba la experiencia de siete años transcurridos en las misiones del tercer distrito de Mindanao. Que a pedir dichos tercios le inclinaba el ver, que todos los días se estaban aniquilando mutuamente los infieles, y el trágico espectáculo de los sacrificios humanos, celebrados con tal frecuencia y crueldad entre los bagobos, por ejemplo, que la infeliz víctima

quedaba reducida a picadillo en un instante. Que por otra parte los infieles más crueles y sañudos eran tímidos ante las fuerzas desplegadas por las legítimas autoridades y fácilmente se sujetarían a la coacción legal, que llevase consigo sanción penal ejecutiva para el criminal.

Que por lo que tocaba a la misión de Caraga, se realizaría muy pronto la conquista construyendo vías transversales de comunicación que, partiendo de distintos puntos de la costa del Pacífico, fueran a parar a otros tantos correlativos de la orilla derecha del Agusan, alcanzando en sus trayectorias las diferentes rancherías esparcidas en el interior, de esta suerte: 1.º Una vía de comunicación que, partiendo de Manay, pasase por San Francisco y las rancherías de Masaúdlín, Mapayo, Sebio, Magdagasang y Ambao y fuera a terminar en las fuentes del Agusan o en la divisoria de las aguas que van respectivamente a parar a los senos de Dávao, Butúan y el Pacífico. 2.º Otra vía que bifurcándose en casa de Magdagasang, atravesase las rancherías de Saguidan, Manlúcup y Manganon y terminase en el río Batoto; 3.º Otra, que arrancando de San Luis, fuese por el Libudan, Carmelo, Lucatán, Bungadon y Calatagán a parar a Gandía, frente a la desembocadura del Mánat, por el cual puede dirigirse cualquier correo a Dávao por el Sálug y el Tágum. 4.º Otra, que derivando de Baganga, recorriese sus ilayas y las de Batiano y Baísan para unirse con la tercera en Bungadon y con la quinta en Manlubúan, y de esta suerte se recorrerían las comarcas de los asesinos, siendo éste uno de los medios más eficaces para su completa reducción o exterminio. 5.º Otra, que saliendo de San Nicolás, atravesase las rancherías de Máyong, Mapando, Tavit y los montes de Manlubúan, desde donde se dirigiría a Játiva y a las fuentes del Simúlao. 6.º Otra, que desde Catéel se dirigiese a Tudela por las ilayas del Línguig. 7.º Otra, que fuese de Bíslig a la orilla derecha del Simúlao por el Miaga, entre Tudela y Bunauan, y era la del correo ordinario de los pueblos de aquella costa cuando se dirigían a Surigao durante la monzón NE. 8.º Otra, finalmente, que partiendo de Loyola o Ginatúan, terminase en Novelé junto a Suri-bao, desde donde cualquiera puede transportarse en baroto a Talacogon y a Butúan. Todos estos caminos deberían abrirse por los infieles custodiados, si fuese menester, por cuadrilleros o soldados del tercio.

De esta suerte hubieran dirigido los Padres misioneros sus excursiones con seguridad de buen éxito, completando la reducción de los mandayas del interior, que media entre el Agusan y el Pacífico, en toda la zona correspondiente a su misión, y dándose la mano con los Padres del Agusan se hubiera integrado; y lo mismo hubiera sucedido, si se hubiese verificado en las demás regiones de la isla.



Durante el invierno de 1881-1882, el hambre se cernió siniestramente sobre los pueblos de la costa de Caraga, llegando al extremo de no poder comer los naturales arroz ni camote; y era general entre la gente pobre pasarse veinticuatro horas, y aun algunas veces cuarenta y ocho, sin poder comer más que una vez las raíces del baay, que habían de ir a buscar al bosque y curarlas de su veneno, al agua corriente durante tres días, para ser comestibles. Sólo en la jurisdicción de San Francisco perecieron más de cuarenta personas a consecuencia del terrible azote, y para colmo de calamidades sobrevino un baguio, el día de Pascua de Resurrección, que arrolló cuanto se opuso a su encuentro; destruyendo casas, caminos y sementeras y dimidiando la cosecha del palay en los pueblos por donde pasó.

A fines de julio de 1882 se trasladó el P. Pastells con el P. Peruga a la nueva reducción de Loyola, y verificado el cumplimiento pascual se celebró dignamente la fiesta de nuestro Padre San Ignacio. A este efecto el día de la víspera se dio la primera señal al mediodía, alternando los repiques generales de campanas con los cañonazos y acordes de la música instrumental y vocal.

A media tarde se cantaron a dos coros solemnes vísperas por los cantores y misioneros; al toque de *Angelus* se repitieron los repiques de campana, música y disparos. Al día siguiente se cantó la misa con gran número de voces, dentro de ella se hizo el panegírico del Santo, y por la tarde tuvo lugar la procesión, muy edificante por el orden, devoción y compostura, de los asistentes a ella, que parecía irradiarse en todos los semblantes los sentimientos de viva fe que los animaban.

Al mediodía obsequiaron los loyolanos a sus numerosos huéspedes, procedentes de muchos pueblos del distrito; con un espléndido convite en el tribunal; después del cual, reunida la gente bajo un gran toldo o cobertizo improvisado en la puerta de la iglesia, tuvo lugar, como corona de fiesta, el brillante certamen literario que ofrecieron al público los niños de ambos sexos de Loyola, Ginatúan y Bíslig, esgrimiendo todos sus armas con destreza e hidalguía, luciendo su aplicación en los múltiples ramos que abarca la instrucción primaria. Era altamente consolador ver el cambio obrado por el santo bautismo y la instrucción cristiana en el alma y aun en el cuerpo de aquellos nuevos reducidos, que hacía cuatro o cinco años vivían diseminados por los montes y selvas, cubiertos de harapos, sin más ley ni razón que el filo agudo de sus lanzas; y actualmente se les veía alternar dignamente con los vecinos de los pueblos limítrofes, colocados a igual altura que ellos en civilización y cultura.

El día siguiente se trasladaron los Padres a Ginatúan, donde pasaron el

4 de agosto, víspera del primer viernes de mes, aplicados todo el día a oír confesiones en el confesonario; quedándoles otra tanta mies que recoger en la mañana del día siguiente en obsequio al Deífico Corazón de Jesús.

El 12 de abril hizo el Rdo. P. Juan Ricart una excursión al N. y al E. de Mindanao, y vuelto a Manila a fines de julio comunicó las impresiones de su viaje al Rdo. P. Juan Capell en 1.º de agosto de 1882 con estas palabras: «Vengo muy satisfecho de Mindanao. El catálogo de varones ilustres se va aumentando. La visita del Sur la hice por enero, gastando en ella un mes y casi todo en vapor, porque allí no hay más cristiandades que los puntos en donde hace escala el correo. La del Norte y Este me ha costado cerca de cuatro meses, viajando en bancas y barotos, a pie y a caballo, con tanta felicidad, que he visto palpablemente la amorosa providencia de Dios Nuestro Señor.

»Lo he recorrido todo y les he visto a todos. Les he reunido en cada grupo y hemos tenido conferencias por algunos días a fin de uniformar opiniones y entablar y encauzar las cosas. Luego he ido recorriendo los pueblos y reducciones, acompañándome los compañeros de una misión a otra para comunicarnos. Ahora podré escribir largamente y con conocimiento de causa de lo que conviene hacer para conservación de los Nuestros y buen despacho de la obra empezada.»

El día de San Ignacio fue dicho Padre a visitar al capitán general don Joaquín Jovellar y Soler, que oyó placentero sus excursiones y el estado floreciente de las misiones en Mindanao, campo hermosísimo y fertilísimo de la heredad del gran Padre de familias; donde reinaba por doquier la alegría y el entusiasmo religioso en medio de grandes trabajos, recogándose ópimos frutos de santidad.

Inmediatamente después de haber salido el P. Ricart de su visita de la misión de Caraga y Bislig se quedó en Hinatúan el P. Pastells, para dar una tanda de ejercicios en forma de misión al pueblo, cuyos habitantes se confesaron en masa con óptimas disposiciones, cumpliendo con ambos preceptos, anual y pas-cual, de Nuestra Santa Madre Iglesia. Como fruto de esta misión se instaló la práctica de la devoción de los nueve oficios del Sagrado Corazón de Jesús, a la que se inscribieron más de trescientas personas que perseveraron en la observancia de sus deberes con admirable fidelidad, lo cual fue muy buen precedente para la inauguración de la santa visita diocesana, que en nombre del ilustrísimo señor Obispo de Cebú debía girar un mes más tarde el P. Luengo, facultado con rescripto de S. S. León XIII para administrar el santo sacramento de la confirmación, en calidad de ministro extraordinario, durante todo el tiempo que durase la santa visita.

Intútil es decir que además de lo prescrito por el ritual se le hizo al representante del señor Obispo en todos los pueblos y reducciones de la misión, un recibimiento correspondiente a su dignidad, y que la ovación fue en todas partes espontánea y completa.

Y si por el fruto se conoce el árbol, bastará enumerar el obtenido en esta ocasión para comprobar su bondad, porque las confirmaciones administradas en los veintitrés grupos en que está dividida la población de la dilatada parroquia de Bíslig y Caraga, ascendieron a 12,092, con cuyo número, si se añade el de los ausentes de los pueblos en el tiempo en que se efectuó la santa visita y el de los enfermos, se tendrá un total equivalente al de las almas cristianas de que se componía dicha misión.

La santa visita permaneció abierta cuatro meses, bautizándose durante ella 160 mandayas; y desde la salida del P. Luengo de Caraga, que fue el día 21 de diciembre de 1882 hasta el 7 de febrero de 1883, se bautizaron en Caraga 168 mandayas más, que con los 40 bautizados en Ginatúan por agosto del mismo año, resulta un total de 368 en seis meses.

Estando en la nueva reducción de San Pedro, disponiendo a aquella gente para recibir el sacramento de la confirmación, le comunicaron al P. Pastells la nueva de que Cagútum había asesinado a dos cristianos y cautivado a otros tres. Apercibido el teniente del tercio, D. Prudencio García, de los crímenes ejecutados, por delación de un nuevo reducido, dio parte de ello al comandante y éste a su vez al gobernador. Recibió por lo tanto orden dicho teniente de verificar una expedición, para que no quedasen impunes los autores de aquellos asesinatos y pudiesen ser rescatados los cautivos.

Dirigióse pues a casa de Cagútum; intimóle la rendición y habiéndose negado a ella, perecieron acribillados por las balas de los soldados del tercio 17 mandayas, incluso el neobagani, salvándose únicamente cinco personas, entre mujeres y niños que, tan luego como hubo regresado a Baganga la expedición, fueron puestas en libertad.

Quidao, hermano de Cagútum, en cuyo poder se hallaban los tres cautivos, invitó a los baganis de Bungadon y Manlubúan a que le acompañasen en la represalia; empero, más cuerdos aquellos por los pasados escarmientos, optaron por el retraimiento, lo cual indicaba que el baganismo tocaba ya retirada y que las balas de los tercios y cuadrilleros les inspiraban antipatía hacia aquel género de vida airada y peligrosa. En otra descubierta que hicieron los soldados cerca de la casa de Quidao, mataron al bagani Lupugan y a su hijo Dáng.

Empezó el P. Luengo sus visitas y confirmaciones en compañía del P. Múgica. Al llegar a Tarragona escribía éste al P. Juan Ricart en 11 de diciembre,

refiriéndose a Zaragoza: «Nos hubiese visto V. R. rodeados de zaragozanos, hace muy poco arrancados a las selvas, hijos ya sumisos de la Iglesia y fieles súbditos de la corona de Castilla... Como no tenían todavía imagen de la Virgen del Pilar les dejé la preciosa fotografía de la misma con marco dorado, que me regaló al salir de Zaragoza mi amadísimo P. Clemente Bofill... Bautizamos a muchos y el P. Francisco Luengo confirmó a todos, después de confesados y comulgados, con gran contento de estas almas. Nos despidieron como nos habían recibido con una buena escolta de briosos caballos; montamos en tres de ellos por ser ya la estación de lluvias y abandonamos nuestros hijos espirituales que, con lágrimas en los ojos, nos suplicaban volviéramos pronto a visitarles.»

Las fiestas de Navidad las pasaron en Baganga, desde donde decía el mismo Padre al Rdo. P. Superior: «La presente la escribo rodeado de treinta catecúmenos que desean vivamente bautizarse. Algunos de ellos son víctimas arrancadas de las garras de la muerte, después de ver caer a los suyos a los pies de los soldados en tres descargas consecutivas de fusilería. Los soldados no hicieron otra cosa, que vengar la muerte de varios cristianos asesinados poco ha por monteses infieles. Las lágrimas me vienen a los ojos, no sé si de tristeza o de gozo, al contemplar a dos hermanitos infieles de siete años el uno y de cinco el otro; el mayor ha sido un héroe y digno de grabarse en bronce lo que ha hecho por su hermanito; oyó aquél por primera y segunda vez el estruendo de los fusiles dirigidos contra su casa; vio caer muertos instantáneamente y a sus pies a sus padres, e iluminado su entendimiento por una luz divina e inflamado en caridad su diminuto corazón, se presentó impertérrito delante de los soldados como un ángel de paz, diciendo: No os pido mi vida, podéis hacer de ella lo que queráis; lo que sí os suplico es que no matéis a este mi hermanito Dávao... Dios le salvó de una muerte cierta y Dios que les quiere para sí, me los ha puesto en mis manos para bautizarles... Entre los bautizados hay otros dos hermanitos notables en otro género; primeramente son blancos como la nieve y con la particularidad de que el mayor, de solos tres años, tiene seis dedos en cada pie, sin la menor imperfección; el más chiquito de solo un año además de tenerlos en los pies los tiene en cada mano también y hermosamente colocados que, para advertirlo, es necesario mirarlo muy detenidamente».

Todos estos niños y muchos más juntamente con sus padres y parientes se bautizaron, e inmediatamente después del santo bautismo les administró el P. Luengo la confirmación.

Llegaron los Padres a Bíslig hacia mediados de enero, después de dos semanas de andar a caballo por aquellos malos caminos, atravesados en plena estación de lluvias, cayendo ambos enfermos como nos lo refiere el mismo



P. Múgica en los siguientes términos: «Debemos dar muchísimas gracias a Dios por habernos dejado con vida; porque los malos pasos en los montes, los peligros grandes en los ríos y la incesante lluvia que ha caído sobre nosotros, con otras mil incomodidades y contratiempos han sido como una carcoma que ha ido royendo la salud de nuestros cuerpos. Para colmo de desdichas varias veces hubimos de dormir en la playa. La divina Providencia así lo disponía. Día hubo en que moríamos de sed, habiendo sido el anterior muy abundante en lluvia; los caballos fueron tan sufridos que nos sustentaron sobre sus lomos dieciséis horas en un solo día. Todos los días corríamos mayores o menores peligros; pero el mayúsculo le acaeció al P. Luengo en el río Mánat, yendo a Catéel, porque se lanzó intrépido a vadearlo, llevando un hombre delante por guía; un grito de «npatay aug pare» me hizo volver la cabeza hacia donde debía el Padre vadear el río; caballo y caballero habían desaparecido. Llaméle, lleno mi corazón de pena; quise tirarme del caballo para volar en su auxilio; mas varios hombres se lanzaron animosos y le libraron de una muerte casi segura; empero él, sin asustarse, montó de nuevo a caballo siguiendo nuestro camino.»

En el entretanto el cólera con insaciable voracidad se tragaba por millares las víctimas, sembrando el luto y la desolación en las demás provincias del Archipiélago, viéndose libres solamente de su mortífero contagio la misión de Caraga y la cuenca del Agusan.

A principios de junio de 1882, visitaron a los Padres misioneros de Caraga el coronel gobernador político-militar del distrito, don Alberto Racaj, el comandante militar de Bíslig, don Leopoldo Heredia; el Rdo. P. Superior de la Misión, Juan Ricart, y los PP. Urios, Moré, Minoves, Altimiras, Peruga y Bové; y entre las varias conferencias que se celebraron una de ellas versó sobre la realización de un viaje combinado entre los Padres del Agusan, Dávao y Caraga a las fuentes del Agusan propuesto por el P. Pastells.

Aquella descubierta que etnológica y etnográficamente considerada hubiera sido de suma importancia, no lo hubiera sido menos bajo el punto de vista práctico de la conquista, porque en aquel nudo de cordilleras existía el núcleo más poderoso de manobos, mandayas y manguangas, y venía a ser como la llave maestra de nuestras misiones y el último baluarte donde se encastillaba el enemigo de las almas en el SE. de Mindanao.

Más tarde recibió cartas el P. Pastells de Dávao y de Gandía en que se suponía dicho viaje poco menos que imposible, la subida al origen del Agusan por aquellos dos lados; mas emprendiéndola por Manay la consideraba el P. Pastells más factible, y para llevarla a cabo en día no lejano, mandó abrir

por la orilla derecha del Casaúman un camino de dos brazas de ancho que fuese a parar a Lapinigan, lugar donde moraba el capitán Eusebio, bastante cerca de los montes del Campalili, donde está la divisoria de las vertientes, que rinden el tributo de sus aguas respectivas a los senos de Dávao y Butúan y al Océano Pacífico.

Abierto el camino, emprendió con el P. Altimiras un viaje de exploración al Lapinigan, donde les esperaba el capitán Sebio. Serían las seis de la mañana del 22 de octubre de 1883, cuando abandonaron el pueblito de Santa María en dirección al O. acompañados de unas treinta personas; a los cinco minutos atravesaron por única vez el río Manay, el cual nacido del monte Tagdálit serpentea cristalino por entre las tortuosidades de profundísimas gargantas, ora precipitándose rápido y espumoso, formando pequeñas cascadas, ora desliziéndose manso y festivo por su pedregoso lecho, y casi adormecido al dulce arrullo de palomas y tórtolas selváticas y al suave soplo de las brisas, cual si quisiera detener su curso para regalarle con ellas bajo la fresca sombra con que le cubren los árboles seculares de las selvas vírgenes. En su trayecto se dirige al SE., recibiendo el tributo de multitud de pequeños afluentes cuales son: a la izquierda, el Inábang, Lugao, Saocon, Canauapnan, Tamoan, Magongon, Inangflang, Camangalian y Buáuan; y a la derecha, el Manimo, Ilugan, Bagtiuan, Oboi, Panay, Pagquilatan, Magsoy, Patong, Pagdodoyan, Bauacab y Camamaonan.

Dejando al SE. las visitas de Manay y San Francisco, prosiguieron su camino por la meseta de una colina tapizada de espesos y verdes cogonales, donde el Autor de la Naturaleza, les regaló con la bella y variada perspectiva de extensos panoramas hasta divisar los encumbrados montes de Mayo y Sigaboy, abarcando a vista de pájaro el prolongado perfil de la costa del Pacífico, en cuyo centro se adelanta imponente el atalaya más oriental del Archipiélago Filipino, la terrible punta Punsan.

Empero, tan delicioso espectáculo desapareció como por encanto ante las densas sombras proyectadas por la espesura de gigantescas y seculares arboledas de la inmediata selva virgen, que fue preciso atravesar sin que les permitiera ver los rayos del sol en el cenit.

Colocados de esta suerte al abrigo de sus ardores les pareció naturaleza igualmente seductora, ya considerada en el sublime conjunto de su grandiosidad, ya en el más microscópico de sus seres. ¡Qué flora y qué fauna! ¡Cuántas parásitas y orquídeas desconocidas! ¡Cuántas especies de helechos! ¡Qué variedad de mariposas, reptiles e insectos! ¡Cuán misterioso les parecía en aquellas soledades el lúgubre canto del calao, del táuit y del taliogso!

Absortos se hallaban los Padres ante la contemplación de tales maravillas cuando la presencia de un segundo cogonal les hizo apretar el paso con notable fatiga y copioso sudor, porque aquello era un ascua sin refrigerio: ni una gota de agua que templase la sed, ni un soplo de aire que les alentase.

Afortunadamente no duró aquella agonía más que media hora, porque luego les indicó el práctico un senderito angosto y obstruido que les condujo al lugar del descanso. Estaban en casa del mandaya Atog, donde se alojaron.

Al rayar el alba del siguiente día, queriendo proseguir su viaje, notaron que los seis mandayas señalados para que les abrieran el paso y sirvieran de guía, habían desaparecido durante la noche, aprovechando la claridad de la luna, dejándoles a ellos a la de Valencia. No faltó, sin embargo, quien los reemplazase ventajosamente.

Salieron, pues, de la casa de Atog a las nueve de la mañana y a la una de la tarde sentaron sus reales en una mala choza del camotal de Dagánsang, porque su casa prendida de las nubes estaba construida sobre la copa de un altísimo ipil que no les permitió subir a ella por escalera de bejuco.

Tan elevada posición era debida al pánico que les infundiera el alevoso asesinato perpetrado por Suangay en la persona de Manguinsauan, vengando de esta suerte en un inocente la muerte de su hermano Soldado, perpetrada por Gal-loi, de orden de Bintayao, por haber delinquido con su esposa. La viuda de Manguinsauan, hija del desgraciado Magolenda, de cuya desastrada muerte se hizo mención en su lugar correspondiente, se presentó al misionero, para reclamar contra el dueño de la casa donde había sido acuchillado su marido, porque so pretexto de que debía abandonarla por inmunda le había embargado todo lo que tenía, bajo título de honesta compensación. Sentenció, claro está, a favor de la infeliz viuda y encargó a Lángam la amparase, procurando le fuesen devueltos los bienes del difunto marido.

Durmieron, pues, los Padres tranquilamente aquella noche en la referida choza, sin temor a los asaltos nocturnos de Suangay, y el día siguiente acompañados de Idong, hijo del capitán Sebio, se dirigieron a Lapinigan. Atravesaron el Manaóbog y el Caídlaio y llegaron a la confluencia del Oangan y Aeug. A la izquierda de estos dos ríos y a la derecha del Lapinigan estaba situada la casa del capitán Sebio, término de aquel viaje en el cual pudieron apreciar cuán difícil e incompleta había de ser en todas ocasiones la reducción a las playas de los infieles del interior, puesto que a dos y a tres jornadas de ellas a cada paso encontraban infieles que, preguntados a qué reducción pertenecían, respondían ser súbditos de Santa Fe, San José, Santiago o Santa María; quienes por el mero hecho de presentarse una vez al año con una tabla o cien

bejucos partidos para la iglesia, tribunal o escuelas de alguno de estos pueblos, se creían ya con derecho a un pacífico y solitario retraimiento.

Otros se hallaron que no habiendo reconocido Rey ni Roque, decían que no dependían de nadie; otros se escondían temerosos al paso de los Padres, mas luego de ser llamados comparecían y atraídos por sus palabras de paz se les hacían muy amigos, viendo sobre todo cómo acariciaban a sus pequeñuelos y les obsequiaban a todos con regalillos al acercarse. De lo cual claramente se deducía, que era preciso penetrar y fundar nuevas reducciones en el corazón de la isla, y no contentarse tan sólo con las costas del mar. El vasto horizonte que en torno se divisaba ofrecía, en efecto, una composición de lugar muy ventajosa para el intento que llevaban los Padres; pues tomando como punto de partida la casa del capitán Sebío y girando la vista alrededor, se destacaba hacia el Norte, gallardo e imponente por entre terreno sumamente quebrado, el escarpado Tagdálit, origen por este lado del Oanga y por el otro del Manay; hacia el Oeste ostentaba sus tres encumbrados e inaccesibles conos el Campalili, desde la cúspide de los cuales por precisión se había de descubrir la mayor parte de la isla de Mindanao; hacia el SO. y al lado de los montes de Campalili, se divisaba una ancha y profunda garganta, que es la que constituye el gran valle de Dacung-Banua, donde nacen las fuentes del Liloan, Lapinigan y Mambusao, el cual valle abre paso al otro lado de los montes hacia el Agusan, Súmlug, Quinquin y Matiao; y puede facilitar toda clase de comunicaciones desde Caraga al Agusan y al seno de Dávao. A dicho valle sigue otra llanura, donde residen los caragas. Hacia el SE. se eleva esbelto el monte Sapao, de donde proceden el Casaumán por el Oriente y el Caraga por el Occidente.

Los afluentes de la derecha del Casaumán son: el Batobató, Napnauan, Bagtinan, Anibonga y Bonga; y los de la izquierda, el Anangilanan, Anigbon, Magpangútub, Bagoag, Lapinigan, Mambusao, Tagoon, Ibabao, Oangan y Manaóbog. El Lapinigan reconoce por su afluente al Liloan; y el Oangan al Doris, al Sámud, procedente de la laguna Caídlao, al Malipdas, Aeng y Nagnonan. Al Sur de la casa del capitán Sebío se descubre el monte Magsúbay, de cuyas vertientes se derivan las aguas del Baguán, Súmlug y Agusan que van a parar respectivamente al Pacífico y a los senos de Dávao y de Butúan. Igualmente se ve un monte al SSE., del cual toma su origen el Quinonoan, que desemboca en Jovellar.

Esto supuesto, saliendo de la casa del capitán Sebío con rumbo al SO. se va a parar a Dacung-Banua, pasando por la sementera del capitán Lúmbung, el cual se ofreció por guía a los Padres, prometiendo tener arreglado un camarín



junto a una regular laguna, para que pudiesen descansar en Dacung-Banua, cuando allá fuesen durante la próxima primavera. Pasado Dacung-Banua se encuentra el Calatagan, gran llanura que va a parar al lugar en que vivía el bagani Magdagasang junto al Magbalanay, afluente del Tagdaóngdong que lo es a su vez del Caraga; mas, para llegar allá, es preciso atravesar varias veces otro afluente suyo, llamado Maputi, a quien rinde el tributo de sus aguas el Lahí.

Todos los mandayas estaban contestes en asegurar que el río Caraga tenía más población en su origen que en su bocana, y al capitán Fausta, hijo mayor de Sebio, le dijeron, que si los Padres iban allá formarían pueblo.

Desde la casa de Magdagasang, enfilando el Tigao, se llega al Agusan en una pequeña jornada junto al lugar de residencia del capitán Guibo, pariente muy cercano de la esposa del inspector de Santa María don Gregorio Morali-zón, hija del célebre capitán mandaya Dadom.

En la confluencia del Agusan con el Sapauan vivía Félix y por el lado oriental de la vertiente del primero, fluyen los ríos Saguban, Dapóngpong, Malayon, Tigao, Caliauau, Aguibauan y Naan; donde vivían respectivamente Antolín, Aguiadam, Adog, Guibo, Sabaquí, Saguidan, Manlúcup, Manganon, etcétera, hasta llegar a Compostela, fundado por el P. Urios en la confluencia del Batoto con el Agusan. Desde Compostela puede cualquiera dirigirse a San Nicolás o Catéel viejo en cuatro jornadas, con práctico; enfilando el Nabo, faldeando el Agtunganon y pasando por Manlubúan; y en otras cuatro a Manurígao, enfilando el Aguibauan y su afluente el Maa, y pasando por Bungadon.

Hubiera sido de suma importancia establecer un pueblo junto al Lapinigan, para facilitar el tránsito al otro lado de los montes; mas fue preciso condescender por entonces, porque el capitán Sebio se mostró muy reacio, y prometió que se juntaría con los de Manay y bajo Casaumán para formar pueblo en un llano hermoso y despejado llamado Capasacán, situado en el origen del Mahánub, distante cuatro leguas de la visita de Manay, donde desagua.

El astuto viejo quiso con esto eludir por un lado la responsabilidad para con los misioneros y el Gobierno, y por otro la odiosidad de sus súbditos, ofreciendo trasladar la vivienda de su hijo mayor Fausta, a unas seis leguas de la playa, en la antigua sementera donde dio trágico fin el infeliz Magolenda; y él mismo, siendo casi octogenario, quiso a la vuelta acompañar a los Padres con sus dos hijos hasta la casa del capitán comisario o Ladiamuda Masaúdlín, para inducir a los demás principales de la comarca a que formasen pueblo.

Al llegar a su casa les obsequió el capitán Sebio matando un enorme cerdo que tenía reservado su mujer para un Pagballílg, o sacrificio; porque

era bailán. Correspondiéronle los Padres con varios regalos de piezas de ropa y otros presentes, y dieron luego cuerda a un cilindro de metal que habían llevado para alegrar a los monteses, tocando algunas piezas de música, con gran satisfacción de los mandayas. Arreglaron después ciertas diferencias, que de no haberse ajustado hubieran podido acarrear funestas consecuencias. Pernoctaron el día siguiente en el camotal de Dagánsang, de donde salieron a la madrugada del otro, en compañía del capitán Sebio, Fausta, Rendón y Masaúdlin para la casa de este último, quien se había apresurado a concluirla para recibirles en ella. Allí fue donde se verificó la gran junta de principales de la comarca; matóse un cerdo, preparóse el convite con su consiguiente tágay-tágay o sumsuman, aunque se guardaron todos muy bien de embriagarse; Masaúdlin tocó la guitarra mandaya, los Padres dieron cuerda a su cilindro, ante el cual enmudecieron los guímboas de la comarca; hubo regalillos... y se fueron disponiendo los ánimos para tratar del objeto principal de aquella reunión, que no era otro sino el de deliberar acerca de la formación de uno o tres pueblos, nombrando una o tres justicias, y decidir lo que pareciese más conveniente a su organización.

Archipésada y sempiterna fue la dichosísima vichara, porque duró toda una noche y medio día más; y salió el P. Pastells tan molido de ella, que enfermó de resultas. Confeccionóse un padrón que contenía cuatrocientas dos familias y se resolvió la construcción del pueblo de Manresa en Capasacán; mas, como en razón de las grandes distancias en que se hallaban diseminados los mandayas, que debían agruparse en él, sería casi imposible gobernarlos, si no se multiplicaran las autoridades; se convino en nombrar tres capitanes con su respectivo personal de ministros subalternos: el primero, para los habitantes de la cuenca del Manay, y los dos últimos para los moradores del alto y bajo Casaumán, respectivamente.

Hechas las elecciones por sufragio de votos, entregó dicho Padre los bastones de mando a los capitanes Simón, Fausta y Masaúdlin, nombrando inspector a don Policarpo Mapayo, nuevo reducido, hijo del capitán mandaya del mismo nombre, y visitador a don Gregorio Moralizón, capitán pasado de Caraga, actual inspector de Santa María y cuñado de Masaúdlin.

Señalóse día para desmontar los solares de la futura población, que era un tupido bosque, y se levantó acta formal en que constó lo estipulado, que firmaron por sí o por otros todos los principales que se hallaron presentes, y era del tenor siguiente:

«A los 27 de octubre del año del Señor de mil ochocientos ochenta y tres: ante los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús Pablo Pastells y Valentín

Altimiras, siendo testigos los señores don Gregorio Moralizón, don Isabelo Ramillete y don Pantaleón Ajos, vecinos y principales de Caraga; los abajo firmados, principales de los mandayas residentes en las cuencas de los ríos Manay y Casaumán, después de un detenido examen y de madura deliberación hemos convenido y nos comprometemos formalmente:

1.º En construir un pueblo con el nombre de Manresa, en el lugar llamado Capasacán.

2.º En habitar dicho pueblo, trasladando allí cerca nuestras sementeras y las de nuestros subordinados, de modo que se oiga desde ellas el sonido del caracol.

3.º En no oponernos a la predicación del santo Evangelio, dejando libre a cualquiera la recepción del santo bautismo.

4.º En castigar a los infractores de este convenio y compromiso, implorando si fuere menester, el auxilio de fuerza armada de cuadrilleros o del tercio civil a la autoridad competente.

Y para que conste, levantamos la presente acta en casa del capitán Comisario, fecha ut supra. Masaúdlín, Fausta, Lángam, Sebio, Mapayo, Rendón, Sámut, Maylúas, Maynepas, Maoagnon, Macadágat, Bintayao, Igues, Dagánsang, Gregorio Moralizón, Isabelo Ramillete, Pantaleón Ajos, Valentín Altimiras S. J., Pablo Pastells S. J.»

El lugar proyectado para la futura Manresa distaba diez leguas de Caraga. La gente que debía poblarla se hallaba diseminada en un radio de dos jornadas de la población, y los que se trataba de reunir eran infieles remontados de los pueblos existentes en las playas, o que habían permanecido en sus ilayas hasta nuestra llegada en continuo comercio con los moros islames de Baguán, Lucatán, Mayo y Súmlug, siendo muchos de ellos oriundos de aquella raza, aunque mejorados con el cruzamiento de alguna otra más noble, según de la mayor perfección de sus tipos se deducía.

Al regresar de la conferencia, el hijo de Policarpo Mapayo refirió al P. Pastells, que estando dicho Padre durmiendo, teniendo reclinada su cabeza en la barandilla de la casa del capitán Masaúdlín, cierto bagani que había cometido ya treinta muertes y a quien por su ligereza le llamaban «Lángam» (pájaro) se dejó decir a alguno de los circunstantes en son de broma: «Y ahora si le quisiéramos cortar la cabeza al Padre, ¿quién nos lo impediría?» Ciertamente que para broma, en boca de tal personaje, resultaba hartamente pesada.

Presentóse el cólera en Ginatúan y hasta 16 de diciembre hubo sesenta y ocho defunciones. Consagróse la parroquia al Sagrado Corazón de Jesús, sanos y enfermos se confesaron y desde entonces disminuyeron las víctimas.

En 25 de marzo siguiente tenían ya los Padres mil novecientas confesiones terminadas en orden al cumplimiento pascual desde San Luis hasta San José; y el día 26, salían para Santiago y demás pueblos del Sur hasta Dungan, donde debía fundarse un nuevo pueblo con los sáopes del capitán Matinagnus. El inspector nombrado al efecto había salido ya de Caraga, con orden de tener preparado un buen camarín para alojar a los Padres. La única dificultad sería que se les ofrecía a aquellos mandayas era la del tributo que pagaban a los datos moros de Súmlug, que desapareció, haciendo rostro al enemigo. También Tamay quería imponer diezmos a los mandayas de Jovellar; pero, no pudo pasar más allá.

Mientras el P. Pastells daba cuenta por carta de esto al Rdo. P. Superior de la misión, tenía a uno y otro lado los hijos del capitán Sebio, Fausta e Idong, que debían servirle de prácticos en el viaje proyectado a casa de Magdagasang y el hijo del capitán Lúmbung, Sabay, le dijo que su padre estaba arreglando un camarín en el Dacung-Banua, para que pudiesen descansar los misioneros la noche antes de llegar a casa del bagani de Tagdaóngdong, porque Magdagasang se había corrido al otro lado del monte, junto al Agusan, hacia la casa de Maquídong.

El proyecto del P. Pastells era ver si podía llegar a Compostela y volverse por Lucatán y Catúmbao, a cuyos ilyanos induciría a poblar el antiguo Carmelo, que se abandonó por haberse agregado sus habitantes cuatro años atrás al pueblo de San Luis en Quilá, situado en la costa del mar entre Manurígao y Baculin, procurando que bajasen allá los de Bungadon.

Los de Manresa habían ya desmontado el terreno y construido un camarín para cuando fuera el misionero a visitarles. Por otro lado Tabit estuvo a mediados de marzo en casa del capitán Estanislao Reyes, de Catéel, y se dejó decir que si el Padre quisiera, fundaría él pueblo; y que si su yerno Mapando se opusiese, él le sujetaría a razón. En su consecuencia resolvió el P. Pastells ir a dar por julio los santos ejercicios a aquel pueblo y fundar una nueva reducción en Maputi con los sáopes de Manlubúan, toda vez que Mapando, Macúsang y Quidao estaban quietos sin molestar, por entonces, a nadie.

En el entretanto aprovechó el P. Pastells la ocasión que se le ofreció de otro acontecimiento, que decidió de la conversión al cristianismo del jefe principal de la nueva reducción de San Francisco. Había en ella un famoso capitán de infieles llamado Evaristo, que era el *fac totum* de los mandayas de aquella región; el cual, engreído por lo numeroso de sus sáopes y seducido por las utilidades que de los mismos reportaba, se hacía sordo al llamamiento de Dios y del misionero. Tenaz en sus propósitos, jamás se le pudo arrancar palabra, que



hiciera esperar su conversión. Procuró el Padre debilitar su poderío a fin de ganarle para Jesucristo, y fue socavando su influencia, atrayendo sus sá-copes al cristianismo.

Algo se impresionó su corazón al experimentar la conversión de tantos capitanes de otros pueblos y observar que en cada visita iban los misioneros disminuyendo el número de infieles del suyo. Con todo, el cortejo de robustos y elegantes mozos que formaban como su estado mayor, le deslumbraba y borraba las impresiones que en su corazón sintiera, al ver con sus ojos el florecimiento y aumento de los nuevos cristianos.

Dos de aquellos jóvenes, que por ser hijos del capitán Diúyan eran privados suyos, fueron el medio que Dios escogió para ablandar su corazón. El menor de ellos, llamado Bernabé, trató de contraer matrimonio con una joven infiel, hija de padres cristianos; mas el hermano mayor le hizo faltar a la fidelidad prometida al menor. Resentido éste del crimen de su futura esposa, se encaró con su hermano y le dijo: «Si no fuéramos hermanos, ahora mismo se acabarían tus días; pero mi corazón no puede sufrir que se tiñan mis manos con tu sangre. Quédate enhorabuena en el mandaísmo que yo me hago cristiano y seguiré a los Padres, pues tu delito me avergüenza y tu presencia sería una tentación continua para mí.»

Pronto se dejaron caer los Padres en Manay distante media legua de San Francisco, y al embarcarse en el Mahanub les llamó la atención uno de los grumetes vestido a lo visaya, de porte modesto y candoroso; preguntaron quién era y uno de los presentes les respondió ser un hijo del capitán Diúyan, que quería bautizarse e irse con ellos. Llegados al pueblecito de San Francisco, se trasladaron los misioneros al convento acompañados de las autoridades y niños de las escuelas, y apenas se hubieron sentado, presentóseles el nuevo candidato, solicitando, el santo bautismo y acompañarles en sus excursiones, a fin de evitar una grave tentación que continuamente le afligía y adquirir hábitos cristianos, por ser mejores que los del mandaísmo. Preguntáronle cuál era la tentación y respondió, que una inclinación de matar a su hermano y que para dominarla no hallaba otro medio más que el bautismo, oír los consejos de los Padres y seguirles hasta la muerte.

Alabáronle su resolución, pero le advirtieron que como sus padres y parientes habían hecho muchos gastos por él, para que se efectuase el matrimonio al cual renunciaba por los expresados motivos; era preciso arreglar antes este negocio, para evitar luego disturbios y quizás muertes por quererlos recobrar, o compensarse con otros objetos equivalentes a los que ellos habían entregado. Se conformó el joven, y llamó a sus padres y a su hermano mayor

para arreglar este asunto. Presentáronse luego acompañados del capitán Evaristo. Como estaban ya enterados de la resolución de Bernabé, les indicó el P. Pastells la necesidad de arreglar la cuestión de los gastos verificados, porque de otra suerte quedarían resentidos con la pérdida de sus intereses. «Matuud cay Pare»; es cierto, oh Padre.—Muy difícil será, prosiguió el Padre, por ser muchos los que se han hecho, pero con la ayuda de Dios todo se compondrá. «Hinaut unta», así sea; replicó el capitán Diúyan. Empieza, pues, a contar, le dijo el P. Pastells. Levantóse inmediatamente el capitán, recogió una multitud de piedrecitas y astillitas de madera e hizo tantos grupos, cuantos eran los objetos entregados, lo que para cualquier otro hubiera sido una confusión; mas como no habían estudiado otras operaciones de aritmética, que la de sus «valentos», que llevan siempre prendidos de sus vestidos en forma de nudos, hubo que dejarle resolver el problema a su modo, que en mil y un objetos varios ascendía a la suma de ciento cuarenta pesos; y a la verdad que parecía imposible recordar con sólo aquellos nudos, piedrecitas y astillas cada una de las menudencias entregadas por diversos sujetos en dos o tres años, que habían durado aquellas relaciones; pero, echada al fin cuenta, sentenció el Padre después de haber oído las razones en pro y en contra de una y otra parte interesada, los pareceres y deliberaciones de los principales infieles y cristianos de varias rancherías, y los de la visita de Manay: y arreglado a satisfacción de todos el negocio; se bautizaron los dos delincuentes y se casaron inmediatamente después del bautismo.

A consecuencia de este arreglo, en la inmediata visita que les hicimos pidieron el santo bautismo el capitán Evaristo y toda aquella brillante escolta de jóvenes mandayas, de que se ha hecho arriba mención, y de otros muchos súbditos suyos, con los cuales se formó el nuevo pueblo denominado de Santa Cruz.

El referido Bernabé, a quien habían admitido ya los Padres, conforme a sus deseos, para que les acompañase durante algún tiempo, no pudo realizarlo; porque le atacó una recia calentura; ni era ya necesario, pues habiéndose bautizado y casado su hermano, fácilmente se conformó a vivir con su familia.

En este mismo tiempo aconteció, que una anciana de setenta años fue atacada en la ilaya del pueblo de una grave enfermedad; aplicáronle los mandayas los remedios por ellos conocidos; mas la enfermedad seguía su curso acercando la víctima al sepulcro hasta tal punto, que tenían ya abierto el tronco del árbol que debía servirle de sepultura y preparados los objetos que, según su costumbre, debían acompañarle, como son: comida, cuchillo, ropas, etcétera; cuando a uno de los presentes se le ocurrió decir, que ya que aquella

mujer durante su enfermedad había manifestado deseos de bautizarse, podían vestirla a lo cristiano. Convinieron todos con su parecer, y acercándose a la moribunda le indicaron, que toda vez que anhelaba bautizarse y no podía realizarlo por no estar allí los Padres, le pondrían una camisa de cristiano y tal vez Dios en la otra vida la recibiría por tal; y pasando de las palabras a los hechos le trocaron el vestido de mandaya por el de cristiana. Según aseguraban los mandayas estaba ya como muerta, y al vestirla de cristiana dio de repente señales de vida, abrió los ojos y recobró la salud con tal prontitud, que a los cuatro o cinco días pudo andar por su pie y presentarse a los Padres en Manay para que la bautizaran. Era admirable su alegría por el favor que le había dispensado el Señor; y por el fervor con que se instruía en los misterios de nuestra santa fe, logró en poco tiempo aprender lo necesario para recibir el santo bautismo, que se le administró. En esta visita recibieron la libertad de hijos de Dios, y la de los hombres, cuatro o cinco esclavos que, para bautizarse, se habían fugado de los que falsamente se intitulaban sus dueños.

Durante los primeros meses de 1884 habían ya bautizado los Padres más de 300 mandayas; con todo eso los pueblos estaban con grande sobresalto por las correrías de los infieles asesinos de Bungadon y Manlubúan.

El feroz Mapando había cautivado a cuatro cristianos de San Luis, y dos sáopes de Manguinláu habían asesinado a otros seis individuos, cuyos parientes en número de treinta y uno fueron a refugiarse al amparo de nuestras reducciones, esperando la llegada de los misioneros para hacerse cristianos.

Continuamente se veían espías en los pueblos, y Mapando y Manguinláu habían amenazado con grandes bravatas asesinar a varios cristianos y para colmo de su enojo, se le habían fugado al primero tres cautivas, dos de las cuales madre e hija, nuevas cristianas de Santa Fe, habían sido apresadas cuatro años atrás, cuando asesinó Mapando a cuatro nuevos reducidos y a un soldado del tercio, junto a las casas de esta población. La circunstancia de haber pretendido tomar a la hija por su segunda esposa, dio motivo para que fuera mayor su ira y a que armara a los suyos por segunda vez.

Empero no habían contado con el teniente del tercio civil de policía, D. Prudencio García, quien al observar que se multiplicaban todos los días los espías en los pueblos de San Luis, Manurígao y Santa Fe, y que amagaba otra hecatombe a las nuevas reducciones, si no se ponía freno al enemigo, preparó una expedición que salió de Manurígao el 17 de junio de este mismo año de 1884, con dirección a Bungadon, residencia de Manguinláu.

Antes de salir, como buen prelude cogieron a once mandayas, dos de los cuales fueron muertos por haber resistido a la fuerza armada. Eran éstos, dos

hijos de Manguinlaúd. Entre los nueve restantes, contábanse otro hijo y dos sobrinos del mismo, siendo los demás sácope suyos. La expedición se compuso de 110 individuos entre soldados del tercio, cuadrilleros, viejos y nuevos cristianos y mandayas infieles amigos. Según declaración de tres de los presos, los manguilangas habían asaltado el pueblo de Compostela y después de haberlo incendiado asesinaron a muchos, entre ellos a Crisóstomo y al capitán Cayetano. Así se confirmaba la necesidad que expuso el Padre a su tiempo de colocar dos o tres destacamentos, que veraneasen en Bungadon, en las fuentes del Bagganga y en Manlubúan, madrigueras de asesinos del alto Agusan y del Pacífico, junto al monte Agtunganon, que constituye la divisoria del Nabo y del Catéel.

La expedición del teniente del tercio civil D. Prudencio García causó a los enemigos veintitrés muertos, habiéndosele hecho nueve prisioneros y recogido cuarenta infieles mandayas, que se distribuyeron entre las nuevas reducciones, las cuales fueron reforzadas con pequeños destacamentos, para librarlas de los asaltos de los baganis.

El día 16 del mismo mes y año recibió el P. Pastells varios cajones de géneros que de limosna remitidos por los católicos de Barcelona, con los cuales tuvieron los Padres para vestir a un millar de mandayas que se bautizaron este mismo año; porque los de Santa Cruz, Santa Fe y San Luis lo hicieron casi todos en masa.

En Jovellar se empezó también a librar batalla campal contra el enemigo común de las almas; y lo mismo se verificó en Manresa, Tarragona y Zaragoza.

En cambio una deshecha lluvia que les azotó durante el viaje de vuelta de San Francisco a Manay, ocasionó una aguda y pertinaz disentería al P. Altimiras, que degeneró luego en crónica y tuvo que salir de la misión para Manila y España, donde estuvo durante dos años hasta su completa curación; mas, volviendo luego al campo de operaciones, permaneció como suele decirse al pie del cañón hasta la muerte.





---

---

## CAPÍTULO XXXIII

Ministerios en Barcelona.—Fiesta del Santísimo Rosario en Dapitan.—Visita del gobernador y enfermedad del P. Chambó.—Fechorias de Rufino y Gapogapo.—Visita del P. Ricart.—Vicisitudes de la reducción de Barcelona.—Traslación de Lubungan y Minang a Dicayo.—Ministerios del P. Tramuta.—Iglesias terminadas.—Cien bautismos en Dipólog.—Mil infieles agregados al pueblo de San Joaquín.—Traslación de los restos del P. Ramón.—Caída de los arigues de la iglesia de Dapitan en construcción.—El cólera.—Terremotos.

A fines de septiembre de 1881 subieron los PP. Obach y Chambó a la reducción de Barcelona, predicándoles varias veces en subano y lograron bautizar 21 adultos, 18 párvulos y unir seis parejas con el lazo matrimonial.

Repetida su excursión lograron bautizar allí mismo cerca de un centenar entre párvulos y adultos.

La fiesta del Santísimo Rosario se celebró con mucha animación en Dapitan, asistiendo a ella el gobernador político-militar del distrito, don Leopoldo Roldán, el comandante militar don Fernando González, el cura-párroco recoleto de Misamis y los demás Padres y Hermanos de la residencia. Aguó, sin embargo, algún tanto esta fiesta la enfermedad del P. Chambó, a quien no habiéndosele podido cortar las calenturas fue preciso enviar a Balinasag, aprovechando la lancha de vapor, que le ofreció gustoso el gobernador con quien viajó hasta Cagayán. La causa de las calenturas de este Padre fue su excesivo trabajo en recorrer las reducciones de los subanos y pueblos del partido, porque terminadas sus tareas apostólicas en la Ilaya y Barcelona, volvió a Dapitan, de donde pasó a Dipólog y a Lubungan; salió con los lubuganos el día 21 de septiembre para Toocan, donde les dejó, al marcharse, una iglesia de siete varas de ancho por catorce de largo, diecisiete niños bautizados por él y quedó convenido con los adultos, que aprenderían lo necesario

para recibir el santo bautismo y a su vuelta se lo administraría, dejándoles maestro para que les instruyese y preparase. De Dipólog pasó a Jaliatib, donde predicó, bautizó y casó a los que estaban preparados. Allí se le presentó un dato con su gente prometiéndole que harían casas en el pueblo y pidiéndole el santo bautismo. Bautizó los niños y otras cuarenta personas; bendijo diez matrimonios y exhortó a los demás a que se dieran prisa para instruirse bien.

El P. Vilaclara no cabía en sí de gozo al ver que todos sus pueblos, visitas y reducciones mejoraban, trabajando con laudable esfuerzo en levantar iglesias, escuelas y otros edificios, públicos y particulares.

A principios de diciembre, hallándose el P. Obach en la ranhería de Barcelona, a las ocho de la noche le anunciaron que en Potungan, dos horas río arriba, un remontado llamado Rufino con 17 compañeros, estaban celebrando un convite con motivo de unos esponsales remedados a su modo entre una nueva cristiana llamada Margarita Gapes y un dapitano, viejo cristiano renegado, denominado Anacleto, por otro nombre Gapogapo. Mas la nueva cristiana habiéndose apercebido de lo que se pretendía, se escapó de su casa del monte y se fue en un barotillo a la de uno de sus parientes cerca de la reducción de Barcelona. Dio parte de ello el Padre al gobernadorcillo de Ilaya y a las doce de la noche se reunieron más de cuarenta hombres cuadrilleros y voluntarios; empero, como se dijo que los tulisanes estaban dispuestos a resistir en caso de que fuesen provocados, pidió el Padre auxilio al gobernadorcillo de Dapitan, y al día siguiente llegó el capitán del tercio con cinco soldados, cuadrilleros y voluntarios los cuales salieron en persecución de Rufino y compañía; y no habiéndolos hallado, se dirigieron al lugar donde solían estar de asiento; mas al llegar a dos grupos de infieles, que vivían cerca de ellos, nadie quiso servirles de guía; por lo cual el capitán del tercio civil cogió a los dos datos y con sus sácope, mujeres y niños en número de un centenar poco más o menos, los condujo al pueblo de la Ilaya, donde fueron distribuidos entre las familias cristianas, hasta que tuviesen en Barcelona casas donde morasen.

Fue el P. Obach a visitarles en Barcelona y se le presentó el dato subano Antocan y le prometió que se reuniría también allí con sus sácope y construirían sus casas, con lo cual aumentó en unos 200 la población.

Muy poco duró esta aparente reducción a la nueva fundación de Barcelona, por cuanto el mismo P. Obach en carta al P. Ricart de 20 de enero de 1882 le participa, que todos los infieles subanos arriba referidos se habían remontado de nuevo, y aunque salieron en busca suya soldados del tercio civil, no fueron hallados. Quemaron éstos en cambio las casas y el palay de los tulisa-

nes y talaron sus sementeras. Ante esta novedad, fue el Padre a visitar a los barceloneses. Hallólos bien arraigados en la nueva vida de cristianos; administró seis bautismos y tres casamientos. Allí compareció ante él Indánao, juez de Barcelona y padre de Margarita, la pretendida de Gapogapo, y le refirió que estando en su casa con su mujer e hija se les presentó al pie de la escalera el pretendiente con el cris desnudo en una mano, la lanza en la otra y el balarao o puñal en la cintura, mandándole que bajase. El pobre Indánao temblando de miedo, se atrevió sin embargo a decirle, que le extrañaba que se presentase con aquel ademán amenazador, siendo así que no le había inferido agravio alguno. Díjole entonces Gapogapo, que el objeto de presentarse así era para que le entregara su prometida. El buen juez le representó, que ya sabía las costumbres de los subanos, de que el pretendiente debe regalar algo a los padres de la pretendida... ¿Cuánto quieres?— dijo el renegado.— Seis pesos— respondió el juez. — No los tengo ahora, pero bajo palabra te prometo que te los daré. Indánao, le replicó, que como fianza, hasta que le trajera los pesos, le dejara sus armas. Gapogapo cayó en el lazo; entregó las armas; cogiólas el valiente juez, las ató y escondió; le invitó a subir, y así pasaron toda la noche hablando e invitándose el uno al otro a beber tuba; pero como el uno no se fiaba del otro, no bebieron ni durmieron en toda la noche. El día siguiente se quería llevar a Margarita; pero el juez se excusó diciendo que, como sácope de Barcelona no podía entregarla sin comunicarlo al Padre y al capitán de Ilaya, pues de lo contrario sería él duramente castigado. No tuvo más remedio que volver solo y sin armas. A los pocos días se presentó al misionero la otra mujer que hacía vida común muchos años había con aquel desventurado, diciéndole que se había escapado del monte por miedo a la tropa y que ya no quería vivir más con Gapogapo, sino volverse a su pueblo de Langaran y perseverar siendo buena cristiana.

Regresando un día dicho Padre de Dipólog a Dapitan, hacia la mitad del camino se le presentó un dapitano anunciándole que, treinta o cuarenta tulisanes armados de cris, lanza y balarao, a las órdenes de Rufino, habían asaltado una casa de Ilaya, y que ya estaba el capitán del tercio con cuadrilleros y soldados en su persecución. Así fue en efecto, pues robaron y quemaron lo que no se pudieron llevar de aquella casa; incendiaron el camarín del gobernadorcillo de Ilaya con el abacá que en él tenía y 250 cabanes de palay, y como los de la familia de la casa robada gritasen y suplicasen a San José que les protegiera, Rufino les dijo que no temieran; que no habían ido a matar sino a robar y quemar; pero que si entre ellos corriese sangre, la venganza sería terrible.

El capitán del tercio volvió de su expedición a Ilaya con la cabeza del hijo mayor de Rufino, joven de 20 años, llevando presos a la compañera del mismo Rufino (esposa de uno de Ilaya), a tres de sus hijos y a una hija de mayor edad; el cabecilla, sin embargo, pudo escapar y aún arrojar piedras y lanzas a sus perseguidores, quienes le quemaron y talaron cuanto tenía.

El día 16 de abril o «Dominica in albis», después de haber administrado el Padre la sagrada comunión con toda solemnidad a los enfermos de Dapitan, a la que asistieron los señores gobernador del distrito, don Leopoldo Roldán; comandante militar del partido, don Fernando González; alférez del tercio civil, la principalía y el pueblo; acudieron todos al fondeadero para recibir al Rdo. P. Juan Ricart que acababa de llegar en el vapor *Mindanao*. Este Padre visitó juntamente con el Sr. Gobernador casi todos los pueblos del partido y el 24 se despidió, dirigiéndose al Salvador, acompañándole el P. Obach hasta Oroquieta a donde fueron con el mismo gobernador y comandante, quienes a su vez recorrieron los pueblos inmediatos para verificar el sorteo de quintas mientras que el P. Superior hizo la travesía en lancha para proseguir su visita en el distrito de Cagayan, y el P. Obach se volvía a su residencia con el pequeño percance de haberse estropeado una mano a consecuencia de una caída de a caballo.

El H. Pablo Guilá permaneció un mes en Dapitan para informarse mejor del estado de la iglesia, ver si faltaba hacer en ella algún remiendo y cubrirla de hierro galvanizado; mas viendo que amenazaba ruina, prefirió volverse a Manila y aguardar el próximo año en que tendrían los dapitanos reunidos los materiales para levantar nueva iglesia que, aunque de mayor coste, sería trabajo mejor y más asegurado.

Nuevas vicisitudes ocurrieron en la nueva reducción de Barcelona; porque los subanos infieles que a fines del año anterior se habían juntado allí y levantado sus casas; atemorizados con las amenazas del dato Antocan y de Rufino, se fugaron todos en una noche.

Hiciéronse repetidas expediciones, cogiéronse algunos subanos que fueron conducidos a la cabecera y con esto, y lo anteriormente referido, estuvo en paz el partido.

Este año se hizo por primera vez en Dapitan el mes del Sagrado Corazón de Jesús después del mes de María, celebrándose ambos con mucha devoción y concurrencia.

Adquirióse en agosto noticia de que el cólera estaba causando estragos en Joló, Zamboanga e Iloilo; y se tomaron las precauciones debidas para evitar que se introdujese y propagase en el partido.



El día 27 de octubre llegó el P. Vilaclara a Dapitan procedente de Manila, y acto continuo se volvió a su curato misión de Dipólog.

La traslación de Lubungan y Mínang a Dicayo se realizó con satisfacción de todos, quemando los lubunganos las antiguas casas que quedaran en pie dentro de aquel cementerio, que no otra cosa significa el nombre de Lubungan.

En dicha población bautizó el P. Antonio Tramuta durante tres días ciento cincuenta y seis subanos, bendiciendo en el día de la Natividad de Nuestra Señora el enlace de treinta y seis parejas; proveyó de ropa y dio de comer a los bautizando, para que pudiesen prepararse mejor a recibir el santo bautismo y premió a los maestros y maestras que habían atendido a su instrucción. Todo el pueblo se asoció a esta fiesta, esmerándose en obsequiar a los nuevos cristianos que discurrieron por las calles de la nueva población seguidos de la música de Dipólog.

Para atender mejor a la instrucción de infieles y cristianos nuevos, empleó el P. Vilaclara seis maestros y seis maestras a cada uno de los cuales daba mensualmente un peso o dos cabanes de palay y procuraba, que durante el tiempo de cosecha contribuyesen los sácopeš de la ranchería, cada cual según sus facultades, al sostén de los respectivos maestros y maestras; mas luego se redujo a la mitad el gasto, porque el gobernador del distrito ofreció pagar a los de Polanco y se habían fundido en un solo pueblo los de Lubungan, Mínang y Dicayo; quedando sólo tres rancherías cuyos maestros y maestras era preciso mantener.

La iglesia de Taliatip o Polanco se abrió al culto en 15 de mayo y desde entonces se cambió el dindín de nipa por otro de tabique panpango. La de Dujínub se construyó según el estilo de la de Polanco, y para el tabique panpango se utilizaron marcos de narra; quedando terminadas ambas iglesias para el día de la celebración de sus fiestas respectivas. En su edificación sólo invirtió el Padre ciento treinta pesos en jornales de aserradores y carpinteros, porque los vecinos del pueblo los mantenían con el palay recogido por medio de contribución entre sí mismos. El día 22 de mayo por la mañana, vigilia de Pentecostés, admitió el P. Vilaclara al solemne bautismo de adultos a cien niños y niñas, después de haberlos examinado por sí mismo y sido preparados por ocho maestros y otras tantas maestras en la iglesia de Dipólog; once de ellos, los más aprovechados, se acercaron el día siguiente a recibir la sagrada comunión. Constaba ya a la sazón aquella ranchería de setecientas almas, quedando sólo unas ciento por bautizar.

Dicayo, o el nuevo Lubungan, constituía también un hermoso pueblecito; notándose en sus vecinos sumo contento por haberse trasladado a un lugar que

tantas ventajas les ofrecía; visitábales con todo el Padre a menudo y permanecía algunos días entre ellos, para alentar más su espíritu.<sup>1</sup>

Fue también en extremo consolador el aspecto que ofrecían los subanos que moraban en ambas márgenes del río Toocan. Más de mil infieles, de quienes se esperaba fundadamente su próxima reducción, se agregaron al pueblo de San Joaquín, donde vivían ya cuatrocientos. Al principio se bautizaron solamente los niños, que luego asistieron a las escuelas respectivas con tal asiduidad, que en breve supieron tan bien el catecismo como los de los pueblos antiguos.

El 17 de noviembre de 1882, después de cantada una misa de difuntos, fueron trasladados los restos del P. José Ramón, del cementerio de Dipólog al de Dapitan y colocados junto a los nichos de los PP. Miguel Mor y Juan Gelabert; y el 18, después de celebrada la misa mayor, se dirigieron en procesión los Padres con el señor comandante, la principalía y todo el pueblo al son de la música y al repique de las campanas hacia el sitio destinado para levantar la futura iglesia; bendíjose la primera piedra e inmediatamente se principió a en-derezar los arigues.

Con motivo del cólera que invadió las poblaciones de varios distritos del Archipiélago filipino, desplegó el gobernador de Cagayán, don Leopoldo Roldán, extraordinario celo, adoptando las providencias más oportunas para evitar la invasión epidémica y lo más consolador fue, que en todas sus circulares rebo-saba un espíritu tan cristiano, que era para alabar a Dios.

A ejemplo de Balingasag y del Salvador, tanto en Dapitan como en Dipólog se consagraron los fieles al Sagrado Corazón de Jesús; en Dipólog el día de Corpus y en Dapitan el del Deífico Corazón, encargando los misioneros a los socios del Apostolado de la Oración que comulgaran algunos cada día, siguiendo el orden con que los distribuyesen los celadores y celadoras, a fin de que Dios Nuestro Señor se dignara librarles del terrible contagio. Invocóse además el poderoso patrocinio del glorioso Patriarca San José, practicando en su obsequio la devoción de los siete domingos. Hízose asimismo, a petición del pueblo, una fiesta a San Roque, abogado especial contra la peste. Así transcurrió el año de 1883, contentándose S. D. M. con solos estos amagos; mas en 1884, descargó por fin el temible azote, aunque no con tanta dureza como en otros distritos del Archipiélago; y estando los cristianos bien preparados, recibieron el golpe con fortaleza de ánimo y resignación cristiana; porque lejos de marcharse a sus ilayas se reunieron en la población aun los que habitualmente vivían en sus sementeras; y a pesar de no haber faltado quien les aconsejase, que se dispensaran de asistir al pueblo, para evitar el contagio; res-

pondieron, que de morir, querían hacerlo como cristianos, recibiendo los últimos auxilios de la Religión; y tan al pie de la letra lo cumplieron que si alguien tenía necesidad de salir y permanecer algunos días en su sementera, durante este período, confesaba primero y comulgaba.

El sistema de reunir en hospitales a los atacados con el fin de asistílos mejor corporal y espiritualmente, resultó completamente inútil; por resistirse a ello los dapitanos: no hubo, pues, otro remedio, sino el de nombrar muchos mediquillos, que repartiéndose entre sí las casas de la población, pudiesen atender más fácilmente a los contagiados.

Hiciéronse sucesivamente novenas y fiestas a San Roque, San José, Santiago Apóstol, a la Purísima Virgen María y al Sagrado Corazón de Jesús.

El día en que hubo más defunciones fueron doce, y el total en seis meses y en todo el partido, cuatrocientas veinticinco.

A la plaga del cólera se añadió la del hambre, porque en tiempo de epidemia no hacían los naturales más que gastar y muy pocas eran las ganas que tenían de trabajar, cuando por todos lados veían a la inexorable parca segar con su terrible guadaña las vidas de multitud de ellos dentro de la misma población. Durante este tiempo se invirtieron en provecho de los atacados y menesterosos considerables limosnas recogidas en el pueblo, de palay, ropa y dinero; recibieron asimismo de la Junta del distrito doscientos cincuenta cabanes de palay, algunos picos de arroz y medicinas; el Rdo. P. Superior de la misión, mandó sobre cien picos de arroz y facultó a los Padres para que diesen mucha limosna en metálico, ropas y medicinas.

Aumentó en gran manera la calamidad del cólera la caída de la iglesia en construcción acontecida el 12 de mayo de 1885; porque habiéndose levantado todos los arigues menos uno, se quiso enderezar éste para mayor alegría, al son de la música y repique de campanas; pues la mayor parte de los hombres de la población trabajaban allí de voluntarios; y estando ya a gran altura, hubo un momento de descuido y se les inclinó a un lado: ya no hubo modo de sujetarlo y arrastró tras sí a todos los demás, que eran unos cuarenta y en un momento quedó toda la obra convertida en un montón de ruinas. En medio del general trastorno la Providencia divina veló con manifiesto prodigio sobre la muchedumbre; porque a pesar de ser tantos los hombres que había por todos lados y encima de la obra más de treinta; todos cayéron de pie sin haber tenido que lamentar desgracia personal alguna; sólo uno salió con un rasguño en la cara para recuerdo de esta especialísima protección del Señor; porque naturalmente considerado habían de perecer muchos aplastados bajo el enorme peso de los materiales allí acumulados. Gracias por fin a la misericordia de

Dios, desapareció el cólera de Dapitan, sin haberse presentado en Dipólog, Lubungan y sus anejos, debido a la protección de los Sagrados Corazones de Jesús y María y del poderoso patriarca San José, a quien no en vano invocaron; paseándolos procesionalmente por las calles todos los viernes y domingos de cada semana, hasta que declarado limpio Dapitan, pudieron juntarse con los de allá para cantar el «Te Deum». Asimismo durante el tiempo del peligro se celebraron los siete domingos a San José, confesando y comulgando todos los que pudieron hacerlo; honróse al santo durante el mes de marzo, y el día de su fiesta hubo solemnísima procesión, en la que los principales llevaron en andas la imagen del santo patriarca y los gobernadorcillos de Dipólog y Lubungan los estandartes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María; así se fueron repitiendo los «siete domingos» hasta que cesó el cólera en los pueblos cercanos.

Por marzo de 1885 se erigieron las nuevas parroquias de Oroquieta y Langaran, a la última de las cuales se le agregó la visita de Baliángao, segregándola de su matriz Dapitan.

El 23 de julio a las once de la mañana se sintió tan espantoso terremoto, que no recordaban los viejos haber percibido otro igual. No tuvo con todo más consecuencias que las de haberse derrumbado algunas casas, abierto muchas grietas en la tierra, brotando agua, y desprendiéndose de los montes enormes peñascos. La comandancia y el tribunal sufrieron bastante; el convento casi nada a excepción de la vajilla y demás objetos frágiles; la iglesia interina quedó en pie; la que se hallaba en construcción, como si nada le hubiera pasado; la de Cavite muy mal parada; la de Ilaya con algunos tabiques deteriorados; y en la de Dipólog todas las imágenes fueron al suelo. Gran parte de la gente durmió de noche en cabañas formadas cerca de sus casas.

Durante el primer día se sucedieron los temblores cada cuarto de hora; en los siguientes fueron menos, aunque de trepidación con sacudidas momentáneas; con lo cual y el cólera, que todavía seguía en diferentes puntos, y con no llover y no poder la gente sembrar; se hallaban todos al borde de un conflicto. Sin embargo la salud de Dapitan era inmejorable. El 1.º de agosto continuaban todavía los temblores de oscilación; durante la noche se percibieron seis, y a las tres y cuarto de la tarde otro de oscilación, seguido de sacudida muy dura, repitiéndose éstas el día 3. El 9 y 23 de septiembre se sintieron también otros dos, bastante intensos.





---

---

## CAPÍTULO XXXIV

**El cólera morbo en Zamboanga y su distrito.—Muere el P. Casadevall.—Estado de Zamboanga. — El P. March misionero en Ayala. — La colonia de San Ramón. — El P. Llausás en La Isabela. — El mes de Maria. — Indulto de Pedro Cuevas.—Llega el P. Cavalleria.—Su ministerio en Panigayan.— Visitas de Pedro Cuevas a La Isabela. — Descripción de la isla y costumbres de los moros de ella.**

EN el verano de 1882 visitó el Señor la villa de Zamboanga y su distrito con el cólera morbo asiático. Hubo día en que fallecieron más de cien personas. Durante el mes de julio fue aquello un no parar y cuestión de tener el caballo siempre ensillado para acudir a todas partes. Día y noche eran conducidos los cadáveres al cementerio, y en el mismo convento fueron atacados cuatro sacristanes. Mas el Señor se dignó conservar fuerzas suficientes a los misioneros para acudir al socorro espiritual de los prójimos.

En Tetuán, aunque algo más tarde que los de Zamboanga, experimentaron sus vecinos igual desgracia; invadió también el cólera la isla de Basilan, si bien dentro de la población de La Isabela no se ensañó tan cruelmente como entre los moros.

En las Mercedes y en Ayala no causó la enfermedad grandes estragos.

Al principio sólo atacó a los naturales, mas luego se cebó también en los europeos, muchos de los cuales murieron, entre ellos el mayor de la plaza don Alejandro Serrano, ferviente católico, que sucumbió al pie del cañón, víctima de su caridad para con los apestados. El gobernador señor Conesa estuvo también a la altura de su deber, cayendo enfermo después de haber perdido a su esposa.

El 10, como a las doce de la mañana, entregó su alma al Criador en las Mercedes, después de cinco días de esta penosa enfermedad, el P. José Casadevall. Tuvo la muerte del justo. Desde que se puso en cama, de noche y de

día le asistieron los vecinos de la población ayudando al H. Torrens. Cuando el Padre entró en agonía se vio tan apretado dicho Hermano de la enfermedad, que tuvo que rendirse en cama, en la que pasó cerca de tres días con mucho peligro. El entierro del Padre fue muy concurrido y quisieron llevar el féretro los cabezas de Barangay. Sucedióle en el P. Juan Quintana.

Tenía el P. Casadevall establecidas en las Mercedes tres Congregaciones: la del Sagrado Corazón de Jesús, la de la Virgen de las Mercedes y la de San José compuesta casi toda de padres de familia. Estos solían comulgar el día 19 de cada mes o el domingo inmediato siguiente; los del Sagrado Corazón de Jesús cada primer viernes o domingo de mes, y los de las Mercedes todos los meses y en las fiestas de la Virgen. Cuando fallecía algún congregante, comulgaban los de su congregación en la misa que el misionero celebraba por el eterno descanso del alma del difunto, y mientras estaba éste de cuerpo presente, alumbraban con cuatro velas al santo patrón.

En la visita de Curuán había trabajado este Padre, para que los naturales de ella tuvieran sementera de regadío, procurando que se abriese una zanja para conducir por ella las aguas del río. A fines de 1880 tenía ya completa la mitad de la obra, y por carecer todavía en esta fecha de iglesia y casa, se albergaba el misionero en el tribunal cuando les visitaba.

En la de Bolong, a pesar de estar tan bien situada y ventilada y de abundar en ella la pesca, padecían sus habitantes hambre la mayor parte del año; porque en vez de dedicarse a la agricultura se inclinaban más a excursiones y al pequeño tráfico. El H. Torrens logró que en tres semanas levantaran allí una iglesita provisional de veinticuatro varas de largo y diez de ancho, contiguo a la cual se empezó a levantar casa para el misionero.

Techóse nuevamente en Manicahán la casa-misión y se fundaron las visitas de Catumbal y Cabalnay, porque tenían buenos terrenos cultivados y por cultivar, abriéndose calzadas para la comunicación, bajo la dirección del mismo Hermano. Boalan seguía estacionaria y la sementera de Talutsangay era en los años de buena cosecha el granero de la comarca. La iglesia de las Mercedes percibía todos los años alguna ayuda, de las limosnas que le ofrecían aquellos buenos labradores.

La villa y región de la parroquia y vicariato foráneo de Zamboanga dirigido por la experta mano del celoso P. Baranera, adelantó mucho en piedad y buenas costumbres.

«Si la frecuencia de sacramentos—decía muy a propósito el P. Carreras—es seguro indicio para juzgar de la moralidad de una población, no será desfavorable a la de esta villa, por más que la fama diga otra cosa, el juicio que

formará, quien quiera que observe lo que aquí pasa; porque en las fiestas de clase nunca bajan de ciento cincuenta personas las que se acercan a limpiar sus conciencias en el santo tribunal de la Penitencia; y en las principales de la Virgen, como son las del Carmen, Pilar, Rosario, de la Inmaculada, etc., son siempre más de doscientas; y en la comunión general del novenario de almas, según opinión de algunos que asistieron a ella, no bajaron de trescientas, y entre ellas bastantes de hombres; los primeros domingos, raras veces bajarán de cien almas las que se acercan a la sagrada mesa. Siempre que muere algún individuo, los de la familia, por poca posibilidad que tengan, hacen celebrar un funeral de primera o segunda clase, según sus facultades; y es costumbre, que los parientes del difunto más cercanos vayan aquel día a ofrecer en sufragio de su alma la comunión; los que no tienen posibilidad para hacer celebrar funeral, hacen celebrar una misa y en ella los parientes más cercanos también suelen comulgar. Muy raros son los que se exceptúan de esta regla y rarísimas las personas que mueren sin sacramentos; y si alguna vez sucede, no es por obstinación, sino por algún accidente repentino que no ha dado lugar para ello...

Cuando se ha de llevar Viático, se adorna el aposento del enfermo con piezas de lino blancas y limpias y se arregla en él un altarcico atestado de luces, cuadros, flores y otros adornos. Este aparato de lienzos y sábanas suele extenderse hasta la calle por un largo trecho, alfombrando el suelo con los mejores petates que poseen, y las familias que están algo acomodadas, alquilan una banda de música para que acompañe al Santísimo, a no ser que el enfermo esté fuera de la población, en cuyo caso el Santísimo es llevado en coche; pero si no está muy distante, el sacerdote va a pie y se procura ordinariamente que sea a la hora en que los niños acostumbran salir de la escuela y se les entrega a cada cual una vela encendida, y a veces entre niños, mujeres y hombres forman una gran procesión. Las funciones de la Iglesia se celebran con bastante lucidez; se cantan misas de gracia con frecuencia, tocando siempre la banda destinada exclusivamente para la iglesia; y todos los sábados, con raras excepciones, se canta la misa a las siete, y después de ella la Salve, con música y mucho concurso. Los domingos y días festivos en las tres misas que se celebran, que son la de las seis, la de la tropa y la de las ocho, a pesar de ser la iglesia bastante capaz, está siempre llena de gente. Da gusto ver durante el mes de mayo la abundancia de ramilletes de flores naturales que todos los días del mes ofrece la gente a la Virgen, tan exquisitos y bien trabajados, que pueden competir con los de las mejores floristas de Europa. Y en general, todas las fiestas religiosas en que el pueblo puede tomar parte, como son: las

del Corpus, Pilar y de la Inmaculada, patrona de la parroquia, etc.; se celebran con mucha pompa a causa de la procesión. Zamboanga y sus dos visitas de Santa María y Gusú están bastante pobladas y las dos últimas son muy extensas; cumplirán el precepto pascual más de dos mil personas; fuera de las cuales muchos cumplen después, empero no todos; sin embargo, por lo menos se percibe el consuelo de que en la hora de la muerte, a no ser por un accidente insuperable, reciben todos los últimos sacramentos.»

En 1840, los zamboanguenses empezaron a establecerse en Dumalong, algo más arriba de la Caldera, con el fin de aprovecharse de unos desmontes que hicieron y luego abandonaron a los subanos. En 1844 el gobernador D. Cayetano Figueroa declaró visita a Dumalong; fomentóla y poblóla de cristianos escapados del cautiverio de los moros, no exigiendo las cuentas a los polistas, antes enviando otros de Zamboanga para su auxilio, dándoles herramientas y carabaos.

En 1865, el P. Luengo, a petición de los vecinos de Dumalong, erigió allí una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen, y en 1869 solicitaron los naturales misión de la Compañía, que les fue concedida, instalándose definitivamente el 11 de mayo de 1871; siendo su primer misionero el P. Casellas, a quien sucedió el P. Juanmartí.

En 1881, tomó posesión el P. Estanislao March de la misión de Ayala cuyo nombre sustituyó a la de Dumalong. Está situada en la costa a cuatro leguas de Zamboanga con dirección a Dapitan. Sus habitantes serían mil cuatrocientos y dentro de su jurisdicción vivían moros, subanos y calibuganes.

Los moros más cercanos vestían pantalones muy anchos y chaquetas con muchos bordados de diferentes colores, y las mujeres casi como los hombres, y además una especie de manto, llamado patadión, con que cubrían todo su cuerpo.

Dicho Padre tuvo en su convento durante tres meses al hijo del dato Uto de Bohayan, recomendado por las autoridades españolas, para que le enseñase el castellano y pudiese luego visitar Manila y Madrid. Acompañábale su ayo, que era Imán. Mas al fin se cansaron y volviéronse a los suyos.

Está Ayala cerca del puerto de la Caldera, que bien arreglado pudiera ser de mucha importancia por su limpio fondo y aguas tranquilas, donde pueden anclar barcos de gran calado. La iglesia, de cuarenta y cuatro varas de fondo, comenzó a levantarse el 12 de septiembre de 1881, y se bendijo en 16 de julio de 1883. Una persona ilustre y piadosa costeó el techo de hierro galvanizado y se esperaba, que tan pronto como se aprobasen los presupuestos, se edifica-



rían las escuelas y casas de los maestros; pues tenían ya aprobado el tribunal. Sus anchas calles tiradas a cordel, ofrecían bella perspectiva desde la playa. El agua del río es riquísima y está cerca del pueblo; utilizan además sus vecinos varios pozos y dentro de la casa tenía uno el misionero de agua muy regalada. Por lo general sus sementeras de palay y caña dulce están bien labradas y compuestas; en los bosques vecinos abundan las maderas de construcción.

Seis kilómetros hacia el NO. Ayala se hallaba la colonia agrícola de San Ramón, fundada por el general Blanco, que en lo espiritual dependía de esta misión; trabajaban en ella los presidiarios bajo las inmediatas órdenes de un director, capitán de ejército, un perito agrónomo, y en lo presidial de un sargento segundo de ejército, dependiente de la comandancia de Zamboanga; fabricábanse en ella ladrillos y baldosas y se explotaba el suelo a beneficio del Estado, bajo la dependencia del jefe de presidios y de la Dirección General de Administración civil.

Un caso edificante acontecido el año 1880 nos refiere el P. Llausás, de un joven moro de la isla de Basilan convertido a la religión católica, el cual después de habérsele conferido el santo bautismo, quiso quedarse en la población de La Isabela con su padrino, y echándole de menos sus padres comisionaron a un tío suyo para que tratara de reconquistarlo; y habiéndole visitado en el cainín de su padrino; con palabras blandas y cariñosas le hizo presente que su madre lloraba su ausencia y deseaba verle. Mas viendo que después de un largo razonamiento su sobrino no le respondía, le preguntó si le seguiría, y el joven le respondió: «Yo, tío, soy cristiano y de ninguna manera puedo seguir a usted; tengo padrino y madrina que me quieren mucho y son mis padres; si mi madre quiere verme que venga; yo pagaré, aunque pobre, el gasto, aunque tenga que pedir limosna para ello; el Padre y otras personas me ayudarán». Con tal respuesta rompió su tío a llorar y se volvió solo. Pasados algunos días se le presentó de nuevo con su madre y todo el barangay; y el día 17 de diciembre de 1880 en que escribía esto el P. Llausás, se estaban catequizando, para hacerse cristianos.

Celebróse este año en La Isabela el mes de María con mayor solemnidad que los anteriores, por haber formado el teniente graduado de capitán don Juan Mondéjar un coro de los niños más inteligentes de la escuela, para cantar letri-llas y una salve a dúo todos los días, a quien se les agregó para acompañarles con el armonium el médico de la estación de Marina, señor Ambrós; y en calidad de cantores el señor interventor de Hacienda y un alferez de tropa. La asistencia estuvo bastante concurrida y los devotos adornaron el altar con ramilletes de flores muy bien elaborados.

Catequizaban además, el Padre y el Hermano a moros, visayas, cautivos, malayos, yácanes, sámals y joloanos; haciéndoles ver con buen modo la falsedad de la secta mahometana y la verdad de nuestra Religión. Esta instrucción solía darse en la portería de la casa del misionero. Con este procedimiento logró el Padre bautizar cuatrocientos cuarenta y un moros entre sámals, joloanos, illanos y malayos.

Es preciso advertir, que los infieles cuya conversión más se deseaba eran los sámals y los joloanos, que tiempo atrás habían sido los dominadores, y se consideraban superiores a los indígenas del resto del Archipiélago; obligarles empero a que acudiesen a La Isabela para cumplir sus deberes de cristianos, equivalía a abandonar la empresa. Por este motivo quería el P. Llausás formar capilla en sus respectivas rancherías; mas, para esto era necesario que otro misionero auxiliar fuese allí y discurriese por la isla, comenzando por Panigayan, para atraerlos con paciencia, mansedumbre y afabilidad a toda prueba.

Y éste había sido el motivo de haber ayudado años antes a hacer la casa al mandarín Laguiludín en Panigayan, en donde el P. Lluch había celebrado la santa misa; pero, fue preciso volver atrás por falta de personal.

El 16 de noviembre de 1882 llegó en una lancha a Basilan el P. Cavallería, para auxiliar en sus ministerios al P. Llausás, que tenía tan sólo por compañero al excelente H. Pujol. En este tiempo estaba ya indultado por el Gobierno Pedro Cuevas, merced a las instancias elevadas por el señor brigadier comandante general de Mindanao y el R. P. Superior de la misión.

Seguía este tagalo portándose bien con los vecinos de La Isabela, y durante el cólera les surtió de palay, cuando escaseaban los víveres. Deseaba, pues, que un Padre fuese a residir en su pueblo y catequizase a su gente, y a este efecto le había levantado una casuca para que se albergase en ella. Visitaron, pues, el P. Cavallería y el H. Pujol a los de Panigayan, que les mostraron mucho afecto, en particular los niños, varios jóvenes y algunos viejos; trabaron conversación con el pandita sobre las muchas víctimas causadas por el cólera en la población; pues contando Panigayan sólo cuatrocientas personas habían perecido doscientas dieciocho, cuando en La Isabela, donde se invocó el auxilio divino, de ochocientos individuos sólo murieron dieciocho. Reconoció el pandita lo que el Hermano decía y lo admiró. Visitaron luego al mandarín y con esta ocasión pudieron apreciar la extremada pobreza que reinaba en las principales casas de los moros.

La impresión que se llevaron de esta visita fue la de que los moros de Basilan eran más pacíficos y accesibles que los de Joló; pues, no vieron uno

siquiera que llevase cris, ni lanza, ni bolo; mientras que en Joló no se ve moro sin arma blanca. Como consecuencia de esta visita, propuso el misionero al Padre Superior levantar en Panigayan una casita para que, cuando fuese a visitarles, pudiese reunir la gente y catequizarlos paulatinamente.

El 14 de diciembre del mismo año repitieron la visita. Reuniéronse en casa del mandarín muchas personas y entre ellas el pandita; el Padre les leyó un trozo de catecismo en lengua árabe; llamóles esto la atención y un moro le pidió el Padrenuestro que llevaba escrito en dicha lengua. El 21 del mismo mes a las cuatro de la mañana, salió embarcado el Padre con el interventor de Hacienda de La Isabela, don Ramón de Lanaochea, con dirección a Nipa, residencia de Pedro Cuevas. Quedáronse en un camarín provisional que había mandado construir el P. Llausás en la orilla del mar, distante cerca de una hora de Boajan. Desde este camarín le envió recado a Pedro y a las dos de la tarde se presentó acompañado de seis hombres y precedido de otros seis que hicieron algunos disparos para dar aviso. Mostróse muy atento a la propuesta del misionero y prometió acudir a La Isabela por Navidad, para tratar con el gobernador y el misionero sobre la reducción de su gente; y al exponerle el Padre la conveniencia de levantar en el pueblo una casa para hospedaje del misionero y un camarín o iglesia adonde pudiese acudir la gente que quisiese instruirse en la religión católica; le respondió, que no había en ello inconveniente alguno. Leyóle luego el Padre a Pedro Cuevas una lista de treinta pueblos sujetos a su obediencia. Respondióle, que tenía otros nueve más, cuyos nombres refirió, el menor de los cuales no bajaba de treinta familias. Un cristiano de unos cuarenta años de edad le dijo al Padre, que había muchas personas, entre los súbditos de Pedro, que deseaban hablar largamente con él y bautizarse y a este cristiano, que vivía en Boajan, encargó el Padre que les enseñase la doctrina cristiana.

Grandemente se alegró el H. Pujol del entusiasmo del P. Cavallería en aprender la lengua mora y de su mucha caridad, paciencia y afabilidad en atraer y ganar aquellas almas para Dios. Juntos visitaron Malamuy, Panigayan, Pasanhán, sus sementeras y las de La Isabela. Cuando la gente de Pedro iba a La Isabela, solían pasar a aprender en la portería de la residencia la doctrina cristiana, unas veces con el Padre y otras con el Hermano. El mismo Panglima Kalo, que así se llamaba Pedro Cuevas, visitó dos veces al P. Llausás; acompañando en la primera al Panglima de Guión que jamás había entrado en La Isabela, y ambos prestaron reconocimiento de vasallaje al Gobierno español; en la segunda, llevó consigo para el mismo efecto al Panglima de Maluso y a muchos Maharadjas de Manúngul y Balagtasán; y por su orden, imitando su

ejemplo, lo prestaron el Salip Abubakal, los Maharadjas y Orangcayas de su región y los Panglimas de Bagbagon y Lampiniga.

El día 26 de abril de 1883, fueron los PP. Llausás, Segura y Banqué a la casa que el teniente de la visita de Santa Bárbara tenía en su sementera de la isla de Malamaui, donde se reunieron unos cuarenta moros de Lucbutun entre hombres, mujeres y niños con su Maharadja. Era éste un guapo mozo de bigotes negros y bien poblada perilla; vestía chaquetilla corta de seda amarilla, sin solapas, muy abotonada, abierta a los costados y pantalón corto; ceñía bolo en la cintura con puño de hueso y molduras de plata y rodeaba su cabeza con pañuelo de finas labores de seda, luciendo tres sortijas en los dedos. Las mujeres vestían pantalón ancho, blanco o negro, y ancho manto, que les colgaba desde la cabeza hasta los pies, sujeto debajo del sobaco, formando pliegues, cubría su cuerpo; mostraban los dientes teñidos de negro; traían los cabellos de la frente recortados y recogidas las trenzas en la coronilla con un sencillo nudo. Los más de los hombres traían el pelo negro y suelto debajo del pañuelo. Al son del culintangan y dos águnes bailaron los chiquillos. Consistían sus bailes en echar atrás la cabeza, elevar luego el brazo derecho convulsivamente y el izquierdo como quien busca apoyo; girar después con pausa y cierta magia el antebrazo; herir el suelo con los pies, como quien avanza y retrocede, pero sin abandonar el terreno; ondulando el talle, sonrientes los labios y fijos sus ojos al cielo. A medida que variaba los movimientos, aullaban los espectadores como animando y aplaudiendo al niño, hasta que de un brinco volvía éste a su puesto.

El 15 de octubre del mismo año renovó el P. Cavallería su visita a Pedro Cuevas. Al divisarle éste desde Nipa dejó a los moros para avistarse con el misionero y recitó delante de él el Padrenuestro, Ave-María, Credo y otras oraciones; recibiendo de su mano un catecismo tagalo, que ofreció leer a menudo, y un rosario. Luego, dirigiéndose el Padre a los moros, les explicó brevemente lo que acababa de recitar el Panglima, los mandamientos de la ley de Dios y otras verdades de nuestra santa Religión y les mostró con el rosario en la mano el modo con que obsequiaban los cristianos a la Madre de Dios; después de una ligera refección durante la cual, para obsequiar al Padre, tocaron los moros el culintangan; les regaló algunas cosillas y se despidió llegando a La Isabela a las ocho de la noche. Propuso el Padre levantar camarines en Nipa, Boajan y Bato, distantes de La Isabela dos, cuatro y cinco horas por mar, donde residían varios cristianos; para ir a celebrarles de cuando en cuando el santo sacrificio de la Misa, abriendo con esto el camino para la conversión de aquella morisma; y formar por el O. de La Isabela otro pueblo de cristianos donde on-



dease al lado de la cruz de Cristo la bandera española. Durante la última semana del mes, visitó el Padre dos veces la ranhería de Panigayan, mostrándose la gente menos retraída que antes; pues al pasar por las calles le llamaban y se acercaban a él sin recelo, inspeccionaba sus escuelas, leyendo y oyendo leer el árabe a los niños y, explicándoles las verdades de la religión cristiana, los premiaba luego para atraerlos mejor. Aquella misma semana, después de bien preparados, bautizó dos moros de veintiséis años de edad.

En 21 de diciembre visitó la tierra de Balagtasan, rezando con sus grumetes el santo Rosario en moro en casa del mandarín Peat, donde se habían juntado muchos de ellos.

La isla de Basilan mide unas diez leguas de E. a O. y ocho de N. a S.; está coronada por una cordillera de volcanes apagados de que son buen indicio (escribe el P. Banqué) el color de la tierra, el aspecto de las piedras y los enormes pedruscos negros como el carbón esparcidos acá y acullá a grandes trechos. La isla es fertilísima y regada por multitud de ríos y afluentes.

Muchos de los moros descienden de los visayas cautivos de otro tiempo. Los del interior se denominan yácanes y se ocupan en la labranza; los de la costa, sámales Laut, se dedican a la pesca y muchos de ellos, cuando pueden, a la piratería. Hay cierta antipatía entre los sámales y los yácanes; entre los primeros hay joloanos y malayos. El número total de los moros de Basilan ascendía a diez o doce mil. Son de cutis bronceado oscuro, ojos negros, cejas poco pobladas, barba rala y cráneo aplastado en su parte occipital; muy poco observantes de sus ceremonias; suprimen muchas prescripciones de su falso profeta Mahoma; añaden otras que no están prescritas; observan otras en el tiempo y modo que les parece; no oran ni siquiera una vez al día, ni observan el viernes; usan el bautismo que han aprendido mal de los cristianos cautivos y para administrarle preparan aceite de coco, arina de arroz, agua de coco natural y cuando el niño ha cumplido cuatro o seis meses, en el día que les parece, toma el Imán un poco de cada uno de dichos ingredientes y los pone en la frente del niño pronunciando algunas palabras del Korán. Terminada la ceremonia sigue la comilona y el Imán es el primero en participar de ella.

*Casamientos.* Los padres o dueños de las jóvenes las entregan por esposas al mejor postor y rara vez suele concederse al pedirla por primera o segunda vez; exigen treinta, cuarenta, cincuenta o más pesos por ella y el imprescindible convite. Al casamiento preceden las ceremonias de *magtambat*, es a saber: masca el novio un buyo; sale en medio de los convidados; se pasa las manos por la cara, con lo cual dicen que pide perdón a Dios confesando sus pecados; si no ha pagado, por ser pobre, una conveniente comida algunos principales presentes

le golpean la espalda con un bejuco en forma de mano; estos golpes son más o menos numerosos según lo que haya dejado de presentar: inmediatamente después se lava los pies, se viste de blanco; sale, se sienta sobre un petate, pone su mano derecha dentro las dos de un principal y la izquierda encima de las derechas de los demás principales. Cubre luego el Imán su derecha y la del novio con un pañuelo blanco, pronuncia algunas palabras del Korán, levanta sus manos y las extiende de suerte que sus palmas se miren a una distancia de dos cuartas hasta el nivel de la cabeza; el pretendiente hace lo mismo, solo que las palmas de sus manos miran a su rostro; encajan de nuevo con los principales al modo dicho, e inmediatamente sigue la comida; terminada la cual, se dirigen a casa de la esposa donde se repite el mismo ceremonial. A intervalos tocan el culintangan y si la persona es principal, se disparan tiros, matan una vaca o un carabao y convidan a tanto mayor número de moros cuanto más rico sea el desposado y a intervalos suele haber bailes guerreros.

*Entierros.* Cuando la enfermedad es grave el Imán hace el magtaual derramando un poco de agua sobre el enfermo y recitando algunas preces a Mahoma. Visten a los muertos de una tela blanca, que los cubre de pies a cabeza; los que visitan al muerto son invitados a una comida; la zanja que abren es más o menos profunda según la calidad de la persona que se ha de sepultar; pero siempre suele ser de vara y media a dos varas y en forma de media luna; a un lado de ella abren una cueva, donde se deposita el cadáver y colocando en ella palos derechos terraplenan el hoyo, y dos moros aventan las moscas con un pañuelo blanco. En los extremos de la sepultura colocan un tabo de agua y comida en una bandeja; se acerca el Imán; hace algunas preces mujamadanes; le acercan la bandeja y come sobre la sepultura. Terminada la operación velan el muerto varias familias, relevándose por turno durante algunos días y noches, cobrando luego sus guardias con telas y comidas. Si alguien de la familia se niega a que se le haga guardia al difunto los Imáns esparcen la voz de que el muerto se ha escapado y aterroriza a los transeuntes con su fantasma, a que llaman pañata; y hasta que se ha hecho la guardia no cesa la fama.

*Fiestas religiosas.* — Reúñese el pueblo al son de un palo que da golpes sobre una especie de tambor, se invoca a Mahoma, lee el Imán algo del Korán y se retiran los circunstantes.

La fiesta principal de estos moros es el Maulut o la del nacimiento de Mahoma. Según su ritual debería celebrarse la décima noche de la luna de septiembre; mas, en Basilan la celebran el día que mejor les place después de la cosecha. Durante el cólera de 1882, los moros de Panigayan echaban al mar embarcaciones llenas de comida para que el diablo se sosegase y les dejara en

paz; con el mismo fin colgaban comida de los árboles. Refiere el P. Cavallería, que los moros de Lucbuton, vieron pasar una fragata de la cual no divisaron más que sus velas por razón de la distancia, y no la saludaron; y para reparar su falta, construyeron dos camarines, poniendo en medio de ellos braseros y lámparas encendidas.

Los sámales visten pantalón estrecho de arriba abajo; no comen carne si el Imán no sacrifica el animal; pelean sin dar cuartel y en el ataque avanzan, se detienen, retroceden, saltan, se arrastran entre el cogon, se cubren con la rodela, etc., y en las guerras contra los españoles o cristianos en general, construyen fuertes defendidos por fosos y revestidos de gruesos muros de tierra y pelean hasta morir.



---

## CAPÍTULO XXXV

**El P. Federico Vila en Joló.—Fallecimiento del Sultán.—Los moros atacan la plaza.—Los cautivos.—La iglesia.—Viajes y ministerios del Padre misionero.—Libertad de cautivos.—Festividad del Corpus.—Juramentados.—Expedición a Taglibi y Ubían.—Solicitud desestimada.—Necrología del P. Vila.—Construcción de la iglesia de Joló.—Ocupación de Siasi, Tataan y Bongao.**

**E**L P. Federico Vila, misionero de Joló, con fecha 11 de abril de 1878 comunicó al Superior de la misión que, a consecuencia de una disentería, había fallecido el sultán Mujamad Dhamalul Alam.

A la primera noticia de este suceso mandó el gobernador poner la bandera de la plaza a media asta, y que se hicieran las salvas de ordenanza; el Ejército y la Armada fondeada en el puerto vistieron de luto; y un barco alemán a la sazón allí fondeado zarpó con rumbo a Maibung. Los vapores de guerra españoles no se movieron, antes crecieron en número, acudiendo de Zamboanga el jefe de la división naval del Sur. Influyeron en este movimiento las confidencias recibidas, de que las rancherías rebeldes del centro de la isla se mancomunaban, para atacar la población por mar y tierra.

En efecto, durante algunos días un crecido número de moros rodeaban los terrenos desmontados y discurrían por los bosques inmediatos, desesperados de la vigilancia del gobernador (que había ordenado se abriese un foso inmediato a las trincheras) hasta que se resolvieron a atacar la plaza por todas partes a la vez. Mas como no se ignoraban sus proyectos, se les aguardó, estando los soldados noche y día sobre las armas y, a las dos de la madrugada del 9, se presentaron en numerosos grupos para escalar la trinchera por los lados más débiles y menos guarnecidos; y formando escalas humanas, subiendo unos sobre los hombros de otros, llegaron a punto de saltar dentro de la plaza. Mas los disciplinarios, que no dormían, animados por su capitán les hi-



cieron tantas y tan certeras descargas, que pronto se vieron montones de cadáveres y heridos en el foso, sin haber logrado uno siquiera de los moros penetrar dentro del recinto de ella, ni causar baja alguna a sus defensores, a excepción de algunas heridas de poca gravedad producidas con las lanzas arrojadas por los enemigos. Tuvieron los nuestros la precaución de no hacer la descubierta, con lo cual se economizó la sangre de los leales; porque emboscados los juramentados y fingiéndose muertos, estaban preparados para arrojar-se como fieras sobre los que fueran a reconocerles, y machetearlos.

El 10 de abril se pasó casi toda la mañana disparando tiros y cañonazos contra los enemigos. Por la tarde salieron unos cuantos moros pacíficos para quemar los cadáveres mientras que en otros puntos se recogían los que estaban dentro de los fosos, que fueron conducidos en botes a alta mar y echados al fondo. Ocupados en esta tarea, se vieron atacados de repente los primeros por un grupo de juramentados ocultos detrás de un calero, debiendo su salvación a la fuga. Sus agresores, empero, cayeron tendidos por las certeras descargas de los soldados atrincherados. No fue posible hacer otro tanto con numerosos grupos defendidos por baletes, contra los cuales se lanzaron inútilmente varias granadas y balas de cañón. Junto a las trincheras se recogieron más de ciento veinte cadáveres, ignorándose el número de heridos y muertos que se hicieron en el bosque.

Dos moras que iban pacíficamente a la plaza fueron acometidas por dos juramentados; una se libró, la otra recibió horribles tajos y fue bautizada por el misionero con el agua de socorro.

Los soldados del regimiento núm. 7 hicieron su cumplimiento pascual, yendo el Padre a confesarles en el fuerte, que les sirvió de cuartel durante varias noches y a primera hora de la mañana acudían a la iglesia a recibir de manos del capellán la sagrada comunión; y como la mayor parte de ellos eran visayas, durante la misa que les decía el capellán, les entretenía el P. Vila con la lectura de algunas oraciones escritas en su lengua, y luego los despedía, dándoles una medallita a cada uno, como recuerdo del acto celebrado.

Todo el afán de este Padre consistía en terminar la iglesia; porque desde el momento en que estuviese concluida cesaría la plaza de Joló de ser un campamento militar, comenzando a tener forma de pueblo, sin verse ya más el misionero en la angustiosa situación de no poder ejercitar sus ministerios. De ahí el que la población entera tomase parte tan activa en su realización, contribuyendo con donativos espontáneos, cercenados, muchos de ellos, de las particulares comodidades de los donantes, con los cuales y los pequeños ahorros de los misioneros contaba únicamente esta obra.

Para trabajar con más éxito en la libertad de los cautivos, indicó el señor brigadier La Corte al P. misionero, cuán buena obra sería formar una estadística de los que vivían en el archipiélago de Joló, con expresión de los pueblos de su naturaleza, para poder agenciar su rescate ante el Sultán; lo cual podría efectuarse sin gravamen del Estado, abriendo una suscripción en sus respectivas provincias. La importancia de este asunto urgía tanto más, cuanto que la experiencia acreditaba que a los tres años de estar entre los moros, se volvía el cautivo tan moro como sus amos; extinguiéndose en los más el deseo de volver a sus pueblos y familias, para vivir y morir cristianamente entre los suyos. Mediante la buena inteligencia que reinó entre el gobernador y el misionero, fueron muchos los cautivos devueltos a sus tierras, facilitándoseles medios y recursos para ello. Con suavidad paternal, a la par que con imperio y razones poderosas, lograba el misionero convencerles y persuadirles a que rompiesen con todas las dificultades, antes de exponerse a morir en la morisma con pérdida de su bienestar temporal y eterno.

En medio de las circunstancias anormales por que atravesaba el misionero, no dejó de disfrutar días de verdadera alegría. Uno de éstos fue el de la festividad del Corpus, 16 de junio de 1881, en que el Señor de la Majestad se paseó la primera vez triunfante por las calles principales de la ciudad, velado en el sacramento de su amor, en manos del sacerdote acompañado de todo el pueblo, que contribuyó a solemnizar tan brillante acto. El ornato de la iglesia, inaugurada con esta ocasión, sin estar aún del todo concluída, corrió a cargo del Padre capellán y del H. Gairolas, quienes salieron esta vez muy airoso de su empeño. El excelentísimo señor brigadier La Corte, el señor comandante de la Estación Naval y los señores jefes y oficiales de los diversos cuerpos que guarnecían la plaza, formaron el cortejo de Su Divina Majestad, que pasó por encima de la bandera del regimiento, áceptando el homenaje de rendimiento y sumisión que se le ofreció como Rey de los Reyes y Señor de los Señores, tomando bajo su amparo las armas españolas; el continuo retumbar de los cañones parecía indicar elocuentemente, que querían servir para defensa de los intereses del Altísimo, en cuyas manos están los poderosos de la tierra; los himnos sagrados, alternando con los acordes de la música del regimiento, subían al cielo mezclados con el humo del incienso y las oraciones del pueblo, hasta llegar al trono de Dios, cuya majestad era adorada debajo de la Hostia consagrada que con ambas manos ostentaba su ministro.

Los marinos fondeados en Joló solían acudir a la iglesia para oír el santo sacrificio de la Misa que se celebraba a las ocho; mas a partir del mes de julio de 1883 dejaron de acudir, por parecerles sin duda pesado asistir a ella, después

de haber andado un buen trecho de mar y temer que estando en tierra les sorprendiesen juramentados.

Los que entraron en la plaza el mismo día en que llegaron a ella los PP. Ricart y Sancho (27 de junio de 1883) se creyó que habían sido mandados por el rival del Sultán Aliudín. Dichos juramentados preguntaron traidoramente por el señor gobernador y el capitán del presidio o compañía disciplinaria; mas no pudiendo asesinar a los que buscaban, se cebaron en dos oficiales de la misma compañía y en un médico; los cuales, confiados en que tales monstruos, hacía más de ocho meses no se habían presentado en la plaza, estaban sentados descuidadamente en la calle, leyendo las cartas que acababan de recibir de la Península. El señor teniente Bordas, de Perelada, murió en el acto; el otro teniente o alférez señor Manrique, fue llevado con la mano cortada y acribillado de grandes heridas al hospital, donde murió confesado, con muestras inequívocas de sus buenos sentimientos religiosos; el médico señor Domínguez, un cabo y un soldado resultaron heridos y curaron.

El día siguiente mataron también varios juramentados a dos soldados que con sus fusiles habían ido a buscar leña.

Salieron barcos con alguna gente para castigar a los rebeldes de la ranchería vecina de Taglibi, y los hallaron preparados con buenos fusiles y lantacas, resultando cuatro heridos graves y algunos leves de la infantería de Marina europea.

En 26 de agosto del mismo año otros dos juramentados hirieron a un cabo en el momento en que habiéndoles pedido el arma que llevaban se la entregó uno de ellos por la vaina y quedándose con la hoja se precipitó sobre él, hiriéndole malamente; resultando igualmente heridos otros dos soldados que con él iban.

Por septiembre del mismo año se hicieron dos pequeñas expediciones contra los moros de Taglibi y de Ubian y a pesar del secreto con que se habían preparado, los de Taglibi hicieron fuego contra la tropa con lantacas y remingtons desde las copas de los árboles. Un moro estuvo luchando con dos capitanes, y estando casi agonizando, hirió en la mano a un sargento. En la primera expedición perdieron los nuestros más de lo que ganaron, y en la segunda nada se consiguió.

Habiendo colocado el piso de madera en la iglesia de Joló, tuvo que suspender el H. Gairolas las obras; porque de la Procuración General de la misión le llegó un recuerdo al misionero, de que estaban adeudados en 2,000 pesos, cuya deuda era preciso satisfacer.

Una persona allegada a la primera autoridad de Manila promovió a la

sazón una instancia, suplicando que dicha iglesia fuéase elevada a la categoría de parroquia; mas a ruegos del Rdo. P. Superior de la misión se desestimó; y los de la Junta informadora constituida en Manila, en la que figuraba el excelentísimo señor comandante general de Marina, declaró: que ya que no convenía elevar aquella misión a la categoría de parroquia, se la ayudase al menos con alguna asignación, y así se hizo.

El día 12 de junio de 1884, habiendo recibido los santos sacramentos, entregó su alma al Criador, en Joló, el P. Federico Vila. Con la muerte de este insigne misionero sufrió rudo golpe la reducción de los moros de Basilan; por cuanto fue preciso enviar a Joló al P. Cavallería y al H. Pujol, que hablaba la lengua de los naturales como uno de ellos y se daba tanta maña en instruirlos y atraerlos, que se hacía querer de todos, yendo detrás de él como en procesión, asegurando Pedro Cuevas: que si se repitiesen las visitas de este Hermano con alguna frecuencia para catequizarlos, esperaba que antes de cinco años todos los moros de su comarca se bautizarían. Esta salida no fue sin embargo más que para suplir el cargo del difunto Padre, interinamente; porque el 29 de julio salió de Zamboanga el P. Quintana para Jolo, a fin de llenar la vacante del P. Vila. Tocante a la necrología de este Padre, léanse las cartas del P. Cavallería al P. Sancho, y del H. Gairolas al P. Juan Ricart.

La población de Joló se componía a la sazón de soldados, presidarios armados y sin armas y deportados, a quienes se había también armado para aligerar los servicios de la tropa.

Su misionero debía aprender el tagalo, visaya, vicol y cagayán, para ayudar a los de las diversas provincias que habían sido allí enviados; y el P. Vila desempeñaba este papel sabiendo algo de todos y del moro, que hablan los naturales de Joló. A pesar de tanto dialecto, el tagalo era el dominante; porque a él se conformaban los indígenas por ser los tagalos los más que allí residían, y hasta los moros que vivían en la plaza lo hablaban. En dicha plaza militar, todos, soldados, presidarios y deportados obedecían la voz de la corneta. El regimiento de guarnición tenía su capellán propio y su administración casi se reducía a decirles misa. Los demás militares que carecían de él por constituir sección aparte de un batallón u otro regimiento, asistían a la misa del capellán y eran administrados por el misionero sin estipendio alguno; razón por la cual la feligresía del P. Vila se componía de ingenieros, obreros, artilleros, presidarios, deportados y algunos pocos paisanos.

Por ser Joló calenturiento había en el hospital más de cien enfermos, a los



cuales visitaba diariamente el Padre misionero, confesando a los que hallaban en peligro y administrándoles la santa unción, rezando con los demás una breve oración.

Epocas hubo en que subieron los enfermos a más de doscientos. Eran admitidos en el hospital los que lo solicitaban; unos pagando y los pobres de solemnidad gratuitamente; y raras veces llamaban al Padre misionero en las casas, para asistir a algún enfermo.

Durante el año de 1883 siguió el P. Vila visitando diariamente a los enfermos en número de ciento veinte por término medio. Entre los europeos que fallecieron, algunos le habían dejado triste impresión, al ver que morían casi de repente después de haber llevado vida rota y escandalosa. Mitigó, sin embargo, esta amargura un oficial de administración militar valenciano, el cual, habiendo tenido un grado elevado en la masonería (como se vio por las insignias y papeles que dejó, encargando a sus albaceas que los quemasen), hizo llamar después al Padre y le dijo que conocía que no iba a pasar de aquella noche y que quería morir en la religión de sus padres; que su madre era una santa y de familia de santos, señalados hasta con hechos milagrosos. Confesóse pues con detención y muestras de arrepentimiento; recibió el santísimo Viático, contestó con claridad a las preguntas del ritual; se le administró la santa unción y murió aquella noche en la paz del Señor.

Durante el tiempo pascual el Padre capellán y el misionero iban confesando a los que querían hacerlo, y solamente los indígenas, con rarísimas excepciones de algún español, lo realizaban.

Tiempo atrás eran tres los sacerdotes en Joló, por tener dos regimientos de guarnición, y durante él se celebraban tres misas los días festivos: la primera para la gente que salía a trabajar algunas horas, la segunda para los soldados, y en la tercera, que decía el P. Vila, echaba él su platiquilla, aunque asistía poca gente; mas desde que quedó reducida la plaza a un solo regimiento, se suprimió con la tercera, la platiquilla; para no dejar sin misa a los que salían a los trabajos, que eran muchos más que los que asistían antes a la tercera y podían ir a la segunda, que era de la tropa, en que se tocaba la música.

Los días festivos por la tarde rezaban el santo Rosario en la iglesia el Padre y el Hermano con algunos chiquillos, mientras la gente estaba en la gallera, apostándose a veces hasta doscientos pesos. Nada, sin embargo, se omitía de las buenas prácticas de las parroquias formales, durante el año: bendición de candelas, ceniza, oficios de Semana Santa, tres horas de Agonía, procesión del Corpus y novena del Carmen que por disposición del señor Obispo celebraban el 21 de julio. En las ceremonias de Semana Santa, proce-

sión del Corpus y fiesta de la patrona del pueblo, tomaban parte todos los cristianos sin distinción de clases.

La iglesia, obra del H. Gairolas, era capaz y bonita; levantóla con ayuda de algunos presos aprendices; y escribió el P. Vila en 12 de julio de 1883, que con novecientos pesos, se acabaría de cubrir el piso, se le pondría cielo raso, tres altarcicos, y quedaría completa. El señor comandante de la *Vencedora*, D. José Navarro Fernández, se ofreció a costear un altar, si se terminaba el piso.

Ocupáronse este año en dicho Archipiélago tres puntos nuevos, dependientes del gobierno de Joló. Primero, el de Siassi, con un capitán, sesenta presidiarios y un barco pontón con cuarenta marineros; la gente de este lugar era mora, no tan rebelde como la de Joló y apreciaba al capitán aragonés D. Jorge Gordejuela, que mostraba mucho tacto en tratarlos. Segundo, el de Tataan, en donde se colocó una compañía de soldados y un cañonero o goleta; estaba a la vista de Tawi-tawi y tenía una hermosa cascada de agua. Tercero, el de Bongao, con un capitán y sus soldados, y un pontón con marineros. Dos veces hubo que cambiar a los jefes de mar y tierra por competencias surgidas entre ellos. Otras dos visitó el P. Vila los últimos puntos y tres el primero. Para ir a ellos era preciso aprovechar la combinación de los cañoneros correos, que hacían el viaje en veinte días, permaneciendo la mayor parte del tiempo en Bongao. Díjoles el Padre misa, confesó a los que quisieron confesarse y les dirigió varias platiquillas. A los moros, procuraba atraérselos por medio del árabe, que sabía mejor que ellos; pues sólo recitaban alguno que otro trozo del Korán sin entender su significado.

El capitán de Siassi, su señora, hijos y subordinados, sin distinción de clases ni color, cumplieron como buenos cristianos con el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia.

En la goleta *Animosa* dio el mismo buen ejemplo el señor comandante don Enrique Jiménez Villavicencio y le siguió la mitad de la marinería. En Bongao los indígenas, en número de veintidós, cumplieron también con el precepto anual.

Todos los comandantes obsequiaron siempre muy bien al P. Vila; dándole muestras de estimación, movidos principalmente de la que profesaban al Director del Observatorio meteorológico de Manila P. Federico Faura. Estas visitas las hizo el misionero cuando fueron tres los sacerdotes en Joló; mas luego que se redujo a sólo dos el número de ellos, no pudo ya repetirlas cada tres meses, como hasta entonces lo había realizado.



---

## CAPÍTULO XXXVI

**La misión de los quintos.—Duda de la Diputación de Barcelona sobre la aplicación del artículo 90 de la ley de reemplazos. Apelación y consulta.—Informe del ministro de Ultramar.—Instancia del P. Mendaro.—Dictamen de la mayoría del Consejo de Estado.—Voto particular de la minoría.—Segundo voto particular presentado por D. Pedro Madrazo.—Adhesiones y renunciaciones.—Real orden de 31 de julio de 1884.—Personal de Jesuitas en Ultramar y en la Península.**

**E**L día 9 de febrero de 1883 fue recibida en el Ateneo la misión llamada de los quintos.

El estado de la cuestión era el siguiente: La Compañía de Jesús gozaba pacíficamente hacía más de treinta años, como todos los misioneros de Ultramar, del privilegio que a éstos concede el art. 90 de la actual ley de reemplazos.

Una sola Diputación, la de Barcelona, puso en duda en 1882 y 1883 este derecho. Apelo el Procurador General de las Misiones al señor ministro de la Gobernación; consultó éste al de Ultramar, señor Núñez de Arce, en 10 de marzo de 1883, y en 17 de diciembre del mismo año respondió que la Compañía de Jesús, restablecida para Filipinas por R. C. de 19 de octubre de 1852, desempeñaba en Mindanao cumplidamente su misión evangelizadora. Que por Reales disposiciones se había encargado también de las Escuelas Pías de Manila y de la Escuela Normal de Maestros, estableciendo en dicha capital el Ateneo municipal para estudios de primera y segunda enseñanza y luego fue autorizada para pasar a Puerto Rico y a Cuba con igual objeto, y en ambas islas montaron y dirigían establecimientos de instrucción pública. Que los religiosos de la Compañía de Jesús en el concepto de misioneros para Ultramar, dependían de este Ministerio; que ante él tenían acreditado un Procurador de la Orden; y que para los citados fines se les había autorizado los noviciados

de Loyola y Veruela. Mas en la misma comunicación se indicó, que algunas de esas órdenes se proponían otros fines religiosos y morales, que tal vez no estuvieran comprendidos en el beneficio de la exención del servicio militar, y punto era este que convenía al mejor servicio quedase perfectamente esclarecido. Que había dos diferencias esenciales entre la Compañía de Jesús y las otras cuatro órdenes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín Calzados y Descalzos: una era que los individuos de estas cuatro órdenes hacían voto de pasar a ejercer su misión precisamente a Filipinas y no podían ausentarse de ellas sin motivo justificado, cuando los Jesuitas podían ser retirados y destinados a otros puntos al arbitrio de sus superiores; otra era que los Jesuitas no estaban contraídos a la misión de Filipinas, sino que se dedicaban a la enseñanza en Cuba, Puerto Rico y en la Península, y a otros ministerios propios de su Instituto, completamente ajenos a los fines consignados en la cédula que los restableció. Que estas diferencias no permitían que todos los individuos de la Orden fuesen considerados como misioneros de Ultramar y por lo tanto que todos se aprovecharan de la exención concedida a los que se destinaban a esta misión, y por esta razón aunque pareciesen autorizados por este Ministerio los Colegios de Loyola, Oña y Veruela, era evidente que en ellos no se educaban e instruían exclusivamente los novicios que se destinaban a las misiones de Filipinas, sino que en esos mismos establecimientos ingresaban y recibían educación religiosa todos los demás jóvenes que la Compañía destinaba a los diferentes servicios que tenía a su cargo; de forma que era difícil señalar cuáles eran los novicios misioneros para Ultramar. Que para obviar estos inconvenientes se había dispuesto que en el noviciado de Veruela ingresasen y recibiesen educación exclusivamente los novicios destinados a las misiones de Ultramar, a los cuales comprendía indudablemente la exención del artículo 90.

Este informe, emitido por el Sr. Núñez de Arce, fue comunicado de R. O. al P. José Manuel Mendaro, por don Manuel de Azcárraga, Director general de Gracia y Justicia en 30 de abril de 1883, quien elevó al Ministerio de la Gobernación, en 14 de mayo del mismo año una instancia en que, para seguir gozando del privilegio en cuestión, se apoyaba en las razones siguientes: 1.º La prescripción del privilegio por 30 años. 2.º Porque la Compañía tenía mayor número de misioneros en Ultramar que cualquiera de las demás Ordenes religiosas y cada una de éstas no menor número de casas reconocidas por el Gobierno. 3.º Porque la Compañía, además de las Filipinas, abrazaba en sus misiones las islas de Cuba y Puerto Rico, no por instancia propia, sino obediendo gustosa reiteradas órdenes del Gobierno, el cual subvencionó un



tiempo (1) el Colegio de Loyola, para sustento de los novicios que se preparaban a las misiones de ambas Antillas, y sin interrupción alguna, ni aun durante la república, siempre las reconoció expidiendo órdenes de embarque para los individuos que actualmente iban a ellas. 4.º Porque al par que la Compañía, tenían misiones fuera de Filipinas y en el extranjero otras Ordenes; y alguna de ellas se dedicaba a la enseñanza pública en la Península ejercitando otros ministerios sacerdotales. 5.º Los individuos de las demás órdenes hacen el cuarto voto de ir a Filipinas, porque de suyo no están obligados a ir a las misiones, mientras que los de la Compañía no tienen necesidad de hacerlo, porque de antemano lo tienen hecho de ir a cualquier parte del mundo que el Superior les mande y de permanecer allí hasta nueva orden. 6.º Porque la Compañía ha enviado a las misiones un número de misioneros, que excede en mucho a los que se han librado del servicio militar, y necesita también mayor número para escoger los aptos y sustituir los que por falta de salud u otras causas se han inutilizado; siendo necesario por lo tanto mayor número de entrados que el de los que definitivamente quedan en ella. Finalmente, la Compañía de Jesús ha cumplido siempre con creces sus compromisos con el Gobierno y lo ha hecho así, por deber de su Instituto; que en tales casos la perfección evangélica que ella profesa, lejos de extinguir el noble sentimiento de amor a la patria, lo aquilata; elevándolo en la práctica muy a menudo hasta el grado heroico.

Movido, pues, de tan poderosas razones, solicitó el P. Mendaro del Consejo se sirviese declarar que la Compañía de Jesús debía continuar en el goce no interrumpido del privilegio consignado en el art. 90, lo mismo que las otras órdenes.

Pasado el asunto al Consejo de Estado, el dictamen de la mayoría se redujo a las siguientes conclusiones: 1.ª Que los religiosos de la Compañía de Jesús, tanto los destinados a las misiones de Mindanao y Joló y a otros cargos de su Instituto en Filipinas, como a Cuba y Puerto Rico, son verdaderos misioneros españoles, dependientes del Ministerio de Ultramar, conforme a las RR. CC. orgánicas de 19 de octubre y 26 de noviembre de 1852, y están por lo tanto comprendidos en la exención del servicio militar otorgada por el art. 90 de la ley de reemplazos vigente y con las condiciones que el mismo contiene sea cualquiera la casa o colegio de que hayan procedido. 2.ª Que previa oferta o compromiso en la Compañía de Jesús, la exención de que se trata aprovechará a los religiosos de la Orden, cuando residan por

---

(1) R. O. fecha en Madrid a 8 de Abril de 1866.

espacio de ocho años al menos en cualquiera de las provincias de Ultramar a que fueren destinados o trasladados posteriormente. 3.<sup>a</sup> Que a fin de que tenga cumplimiento, con la cláusula antes indicada, respecto de los de la Compañía de Jesús la exención del servicio militar que la ley de Reemplazos concede a los misioneros dependientes del Ministerio de Ultramar; el mismo Ministerio fijará en cada año y en la época que pareciere más oportuna, mediante concordia con el Procurador Comisario, el número de religiosos que hayan de pasar a dichas misiones y servicios, poniéndolo en conocimiento del Ministerio de la Gobernación. 4.<sup>a</sup> Que verificado el sorteo eleve el Procurador Comisario al Ministerio de la Gobernación, nómina expresiva de los religiosos a quienes hubiese tocado la suerte de ser soldados y hayan de obtener la exención, dentro del número prefijado por el de Ultramar, a fin de que por el primero se dicten las órdenes oportunas a que los comprendidos en dicha exención queden exentos del servicio militar, conforme a los preceptos de la ley de 8 de enero de 1882. 5.<sup>a</sup> Que si el Gobierno de S. M. estimare de interés público la exención a favor de todos los individuos de la Orden, hubieren o no de ser destinados al servicio de las misiones ultramarinas, sería en esto indispensable el concurso de las Cortes, presentando a su deliberación la oportuna reforma de la ley de reemplazos vigente. 6.<sup>a</sup> Que sea cualquiera la resolución que en este expediente recaiga, deberá ser acordada en Consejo de Ministros.»

Los señores consejeros Mena y Zorrilla, Guerola, Concha, Castañeda, Cárdenas, Retortillo, Cisneros, Martínez y Greahg, presentaron voto particular reducido a los seis puntos siguientes: «1.º Que ha lugar a conservar a los religiosos de la Compañía de Jesús en concepto de misioneros, y cualquiera que sea el punto de Ultramar a que sean destinados, la exención del servicio militar que concede el art. 90 de la ley de 8 de enero de 1882. 2.º Que no procede exigirles compromiso alguno de permanencia en las misiones a que fuesen destinados, y antes bien que es conveniente confiar a la discreción del Superior respectivo, todo lo concerniente a la elección y movimiento del personal. 3.º Que para mantener la dispensación de dicho beneficio en su justo límite, no se requiere que el número de novicios que cada año obtenga la exención del servicio militar sea igual al de los religiosos que en el mismo año se destinan a las misiones. 4.º Que esta medida propuesta en la consula del Consejo producirá necesaria y fatalmente un decrecimiento constante en el personal de la Compañía hasta el punto, si no de extinguirla, de inhabilitarla para el servicio de las misiones. 5.º Que basta para la evitación de todo abuso, que se mantenga una justa proporción entre el número de religiosos que exima del

servicio y el de misioneros que la Compañía envíe cada año a las misiones; proporción que habrá de determinarse por la comparación de ambas cifras con la respectiva a las otras órdenes religiosas de misiones. Finalmente, que en el Ministerio de Ultramar deberán llevarse asientos en que conste, con relación a cada una de las Ordenes religiosas que dependen del mismo; así el número de jóvenes que eximen cada año del reemplazo, como el de los misioneros que anualmente envían a Ultramar, y que cuando de estos asientos resultare notable y persistente desproporción respecto de alguna de dichas Ordenes, podrá V. E. corregir este abuso, bien con una advertencia dirigida al Superior para que por sí lo enmiende, bien suspendiendo o limitando temporalmente la aplicación del privilegio.»

Otro segundo Voto particular emitió el Consejero señor don Pedro Madrazo el día 11 de junio de 1884, opuesto al de la mayoría en la consulta referente a la aplicación del art. 90 de la ley de reemplazos a los PP. de la Compañía de Jesús; y usando del derecho que le concedía el art. 23 del Reglamento interior del Consejo, formuló el estado de la cuestión con la siguiente pregunta: «¿Están los Padres Jesuitas comprendidos en la exención del servicio militar consignada en el art. 90 de la ley de reemplazos de 28 de agosto de 1878, reformada en 8 de enero de 1882?» El texto de la ley en el referido artículo 90 es el siguiente: «Quedarán exentos del servicio, pero serán admitidos a los pueblos a cuenta de su cupo respectivo si les tocara la suerte de soldados: 1.º Los religiosos profesos de las Escuelas Pías; de las Congregaciones destinadas exclusivamente a la enseñanza primaria, con autorización del Gobierno, y de las misiones dependientes de los Ministerios de Estado y Ultramar. 2.º Los novicios de las mismas Ordenes que lleven seis meses de noviciado, cumplidos antes del día de la entrega en Caja».

Dado este texto legal, el Gobierno propone dos cuestiones: 1.ª ¿Son misioneros los Padres de la Compañía de Jesús? 2.ª ¿Son misioneros dependientes del Ministerio de Ultramar y debe entenderse que comprende a todos los PP. Jesuitas, estén o no en misiones, la exención de la Ley?

Misioneros son, decía el señor Madrazo, no sólo los religiosos que en tierras incultas y bárbaras enseñan y predicán el Evangelio, sino también aquellos que desempeñan análogos ministerios apostólicos entre gentes cultas, sean o no herejes o cismáticos. Esto sentado, tan misioneros son los PP. Jesuitas llevados a las parroquias y doctrinas que habían de establecerse en los puntos más despoblados de la Isla de Cuba, en virtud de la Real Cédula de 26 de noviembre de 1852, y a encargarse de la enseñanza secundaria superior en un convento de los suprimidos de la Habana, como los enviados a civilizar los

manobos y mandayas de las rancherías de Surigao, por la Real cédula de 19 de octubre de 1852: tan misioneros son los Jesuitas que a petición del Gobernador Vicepatrono pasaron a Puerto Rico por Real orden de 14 de marzo de 1856, y que allí predicán y catequizan todo el año, al mismo tiempo que educan en los colegios; como los que por disposición del Gobierno también dirigen en Manila desde diciembre de 1863 la Escuela Normal de Maestros de Instrucción primaria por ellos fundada; como los que dan en la misma ciudad la segunda enseñanza desde que se expidió la Real orden de 20 de mayo de 1865 en que aquella escuela fue incorporada en la Universidad con el nombre de Ateneo Municipal y con el carácter de Colegio de primera clase.

Y que el Gobierno de S. M. tuvo siempre por misioneros a los Jesuitas que destinaba a la educación pública en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, lo prueba el que siempre que para este noble y difícil ministerio necesitó de operarios, se dirigió al P. Procurador General de la Compañía de Jesús, y no podía ser de otro modo. Entra luego el señor Madrazo a tratar la cuestión segunda y prosigue:

Misión continua y muy alta fue la vida del llamado Apóstol de las Indias desde que regentaba la cátedra de Filosofía en Beauvais hasta que murió en Sanchón. Que Francia, Italia y Portugal no fuesen países de infieles como Goa, Malaca, las Molucas y el Japón; en nada disminuye el gran merecimiento que contrajo como misionero San Francisco Javier antes de trasladarse a las Indias; porque las conversiones que en Europa logró fueron tan costosas como las que obtuvo allende los mares... Al paso que San Francisco Javier evangelizaba la India y el Japón, Ignacio de Loyola combatía en Europa con su doctrina y con el ejemplo de su ortodoxia, de su pureza incontaminada y de su humildad, la herejía, el sensualismo y el orgullo del apóstata, que produjo en el seno de la comunión católica la dolorosa excisión iniciada en Witemberg; y ésta doble misión, de reducir a la ley de Cristo a los salvajes idólatras y de convertir herejes, ha sido la práctica constante de la Compañía desde su fundación. Ejercen, pues, su misión, cumplen el elevado fin para que fueron instituidos los Padres Jesuitas, ya llevando a los errantes moradores de los países incivilizados la fecunda fe cristiana que nunca conocieron, ya luchando en la cátedra y en el púlpito, ya con la pluma, ya con la palabra, por mantener la pureza de la doctrina cristiana en los pueblos cultos; ora viviendo entre las fragosidades y asperezas de las regiones vírgenes del Asia o de América, ora enseñando en los colegios, seminarios, doctrinas, parroquias, campos, ingenios, etc.

Ahora bien, de esta falange de misioneros, militantes unos y en preparación otros, ¿cuáles son los que dependen del Ministerio de Ultramar? Todos,



absolutamente todos los que abrazan el Instituto y se preparan ya en Loyola, ya en Oña, ya en Veruela, hoy como novicios, mañana como Padres profesos, para ir a donde los necesite el Gobierno de S. M. y de la Nación (hablando por órgano del Ministerio de Ultramar), a evangelizar a los bárbaros de Joló y Mindanao o a educar a la juventud de las posesiones ultramarinas de Asia y de América. Son dependientes del Ministerio de Ultramar los PP. Jesuitas, porque todos sin excepción, aunque se hallen en la Península destinados a colegios de seglares, están ligados con un voto irrevocable mientras permanezcan en la Compañía, a la obediencia a su Superior, el cual si el servicio de la Nación lo demanda, y sin que en ello les sea lícito aplicar el criterio propio, lo mismo que los destinó ayer a desempeñar cátedras de teología o de matemáticas, de historia o de astronomía, puede destinarlos mañana a arriesgar la vida en los grandes conflictos de la predicación, conversión y reducción de salvajes infieles; lo mismo que les mandaba ayer revestir el roquete para dirigir la palabra divina a un numeroso auditorio desde la sagrada cátedra, que ilustraron el P. Ravignan o el P. Félix, les puede mandar hoy llevar a la frontera de Misamis, de Dávao o de Zamboanga el pendón de las misiones vivas, continuando las heroicas reducciones de los PP. Obach, Chambó, Vilaclara, Gisbert, Bové, Guerri-co, March, Torrens, Quintana y tantos otros que en estos mismos años de 1883 y 1884 han estado y están conquistando para la corona de España razas y territorios con trabajos y sacrificios inauditos.

Si el Gobierno, pues, dispone de los Padres de la Compañía a su arbitrio, ya para convertir infieles, ya para educar a la juventud de los dominios ultramarinos; si para reclutar estos operarios tiene el Gobierno de S. M. tan a su disposición los colegios de la Península, que al reclamarlos del Superior de la Compañía, no hay ejemplo de que éste los haya nunca rehusado ¿cómo es posible sostener que no son dependientes del Ministerio que V. E. hoy dignamente dirige, unos religiosos que tan en absoluto le están subordinados? Tanto valdría como negar la condición de soldado de la Patria, sea cual fuere su jerarquía, al militar que se halla en situación de cuartel, de reemplazo o de reserva. Estar a disposición de otro es depender de él, y sería una justicia verdaderamente irrisoria la que aspirase a tener subordinados, y subordinados en absoluto hasta el extremo de poderles exigir su sangre y su vida, sin darles remuneración alguna. Ahora bien, la remuneración, el estipendio que otorga el Estado al misionero que está siempre pronto a marchar a su destino, ora sea para arriesgar la vida en la conquista de las razas infieles, ora para consumirla lentamente en las fatigas de la enseñanza; es esa exención del servicio militar de que en este expediente se trata...

La obra de las misiones es una obra civilizadora... El misionero Jesuita predica el Evangelio, impone a los salvajes de los desiertos y de las selvas en los rudimentos de la vida civil; abre escuelas, funda poblaciones, erige iglesias, hace caminos, construye puentes y después de convertida en pueblo una nómada y salvaje ranchería, que celebraba sacrificios humanos y hacía gala del asesinato; le enseña a amar la familia y el hogar, le da nociones de agricultura y de artes industriales y le descubre horizontes para aspirar a la vida de las naciones propiamente tales.

Pues, para que esto haga el misionero, es preciso que en alguna parte lo aprenda, y basta esta consideración, para que el ánimo se persuada de la absoluta necesidad de que la preparación de los misioneros Jesuitas en los colegios de la Península no se interrumpa con servicio de ninguna clase; mucho menos con el militar.

Si se estimó siempre razón suficiente para eximir del servicio de las armas a los religiosos de alguna de las órdenes reconocidas de misioneros, que se dedica, como los Jesuitas, a la pública enseñanza en la Península; no se alcanza en verdad por qué lo que en unos es causa de exención no lo ha de ser para todos... Los PP. Jesuitas son los que con mayor abnegación y arranque corren a la conquista de los indios salvajes y a su reducción al dominio de la madre Patria, cuyos límites ensanchan todos los días a costa de las más improbas fatigas. El misionero Jesuita tiene que ser (en Filipinas) además de sacerdote catequista, cura de almas, confesor y predicador, y en cierto modo juez y árbitro, arquitecto, ingeniero agrónomo y agricultor, geólogo y geógrafo, etnógrafo y etnólogo, administrador, economista, estratégico, etc.; porque en nuestros tiempos la misión, fuerza es repetirlo, es una verdadera colonización, y de ella reclaman su constitución en pueblos, sus auxilios, sus recursos para subsistir, su defensa y amparo para prosperar aquellas pobres razas convertidas y agregadas a nuestra nacionalidad...

La conclusión, pues, parece ineludible, y se reduce a estas dos solas declaraciones: 1.<sup>a</sup> Los religiosos de la Compañía de Jesús, así los destinados a las misiones de Asia y América en posesiones españolas como los residentes en los colegios de la Península, son verdaderos misioneros dependientes del Ministerio de Ultramar, conforme a las Reales circulares de 19 de octubre y 26 de noviembre de 1852, y se hallan tan comprendidos en la exención del servicio militar, que otorga el artículo 90 de la ley de reemplazo vigente, como todos los otros religiosos misioneros de las Ordenes de Agustinos, Dominicos y Franciscanos. 2.<sup>a</sup> No hay razón para modificar la inteligencia que a la referida exención de la ley de reemplazos se ha venido dando desde 1852 hasta ahora;

debe por tanto subsistir la referida interpretación, sin que para ello sea menester acudir a las Cortes, dado que sólo para alterar la ley en perjuicio de la Compañía de Jesús sería indispensable hacerlo.» Hasta aquí el segundo voto particular de don Pedro de Madrazo.

«Consejo de Estado.—Sesión del 25 de junio de 1884.—Se adhieren los señores Garrido y Conde de Heredia Spinola, y habiendo renunciado la mayoría de las secciones ponentes a la refutación de este voto, el Consejo acordó que se elevase con el dictamen y expediente respectivo al Gobierno.»

El día de la festividad de San Ignacio, 31 de julio de 1884 quedó solucionado este asunto con la siguiente Real orden:

«Ministerio de Ultramar.—Dirección General de Gracia y Justicia.—Negociado 1.º El señor Ministro de Ultramar dice con esta fecha al de Gobernación lo que sigue: «Excmo. Sr.: En el expediente de nuevo promovido en virtud de instancia de fecha 2 de abril último, elevada al Ministerio del ramo por el Procurador General de las Misiones de la Compañía de Jesús en Ultramar, en solicitud de que se declare, que los individuos de la misma están exentos del servicio militar, a tenor del artículo 90 de la ley vigente del reemplazo, de igual modo que los demás religiosos misioneros de diversas Ordenes aprobadas para tan difícil e importante servicio y que se revoque la Real orden de 30 de abril de 1883, por la cual se limitó la exención, tocante a la Compañía, a los jóvenes religiosos del noviciado en Veruela.

Vistas las Reales cédulas de 19 de octubre y 26 de noviembre de 1852, y Reales decretos de 4 de marzo de 1856 y 16 de junio de 1857, por cuyas disposiciones fue restablecida la Compañía en los varios dominios españoles de Ultramar, utilizándose en todos ellos servicios científicos y religiosos, así de enseñanza pública como de misiones evangélicas y tanto en las islas Filipinas, como en las Antillas y Fernando Poo.

Vista otra anterior instancia del referido Procurador general de fecha 15 de febrero de 1883 elevada al Ministerio de la Gobernación y remitida por éste a informe del de Ultramar en queja del acuerdo de la Diputación Provincial de Barcelona, por el cual se había negado la exención del servicio militar a los jóvenes de sus colegios, alegando que no todos los individuos de la Compañía van a aquellas regiones apartadas, ni ella se limita a las misiones; sino que abraza otras ocupaciones y tareas.

Visto el artículo 90 de la ley vigente del reclutamiento y reemplazo del ejército de 28 de agosto, reformada y refundida en 8 de enero de 1882, que dice:

«Quedan exentos del servicio, pero serán admitidos a los pueblos a cuenta de su cupo respectivo, si les tocare la suerte de soldados:

1.º Los religiosos profesos de las Escuelas Pías, de las Congregaciones destinadas exclusivamente a la enseñanza primaria con aprobación del Gobierno, y de las misiones dependientes de los Ministerios de Estado y de Ultramar.

2.º Los novicios de las mismas Ordenes, que lleven seis meses de noviciado, cumplidos antes de la entrega en caja:

Considerando que desde la promulgación en el año de 1852, de las Reales cédulas citadas, ha gozado la Compañía sin interrupción y al igual de las demás Ordenes religiosas, que tienen misiones en Ultramar, del beneficio que les otorga el artículo 90 de la mencionada ley de reemplazo.

»Considerando que según lo alegado en el expediente, el voto de obediencia absoluta y el expreso de ir a cualquiera parte del mundo a prestar sus servicios de todas clases, equivale en la Compañía de Jesús al cuarto voto de las demás Ordenes para ir a las demás misiones de Ultramar.

»Considerando que el agregar al servicio de las misiones el de la enseñanza pública y otros ministerios sacerdotales, es en cualidad común con otras Ordenes de religiosos misioneros y redundando doblemente en beneficio de la sociedad; lo cual ha sido de esta suerte comprendido y declarado en la Real orden de 16 del presente julio comunicada al Ministerio de Ultramar, por el de Gobernación y publicada en la *Gaceta* de Madrid del día 24 del mismo; en la cual, de acuerdo con el Consejo de Estado, se declara exenta a la Congregación de San Vicente de Paúl.

»Considerando que la aspiración del legislador al dictar esta exención es, que vaya a Ultramar el mayor número posible de religiosos que instruyan y evangelicen las diversas razas de aquellas remotas regiones, gloriosamente conquistadas a la civilización por el ánimo generoso y heroico de nuestros antepasados, y que éste por tanto ha de ser, y es, el propósito del Gobierno de S. M. en cumplimiento de sus deberes.

»S. M. el Rey (q. D. g.) oído el Consejo de Estado en pleno, y de acuerdo con el de Ministros, se ha servido adoptar las resoluciones siguientes: 1.ª Se declara que el carácter de misioneros en cualquiera de las posesiones o provincias de Ultramar no es incompatible con el servicio de la enseñanza pública y los demás ministerios sacerdotales; y que por tanto este doble servicio no hace perder los beneficios del art. 90 de la ley de reclutamiento y reemplazo del ejército, dentro de los cuales se hallan comprendidos los religiosos de la Compañía de Jesús. 2.ª Se revoca la Real orden de 30 de abril de 1883, por la cual se limitó a los individuos de la casa-noviciado de Veruela (provincia de Zaragoza) la exención del artículo 90 de la ley mencionada. 3.ª Por los Supe-



riores de la Compañía se dará anualmente conocimiento exacto al ministro de Ultramar de los individuos de ella a quienes tocó la suerte de soldados; de los comprendidos en la edad de reemplazo que pasaron a Ultramar, y de los que pasaron igualmente sin estar comprendidos en dicha edad; de los que hubieren regresado. 4.<sup>a</sup> Por este Ministerio se cuidará de que se cumplan los fines y espíritu de la ley en dicha materia.

»De Real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y el de los gobernadores y Diputaciones provinciales.

»Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid 31 de julio de 1884.—El Conde de Tejada.»

El P. Mëndaro acusó recibo de esta Real orden al director general de Gracia y Justicia del Ministerio de Ultramar, que se la había comunicado en 2 de Agosto de 1884.

La Compañía de Jesús tenía a la sazón ciento noventa y dos religiosos en las provincias de Ultramar (Filipinas y Antillas) y quinientos sesenta en los colegios establecidos en la Península.



---

---

## CAPÍTULO XXXVII

**Fallecimiento del P. Guerrico en el Ateneo municipal. — Datos biográficos. —**

**Falta de personal en la misión y de salud en los Nuestros del Ateneo. —**

**Espíritu del internado y distribución de los estudios generales en siete años. — Libros de texto. — Estudios accesorios y profesionales. — Explica-**

**ción de agricultura, industria y comercio. — Actos públicos y memoria del**

**P. Ramón. — Diversidad de criterio entre los Padres de Santo Tomás y el**

**Ateneo. — Misión de Tondo y traslación del Observatorio a la Ermita.**

**E**L día 23 de diciembre de 1883 expiró en la paz del Señor en el Ateneo municipal de Manila el P. José Ignacio Guerrico Urquiola recibidos los santos sacramentos. Una lesión del corazón puso término a su preciosa vida. El 9 había salido por última vez de casa para hacer su acostumbrada visita a los enfermos del hospital y a los presos de la cárcel. Impedido de bajar a la capilla pública, perseveró, sin embargo, en sus ocupaciones ordinarias en el aposento, mientras conservó algunas fuerzas.\*

Dos días antes del de su muerte dijo todavía misa en el altar que se había instalado en el piso alto del colegio y continuó aquel día y el siguiente el rezo del oficio divino y algunos trabajos que deseaba concluir; porque entendía que serían de mucha gloria de Dios. El 23 a la madrugada, habiéndole aumentado notablemente la fatiga, se le administró el santo Viático con asistencia de la comunidad y más tarde la Unción; respondiendo él a todo con voz clara y devota, perseverando en amorosos coloquios con Su Divina Majestad hasta las siete y cuarto de la mañana, en que, después de recibida la indulgencia plenaria, rodeado de gran número de los Nuestros y sentado junto a la mesa de sus habituales tareas, con suma paz y suavidad entregó su alma al Criador, dejándonos hasta el último momento admirables ejemplos de obediencia rendida, humildad profunda, laboriosidad constante, paciencia invencible, caridad encendida, modestia, sencillez e ingenuidad angelicales. Su muerte causó general



P. JOSÉ IGNACIO GUERRICO, S. I.





sentimiento, pues todos le amaban y veneraban como a santo. Media hora después su fisonomía parecía natural y alegre como siempre, respirando bondad y tranquilidad. Se moldeó la cabeza y conservó el busto de este varón ilustre de la masa de los santos (1).

Hijo de Isidro y María Josefa, distinguida familia de Guipúzcoa, nació en Cerain el 30 de julio de 1806. Entró en la Compañía, casi terminados sus estudios de teología, el 6 de agosto de 1827; pasó los primeros años de religión en el Colegio Imperial de Madrid; primero, de inspector de los colegiales; luego de profesor de matemáticas y filosofía, estando allí se ordenó en 15 de Marzo de 1834. Cuando el desenfrenado populacho asaltó en 17 de julio de 1834 dicho colegio, saciándose en la sangre de diecisiete Jesuitas (y luego en la de sesenta y cinco religiosos de otras órdenes) se hallaba desempeñando en él el cargo de ministro de estudiantes teólogos de la Compañía. Penetraron los amotinados a viva fuerza por los patios y tránsitos del colegio imperial acuchillando sin compasión a cuantos encontraron al paso. El Rdo. P. Provincial de la Compañía, Antonio Morey, había ordenado que toda la Comunidad se reuniese en la capilla interior, expuesto el Santísimo Sacramento, se confesasen y esperasen tranquilos la suerte que el Señor les deparase. Uno de los allí congregados era el P. Guerrico. Hallábase entre ellos el H. E. Juan Gregorio Muñoz, que lo era carnal del Duque de Rianzares, que casó más tarde con la viuda de Fernando VII, Doña María Cristina de Borbón, a la sazón Reina Gobernadora de España. Al llegar las turbas a la puerta de la capilla, púsose el tribuno que las conducía espada en mano en medio de ella, sin consentir que nadie pasase adelante; llamó desde allí al joven Muñoz; requirióle a que se separase de sus compañeros y saliese fuera. Contestó el Hermano que estaba resuelto a compartir con ellos su suerte, cualquiera que fuese. A fin de no comprometer su comisión, mandó el caudillo a su gente que se retirasen y dejasen libres a los Padres y Hermanos del colegio; y el P. Guerrico fue quien se ofreció y salió el primero de la capilla en busca de los que, no habiendo podido acudir a ella al toque de la campana, se habían ocultado en varios escondrijos del edificio, donde pudieron algunos salvar sus vidas.

En 4 de julio de 1835 fueron disueltas las comunidades religiosas y conducido preso al saladero de Madrid el P. Provincial Antonio Morey. El P. Guerrico, aunque sabía que positivamente le habían de prender fue a visitarle de propósito, preguntando por él en la cárcel, movido sólo por caridad, a fin de

---

(1) Vide la carta circular del P. Juan Ricart, fecha en Manila a 31 de diciembre de 1885.

que el Rdo. P. Provincial tuviese el consuelo de tener durante su encarcelamiento un súbdito que le hiciese compañía y le sirviese. En efecto, al presentarse el P. Guerrico en la cárcel, solicitando ver al P. Morey, sospecharon de él los carceleros y le preguntaron quién era y dónde vivía. El bondadoso Padre les manifestó que era Jesuita y la casa de su habitual morada. Esto bastó para que de noche fué a prenderle en su residencia una pareja de la guardia civil que le condujo al saladero, metiéndole en el mismo calabozo en que se hallaba recluso su Rdo. P. Provincial. Fineza de caridad fue ésta que jamás olvidó el P. Morey. De allí le sacaron finalmente, conduciéndole otra pareja de la guardia civil a Toledo, donde le declararon por libre, fijándole luego por residencia la ciudad de Guadalajara. Emigró, por fin, a Francia; hizo su tercera probación en 1839 en Aviñón y su profesión de cuatro votos en Friburgo de Suiza el día 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Virgen, de 1840, donde enseñó filosofía en el colegio que los Padres franceses, desterrados también de su patria por la revolución, habían allí fundado; en que ejerció, además, el cargo de operario. En 1841, los Padres belgas cedieron a los Padres españoles la casa noviciado que tenían en Niveles del Bravante, donde fundaron el suyo el mismo año, siendo maestro de novicios el P. Guerrico; y el de 1847 se le agregó el de Superior, que desempeñó hasta 1850, en el cual tiempo se ocupó en catequizar a los niños de las escuelas, presos de la cárcel y campesinos, y luego que supo bien el francés y el flamenco en dar misiones y ejercicios al clero y a Comunidades piadosas.

Por septiembre de 1850 se dirigió a Santander para formar parte de la residencia que allí se abrió a instancias del señor Obispo; preparó los pueblos para la visita pastoral que debía girar el Prelado y se ocupó en dar misiones llamado por el clero, ayuntamientos y vecinos de las villas y pueblos de Santillana, Novalés, Laredo, Colindres, Liendo, Limpías, Hinojedo, Comillas, Torrelavega, Cabezón, Santoña, etc.

Destinado a Loyola en 1852, recorrió en compañía de otros Padres las provincias vascongadas dando misiones, en vascuence y en castellano. Alentado por su magnánimo espíritu se propuso llevar a efecto la terminación del monumental edificio de Loyola, y había ya encontrado un arquitecto, que se ofreció a delinear los planos y dirigir gratuitamente la obra, y reunido una suma considerable, con la cual podía desde luego darse principio a ella; cuando en octubre de 1854 mandó el Gobierno a los de la Compañía desalojar aquella casa y trasladar sus escolares a Mallorca. Retiróse de nuevo el P. Guerrico a la residencia de Santander, donde fundó en las afueras de la ciudad un establecimiento de educación dirigido por las Religiosas de la Enseñanza, proce-

dentes de Barcelona; edificio humilde en su principio, pero que luego se levantó grandioso y esbelto, tan capaz y bien situado, que en la última guerra civil sirvió de hospital para cerca de mil soldados heridos en el sangriento combate de Somorrostro.

Destinado a Filipinas con los Padres y Hermanos de la primera expedición, no hallando aprestada la embarcación en Cádiz, se emplearon los Padres en dar misiones, empezando por Sevilla, de que dio relaciones detalladas la excelente revista intitulada *La Cruz de Sevilla*, dirigida por el célebre escritor don León Carbonero y Sol. En una de esas misiones convirtió el P. Guerrico con sus sermones a una mujer que hasta entonces había mantenido relaciones ilícitas con un hombre asaz desalmado; el cual, salió furioso cierto día, navaja en mano, al encuentro del Padre, denostándole y amenazándole que le había de quitar la vida por ser él la causa de que su manceba le hubiese abandonado. El buen Padre, sin inmutarse ni perder nada de su amabilidad acostumbrada, se sacó del seno el crucifijo de la santa misión que consigo llevaba, y mostrándoselo dijo: «Mira, éste ha muerto por mí; ¿qué mucho que yo muera por él?», con cuyas palabras quedó el hombre de repente mudado, y compungido cayó a sus plantas, pidiéndole humildemente perdón de su loco desvarío.

Llegado a Manila, se dedicó el tiempo que allí permaneció al cultivo espiritual de los indígenas y enfermos del hospital. En septiembre de 1861 salió para Polloc. Terminada la expedición militar contra los moros de Pagalungan y Tumbao, fue a fundar la misión de Tamontaca; tres veces se vio atacado de calenturas malignas endémicas en aquel sitio, y tuvo que ser llevado a Polloc para recobrar su salud deteriorada hasta el punto de tener que administrarle los últimos sacramentos; sin dar más señales de vida por espacio de treinta y seis horas que el de rechinar de vez en cuando sus dientes y una muy débil respiración.

Vuelto a Manila en agosto de 1868, sus ocupaciones ordinarias fueron, visitar los hospitales civil y militar, la cárcel de Bilibid y el presidio, los enfermos de la ciudad y arrabales, y permanecer largas horas en el confesonario.

Por noviembre de 1874 regresó a Tamontaca, donde pasó seis años y tuvo el consuelo de ver evangelizados y bautizados todos los tirurayes que vivían en la zona inmediata a esta misión de una extensión de más de tres leguas.

Fue verdaderamente increíble lo que trabajó en el rescate de niños moros, y en su instrucción y educación civil y cristiana, hasta dejarlos bien arraigados y colocados formando familias, dentro de Tamontaca.

Llamado por los Superiores a Manila a fines de abril de 1880, no dejó re-

sorte que no moviese así en esta ciudad como en España hasta obtener los recursos más perentorios para la manutención de sus queridos libertos y sacar a otros muchos de la degradante esclavitud de la morisma; y a su solicitud se debió la creación de una Junta de damas de la primera nobleza de Madrid con objeto de recoger limosnas a este fin.

¿Y qué diremos de la variedad de virtudes que hermoseaban su alma? De él decía con mucha verdad el P. Juan Ricart: «que era el justo que describe San Pablo en su epístola a los gálatas (V. 22-23) al enumerar los frutos del Espíritu Santo» porque resplandecían en el P. Guerrico de una manera notable. Su caridad era inagotable, y estaba siempre pronto a sacrificarse por él último de sus semejantes; en su frente serena y rostro apacible se reflejaba la paz y el gozo en que se bañaba su alma; su paciencia era inacabable; su bondad y benignidad encantadoras; como nacidas de un corazón puro y sencillo, sin hiel de amargura, animosidad ni resentimiento; su fe y longanidad se mostraban bien en la constancia inquebrantable con que perseveraba en sus empresas y buenos propósitos, sin decaer un momento, por dificultades que se ofreciesen, y su mansedumbre, modestia y recato atraían y edificaban a cuantos le miraban y trataban.

Jamás se quejó de los defectos de los indios. Hablaba de los tirurayes con tanto encomio, que fácilmente hubieran creído los que no los hubiesen visto que constituían una tribu superior a la de los demás indios de Mindanao, aun en el color. Cuando se veía rodeado de ellos, se le pasaban las horas sin advertirlo instruyéndoles, exhortándoles, cantando y enseñándoles a cantar sin dar jamás muestras de cansancio.

Sobresalía su caridad en curar las llagas y heridas a los moros y tirurayes con la mayor paciencia, por asquerosas que fuesen.

Era delicadísimo al hablar de ausentes y su hábito en esto era tal, que hasta a las fieras dañinas solía excusar. Refiere el P. Ricart, que hablándose un día en la recreación de los profesores del Ateneo de Manila, de que un hombre había sido devorado en Tamontaca por un caimán, ponderándose con este motivo su voracidad; no faltó el P. Guerrico en excusarlo, diciendo que estaría muy hambriento: a lo que repuso un interlocutor sonriendo: «Por Dios, P. Guerrico, déjenos V. R. murmurar un poco ahora, que bien podemos hacerlo sin faltar a la caridad».

A los cincuenta y seis años de su edad se entregó al estudio del tiruray sin maestro, sin libro ni manuscrito alguno, teniendo que recoger palabra por palabra de boca de los tirurayes la significación y el modo de pronunciar los vocablos, comunicándose sólo con signos. Con admirable paciencia y constancia



iba así formando el vocabulario tiruray, distinguiendo y clasificando los elementos gramaticales de este dialecto y al cabo de año o año y medio lo pudo ya hablar con soltura.

De la lengua mora dejó escritos algunos trabajos que, al igual de los que hizo en tiruray, sirvieron grandemente a sus compañeros y sucesores para aprender ambos idiomas. Le llegaba al alma oír que los moros eran irreductibles. Los resultados obtenidos por el P. Juanmartí, que heredó su espíritu, demostraron cuán acertado anduvo en este punto.

Los domingos, días festivos y lunes, que era el señalado para el mercado de Tamontaca, pasaba largas horas rodeado de sus catecúmenos y neófitos, instruyéndoles, exhortándoles y satisfaciendo a sus quejas y reclamaciones.

No perdía un minuto de tiempo. Aun en los recreos de mediodía y de la noche, en Tamontaca, según cuenta el P. Legarra, se ocupaba en sus cartapacios, alternando en la conversación con el Padre compañero y el Hermano. Tenía un libro en blanco, que él mismo rayaba, en donde apuntaba lo que parecía útil para la misión. En este libro, aun la víspera de su muerte se le vio hacer apuntaciones. Murió sentado en su silla y junto a la mesa de escribir, como buen artillero al pie del cañón. R. I. P. *Amor a la patria y a la misión.*

Durante el curso de 1883 a 1884 se experimentó gran falta de personal en la misión, de suerte que preocupado por ello el R. P. Juan Ricart escribió repetidas veces a Barcelona, Madrid y Roma demandando auxilio de las demás provincias, para atender a las urgentes necesidades de ella, o que se encargase a las de Castilla y de Toledo la misión chilo-paraguariense descargando de ella a la de Aragón. En efecto, al inaugurarse el nuevo año de 1884, constaba la misión de Filipinas de ciento doce sujetos, divididos en sesenta y seis Padres, cinco Hermanos estudiantes, y cuarenta y un Coadjutores; de los cuales, cuarenta y uno, residían en Manila y los restantes en Mindanao y Joló. De los de Manila, treinta y dos se hallaban adjudicados a la casa central de la misión y Ateneo municipal, que constituían una sola comunidad, con dieciséis Padres, un Hermano estudiante y quince Coadjutores; de los cuales, cinco Padres y cuatro Hermanos estaban agregados a la casa central y los restantes al Ateneo Municipal.

Por un lado el Gobierno estaba deseoso de que se extendiese la acción de los misioneros en Mindanao, donde figuraban en los estados de la misión de 1882, publicados por junio de 1883; 5,473 hijos de infieles bautizados; por otro, en Manila reventaban con la carga, y la provincia de Aragón no podía ayudarla con tantos sujetos como fueran menester; porque era muy joven y tenía que

atender a las casas y colegios de la América del Sur. Insistía por lo tanto el P. Ricart en la necesidad de que se mandase con urgencia una misión de ocho Padres y cuatro Hermanos, y que por unos cuantos años prosiguiesen numerosas y escogidas las expediciones; y como la provincia de Aragón no podía suministrar tal contingente, reclamaba la cooperación de otras provincias de la asistencia de España a favor de la misión de Filipinas.

A pesar de sus recursos oratorios, no pudo el P. Ricart recabar para ella más sujetos que los de la provincia de Aragón; porque la de Castilla, tenía asimismo sus misiones en las Antillas, Panamá, Pasto, Costarrica y Santa Fe de Bogotá; y la de Toledo en Puerto Rico, Ecuador, Perú y Bolivia. La de Aragón estaba casi exhausta, porque además de los ciento doce sujetos de Filipinas, mantenía ciento ochenta y cinco religiosos en la misión de Chile y Paraguay. Era, por lo tanto, preciso ir al paso de Dios, confiados en su amorosa Providencia.

Resintióse este año la salud de los Nuestros en el Ateneo municipal; falleció el H. Vallés, estuvo viaticado el P. Banqué y fuera de combate el H. Segura.

El general Jovellar, en quien tan bellas esperanzas tenían fundadas todos los amantes del bien del Archipiélago Filipino, cayó también enfermo de gravedad en Manila a principios de mayo de 1883. El día 14 le confesó el P. Guerrero, y se suspendió el Viático, porque se acentuó desde aquel momento la mejoría.

Por la falta de personal experimentado fue preciso que el mismo R. P. Superior de la misión tomase a su cargo una de las asignaturas de comercio, razón por la cual no pudo salir para su ordinaria visita a Mindanao hasta el 24 de febrero; el P. Rector desempeñó dos clases de mecánica aplicada, topografía y geografía universal; el P. José Murgadas, que era Ministro, explicó las clases de retórica y agricultura y el P. Mariano Suárez, Prefecto del Convisorio, tuvo asimismo que apechugar con una clase de primera enseñanza, hasta que llegó la nueva misión.

En el internado reinó durante el curso muy buen espíritu. La primera división alcanzó ordinariamente la nota A en todo. Como sólo se recibieron 170 internos; muchos de los que solicitaron número, tuvieron que aguardar turno para ocupar su plaza. El número de externos aumentó merced a la fama adquirida después de la reforma de estudios, dominando en ellos el buen espíritu; la congregación mariana estuvo en auge merced a la solicitud del P. Francisco de Paula Sánchez, que era sumamente a propósito para director de ella. El total de alumnos ascendió a más de 600.

Los estudios generales estaban distribuidos en siete años, seis académicos y uno preparatorio, en que se enseñaba la ínfima. En los tres primeros se estudiaba la gramática y en el cuarto las humanidades, todo conforme al *Ratio*; en el quinto, la retórica y el primer curso de matemáticas, dando dos horas y media a la primera asignatura y dos a la segunda. En el sexto, primer curso de filosofía, segundo de matemáticas e historia natural. En el séptimo, el segundo curso de filosofía, física, química y tercer curso de matemáticas que comprendía la teoría general de las ecuaciones o álgebra superior, el estudio de las secciones cónicas y lo que pudiesen los alumnos alcanzar de la geometría analítica.

Como libros de texto se señalaron la obra grande de *Liberatore*, para filosofía; Cortázar, para matemáticas elementales y superiores; Canudas, para física y García Santos, para historia natural. Los de las clases de letras, fueron los adoptados para los colegios de la provincia.

Como accesorias en media, suprema y humanidades, se cursaban respectivamente geografía, historia universal y patria, y en humanidades se agregaba el francés. En todas las clases a partir de la segunda mitad del curso de ínfima se usaba la lengua latina.

Los estudios profesionales de comercio, agrimensura y mecánica comprendían: tres cursos, los de la primera serie y cuatro los de la segunda y tercera; terminados los cuales, se confería a los alumnos el título de perito mercantil, agrimensor y mecánico, previo el examen de reglamento.

Había además clases de adorno para los alumnos, o sea, de solfeo y piano, y de dibujo y pintura; las dos últimas obligatorias para los de topografía y mecánica.

En el Certamen literario que el año anterior dio la Universidad con ocasión de la promoción al Cardenalato de Fr. Ceferino González, más de la mitad de los premios fueron adjudicados a los discípulos procedentes del Ateneo municipal.

Todas las clases tuvieron su espécimen público y la de filosofía tres actos muy brillantes (1).

Escribió el Rdo. P. Ramón una luminosa y bien pensada Memoria, que envió a la Exposición Filipina de Madrid, sobre la educación literaria, moral e higiene del Ateneo municipal de Manila.

Un pequeño incidente ocurrió sin embargo sobre los estudios del Ateneo

---

(1) Véase la carta en que daba cuenta el P. Pablo Ramón de todo lo dicho al P. Provincial Juan Capell el día 30 de enero de 1886.

con el Rdo. P. Rector de la Universidad de Santo Tomás M. R. P. Fr. Gregorio Echevarría, el cual, deseoso de enterarse de la verdad, buscó ocasión oportuna para hablar del asunto. Esta se la ofreció el P. Faura el día que fue a llevarle el barómetro de su invención. Preguntóle, pues, el P. Rector si era verdad que en el Ateneo tuviesen seis años de segunda enseñanza, y como el P. Faura no poseía más que generalidades en esta materia, le respondió que no solo seis sino hasta siete; con lo cual subió de punto la alarma del P. Echevarría. Ninguna distinción hizo el P. Faura entre lo académico y lo privado, y sobre todo omitió que el P. Rector del Ateneo no imponía a los alumnos este orden de estudios, sino que les inducía a él por vía de consejo; dejándoles a ellos y a sus familias en completa libertad de acción, estando todas las cosas dispuestas de suerte que cada uno pudiese hacer valer sus derechos. Nada dijo tampoco el P. Faura del fundamento que tal proceder tenía en el programa oficial; porque lo desconocía; ni razonó sobre la amplitud que daban los de la Compañía a algunas asignaturas conforme a las exigencias del *Ratio studiorum* de nuestra Orden y a la práctica seguida en España, principalmente después de las exhortaciones de Roma; contentóse, pues, con decir, que el programa oficial dejaba la enseñanza muy incompleta y que a nuestros Padres les parecía que debían mejorarla, siquiera no fuera más que en el terreno privado.

Tres días después de la segunda entrevista que tuvo el P. Faura con el P. Echevarría, para rectificar ciertos conceptos emitidos en la primera con menos exactitud; escribió el P. Rector de la Universidad al P. Rector del Ateneo Pablo Ramón, una carta en que privada y amistosamente protestaba contra el modo de proceder de los Nuestros del Ateneo en la segunda enseñanza. Contestóle el P. Ramón con otra carta, en la que procuró desvanecer todo recelo o sospecha que pudieran haber concebido contra nosotros los Padres Dominicos, manifestándole la lealtad y franqueza de nuestro modo de proceder.

Procuró también poner de manifiesto, que todas las variaciones hechas en los estudios por los Nuestros, caían dentro de los límites de la ley, citándole para esto varios párrafos del programa oficial; insistiendo sobre todo en que esto no era obligatorio; y en que sólo se daba carácter académico a las asignaturas señaladas en el programa oficial; y que las otras no se registraban en los libros oficiales de la Secretaría, ni se libraban certificados de ellas; que todo se había hecho para acomodarse mejor al Instituto de la Compañía y corresponder al llamamiento de Su Santidad, discurriendo sobre las diferentes tendencias de escuelas católicas y liberales en la enseñanza de la juventud, no



sólo en lo que se refiere al dogma y a la moral, sino aun en la parte meramente científica. A esta carta respondió dos o tres semanas después el Rdo. P. Rector de la Universidad, que había leído con mucho gusto la declaración y reflexiones del P. Pablo Ramón; las cuales, si bien no le habían satisfecho del todo, le habían tranquilizado al ver la rectitud de intención con que habíamos procedido, y la prudencia y profundidad de nuestro pensamiento; que esto era lo que siempre habían pensado de nuestra Compañía; que todos debían estarnos agradecidos por lo mucho que habíamos hecho por la enseñanza y que así lo decían ellos a todos los que les oían. Luego protestó contra toda idea de recelos y envidias, que en ellos se pudieran suponer, manifestando que todos veían con mucha satisfacción la prosperidad de nuestro Colegio y de todas nuestras cosas; que en su Orden existía un grande aprecio de la Compañía de Jesús y que los Dominicos de Filipinas fueron los que más trabajaron para que la Compañía volviera a estas Islas. Hechas estas salvedades entró en materia y dijo: que el plan de estudios tal como el P. Ramón lo había propuesto le parecía excelente y que ellos eran los primeros en reconocer la insuficiencia del programa del Gobierno; pero que existiendo un plan de estudios, según el cual se puede enseñar la juventud conforme a los deseos de Su Santidad, no le parecía bien que nos apartáramos de él, aunque no fuera más que para evitar la diversidad entre dos Colegios regidos por dos corporaciones religiosas.

En cuanto a lo de la legalidad, él manifestó parecer contrario, no respondiendo nada, ni directa ni indirectamente a lo que el P. Ramón había dicho, sino citando solamente el artículo cuarto del Reglamento, en que se pone entre las atribuciones del Rector de la Universidad, la de formar el Reglamento de los Colegios.

Posteriormente insistió el Rector de la Universidad, y el P. Ramón se mantuvo firme. Hízose alguna demostración de querer intervenir más directamente la Universidad en los estudios del Ateneo; mas con el cambio de Rector, no pasó la cosa adelante. La principal causa del desagrado fue, sin duda, la comparación establecida por los de fuera, a que esta ampliación de los estudios del Ateneo dio lugar, y el pretexto que tomaron de ello los alumnos que habían cursado en el Ateneo, y fueron luego a estudiar facultad mayor en la Universidad, para repugnar el año de ampliación por ella impuesto. Lejos, empero, de perjudicar a este Centro nuestra emulación, le hizo mucho bien; porque se acreditó y no tuvieron los malos motivo aparente para combatirla.

Dióse este año por los Nuestros, a invitación del P. Font, agustino, una misión en su parroquia de Tondo con muy buen resultado, calculándose en

seis mil las comuniones; número crecido, si se considera que se hizo en castellano. Fue precedida de la de niños en que comulgaron unos mil quinientos.

Por haberse instalado definitivamente la Escuela Normal en su nuevo edificio de la Ermita, se trasladó también del Ateneo municipal a dicho establecimiento el Observatorio Meteorológico, pasando el P. Faura, su Director, a formar parte de aquella Comunidad, el día 3 de abril de 1886.



---

## CAPÍTULO XXXVIII

Nueva misión a Manila.—Indulto de Pedro Cuevas.—El P. Sancho Instructor de tercera probación.—Enferma y recobra su salud viajando.—Sucede en Zamboanga al P. Baranera.—Sus visitas a Pedro Cuevas.—Cásase éste con Uraya, recién bautizada.—Los subanos de Bulúan se convierten.—El P. March en Ayala.—Fundación de Nueva Reus y sus vicisitudes con los subanos.—El P. Quintana en las Mercedes.—Expediciones del P. Sancho con el P. Cavallería favorecidos por el brigadier Serriñá.—Vuelve el P. Cavallería a La Isabela; sus ministerios con los moros.—El P. March bautiza a varios subanos.

EL día 1.º de agosto de 1882 se embarcaba en Barcelona para Manila el P. Joaquín Sancho formando parte de la misión presidida por el P. Jacas compuesta de diez individuos.

En la bocana del canal de Suez, vieron quince fragatas de guerra inglesas que acababan de bombardear a Alejandria; dicho canal casi en su totalidad en poder de los beduinos, cuyos campamentos se divisaban desde los palos del barco, ocupando los ingleses ambos extremos, y la población de Suez en estado de sitio, con otras tantas fragatas de guerra británicas allí fondeadas. Sin tomar agua, emprendieron los nuestros el 13 de agosto la entrada del mar Rojo; en Aden se proveyeron de la condensada del mar, que no podían beber ni aun mezclada con vino; y así pasaron hasta Ceylán. En Singapore les dieron la triste noticia de que el cólera hacía estragos en Manila, a donde llegaron el 6 de septiembre, durante el período álgido del mismo, en que morían diariamente de trescientas a cuatrocientas personas, cuyos cadáveres amontonados en carros eran conducidos al nuevo cementerio. Dos o tres días después fueron destinados a auxiliar coléricos en dicha capital. «Tres bolsas con la santa unción, dice el P. Sancho, había en el patio del Ateneo municipal, donde unos las dejaban y otros las tomaban; y así continuamos por espacio de quince a

veinte días durante los cuales el cólera iba decreciendo en intensidad; pero no desapareció hasta que fue barrido por el formidable huracán del 20 de octubre, que derribó de tres a cuatro mil casas de madera y nipa y arrojó a la playa catorce embarcaciones.»

Gobernaba a la sazón en Manila el excelentísimo señor don Fernando Primo de Rivera, a quien visitaron con el P. Ricart, Superior de la misión, el mismo día 6 de septiembre, y les comunicó la grata noticia de haberse obtenido del Gobierno el indulto de Pedro Cuevas solicitado por el P. Heras.

Era Pedro Cuevas un tagalo cristiano deportado a Zamboanga y fugado con otros dos o tres en un bote a la isla de Basilan, donde hostilizado por los moros en varias refriegas de las que había salido siempre ileso, mató en la última de un balazo en la frente al Salip principal de la isla; siendo él proclamado Salip por los mismos moros, admirados de su valor y destreza, en lugar del interfecto. De esta suerte, y administrando rectamente justicia, vino a ser considerado como el Sultán de la isla de Basilan. Perseguido por los soldados enviados del gobernador de Zamboanga, jamás pudieron darle alcance.

En medio de sus fechorías, conservó Pedro Cuevas la fe de sus mayores, y solía ir de noche a visitar al P. Llausás, misionero de La Isabela, para confesarse. En una de estas ocasiones, reconociéndole el Padre arrepentido y dispuesto a obrar bien, le ofreció que pediría su indulto por medio del P. Superior de la misión, si prometía ayudarle en la reducción de los moros de aquella isla; y a esto se debió el indulto de que hizo mención el capitán general Primo de Rivera.

El P. Sancho residió durante un año en Manila, como operario e instructor de tercera probación de los PP. Suárez y Torras cuando, sumamente debilitado por la influencia enervante del clima intertropical de Manila, le sobrevino una aguda disentería. El Rdo. P. Superior le indicó su propósito de remitirle a España, a lo cual repuso el P. Sancho: «Pero... venir a Filipinas y no ver las misiones...» Díjole entonces el P. Ricart, que si quería acompañarle a Mindanao a girar la visita dentro de dos días saldrían para ellas. Aceptó en el acto el P. Sancho y este viaje fue el remedio de su enfermedad; pues ya en el mar se halló muy aliviado.

Salieron, en efecto, de Manila el 20 de junio de 1883. El Obispo de Jaro cometió su visita al P. Ricart con facultad para confirmar, reservándose el distrito de Zamboanga en cuya rada fondearon el 24 del mismo mes, y en la de Joló el 27. Apenas llegaron, se echaron tres moros juramentados sobre un grupo de españoles y asesinaron bárbaramente a dos oficiales; hiriendo a otros dos y a un indígena. Cinco días permanecieron en la plaza con el P. Vila y el



H. Gairolas y el día 9 de julio estaban de vuelta en Zamboanga. El 10 y el 11 conferenció con los Padres allí reunidos, siendo recibida por todos con mucha satisfacción la ordenación del Rdo. P. Provincial Juan Capell sobre el régimen de nuestras casas de Mindanao.

Preguntó el P. Superior al médico D. Ramón Alba por la salud del P. Baranera y le respondió, que si no era relevado antes de un año y enviado a España moriría de anemia. En los días dedicados a la visita de la residencia, recorrió el P. Juan Ricart con el P. Sancho las casas de Tetuán, Mercedes y Ayala; y unas veces viajando en botes por la costa y otras cabalgando por montes y collados, se restableció éste completamente. Mostrando deseos de conocer las demás misiones y misioneros; acompañó al Rdo. P. Superior en su expedición a Polloc, Cotabato, Tamontaca y Basilan, de donde regresaron a Zamboanga y a Manila.

Al pasar por Ilo-Ilo les invitó el señor Obispo de Jaro a su mesa, durante la cual le informó el P. Ricart del acuerdo tomado en Zamboanga de relevar al P. Baranera y nombrar Superior de aquella residencia y Vicesuperior de la región del Sur de Mindanao al P. Sancho. El relevó se efectuó en Zamboanga el 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, de 1883.

Los gobernadores solían contribuir a sus preparativos con la cantidad necesaria para levantar arcos e iluminar la fachada de la fortaleza de este nombre; mas el gobernador actual se había negado no sé por qué disgustillo a contribuir, y en su consecuencia el P. Baranera se proponía suspender también la función de iglesia. En este conflicto sirvió de intermediario el P. Sancho; visitó al gobernador y le halló tan bien dispuesto, que no solamente concedió la cantidad negada, sino que quiso acompañarle en coche hasta la puerta de la residencia; y hechas las paces se celebraron las fiestas públicas, cívicas y religiosas con el esplendor y solemnidad acostumbrada. Permanecía todavía en Zamboanga el P. Baranera, cuando un voraz incendio, avivado por un recio viento, consumió en menos de una hora una larga calle de casas e iba en dirección a la iglesia sobre cuyo tejado de zinc caían los alipatos y trozos de nipa y madera encendidós. Ante el peligro inminente de ser destruída la población, los PP. Sancho y Carreras expusieron a Jesús Sacramentado y mientras oraban, tomó súbitamente el viento dirección opuesta, de que admirado un capitán de Marina, que desde su barco lo contemplaba, dijo: que aquello había sido un milagro.

A fines de octubre partió el P. Baranera para Manila y la primera salida del P. Sancho fue para visitar a los Padres y Hermanos de Tetuán, Mercedes, Ayala, y La Isabela,

Esta última visita le aprovechó para conocer el carácter de los moros de algunas rancherías; porque habiéndose servido del H. Miguel Pujol que poseía con perfección su lengua; pudo apreciar la tenaz resistencia que ofrecían a ser bautizados; porque los niños al presentarse el P. Misionero se escondían, las moras permanecían sentadas en el suelo y a las preguntas que el Hermano les hacía, o no contestaban, o respondían con un monosílabo; y a los regalitos que les daba, como canutos de agujas, ovillitos de hilo de diferentes colores y otras baratijas, que aprecian mucho; alargaban la mano, los tomaban, pero inmediatamente los tiraban a su espalda por encima del hombro con gestos de menosprecio. Con esto se explicaba el Padre, por qué a pesar del celo de los misioneros se había adelantado tan poco en la reducción de los moros, únicos infieles de aquella isla. Como medio de obtener algo en la obra de la reducción, adoptó la resolución de visitar con dicho Hermano a Pedro Cuevas, quien los agasajó con esplendidez desusada en aquella comarca. Recordóle en esta primera visita el P. Sancho el beneficio del indulto obtenido el año anterior, y su promesa de ayudar al P. Llausás en la conversión de los moros de la isla; a lo cual respondió Pedro: que varias veces había exhortado a muchos de ellos, ponderándoles las ventajas que reportarían si se hicieran cristianos, y como a él esta dignidad le había hecho superior a los que no lo eran; a lo cual respondían los moros: que antes de obligarles a bautizarse les cortase la cabeza.

En otra segunda entrevista, sabiendo el P. Sancho que Pedro, después de su victoria sobre los moros, vivía con tres mujeres; le afeó estado tan impropio de un cristiano y le rogó que, desentendiéndose de las dos últimas, se casase con la primera llamada Uraya, previo su bautismo. Mas, como la mora no quisiese bautizarse, le dijo Pedro que él por su carácter de cristiano no podía tener más que una mujer, y ésta había de ser cristiana; que si ella consentía en bautizarse se casarían los dos; de lo contrario la despediría y se casaría con otra. Esto bastó para que consintiese Uraya en bautizarse, y presentándose con vestido de boda ante el Padre, le manifestó por medio de su futuro marido, que deseaba hacerse cristiana y casarse con Pedro.

Aquella misma tarde se reunieron en su casa unas treinta personas, entre moros y moras, muy bien vestidos; y sentados sobre el pavimento oyeron con mucha atención cuanto les decía el Padre por medio del H. Pujol, que le servía de intérprete; esta plática se redujo a enseñarles: que Dios había sacado el mundo de la nada con su poder infinito y puesto en él al hombre, para el cual había criado todas las cosas; que Jesucristo, después de la caída de nuestros primeros padres Adán y Eva, nos redimió de la esclavitud del demonio y del pecado a precio de su sangre y de su vida; que todos los que se aprovechan

del fruto de su redención, se salvan; que para esto se necesita la fe y el santo bautismo y perseverar en su santa gracia por medio de la caridad; que después del bautismo si pierde el hombre la gracia pecando, puede recuperarla con el sacramento de la penitencia, debidamente recibido; que los que mueren en gracia de Dios, reinan con él eternamente en el cielo; y los que mueren en pecado mortal, son condenados eternamente al infierno; que la mujer, al hacerse cristiana, se hace de esclava, señora; que en la familia cristiana la mujer es la compañera del marido y debe ser respetada y obedecida por su familia; que el matrimonio es sacramento instituido por Dios en el cual quiere que viva un solo hombre con una sola mujer, con vínculo indisoluble. De esta plática, por de pronto, no se sacó más fruto visible que el de confirmar a la mora Uraya en la promesa que el día anterior había hecho de recibir el bautismo, para que Pedro no la despidiera, como lo había hecho ya con las otras dos y se casase con ella.

El P. Cavallería, que chapurreaba ya la lengua mora, la instruyó en lo más necesario, la bautizó y casó; y ésta fue después a conquistar a toda su familia. De este matrimonio tuvieron una niña muy agraciada, que bautizó el P. Cavallería; y felicitando a la madre, le dijo que aquella criatura era un premio anticipado por haberse hecho cristiana, y cohabitar con su marido conforme a las leyes del sacramento recibido. Poco tiempo después fue llamado el mismo Padre para visitar y catequizar a la madre de Uraya, mora hasta entonces rebelde, que se hallaba en peligro inminente de muerte a causa de un parto muy difícil: exhortóla Uraya a que se bautizase para poder verla después a su lado en el cielo; rechazóla la madre; llegóse a ella el P. Cavallería y lleno de confianza le dijo: «Si con buena voluntad consientes en ser bautizada, espero en Dios que saldrás felizmente del parto y peligro de muerte en que te hallas». Consintió la mora, e instruida en lo de necesidad de medio, fue bautizada; y media hora después, dio a luz con suma facilidad la criatura. Esto que Uraya refería como un milagro, hizo que toda su familia se hiciera cristiana.

Tenía el P. Sancho en su feligresía un feligrés muy honrado llamado Pedro Guevara. Este le dijo que tenía en su casa un hermano llamado Enrique, que hacía muchos años vivía entre infieles subanos. Mandóle llamar el Padre, que compareció y le manifestó que, comerciando con los subanos, había aprendido su lengua en Tupílak, y que se había hecho respetar de aquellos infieles por ser cristiano. Preguntóle el Padre si sería fácil reunir a algunos de ellos en sitio próximo al mar, donde pudiera visitarlos, y se ofreció Enrique a presentarle quinientos subanos, si fuese el Padre a Tupílak, distante unas dos jornadas por mar de Zamboanga. Resolvióse, que iría Enrique, les hablaría del misionero

y fijaría el lugar y el día en que hubiese de acudir a visitarlos el P. Sancho con el P. Cavallería en una banca, y juntamente él y su hermano Pedro.

Salieron, en efecto, el día convenido, anochecieron en un estero, durmiendo al aire libre, y al amanecer prosiguieron su marcha, y cerca de mediodía llegaron a Tupilak.

Acudieron los subanos en pequeños grupos, y refirieron a Enrique, como el mandarín de Bulúan les había amenazado con meterlos en la cárcel si se presentaban al misionero. Era el tal mandarín un español, a quien los subanos pagaban tributo; y sabiendo perfectamente que no lo cobraría si se hiciesen cristianos, impidió que se presentaran a los misioneros; y en vez de quinientos, tuvieron éstos de contentarse con ver sólo a cuarenta.

Encargóse el P. Cavallería de instruirlos, sirviéndole de intérprete Enrique; y al día siguiente al caer de la tarde los bautizó. Aquellas dos noches las pasaron los Padres tendidos sobre una roca, y ya se disponían a salir, cuando apareció el mandarín de Bulúan dando a los Padres miles de excusas. Indignado el P. Sancho le respondió: «Señor Saavedra, no admito excusas, en Zamboanga referiré al gobernador. Seré lo que ha pasado, y usted estará a las consecuencias». Pidióle perdón dicho señor, y le prometió que si quería ir con él a Bulúan, le presentaría tres principales subanos, que ya tenía avisados, y con ellos podría el Padre tratar de formar tres pueblos civiles; condescendió el Padre, *pro bono pacis*, añadiendo fuego, dirigiéndose a Enrique, en presencia del mandarín: que cuidase mucho los subanos bautizados y si fuesen molestados por alguien se lo avisase; y despidiéndose de él se partieron con Pedro y los demás para Bulúan, a donde llegaron poco después de mediodía.

Pronto se presentaron los tres influyentes subanos, con los cuales acordaron los tres puntos donde habían de reunirse. Mas no pudieron ir a visitarlos por ser sábado el día siguiente y no poder faltar de Zamboanga el domingo.

Dos veces fue después a Bulúan el P. Cavallería; pero con escaso fruto y no por resistencia de los infieles, sino por industrias del mandarín. Porque al anunciarles el Padre a los subanos que no pagarían tributo en toda su vida, les decía el otro, que esto sería hasta formar pueblo; mas, luego que lo hubiesen formado, serían tributarios y soldados de España.

Ultimamente fue a Bulúan el P. Sancho con el gobernador de la provincia señor Blanco y el jefe de la estación naval D. Patricio Montojo. Presentóse un buen número de infieles, arengóles el gobernador a que se reunieran en vida civil e independiente, con sus creencias y costumbres; pero representándole el P. Sancho que no era este el fin que se perseguía; añadió luego el gobernador, que lo que había dicho, debía entenderse sin perjuicio de oír a los Padres misio-



neros, para conocer a Dios y hacerse cristianos; porque sólo entonces serían tenidos por súbditos de España, gozando del privilegio de exención de tributos durante su vida. Estas palabras las iba repitiendo un intérprete del señor gobernador a los subanos; pero, ni esto bastó ya para que formaran pueblos.

Otra expedición hizo el P. Sancho a otro grupo de subanos, que para evadir sus molestias de los moros, deseaban cobijarse bajo de nuestra bandera. Luego que supo esto el P. Sancho, visitó a D. Alejo Alvarez, intérprete, cacique de moros y subanos, a quien ambos pagaban tributo, y díjole, como tenía noticia de que unos trescientos subanos de la comarca de Siocon habían resuelto colocarse bajo la bandera española y establecerse en un lugar próximo a la misión de Ayala, y esperaba de él le ayudaría en esa obra de reducción. A lo cual respondió D. Alejo: «Lo deseo como V. R., P. Sancho; pues no quisiera bajar al sepulcro sin antes haber contribuido a una reducción de infieles». Dado este paso partió el P. Sancho a Ayala con el fin de elegir el sitio más a propósito para la futura reducción, y con dos indios provistos de bolos abrió camino a través de los bosques, y llegó a un río de aguas limpias y potables, a ambas orillas del cual se extendían dos grandes planicies, aptas para sementeras, al pie de un alto collado cubierto por un bosque de maderas de construcción. Cerca del río, hizo que sus dos indios despejasen el solar necesario para una Iglesia, y habiendo plantado en él una cruz, regresó a Ayala para tratar lo demás con su misionero, el P. Estanislao March.

Supo esto don Alejo y saliendo al encuentro a los subanos les ordenó que rechazasen por malo el lugar escogido, señalándoles otro cerca de la colonia de San Ramón por cuyos individuos decía el cacique, serían protegidos y con los cuales podrían comerciar y en efecto allí se establecieron. Hízoles ante todo rozar un amplio terreno para sementeras, plátanos y camote, a fin de que les sirviese de alimento. «Después de la primera cosecha, refiere el P. Sancho, les obligó a plantaciones de cocos, cacao y cafetos y, hecho esto, declaró aquella finca propiedad suya». Visitábales el P. March, pero con escaso fruto; hasta que, escandalizados de los soldados y presidiarios de la referida colonia y conocedores de los intentos del cacique, se dispersaron. Algunos se establecieron en pequeños grupos en los alrededores de Ayala, pero los más debieron de volverse a Siocon, y los restantes anduvieron errantes al derredor de pueblos cristianos que los favorecían con ropas, arroz y pescado. Con tales ensayos quedó demostrado que la reducción de infieles del Sur de Mindanao era muy difícil de realizar por medio de caciques o mandarines.

Construyóse por este tiempo en Ayala iglesia de tres naves; la principal, de diez varas de ancho, y cuatro, cada una de las laterales, cerróse con tabi-

que pampango de palma brava; y el techo con planchas de hierro galvanizado; era su torre airosa y la Virgen del Carmelo su Patrona, cuya imagen, generoso ofrecimiento del hermano del misionero, dominaba desde el altar mayor como en su trono el mar, el valle y el monte. Construyóse el edificio con carpinteros aserradores, albañiles, herreros, escultores, etc., vecinos del mismo Ayala; a mediados de septiembre de 1884 les bendijo solemnemente el señor Obispo de Jaro una hermosa campana de veinte arrobas y media, que para dicha iglesia había enviado de regalo el Rdo. P. Superior de la misión, P. Juan Ricart.

Los subanos infieles de Busugan y Patalong, remontados en 1877 a Siocon, bajaron de nuevo y situaron sus reales en Miluano y Limpapa a tres leguas de Ayala, y a 10 de enero de 1884 salió el P. March a caballo hasta Busugan, ranchería de moros que contribuyó a fundar en 1881, y despachando al teniente moro para Ayala, prosiguió su viaje con el mandarín y otros moros por la orilla del mar hasta Baricacas, donde se internó a pie en busca de los subanos. A los pocos pasos vio una casa algo desviada del camino y se dirigió hacia ella. Pertenecía al hijo de Uban. Encaminóse luego a la del Timuay Ta-ata; dijéronle que él y la mayor parte de los subanos estaban en Siocon y se les aguardaba de vuelta aquella misma tarde. Pasando más adelante llegó a la del Pamantasan, hermano de Ta-ata, que era espaciosa y limpia. El dueño de ella le recibió alegremente, extendió un petate sobre el lancape y le invitó a sentarse. Despidióse el misionero al caer de la tarde, prendado del carácter de los subanos y esperaba que sería fácil reducirles a la religión católica.

El P. Quintana tomó posesión de la misión de las Mercedes en 10 de mayo de 1883, la recorrió toda a caballo y en canoa. Componíase de cristianos, infieles subanos y moros.

Los subanos del seno de Sibuguey eran unos 30,000, gente mansa y dócil, temerosa de los moros, y sin comunicación con españoles, razón por la cual su reducción y conversión era mucho más difícil.

Los moros de la isla de Sácol y otros de la jurisdicción de las Mercedes hablaban el yacán; no tenían pueblo, vivienda, ni instrucción; nacían, vivían y morían, por decirlo así, en sus pequeñas embarcaciones. Los calibuganes mestizos de moro y subano conocían la escritura; tenían sus sacerdotes o shalips, y moraban, en saliendo de Curúan, a la entrada del seno; no comían cerdo; su lenguaje era el subano; habitaban en los pueblos de Vitali, Taguiti, Tigbao, Bogcol, Tungao, Bangáan, Bagulíbud, Ligúan, Catulán, Tupílag y Lingatungan. Delante de Tigbao está la isla de Tumitus, poblada de yácanes. En Bangáan y Bagulíbud había sámales y calibuganes. A continuación de Lingatungan y en el mismo centro del seno comenzaban los subanos, cuyas poblaciones eran

Silingan, Surabay, Bulúan (en donde residía, como mandarín un español llamado Fuentevella), Caparan, Labúan, Suluc, Sanitu, Bancalan, Calientana, Cabáuan y Bancau-Bancau o Mamagun; todos los cuales pueblos eran grandes. En Calientana vivían muchos moros procedentes de Joló. Mamagun era tierra de muchos y buenos caballos. Seguían los pueblos de Baus, Tabirag, Siey, Sibúgay y Culasían. En Sibúgay sólo había subanos y en los otros cuatro vivían mezclados illanos con subanos.

Por el extremo opuesto cierra el seno el pueblo de Pagalamatan, habitado sólo por illanos; otros de subanos, más numerosos y fáciles de convertir, existían en lo interior del monte y eran Tauay, Tuyub, Mapay y Lalabúan; seguían luego los calibuganes; pero los yácanes e illanos eran los más difíciles. El total de infieles, ascendería a la sazón a unos 60,000.

El día 30 de abril se embarcó el P. Joaquín Sancho para La Isabela con el señor brigadier Lacorte, su secretario don José Castro y el señor comandante de ingenieros de Zamboanga, don Vicente Mezquita. El referido brigadier había contribuido a conseguir, según se ha dicho, el indulto de Pedro Cuevas y sus compañeros de fuga del presidio de Zamboanga, y como supo que el P. Sancho y el P. Cavallería iban a visitarles, manifestó deseos de tomar parte en la expedición, y vino a ser el alma de ella. Salieron, pues, de Zamboanga el 30 de abril, y el primero de mayo, a las once de la mañana, llegaron a La Isabela, donde fueron agasajados por el gobernador, don José Jiménez, en cuya casa se hospedaron dichos tres señores; y a las tres de la tarde se dirigieron a Guibáuan y luego que hubieron visitado a Pedro Cuevas y vuelto a La Isabela, regresó el P. Sancho aquella misma tarde a Zamboanga por ser víspera del Patrocinio de San José, quedando el brigadier y comandantes aguardando un cañonero que les condujese a la capital de Mindanao.

Apenas había andado el Padre la tercera parte del trayecto, cuando se les descompuso la máquina de la lancha de vapor en que iban; sin haber quien entendiese en la recomposición, ni instrumento con que hacerla, ni siquiera una llave para dar vueltas a una tuerca que se había aflojado, y dejaba escapar el vapor destinado a mover uno de los émbolos. Una hora de martilleo no bastó para apretar la tuerca; en el entretanto se les hizo de noche y se desencadenó una horrible tempestad; el agua caía a torrentes en medio de espantosos truenos y siniestros relámpagos. No bien había cesado el fragor de uno de los truenos, cuando estalló otro horrrisono en el fondo de la lancha: uno de los tubos de la caldera había reventado, dejándoles a todos envueltos en vapor y en extremo azorados. No sufrió, sin embargo, nada la lancha que en los pri-

meros momentos se creyó había sido hecha pedazos. Sobrepúsose el P. Sancho a los ayes y lamentos de varios tripulantes, y constituyéndose en autoridad, mandó al arráz que dejando la caldera izase las velas, con lo cual se prosiguió el viaje, pues el viento les era favorable; y minutos antes de media noche, llegaron a Zamboanga.

El P. Cavallería acababa de levantar en Gibáuan una iglesita de veinte varas de largo por ocho de ancho, que inauguró el día de San Pedro, su titular. Eran ya cinco los compañeros de Pedro que, imitándole, habían conquistado para el bautismo a sus concubinas moras, después de bautizadas, casándose con ellas.

A principios de julio se presentó Pedro Cuevas en Zamboanga con una escolta de treinta y tantos moros armados de bolos y crises. Estaba a la sazón el brigadier Serriñá en Cotabato. Aguárdole Pedro tres días, comiendo con su gente en la casa-misión, retirándose al anochecer a sus embarcaciones; mas, como el brigadier no llegase, ni aun para el día de correo, contra lo que había ofrecido al partir; tuvo que regresar con los suyos a Guibáuan, sin saludar a la primera autoridad de Mindanao.

Los subanos que antes de ser bautizados se habían remontado a Siocon, cansados de las vejaciones de los moros, que los robaban, cautivaban y asesinaban, volvieron a principios de mayo de 1884, estableciéndose esta vez entre Latap y Baricacas. El primero que se radicó en Baricacas fue el Timuay Tata con su gente y en Latap sentó sus reales el Timuay Si-Gumanti. Visitólos el P. March sosteniendo larga vichara con el Tanquiling Umbilinguin, el de más influjo de la ranchería. Tocó la embarcación del Padre en Batolampon, Patalong, Labúan y Latap. Hallábase situado este último en el fondo de una ensenada, junto a un río, en cuya bocana habían colocado los subanos la mesita o *Palanca*, sobre la cual tenían puesta una olla microscópica llena de *gasí* para ahuyentar a los duendes de estatura agigantada que viven, según ellos, en los montecitos de tierra que forma el *anay*, dañando a los enfermos y atajando a los transeúntes. Creen también en el *Patianay*, que es un hombre que, tomado en brazos, parece un hermoso niño; y si se le tira se convierte en gusano, del cual han de guardarse mucho las mujeres que están en cinta. Al levantar sus casas suelen los subanos colocar una fruta de coco lleno de líquido; y si éste no suena al día siguiente, señal es de que los malignos espíritus al pasar se lo han bebido y abandonan su proyecto de edificar en aquel lugar.

Al desembarcar el P. March en Latap, salióle a recibir Gumanti y le invitó a subir a su palacio, que era la copa de un árbol secular, cuyas ramas cor-



pulentas sostenían el piso y pasaban en varias direcciones por dentro de la casa, para sostener las paredes y el techo. Todas las demás casas eran de parecida construcción. En la de Gumanti se amontonó la gente hasta el punto que se temió se les hundiese el piso. Terminada la conferencia les hizo el Padre varios regalitos; tomó pie de las vejaciones de los moros, que le habían referido, para cotejar el gobierno de los datos con el de las autoridades españolas; y se embarcó de nuevo para Ayala, dejando entre los pobres subanos pedazo del corazón.

Constituían éstos un grupo de tres o cuatrocientos infieles que se presentaron en demanda de protección; porque habían sido sorprendidos muchos de ellos en los bosques próximos a la bahía de Siocon por piratas joloanos, quienes mataron a unos, inutilizaron a otros y pusieron en fuga a los demás. Un tal Ignacio, que había sido bautizado años antes por uno de nuestros misioneros y chapurraba el castellano, sirvió de intérprete al P. March para comunicarse con los demás. Proyectaron los Padres formar con ellos un pueblo agrícola, apartándolos de la costa cuanto fuera posible, sin alejarlos demasiado de Ayala. Comunicó el P. Sancho este proyecto con el brigadier Seriná, a quien pareció todo muy bien y los visitó luego acompañado del gobernador del distrito don Faustino Villa-Abrille, del intérprete don Alejo Alvarez y del misionero de Ayala P. Estanislao March. Entre visitas y conferencias con los subanos transcurrieron los meses de julio, agosto y septiembre, a principios del cual se señaló el sitio donde se había de levantar el pueblo; eligiéronse justicias; se les dio orden de trasladarse al punto señalado; y puestos de acuerdo los Padres con el gobernador, resolvieron trasladarse a Ayala el 5 de octubre, para inspeccionar la comarca de Lubugan, que no reunió las condiciones necesarias para pueblo; porque el torrente que daba nombre a la comarca, no era río de aguas permanentes. Se pensó entonces en la comarca de Busugan, de la cual tenían mejores noticias; y tres días después partieron de Ayala doce hombres a la desembocadura del Busugan; abrieron camino en el bosque desde la playa hasta la falda de una gran montaña, siguiendo siempre la margen izquierda del río. Este camino lo recorrió el P. Sancho el día siguiente y pudo observar, que la tierra era feracísima, el agua abundante, limpia y relativamente fresca; la planicie extensa y regable; los montes elevados y vestidos de exuberante vegetación.

Subió dicho Padre a una linda meseta situada a 240 metros sobre el nivel del mar; recorríola en varias direcciones, y a pesar de la serenidad del cielo no llegó a herirle un solo rayo de sol. Respiraba allí agradablemente y se enteraba de las muchas maderas preciosas de construcción que enriquecían la

montaña: molave; narra, tñdalo, ípil, cubí, guísog, etc. Tan prendado quedó del lugar donde debía establecerse la nueva reducción, que mandó a uno de los guías a una ranchería de moros, distante media legua de aquel punto, para que volviese con seis u ocho de ellos, y en menos de cuatro horas despejaron un cuadrilongo de cuarenta metros de largo por veinte de ancho; hízoles construir una cruz de seis metros de alto y levantarla hacia la parte superior del solar de la futura iglesia; e invitándoles luego a tomar un pequeño refrigerio, satisfízoles su trabajo religiosamente.

El 10 convocó a los subanos a fin de que se hallasen el 13 de madrugada en Ayala, para la elección de gobernadorcillo y demás autoridades. Nadie faltó a la cita: los subanos llegaron el 12 por la tarde; el señor gobernador por mar y el P. March con don Alejo Alvarez por tierra el 13 muy temprano. A las diez de la mañana había ya concluido el acto en la casa-misión; se les ordenó trasladarse a Busugan luego de recogida la cosecha de palay, y así lo prometieron, y desde entonces quedóse el P. March dueño del campo. Al mismo tiempo recibieron una carta del P. Hermenegildo Jacas, en que les manifestaba los deseos de los católicos de Reus de que se pusiera el nombre de su ciudad a uno de los pueblos de cristianos nuevos de Mindanao, ofreciendo en cambio limosnas de ropas, de las cuales mandaban ya por vía de presente una buena caja y una preciosa imagen de Nuestra Señora de Misericordia.

A pesar de comenzar esta fundación tan a la empopada, no dejó de traslucir el P. Sancho sus temores de que virase luego el viento por la proa, y así se lo significó al Rdo. P. Ricart en 30 de octubre de 1884 con estas palabras: «Tengo presentimientos de que la reunión de estos subanos formando pueblo ha de costarnos muchos suspiros, muchos sinsabores, muy malos ratos; porque los veo tan llenos de supersticiones, tan inclinados a vivir solos e independientes unos de otros y tan dispuestos a levantar el vuelo y tornar a sus bosques el día en que sea preciso torcerles un poco la voluntad; que no acabo de alegrarme, ni de confiar en verlos formando un pueblo cristiano, laborioso, tranquilo y bien gobernado; que es lo que intentamos».

Y a la verdad, que todas estas dificultades juntas hubieran sido más fáciles de vencer que las que luego padecieron, tanto por la oposición de un cacique, cuanto por la vecindad de la colonia de San Ramón, que les fue a los subanos tan funesta, como en su lugar veremos.

Entre los recién llegados había un tal Amable, que deseaba acompañar al P. March en una expedición a Bulúan. Eran varios los pueblos interiores formados sin orden ni concierto, a lo subano. En Coronado, que más tarde se llamó Peñaplata, había muchos subanos que desde Siocon, como centro de

residencia del misionero, se hubieran podido catequizar y vigilar; los cuales, según le dijo don Alejo Alvarez, ascendían a más de veinte mil los que dependerían de aquella misión; razón por la cual, lleno de entusiasmo, exclamaba el P. March al Rdo. P. Superior de la misión: «Abramos la antigua residencia de Siocon *ecce ego, mitte me*. «Aquí estoy, envíame» y el círculo de nuestro ministerio se ensanchará. P. Superior: demos un golpe de mano a Siocon; puede V. R. mandarme como explorador, no me faltará gente que querrá seguirme, y con la bendición de la santa obediencia podré besar las huellas ensangrentadas de nuestro último mártir. El H. Coma me seguirá también, y aquí en Ayala podrá quedar un Padre aunque fuese nuevo... Ábrase Siocon como base de operaciones y muramos en la brecha, llevando por trofeo de nuestra victoria un ejército de hijos de Dios, arrancados al imperio de Satán».

Al H. Coma, enfermo ya de mucho tiempo, se lo llevó el Señor para sí, el último día de este año en Manila a las siete de la tarde, recibidos los santos sacramentos, a la edad de sesenta años, veintiocho de Compañía y quince de misión en Filipinas.

Estableciéronse los subanos en Miluso al N. de Busugan, corriéndose desde la bocana del río Patalong, que da nombre a la punta, hasta Baricacas. Allí se empezó a desbrozar el terreno de la Nueva Reus.

El P. March, destinado a impulsarla, se trasladaba a ella desde Ayala a caballo por la playa en tres horas y se acomodaba sobre el verde césped, por no tener casa donde refugiarse. Con todo, los subanos le aparejaron un banco de dos metros de largo y medio de ancho con su respaldo, y este mueble le servía de mesa para comer, cama para dormir y sofá para sentarse, con la especialidad de hallarse cobijado debajo de un pabellón formado por las espesas ramas de un árbol secular, que le defendía de los ardientes rayos del sol.

Como los subanos eran pobres y habían perdido la cosecha, el señor brigadier les regaló una cantidad no despreciable para comprar palay, que con otra del P. Sancho, les distribuía por sí mismo el P. March en pequeñas dosis, para utilizarlas mejor.

Entre estos subanos, había uno llamado Tanquiling, de quien creían a pies juntillas que andaba sobre las olas del mar y conversaba con el diuata. El origen de tales embaimientos se debió a que en cierta junta de subanos les había mostrado un hermoso ejemplar de cuarzo cristalizado, que halló en Siocon; asegurándoles que había bajado del cielo: y al preguntarle uno de ellos ¿qué quería el diuata con aquella piedra? le respondió: que hiciesen pueblo en Miluso y no estuviesen sujetos a los moros sino a los españoles y a su gobierno, que les tratarían como a hijos y no como a esclavos.

Quiso en esta ocasión el Tanquilíng entregar un hijo suyo al Padre para que lo bautizase; empero, el misionero le dio largas, y aguardó mejores tiempos en que, convertido de veras el taimado viejo, pudiese bautizarse con toda su familia; sujetándole antes a prueba, no fuera que le saliese después con otro engaño parecido al de los subanos.

Hablando entre éstos, apuntaba el Padre las palabras que no entendía y su equivalente en español, y con este repertorio se formó luego un regular vocabulario.

En Nueva Reus cubrió la iglesia y catequizó a más de cuatrocientos subanos, que empezaron a edificar sus viviendas alrededor de ella.

En 1885 se celebró en Zamboanga la novena y fiesta del Sagrado Corazón de Jesús con mucho esplendor y concurso de fieles, distinguiéndose por su número los hombres, tanto en la comunión general como en la procesión. A consecuencia de tan feliz resultado, formó el Padre en esta villa la Asociación del Apostolado de la Oración.

La fiesta patronal de La Isabela y su novena estuvo también lucidísima y muy concurrida, porque tanto el gobernador como los contadores, interventores, marinos y oficiales del fuerte, fueron constantes en su asistencia; escuchando con atención edificante al orador. Hubo comunión de niños y niñas muy devota el día 14 de noviembre y el 15, de adultos. Tenían además muy buen maestro procedente de la Escuela Normal, exacto en el cumplimiento de sus deberes y de ejemplar conducta. Mas los edificios de las escuelas de niñas de La Isabela y de Zamboanga, estaban por empezar, por falta de fondos en la administración. Con respecto a la última; díjole el brigadier Seriniá al P. Sancho, que había pedido fondos a Manila para ese y otros proyectos aprobados; que la escuela se haría sin tardanza, por su cuenta; y de contado le ofreció de su bolsillo para la maestra de Nueva Reus, seis pesos mensuales, mientras se los alcanzaba del gobierno por vía de asignación; y así desde principios de noviembre de 1885 comenzó la escuela a funcionar y a vivir la maestra en casa propia.

La veleidad de los subanos en no resolverse de una vez a fijarse en punto determinado, neutralizó en gran parte los esfuerzos del misionero. Suplicaron, pues, al P. March, que sirviese de intercesor ante las autoridades, a fin de que no se les obligase a establecerse en Nueva Reus; porque preferían abrir el lugar de su futura población dentro de una selva virgen, a tener que bregar todos los días con el cogon, que les retoñaba con más fuerza y entorpecía las plantaciones. Las autoridades, empero, no se dejaron doblegar en esta ocasión: el P. Sancho se encargó de matar el cogon, el señor brigadier de darles nipa, etc.;



y con órdenes apremiantes de abrir cainines o sementeras y levantar casas, persistiendo en la misma idea, sacaron esta vez a flote la población. Entonces el Umbilinguin pidió al P. March que se hiciese constar sobre el bronce que S. M. eximía a los que se bautizasen, de toda contribución; que a los que permaneciesen infieles se les obligase al pago del vasallaje y que las tierras que cultivasen fuesen suyas en propiedad y pudiesen legarlas a sus hijos. Respondióles el Padre que le trajesen un «Tálam» (1) y esculpiría en él la sustancia del decreto de exención y el de la propiedad que el gobierno les concedía de los terrenos por ellos ocupados, quedando con la promesa de regresar dentro de cinco días, para saber si se conformaban los subanos con lo que él pretendía.

El día 13 de noviembre de 1885 bautizó el misionero a un subano de veinticinco años, casándolo inmediatamente con una nueva cristiana viuda, calibugán, y al día siguiente bautizó al hijo de su difunto marido. Hallábase éste en poder de su abuelo que no quería se bautizase; pues decía que a la madre le bastaban las hijas y que como abuelo quería el hijo para sí. Estando en lo más recio de su terquedad fue un día al convento, y observando el P. March que tenía muy crecidos los pelos del bigote y de la perilla, subió a su aposento y ofreció unas tijeras al nietecito, para que a presencia del misionero se los cortase. Concluída la operación a satisfacción de todos, le regaló el Padre las tijeras. Ablandósele entonces al abuelito el corazón, y permitió que su nieto se bautizase y quiso él luego asimismo ser bautizado. Bautizó también otra familia compuesta de seis individuos; y aseguró Umbilinguin a su regreso al Padre, que todos los subanos de la nueva reducción se harían cristianos.

A mediados de abril de 1886, el Rdo. Superior de la misión, recorrió todos los pueblos y visitas de la residencia; vio con gusto la reducción de subanos de Nueva Reus; el celo y buen modo del P. March; y lamentó, que por su avanzada edad no pudiese aprender con perfección el subano, por ser muy grande el campo que se le ofrecía en una y otra costa, partiendo de Zamboanga, para trabajar con éxito en la reducción de subanos y calibuganes.

La de Guibáuan era otro gran campo que requería virtud y fuerzas; porque además del pequeño grupo de los compañeros de Pedro Cuevas, residían en dicha isla millares de moros yácanes, en gran parte vasallos suyos.

Dejó pues encargado al P. Sancho que procurase extender los límites de la misión por ambas costas. Había ya hecho este Padre una excursión por la del

---

(1) Bandeja redonda y de mucho diámetro, de que usan los moros para obsequiar con arroz a los amigos.

NO. hasta el puerto de Santa María, donde existía un destacamento; hallándola demasiado montuosa y poco a propósito para formar pueblos. Descubrió, sin embargo, a uno y otro lado del caudaloso Siocon inmensas planicies; pero en todas ellas no había más que unas cincuenta familias de moros muy pobres, por ser muy propensas a calenturas.

Otra expedición llevó a cabo el P. Sancho en la costa oriental de Zamboanga, con el P. Cavallería. Embarcáronse el 4 de julio en una banca tripulada por ocho remeros con dirección a Manicahan, y a las dos de la tarde del 6 llegaron a Tupílak. Al desembarcar, despachó el Padre un subano al mandarín de Bulúan D. Mateo Fuentebella y al tercer día se presentó, ofreciendo reunir en Bulúan a todos los caciques si querían los misioneros llegarse hasta aquel punto; aceptaron éstos y les cumplió la promesa.

Cinco días pasaron los Padres en Tupílak donde hallaron una llanura dos veces mayor que la de Zamboanga, que podía ser regada periódica y fácilmente por el río (poco menos caudaloso que el Tumaga), a la derecha del cual era el terreno muy accidentado y formado en su mayor parte por montecillos, colinas y otros con sus correspondientes valles poco profundos y excelentes para toda clase de plantaciones. A cinco minutos de distancia del mismo río se destacaba un monte de cincuenta a sesenta metros de elevación, cubierto de espeso bosque de tecas, situado en una meseta casi toda de roca viva. Levantóse allí en un día una capillita de diez varas de largo, cinco de ancho y otro tanto de alto. Como aquella no fue más que una visita de inspección, al salir los dos Padres de Bulúan, vistieron y emplazaron a los subanos para formar pueblo y bautizarlos, porque nadie se negó a recibir el santo bautismo.

Despidiéronse de ellos el sábado, 10, a media tarde, llegando de noche a la desembocadura del Bulúan y al amanecer saltaron en tierra y se dirigieron a la casa del mandarín, donde se reunieron seis caciques subanos, con varios de los suyos y casi todos los moros de las seis u ocho casas de que se componía la ranchería. Celebrado el santo sacrificio de la Misa, predicóles el P. Sancho, sirviéndose de dos intérpretes, uno subano y otro moro, que traducían a los oyentes cuanto les iba diciendo. «Pocas veces—dice éste—he predicado más a gusto ni a un auditorio más atento.» Siguieron las vicharas y los regalos; designaron el lugar donde se debía levantar la prometida capilla y regresaron a Zamboanga el 13 de julio a las seis de la tarde, después de parar en Manicaban lo preciso para celebrar, predicar, visitar las escuelas y el barrio contiguo de moros, con quienes se entendía el P. Cavallería. El brigadier aprobó la fundación de Tupílak y Bulúan ofreciendo a los misioneros toda protección y ordenó a Fuentebella que les ayudara en todo, que él recompensaría bien sus méritos,

dándole al despedirse un paquete de puros, con cuyo agasajo y los que recibió luego del Padre regresó a Bulúan: dispuesto a secundar sus proyectos. Prometióle asimismo el brigadier al P. Sancho alcanzar del excelentísimo señor capitán general la exención de tributo durante la vida, para los seis matrimonios de antiguos cristianos que fueran a establecerse como fundadores en la nueva reducción de Tupílak bajo las condiciones que dicho Padre les impusiera.

El 3 de septiembre salió de nuevo el P. Cavallería en una dalama para Tupílak y Bulúan, donde se le presentaron los timueys o mandarines subanos, con quienes habló largamente sobre la necesidad de recibir el santo bautismo para salvarse y las ventajas que les traería delante del Gobierno de S. M. El Timuey Too residente en Bulúan, dio el ejemplo a los demás recibiendo el santo bautismo él, su mujer, sus siete hijos y una esclava, que les fue administrado el día 14 por el P. Sancho, casándose luego tres parejas «in facie Ecclesiae». En Tupílak bautizó el P. Sancho cincuenta y un subanos, casándose ocho parejas inmediatamente después del bautismo.

Dentro de la octava del Sagrado Corazón de Jesús del año de 1886, emprendieron ambos Padres otra excursión y el mismo día de la octava se dedicó una capillita al Sagrado Corazón de Jesús en la comarca de infieles de Tupílak.

El 6 de septiembre repitió la expedición, el P. Cavallería para preparar a los que se habían mostrado deseosos del bautismo y formar parte del pueblo de Tupílak. El señor brigadier prestó al P. Sancho su lancha de vapor y en ella subió el 13 a Bulúan, y en tres días bautizaron setenta y tres infieles en su mayor parte adultos, entre los cuales se distinguió el Timuey Ito, que era el que más subanos tenía a sus órdenes. Otros tres mandarines entraron también en deseos de ser cristianos y convinieron en que iría el Padre a visitarles por enero, y ellos le aguardarían con los suyos en el alto Tupílak, o sea en Bacalan y en Sanito; pero el brigadier antes de partir para Cotabato encargó al P. Sancho, que hasta la terminación de la campaña nada hiciera en Tupílak, a fin de no provocar las incursiones de los moros en el seno de Sibuguey y que no le obligasen a distraer sus fuerzas del Pulañguí, porque hacia fines de noviembre de 1886, el dato Daculá había realizado una expedición con cuarenta moros armados por la costa de Sibuguey y exigido de muchos subanos y calibuganes cierta contribución de guerra, llegando hasta Bulúan y Tupílak y amenazando las visitas de Curúan y Bólong; a cuyo encuentro salió el señor gobernador de Zamboanga con dos cañones y ochenta hombres, y habiéndoles alcanzado, ofrecieron devolver las cantidades exigidas en las reducciones de Bulúan y Tupílak, que se consideraban de España; la primera, porque en ella residía un mandarín cristiano puesto por el Gobierno, y la segunda, porque

los misioneros fundaron allí un pueblo cristiano. Y sin más que prometer, que la semana siguiente acudirían a Zamboanga a someterse a España ante el señor brigadier; se les dejó ir en paz.

A fines de mayo de 1887 salió de nuevo el P. Sancho para Bulúan y Tuplak, de donde regresó a Zamboanga el 2 de junio, en el cañonero *Mindoro* con el P. Cavallería, que estaba allí desde mediados de mayo y en esta última visita se bautizaron ciento dos subanos y calibuganes, entre los cuales figuraba un timuey.

Estaban a la sazón aquellos subanos muy vejados por los datos moros, sin atreverse a negarles nada de cuanto les pedían. El P. Cavallería refiere haber conocido en Bulúan a un moro poseedor de una hermosa vinta; pidiósela el dato y se la entregó; díjole entonces el Padre: «¿Porqué no le decías que la necesitabas?» y el moro repuso, que si se la hubiera negado, tal vez hubiera mandado que le cortasen la cabeza. Y cuando veían ellos alguna cosa de valor, la exigían al dueño, diciéndole que aquellas cosas no debían tenerlas sino los datos.

La misma noche del 12 de abril de 1887, día en que se concluyó la espaciosa escuela de La Isabela, fue ésta incendiada y reducida a pavesas.

El 28 de mayo de 1887 visitó el P. Cavallería a los antiguos y nuevos cristianos de Guibáuan; comunicó con Pedro Cuevas la necesidad de establecer segura comunicación del otro lado del río con la iglesia, y prometió que haría construir un puente con este intento; proponíase además plantar en aquellos fértiles terrenos muchos cocos y caña dulce. En este tiempo decreció en gran manera la influencia del Tuan-Cherif, que expendía salvo-conductos, cobrando sus derechos; porque en virtud del decreto del Superior Gobierno de Manila de 24 de diciembre de 1886, quedó prohibido que ningún moro viajara sin salvo-conducto de los subalternos de Mindanao ó Joló, caducando por el mero hecho los del Tuan-Cherif Abubacal; el cual, fingiéndose amigo de los españoles, impedía con sus exhortaciones a los moros, que se hiciesen cristianos.

En la última visita que hizo el Padre a Guibáuan halló a un moro que llevaba pendiente del cuello un escrito de dicho cherif, y habiéndole preguntado el motivo, le respondió que aquel escrito le servía de anting-anting, o preservativo, para que no le hicieran daño las balas. Un buen tirador que lo oyó, le propuso, que si quería hacer la prueba, se colocase a buena distancia y él le tiraría, y si no le tocaba la bala, le daría diez pesos. Excusado es decir, que no quiso el moro probar fortuna.

El 23 de junio salió de nuevo el Padre para celebrar la fiesta de Guibáuan; mas al dejar la silanga y querer extender la vela, se colocaron de una banda los



bogadores y volcó la embarcación. Asiéronse el Padre y el H. Mateu que le acompañaba, fuertemente de la quilla, y lograron sentarse sobre ella. Transcurrido un buen rato de esta manera trataron los remeros, de utilizar la embarcación, empujándola como diestros nadadores con los pies, pudiendo de esta suerte recobrar la orilla, donde, al llegar, les cogió un recio chubasco, durante el cual rezaron el santo Rosario, y en el entretanto los bogadores volvieron la embarcación boca arriba, rompiendo las batangas y volviéndolas a armar con un bejuco, que afortunadamente les sacó del aprieto en que se hallaban; se embarcaron de nuevo y contra viento, lluvia y marejada, enteramente mojados y descalzos, llegaron a La Isabela a las diez de la noche. Lo único que pudieron salvar de aquel naufragio fue el altar portátil, por habérsele juntado al sentarse sobre la quilla; todo lo demás se perdió, incluso el crucifijo, que había regalado al Padre don Rafael Rivera.

A principios de 1887, contaba la visita de Nueva Reus cuatrocientos ochenta subanos, de los cuales ciento veinte eran cristianos, y proseguía siendo favorable el movimiento de conversión entre los demás, gracias a la benéfica intervención de la maestra que hablaba el subano como ellos.

Guibáuan contaba con veinticinco o treinta casas habitadas por moros y cristianos; y aunque éstos constituían ya la mayoría, la conversión era más lenta que en Reus; en cambio ofrecía más garantías de solidez y estabilidad.

Las visitas de Manicahán, Bólong y Bulúan iban creciendo, especialmente la primera, que aumentó mucho desde 1884, con ocasión de haber devorado un incendio el barrio viejo de la villa de Zamboanga.

Al regresar el P. Juan Ricart de Cotabato, noticioso de la grave enfermedad del P. Carreras, fue a Ayala con el P. Eusebio Barrado, a sacarle, trasladándole a Zamboanga en una lancha de vapor para poderle asistir esmeradamente, como lo hizo, en los diez o doce días que duró su dolencia, pasándose la mayor parte del tiempo a la cabecera de la cama del enfermo, que se hizo admirar de todos por su heroica paciencia y resignación y sobre todo por la generosidad con que supo hacer el sacrificio de su vida a Dios Nuestro Señor, el cual se dignó darle pruebas de haberle sido agradables los trabajos apostólicos del que nueve años hacía, estaba dedicado a su servicio en el Sur del Archipiélago.

Dios Nuestro Señor le reservó al Rdo. P. Superior el consuelo de recoger su último suspiro el día 11 de agosto de 1887, a la una de la noche, rodeado de ocho de los nuestros, edificados de sus excelentes virtudes, habiendo recibido a tiempo y con mucha devoción los santos sacramentos. Su muerte fue muy

sentida en Zamboanga; pues se acordaban de lo que había trabajado en tiempo del cólera. Después de algunos días se dirigió el Rdo. P. Superior de la misión a Ayala, donde le hicieron un funeral, al que concurrió mucha gente, confesando y comulgando gran parte de ella con el gobernadorcillo y principales a la cabeza. En sustitución del difunto Padre fue destinado a aquella misión el P. Cavallería y en lugar de éste enviado a La Isabela de Basilan el P. Foradada.



---

## CAPÍTULO XXXIX

**Limosnas de la Junta de Damas de Manila y su empleo en Tamontaca. — Estado de esta misión. — Excursiones del P. Bennásar. — El medio ambiente de la morisma en Río Grande. — Utilidad de los establecimientos de libertos. — Cólera y viruelas. — Creencias y prácticas supersticiosas de los tirurayes. — Nuevas excursiones. — Devolución de libertos. — Inconvenientes a la buena marcha de la misión. — Traslado al nuevo convento e iglesia de Tamontaca. — Defunción del P. Zarandona. — Pueblos civiles.**

LA obra del rescate de niños y niñas infieles y moros proseguía en Tamontaca pujante y vigorosa, merced a las limosnas de personas y asociaciones caritativas.

El 16 de diciembre de 1880, recibió el P. Juanmartí 600 pesos de la respetable Junta de damas de Manila a insinuación del Excmo. Sr. Arzobispo. Envío fue éste oportunísimo, porque desde algún tiempo a aquella parte se iban presentando varios moros, que pedían por caridad se les rescatase de la esclavitud del alma y del cuerpo en que se hallaban, con razones tan poderosas, que partían el corazón. Entre ellos se acogieron nueve familias moras y cuatro o cinco niños que se admitieron posteriormente, teniendo que despedir a otros por falta de recursos; uno de éstos fue un moro, cuya mujer e hijos habían sido cautivados por un dato. El mismo día en que recibió dicho Padre la limosna, resolvió emplear cincuenta pesos de ella para libertar a tres hermanos esclavizados por deuda de sus padres y rescatar a otros cuatro, dos niños y dos jóvenes moros; y escribía a los Padres misioneros, que aprovecharan las ocasiones que se les ofreciesen para ello, procurando moderación en el precio, a fin de que pudiesen extenderse los rescates a mayor número de personas necesitadas.

Durante el mismo año de 1880 se construyó una capilla al pie de los montes en que vivían los tirurayes, donde iba un misionero a celebrarles los domingos y fiestas, aprovechando la ocasión para instruirles. Hiciéronse dos o tres excursiones al interior con hartas fatigas y trabajos, logrando que bajasen doce o quince parejas a contraer el santo matrimonio, acogiendo en sus respectivos establecimientos, según su sexo, a los pretendientes infieles, para mejor instruirlos y prepararlos a la recepción del santo bautismo y subsiguiente matrimonio. Celebráronse asimismo otros diez matrimonios de entre los setenta y ocho libertos y cincuenta libertas, que residían a la sazón en dichos establecimientos. Con tales ejemplares a la vista, se iban los moros amansando, y aumentaban las pretensiones de los que querían formar parte de la nueva población.

La cosecha de este año fue por otra parte muy abundante y hubo de sobra para sustentar el establecimiento y remediar otras necesidades. Oponíanse, sin embargo, los datos tenazmente a que se agregasen sus súbditos a la población. Citaremos por vía de ejemplo, el caso de un matrimonio con tres hijos, que a pesar de intentar a todo trance avecindarse en ella, se lo negó rotundamente el Radja-Muda, porque le debían cincuenta pesos. Hablóle sobre ello con gran afabilidad el gobernador don Francisco García Carbonell; ofrecieron los Padres satisfacer la deuda al contado, pero todo fue inútil. En muchos casos como el presente no convenía romper lanzas con los datos y reyezuelos, y era preciso dejarles salir algunas veces con la suya, para que no se metiesen ellos con la misión; que si no hubiese sido por los magnates de la morisma, con mayor brevedad y facilidad se hubiera logrado la conversión en masa de aquellos infieles; pero eran factores inalineables por entonces; y si por el deseo de mayor bien se hubiesen lanzado nuestros misioneros acelerando el paso a la conquista, antes de que llegase a ser ésta una realidad, se hubiera deshecho precipitadamente la misión.

Por análogas razones creyó el P. Juanmartí prudente no admitir en Tamontaca a un dato de buen trato y condición, que se le ofrecía vivir allí; ya por no malquistarse con otros datos sus parientes, ya porque atendida la veleidad con que proceden, suelen ser solapadas sus palabras y fingidas sus promesas.

A este paso lento, que no era más que el paso de Dios, era preciso andar; porque ni contaban con recursos para aumentar los rescates, ni podían ceder sus libertos para formar núcleo de población en otros centros, como por ejemplo en Simuay, Libungan o Taviran. En la iglesia, sin embargo, donde se reunían niños y niñas para rezar y cantar, formaban un coro tan nutrido, que



enternece el corazón y movía a alabar a Dios, haciendo concebir bellísimas y muy halagüeñas esperanzas para el porvenir.

En el establecimiento de las niñas no se sabía qué admirar más, si la abnegación heroica y suma caridad de las religiosas que las dirigían, o la admirable transformación obrada en las niñas que tomaban a su cargo; pues las más de ellas procedentes de los moros, medio desnudas, toscas, ignorantes y llenas de enrevesados resabios, las creciditas, y si pequeñas, sucias y asquerosas; a los pocos días quedaban ya desconocidas y no tardaban en dejarse entender, y aprendían fácilmente las oraciones del cristiano; pues no les faltaba a los de esta raza disposición para acomodarse a la vida social y cristiana, y hasta se notaba en ellos más energía y capacidad que en los de las otras tribus indígenas circunvecinas. Ellas entendían en todos los quehaceres domésticos; cosían, lavaban y planchaban la ropa; leían y escribían; trabajaban en las sementeras para el plantío y corte del palay, al sol, a la lluvia y en el barro, siempre acompañadas por una de las Madres, que les servía de ángel tutelar; y en medio de estas faenas entonaban alegres sus cánticos religiosos con muy afinadas y armoniosas voces.

A los libertos casados, escribía el P. Juanmartí en 25 de enero de 1881, «no se les deja abandonados a sí mismos; pues así como se les mantiene y se les provee de lo necesario hasta que recojan la primera cosecha, fruto de sus trabajos; así también se tiene de ellos cuidado y vigilancia paternal para que conserven las costumbres de buenos cristianos y salgan honrados y laboriosos padres de familia. Tenemos que ir al campo para ver sus trabajos y dirigirlos en ellos, así en las labores como en el trazado y construcción de caminos y canales y para la recolección de los frutos; cuidamos que tengan viviendas acomodadas a sus necesidades y que no anden en juegos, ni en demasiados paseos fuera de los pueblos cristianos. Ambas cosas exigen mucha abnegación, atención y cuidado, tanto en formarlos cuando vienen y disponerlos para lo que han de ser después, como en dirigirlos y hacer que prosigan por el buen camino, cuando ya están casados».

En Polloc atendía el P. Roselló a los ministerios parroquiales y a activar la construcción de las escuelas; en Cotabato cuidaba el P. Beá de la de los niños que, aunque le ejercitaron la paciencia, obtuvo se instruyesen y asistiesen a las funciones de la iglesia y se apartasen de malas compañías, juegos y travesuras callejeras. Logró construir la iglesia y que se le otorgase algún subsidio para la conservación y fomento del culto divino; acompañó al señor gobernador y a varios españoles en una expedición pacífica, hecha a los moros de Bohayan, donde fueron muy bien recibidos por el dato Utto en su

misma casa, quien devolvió luego su visita con aparatoso acompañamiento.

A principios de 1882, ascendían los libertos a ochenta y las niñas a más de cincuenta. Fueron visitados por el Rdo. P. Superior de la misión y el P. Faura; pareciéndoles dicho establecimiento muy conforme al Instituto por su analogía con los colegios y a la vez muy oportuno y providencial, el que se fuese formando una especie de granja modelo que, convertida en escuela agrícola con hacienda capaz para sostenerla, la cultivasen como propia de la Compañía, para la conservación de aquella importantísima obra. En esta ocasión resolvió el P. Superior que se procediese a la impresión de dos catecismos, uno en lengua mora y otro en tiruray, y presidió los exámenes de ambos establecimientos, quedando satisfecho del resultado.

El P. Bennásar visitó dos veces a los cristianos de la ranchería tiruray del Masalicampo. Otra tercera expedición emprendió a los de la misma tribu. Por la tarde del 27 de febrero de 1882, fue a pasar la noche en Siáuan acompañado de dos libertos y tres tirurayes, que llevaban el altar portátil y las provisiones para la expedición. El 28, después de celebrar el santo sacrificio de la Misa se internó en el barranco de Limay, y entró en la espaciosa llanura de Lubungan, donde hallaron una sola casa al pie de los cerros de Berungonon. La capilla había desaparecido sin quedar más señal que los cuatro arigues de ella y la gente vivía dispersa por los montes vecinos. De allí salió el Padre para Bucú y a las doce, se hospedó en otra casa muy grande del infiel Salíling donde vivían siete familias, dos de ellas cristianas. Salíling manifestó deseos de vivir cerca de Tamontaca, porque donde moraba se lo robaban todo los moros. Emplearon la tarde en construir una capillita sobre pequeña altura y al día siguiente asistieron al *Sambayán* cristiano para oír misa. Al regreso, pasando de Bucú a Berungonon, subió el Padre a una casa de cristianos y al poner el pie en el segundo peldaño de la escalera se rompió y cayó, sin recibir herida alguna de importancia. Al verle todos desde arriba le estuvieron mirando como espantados sin moverse. Callóse por entonces el Padre, mas al descansar en una áspera subida de Berungonon les dijo: «Qué compañeros traigo yo; me ven caído y ninguno baja a auxiliarme.» A esto respondió Rufino, hijo del Bandarra Ambrosio con su natural franqueza: «Ah, mucho miedo nosotros cuando caído el Padre, y seguro que si el Padre muere del caída todos nosotros escapar al monte». «Pero, ¿por qué?» «Porque cuando caer el moro en su casa, tiene *salá* (culpa) el tiruray; y si caer un poco no más, ya pagar diez pesos; si un poco más, veinte pesos y seguro que el caída de Padre cuarenta pesos o dos esclavos; y si malo el moro matar todos del casa». El Bandarra falleció el mismo año, heredando Rufino su dignidad.

El 1.º de marzo pernoctó el P. Bennásar en Berungonon, donde vio a casi todos los cristianos de la ranchería, y pasando por las de Butor y Limay llegó a Tamontaca el día 2 al anochecer.

La fiera y dureza de los moros adolecía del medio ambiente en que vivían y de la organización social que entre ellos predominaba; porque los datos eran dueños absolutos y árbitros, como quien dice, de vida y muerte; y los panditas admitían la poligamia y eran partidarios de la esclavitud. El celo del misionero, por consiguiente, había de prescindir de la aristocracia y emplearse principalmente entre los pobres y esclavos a fin de formar con ellos una generación más levantada y cristiana, sobria, laboriosa y súbdita de España.

La superstición y el fanatismo de la secta musulmana ciega a su partidarios, para no ver la verdad de nuestra sagrada religión y aun a los infieles que tratan con los moros se les pega algo de ellos, y si el misionero no puede arrancarles de esa masa corrompida de vicios y errores y trasplantarles en tierra fértil y segura, de poco les sirve la predicación. Esto lo conseguirá por medio del rescate, haciéndoles vivir en verdadera sociedad doméstica y civil, la que no existía entre los moros, porque las mujeres estaban postergadas, sin dignidad ni decoro, y los hijos vivían sin amor a sus padres.

Los establecimientos de libertos abrieron por lo tanto brecha muy grande en la morisma del centro de Mindanao, haciendo que se levantase entre los moros la enseña de Jesucristo, que los libertos empuñaban con tesón y defendían valerosamente, y los misioneros vivían tranquilos y respetados ante aquellas tribus numerosas de sectarios de Mahoma. Sólo experimentándolo de cerca se podía debidamente apreciar cuánto importaba, para anular las falsas preocupaciones y fiera de moros y gentiles, haber educado tantos niños y niñas en los referidos establecimientos, porque al cotejar ellos por sí mismos la enorme diferencia que existía entre un niño educado a lo cristiano y otro modelado a lo moro, quedaban asombrados del cambio obrado en la inteligencia, en el corazón y en el modo de proceder de los libertos, concibiendo grande estima y veneración de la religión cristiana obradora de tanta maravilla.

Y esta fue la razón por la cual los datos y panditas, que antes aborrecían nuestro trato, se preciaban ya en la actualidad de poder visitar y conferenciar con los Padres a quienes trataban con confianza, consultaban sus asuntos, pedíanles remedios para sus enfermedades y guardaban grandes consideraciones a los libertos y así se iban allanando cada vez más las dificultades, ganándose para Dios algunas familias atraídas y convertidas por este medio.

A fines de octubre de este año invadió el cólera algunas rancherías de

moros, que moraban entre Cotabato y Polloc, causándoles más de doscientas víctimas y propagándose inmediatamente de un modo alarmante por la cuenca del Pulañgui. Consideraron los moros esta enfermedad como castigo de Dios por haber dado muerte a un turista extranjero, apoderándose de lo que llevaba.

A mediados de noviembre el Radja-Muda Mammintang avisó a los Padres de Tamontaca que se había declarado la epidemia en la boca del brazo Sur de Mindanao; el 10 de diciembre visitó el funesto huésped nuestra misión, llevándose hasta el 9 de febrero, en que se cantó el *Te Deum*, treinta y seis individuos. De las rancherías moras del brazo Sur, en la de Lasedan perecieron más de cien moros y en la de Lara y otras inmediatas unos cincuenta, entre los cuales se contaron el dato Amirol y el referido Mammintang, Radja-Muda del centro de Mindanao. Corrióse finalmente la epidemia hacia Taviran, Talayan y Bohayan y por la costa austral hacia Tran y Cran, camino de Dávao.

El pánico que se apoderó de los niños del establecimiento y vecinos de la población fue indescriptible; pero de saludables consecuencias. Cuando después del examen, iba el P. Bennásar a visitar los dormitorios, siempre encontraba algunos de rodillas por los rincones y no pocos se confesaron. Cierta noche mientras, según costumbre, estaban rezando el rosario en el coro, trajeron en hamaca un atacado de la casa nueva donde el P. Superior residía con los mayores. Acabado el rosario se dirigieron todos a verle, siguiendo el Padre tras ellos. Uno al llegar, miró al doliente, que estaba revolcándose y gimiendo, y luego volviéndose al misionero le dijo en voz baja: «Bueno, yo confesar mañana, Padre». Y en efecto, a la mañana siguiente, escribía éste, vino a confesar y comulgar acompañado de ocho. Otro tanto hicieron las niñas y gente del pueblo. No fue esto motivo para que se apartaran de los atacados, antes al contrario, tal era el deseo que tenían de asistirles, que fue preciso poner turnos y a veces reñir a los que no estaban señalados; porque a cada instante se iban a ellos sin necesidad, y aun los que vivían en la casa nueva, pedían permiso a cada momento al P. Juanmartí para ir a visitarlos. Las religiosas que cuidaban de las niñas se portaron con ellas como verdaderas heroínas; lo mismo el H. Pérez respecto de los niños y un par de viejos deportados de muy buenas costumbres, que fueron el ejemplo de los nuevos cristianos, sacrificándose en pro de los enfermos, consolándoles, curándoles y asistiéndoles, no sólo a los libertos sino también a los vecinos que se hallaban en trance apurado. En toda la misión sirvieron los Padres de médicos, farmacéuticos y enfermeros. No disminuyó por este motivo el personal de niños y niñas en ambos establecimientos; porque se remitieron a ellos muchos, que a consecuencia del cólera habían quedado huérfanos de padre y madre en Zamboanga; los cuales, junto



con los libertos, ascendieron después del contagio a ochenta niños y cincuenta y cinco niñas de varias tribus, edades y condiciones.

El 4 de febrero de 1883 se cantó el *Te Deum* en todas las casas de la misión en acción de gracias por la desaparición del cólera, y acto continuo el señor gobernador declaró libre la comunicación de Cotabato con Tamontaca.

«Parece—escribía en igual fecha el P. Bennásar al P. Ricart—que el Corazón de Jesús no ha querido ceder a ningún otro la gloria de hacer desaparecer el cólera de entre nosotros; pues sólo cuando acudimos a él con una novena y la promesa de dedicarle todos los años una fiesta; cesó de hacer víctimas dicha enfermedad.» Celebróse la fiesta el 2 de febrero y primer viernes de mes, tomando parte en ella los nuevos cristianos, ofreciendo dinero, palay y candelas, confesando y comulgando algunos y asistiendo todos con ternura y devoción a los actos religiosos que con tal motivo se celebraron.

Terminado el cólera aparecieron por mayo las viruelas, que sin producir el pánico del cólera, causaron a la misión casi doble número de víctimas. El de las defunciones solía ser los demás años en la misión de quince a veinte; mas en éste, se registraron sólo en el libro de óbitos de Tamontaca ciento treinta y cinco partidas. Una de estas fue la de la M. Brígida, mujer en extremo laboriosa y modelo de caridad para con sus Hermanas. Falleció el 23 de noviembre a las dos de la tarde. Otra fue también la de Tomás Gazul, el fervoroso cristiano que tanto había trabajado durante las dos epidemias antecedentes. En medio de su penosa enfermedad observó el P. Bennásar que tenía la cabeza reclinada sobre un madero, como acostumbraba hacerlo estando bueno, y mandó que le pusiesen en su lugar una almohada; mas él no quiso aceptarla y así exhaló su último suspiro. Otra, la de Javier Almonte, modelo de honradez y buenas costumbres.

Durante el período de las viruelas hicieron los Padres algunas pequeñas excursiones por los montes, y mientras el P. Superior con la excusa de las medicinas se introducía en las rancherías de los moros más cercanas, enviaba una porción de parvulillos al cielo bautizándoles *in articulo mortis*; el P. Bennásar pudo también bautizar en una colinita cerca de Tubarra, a una niña mora de dos años y enviarla al cielo, porque murió a la media hora de bautizada: asimismo bautizó a otra niña hija de una tiruray infiel, que accedió gustosa a que el Padre le administrase el agua del socorro en su última hora. En otra excursión halló en lo interior de los montes a una mujer de mediana edad, a quien una llaga asquerosa y fétida había invadido todo su costado y parte de la espalda, haciéndole guardar cama más de dos años: convino en bautizarse; instruyóla y murió con la gracia bautismal.

Creían los tirurayes que en Catequisen, donde se desprenden las aguas del río de este nombre por entre peñas, desde una altura de 60 a 70 metros, formando hermosa cascada; moraba algún duende o búsaó, y repugnaban acompañar al Padre por aquel punto. Obligados sin embargo a ello por el respeto que les inspiraba el misionero, mandó éste disparar la carabina que llevaba, a lo cual se negó el tiruray, diciéndole: *Entar en amue timbac-cú men-sovi falau betom*, que quiere decir: *De seguro que si disparo morimos todos*. Para desvanecer sus preocupaciones y temores disparó el Padre la carabina, diciéndole luego que el búsaó no estaba allí sino en sus cabezas, mas el tiruray que llevaba la carabina respondió: *I Fadi facay, i beguey da facay*. «El Padre puede, nosotros no podemos». En otra ocasión, de un grupo de treinta no halló un solo tiruray que quisiera acompañarle a una cueva, donde según ellos mora otro búsaó, y por más que se ofrecía el Padre a entrar en ella y matarlo si lo encontrase, se negaron rotundamente a ir con él. Y al preguntarles si habían visto el búsaó, respondieron que no, pero *berreg ido luques* «lo decían, los viejos».

En tres meses de cólera, cinco de viruelas y antes que éstas acabaran, otra remesa de cólera, murieron 22 niñas y 18 niños de los Colegios de libertos: buena cosecha para el cielo, tanto por la multitud de niños, como por la buena disposición con que murieron los demás.

A pesar de los esfuerzos de los Padres, la misión de los tirurayes no produjo el resultado apetecido como lo hubiera producido, si se les hubiera podido reducir a pueblos y hacerles labrar sus sementeras junto a ellos, abandonando sus hábitos de vida nómada y cerril. Con todo, algunos vivían en el llano en las inmediaciones de Tamontaca y subsistían las rancherías de Daynan, Siáuan, Auan, Sebucon, Líuay, Cabayagan, etc., que eran visitadas por los Padres y en el llano de Siáuan habían levantado casa y capilla, donde celebraban los domingos el santo sacrificio de la Misa para mayor comodidad de los nuevos cristianos.

A fines de enero de 1883 emprendió el P. Bennásar otra excursión hacia Lubungan y Bucú, abandonados el año precedente por los tirurayes a causa del miedo que les infundieron varios tulisanes deportados, desertores de Cota-bato, acaudillados por un tal Vázquez; quienes habían recorrido y talado la comarca, robando, matando y cometiendo toda clase de atropellos. El cabecilla fue asesinado por uno de sus compañeros; dos, cogidos por los soldados del destacamento de Tamontaca y los restantes, menos criminales, se habían presentado con anterioridad. El viaje del Padre resultó enteramente inútil, porque habiendo andado horas y horas, no tuvo la dicha de ver ni una sola persona.

Cerca de Bucú halló unas cuantas casas nuevas, y en sus alrededores mucho tabaco, camote, plátanos y maíz, pero sin rastro de gente; mas luego supo, que por haber fallecido allí tres coléricos, los demás se habían ausentado abandonándolo todo.

Hacia dicho Padre frecuentes excursiones hasta seis y siete o más leguas de distancia y se lamentaba de ver multitud de cristianos que, después de haber vivido algún tiempo junto a la misión, se habían vuelto al monte. Con tales excursiones tenía ocasión de tratarles, instruirles y aun confesar a los hombres en su misma casucha dentro del bosque. Usaba con ellos de mucha misericordia, porque con dificultad se desprendían de sus costumbres, y pecaban más por ignorancia que por malicia. Con frecuencia hallaba cristianos «casados a su manera» y casi siempre con infieles; «pero hasta la fecha, escribía en 7 de febrero de 1883 al Rdo. P. Provincial Juan Capell, no he encontrado quien se haya opuesto a casarse cristianamente, bautizando antes a él, o a la consorte, si es infiel.»

A los niños costaba encarrillarlos. «Aquí, añadía dicho Padre, se ve uno rodeado de una multitud de males, y muchas veces no hay más remedio, que cruzarse de manos y deplorarlos en silencio; pues cualquiera tentativa para quitarlos no sólo fuera inútil, sino a veces causa de mayores males. En los puntos donde hay castilas, se necesitan superiores de mucha prudencia y que sepan tragar mucha saliva y no todos son aptos para ello».

A principios de Cuaresma de este año se escaparon del establecimiento cuatro niños libertos, seducidos por los moros y alentados por tres o cuatro familias que habían desaparecido de la misión. Desesperando ya de recobrarlos recibió el P. Juanmartí un despacho del dato Utto anunciándole que todos habían ido a parar a la sultanía de Talacoco o Tumbao, y dos o tres días después envió el mismo Utto otro despacho urgente, determinándole el lugar a donde habían sido llevados. Envío el Padre dos moros en una banquita con carta para el sultán de Talacoco, diciéndole que como amigo esperaba que pronto los enviaría, ora embarcándolos en bancas escoltadas por los suyos, ora entregándolos al cañonero que en breve pasaría cerca de aquel punto. El señor gobernador por su parte le dirigió también un oficio que llevaron los del cañonero. Estas diligencias fueron eficacísimas, porque lo mismo fue ver, el sultán, fondeado frente a su casa el cañonero y recibir el oficio, que irse a bordo con todos los de su acompañamiento, accediendo a cuanto quiso el Padre; y merced a los buenos oficios del señor comandante del cañonero fueron devueltos aquel mismo día por los moros los cuatro libertos y conducidos a Tamontaca. El resultado de esta expedición fue provechosísimo, pues por lo

que pasó a estos niños, todos los demás pudieron apreciar la diferencia que media entre la dominación paternal de los misioneros y el yugo despótico de los datos de raza moruna.

La misión de Cotabato se componía de soldados, deportados, infieles y moros y cada una de estas clases ofrecía sus inconvenientes. Porque a los militares les dificultaban contraer el santo matrimonio, no otorgándoles licencia sino después de varios requisitos difíciles de llenar; y así varios de ellos, aunque deseaban recibir estado, no lo realizaban y vivían amancebados; los chinos se hallaban en análogas condiciones; los tirurayes eran más fáciles para bautizarse y arreglarse; mas, como vivían diseminados y errantes, casi cada año cambiaban de lugar y el Padre les podía ver muy raras veces; y estando lejos, eran casi como los infieles; los moros, si bien eran de raza más difícil, con todo, por haber perdido ya mucho de su fanatismo; cuando se bautizaban algunos, eran mucho más constantes que los tirurayes; sobre todo si después de estar bien instruídos en la fe y en la práctica de las costumbres cristianas, se instalaban en Tamontaca, formando con los demás población cristiana en medio de moros infieles.

A principios de septiembre visitó esta misión el Rdo. P. Juan Ricart, facultado para confirmar y girar la visita diocesana. Confirmáronse bastantes niños de españoles y los naturales de Cotabato, Polloc y Tamontaca.

Y aunque la misión prosperaba lentamente, gozó el Rdo. P. Superior al ver como el P. Juanmartí lo asentaba todo sobre sólidas bases.

Los Padres de Tamontaca se trasladaron a principios de 1884 al nuevo convento e iglesia, junto al río. En un sitio hermoso y despejado, llamado «La Manga», se instaló un trapiche de hierro para la fabricación del azúcar, en medio de un extenso cañadulzal a punto de ser cortado. Alojáronse también las niñas libertas en su nuevo edificio.

Favorecióles el Señor con los socorros de la Junta de Damas de Madrid que les habían remitido en dos veces por medio del P. Antonio Zarandona, Procurador general de las Misiones de Ultramar en la Corte, hasta dos mil quinientos pesos de limosna, con la cual pudieron los misioneros proseguir la obra, hacer rescates y ayudar a nueve o diez parejas que se habían enlazado aquel año con el indisoluble vínculo matrimonial.

Nació el P. Zarandona en Bilbao a 15 de junio de 1804; fue afiliado en la Compañía en Madrid el 1.º de julio de 1828; ordenado de sacerdote en Zaragoza el 20 de septiembre de 1834; hizo los votos de Coadjutor espiritual formado en 2 de febrero de 1839 y falleció en Madrid a 26 de septiembre del 1882. Entre otros de sus muchos merecimientos logró que se permitiese volver la Compañía expulsada,



a España y que se le concediesen varias casas de Real orden. Fue Superior de la residencia primaria de Madrid, Consultor y Procurador de provincia más de treinta años, socio y admonitor del R. P. Provincial. Desempeñando estos cargos fue preso un día y conducido al saladero sin indicarle el motivo y sin que él se perturbase. Mas habiendo circulado por Madrid esta nueva, púsose en movimiento el pueblo y la nobleza, y fue restituído el mismo día a su residencia en el carruaje del mismo señor gobernador civil de la capital. Muchísimo le debía la misión de Filipinas por haber intervenido con sumo empeño y acierto en sus asuntos, razón por la cual dispuso el Rdo. P. Superior, que en agradecimiento todos los Padres de ella aplicasen tres misas y los Hermanos las indulgencias de tres comuniones y tres partes de rosario por el eterno descanso de su alma, y el Provincial de Aragón mandó, que se le aplicasen los sufragios acostumbrados, como si fuera de nuestra provincia.

Respecto al estado de cada uno de los pueblos civiles de la misión de Río Grande, sólo diremos que al principiar este año residían en Cotabato el gobernador, la plana mayor del regimiento, un cañonero, ciento treinta chinos, moros, deportados, etc., y aunque aquello más se parecía por la confusión de lenguas a la torre de Babel o por la corrupción de las costumbres a una pequeña Babilonia; paulatinamente se iba logrando, que se casasen algunos amancebados y se bautizasen algunos moros y se instruyesen los niños y niñas en las escuelas. Mas como se habían éstas cerrado a causa de las epidemias, propuso el P. Beá al señor gobernador que se abriesen de nuevo, ofreciéndose a ser maestro para instruir a los niños, que muchos de ellos eran infieles, y y por este medio prepararlos mejor para la recepción del santo bautismo, y lo mismo, aunque en menor escala, acontecía en Polloc.

Esta población había decrecido mucho en pocos años y sólo contaba trescientas almas, distribuídas en dos cabecerías. Un solo cañonero estaba de ordinario fondeado en su hermoso y abrigado puerto. Tenía de dotación un teniente con treinta soldados, y algunos chinos sostenían la única tienda que allí estaba abierta. La Administración de hacienda pública había pasado a Cotabato con los pocos carabineros, que tenían antes su cuartelillo frente a la misma; el castillo, cuartel y sus pabellones yacían en ruinas; y las calles cubiertas de hierba. Quien hubiese visto Polloc en 1866 y 1871 con su mucha marina, su regimiento, coronel y plana mayor, su gobernador, alcalde y promotor fiscal y lo viese a fines de 1884; lo hubiera enteramente desconocido. Bastará decir que en cinco meses no hubo en Polloc defunción y en todo un año sólo se celebraron tres bautismos.

La iglesia y convento eran los únicos edificios buenos y sólidos que había

actualmente en el pueblo, razón por la cual cuando en enero de aquel año hizo aquí su modesta entrada el capitán general señor Jovellar, quedó agradablemente sorprendido al ver en medio de tanta hierba y maleza y entre las ruinas del terremoto de 1871 una iglesia tan sólida como bonita, con tres naves pintadas y blanqueadas, con su bonito y nuevo altar mayor levantado aquel mismo año y estrenado en la fiesta patronal el primer domingo de octubre. A su erección contribuyeron con su pequeño óbolo españoles e indios, marineros, soldados y chinos fieles e infieles. Hasta de Zamboanga y Cavite se recibieron limosnas; el alcalde de Cotabato dio ocho pesos y las madres del Beaterio de la Compañía de Manila regalaron un gran crucifijo y una Dolorosa.

En Cotabato se había edificado también recientemente iglesia y convento, y la nueva Tamontaca se había pasado al río grande a medio cuarto de hora del cuartel hacia la ranchería de Bánsil. Veíanse allí tres grandes edificios; una iglesia grande en construcción, algunas nuevas calles pobladas de libertos y cristianos; y al otro lado del río un gran calero para cimentar la nueva iglesia.

A fines de abril de 1885, habíanse ya levantado la mayor parte de los arigues de la iglesia sobre muro firme de cal y canto, con fuerte cadena de molave; los del centro se enderezaron sobre un pedestal de piedra y cal, con ladrillo alrededor y cadenas de molave que los sujetaban. Estábanse labrando los largueros y pilaretes, aserrando los marcos, crucetas, etc., y tenía-se preparada la teja; que era menester para cubrirla. Tanto ésta como la obra de carpintería estaban fabricadas por libertos dirigidos por Hermanos.

Como el terreno del otro lado del río era excelente y estaba perfectamente abonado y podía ser muy bien vigilado desde la casa-misión; se aprovechó para nuevas plantaciones de caña dulce.

Al inaugurar los libertos y libertas sus respectivas viviendas hicieron con mucha edificación y buen ejemplo los santos ejercicios; diéronse también en forma de misión a los vecinos del pueblo, para cumplir con la Iglesia; celebráronse con el mayor lucimiento posible las funciones de Semana Santa, Pascua, Corpus y Sagrado Corazón de Jesús, a quien se dedicaba todos los meses una función especial. Los libertos y libertas comulgaban por lo menos cada tres meses y el día del B. Pedro Claver, Patrono de aquellos establecimientos, lo celebraban todos los años con mucha devoción y alegría. La fiesta de la Inmaculada Concepción se celebró en éste con solemnidad nunca vista en aquella tierra, dándole mayor realce la presencia de los señores gobernador, alcalde y su señora, y jefes de las fuerzas de mar y tierra, que fueron recibidas con aplauso general del vecindario. Acudieron a ella gran número de moros y tiru-



IGLESIA Y CASA-MISIÓN DEL PUEBLO DE TAMONTACA



MERCADO DE MOROS Y TIRURAYES EN TAMONTACA





rayes de las cercanías, de suerte que la gente no cupo en la iglesia provisional, quedando muchos fuera y agrupados alrededor de ella con tal compostura, cual si fuesen cristianos viejos. La procesión estuvo concurridísima, con muchas salvas, contribuyendo la marina a su mayor realce y lucimiento. Ni faltaron tampoco honestas diversiones de juegos con alegría de todos.

A fines de abril bautizó el P. Juanmartí tres moros adultos, uno de los cuales era hermano de otro moro asesinado en el tianguí, que había mostrado siempre gran deseo de hacerse cristiano, aprendiendo muy bien las oraciones y recibiendo el santo bautismo con desmostraciones de grande alegría.

Recibiéronse en igual fecha los catecismos impresos en castellano y moro maguindanao, ahorrándose desde entonces los Padres el ímprobo trabajo de traslación, para la instrucción de las libertos; evitándose muchos yerros, que por precisión se habían de cometer. Este ha sido el primer libro que ha visto la luz pública en esta lengua.



---

## CAPÍTULO XL

**Ministerios del P. Urios y Terricabras en el alto Agusan. — Casos particulares de manobismo. — Labor evangélica de los PP. Canudas y Heras en el medio Agusan.—Exámenes en Talacogon.—Es elegido Manandón capitán de Guadalupe.—Celebración de fiestas en otros pueblecitos.—El cólera en Butúan y demás pueblos de la costa del seno. — Comportamiento heroico del P. Urios y del H. Navarro durante la epidemia.**

**A**L despedirse el P. Urios del Rdo. P. Superior de la misión, después del viaje que juntos hicieron por el Sálug y Tágum a Dávao y por las costas de Caraga y Catéel hasta Bíslig; se dirigió con el P. Terricabras al alto Agusan, a fin de proseguir la visita interrumpida de sus pueblos. Habiendo, pues, bautizado durante los meses de junio, julio y agosto de 1882 unos mil manobos; partía el corazón verlos en su mayor parte casi enteramente desnudos, sin tener un palmo de ropa con que cubrir lo más indispensable; y como las dos últimas cajas que se le habían remitido, no alcanzaron de mucho a satisfacer tanta necesidad y pobreza, rayana en la miseria; se vio obligado a comprar algunas piezas a los chinos para vestir a sus recién convertidos.

En este tiempo fundaron los Padres en Batoto el pueblo de Compostela, en donde bautizaron al dato Tumánduc y a muchos de sus sácope; y en Mánat, el del Pilar; en el que se hizo cristiano el dato Dilag con numerosos súbditos. Establecidos ambos pueblos se hacía expedito el camino desde Butúan por el interior hasta Dávao y se abría un nuevo campo de operaciones pobladísimo de manobos y mandayas. Empero, como casi siempre sucede en misiones, la mies era mucha y los operarios pocos.

Desde fines de 1880 se verificaba en los pueblos de Moncayo y de Gandía, lenta, aunque saludable transformación; porque como al principio dejaban mucho que desear en docilidad y constancia en la fe, se les había puesto en observación; mas luego vieron los misioneros que se había iniciado en ellos un movimiento de avance hacia la vía cristiana; porque aun los mismos manobos que

estaban sin bautizar habían establecido sus viviendas en dichos pueblos, juntándose a los cristianos para adoptar sus costumbres. Es de notar que los infieles de Moncayo eran en su mayoría hijos de los ya cristianos, y varios de los que moraban en dicho pueblo habían sido durante su manobismo grandes asesinos; mas luego que se bautizaban, deponían sus feroces caracteres y sometían sus querellas a la autoridad legítima del pueblo. Admirábase el P. Terrabras, la primera vez que los vio, de oír contar al P. Urios la historia de algunos que les fueron a besar las manos tan humildes y modestos, que cualquiera hubiera afirmado que jamás habían sido capaces de cometer la más mínima fechoría. Y a la verdad que era muy consolador ver cómo escuchaban atentos las pláticas del Padre y aprendían la doctrina cristiana y las oraciones de boca de los maestros, preparándose a maravilla para hacer una buena confesión. Y en verdad que tan extraordinaria mudanza, verificada en hombres antes tan desatinados y ahora tan juiciosos, no podía ser efecto sino de la diestra del Altísimo.

Después de confesados los cristianos, se dedicaron los misioneros a catequizar y preparar a los infieles, bautizando en cinco tandas doscientos cincuenta y tres manobos y casándose *in facie ecclesiae* treinta y tres parejas.

Terminada la visita de Moncayo pasaron a Gandía, cuyo pueblecito prometía mucho desde que se le juntaron los mandayas del suprimido Clavijo. Sobre su constancia bastará decir, que de los quinientos cristianos que moraban en él dos años había, sólo un viudo se había remontado; que la mayoría de sus vecinos tenían su casita en el pueblo y junto al mismo la sementera. No así los infieles que, por el mero hecho de no ser cristianos, se creían con derecho a proseguir en sus costumbres cerriles e independientes propias de los manobos de las selvas. Dedicáronse los misioneros a sacarlos del infeliz atolladero en que se hallaban atascados por su ignorancia y degradación, preparándoles para recibir dignamente el santo bautismo, y habiendo respondido al llamamiento, ingresaron en el gremio de la santa Iglesia, en ocho veces, por la puerta de este sacramento, trescientos diez manobos; bendiciendo a continuación los Padres treinta y dos casamientos.

Prepararon luego a niños y jóvenes hasta la edad de veinte años para la primera comunión, que se celebró el día de San Ignacio con asistencia del pueblo; bautizaron muchos hijos de cristianos, y se efectuaron dieciocho o veinte matrimonios, entre ellos el del maestro, con una recién bautizada, y de otra vieja cristiana con un conquista.

Durante este tiempo se fundó Compostela, en la confluencia del Batoto, con el Agusan, reducción compuesta de mandayas, mangulangas y mestizos

de manobos que vivían muy alejados. Hacía mucho tiempo que el P. Urios conocía a los datos de este grupo, y por falta de tiempo no se habían aplicado los misioneros a su reducción. Mas esta vez emplearon en ellos y en los del Pilar todo el mes de septiembre y la primera mitad de octubre, y como la gota de agua, que cayendo continuamente sobre dura piedra termina por gastarla y agujerearla; así les sucedió en esta ocasión a los Padres que después de quince días seguidos de vivir con ellos, comiendo y durmiendo en el suelo, y haciéndose manobos como ellos; lograron ganarles el corazón; arrancarles de la vida salvaje y reducirles a vida social y civil. Procuró luego conquistar a los datos Tumándug de Compostela y Dilag del Pilar, quienes fácilmente atrajeron a los demás, sacándoles de a uno y dos días de distancia de los lugares indicados y una vez reunidos, se efectuaron en siete tandas doscientos cincuenta y un bautismos y cincuenta y siete matrimonios; dándole por titular a Compostela Santiago Apóstol.

Con estas dos nuevas reducciones se facilitaba la comunicación del Agusan con Dávao y Caraga y se remataba dignamente la cúpula del edificio espiritual de la misión agusana.

La fundación del Pilar había sido en su principio muy accidentada; porque por intereses mezquinos les habían imbuído malas almas en mil falsos prejuicios contra los misioneros, razón por la cual huían de su presencia, creciendo después su audacia hasta tal punto, que algunos remontados se ofrecieron a asesinarles. Empero la Providencia veló para que no triunfasen las maquinaciones del enemigo. Porque ignorando el P. Urios lo que contra él intentaban los del Pilar, les expidió un despacho por el monte, para anunciarles que estuviesen preparados y sobre aviso, porque sabía, que antiguos enemigos suyos querían guerrearles a traición. Al entender, pues, los del Pilar, que lo que les había dicho el Padre era verdad; agradecidos, le descubrieron la traición que le tenían urdida. Abrazóles el Padre y les dio toda clase de seguridades para que no temiesen y por reparación, les exigió que formasen pueblo y le recibiesen cuando les visitase. Esto acontecía en febrero de 1881, y en octubre de 1882, habían ya recibido el santo bautismo sesenta familias catequizadas por él y se esperaba que a los dos años habría aumentado su número hasta quinientos, por ser Gandía el centro de los manobos y mandayas del Mánat y alto Sálug.

Contábase entre los nuevos reducidos el más fiero matón de la comarca que, sólo por matar, había matado a su propio hijo ya grandecito en ocasión que estaba bebido. Al sentirse el niño herido de muerte exclamó: «¿Padre mío, por qué haces tales cosas?» y el asesino enternecido le abrazó y sobre el rostro del



hijo rodaron amargas lágrimas del padre; pero, no pudo salvarle, porque le había acertado en el corazón. Al rendirse al misionero le dijo: que se reducía, para echar de raíz hábitos tan funestos y refrenar sus crueles resabios de manobismo.

El origen del Sálug se halla del otro lado de los montes del río Baobo, que desemboca en el Agusan; siendo por lo tanto más fácil a los misioneros del Agusan atender a la reducción de sus habitantes, que a los de Dávao; por estar la boca de aquel río distante ocho jornadas de su origen. En vista de esto, trabajaron los PP. Urios y Terricabras para conseguir que fueran a radicarse en el Pilar todos los de sus cercanías; aun cuando perteneciesen al Sálug y con el favor de Dios lo iban obteniendo; esperando reunir igualmente a los mangulangas, de los cuales se bautizó una ranchería, que vivió luego pacíficamente en el Pilar y era un grupo tan valiente que, sorprendidos por treinta mandayas infieles, tres de ellos bastaron para ponerlos en fuga, causándoles tres notables bajas, que fueron las de los tres jefes que dirigían la expedición; porque el dueño de la casita de los mangulangas se escondió detrás de la puerta y al acercársele el mandaya para intimarles la rendición, le arrojó la lanza y se la clavó en la cabeza dejándole muerto en el acto, y declarados los demás en fuga, fueron perseguidos, y muertos los otros dos.

Mientras duró la fundación de El Pilar vivieron casi siempre ambos misioneros en su baroto, a fin de que pudiesen construir los de la población sus propias viviendas, sirviéndoles de iglesia un pequeño cobertizo.

A mediados de noviembre celebró el P. Canudas la fiesta mayor en La Paz, donde estrenó su nueva iglesia de tabla bastante capaz; en Loreto le añadieron dos aposentos de tabla labrada y machimbrada, sin clavos, sierra ni martillo; administró aquel mes en Sagunto treinta y dos bautismos, veinte en La Paz y diez en Loreto.

En el río Casilayan cometieron los baganis tres asesinatos por orden del capitán Imbuta; mas, no se atrevieron a matar cristianos; porque teniendo a mano a un tal Margarito, se contentaron con quitarle las armas y dejarle atado en un árbol donde fue hallado; y desatado, se refugió con su mujer e hijos al pueblo de San Luis con otros muchos manobos del mismo río.

En Játiva se rebelaron dos datos cristianos Mántuc y Colás, ambos manobos, oriundos de los montes del Baobo que miran al Agusan, donde se halla el riachuelo Totoy, que cae a la banda opuesta de Játiva. A Mántuc le tenía perdido el apetito de la honra, que cifraba en matar gente, y sólo le faltaba cometer un asesinato para graduarse de bagani en la selva, y a Colás le cegaba la sensualidad. Ambos se declararon en fuga. Los PP. Urios y Terricabras les enviaron soldados: Mántuc se les presentó sumiso, negando tales intentos;

mas no así el otro, porque todos los esfuerzos que hicieron los Padres para reducirlo de nuevo, fueron inútiles; y no se pudo lograr sino que soltara los suyos y hasta su misma madre devolvió; con lo cual desapareció el recelo que infundía de rebelión contra el pueblo y dio esperanzas de que tarde o temprano se convertiría a buen camino. Entre los muchos bautismos y casamientos efectuados en Játiva, se realizó uno, que no había podido efectuarse hasta entonces; porque querían que el novio vengase la muerte de los padres de la novia: otra pareja pudo también arreglarse evitando una bacanal, en que se había de matar a cualquier infeliz, para que fuesen felices los consortes: lograron asimismo los misioneros reunir y bautizar a más de doscientos infieles dispersos en ocasión de cierta revuelta con efusión de sangre, que tuvo lugar en el río Buay y que se edificasen y restaurasen muchas casas en la nueva reducción, dándoles la forma que suelen tener las de los pueblos antiguos, y que se construyese casa-convento para su alojamiento.

Presentósele en cierta ocasión al P. Urios un dato de mucha historia diciéndole, que todos sus esfuerzos en reunir a sus sácope se frustraban por el miedo que tenían a ciertos monteses, que los habían amenazado de muerte. El Padre suspendió su juicio, hasta aclarar la cuestión en ocasión oportuna. Instóle el dato; tanto, que con sorpresa del misionero fue a encontrarle desde los confines de la misión al río Umayan, pidiéndole soldados; hasta que por fin se descolgó diciéndole, que él prometía atacarles y traerles con buenas maneras al pueblo con tal que se le diese permiso para armarles una zancadilla en son de guerra, a fin de que se entregasen a discreción y luego los pondría a donde el Padre determinase. Respondióle el P. Urios que se estuviese tranquilo en su pueblo y les dejase en paz; que él no tardaría en llegar allá y lo arreglaría todo conforme a razón. Llegó en efecto, celebró sus juntas con ellos y notó que andaban tan acordes, que era maravilla cogerles en flanco, hasta que uno se deslizó preguntando a otro si entre los que se trataba de atraer, estaba aquel cuya ruina habían ellos maquinado; le contestaron que sí y que también estaba el otro y el otro. A todo callaba el Padre, hasta que de improviso les dijo, que él tenía medios para hablar a uno de los monteses en cuestión, del grupo ausente, y era preciso explorar primero su voluntad, y según se presentasen las cosas, obraría en consecuencia. Presentóse el llamado con toda su ranchería, cuya historia era asaz desconsoladora, porque habiendo sido el grupo más floreciente y crecido de las orillas del alto Sálug, estaban reducidos a menos de la mitad y a la condición desesperada de estar siempre huyendo. En esta entrevista se descubrió, como el dato reclamante les había causado 234 bajas, y jurado exterminio completo. Despejada la incógnita, trocarónse los

papeles; porque los perseguidos empezaron a reclamar contra los que antes habían pedido justicia y guerra, pretextando querer perseguir a gente perturbadora. Gran trabajo tuvo el Padre misionero en esta ocasión para concertarles y ponerles en paz, concluido lo cual, colocó a los presentados en el grupo más parecido a ellos en genios y costumbres; y habiéndoles instruido en las verdades de nuestra santa Fe les bautizó a todos, para que gozara enteramente del botín, el único a quien de derecho pertenecía: Jesucristo Nuestro Señor.

Cuando ocurría entre manobos un asesinato, solían éstos vengarse matando, aunque fuesen perros y gatos, porque así se enturbiaba el negocio y si se hubiese escapado el asesino, lo buscasen los ofendidos por el mal que les causó. Legislación salvaje, que había sacrificado al furor de los baganis rancherías muy numerosas, e iba desapareciendo a medida que se arraigaban en la tribu las máximas y principios de la religión cristiana, que es ley de amor.

Bajaron los dos misioneros del alto Agusan dejando bautizados más de 1,500 manobos; formados El Pilar y Compostela y en buen estado el pueblo de Játiva. Estableciéronse luego en Veruela para atraer mejor a los manobos de la embocadura hasta la mitad del Baobo, y a esto debió dicha población haber podido levantar cabeza, porque desde que se fundara había experimentado tales tropiezos, que rara vez aconteció que no tuviera que lamentar derramamientos de sangre o fugas prolongadas.

Aunque los manobos de los altos del Baobo eran de difícil conquista, los PP. Misioneros la entablaron con tan buen éxito, que a los doce días habían ya reforzado la reducción con muchos recién bautizados y otros en vía de conversión, que construían allí sus casas y sementeras. Ayudóles en esta empresa un teniente nuevo cristiano, joven, formal y muy sagaz, que tenía terminada la carrera de bagani en primero, segundo y tercer grado, y les decía a los Padres, que jamás hubiera él derramado sangre humana a no haber sido vendido como esclavo por los manobos que le cautivaron, a ciertos cristianos viejos; los cuales le refirieron las injusticias cometidas por los asesinos de sus padres. Y como le maltrataran sus dueños; pensó en escaparse y de camino vengar los agravios inferidos por los baganis a él y a su familia.

Tan inoculados tenían los manobos los hábitos de crueldad en sus guerras, que cuando acompañaban a los soldados para ir en busca de malhechores les costaba a esos un triunfo hacerles entender a aquéllos la justicia, caridad y honradez que era necesario emplear en tales capturas; porque si de ellos dependiera, matarían a los que habiéndose rendido, eran conducidos atados a los tribunales.

Cierto mandaya mató una noche a tres mujeres, que formaban la familia a cuyo servicio estaba, para emanciparse de sus dueños. Dagohoy cogió otra vez un cautivo y lo vendió a su cuñado. Al llegar a casa del nuevo señor, partió de un tajo con el cris la cabeza a la señora, hermana del vendedor y esposa del comprador.

En el río Batoto un tal Banag, muy bien acomodado y que había hecho su negocio casando a sus parientes, se quedó en una noche sin hijos y sin madre, porque a ésta mataron los guerreros, que se llevaron esclavos a aquéllos.

En la reducción de El Pilar un marido enojado hirió en el brazo con el bolo a su mujer y para reconciliarlos, mandó el Padre que ante su presencia le pidiese de rodillas perdón. Otro se le presentó reclamando una indemnización, porque el espíritu maligno le había muerto a su mujer con un ataque de calentura, librando a otra de un vecino suyo que sufría la misma enfermedad. Preguntóle el P. Urios qué clase de indemnización pensaba pedir y a quién; y le contestó demandando al marido de la enferma sanada, para que a su cuenta y riesgo le comprase otra esposa en sustitución de la primera. Reunió el P. Urios muy seriamente a los principales más sesudos de la población y les propuso el caso, para que ellos lo resolviesen conforme a su conciencia, después de haber oído las razones en pro y en contra, que sobre el hecho se adujeran; reservándose para sí el fallo definitivo. De esta suerte les iba formando y corrigiendo suave y eficazmente, haciéndoles caer en la cuenta de que en adelante debían regirse no por sus antiguas supersticiones e injusticias, sino por los juicios y máximas de la recta razón, iluminada con las luces de la fe y de la moral evangélica.

Subordinación, entre manobos, era una palabra desconocida. Cuando se les decía a los capitanes de las nuevas reducciones, que era ya hora de que empezasen a hacerse respetar, contestaban, que no se atrevían a castigar a nadie, porque o se remontarían o se vengarían; e hijos hubo que llegaron hasta a juntar gente para matar a sus padres. La gracia de Dios era, sin embargo, todopoderosa y confiaban los Padres en que los niños educados en las escuelas, situados en otro ambiente, fuera de las selvas, alejados de guerras y contiendas, y regidos por los principios cristianos; transformarían con su buen espíritu, radicalmente, la faz de los habitantes de la cuenca del Agusan.

Invitado por el Superior de la misión se dirigió el P. Urios por enero de 1883 a Manila, de donde salió a principios de mayo para Surigao y Butúan. Visitó con el P. Canudas Los Mártires, Sagunto y La Paz. Este pueblo, situado a la orilla izquierda del Argauan, jamás se sublevó, si bien ninguna vez subieron a más de ochenta los cogidos entre las mallas de las redes echadas



por los misioneros; y ni aun se había podido ganar de golpe toda una familia hasta que el P. Canudas sentó allí sus reales sin moverse, logrando por fin bautizarlos a todos.

Sagunto ocupaba hermosa situación, mucho más estratégica que La Paz; desde allí podían fácilmente los misioneros comunicarse en pocas horas con Loreto y hacer llegar sus conquistas hasta la divisoria del Pulañgui. Permanecieron algunos días en ambos pueblos, predicándoles mañana y tarde con el fin de prepararles para el cumplimiento pascual, y se trasladaron a Veruela y a Gracia hallándole casi desierto; pero a los dos días estaban todos reunidos, faltando sólo el capitán y su hermano, que por miedo a las calenturas reinantes se habían alejado. Dirigiéronse luego los Padres a Loreto, pueblo de 1,500 almas y gran porvenir. En los montes, se distinguía por su ferocidad el bagani Gúbat. Sólo Dios sabe lo que le costó al P. Urios hacerle entrar en razón, para sacarle una cristiana cautiva que tenía en su poder. Otra fechoría cometió el bagani Saboyan del lháuan, el cual habiendo reunido gente para ir a Loreto, halló en el camino a un hombre con un hijo y un sobrinito, que eran de los más aplicados que había en la escuela, donde habían ya comulgado dos veces; y sin que le valieran súplicas le mataron y robaron los dos muchachos; y cada vez que visitaba el misionero a Loreto se le presentaba la viuda, reclamando a su hijo y pidiendo justicia.

Aconteció otra vez que a los pocos días de haber salido los Padres de esta reducción, fueron acometidos unos principales por los baganis de los altos del río, y aunque pereció atravesada de un lanzazo una pobre mujer, tuvieron que retirarse los enemigos, dejando dos muertos en el campo y llevándose tres heridos de los certeros flechazos disparados por los de la casa atacada.

Arreglados algún tanto los moradores del Pilar y de Compostela, se dedicaron los Padres a celebrar la primera Comunión de los niños en las nuevas reducciones, y fue de gran consuelo ver cuán diestros se hallaban en la doctrina cristiana, que sabían a coro muchos de ellos, entendiendo bastante bien los principales misterios de nuestra sacrosanta religión. Bautizáronse al mismo tiempo unas quinientas personas, cumpliendo durante el año de 1883 en la cuenca del río Agusan cerca de diez mil conquistas con el precepto pascual.

El 17 de noviembre del mismo año se procedió a la bendición de la iglesia de Talacogon, después de la cual se cantaron vísperas, llenándose de bote en bote con los conquistas de los pueblos vecinos, que se maravillaban al ver tantas colgaduras, banderas y santos nuevos en los altares. Un chino había regalado una hermosa estatua de San José para un altar lateral y se encargó de

adornarlo; en el otro se colocó una bonita estatua de la Virgen del Carmen y en el mayor la de San Estanislao, la Asunción y San Isidro.

En la procesión iban conducidas en sus andas respectivas las imágenes de San Isidro, San José, San Estanislao y la Purísima Concepción, con muchas banderitas y tres pendones: resonaron tiros de verso y fusil sin faltar los con-sabidos reventadores. Variadas comparsas de niños y niñas de Talacogon, y tres de niñas nuevas cristianas lucían hermosos trajes de señoritas de Barcelona, guardados cuidadosamente para este fin. El lunes por la mañana se hizo la procesión por el río, que por la grande avenida había subido cinco o seis varas y parecía un pequeño mar. Dos templetes flotantes adornados con col-gaduras servían de camarín para San Estanislao y la Purísima. Los hombres acompañaban a San Estanislao yendo detrás el Preste con capa pluvial; las mujeres iban en el de la Virgen; todo el pueblo se hallaba agrupado en la playa; muchas banquetas adornadas con gallardetes y banderitas los rodeaban a porfía. Era un espectáculo delicioso presenciar la animación de la gente en sus banquetas, que por chocar unas con otras se iban a veces a pique; otras perdían las banderas que se llevaba la corriente; y con frecuencia aparecían algunos nadando sobre las aguas, y esto alentaba más a los otros a evo-lucionar, como si revoloteasen alrededor de las imágenes.

Vuelta la procesión a la iglesia se anunciaron los exámenes, en que lucie-ron sus talentos niños y niñas, distinguiéndose entre todas las escuelas de Sagunto y Guadalupe, que fueron declarados por aclamación vencedores en el certamen. Terminado el acto presidido por el Municipio de Talacogon, dirigió el Padre su autorizada palabra al concurso infantil y les alentó prome-tiéndoles, que todos los años se repetirían los exámenes públicos y concerta-ciones escolares entre conquistas y cristianos viejos, excitando el celo de los maestros a que tomasen con todo empeño la formación de la juventud manoba.

Mientras se estaban celebrando dichos exámenes se hallaba reclinado en la puerta de la iglesia, presenciándolos, un anciano conquista, principal dato de los montes de los ríos Maasan, Calisayan y Libang y uno de los primeros remon-tados de 1880, llamado Manandón. Al observar su presencia el P. Heras invitó a toda la principalía de Talacogon y a los capitanes y justicias de los pueblos de Guadalupe, San Luis, Los Mártires, Borbón, Novelé, La Paz y Sagunto a que subiesen al convento, pues deseaba convertir al famoso dato, y nombrarle capitán de los sáopes de Amparo el viejo, que se iban reuniendo en Guadalu-pe. Sentados, pues, en la sala, después de darles las gracias por su asistencia y obsequiarles con algo como se acostumbraba; hizo colocar en el centro a Manan-

dón y le dijo que deseaba nombrarle capitán de Guadalupe por común acuerdo de todos los presentes. Empezó Manandón a excusarse en manobo cerrado, diciendo, que él era ya viejo e incapaz de desempeñar bien tan elevado cargo y prefería no aceptarlo; porque si no lo ejerciese bien y cumplidamente el Padre se ofendería. Dirigióse sin embargo el P. Heras a los principales de Guadalupe a fin de que, dado caso que les gustase Manandón por capitán, le ofreciesen sus votos. Empezaron luego a darle todos sus votos, aconsejándole tanto los principales de Talacogon como los de los demás pueblos allí reunidos, en número de cuarenta, a que aceptase el bastón de mando. Entonces el anciano Manandón respondió, que si tal era la voluntad de Dios y del Padre entraría en funciones del cargo; pero les advertía de antemano, que por su avanzada edad no podría recorrer su región para reunir a sus súbditos; a lo que contestaron unánimes todos los capitanes de conquistas y cristianos viejos, que no era necesario que recorriese por sus pies los montes, que bastaba su palabra; porque si Manandón hablaba, sería obedecido de sus súbditos y se reunirían no sólo ellos, sino también los demás capitanes manobos que todavía no se habían presentado; y de esta suerte cesaría el conflicto surgido con motivo de los manobos remontados. No teniendo a eso el dato qué responder, levantóse el Padre y dirigiéndose a él le dijo, que teniendo a su favor todos los votos; en nombre de S. M. y por delegación del gobernador le nombraba capitán de Guadalupe; e inmediatamente después se quitó su chaqueta el capitán saliente y se la vistió Manandón; entrególe el Padre el bastón de mando y el sombrero delante de los demás capitanes, y haciendo Manandón la señal de la cruz con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, juró que cumpliría los deberes que el cargo de capitán de Guadalupe le imponía. Terminado el acto y arregladas otras cuestiones relativas a los pueblos, se cerró la sesión a satisfacción de todos.

Los principales de los demás pueblos pidieron al P. Heras que fuese a celebrar en ellos sus fiestas respectivas, y para darles gusto bajó a Butúan y se llevó de allí consigo unos cuantos músicos, que contribuyeron a darles mayor realce y esplendor.

Celebráronse, pues, en el medio Agusan al modo dicho las fiestas de varios pueblos y en la de Bunáuan los PP. Heras y Terricabras echaron el resto para atraer a los manobos del alto Agusan; empero las grandes lluvias impidieron la animación, porque la inundación de las tierras bajas era tal, que desde el pueblecito de los Mártires, situado algunas horas más arriba de Talacogon, hasta más allá de Bunáuan, en una distancia de veinte y tantas leguas; era todo una laguna, y a no ser por los árboles, se hubiera convertido el Agusan en un

pequeño mar, difícil de navegar por su oleaje. Cogióles una noche a los Padres en lo más abierto de ella; su barotillo no flotaba más que medio palmo sobre las aguas, y sin gente práctica no les hubiera sido posible salir de aquel intrincado laberinto de árboles que, por el reflejo de las aguas, parecían grandes embarcaciones ancladas en inmensa bahía. La situación era más poética que risueña, porque de cuando en cuando se veían los caimanes, como si estuvieran de observación sobre grandes troncos y no era por lo tanto prudente fondear en medio de aquella espantosa laguna; y los grumetes, que eran muy prácticos, prefirieron remar hasta muy entrada la noche, para poder anclar en lugar más seguro; y así lo hicieron junto a un gran montón de troncos de árboles y cañas, que llaman «búnut», arrastrados por el Simúlao y acumulados en una punta. Allí se pasó la noche con menos riesgo, aunque no con bastante comodidad. Toda el agua de aquella inmensa llanura había de pasar por el canal de Maasan, en donde solían correr grande riesgo los viajeros al subir de Butúan, por la gran corriente que tiene allí el Agusan.

En el entretanto el P. Urios evangelizaba la costa del seno de Butúan y tuvo en Tubay quinientas ochenta comuniones, setenta bautismos y quince casamientos; en Tolosa doscientas comuniones, varios casamientos y más de treinta bautismos de mamánuas.

En 15 de diciembre de 1883 anunció al P. Heras, que el cólera había invadido los pueblos de Butúan, Tubay y Tolosa; y que de La Esperanza, donde había bautizado cuarenta y cuatro manobos, se volvía inmediatamente a Butúan, Tolosa y Tubay, y de allí pasaría a Tortosa y Nasípit con el fin de visitar los pueblos durante aquellas circunstancias; que los cristianos nuevos de las reducciones estaban quietos en sus pueblos, lo que consideraba una gracia extraordinaria alcanzada por intercesión del glorioso Patriarca San José. Merced a tan valioso patrocinio se arreglaron mucho los pueblos tanto de cristianos viejos como nuevos.

El cólera, que se había presentado por vanguardia en Butúan, lo tenían a retaguardia los de Bunáuan, pudiendo verse atacados de un momento a otro los del Agusan por ambos lados; mas el Señor tuvo compasión de los nuevos reducidos y el cólera se detuvo en estas dos barreras.

En el entretanto el P. Terricabras perseveraba en Bunáuan, el P. Heras en Talacogon y el P. Canudas recorría los pueblos del medio Agusan, y la pobre gente acudía a confesarse por miedo al contagio, sacando provecho espiritual de la tribulación. Mas como el P. Heras no recibiese cartas ni noticias del bajo Agusan, resolvió ir a celebrar las fiestas de Navidad en Butúan, y al llegar el día de la víspera al pantalán; le dijeron los centinelas, que el P. Pamies



estaba contagiado del funesto huésped; que el P. Navarro se había convertido en médico, y boticario de la población, y el P. Urios recorría todos los días a caballo el pueblo para asistir a los coléricos. El P. Pamies contrajo en efecto la enfermedad en Cabarbarán, donde murió mucha gente. En 27 de diciembre le avisaron de Tubay al P. Heras a fin de que fueran allá los Padres; porque se iba corriendo el cólera y nada se sabía de Mañit y Jabonga. En vista de esto, pidió el P. Heras al P. Luengo que enviase un compañero al P. Plana; y al P. Parache, que les enviase un Padre para atender a los de Mañit, pues había ya ocurrido un caso de la terrible enfermedad.

De Talacogon escribía el P. Canudas en 16 de enero de 1884, que si bien era cierto que varias personas habían sentido fuertes calambres en los brazos y en las piernas, se curaban pronto con la bebida y friegas de la raíz de «luná», que es amarga y abunda mucho en el medio Agusan. Cocida en agua o puesta en infusión con anisado o vino de nipa, se bebía y frotaban con ella los miembros atacados.

Tan luego como apareció el cólera en Butúan puso el P. Urios la despesa de la Residencia a disposición de todos, quedando al poco tiempo casi completamente exhausta. El trabajo que tuvo durante la epidemia se puede deducir imaginando, que aquel era un pueblo de veintidós cabecerías en el casco, y hasta treinta, incluyéndole San Ignacio y San Vicente; que se hallaban en plena estación de lluvias y los atacados se sucedían en progresión ascendente de suerte, que el día de Navidad fueron sepultados cuarenta y cinco cadáveres y hubo días en que administró el Padre la extremaunción a treinta personas. La circunstancia de estar cosechando el arroz era buena, para remediar con este alimento a la gente; empero fue también causa de que atacádoles el mal en escampado, apenas se podían salvar los enfermos, cuando en el pueblo eran mejor asistidos. Hubo episodios de grande admiración y a no ser por el H. Navarro que de noche y de día acompañaba al Padre a visitar a los coléricos, no lo hubiera podido resistir. Iban éstos por las calles a caballo, llamando a los vecinos por sus nombres y predicando el Padre todos los días en la iglesia; hizo funciones lucidísimas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, invocando su protección, y experimentó su eficaz auxilio en las novenas y oraciones, que para este caso compuso. Al cantar el «Te Deum», había perdido la parroquia de Butúan casi en un abrir y cerrar de ojos 500 almas; ganáronse empero muchas para Jesucristo; confesándose tantos, que ni en cuaresma había más frecuencia de sacramentos, convirtiéndose gran número de veras a Dios.

Y es de alabar la grande providencia del Señor que, permitiendo que hubiese familias y casas de cristianos viejos que quedasen en cuadro, sin haber

quien sobreviviese para contarle, salieran ilesos los nuevos cristianos del bajo Agusan. «A donde hubieramos ido a parar,—escribía el P. Urios en 29 de enero de 1884 al Rdo. P. Superior de la misión,—si la Esperanza, Las Nieves, Amparo, La Concepción, Tolosa, Tortosa y San Vicente, que son pueblos nuevos de la comprensión de Butúan, hubiesen sido atacados, siendo yo solito para atenderlos.»

A pesar de todo, los conquistados se internaron en sus ilayas; y no dejó de haber quien practicase alguna superstición al estilo manobo para ahuyentar la epidemia. En cierto pueblo, que no hay para qué nombrar, algunos cristianos viejos hicieron cosa peor; pues enjaezaron un gran tronco, hicieron una procesión y cargado el madero de comida lo echaron mar adentro, fuera de los límites de la población, para aquietar, dijeron, al mal espíritu que, disgustado, pretendía destruir los pueblos.



---

---

## CAPÍTULO XLI

El P. Ferrer y el cólera en Cantilan. — Baguio en el distrito de Surigao. — Toma el P. Chambó posesión de la parroquia de Numancia y el P. Minoves de la de Cabúntog y Dapá. — Ministerios del P. Bové en Dinágat. — Fenómeno observado en las mareas.

EL P. Salvador Ferrer, que había reemplazado al P. Fr. Angel Velaza, recoleto, en la parroquia de Cantilan, tuvo en esta población durante el mes de septiembre de 1882 muchísimos atacados de enfermedad sospechosa. Por orden del gobernador se adoptaron las medidas higiénicas preventivas para evitar la invasión cólerica y en caso contrario, para que no les cogiese desprevenidos. Organizáronse Juntas de Sanidad, ambulancias para cada calle, grupos de enfermeros, conductores de cadáveres y sepultureros; aplicáronse las escuelas para hospitales licenciando a los alumnos de ellas; arregláronse los cementerios con depósitos de cal viva, y en el orden espiritual hízose una fervorosa novena al Sagrado Corazón de Jesús, durante la cual no bajaron de 4,000 las comuniones, porque todo el mundo quiso confesarse y fue preciso poner coto al fervor de aquellos excelentes feligreses. Baste decir, que ocurrieron y presenciaron los Padres escenas edificantísimas, capaces de conmover a un mármol.

Agradeció el P. Ferrer el arroz que le remitió el caritativo P. Luengo, y posteriormente la otra remesa que le hizo de 200 sacos de palay, para socorrer a los menesterosos durante el período de la enfermedad.

Durante el período del contagio hubo en Cantilan unos mil atacados, doscientos oleados y cerca de doscientos muertos; y a pesar de que desde el baguio se hallaba el P. Ferrer con disentería, no le privó esta dificultad de acudir a todas partes durante la epidemia y sólo una joven soltera se le murió dentro de la población sin sacramentos, si bien había confesado y comulgado dos días antes. Extendióse el cólera hasta Catéel, quedando libres de él los demás pueblos de la misión de Caraga.

Durante el mes de abril de 1883 se hallaba en Surigao el P. Hermenegildo Jacas, que había sido enviado para que recorriese las casas de la Compañía en el segundo y tercer distrito de Mindanao, se hiciese cargo del estado de aquellos pueblos y sus necesidades, a cuya satisfacción debía luego ocurrir como Procurador general de la misión. Y cuando se disponía a escribir una agradable carta como él sabía hacerlo, que encerrase los hermosos detalles de su expedición, le sobrecogió en Taganaán uno de esos meteorós destructores que tanto por desgracia abundan en la región Nordeste de Mindanao.

Había visitado este Padre al misionero de Gigáquit y todavía resonaban en sus oídos los bien concertados acentos de la música de aquella población, que había salido a despedirle hasta la barra del río, que tuvo la suerte de pasar completamente sosegada en su pequeña embarcación dirigida por experto piloto y valientes remeros, acompañado del H. Frontera; cuando el cielo aplomado en toda la extensión de su horizonte visible, le indicó con la siniestra calma del mar la proximidad de un violento huracán. Al llegar a Taganaán no bastaba ya el paraguas para librarse de la mole de agua que le caía encima. Entre lluvia, truenos y ráfagas de viento más o menos fuertes, se pasó la tarde y noche del 24 al 25 de abril de 1883; mas al amanecer, el vendaval azotó con tanta furia una de las alas de la casa-misión, que todos temieron quedarse al descubierto. A cada instante, indios mensajeros les anunciaban que las casas de la población iban destrozándose, que el agua del mar avanzaba y amagaba entrar en ella. El viento, que había declinado al NNE. tronchó los plátanos y destechó las casas, dejando a los pobres indios desarropados y tiritando de frío, sin ningún sitio seguro. A las siete y media pasó el vórtice por Taganaán; hubo calma por espacio de tres o cuatro minutos; llegando a descorrerse algo el tupido velo que encubría el cielo; mas, de repente saltó el viento al SO. y destrozó el huracán lo poco que había perdonado la furia violenta del NNE.

En Surigao fue todavía el fenómeno de más imponentes resultados. El tabernáculo estuvo rodeado de agua; ni una gota empero había penetrado en él; sacóse el Copón en donde se encerraba el Santísimo Sacramento y fue depositado en un armario de la destechada vivienda de los Padres, con la lámpara encendida como de costumbre y así pasó la noche debajo de un toldo compuesto de un cañizo cubierto con una tela.

En Plácer quedó todo destruido, porque el mar invadió el pueblo, y sus moradores tuvieron que refugiarse al vecino monte, perdiéndose la iglesia, el tribunal, las casas y cuanto en ellas había y la de la misión destechada, volando muchas de sus planchas de hierro galvanizado a más de medio kilómetro de distancia.



Los copudos árboles de las selvas que poco antes parecían erguirse sobre las nubes y la encantadora vegetación de lindas enredaderas que parecían jugar con ellos yacían por el suelo agostados, mustios y secos como si hubiese pasado cerca de ellos un incendio abrasador.

La iglesia, que era de tres naves y sus arigues de magconó y de molave labrados, que sostenían la inmensa mole de planchas de hierro, suficientes para cubrir una superficie de cerca de dos mil varas cuadradas; con la fuerza del huracán fue arrancada de cuajo y sus cincuenta arigues y sus travesaños y sus jambas y sus planchas y cuanto sobre ellos había, todo a la vez se vino al suelo con estrépito aterrador.

El P. Yepes escribiendo al P. Jacas desde Gigáquit el 26 de abril prorrumpía en estas frases: «Pasó el azote de Dios y destruyó cuanto encontró a su paso: Gigáquit perdió ya su hermosura antigua: iglesia, campanario, convento, escuelas, tribunal y caserío. La cosecha también perdida... ¡Con qué devoción rezábamos las Letanías a las cinco y media de la mañana! Iglesia y convento un montón de ruinas... Abandonamos la parte superior para salvar nuestras vidas y en la inferior nos esperaba el mar, que se metió en el pueblo, inundándolo todo; en algunas partes subió como dos varas, en otras menos. Salimos del convento con el agua al cuello, lleno de maderos el paso; vinieron en mi ayuda y me recibieron en casa del capitán Macario, en donde estoy hasta que Dios provea... Cristo en su Tabernáculo fue respetado de sus criaturas; es verdaderamente Rey... Bacuag y Taganito como Gigáquit.» El Rdo. P. Superior de la misión envió de Manila 800 sacos de arroz para ocurrir a las necesidades más urgentes de los pueblos perjudicados.

Hallábase el P. Luengo en el Agusan administrando el sacramento de la confirmación a los viejos y nuevos cristianos de aquella cuenca, cuando tuvo que suspenderlo para acudir al reparo de los destrozos causados por el paso de aquel meteoro.

Sobre el mismo escribía también el P. Heras al P. Faura en 30 de junio del mismo año:

«Para que V. R. pueda formarse una idea de su trayectoria al pasar por Mindanao, tome el mapita de la misión y fíjese en los puntos siguientes: Butúan, O; Nasipit, O; Río de Jabonga, D; (1) Laguna, D; Jabonga, D; Mafnit, D; Anauáun, D; Surigao, D; Taganaán, D; Placer, D; Gigáquit, D; Cantilan, D; Tándag, O; Lianga, O; Bunáuan, O; Talacogón, O; Dinátag, O.

Explique V. R. como en Tolosa, que está al otro lado de la desembocadura

---

(1) La O, significa que el baguio fue suave y la D, muy duro.

del río de Jabonga fuese duro, y en Tabuay, distante solo una hora de Tolosa, suave.

Arrancando de Tolosa y siguiendo el valle del río de Jabonga causó el SO. estragos no vistos, Qué destrozos de árboles seculares. No es posible transitar por los bosques. Hacía rodar por el suelo gruesas piezas de madera. Las casas de los indios todas por el suelo: la iglesia de Jabonga cuyos arigues son gruesos magconós, se inclinó un poco, sus planchas de hierro galvanizado volaron a larga distancia; la nueva de Surigao arrancada de cuajo. Nos ha dejado plumaditos. En cambio en Butían no hubo ningún desperfecto. En Talacogon, donde yo estaba, se sintió ya algo la víspera, pues corrían mucho las nubes del Saratan, S O., pero no fue nada; en Dinágat poca cosa; por entre Anauáon y Dinágat pasaría el baguio a Leite en donde se dice arrasó diez u once pueblos enteramente. A suceder de noche, hubieran perecido muchas personas.»

Después del huracán y del hambre se presentó en el distrito de Surigao el cólera morbo; aunque los muertos fueron relativamente pocos y no se declaró oficialmente hasta mediados de octubre, durando hasta el 16 de diciembre en que se cantó el *Te Deum*.

El 17 de julio de 1883 a las seis de la mañana salía de Surigao en baroto para Numancia el P. Antonio Chambó con el H. Jaume; entróles un viento frescachón de Jabagat, que aun cuando les oprimió más de una vez el corazón, les acortó también la travesía, que en otras ocasiones les hubiera costado varios días, cuando en ésta les hizo dar fondo en Numancia, a las tres de la tarde del mismo día. El siguiente, tomó posesión de la parroquia, cesando en consecuencia el P. fray Ciriaco, Recoleta, que la administraba.

Está situada Numancia en una meseta de tierra arcillosa, mezclada con piedra caliza y madrepórica; el pueblo, bastante bien arreglado, debido a la actividad del R. P. Ciriaco, que con incansable celo supo transformar un erial en hermoso pueblo de calles anchas tiradas a cordel, ofreciendo bello aspecto desde el mar. El canal del puerto era de fondo suficiente para goletas en alta marea; la iglesia, aunque algo deteriorada por el último baguio, fue prontamente restaurada y estaba bien surtida de ornamentos; el convento hartó capaz, pero con malos dindines.

Visita de Numancia era el pueblecito de Sapao, al cual se podía ir siempre que no reinase temporal. Tenía iglesia techada y carecía de convento desde el baguio de 1876. El día 8 de septiembre fue el Padre a visitarla y durante los diecisiete días que allí estuvo no le dejaron levantar del confesonario. Durante ellos se cubrió y entarimó la iglesia; se levantaron los arigues del convento y les dejó al salir, construyendo la cota de piedra de la misma iglesia. Era

Sapao lo mejor de la isla; dotado de abundantes aguas y grandes llanuras; sus basacanes regados por mil riachuelos, que descienden de pequeñas colinas que lo circundan; la gente, es laboriosa y la temperatura de continua primavera, pues situado el pueblo al Norte de la isla mira de frente al estrecho de Surigao y por los lados le rodea el Pacífico. Con todo, la población se ve constantemente azotada por el viento, que impide las plantaciones del cacao y del café.

Al dirigirse el Padre de vuelta a Cabúntog para celebrar la fiesta de Santo Tomás de Villanueva, cruzó la isla de N. a S. y fuera de un par de horas de monte, todo lo restante era una llanura de nueve horas de largo por tres y cuarto de ancho. La isla carece de aguas en tiempo de sequía, y fuera del lado de Sapao no tiene más que dos fuentes de agua dulce; todas las demás son salobres. La navegación por el S. y O. de la isla no es tan difícil, mas por el N. es difícilísima en todos tiempos.

El día 15 de agosto de 1883 tomó el P. Minoves posesión de la parroquia-misión de Cabúntog y Dapá. Leyóle el título el P. Antonio Martín, religioso recoleto, el cual salió aquella misma noche para Surigao, yendo los Padres a despedirle en la playa juntamente con los principales y vecinos de la población. Gemían todavía los pueblos de la isla de Siargao bajo la impresión de las desgracias ocurridas durante el baguio del mes de abril de aquel año, que les había destruido sus sementeras, cocalas y abacales. Al baguio sucedió una gran sequía que agostó casi por completo sus camotales. Muchas casas de Cabúntog estaban todavía sin techar y sus dueños se alojaban en pequeñas chozas, en el pueblo o en sus ilayas.

La parroquia de Cabúntog y Dapá fue desmembrada en 1881 de la de Siargao, que se llamó Numancia, asignándole los dos pueblos de su nombre, y dos barrios: Pilar, perteneciente a Cabúntog y Cambasac, a Dapá. Cabúntog tenía siete cabecerías; Pilar cuatro; Dapá diez, y Cambasac dos.

El convento de Cabúntog era de planta baja; el de Dapá lo mismo que su iglesia fueron destruidos por el baguio descrito del mes de abril y mientras se reunían los materiales y se construían ambos edificios, fueron a morar los Padres en el tribunal. Las personas adultas de Cabúntog estaban por lo general muy bien instruidas en sus deberes de cristianos.

A mediados de octubre se trasladaron los Padres a Pilar donde dieron una misión, y a los quince días no quedaba ya más gente por confesar y comulgar en el pueblo, que los ausentes y medio remontados en las ilayas.

Dirigieron luego los Padres a Dapá comenzando el 20 de noviembre otra misión al tenor de la del Pilar. El 25 comulgaron los principales y demás gente del pueblo en la misa mayor, encargándose de los fervorines el P. Mino-

ves que, enternecido por aquel sublime acto, se echó a llorar y apenas pudo terminarlos. Casi lo mismo le había acontecido en la primera comunión de niños y niñas de Cabúntog.

Durante el cólera sólo ocurrieron tres casos en esta misión, y en la de Numancia cuarenta. Habiendo recrudecido el 16 de diciembre, se determinó el P. Chambó a anunciar al pueblo que por la mañana del 17 después de misa empezaría la novena al Sacratísimo Corazón de Jesús, implorando la desaparición de la funesta enfermedad y desde entonces nadie en el casco de la población fue atacado y en su consecuencia el día de San Esteban se cantó el *Te Deum*, se consagró la parroquia al Sagrado Corazón de Jesús, y se fundó el Apostolado de la Oración. Y no fue éste el único favor que recibieron del cielo, sino que la Providencia divina les libró asimismo del azote del hambre, porque quince días había que divisaban una banca que al ir a entrar en puerto la hacía desaparecer el viento; mas el 4 de enero de 1884, primer viernes de mes, fondeó en Numancia donde les dejó doscientos sacos de arroz; y como si no fuera esto bastante para remediar la necesidad, el día siguiente ancló una lancha con trescientos cabanes más, que a no haber entrado, no se sabía lo que hubiera sido de aquellos pueblos.

Desde las diez de la noche del 25 hasta las cuatro de la mañana del 26 de abril de 1885 se desencadenó otro baguio destructor sobre la isla y el pueblo de Dinágat, en donde fueron más terribles si cabe todavía sus efectos que los del anterior; pues arrasó el techo de la iglesia, haciendo añicos el retablo del altar mayor; rompió el caballete del convento; gran parte de la cocina y techo del mismo se fueron a pique; derrumbáronse las dos escuelas de tabla recién concluidas, el tribunal, del cual sólo quedó el piso; más de doscientas casas en el pueblo y otras tantas en las sementeras.

En la visita de Cagdayánao cayeron el camarín de la iglesia y el convento.

Al P. Bové le sorprendió el huracán en una casa de campo entre Cagdayánao y Dinágat, expuesto a cada momento a quedarse al descubierto y al rigor del agua y vendaval como algunos vecinos cuyas moradas desaparecieron.

El baguio visitó también la infortunada Numancia, asolando sus campos como si hubieran pasado sobre ellos escuadrones de caballería. Viendo el P. Chambó que lo tenían encima, salió por las calles del pueblo animando a la gente y procurando que apuntalasen las casas lo mejor que pudiesen y a esto se debió el que fueran tan pocas las derrumbadas. No aconteció, empero, así a los de Sapao, que no pudieron ser avisados con antelación y en donde a excepción de la iglesia y del convento, todo lo demás fue derribado.

Al Oeste de la isla adquirió tal fuerza el huracán, que bramaba como una



fiera, devastándolo todo en su violencia destructora y hasta las mismas piedras eran arrancadas del suelo como si una mano invisible las disparase. La puerta de la iglesia de Numancia que veinte hombres no la hubieran levantado, a pesar de estar apuntalada, fue abierta, arrancada de su lugar y no cediendo las trancas, rompió las tablas.

Engolosinado el P. Bové por la presentación de más de doscientos desertores procedentes de las islas de Leyte, Samar, Bohol y Mindanao durante la segunda visita por él practicada en los barrios de Libjú y Tubajón, se lanzó a nuevas aventuras y a las siete de la mañana del día 7 de julio de 1885 favorecido por el viento se trasladó en cuatro horas al grupo de islotes más próximos a Leyte, desde donde con viento en popa y desplegadas las dos velas fue a fondear cerca de las seis de la tarde en el puerto de Mabúa, o Tubajón, colmando de alegría a aquellas gentes, que le condujeron casi procesionalmente a un hermoso edificio a medio hacer, que después de la visita quedó constituido en iglesia provisional y luego le encaminaron a una pobre casa de las pocas que había respetado el huracán. Hízoles cumplir con parroquia y prosiguió la limpia de los desertores; activó los trabajos de la iglesia y convento y durante los intermedios en que la gente solía descansar de sus fatigas, se dedicaba a oír confesiones, porque el resto del tiempo se había constituido en sobrestante de la obra.

Dos días antes de la fiesta llegó la hermosa y nueva imagen de San Isidro y media banda de música, con que pudo celebrarla con mayor alegría y devoción de aquellos aislados habitantes. Con esta ocasión se presentaron los desertores de varias provincias, pidiendo ser empadronados y seguir como antes en Tubajón sin ser molestados por la autoridad. Como el tiempo presentaba mal cariz y empeoraba, no pudo el Padre regresar a Dinágat, y con esta ocasión determinó explorar la isla hacia la punta Desolación, por haberle asegurado que por la parte opuesta podría navegar más fácilmente en razón de los altos montes que oponían obstáculo a la fortaleza del viento para que no se encapillasen las olas ni avivasen las corrientes, y como no había de hacer travesía alguna, se animó dándose a la vela a las cuatro de la tarde del día 15 de julio. Mas a la hora de navegar arreció el viento y se encrespaban las olas, viéndose obligado a fondear en un rincón, arreglar los desperfectos de la banca y reforzar las batangas a fin de proseguir su viaje en la primera ocasión favorable. Pasó la noche en una pobre casa de prófugos de la isla de Samar, situada dentro del bosque; allí cenaron, rezaron y se acostaron donde mejor pudieron, dejando para el Padre el espacio de una braza en cuadro contiguo a la puerta. Al rayar el alba, rezadas las oraciones, se embarcaron y dando la popa

al viento en tres horas doblaron las cuatro puntas que había desde Tubajón a la más saliente de ellas por la parte del Norte, sin poder en manera alguna rebasar la punta Desolación, a pesar de haberlo intentado dos veces a toda vela y remo, poniendo cuatro manos en cada uno. Fue preciso por lo tanto varar la embarcación, recoger y esconder sus enseres y volver atrás a pie y con mal calzado; porque el mar no permitía vela, remos, sirga ni tiquines; ni desandar lo andado, dando la cara al viento enfurecido. Regresaron de noche a Tubajón y al día siguiente bordón en mano emprendió el viaje por el interior, subiendo y bajando lomas y colinas, en cuyas faldas se veían las mejores plantaciones de abacá de la isla; y en cinco horas se trasladaron a Malínao, hermoso sitio surcado de esteros de agua salada en eterna calma, sobre la cual revoloteaban una infinidad de mosquitos casi microscópicos llamados *hicam* y cuyas picaduras levantan mayores ronchas que las de los grandes.

Puesto ya el sol se retiraron a un pequeño arenal y guarecieron en una cabaña de desertores y gente de mal vivir, al lado de unas sepulturas en que se hallaban enterrados los cadáveres de los que allí habían fallecido.

El día siguiente se embarcaron para Gaas internándose por el ancho estero que divide la isla de Dinágat por aquel lado casi en dos partes y metidos entre dos cadenas de montes, después de tres horas hallaron una laguna en la cual desaguaban dos esteros. Por fortuna vieron a la orilla una casita donde pernoctaron y a las cuatro de la mañana del siguiente día prosiguieron su ruta por el estero más ancho y a las dos horas considerábanse ya enteramente perdidos, cuando divisaron una casita en un monte; subieron a ella y hallaron un anciano que les sirvió de práctico hasta Libjú, dos horas distante de allí, y mientras subía a la cumbre del montículo para contemplar la gran llanura por los esteros de la cual habían navegado durante cinco horas, desapareció el práctico y reapareció el peligro de perderse entre aquellos bosques, donde no había más habitantes que los jabalíes. A la media hora descubrieron otra cabaña, la visitaron y hallaron en ella al práctico fugitivo, que les guió hasta que cerca de Libjú le despidieron, pagándole su involuntario servicio, y a las nueve llegaron a la población las justicias, saliendo a recibir al Padre, que les celebró el santo sacrificio de la Misa y por los muchos enredos que tuvo que arreglar y el pésimo estado del mar, fue preciso volver atrás y proseguir la requisa de remontados de Malínao.

Salieron a las once de la mañana del día siguiente para fondear a las siete de la tarde, pasando la noche en un hermoso arenal. Mucho antes de amanecer se dirigieron a un rincón del seno de Gaas, donde continuaron el viaje hacia Bua, otro foco de remontados capitaneados por un viejo de sesenta años

amancebado con una vieja de cerca setenta. Llegaron allí muertos de hambre a eso de las dos de la tarde y se dio fin a la expedición, regresando la mitad de la gente a Libjú y la otra mitad a Cagdayánao, a donde llegó el misionero por mar en cinco horas y el 25 de junio regresó a Dinágat con la satisfacción de haber dado la vuelta a la isla, a excepción de la playa que media entre punta Desolación y Malínao.

Había escrito el P. Pastells en una carta del tomo séptimo de las de Mindanao dirigida al P. Capell que, en cierto islote de Dinágat se observaba un fenómeno muy raro respecto de las mareas, porque mientras que en la playa que mira al mar de la China, el agua está en baja mar, hay pleamar en la contracosta que da al Pacífico. Esto supuesto, estando los PP. Bové y Urios hablando en cierta ocasión con el P. Pablo Ramón sobre el estrecho de Surigao y Gipdo y de las particulares rarezas que en él observan las corrientes de los mares, salió a plaza la referencia del P. Pastells, a lo cual repuso el P. Ramón: «Esto no puede ser, porque tal fenómeno no tiene explicación». El P. Bové en carta dirigida al P. Sánchez fecha en Dinágat, 26 de abril de 1890, aseguró ser verdad la referencia del P. Pastells; no sólo en un islote de Dinágat, sino también en la misma isla de este nombre, que tiene más de treinta leguas de bojeo, y parece constituir la divisoria entre el mar Pacífico y el de la China. Con el fin de cerciorarse de ello fue dicho Padre a Cagdayánao, barrio de Dinágat, situado en la playa del Pacífico, de la banda del SE. y faltaba media hora para la pleamar. Reloj en mano emprendió la caminata subiendo y bajando el montecito de separación, y a las cinco y media en punto pisaba la arena de la opuesta playa, contemplando cómo retiradas las aguas, dejaban en pos de sí una bajura inmensa: deduciendo de ello que, lejos de ser iguales las mareas alrededor de la isla de Dinágat, son diametralmente opuestas.

Otro hecho de difícil explicación observó el Padre en el primer viaje, que hizo de Nonoc a Surigao en línea recta con viento favorable. La hora de su embarque fue a la salida de la luna, que estaba en su lleno y las aguas en su bajamar; cuando en toda la costa del Pacífico, veintidós o veintitrés minutos después que ha salido o se ha puesto la luna durante su pleni o novilunio, hay siempre pleamar. Lo contrario de esto, pues, sucede en Nonoc.



---

## CAPÍTULO XLII

Visita el P. Juan Ricart la costa oriental de Mindanao hasta Bislig.—Toman posesión los nuestros de las parroquias de Lianga y Tándag.—Misioneros enfermos a Manila.—Escasez de personal en dicha costa.—Dificultades consiguientes en las misiones de Tándag y Lianga.—Un baguio al NE. de Mindanao y sus efectos.—Plaga de langostas.—Excursión científica.—Visitas y nuevas fundaciones.—Ministerios de los PP. Peruga y Chambó.—Salvación y bautizo de un niño recogido en el fondo del mar.—Fallecimiento del P. Luengo.—Elogio de este Padre.

EL 16 de julio de 1884 se embarcó el Rdo. P. Ricart para visitar la costa oriental de Mindanao hasta Bislig. Cerró de paso nuestra casa-enfermería de Cebú por ser más ventajoso trasladar los enfermos directamente a Manila, y se llevó a Surigao al H. Navarro que la custodiaba.

En esta cabecera halló al P. Luengo muy delicado de salud. Reuniéronse en la residencia doce misioneros, celebrando el R. P. Superior con ellos varias conferencias sobre la mejor manera de organizar nuestras residencias de Mindanao conforme al espíritu de nuestro Instituto, a fin de que la disciplina regular no sufriera detrimento con la administración de parroquias y misiones y después de haber oído el parecer de cada uno de los Padres, salió el 3 de agosto para Dinágat en compañía de los PP. Chambó y Minoves y del H. Ubach; visitó en esta isla al P. Múgica, que estaba enfermo e hizo la travesía por mar a Siargao, llegando el 5 a Numancia, de donde salió el 7 para Pilar y Cabúntog, atravesando a pie la isla; el 9 se trasladó a Dapá, visita, como Pilar, de Cabúntog; en donde le aguardaban los PP. Ferrer y Souques, en cuya compañía y la del P. Bové llegó a Cantilan donde presenció los exámenes de niños y niñas de las escuelas, a las cuales concurrían ordinariamente más de trescientos a cada una, sabiendo perfectamente el catecismo. El maestro era normalista y desempeñaba su cargo a



maravilla con gran descanso para el misionero. En Surigao halló el Padre buenas noticias del Agusan; en cambio el P. Pastells se las dio alarmantes de Caraga y le propuso el establecimiento de dos destacamentos en los montes, para que se diesen la mano con las reducciones del Agusan, con lo cual se facilitaría la reducción de muchísimos infieles que quedaban todavía por sujetar en los confines de las dos misiones. Comunicó el P. Ricart el proyecto al señor gobernador y le gustó y ambos escribieron al capitán general para que permitiese plantearlo. Por fortuna la tropa del distrito de Surigao era irregular y reclutada en los mismos pueblos sin mezcla de elementos heterogéneos, que embarazaban mucho la acción del misionero en otras partes, y así, entre prosperidades y adversidades, iban adelantando con el favor de Dios, si bien que dichas misiones eran más difíciles y requerían ánimo muy esforzado en los misioneros que las habían de recorrer.

Desde Cantilan se trasladó el Rdo. P. Superior a Bislig, en donde halló a los PP. Peruga, Rosell, Altimiras y Pastells; aunque con el sentimiento de ver al penúltimo molestado de una disentería, que había degenerado en crónica a consecuencia de los muchos trabajos sufridos en la misión de Caraga y de haber descuidado algún tanto el mal en sus principios. Estuvieron los Padres nueve días, sin desperdiciar un momento, tratando de cuanto ocurría para bien y adelanto de la misión; y como ya la había recorrido toda el P. Ricart varias veces; dio por terminada la visita de Bislig comisionando al P. Souques para que visitase al buen H. Zumeta, que permanecía en Caraga guardando el bagaje. Los PP. Guardiet y Peruga acompañados del P. Rosell salieron para sus nuevos destinos de Lianga y Tándag; el P. Ricart con el P. Altimiras fueron recorriendo más despacio los pueblos y visitas de las nuevas administraciones, que fueron aquéllos a ocupar; y el P. Souques emprendió con el P. Pastells su viaje a Caraga; porque les urgía la vuelta para tranquilizar los pueblos y reducciones de la misión durante aquellos tiempos de persecución desencadenada, que sufrían de parte de los *baganis* del monte, y para que el primero se enterase de lo de allá en razón de su nuevo cargo de Superior de la residencia de Bislig, que recibió en 28 de agosto de 1884; agregándosele luego los dos curatos-misiones susodichos.

Llegó el P. Ricart a Lianga, cuando estaban todavía los Padres Recoletos disponiendo la entrega, y siguió para Tándag sin llevarse al P. Peruga; porque el Recoleta no había recibido todavía orden de sus superiores para entregar su parroquia. Encargóse de ella el P. Peruga por septiembre de 1884. Con este nuevo y espacioso campo quedó la administración espiritual del tercer distrito de Mindanao a cargo exclusivo de la Compañía de Jesús.

El 9 del mismo mes llegó el P. Juan Ricart a Surigao, hallando algo peor al P. Luengo, que no pudo ser reemplazado por falta de personal. Embarcáronse el P. Ricart para Iloilo y Dapitan y los PP. Luengo, Múgica y Altimiras, enfermos de cuidado, para Manila; quedando solo en Surigao el P. Ramón Ricart; solo el P. Souques en Bislig; sin compañero sacerdote el P. Peruga en Tándag; solos los dos Padres de Siargao, cada cual en su parroquia aislado; solo el P. Bové en la isla de Dinátag: con la circunstancia agravante de que los Padres de Bislig, Tándag y Dinátag, permanecían incomunicados por mar desde noviembre hasta fines de marzo; motivo por el cual solicitó el P. Juan Ricart del Rdo. P. Provincial Juan Capell cuatro o seis Padres con toda urgencia, para completar el personal de aquella misión, sin perjuicio de los doce que hubiesen de salir el año siguiente. Regresó el P. Ricart de su visita a Manila el 2 de diciembre, después de tres meses de excursión.

En la misión de Tándag a causa de la monzón NE., se cerró el Pacífico a la navegación; quedando incomunicado el P. Peruga en Tándag con sólo el H. Ferrerons sin poder confesarse en cinco meses más que una sola vez y con gran peligro de su vida, el 24 de enero de 1885, sobre lo cual refiere dicho Padre, que media hora antes de fondear en Lianga, siendo ya de noche se encontró con el P. Guardiet, que salía para Marihátag. Se pasó, pues, a su baroto, prosiguiendo el en que antes iba su curso hasta Lianga, llegando ambos Padres a Marihátag por la madrugada y celebrada la fiesta patronal bautizaron durante los tres días que permanecieron allí cincuenta y cuatro mandayas. El 27 de madrugada regresaba el P. Peruga a su destino; pero antes de llegar a Cauáit el viento contrario y la mar airada le hicieron volver a Marihátag; mas viendo que calmaba, partió de nuevo por la tarde y llegó no sin trabajo a Cauáit a media mañana del día siguiente. Dirigióse a la iglesia, celebró y predicó diariamente mientras allí estuvo; oíale sus feligreses con verdadera avidez, y en tres días bautizó sesenta y ocho infieles del río Cauáit. Otro pequeño grupo de mamánuas había al Sur de la población sin habitación fija ni sementeras propias, dedicados exclusivamente a la caza de venados; dilatóles el misionero el santo bautismo hasta que se hubiesen habituado a vivir en punto determinado, cerca de poblado, como los mamánuas del río Tándag, a los cuales había bautizado en 24 de octubre de 1884.

En el río Tago existían tres rancherías, una de mandayas, otra de manobos y la tercera de mamánuas. El 10 de febrero de 1885 terminó dicho Padre la visita de los mandayas, quienes tenían ya desmontado el terreno y concluido un tribunal bastante regular para el futuro pueblo de Alba; trazóles la plaza y les asignó solares en la calle más próxima al río. Situóse la población en medio

de una inmensa llanura, en terreno elevado, con buenas aguas y distante sólo tres horas de la barra de Tago, siendo la marea favorable. Esperaba el Padre que aquel punto serviría de reclamo para atraer a los manobos, con quien vivían los mandayas en muy buenas relaciones de amistad, y que a su vez los manobos servirían de señuelo para atraer a los mamánuas remontados en los altos del mismo río. Para ello reclamó el auxilio de otro misionero, porque según datos fidedignos el centro de los manobos distaba día y medio de navegación del punto en que vivían los mandayas; y otro tanto de los primeros, los mamánuas. Para reducir a estos infieles, le había prometido el gobernador enviarle varios títulos de principales redactados y firmados de su puño y letra.

El 18 de julio concluidos los santos ejercicios e invitado por el P. Guardiet, salió el P. Peruga de Lianga para Oteiza, a donde llegaron el día siguiente, y en cinco de misión confesaron a todos los del pueblo a excepción de las escuelas y sacristanes, a quienes reservó el P. Guardiet para otra ocasión menos urgente, recomendándoles entretanto, que se dedicasen asiduamente al estudio de la doctrina cristiana.

El 26 llegaron a Marihátag, emprendiendo el mismo trabajo durante tres días con éxito semejante al anterior; y el 29, se dirigió el P. Peruga a Cauáit, donde ejercitando los mismos ministerios le presentaron una pareja, que decían ser de infieles, para que los bautizase. Examinólos el Padre y advirtió que el varón, que contaría unos cincuenta y cinco años, había sido bautizado a los diez de su edad, viviendo poco después constantemente remontado, amancebándose más tarde con la mamánua infiel que le acompañaba. Increpó el Padre a los viejos cristianos que habían intervenido en este episodio; mas ellos trataron de justificarse diciéndole: ser verdad que aquel individuo había sido bautizado; pero que ¿dónde pararía ya aquel bautismo, habiendo él vivido tantos años confundido entre infieles, como uno de tantos? Hízoles el Padre entender, conforme a su rudeza, el indeleble carácter que imprime en el alma el santo bautismo y que lo que importaba era instruir a aquel cristiano renegado, separarle al instante de su manceba y confiarlo a otro cristiano de buenas costumbres, para que le instruyera y obligara a hacer plantación de camote, plátanos, etc., y a vivir honestamente; y a la mujer colocó en otra casa bien distante de la del varón, ofreciéndoles que si así lo cumplían; al regreso, bautizaría a la mujer y se casarían cristianamente.

Regresó el P. Peruga a Tándag la víspera de San Ignacio, saliéndole a recibir el nuevo maestro de niños enviado por el Rdo. P. Superior de la misión y con la satisfacción de poder dar un abrazo de caridad a su nuevo compañero el P. Peiró.

Durante el mes de abril de 1886 tuvieron que lamentar los pueblos de la misión de Lianga, al tiempo de la cosecha del palay, una gran plaga de langostas que taló los campos sin dejar nada a los pobres labradores que se habían afanado en sembrarlos y cultivarlos.

La vanguardia apareció el 18 de abril y fue recibida con una gran cencerada por toda la gente que salió a los campos con matracas y latas de petróleo y aun con cañones y fusiles, o dando golpes con cañas vacías sobre los troncos de los árboles para ahuyentarlas. Por aquella vez la langosta se cernió sobre sus cabezas y respetó los campos; mas a los cinco días se presentó en Tándag, Cantilan y Bislig el grueso del ejército y ya no se pudo contener la avalancha, ni el ímpetu del voraz insecto y sólo las pequeñas sementeras se pudieron guardar. A los tres días remontó su vuelo; mas el primero de mayo reapareció arrojada por una fuerte tormenta y se llenó de ella la playa con tal abundancia que había lugares que medían tres palmos de espesor. Los campos quedaron como si hubiese pasado fuego por ellos y el día 6 de mayo volvieron a remontar el vuelo parte con dirección a Oteiza, parte al Agusan y parte a Las Navas. En San Juan y Ginatúan no perdonaron siquiera a los cocoteros; en Cantilan fue poco el daño que causaron y en Bislig se libraron de ellas.

Por este tiempo vivía ya el P. Chambó en casa nueva, en Lianga, y en la iglesia se habían puesto los marcos para los tabiques laterales; en los Arcos se estaba techando otra nueva iglesia; en Oteiza se levantaban los arigues de otra y en Marihátag cubrían también el nuevo convento.

El 15 de mayo regresó a Surigao el P. Sánchez después de mes y medio de excursión científica por las encantadoras comarcas del tercer distrito, realizada con su buen amigo don José Florencio Cuadras. El 24 de abril habían fondeado en Surigao; el 26 se trasladaron al NE. de la costa oriental de Balagñán y pernoctaron en una casita situada en un ribazo contiguo al mar; cobijáronse el 27 bajo la espesa sombra de un vetusto dap-dap, en una de cuyas ramas se acogió una horrenda culebra trigonocéfala de veneno muy activo, llamada ópong: pusieronla inmediatamente a buen recaudo dentro de un frasco de alcohol (1).

---

(1) El objeto y el fruto científico de aquella expedición, puede verlo el lector descrito en la interesantísima carta dirigida por el P. Francisco Sánchez al Rdo. P. Rector del Ateneo, Miguel Rosés, fecha en Surigao a 16 de mayo de 1887 y publicada en el tomo VIII de las cartas de los Padres de la Compañía de Jesús de la misión de Filipinas, en la que su autor consigna todo lo que pudo recoger perteneciente a los tres reinos mineral, vegetal y animal de la isla de Mindanao y sus anejas.



Cuando más engolosinados estaban con el precioso botín de astéridos, encrinos, holotúridos, etc., que diariamente se les venían a las manos; recibieron una carta-orden del P. Luengo sobre que procurasen pernoctar el día siguiente en Taganaán, donde celebraban sus moradores, el primero de mayo, la fiesta del Patrocinio de San José. Salieron de aquella isleta a las once de la mañana del 30 de abril y en tres horas y media se trasladaron a Taganaán.

Al anoecer aparecieron iluminadas todas las casas, mientras la música amenizaba la fiesta, alternando sus melodías con el timbre argentino de las campanas y los disparos de cohetes y reventadores. Al amanecer se saludó a la Reina de los cielos con el toque del Angelus, diana, repique de campanas y estruendo de vertería.

A las siete y media, precedidos de la banda, fueron los principales, vestidos de rigurosa etiqueta, a buscar al P. Sánchez, celebrante en la Misa mayor, corriendo el panegírico a cargo del P. Tramuta. Terminada la fiesta se embarcaron los expedicionarios el 2 de mayo para Balagñán.

El P. Raimundo Peruga bendijo la nueva iglesia de Cauáit el 28 de junio de 1887, y el 16 de julio, la del barrio de Tigao con el doble objeto de hacerles el cumplimiento pascual y la fiesta patronal, para la cual estrenaron en este último punto la imagen de su santo patrón Luis Gonzaga. Al quinto día regresó a Tándag y el 29 se trasladó a Tago, con el fin de pacificar los ánimos encoñados de los infieles de aquellos contornos a consecuencia de varios asesinatos y cautiverios perpetrados recientemente, e impulsar y consolidar la reducción de Alba. Envió por delante a dos principales para que notificasen a los mandayas la próxima subida del misionero a la ilaya, y se juntasen de antemano en la reducción; y a los asesinos, que acudiesen a verificar el *paghusay*, o ajuste de la paz, que como ministro de ella ofrecía el misionero a las partes disidentes.

Aguardó éste en Tago más de una semana el resultado de la embajada y en el entretanto les celebró la fiesta de San Ignacio, el 31 de julio. Vuelos los emisarios dispuso su viaje a la ilaya para el 8 de agosto; mas el 7 el capitán de Tago le anunció que los asesinos habían herido a otro infiel en el río Somosomo, y gracias a su agilidad pudo escapar con vida de la persecución. El día señalado se embarcó el Padre para Alba, en donde halló buen número de infieles reunidos; pero ni uno solo de los complicados en los asesinatos y cautiverios referidos. No fue, sin embargo, infructuosa la visita; porque tanteados los ánimos, y vistas sus buenas disposiciones en orden al santo bautismo, envió a Tándag por la campana y un cajón de ropas, para vestir a unos ciento treinta mandayas, que voluntariamente se alistaron a la sagrada

milicia de Jesucristo; bendíjoles la imagen de Santa Teresa y la nueva iglesia, e hizo elecciones de justicias, con la notable circunstancia de ser cristianos todos los entrantes, cuando los salientes eran todos infieles. Y aunque el Padre misionero no pudo reconciliar en esta visita los jefes de uno y otro bando, porque estaba todavía fresca la sangre en la punta de sus lanzas y balaraas; logró sin embargo hablar a dos manobos que habían asistido como parte activa cuatro días antes a los horribles asesinatos, quienes refirieron con estoica indiferencia los detalles de la sangrienta jornada.

En otra visita hecha el año siguiente a Alba con el P. Puntas, bautizaron treinta y cinco mandayas, y a 30 de mayo de 1886 salieron de nuevo en dirección a ella y bautizaron otros diecinueve. Desde el principio de la fundación de este pueblo supo el P. Peruga, que cerca de la línea divisoria de los ríos Uáua y Tago y entre mandayas y manobos, vivía un numeroso grupo de los primeros que llamados por el Padre repetidas veces, le respondían siempre dando largas a la entrevista; visto lo cual, anticipándoles el aviso de su llegada se avistó con ellos y les propuso la necesidad de abandonar aquel punto, para huir de las iras de los manobos, y de que se corriesen más hacia la playa, estableciendo sus sementeras bajo el toque de la campana de Alba. El resultado de aquella deliberación fue conforme a los deseos del Padre y quedaron en que, dentro de dos días iría el dato con algunos más a Alba, para devolver la visita al misionero y reconocer el terreno que hubiesen de roturar para sus sementeras. Levantóse acta de lo estipulado, que firmaron los principales de Alba juntamente con su dato. En esta ocasión adquirieron los misioneros noticia de que, en lo navegable del Tago, vivían hasta cincuenta matrimonios manobos, y que más arriba existía otro núcleo mucho más crecido, y que se corrían con frecuencia unas veces hacia el Uáua, tributario del Agusan, y otras hacia el Tago, según los vientos dominantes en una y otra región; y le habían dado a entender que en aquella comarca moraban algunos baganis, que mantenían en jaque a los moradores de una y otra banda.

El P. Santiago Puntas en carta de 2 de julio del mismo año afirma, que en esta ocasión quedó casi enteramente limpia dicha reducción del mandaismo y que el día 27 de junio remontó el río Tago el P. Peruga hasta el lugar llamado Apogan, que distaba de Alba lo que Alba de Tago. Allí se hospedó en casa del bagani Lungturan, donde se reunieron varios mandayas y manobos y convinieron en que el próximo junio darían principio al roce del bosque en Bancanitan, donde harían sus plantaciones debajo del toque de la campana de Alba. Aprovechó el Padre aquel viaje para visitar de paso algunos enfermos conquistas, que vivían en las ilayas de esta nueva reducción y bautizar a un matrimonio infiel

con dos hijos que logró conquistar en su mismo domicilio. Al llegar el capitán Lungturan, el día 29 de junio, a Alba con varios hijos y otros sácopes, sin que el Padre le dijese nada sobre el bautismo, se lo pidió espontáneamente para varios de sus hijos. Respondióle, que no se atrevía a bautizarlos mientras no tuviesen de qué vivir en el pueblo y hubiesen cumplido lo estipulado; y que a lo más bautizaría a los pequeñuelos que no tenían uso de razón. Mas él instó de nuevo, para que bautizase a sus tres hijos solteros; porque desde luego se quedarían en el pueblo sin volver a la antigua ilaya, de lo cual salían garantes los parientes más cercanos avecindados en Alba. Con esto el Padre los instruyó y bautizó con algunos párvulos y cinco hijos de cristianos nuevos; casáronse tres parejas, y se verificó el cumplimiento pascual en la reducción.

El 25 de noviembre de 1887 a las diez de la mañana, apuntaba la aguja en la carátula del barómetro del convento de Cantilan: «Baguio en la localidad», y allí se detuvo hasta las cinco de la tarde, hora en que la fuerza del viento creció tanto, que llenó de miedo a los habitantes, que conservaban todavía tristes recuerdos del pasado y preguntaban a menudo, si el presente sería como aquel. A las ocho de la noche empezó a entrar la aguja en la casilla del «Baguio intenso», aumentando la fuerza del viento y de la lluvia; y descendiendo la aguja a 740 milímetros, permaneció allí estacionaria hasta las nueve y media de la noche, reinando siempre la misma fuerza del viento aunque no con tanta lluvia. A las nueve y media volvió a subir y en menos de dos horas señaló la aguja «Tiempo variable».

En Tigao, se les llevó el huracán el techo de la iglesia; en Dapá, la casa del misionero que tuvo que refugiarse en una tienda de chinos; en la isla de Siargao apenas quedó casa en pie; la gente tuvo que salvarse detrás de rocas o de corpulentos troncos; todos los cocoteros y platanales fueron derribados y aun los mismos camotales arrancados y aventados; viéronse los montes cubiertos de árboles tronchados por la violencia del huracán; lo mismo aconteció en los manglares y por doquier aparecían en las costas y en los ríos, arrojados por las olas, multitud de peces muertos que inficionaban la atmósfera y aun entre los hombres no dejó tampoco el tifón de causar sus muertos y heridos.

Pero si los de Cantilan salieron tan bien librados del baguio, experimentaron en cambio el 15 de diciembre de 1887 una gran catástrofe, que produjo muchas desgracias y numerosas víctimas. Refiérela el P. Alaix al P. Jacas, en carta de 27 de diciembre del mismo año, en estos términos: «En la cumbre de un monte hay una laguna y a las diez de la noche del 15, comenzó a echar como mangas de agua con tal furia, que arrastraban árboles enormes, los cuales cayendo sobre las casas, las aplastaban con estruendo y echaban en medio de los

ríos. Aquellos pobres indios en medio de una noche oscura se vieron inundados de un mar de aguas. No se oía más que una confusa gritería en demanda de socorro, pero no se les podía favorecer ni menos ayudar. Hubo muchos padres que con dos hijos agarrados al cuello y otros cargándolos a las espaldas se pudieron salvar con mucha dificultad. Otros quedaron ahogados por las aguas. Hemos ya enterrado a cuatro. De otras familias no se sabe aún el paradero. También perecieron algunos infieles mamánuas que viven en estos ríos. Ahora todo es mandar decir misas y hacer novenas en acción de gracias a los santos de su devoción, diciéndonos al rehusar la limosna que nos traen: «Padre, por Dios, dígame, aunque soy pobre, esta misa, porque yo y mi familia vivimos de milagro.» Hay por acá mucha hambre que crece cada día más, y no habrá remedio en el país hasta la cosecha de marzo o abril. Dos meses ha que nada sabemos de este mundo, nadie va a la cabecera ni viene de ella. Estamos presos en el convento rodeados de un mar de aguas».

El 1.º de noviembre de 1888 ocurrió en Numancia un caso raro y edificante al P. Domingo Viñals, que refiere él mismo con estas palabras:

«El día 1.º de este mes, nueve personas en una pequeña embarcación traían a bautizar un niño. Siendo fuerte el viento y grande la marejada, sumergióse la embarcación en la profundidad de cinco o seis brazas de agua. Cinco de los naufragos se salvaron a nado, y el niño que traían a bautizar, quedó allí sumergido con otros tres por espacio de una hora, poco más o menos. Reconocido el lugar, lograron sacar al infante de aquella profundidad, ya muerto, al decir de los que le sacaron, hinchado de agua, yerto, los deditos encogidos y sin notarle respiración alguna. Juntamente con él sacaron a una mujer y a otro niño ya bautizado, verdaderamente muertos, que fueron enterrados el día siguiente en este cementerio. A otra niña también ahogada, no la pudieron encontrar, dejándola sepultada en el mar. A la media noche seis u ocho principales presentan el niño, diciendo que respiraba, y efectivamente era así, bien que lo hacía con fatiga, y le bauticé sin ceremonias «in casu necessitatis». El día siguiente, domingo, pregunté por el niño y me respondió el capitán del pueblo y otros principales, los más instruidos, que desde que el Padre le había bautizado se había puesto bueno, y eso—añadían—que estaba muerto cuando lo sacaron del agua. Con toda solemnidad por la tarde, con muchos cohetes y repiques de campanas, suplimos al resucitado las ceremonias del santo bautismo, dándole el nombre de Juan. Van dos semanas del hecho y el niño sigue sano y bueno y robusto con alegría y admiración de todos, máxime de sus padres.»

El día 13 de mayo de 1888 falleció en Manila el P. Francisco Javier Martín



Luengo víctima de una profunda anemia cerebral, motivada por los incesantes desvelos de su apostolado, que ejerció durante muchos años en Mindanao. Nació en Villanueva del Conde, provincia de Salamanca, el 3 de noviembre de 1833; completó sus estudios en el seminario de Salamanca e ingresó en el noviciado de Loyola a 7 de julio de 1857. Hechos los votos del bienio pasó a las islas Canarias; enseñó filosofía en Carrión de los Condes; volvió a Loyola para restablecerse de un antrax que le puso al borde del sepulcro, e hizo voto de ir a misiones si Su Divina Majestad se dignaba restablecerle la salud. Ordenado de sacerdote en Palencia el día de San José de 1862 se embarcó en Cádiz el 21 de julio del mismo año, llegando a Manila, donde enseñó gramática dos años en la Escuela municipal. Destinado a Mindanao fue el primer misionero de la moderna Compañía de Jesús que administró en Zamboanga. Desempeñó por poco tiempo el cargo de vicerrector del Ateneo municipal, hizo su profesión de cuatro votos el 2 de febrero de 1868; fue enviado a fundar la misión de Sindangan, que tuvo que abandonarse; desempeñó la de Dapitan hasta principios de 1871 y tomó posesión de la de Surigao a 15 de mayo del mismo año, donde permaneció los últimos diecisiete de su vida apostólica.

Era sumamente asiduo en el confesonario y en la predicación y poseía dotes excepcionales para atraer las almas a Dios en conversaciones privadas. Visitó repetidas veces los distritos de Surigao y Misamis en nombre del R. P. Superior de la misión y del Ilmo. Sr. Obispo de Cebú con delegación extraordinaria de S. S. para conferir durante la visita el santo sacramento de la confirmación en nuestras misiones pertenecientes a aquel obispado.

Operario inconfusible y celosísimo del cumplimiento de sus deberes, jamás dio a torcer el brazo cuando se trató de sostener los derechos de la inmunidad eclesiástica, arrostrando por esta causa con gran serenidad y constancia serias contradicciones de algunas autoridades civiles y militares. Cuando se trataba de oponerse a algún vicio o escándalo llamaba en particular a las personas interesadas, y con el don del buen consejo que todos reconocían en él lo sofocaba las más de las veces en su mismo origen, sin que se apercibiese nadie de ello. Cuando era necesario sabía también aplicar la lanceta y el cauterio al tumor o lagla encancerada.

Fue el primero de la moderna Compañía que evangelizó el partido de Dapitan y el distrito de Surigao; él formó a los misioneros que le sucedieron; él quien dio posesión de sus misiones a los que por primera vez iban a ocuparlas, y él quien, en nombre de los Prelados regulares y diocesanos, las visitó detenidamente a todas. En las epidemias de cólera y viruelas; en los baguios y terremotos; en las plagas devastadoras de la langosta y hambres; y en contener

el ímpetu de los baganis; tomaba casi siempre la iniciativa para minorar los efectos de estas públicas calamidades, teniendo siempre la mano abierta para socorrer al indigente.

En todas partes dejó indeleble huella de su paso; pero donde más se distinguió fue en formar buenos misioneros; que si se imprimieran sus instrucciones, tendríamos el mejor manual para los varones apostólicos; a este propósito escribía el P. Urios al P. Pastells desde Butúan el 1.º de junio de 1888: «Todos los misioneros, y V. R. y yo sobre todo, nos hemos inspirado en las acertadas miras y levantados pensamientos del insigne P. Luengo en nuestros trabajos de conquista de estas tierras, y, vive el cielo, que no nos arrepentiremos jamás de haberlos tenido presentes y puesto en ejecución. Fuera de sus consejos, del interés y constante vigilancia con que nos atendía, no podremos jamás olvidar el grande aliento que nos infundía en sus escritos impregnados siempre de sabiduría y prudencia celestial. Y en las dificultades inherentes a nuestros oficios y ministerios, él era nuestro refugio en todos los apuros y necesidades; él quien nos sacaba siempre con buen éxito, ya recomendando nuestros desvelos ante las autoridades del distrito, ya dando favorables explicaciones a nuestros intentos, ya alcanzándonos concesiones y facultades para nuestra más libre acción, que por lo que a mí hace, no se lo pagaré jamás, así me vuelva el más poderoso pagador de la tierra. Tomábalo todo cual si en ello corriera su propio interés; porque al tener noticias del buen éxito de nuestras conquistas gozaba tanto, que desbordaba su corazón en fuertes latidos de agradecimiento al Señor que le iba cumpliendo sus deseos.

»Cuando estuvo el 83 en el Pacífico y en el Agusan, comparando estas dos misiones en su estado presente con el que tenían antes cuando él las vio; lloraba de gozo, diciendo a los Padres que él solo podía apreciar la magnitud y grandeza del cambio operado, y al confirmar a tantos millares de cristianos nuevos, llorando de ternura ensalzaba a Dios Nuestro Señor, cuya era la obra, dándole gracias por sus infinitas y eternas misericordias. No se puede negar que en celo, prudencia y amor a estas misiones, no desdecía en nada el P. Luengo del espíritu evangélico de San Francisco Javier, cuyo devoto era, y que parecía digno de figurar por los esplendores de su virtud y sabiduría al lado de los mejores y más celebrados varones ilustres enviados en aquellos tiempos por los PP. Laynez y San Francisco de Borja a las Indias y a la China. Cualquiera de los nuestros se le aficionaba tanto de primeras entradas, que yo no he visto en todos los días de mi vida hombre de mejor primera impresión y que se ganara tan pronto los corazones de todos, haciendo concebir tan buena estima de sí en quien le viera y tratara por primera vez.

Es verdad que su físico le ayudaba mucho, recomendándole no poco la pobreza, la caridad, la modestia y su angelical pudor. Aquella cara, aquel cuerpo delgado, aquel color pálido, aquel hablar sentado y limpio y tan modesto que encantaba... Y no sólo era cosa exterior lo que en él había de bueno, sino que en su cuerpo tenía tal alma, que nada hubiese salido por de fuera sin aquel fondo de virtud sólida y maciza que resistía toda contrariedad y aflicción, viniese de dondequiera. Y nótese que su carácter era fuerte, como que arrojaba diariamente hasta por las coyunturas gran cantidad de bilis.»

El P. Luengo era todo un carácter y en medio de tantos sinsabores como se veía obligado a devorar, siendo por otra parte de constitución endeble y no tan bien alimentado como hubiera sido menester, para sostener su quebrantada naturaleza; fue decayendo paulatinamente hasta apoderarse de él una profunda anemia cerebral que inútilmente se esforzaron los Superiores en combatir, haciéndole trasladar repetidas veces a Manila; porque sin ser bastantes los solícitos cuidados que le prodigaron médicos y enfermeros, sucumbió por fin al rigor de su enfermedad el día 13 de mayo en el Ateneo de Manila recibidos los santos sacramentos, dando admirables ejemplos de paciencia, rendida obediencia, y perfecta conformidad, con la voluntad de Dios; no mostrando ningún deseo de recobrar la salud si no era para continuar trabajando en bien de la misión y salvación de las almas. Tenía al morir cincuenta y cuatro años de edad, treinta de Compañía y veinticinco de misión.

Escribió un compendio de la Historia de Filipinas puesto en preguntas y respuestas, que se publicó en Manila en la imprenta de Amigos del País el año 1887, y ésta fue la Historia del P. Baranera compendiada y dialogada con alguna insignificante variación; compuso además un abecedario para uso de las escuelas primarias de la diócesis de Cebú. Suya es asimismo una historia manuscrita de la residencia de Surigao, que comprende los años 1871-1876; suyo, un «Manual del Seminarista», que dedicó al Cardenal Lapuente, y suya es también una Memoria sobre el Agusan y la biografía del P. José Fernández Cuevas, de donde hemos entresacado en su lugar correspondiente los datos concernientes a dicho Padre y los pertenecientes al primer año de la misión de los Padres en la Cuenca del Agusan.

El estilo dominante en sus escritos es claro, severo y metódico; y a la legua se conoce el carácter del autor y hasta la región de España en que tuvo lugar su primera formación. R. I. P.



---

## CAPÍTULO XLIII

**Cinco asesinatos en Gabuyan. — Excursiones del P. Moré en el seno de Dávao. — Diversidad de tribus y rancherías. — Las islas de Sarangani. — Bilanes y moros. — Cómo ocurrió el asesinato del gobernador Pinzón en el Tágum. — Moros de la izquierda de Dávao. — Excursiones del P. Gisbert a las reducciones de la derecha. — Su crucifijo y conversiones. — Gulangas y bagobos. — Sacrificios humanos. — Sus costumbres y supersticiones. — Número de bilanes y tagacaolos. — Manobos y atás. — El P. Gisbert en Malálag y en Sámal. — Acompaña al brigadier Salcedo al Tágum. — En la banca San Miguel visita los mandayás del Tágum. — Vuelta a Santa Cruz y bautismo de Adás.**

**E**L día 22 de julio de 1884 volvía del Tugánay, Tágum y bocana del Sálug, el P. Quirico Moré, con la pesadilla de ver frustrados sus intentos por cinco asesinatos perpetrados en Simung o Gabuyan de la ilaya del Libaganon. Las víctimas fueron, según le aseguró una de las viudas, Joaquín Suazo, su hermano, dos muchachos y un moro, catecúmeno oculto. Otro moro que les acompañaba y había recibido dos heridas, comunicó a la autoridad los crímenes cometidos. Al recibir ésta la noticia, salió el P. Moré en su banca para la bocana del Tugánay en compañía de una falúa de guerra, donde se habían reunido por temor o prevención gran número de mandayas del Tágum y Libaganon, a fin de no ser incluidos en las represalias que se esperaban por parte de los cristianos. Sospechóse que había habido un complot dirigido y en parte ejecutado por los datos moros del seno; quienes, conociendo su impotencia para resistir al Gobierno; que se les escurría de las manos el dominio sobre los infieles, y que aun entre los mismos moros existía un partido bastante numeroso, que deseaba sustituir el gobierno de los datos por el de los espa-



ñoles; procuraban, aun por medios criminales, sostener su poder vacilante en orden a percibir tributos, en especie y esclavos, de los infieles.

En el último viaje que realizó dicho Padre a Pagsabangan situado en la confluencia de los ríos Sálug y Libaganon, escribía desde Dávao en 1.º de agosto de 1884 al Rdo. P. Juan Ricart, que un infiel de cuenta le descubrió el 16 de junio una trama urdida por los datos, cuyos nombres le citó, para desembarazarse de él. El plan urdido fue, que a la reunión acordada para tratar de la formación de pueblos en ambos ríos, comparecerían todos con su limbuton y balarao, y cuando el Padre les apretase, para que hiciesen pueblo; concluirían su obra. «Yo dudé entonces de la verdad de lo que me decía el infiel, añade dicho Padre, y ya en la banca con mi viejo timonel, fuimos recordando ciertas señales de dañada intención que habíamos notado en un dato moro, que nos había seguido el día anterior, como espiando todos nuestros pasos. Me llamó la atención la no comparecencia de los principales mandayas, contra su costumbre en semejantes casos, y la manera de referir el asesinato de algunos visayas del Agusan, muertos, según decían, por las flechas de los que estaban emboscados. Al día siguiente me volví al Tugánay y, bastante cerca aún de Pagsabangan, nos cruzamos con la banca de Joaquín Zuazo que, fiado en su valor personal, y en que iba armado hasta los dientes con remington, revólver, etc., hacía gala de no temer a los moros. ¿Quién le había de decir que tres días después, a dos jornadas más arriba, había de ser miserablemente vendido y asesinado por los que se le fingían amigos y hermanos?»

Según el parte del capitán moro despachado al señor gobernador, sobre los referidos asesinatos; los atás, a la orden del matón Lipadas, habían sorprendido a Joaquín en su banca; salvándose tan sólo un moro, esclavo de los datos, que le acompañaba, quien mostró dos heridas, al parecer de lanza, y confesó que debía su vida a haberse arrojado al río, nadando hasta colocarse fuera del alcance de los asesinos. Este, observó el P. Moré: «venía incluido en los apuntes del P. Bové, como hombre de confianza que los datos moros enviaron a los mandayas, que años atrás asesinaron a varios cristianos nuevos e infieles escapados de la casa de un español de Dávao.» Semejante consideración movió al gobernador a enviar al teniente Rodríguez para que fuera con la fuerza suficiente al Tugánay y al Tágum y sobre el terreno averiguara la verdad. «Al llegar al primer punto (prosigue en su relación el P. Moré) encontramos a varios mandayas y entre ellos a Inantoy, que de una manera embozada nos dijo lo que había. El señor Rodríguez creyó deber tomar declaración a cuatro datos moros; tres comparecieron, y en vista de sus declaraciones, el jefe de la expedición dispuso la prisión de los referidos datos

en la falúa de guerra que nos escoltaba. Una vez presos, Inantoy dijo con marcada alegría: «Ya no les temo, porque ya han sido presos por el *castila*; y refirió entonces toda la tragedia de los asesinatos».

Vuelto a Dávao, salió de nuevo el P. Moré el 5 de agosto; visitó la reducción de Liboac, situada al Norte de Sámal, y quedó satisfecho del espíritu y buenas disposiciones de sus habitantes. A esta reducción debían trasladarse los cristianos de Tigpan y los mandayas comprendidos entre las bocas del Tuganay y Matiao; e insistía dicho Padre en que la dificultad de reducirlos a pueblo y hacerlos cristianos, consistía en la perniciosa influencia de los datos moros, que por completo les dominaban, y habían dejado hasta entonces sin efecto la voluntad del Gobierno. Halló el Padre diez casas en construcción levantadas por los mandayas en la reducción del riachuelo Bislig.

El número aproximado de los moros del seno de Dávao se apreciaba entonces en unos cuatro mil y los lugares escogidos para su morada eran ordinariamente las playas y bocas de los ríos navegables para sus pequeñas embarcaciones. Cuando algún gobernador les apuraba para que hiciesen pueblo, levantaban a lo más sus casas; sin acomodarse jamás a género de plantación alguna ni a la limpieza de casas y calles; más en cesando de urgirles, aquellos remedos de pueblos se deshacían luego como la sal en el agua.

A la derecha de Dávao, se proyectó repetidas veces agrupar a los moros de las pequeñas rancherías en el pueblo de Darón; y al efecto se trasladaron allí las de Taúmo, Bálud y Obando, únicas que existían desde Dávao hasta la punta Culaman. Darón en su mayor apogeo llegó a albergar, a lo sumo, cien familias moras, las cuales tendían siempre a fraccionarse en reducidos grupos.

Al otro lado de la punta de Banús se hallaba otra ranchería de unas cincuenta familias de moros sanguiles al amparo de un indio cumplido de la marina que, en calidad de personero de los comerciantes de Dávao, había fijado allí su residencia. Mas, habiéndose trasladado a Nuin, frente de Sarangani, le siguieron los sanguiles, aunque amenazados de destrucción por parte de los bilanes, manobos y tagacaolos, sus constantes enemigos. Pocos años antes de la conquista de Dávao por Oyanguren, acuchillaron los moros de dicha costa a los tripulantes de una banca de cristianos de Pundaguitan, que habían salido a la pesca de la tortuga carey en la isla de Olaniban, la tercera y más pequeña de las del grupo de Sarangani. Mas, como los tripulantes de ella pertenecían a las familias más principales de ambas costas del seno, no tardó en dejarse sentir, a lo manobo, el peso de la venganza; porque degollaron los ofendidos a cuantos moros hallaron aislados, y fue preciso que éstos entablaran un arreglo, pagando la multa que los principales de otras tribus les impusieron; dejando a

los pocos islames que sobrevivieron en una situación tan precaria, que sólo el respeto que profesaban aquellos infieles a la bandera española, fue en adelante la única salvaguardia de los que quedaron entre Malálag y Sarangani.

Las islas de este nombre, Bálut, Tumánao y Olaniban, habían sido visitadas por los PP. Lluch, Bové, Puntas, Vivero y Moré. La de Bálut, situada al SO. del grupo, es casi redonda; en su centro se eleva un volcán apagado de forma cónica, y a orillas del mar existe un manantial de aguas termales, cubierto en pleamar y descubierto en baja marea. En el interior de la isla hay *nancas* de extraordinaria corpulencia, y las plantaciones, tanto de los cristianos como de los infieles, mostraban exuberante lozanía. Componíase la población de veinte a treinta familias de moros maguindanaos, y de mil a mil doscientos del país y unas cuatrocientas familias bilanes agrupadas en dos grandes rancherías: una, capitaneada por el dato Tumangon, y la otra, por el dato Bagó, ambos aliados con los moros, aunque sin pagarles tributos, como lo hacían los infieles de la isla de Tumánao.

Es esta isla feracísima; ligeramente accidentada; algo menor que la de Bálut y notable por tres segurísimos puertos que tiene al Oeste: Tumánao, Patuco y Boay; y el de Sácol en la contracosta, en uno de los cuales fue requerido Ruy López Villalobos por el portugués D. Jorge de Castro, en agosto y septiembre de 1543.

El P. Moré desembarcó por primera vez en esta isla yendo a Dávao, a bordo de la goleta *Valiente*, a fines de noviembre de 1873 y bastó que manifestara por un intérprete deseo de llevarse al hijo del principal bilán de la isla, que tendría doce años, para que sus padres se lo cedieran con gran voluntad, a fin de que se instruyera y bautizara. De este niño se valió el Padre para aprender el bilán. A los once meses volvió a visitarles acompañado del niño que leía ya correctamente el castellano. Instaron entonces los bilanes a que se quedara el Padre en la isla; ofreciéndole, si accedía, hacerse todos cristianos. El padre del niño era bígamo y deseando hacerse cristiano, consultó al misionero con mucha formalidad sobre la repugnancia que sentía de matar a su segunda mujer, para casarse cristianamente con la primera. Al referir esto el P. Moré al Superior de la misión, añadía: «Figúrese, Padre mío, cómo respiraría aquel buen hombre, al oír de mis labios que, para ser cristiano, no se trataba de matar a nadie, cosa absolutamente prohibida por la ley de los cristianos; sino de separarse de la mujer, que él se creía equivocadamente obligado a matar.»

En julio de 1875 visitó el mismo Padre por tercera vez aquellas islas en compañía del comandante de la estación naval de Dávao señor Merchant, y, como siempre, se presentaron los isleños amables, comunicativos y deseosos

de que se quedara entre ellos el misionero, reiterándole la promesa que, de hacerlo así, todos se bautizarían al poco tiempo y formarían pueblo al estilo de Dávao. En esta ocasión formó un padrón de los habitantes de aquellas islas, inscribiendo en la de Tumánao quinientos habitantes, con la seguridad de que mucha gente quedó sin empadronar; debido tanto a la costumbre general de los infieles de ocultar gente, como a falta de memoria en recordar de un golpe los nombres de un número considerable de individuos.

La tercera y más pequeña de las islas de Sarangani, o sea la de Olaniban, estaba desierta; y su único atractivo consistía en la pesca de la tortuga carey, que abundaba en ella.

Los bilanes de entrambas islas mantenían buenas relaciones con los de su tribu y los manobos de Culáman; y su amistad era requerida por los individuos de las tribus más influyentes del Sur de Mindanao, debido a su proverbial valor y continua comunicación con los cristianos y chinos de Dávao y Cotabato y con los tripulantes de los barcos balleneros y otros buques extranjeros, que con más o menos frecuencia allí recalaban y les proveían, a cambio de otros géneros, de armas de fuego.

No faltaban, sin embargo, sobre todo en Bálut, bilanes aliados con los moros piratas de la bahía de Sarangani, enemigos de los tagabelíes. El P. Moré da cuenta en carta de 21 de junio de 1885 al P. Juan Ricart, del trágico suceso ocurrido en Laua, de la costa de Culáman, el mes de septiembre de 1884, al chino infiel Antoco, encargado de una casa de comercio de Dávao, según se lo refirieron varios manobos de diversos puntos de Culáman; y fue, que estando allí Antoco se vio visitado por Tantín y Tantó, moros maguindanaos de Cotabato, casados en Glan y encargados, según parece, por el Sultán de cobrar el tributo a los del seno de Dávao. Acompañábanles otros dos moros sanguiles, hijos de Padaló y Calugay, cuñados de Bagó, dato principal de los bilanes de la isla de Bálut. Se presentaron en pleno día al camarín del chino, pretextando cambiar efectos de comercio; y con este engaño le sacaron de allí y le condujeron a la playa, obligándole a que se embarcara en su vinta. Resistiéndose el chino a ello, se arrojaron sobre él y le asesinaron bárbaramente; saquearon el camarín y robaron cuanto en él tenía el desgraciado sangley. Embarcando estaban los asesinos su botín cuando fueron sorprendidos por algunos manobos amigos del chino, los cuales se arrojaron sobre ellos con sus lanzas, y después de corto, pero rudo combate, los mataron a todos, incluso al que guardaba la vinta. Las cinco cabezas fueron colocadas sobre cinco picas alrededor del sepulcro de la víctima, y cinco orejas humanas se vieron por largo tiempo en la playa, colgadas en el palo de la vinta... Los vengadores de



la muerte del chino, al saber que dos de los muertos estaban emparentados con Bagó, dato bilán de Bálut, le dieron satisfacción y se compusieron con él, mandándole con este objeto algunos águnes, y a todo trance trataron de hacer paces con los de Sarangani.

A estas islas acudían todos los años los talaos, gente pacífica e industriosa, con telas y esterillas de varias clases. Sus embarcaciones grandes como goletillas tenían forma especial; no se atrevían, empero, a meterse en el seno de Sarangani ni en el de Dávao, por temor a los moros y a los manobos. Y cuando escribía esto el P. Moré, no hacía muchos años, que, en Mangili, los moros les habían apresado un panco, matando a los que lo tripulaban, a excepción de uno que logró escapar de la matanza, y se bautizó en Dávao poco antes de llegar a este distrito los Padres de la Compañía de Jesús.

Durante los meses de septiembre y octubre suelen los talaos recorrer las costas de Culáman hasta la altura del Cabo de San Agustín y en 1884, vio el el P. Pastells dos grandes pancos de ellos que, desgarrados, habían llegado a Hinatúan, empujados por el Tarañgin, vendaval del Sur, los cuales fueron costeando hasta Pundaguitan, para ponerse desde allí a suficiente altura y regresar, aprovechando los primeros nortes, a sus islas. Al despedirse de esta reducción el arráez de uno de estos pancos, prometió al inspector; que en el viaje próximo llevarían allí algunas familias para radicarse, porque las prolongadas sequías eran causa de que padeciesen allá hambre la mayor parte del año.

Las islas y costas de Sarangani fueron visitadas desde la conquista del seno de Dávao hasta 1873, por los gobernadores de Cotabato, las falúas de la estación naval de Dávao y los vapores de guerra que semestralmente hacían esta travesía. Desde 1873 hasta 1876 varios señores gobernadores de Dávao intentaron visitarlas; mas, se vieron siempre obligados a volverse de arribada a causa de los tiempos duros de las monzones.

En octubre de 1884, llegaron a Dávao, procedentes de Glan, solicitando del gobernador permiso para radicarse en Darón cincuenta moros, restos de la ranchería fugada en otro tiempo, por hallarse complicados en el asesinato del gobernador Pinzón y que volvían al seno, huyendo las incursiones de los moros y bilanes de Sarangani.

La desgraciada muerte y horrible asesinato del gobernador de Dávao, don José Pinzón y Purga, fue perpetrada por los moros del Tágum; y para vindicación de este caballero pondremos aquí lo que sobre él refiere el P. Moré en carta al P. Juan Ricart, fecha en Dávao a 20 de enero de 1885.

«Por algunos sujetos mal informados, escribe, se ha atribuido este trágico suceso a la exigencia con que Pinzón, dicen, pedía por esposa la hija de un

dato del Tágum; pero bien informado por personas fidedignas, contemporáneas al suceso y que acompañaron al gobernador en aquella triste jornada; estoy en el caso de decir, que esta idea es calumniosa y destituida de todo fundamento de verdad. El hecho, según lo refieren estas personas, pasó del modo siguiente: Habíase propuesto el señor Pinzón formar en la bocana del río Tágum una numerosa reducción de mandayas; trabajaba en ella con mucho entusiasmo y buen éxito. Estaba todo dispuesto y los infieles citados para un día dado, en que el mismo señor gobernador quiso ir a inaugurar dicha reducción.

Los moros, viendo que la cosa iba adelante, y que se habían frustrado todas su trazas para impedirla; echaron el resto de su maldad y determinaron matar al señor gobernador. En efecto, se fingieron amigos y adictos a la reducción. Al día señalado acudieron al lugar donde debían los mandayas aguardar al señor gobernador, para trazar el pueblo. Llegó el primer jefe del distrito, y los datos le recibieron con grandes y fingidas demostraciones de regocijo, adhiriéndose a todo lo que el señor gobernador proponía. Luego le invitaron a una de sus rancherías donde, dijeron, le tenían preparadas fiestas para obsequiarle y solemnizar la inauguración del nuevo pueblo, con otro ofrecimiento indigno, pero muy propio de las degradantes costumbres de los moros. No faltó quien se atreviese a aconsejar al señor gobernador que no se fiase de los moros, porque le armarían una celada. Pero dicen que él se rió de todo esto y contestó: «quiero ir a ver si es verdad lo que me dicen». Tomó, pues, ocho compañeros y se fue con los datos a su ranchería. Allí hubo comida, toques de culintangan, bailes, etc.; pero no se vio en toda la ranchería una mujer ni grande ni chica. Al finalizar la función, un dato invitó al señor gobernador a entrar en un aposento y al querer éste levantar la cortina le descargó el dato un fuerte crisazo en la espalda. Vuélvese Pinzón y abaláncase herido como estaba contra el asesino: ya lo tenía rendido y desarmado; pero antes de ponerse en pie, corre otro dato y de un mandoble le corta la cabeza. Entretanto los demás moros asesinaban en los bajos de la casa a los ocho compañeros del desgraciado gobernador.

Tal es el suceso más negro que registran los anales de este seno y que paralizó durante muchos años la reducción de los infieles.» Hasta aquí el P. Moré.

Y toda vez que estamos en el Tágum, digamos algo más de los moros de la izquierda de Dávao.

A una legua de la cabecera y en la playa estaba el pueblo de Lanang, formado por los moros disidentes del seno. Pasó este pueblo por las mismas vicisitudes que el de Darón, creciendo y decreciendo, según el tacto y solicitud de los gobernadores. En dicha playa había una regular plantación de cocoteros

pertenecientes a moros y a cristianos. A principios de 1885 constaba de veinticinco covachas, casi todas por concluir.

Tres leguas al Norte se hallaba la ranchería del río Lasan, donde vivía uno de los más influyentes en la política moruna del seno llamado Lásad; a cuyas ilayas habían afluído algunos cristianos de Cagayán de Misamis. Estos jamás formaron pueblo, antes vivían desparramados en casitas más o menos cercanas, en una extensión de dos o tres leguas río arriba.

Junto al Tugánay se había colocado la ranchería mora del Tágun, la más discola y célebre por las tragedias referidas. En julio de 1884, tenían allí cuarenta casas que al año siguiente estaban casi por completo abandonadas. Dos leguas más arriba y en el vértice del seno se hallaba el río y la ranchería de Madáum, que constaba de un centenar de familias, moras también, y a corta distancia la del río Hijo, gobernada por el dato Nónong con cien familias escasas, que aunque varias veces se intentó agruparlas en pueblo, no se pudo lograr jamás.

Las de Cupiat y Lají eran como barrios del Hijo y Matiao, respectivamente; y en los lugares vecinos de Quinquin y Canipa, habría diseminadas otras cien familias a entrambas orillas del río, que tampoco llegaron nunca a formar pueblo. El dato Lásad era el señor de vidas y haciendas de moros y mandayas de aquellas comarcas.

Al otro lado de los montes de Linao, se hallaban en una gran llanura, que se extendía desde el río Pisó hasta Cuabo, otras ciento veinte familias moras, dominadas por los datos Tumaros, Compao y Patadarandán. En la desembocadura del Súmlug se levantaba otro remedo de pueblo moruno de veinte casas, y en la peninsulita de San Agustín no se albergaba moro alguno.

En 21 de agosto de 1885, daba cuenta el P. Quírico Moré de estar ya fundado Pundaguitan con más de ochenta cristianos y justicias asimismo cristianas. Los infieles de los alrededores ascenderían a unas doscientas familias, y en las cercanías de Sigaboy el número de infieles era todavía mayor. A mediados del mismo mes se inauguró en la bahía de Mati el pueblecito de Macambul, para la fundación del cual trabajó con entusiasmo el español Castillo.

Prestaban vasallaje al dato Tumaros del Súmlug, los datos principales de la ensenada de Mayo, del río Baguán y del otro lado de la punta Tagobon, que compondrían entre todos, otras ciento cincuenta familias. Tales eran los restos de la morisma, que en tiempos no muy lejanos cobraron tributo a los mandayas infieles hasta el río de Caraga, y se extendían en sus piráticas correrías a los demás pueblos del Pacífico; hasta que fueron vencidos por el benemérito D. José de Oyanguren, en 1848.

El día 21 de marzo de 1885, volvía a Dávao del pueblo de Santa Cruz el P. Mateo Gisbert, dejando concluida aquella iglesia: espaciosa, de buenos materiales, y de tres altares, gastando en su construcción 200 pesos en dinero, ropa y palay. Inauguróla con la celebración de treinta y ocho bautismos y siete matrimonios.

Diéronle mucho que sufrir este año los infieles bagobos a causa de los sacrificios humanos que habían consumado, a pesar de toda su vigilancia y de haberle prometido que no sacrificarían más. «Una esclava de la reducción de Caoit, llamada Padal (escribía este misionero al P. Juan Ricart en 2 de abril de 1885) que se contaba ya entre el número de los infieles reducidos, fue vendida hace poco y sacrificada. Otro infiel llamado Maguana, padre del niño Blas, sacristán nuestro, fue sacrificado, según también me aseguran, por los bagobos Iránon, Báguion, Suandi y otros muchos que se reunieron para este objeto. El mismo capitán Adás que como amigo visitamos el P. Juanmartí y yo en los montes de Caoit, sacrificó otro esclavo hace poco tiempo. Yo que he sabido estos horribles crímenes no he podido menos de manifestarles el disgusto que me aflige y esto me ha puesto a riesgo de ser sacrificado también bárbaramente por el mismo referido bagani.

»Era el 24 de enero próximo pasado cuando llamado el capitán Adás en mi visita a Caoit, para hablarle como P. misionero, y sentado ya a mi lado con otros infieles, empuñó su balarao dando la contraseña, para que le secundaran sus compañeros, con estas palabras: «Magmama pa aco». Mas lejos de secundarle, todos se pusieron a mi lado y en un momento fue desarmado y sujetado. Como yo no supe el significado de la contraseña hasta hace unos días, que me la explicaron los mismos bagobos, no comprendí en el acto toda la gravedad del caso, y lo calificué de locura; pero no fue sino un arrebato de ira en un hombre verdaderamente valiente y acostumbrado desde mucho tiempo a derramar sangre humana. Como la acción era directamente contra mí, creí que lo que debía hacer era perdonar. Unos días después, estando en la visita de Santa Cruz, recibí de parte del mismo Adás el balarao suyo, para darme a entender que no tenía sentimiento contra mí; pero que no quería presentármese; porque le parecía que el demonio le trastornaría otra vez. «Guicabusauan acó». El demonio se apoderó de mí, dice, él; y por esto, hizo lo que hizo».

La reducción de Santa Cruz, había perdido algo de su importancia por lo que le había acontecido al Padre al oponerse tan vivamente a los sacrificios humanos de los bagobos, con riesgo de su vida y cuando la visitó en 1866 el P. Ricart acompañado del P. Pastells, apenas pudieron ver al dicho capitán. Sin embargo dos años más tarde al volver a ella el P. Pastells y el P. Gisbert,



se bautizó con toda su familia y treinta y dos bagobos súbditos suyos, después de haber construido casas de tabla en la calzada, y plantado más de mil ponos de cacao; dejando por bautizar a otros tantos que se estaban preparando fuera de las casas de los nuevos cristianos, que aumentaron en una mitad más las que antes había, se agregaron otras veinte, aunque no del todo concluidas, de familias infieles reducidas, que quisieron vivir en la reducción con los cristianos; los cuales ascendían a unos trescientos, o cincuenta y un matrimonios, y esperaba el misionero que había de prosperar tanto esta reducción como las ya comenzadas.

Con el cambio de costumbres experimentado en dichas reducciones, se veía claramente que eran éstas de todo punto necesarias, para que la civilización cristiana extendiese sus conquistas hacia el interior y prosperase el distrito que, en tiempo de Oyanguren, se limitaba solamente a la pequeña población de la cabecera y a la diminuta visita de Sigaboy.

A mediados de mayo del mismo año hizo el P. Gisbert otra excursión a Malálag, visitando de paso las reducciones de Taomo, Bagó, Daliao, Astorga, Santa Cruz y Piapi en que administró sesenta bautismos, bendijo diez matrimonios e hizo el cumplimiento pascual en todas ellas.

Detúvose quince días en Malálag, reuniendo a los nuevos cristianos e infieles, a quienes el hambre había dispersado por el bosque, para beneficiar el «burí» y otras plantas silvestres con que se sustentaban.

El arroz que en esta ocasión envió de limosna el P. Juan Ricart le sirvió para remediar sus necesidades y, a fin de que fuese mayor el consuelo, quiso el Señor que a la llegada del misionero cayese una lluvia tan copiosa y benéfica, que desde entonces comenzaron a reverdecer sus agostadas sementeras, y en pocos días se aseguró la cosecha, que juzgaban ya del todo perdida; porque hacía seis meses que no les había llovido, y con los rayos abrasadores del sol se les frustraron todas las plantaciones. Durante la permanencia del Padre en Malálag distribuyó todos los días arroz a los que lo necesitaban para comer, con lo cual contribuyeron gozosos a la construcción del tribunal que, a pesar de ser todo de madera muy fuerte, a los quince días estaba ya terminado; porque hasta las mujeres y niños ayudaron en algo, según su condición, a este trabajo. Hubo allí treinta y cinco bautismos; el número de los nuevos cristianos ascendía a ciento veinte: todos acudieron a la playa muy afectuosos cuando se embarcó el Padre, que estuvo de vuelta en Dávao el 21 de junio.

Desde Malálag, atravesando el monte Banate, se llega a caballo en dos días a los moros de Bohayan, situado junto a la playa al Norte de la bahía de

Sarangani, hallándose en el trayecto bilanes y tagacaolos muy pacíficos, cuando no tuvieran que vengar algún agravio recibido de otras tribus. En cambio, en la costa de Culáman surtíanse los tagacaolos de armas de fuego, pólvora y pistones de los moros de Sarangani y sólo reinaba a la sazón el derecho del más fuerte, esclavizando a mujeres y niños, después de asesinar a los que podían defenderles. En esta ocasión bautizó el misionero en Malálag a un viejo llamado Cabojon y a cuatro de sus hijos varones, procedentes de los montes de Dimólog, que hacía cinco meses se habían acogido a dicha reducción; el cual, ya bautizado con el nombre de Esteban, reclamó a su esposa e hijas, arrebatadas por los tulisanes del monte, y que hasta dicha fecha no había podido recobrar.

Hasta un año antes de plantarse en dicho punto la Cruz del Redentor, había sido con frecuencia teatro horrible de sangrientas luchas y bárbaros atropellos; mas, desde entonces, acudían a esta reducción cuantos, dejando la vida agitada del monte, buscaban protección y amparo.

Mas como Malálag estaba tan separado de Dávao y las visitas del misionero no podían ser muy frecuentes, deseaba éste dotar la reducción de armas de fuego, para evitar sorpresas y ahuyentar a los asesinos, que solían infestar sus alrededores.

En efecto, sólo hacía dos días que había salido de allá, cuando recibió en Astorga un despacho en que se le anunciaba que dos infieles monteses, Sana y Poton, habían cautivado a una hija de Esteban Cabojon, que desde Basiauan acudía a la nueva reducción para bautizarse en compañía de su esposo, y la habían vendido inmediatamente como esclava al bagobo Oton; pero que al tener noticia de ello los nuevos cristianos, sus parientes y demás vecinos de Malálag fueron a rescatarla con gran riesgo de sus vidas; pues, tanto los infieles que la cautivaron como Sinoa y todos sus sácope, se habían reunido en la playa con lanzas y crises, reclamando como suya la mujer; mas quiso el Señor que triunfaran esta vez los cristianos y no ocurriesen nuevos atropellos.

Durante septiembre y octubre del mismo año bautizó el P. Gisbert noventa infieles, entre quienes se contaban un capitán de Caláganes, su esposa y varios súbditos, con esperanzas de que se bautizasen pronto los demás; razón por la cual, trató el misionero de hacer pueblo e iglesia en Digos, entre Santa Cruz y Piapi. En Daliao le esperaban también para bautizarse el capitán, teniente y demás justicias infieles bagobos; funcionaban ya dos escuelas en Astorga y se estaban construyendo las de Santa Cruz.

Pidió este Padre al Superior de la misión que le enviase un Crucifijo de media vara de alto, para llevarlo con mucho respeto por la misión de ba-



EL P. GIBERT MOSTRANDO EL CRUCIFIXO A LOS BAGOBOS EXHORTÁNDOLES A QUE CESEN EN SUS SACRIFICIOS HUMANOS, PORQUE JESUCRISTO SE SACRIFICÓ POR TODOS





gobos a fin de que, ofreciéndose ocasión, pudiese mostrar la imagen del Redentor sacrificado por todos los hombres y se persuadiesen de que, fuera de este sacrificio superabundantísimo, todos los demás eran inútiles y no tenían razón de ser para obtener la remisión de los pecados, la gracia justificante y la salvación eterna.

A principios de 1886, recibieron los Padres de Dávao del Rdo. P. Superior de la misión algunas banderas españolas para enarbolarlas en las reducciones esparcidas por las costas del distrito; entregáronse éstas a los respectivos pueblos, manifestándoles que aun cuando viesan acercarse a sus aguas buques extranjeros, teniendo izada la bandera española, nada debían temer.

Los infieles más próximos a la cabecera eran los guiangas, distribuidos por los ríos y rancherías de Dulían, Dumálan, Tamúgan, Ceril y Biao, en número de 6,400 almas. Hablan éstos un idioma bastante difícil y nada parecido a los dialectos de las demás tribus; siembran arroz, maíz, camote, plátanos y caña dulce; recogen mucha cera en sus bosques, son muy buenos herreros y revelan en general bastante inteligencia. Celebraban, sin embargo, sacrificios humanos. Por no haber oído P. misionero, que les hablase en su lengua, no se realizó su general conversión y sólo alguno que otro, de los que iban a Dávao, ingresó en el gremio de la Iglesia. Los más cercanos a los bagobos hablaban su dialecto; y con éstos se entendía el P. Gisbert. Visitó a los del río Malá, para bendecirles una capilla, que varios cristianos y catecúmenos habían construido.

Los bagobos ocupaban las faldas del Apo y se extendían desde el río Taomo hasta Bolutucan. Eran de diez a doce mil; reducidos, ochocientos; y bautizados, cuatrocientos, en las nuevas reducciones de Santa Cruz, Astorga, Daliao y Taomo; y fuera del dialecto, apenas se distinguían de los guiangas; estaban muy apegados a las costumbres de sus antepasados y de ahí la gran dificultad de arrancarles la perversa de los sacrificios humanos. Solían celebrar dos fiestas al año; una antes de sembrar el arroz y otra, después de haberlo cosechado. Esta última consistía en reunirse en la casa de un principal a la caída de la tarde, comiendo y bebiendo hasta que se concluyese el vino de caña dulce, preparado a este fin, y toda aquella noche la pasaban con músicas, cantos y danzas hasta el amanecer. La otra era más repugnante y criminal; porque reunidos en el bosque, amarraban al esclavo que iban a sacrificar, y armados todos de afilados cuchillos saltaban y brincaban alrededor de él, hiriéndolo uno después de otro, o varios a la vez, con alaridos infernales, hasta que el cuerpo de la víctima sacrificada quedaba hecho pedazos. Dirigían-

se luego a casa del que hizo celebrar la fiesta con ramos en las manos, que colocaban en una grande caña, que constituía su altar, ante el cual comían y bebían, tocando y bailando los más alegres, como si nada hubieran hecho, y el dueño de la fiesta permanecía de pie junto a la caña con un vaso de vino en la mano, hablando con sus camaradas, y dirigiéndose luego al «Daragó» le decía: «Daragó, te hacemos esta fiesta con grande voluntad y alegría, ofreciéndote la sangre del sacrificio que hemos hecho, y este vino que bebemos; para que seas amigo nuestro y nos acompañes propicio en nuestras guerras».

A continuación comenzaba una retahila de invocaciones en que se incluían todos los daragós más célebres que conocían, cuyos nombres repetían a una todos los demás.

Los bagobos de Sibulan solían manifestar su antigüedad por sus genealogías; así el dato Mánip, que era el actual de Sibulan, tuvo por padre a Pañgilan, hijo de Taópan, hijo de Maliadí, que lo fue de Banga y éste de Lumbay, y éste de Basían, y Basían de Boas, y Boas de Bató, que lo fue de Salingólop, el más poderoso de todos, cuyo nombre se conservó siempre entre sus descendientes. El padre de Mánip fallecido pocos meses había a la avanzada edad de cerca cien años; siendo mozo, solicitó casarse con una mujer, y no la obtuvo hasta haber cortado cincuenta cabezas humanas; y para comprobarlo llevó en un saco cien orejas desde el Libaganon a Sibulan. «¿Cuántas víctimas (exclama el P. Gisbert, en su carta al P. Juan Ricart) habría ofrecido este solo bagobo?» y aun después de muerto no se quitaron el luto, o *Ialaoan*, su hijo Mánip y demás parientes, sino después de haber sacrificado bárbaramente a siete esclavos, según relación de Itang que, temiendo ser del número de las víctimas, se presentó al P. Gisbert, poniendo de esta suerte a salvo su vida natural y alcanzando la sobrenatural de la gracia, con el nombre de Juan, por medio de las aguas regeneradoras del santo bautismo.

El motivo por el cual estaban tan pegados los bagobos a los sacrificios humanos, no era tanto por conservar la costumbre de sus antepasados, como por no perder una especie de comercio entre ellos harto lucrativo. En su comprobación, refería dicho Padre el caso siguiente: «Maglándao, buen mozo y soltero todavía, era el nombre de la víctima. Su amo no era bagobo, pero estaba casado con una bagoba, y lejos de seguir las costumbres de su país, más humanas y civilizadoras, llegó luego a cometer tal fechoría, que bien pudo ser graduado de maestro en la escuela bagoba. Era Maglándao, hijo de Apat, bagobo, y desde niño jamás había sido esclavizado de nadie; pero, para obtener unos *pamaran*, o pendientes de marfil, que valían de ocho a diez pesos, se

comprometió a trabajar por un determinado tiempo a las órdenes del dueño de los *pamaran*. Este, considerándolo como esclavo suyo o, mejor dicho, como si fuera un jabalí del bosque, habiéndose enfadado un día contra él, porque no hacía lo que le mandaba, disparóle un tiro tan certero, que habiéndole entrado la bala por la espalda, salióle por delante junto a la tetilla derecha, atravesándole además el brazo. La herida era mortal, dejándole sobre todo abandonado como lo dejó. Mas como a pesar de todo habían pasado dos días y Maglándao no había muerto, pensó su amo que podía servir aún para el sacrificio que habían de hacer los bagobos de Caoit, con ocasión de la muerte del viejo Balolo. Los sacrificadores, que eran unos veinte infieles, convinieron en rematar o sacrificar al herido, dando a su amo setenta paves, o sea catorce cavares de palay. Fue éste un negocio considerado como ventajoso para todas las partes del contrato. En él creyeron ganar los sacrificadores, porque, como la víctima al llegar a sus manos estaba casi muerta la obtuvieron *ipso facto* por menos precio, y se ahorraron dinero y cuchilladas; y el que vendió la víctima creyó también ganar, porque entregándola para el sacrificio, se ahorró trabajo y gastos de entierro y tuvo palay para comer todo el año».

»De este y otros horrendos sacrificios he podido enterarme por medio de los mismos sacrificadores que, habiéndose convertido a la fe católica, no han temido contármelo con estos y otros detalles que omito».

Reprendidos algunos infieles por el señor gobernador sobre tan bárbara costumbre, tuvieron la desvergüenza de contestarle: «Señor, ¿no le es lícito a cada uno gastar su dinero conforme a su gusto? Los esclavos son como dinero para nosotros y lo gastamos según nuestro gusto y costumbre».

Al ofrecer sus víctimas humanas, para pedir la desaparición de alguna enfermedad contagiosa o para despedirse del luto de alguno de sus parientes, suelen pronunciar en el acto del sacrificio estas palabras dirigidas al *búsao* cuando hieren y trincan la víctima: *Aoaton no ian dipanoc ini manobo, timbac dipanoc co, so canac man sapi*. Recibe la sangre de este esclavo, como si fuera mi sangre, pues yo la he pagado para ofrecértela a ti».

Estos bagobos reconocían dos principios: Tiquiama, que era muy bueno, y había criado todas las cosas con el auxilio de otros diosecillos a él subordinados. Así, con Mamala, hizo la tierra; con Macacoret, el aire; con Domacolen, los montes; y con Macaponguis, el agua. Creían también, que tenían dos almas, de las cuales una iba al cielo y otra al infierno; que lo mismo en esta vida que en la otra, pertenecía ésta al demonio, al cual concedían los mismos derechos y casi el mismo poder que a Tiquiama; con la diferencia de que era muy malo, amigo de sangre y el principio de toda maldad y desorden.

Por esto, olvidados de Dios, servían y adoraban al demonio en todas sus cosas. Y así cuando se casaban, si los novios se tenían por algo, hacían un sacrificio humano, para que resultara bueno el casamiento. Cuando querían ahuyentar una gran tempestad o enfermedad contagiosa o grave; se reunían varios para hacer un sacrificio humano al Daragó, suplicándole que les dejase vivir en paz. Cuando moría alguno de la familia, antes de despojarse del luto, se creían obligados a sacrificar por ley de bagobos; y en este caso, se pregonaba entre ellos el sacrificio como suele anunciarse una feria o romería entre los cristianos; y en el día y punto señalado se juntaban los sacrificadores, o sea un individuo de cada una de las familias de la comarca que llevaban luto, ascendiendo a veces su número a cincuenta o más contribuyentes, y entre todos pagaban el valor del esclavo sacrificado, reconociéndose preferente derecho en el sacrificio, al que más pagaba. Gritaban las víctimas en estos casos, implorando misericordia; mas, lejos de compadecerse aquellos sanguinarios salvajes, ahogaban las voces lastimeras del esclavo con aullidos horribles y espantosos. Empero, si consumaban el sacrificio cerca de puntos donde moraban cristianos, tapaban la boca a la víctima y la herían silenciosamente.

Otras costumbres ridículas y supersticiosas menciona también dicho Padre, en su carta de Dávao a los Padres y Hermanos de Veruela, 8 de febrero de 1886, en estos términos:

«Cuando los bagobos tienen un mal presentimiento, para lo cual basta que vean una culebra dentro de casa, que se les rompa la olla en el fuego, etcétera, acuden a su Matano para que conjure la desgracia; fabrica éste con un cuchillo un muñeco con figura de hombre, y dirigiéndose a Dios, le dice: «Dios que lo mismo criaste los hombres que los árboles y todas las cosas, no nos quites la vida y recibe en cambio este madero que tiene nuestra figura.» Echan después al agua una pequeña bolsa con un poco de morisqueta o arroz y a veces un gallo, y creen con esto haber despedido la enfermedad. Cuando están enfermos hacen el diuata en su tambaro, que consiste en un plato colocado sobre una caña plantada en el suelo, en el cual meten buyo, bonga, cal y tabaco, diciéndole a su Dios: «Esto te ofrecemos, danos salud.» Cuando visitan a un enfermo, tienen la costumbre de ponerle manillas de alambre en las muñecas o en las piernas para que no se salga el alma, que ellos llaman *limocod*; y no entierran ningún cadáver sin que vaya provisto de su ración de arroz para comer por el camino. Cuando recogen la cosecha de arroz o de maíz, ofrecen sus primicias al diuata, y no comen ni venden un grano, sin haber hecho partícipes a las hachas, bolos y demás herramientas que antes usaron para limpiar sus sementeras.



Entre los bagobos no suele haber robos, porque creen que se descubre al ladrón con el «bóngat», que consiste en dos canutillos con polvos misteriosos, que mete el que ha sido robado en el agujero de un huevo de gallina y lo deja en el fuego. Si quiere que el ladrón muera, no tiene más que romper el huevo; pero como puede ser el ladrón un pariente o persona querida, ordinariamente no lo rompe; mas esto basta para ellos; porque creen que hecha esta operación, donde quiera que esté el ladrón, él mismo se descubre gritando: «yo soy el ladrón», obligado por el agudo dolor que siente en todo el cuerpo. Cuando se descubre, puede curarse poniendo polvos del otro canuto en agua, bañándose con ella el cuerpo. Esto es muy frecuente entre infieles y moros, y un bagobo que se convirtió llamado Anas, dio al P. Gisbert el «bóngat», con el cual tenía asustada la gente.

Los bilanes eran los infieles más laboriosos de la comarca y vivían en número de dos mil desde el río de Bolutocan hasta la bahía de Sarangani. Algunas de sus costumbres se parecían a las de los bagobos sus vecinos, pero el dialecto era diferente, y les separaba su enemistad. Eran muy inteligentes, y algunos que se bautizaron, dieron buena prueba de sí.

Los tagacaolos de los montes de Culáman eran más blancos y dóciles que los de otras tribus; su dialecto tenía muchos puntos de contacto con el visaya; andaban entre sí muy divididos y en guerras continuas, siendo esclavizado el más débil y con frecuencia vendido a los moros. De los de esta tribu solían surtirse casi siempre los bagobos para sus sacrificios humanos, y alguna vez sacrificaban ellos también, aunque fácilmente abandonaban costumbre tan salvaje.

Los manobos vivían en varios puntos de la costa de Culáman; eran guerreros y valientes y tenían muchas armas de fuego que a cambio de esclavos les vendían los moros. Solían vivir, sin trabajar, del comercio de esclavos. Un pandita llamado Gúbad fue a Tubalan a principios de 1884, y juntamente con Basino, Alibao, Mínquil, Batuga, Joac y Agbay, subió a una ranchería de tagacaolos y esclavizó a Bayó, Eloy, Salió, Arac, Agueda, Caoy y Dila y en la playa se los vendieron como esclavos, acuchillando antes a Eloy, de quien tenían que se revelaría ofreciéndose ocasión. Su cabeza se la llevó Batuga y su brazo el pandita Gúbat. De entre estos siete, pudo salvar y bautizar el P. Gisbert a Bayó y a Dila, a su esposo y dos hijas, por las cuales supo lo referido. Algunas rancherías de estos manobos fueron reducidas por el Padre misionero y abandonaron sus malas costumbres. En Piapi tenía bautizados, por febrero de 1886, a ciento noventa, casi todos manobos. Su lengua era algo difícil de entender, pero viviendo entre ellos algún tiempo fácilmente se vencía esta dificultad; su número ascendía a mil doscientos.

Los atás eran monteses que vivían en las estribaciones occidentales del monte Apo. El misionero sólo había visitado la ranchería más cercana del dato Lasia. A pesar de esto, era la tribu más numerosa, y el total no bajaría de veinte y cinco mil. Poseían dialecto propio y el P. Gisbert tenía por cierto que el día que oyesen hablar en él al misionero, se convertirían en grande escala. Empero la mayor dificultad, dada la escasez de personal, consistía en tener que ir los misioneros a evangelizarlos al interior por montes, ríos y bosques muy lejos de la costa, sin caminos ni auxilio humano alguno.

A principios de 1886, en la isla de Sámal se contaban ciento treinta y siete cristianos; y al Sud de la costa, desde Dávao hasta Malálag inclusive, noventa y dos: distribuidos entre las reducciones de Malálag, Piapi, Digos, Santa Cruz, Astorga, Daliao, Bagó y Taomo; casi todos tenían sus casitas en ellas y muchos principiaban a sembrar cacao y otras apreciables plantas. Los bautizados eran en su mayor parte tagacaolos y bagobos; seguían luego los manobos, sámales y caláganes; y se esperaba que muy pronto se abría la puerta a los guiangas, bilanes y atás, para que pudiesen entrar en el gremio de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica.

El método adoptado por dicho Padre era el de empezar la reducción atrayendo a los infieles de los puntos más cercanos a las costas, de más fácil arribada para el misionero y donde tuviesen ellos tierra buena y agua potable permanente y abundante, a fin de que, pudiesen ser mejor y más a menudo visitados, instruidos y educados en la vida civil y cristiana.

Mientras los infieles viven en el monte, suele imperar entre ellos la ley del más fuerte; mas cuando acuden al misionero en sus reclamos y éste les oye con paciencia, y arregla sus diferencias; acatan la fuerza moral de una sentencia y se avienen a un razonable arreglo. Pero como el Padre ha de procurar hacerse los amigos para sacarles con suavidad de la infidelidad y del salvajismo, y muchas veces no bastan las buenas razones; por esta razón necesitan los misioneros ser ayudados con limosnas y regalos, para quebrantar con dádivas las duras peñas de muchos corazones que, sin este medio, no se reducirían a la vida civilizada y cristiana. Y como al formar un pueblo hay que reunir elementos de diversas rancherías, entre las cuales, por más vecinas que sean, suele a veces mediar un río de sangre, y conservarse por tradición inveterados odios inferidos por mutuos agravios; no hay más remedio para cicatrizar sus enconadas llagas, que aplicar en vez del hierro candente de la sanción legal, el bálsamo del buen consejo, unido a la satisfacción pecuniaria o equivalente, única panacea con que olvidan durante su infidelidad todas sus ofensas, por graves que sean.

De esta suerte pudo lograr el misionero que los nuevos bautizados armados antes de lanzas, crises y puñales; ostentasen luego con alegría en sus pechos el rosario y la cruz, con cuyas armas se consideraban más asegurados. Así, por ejemplo, al terminar la iglesia en Malálag, dejó allí el Padre cuarenta cristianos, los cuales al despedirse le rogaban instantemente que volviese pronto y mirase por sus parientes infieles, que los que no habían sido cautivados corrían mucho riesgo de serlo; porque los tagacaolos eran considerados por los de otras tribus como *res nullius et primi capientis*; y sin que lo pudiesen impedir las autoridades del distrito, eran esclavizados y vendidos a moros, calárganes y culámanes, y en su defecto los mismos tagacaolos del monte solían comprarse y venderse unos a otros, viviendo siempre a salto de mata y fabricando sus viviendas en escabrosidades inaccesibles.

Sin embargo, tal fue la virtud y eficacia del estado cristiano; que, en mayo de 1886, moros, manobos y bagobos respetaban a Malálag, como si los ciento ochenta y seis recién bautizados que allí moraban, fueran otros tantos soldados; ni iban ya allí a coger esclavos para venderlos, como antes solían; porque Malálag estaba transformado y quien allí reinaba era el Divino Libertador y Redentor del mundo Jesucristo Nuestro Señor.

Prosperó de tal suerte esta misión, que a fines de este año tenía el P. Gisbert formada la iglesia nueva, donde cabían cerca de mil personas, dejando una población de dos mil cristianos nuevos y muchos reducidos.

A mediados de diciembre de 1886 bautizó al cabeza Mailuyan, yerno del capitán Baguisan, el cual se ponía antes hecho una furia cuando alguno de sus sácopes se bautizaba; restauró la iglesia y casa-tribunal; eligió justicias cristianas en el pueblo de San José de la isla de Sámal, dándoles los títulos de nombramientos firmados y sellados por la primera autoridad político-militar del distrito, y desde entonces se consideraron estas justicias los verdaderos datos de la isla y eran los únicos que, obedeciendo las órdenes recibidas de la superioridad, plantaban cacao y hacían pueblo formal.

El 27 de enero de 1887, se inauguró la nueva visita de San Antonio, precediendo el día anterior la bendición solemne de la iglesia que dio el Padre con asistencia del gobernador, del señor Reyes, del médico de la población y de los vecinos de dicha visita. Reuniéronse sesenta y seis catecúmenos el día de la víspera en la iglesia, donde se les preparó debidamente para recibir el de la fiesta el santo sacramento del bautismo. Dividiéronse en dos tandas, la primera de varones y la segunda de mujeres, de todas las cuales fue madrina la señora doña Policarpa Villanueva y de los varones don Julio Sotomayor. Bendijéronse inmediatamente después del bautismo once casamientos.

Celebrando estaban esta fiesta, cuando fondeó en Dávao el transporte de guerra *Cebú*, cuyo comandante, señor Viniegra, entregó al P. Gisbert una carta del P. Juanmartí, en que decía como este señor había de ir a visitar el puerto de Malálag y deseaba que le acompañase. Salieron aquella misma noche, mas no le gustó al señor Viniegra el puerto, por no tener buena aguada.

A mediados de agosto de 1887, subió el P. Gisbert las corrientes del Tágum acompañado del excelentísimo señor brigadier Salcedo, que en alas de la actividad y entusiasmo con que inauguró su gobierno de Mindanao; se había propuesto pasar de las vertientes del Sálug a las del Agusan y trasladarse por dicho río al seno de Butúan, a fin de estudiar por sí mismo y señalar el camino oficial que por el interior debía unir las misiones del tercero y cuarto distrito de aquella isla. Llevóse al efecto consigo al comandante de estado mayor señor Maldonado, al señor Echaluces, y al gobernador del distrito. Armóse una pequeña flotilla de trece barotos, de los cuales el mayor, que era del brigadier, no pudo contener más personas que la suya y de un criado, dos bogadores y un timonel. La del gobernador, por falta de capacidad, le obligó a empuñar el remo para ir adelante; la del señor Echaluces era la más ligera de la armadilla y andaba a par de la del Padre con toda velocidad. A medida que remontaban el Tágum, iba el Padre delante llamando a los mandayas de ambas orillas, para que se acercasen a saludar al excelentísimo señor comandante general, el cual les visitaba amigablemente.

Navegaron los expedicionarios dos horas consecutivas en el Sálug y vencido SE. de que no servía aquella vía para la navegación; determinó regresar a Dávao y volverse en el vapor correo a Zamboanga; ordenando que se abriera un camino por tierra, desde la confluencia del Sálug con el Libaganon hasta el alto Agusan, a fin de que en todas ocasiones pudiesen mutuamente comunicarse los distritos de Dávao y Surigao, y se facilitase la reducción de los mandayas que vivían en sus contornos; para lo cual estimaba conveniente SE. poner destacamentos militares; mas el P. Gisbert opinaba, que de colocarse allí soldados debían ser casados y con sus mujeres, o bien individuos del tercio civil, asimismo casados; quienes con una mano defendiesen los pueblos y con la otra construyesen sus casas y sementeras; pues solamente así, ofrecerían verdadera garantía para la conservación de las reducciones. Empero, ni se hizo el camino, ni se colocaron los destacamentos.

El 17 de septiembre del mismo año estrenó el P. Gisbert la hermosa banca «San Miguel» que el P. Heras le mandara de Caraga. Visitó en ella a los mandayas del Tágum, a quienes vio reunidos durante los dos días que permaneció en Mabaus, con los principales del Libaganon y del Sálug; los cuales, en nú-



mero de cincuenta y cinco casados, convinieron en formar pueblo donde se les señalase; y los del Sálug, en número de veinticinco casados, lo formarían también junto a la confluencia de este río con el Libaganon, o sea en Pagsagaban, con tal que no se les pusiese allí destacamento militar. Debido sin duda al buen trato que les dispensara un mes antes el señor Salcedo, logró el misionero verles ahora reunidos y bien dispuestos a reducirse. Algunos de los principales le prometieron ir a visitar al señor gobernador y entre ellos Toncayaon, procedente del río Mag-gos, que había dado palabra al Padre de reducirse en el Tágum. Al despedirse el Padre de estos mandayas; hombres, mujeres y niños invadieron su banca para pedirle agujas, espejos, ropa y cuanto llevaba consigo, ofreciéndole en cambio cosas de poca o ninguna utilidad, que recibió el misionero, para que no lo atribuyeran a menosprecio.

Al oír los mandayas el cilindro de música del Padre, por vía de emulación armaron con el guímbao y el agun un baile a usanza suya, muy acompasado y decente.

#### FIN DEL TOMO PRIMERO



---

---

# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Prólogo . . . . .	VII

## CAPÍTULO PRIMERO

Antecedentes.—La primera misión a Manila.—Su instalación.—La Casa-Misión Central.—Agradecimiento a los RR. PP. de San Agustín.—Primeros ministerios de la Compañía de Jesús en Manila . . . . .	1
---	---

## CAPÍTULO II

Instrucción del Provincial al P. Cuevas.—Toma éste a su cargo la Escuela Municipal, que luego se convierte en colegio privado de primera y segunda enseñanza y estudios de aplicación, con el nombre de Ateneo Municipal de Manila. . . . .	12
---	----

## CAPÍTULO III

Reales decretos en que se encarga el cultivo espiritual de Mindanao y Joló a la Compañía de Jesús.—Primer viaje del P. Cuevas al Sur de Mindanao.—Es obligado a inaugurar la misión de la isla por este lado . . . . .	22
--	----

## CAPÍTULO IV

El asalto de Pagalungan y la ocupación de Tumbao.—El destacamento de Tamontaca.—La primera misión y los primeros misioneros; su primera habitación y su primer peligro. . . . .	28
---	----

## CAPÍTULO V

Usos, costumbres, organización política, creencias y supersticiones de los tirurayes.—Cómo se hizo el primer vocabulario y catecismo.—	
--	--

Primeras excursiones de los misioneros por las ranherías; salubridad de la misión.—Convertibilidad de los moros . . . . .	33
---	----

## CAPÍTULO VI

Toma de posesión de las misiones de Tetuán e Isabela de Basilan.—Segundo viaje del P. Cuevas al Sur de Mindanao; visita nuestras misiones; vuelve a Manila y describe los efectos del terremoto de 3 de junio de 1863 . . . . .	42
---	----

## CAPÍTULO VII

Creación de la Junta Superior de Instrucción Primaria y fin de ella.—Proyecto de reglamento para la fundación de una escuela normal.—Voto del P. Gaínza; respuesta del P. Cuevas; su plan de instrucción primaria es aprobado por Real decreto y se encarga a la Compañía la realización.—Su ejecución y funcionamiento durante el primer año de existencia de dicha escuela.—División de la provincia de España en las de Castilla y Aragón.—Nécrología del P. Cuevas. . . . .	52
---	----

## CAPÍTULO VIII

Constrúyese casa de misión en Tamontaca.—Primera familia bautizada y sus resultados.—Excursiones.—El ingeniero Vita.—Fiesta patronal.—Expedición a Talayan.—El P. Vidal sale para Manila.—Celo del P. Guerrico.—Visita del P. Vidal y memorial de la misma.—Padrones.—Jornada del Duque de Alenzón.—Elecciones entre los tirurayes.—Instalación en la nueva casa y sus efectos.—Polloc. . . . .	64
---	----

## CAPÍTULO IX

Misión y residencia de Zamboanga.—El P. Luengo y el P. Juanmartí.—Misión de Manicaán.—Nuevo obispado de Jaro y su primer obispo. Ecos de la revolución septembrina de 1868. — Ministerios del P. Juanmartí entre los infieles subanos.—La valiente y leal villa de Zamboanga . . . . .	72
--	----

## CAPÍTULO X

Fundación y abandono de la misión de Sindangan, en 1869.—Ocupación	
--	--



Págs.

de Dapitan y Lubungan; primeros ministerios.—Estado de sus visitas.—Remontados e infieles . . . . .	81
---	----

CAPÍTULO XI

El pontín <i>San Rufo</i> y la conquista del seno de Dávao por Oyanguren.—Fundación de Dávao y Sigaboy.—Visita del P. Cuevas.—El gobernador García del Campo.—Sustituyen los Padres de la Compañía a los Recoletos.—Establécense los misioneros en Sámal.—Dificultades experimentadas en el tributo de los infieles reducidos de la isla.—Un viaje de exploración.—La misión de Sigaboy y su esterilidad.—Los infieles y cristianos de la peninsulita del Cabo de San Agustín.—Supresión del misionero de Sigaboy. . . . .	89
--	----

CAPÍTULO XII

Instalación de la Compañía en Surigao.—Descripción del distrito.—Ministerios del P. Luengo y fruto de los mismos.—Apoyo del gobernador.—Contradicción y calumnia.—Terremoto, baguio y vi-ruelas . . . . .	104
---	-----

CAPÍTULO XIII

Salida del general Echagüe.—Inauguración del Internado.—Viajan los misioneros por el Istmo de Súez.—Intervención en los exámenes.—La escuadra del Pacífico.—Cuadro de profesores y asignaturas.—Influencias de la revolución de septiembre.—El primer ciclo escolar del Ateneo.—El decreto de Moret sobre reforma de enseñanza.—El general Izquierdo.—El primer visitador.—Fiestas jubilares.—La revolución de Cavite.—Ejecuciones, destierros y deportaciones.—El P. Lluch es nombrado Superior de la Misión.—Llegan a Manila 2,000 soldados.—Alcalá Zamora.—Conducta del general Alaminos.—Muerte y entierro de Zamora.—Decreto de beatificación del P. Fabro.—Panteón para los de la Compañía.—Enfermedad y salida del P. Lluch.—El P. Heras Vicerrector y Vicesuperior. . . . .	115
---	-----

CAPÍTULO XIV

Origen de la obra de rescate de esclavos de los moros del Río Grande y del establecimiento de libertos en Tamontaca.—Sus vicisitudes y progreso.—El P. Juanmartí en Cotabato.—Expedición a Bohayan.—	
--	--

El P. Juanmartí visita a Uto en compañía del coronel Marques.— Expedición a Joló y vuelta a Cotabato.—Ministerios del Padre en la población.—Incendio. . . . .	132
--	-----

## CAPÍTULO XV

Distribución ordinaria y ocupación del misionero en la cabecera de Suri- gao.—Viajes del P. Luengo y toma de posesión de los curatos- misiones de Gigáquit, Bislig, Butúan, Bunáuan y Dináгат.—Terre- moto de 1.º de julio de 1879, en Surigao, Maínit y Jabonga. . . .	141
--	-----

## CAPÍTULO XVI

El P. Gelabert impuesto en la lengua.—Captura y fuga de Linabó.— Lluvia de ceniza.—Los piratas recorren la costa y son castigados.— Muere el P. Gelabert; sustitúyelo el P. Obach en Dapitan y a éste el P. Ramór* en Dipólog.—Voluntarios para Joló.—Visita del P. Luengo y estado de los pueblos del Partido.—Devoción al S. C. de Jesús.—Un francmasón austriaco.—El P. Obach en Baliángao .	148
--	-----

## CAPÍTULO XVII

Estado del Agusan a la entrada de los PP. Luengo y Bové.—Infieles y cristianos.—Ministerios y excursiones del P. Bové.—Subida al Magdiuata.—Visita del P. Heras . . . . .	161
---	-----

## CAPÍTULO XVIII

Origen del Observatorio de Manila.—El meteorógrafo del P. Secchi.— Observación de un eclipse de sol.—Temblores y baguios.—La señal del mediodía.—Cambio de observaciones.—El observatorio de Hong-Kong.—Proyecto de Observatorio meteorológico oficial.— Envío de jóvenes escolares al extranjero . . . . .	171
---	-----

## CAPÍTULO XIX

Llegada del P. Urios y su primera excursión apostólica en la costa oriental de Mindanao con el P. Parache.—Nuevo refuerzo de misio- neros.—Dos visitas del P. Heras.—Naufragio del P. Vivero. . . .	184
---	-----

## CAPÍTULO XX

Campaña y toma de Joló.—Ministerio del P. Baranera.—Es enviado el	
---	--

Págs.

P. Federico Vila y luego el P. Isidoro Batlló.—Instalación de los Nuestros.—Los moros de la isla y los cautivos.—Idioma joloano.—Fuerter.—Viven los Nuestros en casa propia.—Excursiones del P. Batlló.—Visita del dato Jarun.—Los PP. Batlló y Carreras heridos gravemente por dos juramentados, son curados, con gran esmero.—El P. Heras los visita, deja al P. Viñals; embarca para Manila al P. Batlló y para Zamboanga al P. Carreras . . . . .	197
---	-----

CAPÍTULO XXI

Son destinados a la nueva misión de Caraga los PP. Pastells y Terrabras.—Sus ministerios entre cristianos e infieles mandayas.—Nuevas fundaciones de pueblos y arreglo de los antiguos.—Contrariedades de parte de los idólatras y de los baganis.—Asesinatos e incendios.—Expediciones armadas y destacamentos.—Prospera la reducción de los mandayas y se convierten muchos al cristianismo .	213
---	-----

CAPÍTULO XXII

Se encarga la Compañía de las parroquias de Balingasag y del Salvador.—Ministerios de los PP. Parache, Salvans y Ferrer.—Visita diocesana y regular.—Nuevas reducciones.—Combinaciones de Padres.—El P. Ricart sustituye al P. Parache en el cargo de Superior.—Ministerios apostólicos de los PP. Ricart y Parache.—Exámenes . . . . .	227
---	-----

CAPÍTULO XXIII

Cristianos antiguos de la misión de Bislig y Caraga.—Los mandayas.—Sus usos, costumbres y religión.—Sacrificios.—Visita del P. Heras a Bislig, Caraga, Dávao, Butúan y Surigao.—Episodios de este viaje.—Vuelta del P. Pastells, su compañero, a Caraga.—Asesinato de Bilito por Juanay. . . . .	237
--	-----

CAPÍTULO XXIV

Encárgase el P. Urios de la misión del Agusan.—Es visitado en Butúan por algunos caciques.—Devuélveles la visita y funda pueblos en la cuenca del río.—Bautismos.—El bastón de mando de Dagojoy.—Incremento de Tudela.—Sublevación de Lingcuban.—Expedición del	
---	--

gobernador D. Alberto Racaj y su resultado.—Lingcuban es muerto por Ságud. — Bautismos en 1880. . . . .	251
---	-----

## CAPÍTULO XXV

Visita del P. Heras al Río Grande.— Tratado del Sultán de Tumbao con España.—Sube el Padre al pico Cogonal. — Ministerios en Cotabato. — Excursiones del P. Juanmartí a los tirurayes del interior e infieles de la costa hasta Glan.—Trasládase definitivamente a Tamontaca y pasa el P. Beá a Cotabato.—Nuevo empuje dado a la misión. —Accidente desgraciado de que es víctima la M. Braulia.—Óptimas condiciones de la cuenca del Pulañgui para la colonización. — Fallecimiento del Sultán de Cotabato y toma de posesión del nuevo. — Trágico suceso en Tamontaca . . . . .	261
---	-----

## CAPÍTULO XXVI

Regreso del P. Pastells a Caraga; su entrevista con Macúsang. — Caso admirable de una mujer bautizada en la hora de su muerte en San Luis.—Fiesta de San Ignacio en la reducción de Loyola.—Vuelta del Padre a Surigao y su regreso.—Construcciones y plagas. — Venida del P. Gisbert; inaugura sus tareas apostólicas. — Fiesta y exámenes en Caraga. — Primeras excursiones; fundación de Zaragoza y sus primeras autoridades cristianas. — Motivo de la traslación de San Luis a Quilá y dificultad de agrupar en mayores centros las reducciones. — Créanse en San José y San Francisco las primeras autoridades cristianas.—Asesinato de Magolendas y sus consecuencias. — Va a Dávao el P. Gisbert. — Fallecimiento del P. Sansa. — Enfermedad del P. Pastells e ida a Surigao y Cebú.— Limosnas recogidas. — Remóntanse los infieles de San José y Santa María. — Jubileo.— Nuevos asesinatos en las ilayas de San Víctor.—Expedición contra Mapando y Macúsang.—Vuelta del P. Pastells a Caraga y regreso a Bislig de los PP. Terricabras y Múgica. . . . .	277
---	-----

## CAPÍTULO XXVII

Excursiones y ministerios de los PP. Quírico Moré y Mateo Gisbert en el seno de Dávao.— Primera ascensión al volcán Apo. — Creencias de los bagobos. — El P. Minoves.— Fundaciones y reducciones. — Viruelas en Sigaboy.—Fruto apostólico recogido por el P. Gisbert. . . . .	292
---	-----



## CAPÍTULO XXVIII

- D. Fr. Benito Romero de Madridejos, Obispo de Cebú. — Tulisanes en Dapitan. — Visita del P. Heras. — Llega el P. Vilaclara y muere el P. Ramón.—Ferocidad de los caimanes.—Nuevo cementerio. — Fallecimiento de Pío IX. — Nuevo camino de Dapitan a Conquista. — Calenturas. — Nueva visita del P. Heras. — Vapores correos interinsulares.—Supresión de la ranchería de Dioyo. — Las Madres del Beaterio.—Visita del gobernador. — Piratería castigada.—Regresa el P. Vilaclara y se consolidan las nuevas reducciones. — Trabajos del cierre de la bocana de Dapitan, suspendidos.—Visita del P. Luen-go y publicación del santo jubileo. . . . . 309

## CAPÍTULO XXIX

- El P. Heras Superior de la misión y Rector del Ateneo. — Distribución de premios en 1875. — Mejoras materiales. — Congregación de San Luis.—Deportados a Marianas.—Jubileo. — Salida del general Malcampo y entrada de Moriones en Manila.—Falta de personal y ofrecimiento de Moriones. — Reúsanse otros ofrecimientos. — División de cargos de Superior y Rector del Ateneo municipal. — Mejoras y reformas; altura de la enseñanza y educación de los alumnos descritas por el P. Ramón.—Anamitas.—Selección de misioneros.—Utilidad de jóvenes escolares para la enseñanza. — Actos públicos del Ateneo municipal. . . . . 318

## CAPÍTULO XXX

- Instalación de la Escuela Práctica en la Normal.—Cambio de Director.—Apertura de curso.—Suspensión del Real decreto de secularización de la enseñanza.—Fiesta titular.—Congregación.—El reconocimiento de firmas ante el juzgado por los profesores de la Escuela Normal.—Solución de este conflicto.—El P. Naval y el P. Torra.—Arruina un temblor el edificio y se traslada la Normal a Santa Ana.—Razones en pro y en contra de su continuación.—Nuevo edificio levantado en la Ermita para Normal y Observatorio, proyectado y realizado por el P. Juan Ricart . . . . . 330

## CAPÍTULO XXXI

- Estado de la misión del Agusan en 1881.—Asesinatos, alzamientos, pre-

sentaciones y labor de los misioneros en esta ocasión.—Visita del P. Juan Ricart.—Dirijese con el P. Urios a Dávao por el Sálug y el Tágum.—Ministerios del P. Plana, apóstol de los mamánuas y misionero de Jabonga y Maínit.—Sucumbe gloriosamente a sus fatigas. . . . .	341
---	-----

## CAPÍTULO XXXII

Lo que facilitó la conversión de los infieles.—Vías transversales de comunicación entre la misión de Caraga y del Agusan propuestas por el P. Pastells.—Hambre.—Fiesta en Loyola.—Impresiones de visita regular, diocesana y gubernativa, y sus efectos.—Asesinatos vengados.—Excursión al Lapinigan.—Acta para la fundación de Manresa.—Consagración de la parroquia al Sagrado Corazón de Jesús.—Cómo se verificó la conversión del capitán Evaristo y la de Bernabé, hijo del capitán Diúyan.—Camisa de cristiano.—Nuevos asesinatos y cautiverios.—Mapando, Manginlaud y el teniente García.—Un millar de mandayas bautizados . . . . .	361
---	-----

## CAPÍTULO XXXIII

Ministerios en Barcelona.—Fiesta del Santísimo Rosario en Dapitan.—Visita del gobernador y enfermedad del P. Chambó.—Fechorías de Rufino y Gapogapo.—Visita del P. Ricart.—Vicisitudes de la reducción de Barcelona.—Traslación de Lubúngan y Mínang a Dicayo.—Ministerios del P. Tramuta.—Iglesias terminadas.—Cien bautismos en Dipólog.—Mil infieles agregados al pueblo de San Joaquín.—Traslación de los restos del P. Ramón.—Caída de los arigues de la iglesia de Dapitan en construcción.—El cólera.—Terremotos. . . . .	379
--	-----

## CAPÍTULO XXXIV

El cólera morbo en Zamboanga y su distrito.—Muere el P. Casadevall.—Estado de Zamboanga.—El P. March misionero en Ayala.—La colonia de San Ramón.—El P. Llausás en La Isabela.—El mes de María.—Indulto de Pedro Cuevas.—Llega el P. Cavallería.—Su ministerio en Panigayan.—Visitas de Pedro Cuevas a La Isabela.—Descripción de la isla y costumbres de los moros de ella. . . . .	387
--	-----

### CAPÍTULO XXXV

El P. Federico Vila en Joló.—Fallecimiento del Sultán.—Los moros atacan la plaza.—Los cautivos.—La iglesia.—Viajes y ministerios del Padre misionero.—Libertad de cautivos.—Festividad del Corpus. Juramentados.—Expedición a Taglibi y Ubían.—Solicitud desestimada.—Necrología del P. Vila.—Construcción de la iglesia de Joló.—Ocupación de Siasi, Tataan y Bongao. . . . .	398
--	-----

### CAPÍTULO XXXVI

La misión de los quintos.—Duda de la Diputación de Barcelona sobre la aplicación del artículo 90 de la ley de reemplazos.—Apelación y consulta.—Informe del ministro de Ultramar.—Instancia del P. Mendaro.—Dictamen de la mayoría del Consejo de Estado.—Voto particular presentado por D. Pedro Madrazo.—Adhesiones y renunciaciones.—Real orden de 31 de julio de 1884.—Personal de Jesuitas en Ultramar y en la Península. . . . .	405
--	-----

### CAPÍTULO XXXVII

Fallecimiento del P. Guerrico en el Ateneo municipal.—Datos biográficos.—Falta de personal en la misión y de salud en los Nuestros del Ateneo.—Espíritu del internado y distribución de los estudios generales en siete años.—Libros de texto.—Estudios accesorios y profesionales.—Agricultura, industria y comercio.—Actos públicos y memoria del P. Ramón.—Diversidad de criterio entre los Padres de Santo Tomás y el Ateneo.—Misión de Tondo.—Traslación del Observatorio a la Ermita. . . . .	416
---	-----

### CAPÍTULO XXXVIII

Nueva misión a Manila.—Indulto de Pedro Cuevas.—El P. Sancho Instructor de tercera probación.—Enferma y recobra su salud viajando.—Sucede en Zamboanga al P. Baranera.—Sus visitas a Pedro Cuevas.—Cásase éste con Uraya, recién bautizada.—Los subanos de Bulúan se convierten.—El P. March en Ayala.—Fundación de Nueva Reus y sus vicisitudes con los subanos.—El P. Quintana en las Mercedes.—Expediciones del P. Sancho con el P. Cavallería a La Isabela; sus ministerios con los moros.—El P. March bautiza a varios subanos. . . . .	427
--	-----

## CAPÍTULO XXXIX

- Limosnas de la Junta de Damas de Manila y su empleo en Tamontaca.—  
 Estado de esta misión.—Excursiones del P. Bennásar.—El medio  
 ambiente de la morisma en Río Grande.—Utilidad de los estableci-  
 mientos de libertos.—Cólera y viruelas.—Creencias y prácticas su-  
 persticiosas de los tirurayes.—Nuevas excursiones.—Devolución de  
 libertos.—Inconvenientes a la buena marcha de la misión.—Traslado  
 al nuevo convento e iglesia de Tamontaca.—Defunción del P. Za-  
 randona.—Pueblos civiles . . . . . 447

## CAPÍTULO XL

- Ministerios de los PP. Urios y Terricabras en el alto Agusan.—Casos  
 particulares de manobismo.—Labor evangélica de los PP. Canudas  
 y Heras en el medio Agusan.—Exámenes en Talacogon.—Es elegi-  
 do Manandón capitán de Guadalupe.—Celebración de fiestas en  
 otros pueblecitos.—El cólera en Butúan y demás pueblos de la costa  
 del seno.—Comportamiento heroico del P. Urios y del H. Navarro  
 durante la epidemia. . . . . 460

## CAPÍTULO XLI

- El P. Ferrer y el cólera en Cantilan.—Baguios en el distrito de Surigao.  
 —Toma el P. Chambó posesión de la parroquia de Numancia y el  
 P. Minoves de la de Cabúntog y Dapá.—Ministerios del P. Bové en  
 Dinágat.—Fenómeno observado en las mareas . . . . . 473

## CAPÍTULO XLII

- Visita el P. Juan Ricart la costa oriental de Mindanao hasta Bislig.—  
 Toman posesión los nuestros de las parroquias de Lianga y Tándag.  
 —Misioneros enfermos a Manila.—Escasez de personal en dicha  
 costa.—Dificultades consiguientes en las misiones de Tándag y  
 Lianga.—Un baguio al NE. de Mindanao y sus efectos.—Plaga de  
 langostas.—Excursión científica.—Visitas y nuevas fundaciones.—  
 Ministerios de los PP. Peruga y Chambó.—Salvación y bautizo de  
 un niño recogido en el fondo del mar.—Fallecimiento del P. Luengo.  
 —Elogio de este Padre. . . . . 492



## CAPÍTULO XLIII

Cinco asesinatos en Gabuyan.—Excursiones del P. Moré en el seno de Dávao.—Diversidad de tribus y rancherías.—Las islas de Sarangani.—Bilanes y moros.—Cómo ocurrió el asesinato del gobernador Pinzón en el Tágum.—Moros de la izquierda de Dávao.—Excursiones del P. Gisbert a las reducciones de la derecha.—Bautismo de Adás.—Crucifijo y conversiones.—Guiangas y bagobos.—Sacrificios humanos.—Sus costumbres y supersticiones.—Número de bilanes y tagacaolos.—Manobos y atás.—El P. Gisbert en Malálag y en Sámal.—Acompaña al brigadier Salcedo al Tágum.—En la banca San Miguel visita los mandayas del Tágum. . . . .	494
---	-----

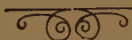




## FE DE ERRATAS

---

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
81	11	P. Luego	P. Luengo
98	25	Rivero	Vivero
141	5	Sabonga	Jabonga
213	4	arregio	arreglo
277	16	Bíslig	Bislig
282	9	y acompaño	y le acompañó
285	21	D. Pedro	D. Ciriaco
330	5	Resolución	Solución
361	4	regular diocesana	regular, diocesana
378	12	habiéndosele	habiéndoseles
378	17	remitidos	fueron remitidos
400	37	sacrício	sacrificio
146	5-6	Explicación de agricultura	Agricultura
416	8	Tondo y traslación	Tondo.—Traslación
503	3-4	preparando fuera	Preparando. Fuera
494	6	Su crucifijo y conversiones	Bautismo de Adás. —Crucifijo y con- versiones.—
494	11	Vuelta a Santa Cruz y bautismo de Adás.	(Debe suprimirse)



TERMINÓSE ESTE TOMO EN LA EDITORIAL  
BARCELONESA, S. A., EL DÍA DE LA  
FESTIVIDAD DE LA VIRGEN  
DE LAS MERCEDES.  
AÑO MCMXVI  
A. M. D. G.











060.92

P 269

27175

PASTELLS, PABLO, S. J.

AUTHOR Mision de la Compania  
de Jesus de Filipinas

TITLE en el Siglo XIX Relac. Histori  
Vol. 1

DATE  
LOANED

BORROWER'S NAME

STORAGE - COSA

27175

